Teatro crítico universal

TOMO I

Benito Jerónimo Feijoo

El *Teatro crítico universal* (teatro ha de entenderse con la acepción, hoy olvidada, de «panorama» o visión general de conjunto), fue publicado entre 1726 y 1739 en ocho tomos. Consta de 118 discursos que versan sobre los temas más diversos, pero todos se hallan presididos por el vigoroso afán patriótico de acabar con toda superstición y el empeño de Feijoo en divulgar toda suerte de novedades científicas para erradicar lo que él llamaba «errores comunes», lo que hizo con toda dureza y determinación, como Christian Thomasius en Alemania, o Thomas Browne en Inglaterra. El autor se denominaba a sí mismo «ciudadano libre de la república de las letras», si bien sometía todos sus juicios a la ortodoxia católica, y poseía una incurable curiosidad, a la par que un estilo muy llano y atractivo, libre de los juegos de ingenio y las oscuridades postbarrocas, que abominaba, si bien se le deslizan frecuentemente los galicismos. Se mantenía al tanto de todas las novedades europeas en ciencias experimentales y humanas y las divulgaba en sus ensayos, pero rara vez se propuso teorizar reformas concretas en línea con su implícito progresismo. En cuestión de estética fue singularmente moderno (véase por ejemplo su artículo «El nosequé») y adelanta posturas que defenderá el Romanticismo, pero critica sin piedad las supersticiones que contradicen la razón, la experiencia empírica y la observación rigurosa y documentada.

Benito Jerónimo Feijoo

Teatro crítico universal. Tomo I

ePub r1.0
IbnKhaldun 26.06.13

Título original: *Teatro crítico universal*
Benito Jerónimo Feijoo, 1726

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.0

Noticia de la Vida, y Obras del M. I. y R. P. D. Fr. Benito Jerónimo Feijoo,

Monje Benedictino de la Congregación de España, Catedrático de Prima de Teología Jubilado de la Universidad de Oviedo, Maestro General por su Orden, del Consejo de S.M.

En un tiempo en que gemía la España bajo de la ignorancia, y las letras habían degenerado en una lastimosa serie de preocupaciones, nació *D. Benito Jerónimo Feijoo* a 8 de Octubre de 1676 en *Casdemiro,* pequeña Aldea de la Feligresía de Santa María de Melías en el Obispado de Orense, a las riberas del Río *Miño,* poco más abajo de su confluencia, y unión con el Río *Sil.*

Sus Padres *D. Antonio Feijoo Montenegro,* y Doña *María* de Puga, correspondiendo a lo ilustre de su nacimiento, educaron este Joven en los principios del verdadero temor de Dios, y le inclinaron a las letras, aunque era el primogénito de su casa; creyendo con razón, que el derecho de la sucesión no les permitía descuidar en la enseñanza de este tierno hijo.

No es muy común en el Reino aplicar al estudio los primogénitos, y por eso también son menos los que salen útiles a la Iglesia, y al Estado; persuadiéndose no pocos que esta cualidad les destina sólo a la propagación de su familia, y disfrute de sus rentas; sin advertir que la Nobleza se adquiere con las acciones ilustres a beneficio de la Nación, y se conserva con la continuación de ellas en los descendientes; no con la ociosa posesión de las rentas adquiridas por la virtud de los antepasados.

Renunció al siglo a los 14 años, pues en el de 1688 recibió la *Cogulla* de S. Benito en el Monasterio de S. Julián de *Samos* de mano de su Abad Fr. Anselmo de la Peña, General que después fue de la Congregación de España, y Arzobispo de Otranto en el Reino de Nápoles. [II]

Esta vocación bien probada, porque no era el acomodo el que llamaba a nuestro Joven, sino el retiro del bullicio secular, se acreditó en sus incorruptas, e inocentes costumbres por toda la larga serie de su vida.

La pasión declarada del *P. Feijoo* fue la del estudio. No sólo los Monásticos ocuparon su desvelo; pues aunque en ellos siguió lúcidamente su carrera dentro del Claustro, también se extendió a la enseñanza pública en las Cátedras de Teología, que obtuvo por rigurosa oposición en la Universidad de Oviedo, y en que alcanzó del Consejo la jubilación por mérito. Su Religión le dispensó los honores de *Maestro General,* en nada incompatibles con la humildad Religiosa, que siempre resplandeció entre las virtudes de este Literato.

Bastaría esta serie de sucesos para calificar a *Fr. Benito Jerónimo Feijoo* de un Religioso recogido, estudioso, y útil a sí, y a los demás en lo que se llama *carrera regular* de Artes y Teología Escolástica: a que están reducidos los estudios monásticos en España.

Su desprendimiento en solicitar otras Dignidades Eclesiásticas fuera del Claustro, ni indicar deseo de lograrlas, demuestran que la vocación Religiosa no decayó un punto en este ajustado Monje.

§. I

El curso de los estudios, que en España hacen los Profesores de Artes y Teología, era una esfera muy limitada para un hombre del espíritu y talentos del *P. Feijoo;* y así extendió su aplicación a otros conocimientos superiores a los comunes de su tiempo.

No es infrecuente tachar a los hombres grandes de que se distraen en los estudios amenos, con perjuicio, y atraso de los útiles.

Esta tacha, producida de ordinario por la envidia, no podía comprehender a nuestro Catedrático. Bastará para desengaño leer

sus *Discursos* 11, 12, 13, y 14 del *tom. 7,* que publicó en el año de 1736, a los 60 de su edad, pues los escribía en el de 1735. [III]

Manifiesta en ellos los abusos, que se padecen en la enseñanza de la *Dialéctica, Lógica, Metafísica, Física, y Medicina,* y en esto mismo acredita el profundo conocimiento, que tenía de estas Facultades; y que el haberle extendido a otras materias, en lugar de estorbarle, le había hecho penetrar de raíz las superfluidades en el método de estos estudios. Los conocimientos humanos tienen entre sí un encadenamiento tan estrecho, que es difícil sobresalir en una materia, sin enterarse de otras.

Luis Vives, aquel insigne Crítico Español del siglo XVI a quien respetó el mismo *Erasmo,* así en el Tratado *de corruptione artium, & scientiarum,* como en el *de tradendis disciplinis,* abrió el camino para descubrir el atraso de las ciencias, e indicar los medios de enseñarlas con más método e instrucción de los Estudiantes. Escribió en latín su Obra, y así fue poco leída del común de nuestros Nacionales. Con más provecho de éstos el *P. Feijoo* puso en lengua vulgar las observaciones acomodadas a nuestro tiempo.

El Canciller *Francisco Bacon* después de *Vives* adelantó el *plan* de perfeccionar los conocimientos humanos con admiración de todos. Mucho debió nuestro Benedictino a su lectura, que se halla también recomendada por su gran amigo el *Doct. D. Martín Martínez.*

Conocía bien el *P. Feijoo* las oposiciones que trae consigo toda *reforma,* porque la mayor parte de los hombres gusta más de ir según el uso, que detenerse a examinar por dónde se debe caminar; y así pone la siguiente protestación en su plan de los *Estudios de Artes.*

«Cuanto dijere en los Discursos que se siguen (así se explica el *P. Feijoo*) {(a) Teatr. Crít. tom. 7, disc. 11} no quiero que tenga otra fuerza o carácter, que el de humilde representación hecha a todos los Sabios de las Religiones, y Universidades de nuestra España. No se me considere como un atrevido Ciudadano de la República Literaria, que satisfecho de las propias fuerzas, y usando de ellas, quiere reformar su [IV] gobierno; sino como un individuo celoso, que ante los legítimos Ministros de la enseñanza pública comparece a proponer lo que le parece más conveniente, con el ánimo de rendirse en todo y por todo a su autoridad y juicio. No hay duda en

que el particular, que violentamente pretende alterar la forma establecida de gobierno, incurre la infamia de *sedicioso.* Pero asimismo el Magistrado, que cierra los oídos a cualquiera que con el respeto debido quiere representarle algunos inconvenientes, que tiene la forma establecida, merece la nota de *tirano.* Mayormente cuando el que hace la representación no aspira a la abrogación de leyes, sí sólo a la reforma de algunos abusos, que no autoriza ley alguna, y sólo tienen a su favor la tolerancia. Aun si viese yo, que mi dictamen en esta parte era singular, no me atreviera a proferirle en público; antes me conformaría con el universal de los demás Maestros y Doctores de España: así como en la práctica de la enseñanza los he seguido todo el tiempo, que me ejercité en las tareas de la Escuela, por evitar algunos inconvenientes, que hallaba en particularizarme. Pero en varias conversaciones, en que he tocado este punto, he visto que no pocos seguían mi opinión, o por hacerles fuerza mis razones, o por tenerlas previstas de antemano. Así con la bien fundada esperanza de hallar muchos, que leyendo este escrito, apoyen mi dictamen, propondré en él las alteraciones que juzgo convenientes en el ministerio de la enseñanza pública. Y porque la materia es dilatada, la dividiré en varios *discursos.*»

En el *discurso* 11 empieza su plan de reforma por las *Súmulas* o *Dialéctica,* asegurando, que en dos pliegos y medio redujo cuanto hay útil en ellas, al tiempo de leer su Curso de Artes a los discípulos. No se detienen como debieran los que cuidan de la enseñanza pública, en buscar todos los medios de facilitarla y apartar las superfluidades: pues en este único cuidado consiste el mejoramiento de los estudios.

En prueba de su pensamiento hace ver la inutilidad con [V] el ejemplo de la *reducción de los silogismos,* porque nunca se usa casi de ella en la práctica de la Escuela: y lo mismo sucede con las *modales, exponibles, apelaciones, conversiones, equipolencias,* &c., en el ejercicio literario de los estudios. Y así infiere «que convendría instruir sólo en estas reglas generales, y no descender a tanta menudencia, cuya enseñanza consume mucho tiempo, y después no es de servicio». De todo da varios ejemplos, para demostrar, que la utilidad de la *Dialéctica o Súmulas* se logrará con poquísimos preceptos generales, que pueden ser reducidos a dos pliegos,

ayudados de la viva voz del Catedrático y de un buen entendimiento o lógica natural; sin la cual la artificial sirve sólo en el concepto de nuestro Sabio, para embrollar y confundir.

En el *discurso 12* trata de reformar la *Lógica y Metafísica* por los mismos medios de cercenar lo inútil.

De la *primera* intenta desterrar las muchas cuestiones inútiles en los *proemiales y universales;* concluyendo en que todo lo perteneciente al *arte de raciocinar,* se les diese a los discípulos en preceptos seguidos, explicados lo más claramente que se pudiese, sin introducir cuestión alguna sobre ellos.

Añade: «Todo esto se podría hacer en dos meses, o poco más. ¿Qué importaría que entretanto no disputasen? Más adelantarían después en *poquísimo* tiempo, bien instruidos en todas las noticias necesarias, que antes en *mucho* sin ellas. La disputa es una guerra mental; y en la guerra aun los ensayos y ejercicios militares no se hacen sin prevenir de armas a los Soldados.»

En la *Metafísica* nota, que los *cursos* de Artes, que se leen comúnmente en las Aulas, se extienden fastidiosamente en las cuestiones, de si el *Ente* trasciende de las *diferencias;* si es *unívoco, equívoco* o *análogo,* y otras aun de inferior utilidad; absteniéndose del objeto propio de la *Metafísica,* que comprehende todas las sustancias espirituales, especialmente las separadas esencialmente de la materia. De suerte que en estos cursos metafísicos se omite lo [VI] esencial, que podría guiar a otros estudios, y se gasta el tiempo en sutilezas inútiles en el progreso de las Facultades mayores.

El *discurso 13* analiza lo que sobra y falta en el estudio de la *Física,* haciendo hincapie en la *experiencia,* y en que el mismo Aristóteles, a quien se sigue comúnmente en las Escuelas de España, recurrió a ellas, reprehendiendo, como muy nociva, la ignorancia de los demás *Sistemas Filosóficos.* Para confirmar su nuevo plan trae ejemplos de los que han tratado de perfeccionar este estudio en España sobre el mismo método.

En el *discurso 14* se extiende por su conexión con los conocimientos Filosóficos, a tratar del *estudio de la Medicina.* En él refiere habérsele elegido por individuo honorario de la *Real Sociedad Médica de Sevilla;* da noticia de los progresos de ésta, y de la fundación de la *Academia Médica Matritense* en 1734, habiendo

aprobado sus Estatutos el Consejo, atento siempre a adelantar las Ciencias. Concluye en que el rumbo para acertar en esta facultad, es el de la *observación y experiencia,* como ya lo había propuesto *Cornelio Celso* siglos ha. En estos dos libros abiertos estudió el gran *Hipócrates* los principios, de donde sacó sus *aforismos,* e *historias de las enfermedades.*

En el tiempo mismo que nuestro Autor inclinaba a mejorar el estudio de la Medicina, florecía el Doctor *D. Martín Martínez,* Individuo que fue de la misma *Sociedad de Sevilla,* y Médico de Cámara de S.M., el cual en sus *Obras* echó los fundamentos del verdadero estudio de la *Física, Medicina, y Anatomía* en el Reino, enseñando a tratar a los Españoles en la lengua materna con pureza y elegancia estas materias. Nuestro Autor logró con la amistad del *Doct. Martínez* un gran defensor {(a) Véase la *Carta defensiva,* que sobre el *tom. 1,* escribió el Doctor Martínez en primero de Septiembre de 1726, que va impresa en el *tom. 2,* del Teatr. Crit.} contra las impugnaciones, que suscitó la novedad de las materias del [VII] *Teatro Crítico,* luego que empezó a publicarse el primer tomo en 1726.

No fueron menores las que padeció el mismo Martínez por sus Obras. Es muy digno de leerse el elogio, que hace de él nuestro *Feijoo* por estas palabras {(a) Feijoo *Cart. 23, tom. 2*}:

«La memoria que V.E. me hace del Doct. Martínez, no sólo renueva, pero agrava mi dolor en asunto de su muerte; porque aquella expresión de V.E. *este glorioso Ingenio fue víctima, que la ignorancia consagró a su obstinación, o murió, como se dice, en el asalto;* si no yerro su inteligencia, significa, que el villano desquite, que abrazaron algunos de aquellos, cuyos errores impugnaba Martínez, de oponer injurias a razones; hizo tan profunda impresión en su noble ánimo, que le aceleró la muerte. Y aunque no ignoraba yo cuánto se ensangrentaron en él la envidia y la ignorancia, estaba muy lejos de pensar, que hubiese inspirado tanta aflicción en su espíritu lo que sólo merecía su desprecio. No menos distante me considero de la gloria, que V.E. me atribuye de haber conseguido el triunfo, a que no pudo arribar Martínez; siendo a mi parecer la única distinción que puedo arrogarme, el que si Martínez murió en el asalto, yo me mantengo sin herida alguna en la brecha.»

Prosiguió en el *octavo tomo* del Teatro, como lo había ofrecido en el anterior, el *plan de reforma de los estudios.*

En el *discurso primero* demuestra los abusos introducidos en las disputas verbales; porque en ellas no se tira a indagar la verdad por lo común, sino a defender la propia opinión: en lo cual hace consistir el *primero,* poniendo por el *segundo* abuso los dicterios de que se suele usar: y por *tercero* el que resulta por falta de explicación, naciendo ésta de la *confusión de las ideas.* Este tercer abuso puede con facilidad remediarse, simplificando el estudio de Artes.

El *sofisma,* nacido del mal estudio de la *Dialéctica* de nuestras Escuelas, le numera por el *cuarto* abuso de las [VIII] disputas verbales; no siendo menor el *quinto,* que se toma del empeño de conceder o negar en las conversaciones, o en los actos literarios precisamente; cuando sería más fácil confesar llanamente la duda, cuando la hay, o adherir al dictamen ajeno, si es fundado. La *obstinación* nunca puede habitar junto con la verdadera ciencia.

En el *discurso 2* amplifica la materia de los *sofismas,* concluyendo con la necesidad que hay de desterrar de las Escuelas y tratados las *explicaciones vagas,* indeterminadas, o equívocas que los producen; «las que frecuentísimamente enredan de tal modo a los disputantes, que no sólo las imposibilitan de aclarar la verdad; mas aun estorban que uno a otro se entiendan».

En el 3 demuestra la inutilidad del *dictado* de las Aulas, y propone por más conveniente, que las Artes y *Teología* se enseñen por libros impresos.

Todo el *discurso 4* trata del uso de la *autoridad* en la enseñanza de las Ciencias, siguiendo en gran parte las huellas del célebre Obispo *Melchor Cano* en su incomparable *Obra de Locis Theologicis,* cuyos pasajes, según costumbre, copia en latín. Este ejemplo de citar no debe seguirse, por la mayor utilidad, que resulta de dar traducidas en la lengua materna, en que se escribe, las pruebas de nuestra opinión; poniendo al pie las palabras originales, si se reputan por precisas.

En la *Carta 22* del *tom. 1* propone la inutilidad del *Arte magna* de *Raimundo Lulio;* y añade, que así en lo que este Autor tiene de *Metafísica,* como de *Lógica,* es inferior a la *Lógica* y *Metafísica* de

Aristóteles; conviniendo con el Canciller *Bacon* y el *P. Rapin,* que semejante método no puede formar hombres sólidos, y que por lo mismo no se ha adoptado su estudio. Repitió en la *Carta 13* del *tomo 2* su juicio sobre *Raimundo Lulio* con más extensión.

Esta crítica no dejó de atraer, como sucede con todos los desengaños, impugnaciones, pero sin gran suceso. De este punto se dará alguna mayor noticia en su lugar. [IX]

No todos convendrán acaso con la opinión del *P. Feijoo* {(a) Feijoo *Cart. 6, tom. 2*}, quien sostiene, que la *elocuencia* es naturaleza y no arte. De esta manera viene a tachar como ocioso el estudio de la *Retórica.*

Es cierto que se puede dar un hombre de tal juicio y tino mental, que explique sus pensamientos con propiedad de voces; mueva oportunamente las pasiones, y persuada eficazmente: pero también es innegable, que *Demóstenes, Cicerón,* y *Fr. Luis de Granada,* cuya elocuencia sirve de modelo, conocieron muy bien los preceptos retóricos: pues los dos últimos trataron exprofeso esta materia, y el primero era tan correcto en el modo de escribir, que de sus *Oraciones* decían *oler al aceite,* por el demasiado estudio que ponía en limarlas. Fueron los preceptos de la elocuencia a la verdad sacados por comparación de las Obras de los mejores Oradores. Lo mismo ha sucedido con las demás Artes y Ciencias; y nadie duda, que con todo eso es necesario su estudio, porque los *elementos,* o principios de cada Arte o Ciencia no son otra cosa que un tejido de verdades, o conjeturas deducidas de las observaciones, hechas por muchos hombres doctos en aquella materia.

Todas las Ciencias y Artes permanecerían atrasadas, si quedasen fiadas a las combinaciones privadas de cada particular, y se creyese que un ingenio naturalmente sobresaliente podía atinar con las propias reglas. No a todos se ofrecen las mismas cosas; la vida es breve, y los preceptos de toda ciencia largos, y muchos de ellos dudosos, que requieren el estudio de varios, para perfeccionarse, como asegura *Hipócrates* de la *Medicina,* y todos los Profesores lo reconocen en sus respectivas Facultades.

Igual juicio que de la *Retórica* forma de la *Crítica* {(b) Feijoo *Cart. 18, eod. tom.*}, asegurando, que lo que se llama *Crítica* no es tampoco *arte,* sino *naturaleza;* y defendiendo, que consiste en el

recto uso de un buen entendimiento. [X]

La *Crítica* dirige el juicio, o discernimiento de las materias: exige comparación de principios, de opiniones, de sujetos, y de cosas. Todo esto requiere estudio en los originales, y combinación continua de ideas. Ésta forma la verdadera *Crítica.* El hábito científico no se adquiere por otros actos, ni medios, que los que subministra la *Crítica,* o artes de discernir lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo dudoso, y lo seguro de lo opinable.

Cada Arte, o Ciencia requiere su particular criterio; y sólo se pueden alcanzar por puro raciocinio las *máximas generales,* o *Crítica* por mayor; mas no la individual y aplicativa de cada ciencia, pues esta *Crítica* aplicativa apenas se distingue de la ciencia misma, o sea hábito científico.

Es muy segura la ilación del Autor, que bien entendido, no discrepa de los principios que van apuntados. «Las prendas intelectuales, sean las que fueren, nunca harán un buen *Crítico,* si faltan otras dos, que pertenecen a la voluntad. ¿Cuáles son éstas? *Sinceridad y magnanimidad.* Si falta la primera, el *interés de partido,* Comunidad, República, Patria, &c., tal vez el personal, arrastra al *Escritor* a escribir lo que no siente, o por lo menos a callar lo que siente. Si falta la segunda, por convencido que esté de alguna verdad opuesta a la opinión común, por no estrellarse con innumerables contrarios, abandona aquélla por ésta.» Lo que se dice del *Escritor* se puede aplicar a los demás facultativos en el uso y ejercicio de sus profesiones, aunque no escriban sobre ellas.

Con lo antecedente queda demostrada la solidez de principios, el despejo de entendimiento, y el amor a la verdad, que formaban el carácter de este grande Español; y que su conocimiento de la *Retórica,* de la *Crítica,* de la *Dialéctica, Lógica, Metafísica, Física,* y *Teología,* no se angustiaba en la esfera común y reducida de su tiempo. Era superior a los más, y nada inferior a los mayores de su siglo. Esta fue la causa de estrechar, como se ha visto, su correspondencia con el célebre *D. Martín Martínez* [XI]. La semejanza y armonía de las ideas es la que asegura la verdadera amistad, y sólida estimación. Todo lo demás se debe mirar como urbanidad, y buena crianza en el trato, por la mutua obligación de los hombres a tolerarse lo que no sea reprehensible. Sin el

conocimiento de otras varias nociones sobre los estudios regulares, no podría haber sobresalido ninguno de estos dos grandes hombres, que deben respetar los Literatos Españoles por lumbreras de nuestra Nación.

El retiro del Claustro facilitó al *P. Feijoo* el tiempo para escribir, después de haber acabado la carrera de sus estudios en *Lerez, Salamanca,* y *Oviedo;* eligiendo por su residencia continua el Colegio de Benedictinos, llamado de *San Vicente* de esta última Ciudad, donde escribió todas sus Obras.

El trato de nuestro Benedictino era ameno y cortesano, como lo es comúnmente el de estos Monjes, escogidos, por su corto número, de familias honradas y decentes. Era salado en la conversación, como lo acredita su afición a la Poesía, sin salir de la decencia. Esto le hacía agradable en la sociedad, además de su aspecto apacible, su estatura alta, y bien dispuesta, y una felicidad de explicarse de palabra con la propiedad misma que por escrito. La viveza de sus ojos era un índice de la de su alma.

Su principal Obra, con haber escrito otras, fue el *Teatro Crítico,* en que se propuso desterrar varios *errores populares,* y hacer familiares entre nosotros los mejores conocimientos de los modernos. Por esta razón escribió en lengua Castellana, siguiendo el consejo del gran Fr. *Luis de León.* Salió pues al público el primer tomo en 1726, el cual dedicó, estando en Madrid a 26 de Agosto, a su General Fr. *Josef de Barnuevo. D. Luis de Salazar y Castro* animó con una carta la empresa del Autor. Todos saben la pureza de estilo, y la buena crítica del Príncipe de los Genealogistas Españoles.

El estilo del Teatro es fluido y armonioso, y el método de tratar las materias ordenado y geométrico. Nunca [XII] anticipa las especies, que deben inferirse, o aclararse con otras. Esta distribución de la materia da gran claridad a todos los *Discursos* del Teatro. Una u otra vez se hallará declinar este estilo en asiático; pero sin decaer en bajo, ni obscuro.

La lectura continua de las Obras Francesas le hizo interpolar algunos *galicismos.* Cicerón con la lección de los originales Griegos, y el estudio que hizo en Rodas, no se libró de incurrir en *helenismos.* Es forzoso que la lengua, en que haya mejores libros, gane al cabo la superioridad sobre las demás, como sucedía a la *Española* en el

tiempo de *Carlos I y Felipe II.* De esta objeción, y tacha, que a su estilo propusieron algunos, se hace cargo en la Carta {(a) Feijoo *Cart. 32, eod. tom.*}, que trata de la *introducción de nuevas voces.* La palabra *gala, embargo, sobrecargo,* y otras están tomadas de nuestra lengua, y adoptadas en toda la Europa por más expresivas. ¿Qué mucho que hagamos nosotros lo propio en las *Ciencias naturales, matemáticas, máquinas, y artes mecánicas,* que florecen más en los Países extranjeros?

No siempre recurre a los originales el Autor del *Teatro Crítico;* pero toma los hechos en los modernos de mejor nota. Como sus asuntos de ordinario eran poco conocidos en España, aun cuando les saca de *Diccionarios, Diarios,* y *Actas* de Academias, les da mucha mejoría, aplicándolos a nuestro uso. De ese modo contribuyó el *Teatro Crítico* a dar a conocer muchas Obras modernas de fuera.

La Historia, la Antigüedad, la Cronología, la Geografía antigua, los Ritos, y la Etimología deducida de las lenguas muertas, requieren precisamente la lectura de los originales; pero éste no era el objeto de nuestro sabio Benedictino, ni el blanco de sus estudios. Por esa razón se valía en los puntos incidentes de los Autores modernos de más aprecio. No es fácil en un hombre reunir la *Enciclopedia,* o ciencia general de todo. No hay alabanzas menos apreciables que las que salen de lo cierto.

Por la serie de las materias se vendrá en conocimiento [XIII] de la extensión de la Obra. Sería útil reducirlas a resumen, dividiéndolas en clases, cuando no hubiese de preceder esta Noticia al primer tomo del *Teatro,* en que va puesta la lista de los *Discursos, y Cartas.*

La más general materia del Teatro es la *Física, Matemática,* y *Medicina.* Muchas *supersticiones* y creencias vanas están combatidas en todo el progreso del *Teatro Crítico,* y entre ellas algunas que tenían mucha aceptación en varias Provincias del Reino.

La historia natural se recomienda en muchas partes y discursos de esta Obra: estudio que en los últimos tiempos había decaído entre nosotros, y floreció en el de Carlos I, y Felipe II.

De las lenguas modernas se ensayó el Autor del Teatro en formar paralelos, como de la *Española* y *Francesa,* indicando las causas, de que sin ceder un idioma a otro, fuese menos abundante, por razón

de cultivarse por sus naturales menor número de Artes o Ciencias. Con los conocimientos humanos se aumenta la necesidad de las voces, para irlas introduciendo según se multiplican las ideas.

En el Discurso del *Amor de la Patria, y pasión nacional* propone el *Teatro Crítico* los orígenes de muchos yerros en nuestras acciones, y de parcialidad en nuestros escritos. El amor de la patria; esto es, el bien del público, es una laudabilísima virtud: se muestra demasiado escéptico el *P. Feijoo,* para no creer que las acciones grandes llevasen por norte precisamente esta idea. Pero al mismo tiempo advierte los daños que trae al común el espíritu de partido del paisanismo, y otro cualquiera de esta naturaleza.

En la *Balanza de Astrea* se ve un Discurso lleno de excelentes consejos para los que siguen la carrera de la Toga: advierte la incorruptibilidad de los Jueces en nuestra España; se queja del abuso y poder de las recomendaciones, o lo que se llama *empeños.*

En el Discurso de la *Resurrección de las Artes* demuestra juiciosamente, que se venden como descubrimientos [XIV] nuevos muchos, que constan de los escritores antiguos. Con éstos suelen coincidir los modernos sin copiarles, y en unos mismos pensamientos u observaciones. La *historia literaria* de cada facultad es indispensable a los Profesores de ella, para comprehender con facilidad el estado actual de sus adelantamientos, y libertarse de la nota de plagiarios, y de omisos por ignorarles.

Como corolario de esta doctrina vindica en las *Glorias de España* a nuestros Nacionales de la tacha, que se nos oponía de la desaplicación a la buena literatura; citando muchos ejemplos para indemnizar la Nación de este cargo. Tal vez pudiera con más examen de la historia literaria añadir otras pruebas; pero no debe negarse, que han padecido mayores estorbos entre nosotros todos los que han querido salir de la esfera de los conocimientos regulares, y que no pocos de los que se han distinguido más, lo lograron en sus viajes fuera del Reino. Las Naciones se pulen, e instruyen con las peregrinaciones literarias, como lo hacen actualmente los Ingleses.

En las *Reflexiones sobre la historia* se muestra el Autor del Teatro demasiadamente desconfiado de los monumentos históricos, y fidelidad de los historiadores por el ejemplo de algunas

contradicciones que en ellos se advierten.

Es certísimo que en la historia se han pretendido introducir en todos tiempos muchas fábulas, y que para ello intervienen pasiones e intereses; pero las más veces son descuido e inadvertencias. Un mismo suceso se refiere de distinto modo por varios testigos oculares: con todo eso, no sería juicioso inferir, que el hecho fuese falso por esta variedad de circunstancias, conque se refiere. Sería más natural distinguir el hecho, en que todos convienen, y dándole por cierto, dejar las circunstancias a la verosimilitud, y a la combinación del historiador. Pero no convendría deducir una incertidumbre sobre la historia con este motivo, a que se inclina el Marqués de *S. Aubin,* cuyo dictamen traduce a la letra nuestro erudito Escritor.

Los Discursos que tratan de la *Fisionomía,* destierran [XV] un gran número de preocupaciones, que reinaban entre nosotros, y en otros Pueblos cultos: con lo cual queda también reprobada la *Quiromancia,* la *Astrología judiciaria,* los *Saludadores,* y otras invenciones de siglos ignorantes. No somos nosotros los que solamente hemos padecido este contagio: también ha cundido en otras Naciones, que no ha mucho tiempo se han ido desengañando.

La inutilidad de los libros de empresas, máximas, y aforismos políticos, que inundaron en el siglo pasado la Europa, está demostrada en el Discurso de los *libros políticos.* En efecto, ¿qué podrán adelantar estas máximas generales, que no alcance un buen entendimiento? El curso de los negocios públicos, y las meditaciones de las actuales circunstancias son las que forman el juicio político de aquellos hombres propios a manejar los negocios. Serán siempre útiles los tratados de policía y de economía aplicados a cada País en particular, según su estado y su constitución.

Es muy útil el conocimiento de lo que se propone en el Discurso sobre la *importancia de la Ciencia física para la moral.*

En los Discursos de la *honra, y fomento de la Agricultura,* y de la *ociosidad desterrada,* emprendió el Autor del *Teatro* dos asuntos muy ventajosos al público, y dio en ellos a conocer su amor al buen orden político, y a la prosperidad de la Nación. En estos Discursos incidentemente apuntó la necesidad de moderar los días festivos en España; y con efecto hicieron las razones del *P. Feijoo* tanto efecto,

que el gran Papa *Benedicto XIV* asintió a esta reformación con gran utilidad del Estado; y el mismo concepto formó de los Discursos de nuestro Sabio sobre la reformación de la *Música de los Templos.*

Descender a los demás puntos subalternos de los Discursos del *Teatro* exigía mayor tiempo, y no traería el provecho que cada uno podrá sacar de su original lectura.

Luego que el Autor acabó de dar al público los ocho tomos del *Teatro Crítico,* publicó en 1740 uno de [XVI] *Suplemento* a las materias contenidas en los antecedentes, que en esta edición va incorporado en sus respectivos lugares. En el *Suplemento* se añaden aquellas autoridades o citas, conque el *P. Feijoo* apoya sus opiniones, o rebate las objeciones que se le iban haciendo. En la advertencia al *Suplemento* previene, que enmienda sus yerros para dar buen ejemplo: «porque son muy pocos los Autores (*continúa Feijoo*) que conocen los propios, y muy raro el que, aunque los conozca, los confiese.» Y añade: «No de todos los que enmiendo debo a mí mismo el desengaño. Algunos en materia de noticias históricas me dio a conocer la caritativa admonición de uno u otro docto amigo, por lo que me considero muy obligado de encomendarlos a Dios».

Vino a gastar quince años desde 1725 a 1740 nuestro Crítico en la composición de su *Teatro,* que concluyó a los 64 de edad.

Aunque publicó después este infatigable Escritor cinco tomos con el título de *Cartas Eruditas,* en nada se diferencian del objeto del *Teatro,* sino en tratarse las materias en muchas de ellas con menos profundidad: así porque el Autor se hallaba con más débiles fuerzas para el estudio, como porque el estilo epistolar no requería tanta exactitud como los *discursos.*

En la Carta 36 del tomo primero da noticia de la Obra, que *Tomás Brown,* Médico Inglés, escribió contra los *Errores populares;* haciendo ver la diferencia de la del *Teatro,* y cita otras, que coinciden en el título, con el fin de que los lectores no le acusen del plagio, que la emulación figuraba sólo por la fachada o título de ella.

Sobre los sistemas *Filosóficos;* sobre los *Terremotos,* y otras materias *Físicas;* sobre el descubrimiento de la *circulación de la sangre;* sobre los *Curanderos,* y *secretos medicinales;* sobre los

descubrimientos y sistema del gran Médico D. *Francisco Solano de Luque;* sobre varias *supersticiones;* sobre la instrucción en materia de *Religión* a los que viajan a Países forasteros, y otros puntos de controversia; sobre un sistema de historia general de las [XVII] *Ciencias,* y otros puntos importantes, versa la materia de estas *Cartas Eruditas*: y en el tercer tomo se interna en materias políticas de erección de *Hospicios,* y exterminio de *Ladrones,* abreviando sus causas.

En el tomo último de *Cartas* trató de *cuál debe ser la devoción con la Virgen, y con los Santos,* alusiva al célebre Tratado de la *devoción regulada* de *Luis Muratori,* y a lo que escribió el Cardenal *Vicente Petra,* que aunque anteriores al año de 1756, en que se escribió esta *Carta,* no se citan en ella.

En este mismo tomo advierte a los Misioneros las reglas del arte de la predicación. Con este motivo, hablando de sí mismo, confiesa que su robustez no le ayudaba para dedicarse a este sagrado ministerio; porque «la debilidad del pecho era totalmente incorregible; siendo tan connatural a mi nativo temperamento, que aun en la adolescencia y juventud padecí el mismo defecto».

En la *Carta 14* del mismo tomo da noticia de las *cinco* que escribió sobre el terremoto de primero de Noviembre de 1755, impresas por su amigo *D. Juan Luis Roche;* las cuales van añadidas en esta última edición. Concluyóse la Obra de las *Cartas eruditas* en 1760, en que publicó el Autor su quinto tomo dedicado al Rey N. Sr.

En dos *Cartas* {(a) Feijoo *Carta 22, y 23 del tom. 5*} de este tomo se muestra el *P. Feijoo* nada afecto al estudio de la lengua *Griega,* prefiriendo el de la *Francesa.* Esta última entre nosotros es tan fácil de adquirir, que apenas hay sujeto de mediana educación que no la entienda. Nada puede embarazar su estudio el unir algunas nociones del Griego a lo menos.

Francisco Valles debió a este conocimiento sus progresos en la doctrina de *Hipócrates;* y hoy lo acredita el Doctor *D. Andrés Piquer.*

¿Martín Martínez de Cantalapiedra cómo podría haber escrito su Tratado sobre interpretar la Escritura sin este auxilio?

Benio Arias Montano sobresalió a todos los de su tiempo [XVIII] por el conocimiento del Griego y del Hebreo. Él hizo familiar el

estudio fundamental de las Sagradas Escritura en toda la Europa.

¿Qué habría adelantado *D. Antonio Agustín* en sus Obras Civiles, y Canónicas sin el consumado estudio del idioma Griego?

¿Por cuánto número de años no han estado ocultos los *Manuscritos Árabes* del Escorial, hasta que *D. Miguel Casiri,* de la Academia de la Historia, Intérprete de S.M. para la lengua *Árabe,* nos ha formado el catálogo?

Lo mismo sucede con los *Manuscritos Griegos,* y *Hebreos,* que sin uso han estado ocultos en la misma Biblioteca, hasta que el Doct. D. *Francisco Pérez Bayer,* con el auxilio de ambos idiomas, se ha dedicado a publicarles.

D. Juan de Iriarte, Bibliotecario de S.M. ha hecho un excelente catálogo de los *Manuscritos Griegos* existentes en la Biblioteca del Rey, por su pericia en esta lengua.

¿Qué no se debe al Dean de Alicante *D. Manuel Martí,* y al diligente *D. Gregorio Mayans* por sus estudios en la buena literatura, y cultivo de las más puras fuentes de la elocuencia Griega y Romana?

Otras Obras se imprimieron de nuestro sabio Benedictino, cuya lista se va a dar; pues aunque son de menor importancia, es justo se sepa la extensión de sus estudios.

Manifiesto del Ilustrísimo Sr. D. Juan Avello Castrillón, Obispo de Oviedo, contra el P.D. Carlos Castañeda, sobre la fundación del Seminario de Misioneros de Contrueces, que aunque salió a nombre de aquel Prelado, lo escribió el *P. Feijoo.*

Sermón predicado el día de la Dedicación de la Capilla de *Rey Casto* en la Santa Iglesia Catedral de Oviedo.

Carta de un Médico de Sevilla al Doct. Aqüenza, impugnador de los Discursos de *Medicina* del *Teatro Crítico.*

Dejó manuscrito un *Discurso sobre la adoración de las Imágenes* completo.

Otro: *Explicación del sentido de las proposiciones* que se tildaron de orden de la Inquisición en el Discurso *sobre* [XIX] *la importancia del conocimiento de las Ciencias naturales para el estudio de la Teología Moral.* Esta explicación fue aprobada de treinta y tres Doctores Salmantinos.

Algunas *Pláticas de año nuevo,* y del *primer Lunes de Cuaresma.*

Otras *Pláticas,* que parece fueron hechas *para cuando los Padres Generales de la Congregación visitan los Monasterios.*

Quedó imperfecta una *Carta,* que tiene por título: *Convicción de un Idólatra.*

Otras Obras de las que emprendió en los últimos años dejó también empezadas, por haberse debilitado la memoria, y el oído; y ya las fuerzas no le podían lisonjear en su avanzada edad la costumbre de escribir.

§. II

Antes de entrar en la enumeración de las *Obras apologéticas,* a que le obligaron sus impugnadores, convendrá añadir las poesías que escribió a varios asuntos, y son las siguientes.

Desengaños, y conversión de un pecador, que andan impresas bajo del nombre de D. Jerónimo Montenegro: *Romance.*

Décimas a la conciencia, en metáfora del Reloj.

Décimas en los funerales, que el Principado de Asturias hizo a Luis Primero.

Enfermedad, entierro, y testamento del Amor por repetidas ofensas, hecho a ruego de un desengañado, que se le pidió al Autor bajo del asunto propuesto: *Romance.*

Décimas contra el falso milagro que se publicó en el Puerto de *Santa María* de haberse aparecido *S. Francisco de Paula* sobre la Sagrada *Hostia* un día de la Octava de *Corpus* de 1747, ocasionándole el error de la reflexión que hizo en el vidrio del viril la Imagen del Santo colocada en el Retablo.

Décimas: Instrucción *política que se usa, y de que Dios nos libre, y nos guarde.* [XX]

Décimas a una Señora Ministra.

Romance hecho a instancia de un *Amante* dejado por una *Señora,* que se entró en Religión.

Décimas a las Monjas de *S. Pelayo* de Oviedo, célebre Monasterio de la Orden de *S. Benito,* por no haber dejado celebrar de *Pontifical* la noche buena al *P. Andrade,* Abad del Monasterio del Villanueva de *Oscos.*

Romance contra otro, que ni era romance ni latín, que sacó un Poeta, que ni era Poeta ni Orador, contra el Autor, y empezaba así:

Señora, unos Pasquines que
al Lugar traen descompuestos…

Otro, en que el *Autor* se vindica justísimamente de dos *Caballeros,* que sacaron unas *Coplas* contra él, cuyas personas no nombra, por ser distinguidas.

Liras a una despedida, compuestas en este género de metro para demostrar que en cuanto usa la Poesía Española cabe naturalidad y ternura.

Retratos de dos hermanas del Principado de *Asturias,* que hizo el *Autor* a petición de un *Caballero,* que pretendía casarse con una de ellas: *Romance.*

Retrato de la otra hermana: que es la *segunda parte.*

Otro a una *Dama,* que se queja del mal natural de su *Galán.*

Quintillas a una *Dama* muy linda, a quien cierto *Pretendiente* irritado dijo que era una *peste.* Quiso el *Autor* transformar este improperio en elogio, con la ocasión de reinar entonces la peste de *Marsella,* que fue en 1721.

Soneto al impugnador del *Teatro Crítico* en dos tomos impreso en Salamanca, que era el *P. Soto Marne.*

Romance, en que se descubre el Autor de un *Entremés Satírico,* que salió en Oviedo contra el *Autor.* Empieza así:

¿Quién es el Autor de tanto
soez infame libelo?
¿Quién ha de ser sino aquel
único que pudo serlo? [XXI]

Al mismo aplica el *Autor* la Fábula de *Marsias* en una *Décima.*

Una u otra poesía de poca monta se omite en este *Catálogo,* y todas hacen ver la invención de aquel docto Religioso, y su facilidad en escribir tanto en verso como en prosa. Esta fecundidad de ingenio, ni lo chistoso de su conversación jamás alteraron la pureza y decencia de sus costumbres. En su trato era tan afable, que aun en la crecida edad a que llegó, se reprimía, como él mismo lo confiesa

en la *Carta sobre el estado de la senectud* del tomo último, para no molestar la sociedad con sus amigos. Esta *Carta* es una lección moral, digna de leerse por todos los que llegan a edad avanzada.

§. III

No pudo ser tan templado en las *Obras apologéticas* este célebre Benedictino, con proporción a la humanidad y bondad de su genio. El torrente de émulos, que se levantaron contra el *Teatro Crítico,* le obligó no sólo a valerse de la poesía, para combatir una u otra vez a sus impugnadores, como se ha visto en el *catálogo* de las Obras poéticas; ejercitó también su pluma en prosa con bastante fuerza. Hacíale demasiada impresión la contradicción ajena. Es verdad que sufrió muchas de sus impugnadores, tan faltas de fundamento, cuanto cargadas de sátiras y personalidades descompuestas.

Ensayóse muchas veces por necesidad en este género de escritos, que no dejan de ser harto difíciles, si han de hacerse leer agradablemente, rebatir con propiedad al adversario, poner en claro la opinión propia, y dejar en salvo las personas, como el decoro debido lo pide.

En la época en que se puso en estado de escribir, y dio a conocer el *P. Feijoo,* empezaba la Nación a salir de sus preocupaciones, y dedicarse a la buena literatura. Pero eran muy pocos los que todavía se alistaban en las banderas de la sana crítica, y que alcanzaban el provecho que de ella resulta. Era mucho mayor el número de los que se [XXII] obstinaban en sostener las ideas vulgares, y en negarse a la ilustración, que iba viniendo. Es menester mucha perspicacia para despojarse uno mismo de sus alucinaciones, cuando las ve apoyadas de la multitud.

En el año de 1725 se estrenó el *P. Feijoo,* defendiendo la *Medicina Escéptica* del Doct. D. *Martín Martínez,* contra la *Centinela Médico-Aristotélica* del Doct. *D. Bernardo López de Araujo,* que murió Médico de Cámara en nuestros días.

El Doct. *Araujo* quisiera desterrar toda duda o escepticismo en la *Filosofía y Medicina,* gobernando los principios filosóficos por las tradiciones de los Aristotélicos, sin recurrir a la razón y a la

experiencia, descansando en la autoridad, o jurando *in verba Magistri,* como decía aquel gran Crítico el Obispo *Melchor Cano.*

En esta primer *Apología* demostró con una solidísima erudición nuestro Benedictino la imposibilidad de adelantar las Ciencias naturales, y en especial la Medicina, mientras se mantuviesen los estudios filosóficos, y el modo de tratar las materias en el método antiguo de los Aristotélicos, que intentaba sostener el Doct. *Araujo.*

La moderación y la templanza de este *Discurso Apologético* hace ver, cuánta mayor superioridad tienen aun los grandes hombres, cuando sostienen causas ajenas. La ilustración actual de la *Medicina* de España se debe a la solidez de razones, conque el *P. Feijoo* y el Doct. *Martínez* a un tiempo mismo hicieron ver la necesidad, de que los Profesores Médicos se instruyesen en el conocimiento de los *Sistemas Filosóficos* antiguos y modernos. Sufrieron una inundación de contradicciones las Obras del Doct. *Martínez* de parte de los mismos a quienes intentaba ilustrar su Autor. Tal es la condición de los hombres, que prefieren no pocas veces la costumbre a la evidencia del desengaño, que resulta de principios más bien combinados.

Las Obras del Doct. *Martínez* durarán para siempre entre nosotros, como monumentos del talento del gran [XXIII] hombre que las produjo; al paso que de las de sus contradictores sólo se conservará la memoria en las apologías, como un trofeo que ellos mismos presentaron en el combate de la *Filosofía Aristotélica,* y de la *Medicina Galénico-escolástica* de España, vencidas de la *escéptica* del Doct. Martínez: superior no sólo por la bondad de la materia, sino por la elocuencia, orden, y pureza de idioma, que reinan en sus Obras; pues hasta en el modo de escribir las materias logró el Doct. *Martínez* desterrar el latín semibárbaro de los tratados *Físicos* y *Médicos* subrogando en su lugar un Castellano puro: modelo que han imitado los demás Médicos de estos tiempos, con gran provecho de nuestro idioma y de la Nación.

§. IV

Hecho a vencer en combates ajenos, apenas en 1726 salió del

primer tomo del *Teatro Crítico,* cuando nuestro ilustre Escritor vio descargar sobre sus *discursos* un nublado de impugnaciones, que le obligaron a pensar en sí mismo. La variedad de los asuntos presentaba un campo abierto a la lucha. Por otro lado el mal método y las preocupaciones no eran menores en los demás estudios, que en el de la *Física y Medicina;* y de consiguiente era forzoso, que no cediesen los Profesores menos hábiles en la obstinación de combatir toda novedad, opuesta al estado actual de la literatura.

Debe también confesarse, que un Autor polígrafo no puede tratar con igual solidez todos los puntos. Cualquier descuido en tales circunstancias abre camino a los impugnadores, para ganar aceptación y aura popular; especialmente cuando lisonjea al vulgo, deseoso siempre de sostener sus métodos, por imperfectos y perjudiciales que sean: pues a proporción es más fácil pasar plaza de docto, y los hombres suelen admirar más lo que entienden menos. La mitad de la ciencia consiste en el desengaño de las opiniones recibidas sin examen en todo género de materias. ¿Cómo se puede esperar que los profesores que [XXIV] han adoptado como dogmas tales opiniones, se despojen de ellas, para empezar a estudiar de nuevo? De ahí nacen las grandes oposiciones, que padece toda reformación de estudios. El odio, la sátira, y la contradicción son los primeros estorbos que encuentra. No pocas veces la autoridad y el poder impiden los progresos de los verdaderos y sólidos principios. Cógese al fin el fruto a beneficio del público: mas no es el gran hombre, que establece la reformación, quien saca para sí las ventajas. Adquiere una fama póstuma, que hace respetar su nombre de los venideros; y sólo las almas grandes se dejan llevar de este generoso deseo de gloria, para no acobardarse en las oposiciones que sufren de todas partes, y en especial de aquellos, que deberían agradecerles la ilustración que les dan.

Es un empeño ordinario de los hombres sostener sus opiniones, aun conocido el yerro. Esto da no pocas veces presa a los impugnadores. En una Obra enciclopédica como la del *Teatro Crítico,* y su continuación de las *Cartas Eruditas,* no era posible que su Autor dejase de caer en algunos descuidos. Para sostener la

reputación en ellos se nota en las *Apologías* del *P. Feijoo* alguna mayor adhesión a las propias producciones, de la que conviene a un buen Crítico. La sinceridad no sólo es conforme a la inocencia de las costumbres; es indispensable en un Sabio.

De todas las impugnaciones que sufrió el *Teatro Crítico,* tiene el primer lugar el *Antiteatro Crítico,* que empezó a salir en principios del año de 1729, pocos años después que en el de 1726 se publicó el primer tomo del *Teatro.*

Tres tomos se impugnan en los tres del *Antiteatro.* El estilo, a confesión de su Autor *D. Salvador Josef Mañer,* no corresponde al de la Obra impugnada; mas es preciso confesar, que abunda toda esta impugnación de buenas noticias en lo que mira a *Geografía, Física, y Matemática.* No deja de notarse acrimonia y soltura en el modo de impugnar; mas era el abuso que reinaba por aquel tiempo en esta especie de escritos. [XXV]

Empeñóse la disputa bastantemente, luego que en el mismo año de 1729 publicó el *P. Feijoo* su *Ilustración Apologética.* En su prólogo no se trata con mayor moderación la persona de *Mañer*: explícase así el Apologista.

«En cuanto a la calidad del Autor, uno me decía, que el nombre era supuesto, porque no había tal *D. Salvador Josef Mañer* en el mundo, o por lo menos en la Corte; pues habiendo solicitado noticias de él, no las había hallado. Otro me avisaba que conocía a dicho *Mañer,* pero le conocía por un pobre *Zoilo,* que nunca había hecho, ni podría hacer otra cosa, que morder escritos ajenos: recurso fácil y trivial, para que en el concepto de ignorantes hagan representación de escritores aquellos, a quienes Dios negó los talentos necesarios para serlo.»

Llegando al juicio de los dos primeros tomos de *Antiteatro,* continúa así en el mismo *prólogo.* «En esta Apología se verá, que el *Antiteatro* no es más que una tramoya de teatro; una quimera crítica; una Comedia de ocho ingenios; una ilusión de inocentes; un coco de párvulos; una fábrica de aire sin fundamento, verdad, ni razón.»

La *Ilustración* está escrita con orden, mucha exactitud, y un estilo bien organizado y conciso, muy propio para esta difícil especie de Obras. Tal vez habría acortado la disputa nuestro Sabio Apologista,

si hubiera hecho mayor concepto de su competidor.

En 1731 publicó *Mañer* la impugnación al tercer tomo del *Teatro Crítico,* y la *Réplica satisfactoria* a la *Ilustración Apologética,* pretendiendo notar a su adversario 998 errores.

Si se repara en el prólogo del tomo segundo del *Antiteatro Crítico,* se encontrará que el calor era igual en *D. Salvador Mañer.* Nada aprovecha más a las letras que el uso moderado de la crítica; y nada es más opuesto a su progreso, que el alejamiento de la voluntad con la sátira. «Los 998 errores (*decía Mañer al Lector*), que numero en la frente de esta Obra, no es para igualarme en la [XXVI] vanidad y jactancia a mi opositor, que en la fachada de su *Apología* se lisonjeó poniendo hallarse en mi *Antiteatro* más de 400; ajustando aquesta suma su confianza y fantasía; pero los que aquí se le señalan con la mayor puntualidad se ajustan en los guarismos de los márgenes con aritmética precisa a los cálculos de su resulta.»

Tal vez el deseo de aumentar el número de los errores atribuidos al *Teatro Crítico,* hace caer al impugnador en exageraciones. Hubiera sido más ventajosa al progreso de las letras esta contienda literaria, procediéndose en ella con más templanza.

Había sido uno de los Aprobantes de la *Ilustración Apologética* el Rmo. P. Fr. *Martín Sarmiento,* Benedictino, y Discípulo del Autor del *Teatro Crítico,* el cual en su Censura descubrió los parologismos, que notó en el *Antiteatro.* De aquí nació incluirle *Mañer* en la *Réplica satisfactoria.*

Débese a esta disputa, que tomase con motivo de ella la pluma el *P. Sarmiento,* escribiendo su *Demostración apologética* en 1732, en defensa de los tres primeros tomos del *Teatro,* de la *Ilustración Apologética,* y de sus *Aprobaciones.* La erudición y doctrina, que reina en los dos tomos de la *Demostración,* es superior a toda alabanza; y no puede negarse, que dejó sólidamente afianzada en el concepto de los imparciales la utilidad del *Teatro Crítico,* y el mérito de su Autor. El orden que guarda el *P. Sarmiento* en la *Demostración* es el mismo de los Discursos del *Teatro.* ¿Cuánto podría escribir de propia invención quien, siguiendo el método de otro, ameniza, y aclara la materia con la copia de doctrina que se lee en aquella Obra?

En 1734 publicó *Mañer* su *Crisol Crítico,* replicando en dos tomos

a la *Demostración Crítica* del *P. Sarmiento.* Este fue su principal objeto: en el prólogo refiere las dificultades que costó obtener en el Consejo la licencia para imprimir el *Crisol.*

No fuera inútil trabajo reducir toda la impugnación [XXVII] de *D. Salvador Mañer* por el orden de los Discursos de los tres tomos del *Teatro Crítico,* a una especie de *notas perpetuas;* quitando todo lo que puede ser satírico, o quisquillas de las que acompañan frecuentemente las disputas literarias de esta naturaleza.

Concluyó con estos *cinco tomos* su impugnación *D. Salvador Josef Mañer;* y enfriada la disputa, fue en lo sucesivo uno de los veneradores del *P. Feijoo.* Los hombres cuerdos llegan por sí mismos a reparar sus defectos. No lo fue a la verdad la empresa del *Antiteatro*: perdónese el modo por lo que se ganó en la substancia. Un Autor, que padece impugnaciones, reconoce las faltas de que se le culpa, mejora el método, repara en la causa de sus descuidos, trata con más puntualidad las materias, abandona el tono decisivo, y se dispone a recibir con mayor moderación la crítica ajena; porque él mismo se la hace a sí propio de antemano.

Salió en 1735 una nueva Obra con el título de *Teatro Anticrítico Universal* en dos tomos, su Autor *D. Ignacio Armesto y Osorio,* en que pretende ser árbitro en los puntos controvertidos por *D. Salvador Mañer* con los *P.P. Feijoo y Sarmiento.* Era a la verdad de moda entonces impugnar el *Teatro Crítico,* y un medio de despacharse esta especie de escritos. El prurito de contradecirle movió a muchos al estudio de materias, que a no ser por esta causa les serían siempre desconocidas. El fruto consiguiente fue el de promoverse el buen gusto generalmente en la Nación desde entonces, y enseñarle a tratar en la lengua materna todo género de asuntos científicos. Este efecto sólo bastaría para hacer inmortal la fama del *Teatro Crítico.*

Antes de concluir este párrafo, será preciso dar alguna noticia de la vida de *D. Salvador Mañer,* el cual no sólo se distinguió por la impugnación de los tres primeros tomos del *Teatro Crítico.*

Nació *Salvador Josef Mañer* en la Ciudad de *Cádiz* el siglo pasado, coetáneo casi con el *P. Feijoo* a corta diferencia, a lo que se infiere de la serie de su vida. [XXVIII]

Pasó a la Ciudad de *Caracas* en la Provincia de Venezuela de corta edad, a mejorar su fortuna, atraído de la facilidad de tener allí

un tío, que podía darle la mano, y estrechado de un encuentro, que no le permitía permanecer en su Patria por entonces.

En Indias se aplicó más al estudio, que al comercio, ni a otra de las industrias, conque los Indianos procuran hacer caudal. Los hombres de ingenio convienen en ser por lo común desinteresados.

Corría el principio del siglo, y en él las disputas de la *sucesión de Carlos II.* Un papel anónimo relativo a esta materia, y nada conforme a la causa pública, le atrajo muchas calamidades, que duraron por largo espacio de años.

Venido a la Corte, vivió en ella con estrechez; y empezó a escribir para mantenerse, estando su principal talento, e inclinación descubiertos hacia las materias políticas, e intereses de los Príncipes. Cabalmente promovía estos conocimientos a tiempo que en la Nación carecía de muchos de ellos.

El *Sistema político de la Europa* le produjo la protección del Sr. D. Josef Patiño, aquel Ministro conocedor, y honrador del verdadero mérito. Discerniendo el que había en *Mañer,* le hizo buscar, y le dio el empleo de *Visitador de las Fábricas* de Madrid y sus cercanías, y con él un sueldo de 500 a 600 ducados, que aunque moderado, le puso en estado de dedicarse enteramente a escribir, habiendo asegurado ya con esta especie de pensión su subsistencia.

A *Mañer* se debe la introducción del *Mercurio histórico,* y otro número grande de traducciones. No se puede negar, que divulgadas estas Obras, han contribuido mucho a la pública ilustración, que se advierte en la Nación. Valiose del anagrama de *Mr. Le-margne,* para despachar más bien las Obras que traducía.

Salió el primer *Mercurio* en 8 de Julio de 1738, y continuó en la traducción, e impresión de esta Obra periódica [XXIX] hasta primero de Febrero de 1745, en que D. Miguel Josef Daoiz alcanzó privilegio por servicio pecuniario para continuar la venta, e impresión del Mercurio.

No sólo aseguró una razonable estimación con la incesante publicación de Obras, llegó a formar caudal más que mediano: hasta que lleno de años pensó en retirarse al Hospital General con sus efectos, como lo hizo en 22 de Febrero de 1745, privado ya de la intervención del Mercurio.

Por diferencias con su Administrador D. Luis Mergelina, sobre

que publicó un *Manifiesto* impreso, dejó la residencia del Hospital en 6 de Abril de 1749, y poco después la Corte. Acercándose a su Patria, y a la común de los buenos Cristianos, fijó su residencia de seglar en el Monasterio de la *Breña,* uno de los de S. Basilio de la Provincia que llaman de *Tardon*: en el cual lleno de mérito, y de desengaños falleció en 21 de Marzo de 1751 en edad de más de 70 años.

El Catálogo de sus propias Obras impresas y manuscritas, formado por su íntimo amigo *D. Antonio María Herrero,* Médico de la Real Familia, Secretario perpetuo de la Real Academia Médica-Matritense, y sujeto acreditado por su erudición, es el siguiente.

Catálogo de las Obras de D. Salvador Josef Mañer.

Ortografía Española, 1 vol. en 8. De esta Obra se hicieron tres impresiones: la primera en *Córdoba,* y las otras dos en *Madrid.*

Historia Crítica de la Pasión de N.S. Jesucristo, 1 vol. en 4, en verso con notas históricas y críticas.

Ronquillo defendido contra el error, que le cree condenado, papel en 4.

Repaso general de los papeles de Torres, papel en 4. [XXX]

Belerefonte Literario: Réplica a una respuesta del antecedente, papel en 4.

Disertación crítica histórica sobre el Juicio universal: donde por incidencia trata de los mil años literalmente entendidos del Reino de Jesucristo en la tierra, que han de preceder al Juicio Universal, 1 vol. en 4.

Defensa de la precedente Disertación contra la impugnación de un docto Anónimo: este fue el Rmo. *Velasco* del Orden de S. Francisco, Comisario General de Indias, después de Catedrático de Alcalá, y Confesor de las Descalzas Reales, 1 vol. en 4.

Sistema Político de la Europa, papel en 8. Fue éste el primer escrito, en que ocultó su nombre bajo el anagrama de *Mr. Le-margne,* temeroso del suceso. La universal aceptación del público se acredita con haberse hecho la tercera

edición antes de cumplirse mes de su publicación. Mereció tanto la aprobación del Sr. *D. Josef Patiño,* que hizo vivas diligencias para saber quién era su Autor: lo llamó, le dio gracias, le pidió dictamen sobre algunos asuntos; y le dio el primer sueldo que tuvo este infeliz Literato después de los mayores trabajos.

El Arbitro Suizo: papel en 8 contra otro sobre el antecedente.

Historia del Príncipe Eugenio de Saboya, 1 vol. en 4.

Novela Histórica del Conde Teckeli, 1 vol. en 4.

Vida de Tomás Kulikan, 1 vol. en 8.

Vida del Duque de Riperdá, 2 vol. en 8.

El famoso hombre marino, papel en 4 contra un discurso del Teatro Crítico.

Antiteatro Crítico. Impugnación al Teatro Crítico del P. Feijoo, 5 tom. en 4.

No se habla de muchas traducciones suyas, por no abultar este Catálogo.

Obras que dejó inéditas

Triunfo de la Religión Cristiana, y su verdadera Iglesia Romana. [XXXI] Su asunto es probar (contra el P. Feijoo), que ésta no sólo tiene más votos que el Alcorán, sino que todas las Religiones juntas.

Explicación nueva de muchos lugares de la sagrada Escritura, que pretende no estar bien ilustrados por falta de luces de la Física, y ciencias naturales.

Historia de los Soberanos del mundo.

La afición de Mañer a la historia fue grande: así esta Obra la miró como su más útil producción. En ella se esmeró infinito, y se conserva manuscrita en el Monasterio del Tardon, donde falleció, según se ha dicho.

§. V

La segunda controversia literaria de mayor monta suscitada contra el *Teatro Crítico,* fueron las *Reflexiones Crítico-apologéticas,* que en dos tomos publicó en 1748 *Fr. Francisco de Soto y Marne,* Lector de Teología en su Convento de Observantes de Ciudad-Rodrigo.

Dirigíanse estas Reflexiones a impugnar por el orden del Teatro las diferentes críticas, que su Autor se vio precisado a hacer a varios en el discurso de la Obra. Era forzoso en asuntos tan diferentes, en que se combatían las comunes preocupaciones, tropezar con personas condecoradas, sin que esto contradijese su fama, ni sus dictados. La autoridad puramente extrínseca no debe prevalecer a la razón, a la experiencia, o a las pruebas convincentes.

Raimundo Lulio, Nicolao de Lira, D. Antonio de Guevara, y las flores de S. Luis del Monte llevaban la primera atención de estas reflexiones del *P. Soto Marne.* El estilo de esta impugnación no degenera en lo que mira al favor de la disputa de otras Obras, y tal vez el lenguaje no es el más correcto. Con todo eso el despacho de la primera impresión fue prodigioso. El crédito del *Teatro Crítico,* y la novedad de muchas de las materias que incluye, había aficionado al público para buscar con curiosidad cuanto se imprimiese pro y contra. En estas disputas fácilmente se contrae espíritu de partido, y éste se empezó a [XXXII] experimentar con la publicación de las *Reflexiones Crítico-apologéticas.* Nada tenía de templada su censura contra el Teatro, y aun lo advierte el mismo Autor en el prólogo a las Reflexiones. Dice que en esto sigue el ejemplo que se le ha dado; pero a la verdad no será jamás loable este modo de disputar; ni medio de atraer la benevolencia de los lectores imparciales.

Opuso a esta Obra el *P. Feijoo* otra apología, que intituló *Justa Repulsa de inicuas acusaciones.*

En ella examina los motivos que alega el *P. Soto Marne* para su impugnación, el estilo de las Reflexiones, el de la dedicatoria, que es una especie de *sarcasmo,* y los cargos más principales, en especial el de *plagio* que le atribuía.

Sosegóse esta disputa, cuyo calor a la verdad pedía providencia, con una Real Orden de 23 de Junio de 1750 de *Fernando VI* de augusta memoria, comunicada al Consejo, en que se dice: «Quiere S.M. que tenga presente el Consejo, que cuando el P. Maestro Feijoo ha merecido a S.M. tan noble declaración de lo que le agradan sus

escritos, no debe haber quien se atreva a impugnarlos; y mucho menos que por su Consejo se permita imprimirlos.»

No faltaron quienes sindicasen el silencio impuesto a las impugnaciones contra el *P. Feijoo.* No se hacían cargo del estado de la controversia, ni de las consecuencias perjudiciales de permitir unas disputas, que declinan en partido. Sólo en este caso o en el de ofender los escritos el dogma o la Regalía, debe la autoridad pública imponer silencio.

Desde entonces cesó la continuación de la Obra del *P. Soto Marne,* y se acallaron unas controversias, que en la mayor parte estaban ventiladas, y resueltas en la disputa literaria con *D. Salvador Mañer.* Era ya cortísimo el fruto que podía esperar el público de una ulterior discusión.

El *P. Soto Marne* se había hecho conocer del todo [XXXIII] con la publicación de varios Sermones, a cuya colección intituló *Florilogio.* No le falta ingenio a este Religioso: la decadencia de los estudios inutiliza entre nosotros muchas veces unos talentos, cuya doctrina dirigida por el estudio de las fuentes originales, sería fructuosa a la Iglesia y al Estado; mas este remedio no está en poder de los particulares, requiere los auxilios del gobierno.

Interrumpió también por algún tiempo el *P. Feijoo* publicar Obras desde que salió en 1749 la *Justa Repulsa,* y el tomo tercero de *Cartas* hasta el año de 1753, en que salió el cuarto tomo. Por mayor que sea la tranquilidad de ánimo, quebranta siempre el sosiego filosófico la oposición continua, cuando ésta no se funda precisamente en indagar la verdad, sino en deprimir la opinión de los que sobresalen en criterio, y en literatura.

§. VI

La tercera controversia tiene enlace con la antecedente, y versaba sobre la recomendación de la doctrina del célebre Raimundo Lulio, a quien tratan extremadamente sus defensores, e impugnadores.

No sólo el *P. Soto Marne* tomó la defensa del *Sistema Luliano,* con motivo de lo que nuestro Crítico escribió en el *Teatro* {(a) Feijoo Teatro *tom. 3, Disc. 8. §. 5,* en la *Carta 22, tom. 1* y en la *Carta 12,*

tom. 2} sobre esta materia.

Fr. Bartolomé Fornés, Religioso Observante de S. Francisco, publicó en 1746 en Salamanca un tomo en cuarto, intitulado: *Liber apologeticus artis magnae B. Raymundi Lulii.* Está escrito en idioma latino, y en el estilo escolástico: tal vez se ha hecho menos conocida esta Obra por ambas circunstancias.

El *P. D. Fr. Antonio Raimundo Pascual,* Monje de S. Bernardo, Catedrático de Lulio en Palma, dio a luz el *Examen de la Crisis del P. Feijoo* sobre el *Arte Luliana,* en dos tomos en 1749 y en 1750. Esta obra se escribió en [XXXIV] castellano con bastante orden y método. La materia a la verdad se puso en toda su luz de parte del Escritor cuanto permitía la naturaleza de la controversia. No por eso los Lectores mirarán como demostrada la importancia del *Sistema Luliano* para acomodar a su método el de la enseñanza.

En una de las *Cartas Eruditas* {(a) Feijoo *Carta 13, tom. 2*} se cita la *Apología,* que por *Lulio* escribieron también *Fr. Marcos Tronchón,* y *Fr. Rafael de Torreblanca,* de que hace análisis nuestro Autor con mucha solidez y copia de doctrina.

En la *Justa Repulsa* recapitula el mismo concepto del *Sistema Luliano,* y hace la siguiente advertencia para desengaño del público, y de las Escuelas: «Digo, que si los que se aplican a aprender el Arte de *Lulio,* empleasen el tiempo, que gastan, en leer otros libros buenos, se hallaran al fin de la cuenta con muchas útiles noticias, cuando de Lulio no pueden sacar conocimiento alguno; sí sólo explicar (mejor diría implicar) con una misteriosa jerigonza lo que ya saben por otro estudio.»

Este resumen del dictamen de *Feijoo* no puede combatirse con reflexiones: era necesario demostrar por experiencia no equívoca cuáles son los adelantamientos que han resultado, o produce a sus secuaces el Arte Magna de Lulio. Todo lo demás es salir de la cuestión, y perder el tiempo en discusiones vanas, como demostró juiciosamente nuestro Crítico.

§. VII

Pudiera contarse por otra de las controversias literarias del *P. Feijoo*

la impugnación que se lee en sus Obras contra la incertidumbre de los sistemas usuales de Medicina.

Esta disceptación es trascendental a toda la Obra del *Teatro* y *Cartas Eruditas;* pues apenas se hallará tomo, en que no haya impugnación contra la Medicina cual se profesa actualmente. [XXXV]

Érale comunísimo no sólo en sus escritos, sino también en las conversaciones familiares el tratar de esta materia. En la continua lectura, y con el uso adquirió mucho número de observaciones, que han contribuido en gran parte a purgar la Facultad Médica en España de los errores comunes, adoptados en ella a causa del mal método de sus estudios.

Tuvo en esta lid por competidor al mismo *D. Martín Martínez* su grande amigo; pero éste no sólo se aventajó en la doctrina a los demás antagonistas, sino también en el modo de tratar la materia con el juicio, y moderación, que era propia de tan erudito Médico, y Filósofo. Dijo éste ciertamente en defensa de la verdadera Medicina cuanto se puede desear. Otros salieron a la misma palestra con Obras más largas, aunque no de tanto peso. No se hace catálogo de ellas particular, porque irán viniendo en la *serie cronológica* de la publicación de cada tomo del *Teatro,* y de *Cartas.* Por el mismo orden fueron saliendo también las impugnaciones, y apologías sucesivamente en las materias médicas, y en las demás que se controvertieron.

§. VIII

Se ha hablado incidentemente en este Resumen varias veces del *Doct. Martínez,* y aunque el mérito de este Literato exigía mayor extensión, que la que permite la naturaleza de este Discurso, no será desagradable al Lector tener una idea por mayor de su vida literaria.

D. Martín Martínez nació en *Madrid* a 11 de Noviembre de 1684 en el Reinado de Carlos II.

Desde los primeros años se dedicó a los estudios, y pasó a *Alcalá,* donde se formó en los de Medicina, que entonces se enseñaba por

las Obras del Doct. *Henriquez de Villacorta.*

De edad de 22 años se halló ya adelantado para alcanzar por rigurosa oposición plaza de Médico del Hospital General, cuya época coincide con el año de 1706; tiempo en que el estruendo de las armas, y de las guerras [XXXVI] civiles dejaba en España poco lugar a los estudios.

Los hombres de grandes talentos, como el *Dr. Martínez,* sobresalen en todas edades, y situaciones a pesar de los mayores embarazos.

La doctrina de *Henriquez de Villacorta,* que se miraba en nuestras Escuelas como única, no satisfizo la curiosidad, ni las luces de este Profesor; ni fue capaz de impedir que este célebre Médico buscase en los originales Griegos, y Latinos, y en los mejores modernos los principios más sólidos de la *Física* y de la *Medicina;* recurriendo a la *Anatomía,* o conocimiento de la estructura del cuerpo humano, como objeto a que terminan todos los estudios médicos; pues mal podrá percibir el estado del cuerpo enfermo quien ignore su construcción en el tiempo de la sanidad. Un talento despejado recurre siempre por sí mismo a los orígenes, y principios fundamentales de las Artes, para distinguir las preocupaciones de las que son observaciones fundadas.

D. Miguel Boix, amigo de *Martínez,* empezó a declamar en España a favor del estudio de la *Medicina de Hipócrates,* y escribió un tratado para persuadirlo a los Médicos *Españoles,* con el deseo loable de desterrar de esta profesión muchas cuestiones inútiles, en que se malgastaba el tiempo.

La aplicación de *Martínez* a la *Física, Química, y Anatomía* le pusieron en estado de poseer con superioridad de luces su facultad Médica, y de ilustrar a sus Compatriotas en estos estudios, casi desconocidos a principios del siglo.

Todos los eruditos extranjeros, y nacionales de la Corte de *Felipe V,* especialmente sus Médicos primarios, hicieron gran aprecio de su mérito, y prendas, no comunes por la verdad en aquel tiempo; promoviéndole a todos los honores, y empleos, que había en su carrera de Catedrático de Anatomía, Médico de Cámara de S.M. Socio, y Presidente de la Real Sociedad de Sevilla.

El gran conocimiento, y uso de la lengua Castellana, [XXXVII] y

de la Latina y Francesa, le facilitaron el método de escribir correcta y exactamente, y la inteligencia de la literatura moderna.

En el año de 1720 empezó a poner por obra el generoso y utilísimo proyecto de reformar el estudio de la Medicina en las Universidades de España, y enseñar el verdadero método de adelantar y mejorar esta profesión, la *Cirugía,* y la *Anatomía,* para sacarlas de la notable decadencia en que se hallaban.

Deben nuestros Médicos, Cirujanos, y Anatómicos a la verdad en parte sus actuales progresos a los conatos y estímulos de este gran hombre. Experimentó en ello no pocas oposiciones; pero al cabo estos Profesores dóciles a la razón, mejoraron notablemente sus estudios con ventajas de la salud pública.

No se logran tales reformas literarias sin un ingenio superior, un profundo estudio, y una elocuencia capaz de convencer y persuadir a los que se nieguen a la demostración.

El Patriotismo requiere también valor y constancia. No es sólo el militar quien debe estar adornado de tan recomendables prendas, sin las cuales se lograrán pocas grandes empresas. Tal es el carácter, que manifiestan las *Obras* del *Doct. Martínez,* las cuales han servido de guía a los que han escrito después en el Reino, y son las siguientes.

1716

Noches anatómicas, que es una especie de ensayo de la Anatomía completa, tomo en 4.

1722

Medicina Escéptica, en que manifiesta el mal método de las Universidades, desterrando los errores introducidos entre los Médicos; cuyo ejemplo siguió luego el *P. Feijoo,* dos tomos en 4.

1728

La Anatomía completa, Obra muy apreciada por su doctrina, estilo, y amenidad; conque trata cuantos [XXXVIII] inventos, observaciones, y sistemas corrían en aquel tiempo, un tomo en 4.

1730

La Filosofía Escéptica, en que da noticia de los sistemas filosóficos de su tiempo, echando los fundamentos de la aplicación a la *Física experimental*: Obra escrita con una pureza de estilo, y claridad admirable, especialmente en unos asuntos poco trillados, y conocidos entonces, tomo en 4.

1732

Examen de Cirugía, con un tratado de las mejores *operaciones* que en aquel tiempo se practicaban.

Esta profesión se hallaba aún más decadente que la Medicina; y por la cercanía de ambas creyó este digno Escritor propio de su celo patriótico, extender a este importante ramo de la medicina externa sus cuidados, y su estudio.

Obras misceláneas

Una *Disertación latina* sobre la observación anatómica de un *infante,* que nació con el corazón colocado monstruosamente.

Otra, sobre si las *Víboras* son carne, o pescado; y pueden usarse medicinalmente por los Padres Cartujos de España, que le consultaron.

Otra, sobre el ácido, y alcalí, en que demuestra varios errores de la *Química* de un Escritor de aquel tiempo.

Estas tres *Disertaciones,* que son *póstumas,* se hallan impresas al fin de las *Noches Anatómicas* en 1750 con la *Carta defensiva* del tom. 1. del *Teatro Crítico,* en la cual vindicó el *Doct. Martínez* la Medicina de la censura del Teatro.

Obras sueltas

Juicio final de la Astrología, y varios *Papeles apologéticos,* en defensa de sus Obras, y de las del *P. Feijoo,* que son raros, y tal vez se imprimirán en adelante por diligencia de D. Martín Martínez, Oficial de la Contaduría [XXXIX] general de Valores, hijo de aquel célebre Escritor, y heredero de sus talentos.

Últimamente empezó a escribir los *Comentarios de Medicina práctica,* sobre el texto del famoso *Areteo de Capadocia,* uno de los Príncipes de la Medicina entre los Griegos; y en este estado le arrebató la muerte a 9 de Octubre de 1734 a los 50 años de su edad.

Era muy versado en las buenas letras, en la *Poesía,* y en la

Música. De uno, y otro dejó algunas composiciones en prueba de la extensión de su ingenio, a que añadía la pureza de estilo, y la amenidad, que hacían recomendable su trato.

§. IX

No deben los Lectores mirar como digresión unos hechos, sin los cuales no se podría entender cabalmente la historia literaria de nuestro Benedictino. Los *Anales Tipográficos* de la publicación de las Obras del *P. Feijoo,* y de sus Impugnadores, o Apologistas, acabarán de aclarar los que restan, para terminar estas noticias. Guárdase en ellos la serie de los años, para que con facilidad se perciba la progresión del movimiento, en que se pusieron las letras desde que empezó a salir el *Teatro Crítico,* hasta que consumó la carrera de sus producciones nuestro Sabio en 1760.

Año de 1725

Carta Apologética de la Medicina Escéptica del Doct. Martínez. *Va añadida en esta última impresión.*

1726

Tom. I del Teatro Crítico, publicado en 3 de Septiembre.

Carta Apologética de este tomo, escrita por el Doct. *Martínez,* publicada en 5 de Octubre: en la cual se defiende incidentemente la Medicina de las impugnaciones del *Teatro.*

Breves apuntamientos en defensa de la Medicina, y de los Médicos contra el *Teatro,* por el *Dr. D. Pedro Acuenza,* Médico de Cámara, publicado en 22 de Octubre.

Templador médico del Doct. D. Francisco Ribera, [XL] Médico que fue después de Cámara, contra el *Teatro Crítico,* en 29 del mismo mes.

Diálogo armónico sobre el *Teatro Crítico* en defensa de la Música de los Templos, por *D. Eustaquio Cerbellon,* en 3 de Diciembre.

Contra defensa crítica a favor de los hombres contra la nueva defensa de las mujeres, que es uno de los Discursos del *Teatro*: papel anónimo, que salió en 17 de Diciembre.

Medicina Cortesana, satisfactoria del Doct. *Ribera* al *P. Feijoo,* en

24 del mismo.

1727

Anotaciones al Teatro Crítico: anónimo, en 21 de Enero.

Juicio final de la Astrología, en defensa del *Teatro Crítico,* su Autor el Doct. *Martínez,* en 4 de Febrero.

Discurso Filológico Crítico sobre el *Corolario* del paralelo de lenguas: anónimo, en el mismo día.

Estrado Crítico en defensa de las mujeres contra el *Teatro Crítico*: anónimo, en 16 del mismo.

Antiteatro: su Autor D. *Jerónimo Zafra,* en 25 de Febrero.

Noticias Críticas sobre el *Teatro Crítico*: anónimo, en 11 de Marzo.

Residencia Médico-Cristiana contra el *Teatro Crítico* por el Doct. *D. Bernardo Araujo,* Médico que fue de Cámara, en 25 de Marzo.

Antiteatro Délfico del *Teatro Crítico*: anónimo, en el mismo día.

Escuela Médica en respuesta al *Teatro Crítico* por el Doct. *D. Francisco Suárez de Ribera,* en 15 de Abril.

Medicina vindicata contra el *P. Feijoo* por el Doct. *D. Ignacio García Ros,* en 6 de Mayo.

Cátedra de desengaños Médicos en defensa del *P. Feijoo*: anónimo, en primero de Julio.

Respuesta a la Carta inserta en el *Teatro Crítico* de *Feijoo* sobre el estado del matrimonio, en 16 de Diciembre. [XLI]

1728

Tomo II del Teatro Crítico, en 6 de Abril.

Tertulia histórica: impugnación del *Teatro Crítico:* anónimo, en 20 del mismo.

1729

Tomo III del Teatro Crítico, en 31 de Mayo.

Antiteatro Crítico sobre los dos primeros tomos del *Teatro Crítico*: su Autor *D. Salvador Josef Mañer,* en 7 de Junio.

Apelación sobre la piedra filosofal contra el tomo III del *Teatro Crítico*: anónimo, en 6 de Setiembre.

1730

Ilustración Apologética al I y II tomo del *Teatro Crítico,* donde se notan más de cuatrocientos descuidos al Autor de *Antiteatro,* que en su defensa publicó el *P. Feijoo* en 10 de Enero.

El *Tomo IV del Teatro Crítico,* en 26 de Diciembre.

1731

Crítico, y cortés castigo de pluma contra los descuidos del tomo IV del *Teatro Crítico*: anónimo, en 30 de Enero.

Antiteatro Crítico, tomo II y III su Autor *D. Salvador Mañer,* en que está la *Réplica satisfactoria* a la *Ilustración Apologética,* en 7 de Agosto.

1732

Demostración Crítica Apologética del *Teatro Crítico Universal* en defensa de los cuatro primeros tomos, y de la *Ilustración Apologética* contra las impugnaciones, y contradicciones del vulgo: su Autor el *R.P. Fr. Martín Sarmiento,* Benedictino, Lector de Teología Moral en S. Martín de esta Corte: dos tomos, en 23 de Diciembre.

1733

Tomo V del Teatro Crítico, en 7 de Julio.

1734

Crisol crítico teológico histórico político físico y matemático, en que se quilatan las materias, y puntos que se le han impugnado al *Teatro Crítico,* y pretendido defender en la *Demostración crítica* el M.R.P. Lector *Fr. Martín* [XLII] *Sarmiento,* Benedictino, en dos tomos, que son el IV y V del *Antiteatro*: su Autor *D. Salvador Josef Mañer.*

El *tom. VI* del *Teatro Crítico,* en 31 de Agosto.

Combate intelectual contra el *Teatro Crítico* por *D. Manuel Ballester,* en 14 de Septiembre.

El famoso hombre marino contra un Discurso del *Teatro Crítico*: su Autor *D. Salvador Mañer,* que le publicó bajo del anagrama de *D. Alvaro Menardes,* en 19 de Octubre.

Impugnación al *P. Feijoo* sobre la vida del *falso Nuncio de Portugal* por *D. Manuel Marín,* en 7 de Diciembre.

1735

Vindicias de Savonarola contra el *P. Feijoo*: su Autor *Fr. Jacinto Segura,* del Orden de Predicadores.

Teatro Anticrítico: los dos primeros tomos: su Autor *D. Ignacio de Armesto y Osorio,* residente en esta Corte.

1736

El tomo VII del Teatro Crítico, en 28 de Agosto.

1737

Teatro Anticrítico de *D. Ignacio Armesto*: el último tomo en 28 de Mayo.

1739

El *tomo VIII* del *Teatro Crítico,* en 14 de Abril.

1741

Suplemento a los ocho tomos del *Teatro Crítico,* en 7 de Febrero.

Teatro de la Verdad, o *Apología por los Exorcismos* contra el *Teatro Crítico*: su Autor *Fr. Alonso Rubiños,* Religioso Mercenario, en primero de Agosto.

Duelos Médicos en defensa, y desagravio de la facultad Médica contra el *Teatro Crítico*: su Autor *D. Narciso Bonamich,* Médico de Villarejo de Salvanés, en 10 de Octubre.

1742

Bailes mal entendidos, y Señeri sin razón impugnado por el R.P. M. *Feijoo*: su Autor *D. Nicolás de Zárate,* en 13 de Febrero. [XLIII]

El *tomo I de Cartas eruditas y curiosas,* en que por la mayor parte se continúa el *Teatro Crítico Universal,* impugnando o reduciendo a dudosas varias opiniones comunes, en 4 de Setiembre.

1744

El Príncipe de los Poetas Virgilio, contra las pretensiones de Lucano apoyadas por el *P. Feijoo,* su Autor el *P. Joaquín de Aguirre,* de la Compañía de Jesús, en 24 de Marzo.

1745

El *tomo II de Cartas Eruditas,* en 20 de Julio.

1746

Carta-Respuesta a la 17 de las Eruditas del *P. Feijoo,* su Autor el *P.D. Antonio Rodríguez,* Monje Cisterciense, en 4 de Enero.

Liber apologeticus artis magnae B. Raymundi Lulii Doctoris illuminati & Martyris, scriptus intus & foris ad justam & plenariam defensionem famae, sanctitatis, & doctrinae ejusdem ab injuriosa calumnia ipsi inique, opinative, & qualitercumque illata: Authore R. P. Fr. Bartholomaeo Fornes, Praedicatore Apostolico & Generali, S. Theol. Lectore, & in Salmantina Universitate Philosophiae, ac S. Theol. Baccalaureo, ac linguae Hebraicae, & S. Theol. Procathedratico, *publicado en 20 de Diciembre.*

1749

Examen de la Crisis del P. Feijoo sobre el Arte Luliana, en la que se manifiesta la santidad y culto del iluminado Doct. y Mártir el B. Raimundo Lulio; la pureza de su doctrina, y la utilidad de su arte y ciencia general: su Autor el R.P.M. *D. Antonio Raimundo Pascual,* del Orden de S. Bernardo, Doctor y Catedrático de Filosofía y Teología Luliana en la Universidad de Mallorca, y Maestro del Número de la Congregación de Navarra y Aragón, *tomo I publicado en 15 de Abril.*

Reflexiones Crítico-Apologéticas sobre las Obras del *P. Feijoo* en dos tomos, en defensa de las *Flores de S. Luis del Monte*: de la constante pureza de fe, admirable [XLIV] sabiduría, y utilísima doctrina del iluminado Doct. y esclarecido Mártir el *B. Raimundo Lulio*: de la gran erudición y sólido juicio del clarísimo Doctor el *V. Fr. Nicolao de Lira*: de la famosa literatura, y constante veracidad histórica del Illmo. V. Sr. *Fr. Antonio de Guevara;* y de otros clarísimos Ingenios, que ilustraron al Orbe Literario: su Autor el *P. Fr. Francisco de Soto y Marne,* Lector de Teología en el Convento de S. Francisco de Ciudad-Rodrigo, y Cronista general del Orden de S. Francisco: publicáronse en 6 de Mayo.

Justa Repulsa de inicuas acusaciones, escrita por el Rmo. *P. Feijoo* contra los dos tomos antecedentes del *P. Soto y Marne,* en 23 de Septiembre.

1750

El tomo III de Cartas Eruditas, en 4 de Agosto.

El tomo II *del Examen de la Crisis del P. Pascual* en defensa de la doctrina de *Lulio,* en 15 de Diciembre.

1753

El tomo IV *de Cartas Eruditas,* en 14 de Agosto.

1754

Satisfacción a la *Carta* 16 del tomo IV de las eruditas sobre los *Francsmasones*: su Autor el R. P. *Fr. Josef Torrubia,* Cronista general del Orden de S. Francisco.

1755

Cartas escritas sobre el *Terremoto* acaecido en primero de Noviembre de este año: las cuales se publican en esta *última impresión,* porque antes andaban sueltas.

1760

El tomo V *de Cartas Eruditas,* que fue el último, en 20 de Mayo.

Esta serie cronológica de las Obras Críticas del R. *P. Feijoo* acredita, que la vida de los grandes hombres en nada cede a las fatigas de la milicia misma. Pensando en la instrucción común, apenas tomó la pluma en 1725 contra el torrente de las preocupaciones vulgares, cuando se vio combatido de todas partes por una multitud de contradictores; y en la precisión de vindicar su concepto, ya [XLV] en las Obras apologéticas, que de intento escribió, ya en los prólogos, ya en las obras mismas. Es menester una firmeza de ánimo decidida, para no acobardarse en medio de tan seguida y larga contradicción.

Es muy cierto, que sin ella pondrían los Sabios menor cuidado en la formación de sus escritos. La Crítica, que no degenera en sátira, es provechosa; pero el abuso embaraza a los hombres sobresalientes el progreso de sus tareas, y retrae a muchos para no darlas al público.

No se puede negar, que el mérito de los impugnadores es muy desigual entre sí; y que los más de ellos escribieron por espíritu de partido, y de interés en mantener las ideas vulgares.

El Abate *Verney,* disfrazado con el dictado de *Barbadiño,* impugnó con generalidad la Obra del *Teatro Crítico* en su *Verdadero*

método de estudios para Portugal. Otras impugnaciones de menor monta se publicaron contra el *Teatro,* que no merecen nuestra investigación.

En recompensa recibió nuestro *Feijoo* particulares elogios del Papa *Benedicto XIV,* del Cardenal *Querini,* y de un gran número de Literatos del primer orden. Bajo de esta vicisitud viven los hombres hasta llegar al término de su carrera.

Fernando VI le concedió honores de *Consejero,* en reconocimiento de la estimación que hacía de su literatura, y de sus tareas. La misma manifestó nuestro Augusto Monarca *Carlos III* al tiempo de regalarle las *Antigüedades de Herculano,* y ésa le conservan todos los que aprecian el verdadero mérito. La fama del eruditísimo *Feijoo* durará entre nosotros mientras la Nación sea culta, y en los fastos de su literatura hará época la de su tiempo.

Primero se rindieron en aquel Sabio las fuerzas, que la aplicación y la constancia en el estudio, y en la penosa fatiga de escribir, para ilustrar a sus compatriotas.

Terminó la serie de las Obras impresas, como se ha visto en 1760 a la los treinta y cinco años después que [XLVI] empezó a escribir; y otros tantos comprehenden sus *Anales Literarios.*

Un hombre, que había cuidado de la instrucción de los demás por tanto tiempo, reservó para atender a sí mismo el corto período de vida, que prometía lo avanzado de su edad. La sordera, que empezó a molestarle, la debilidad de la memoria, y la flaqueza de sus piernas, le apartaban de la sociedad, cuya falta recompensaba con la oración, haciéndose en un carretón conducir al Coro.

Lleno de años, y de fama falleció el R. P. *Fr. Benito Jerónimo Feijoo* en su Colegio de S. Vicente de Oviedo a 26 de Septiembre de 1764, a las 4 horas y 20 minutos de la tarde, de edad de 87 años, 11 meses y 18 días.

De sus virtudes hicieron una descripción muy puntual el Doct. *D. Alonso Francos y Aragón,* Magistral y Maestre-Escuela de la Santa Iglesia Catedral de Oviedo, Rector de su insigne Universidad, en la *Oración fúnebre,* que de orden de la misma predicó en 27 de Noviembre de aquel año: el R. P. *Fr. Benito Uría,* Maestro de sagrada Teología en el Colegio de S. Vicente, en 17 de Diciembre del mismo, a nombre de esta Comunidad Religiosa; y el R.P.M. *Fr. Heladio*

Novoa, en 22 de Enero de 1765, en el Real Monasterio de S. Julián de Samos, que todas tres han salido al público. No sucedió así con los demás hechos particulares de su vida; pero se quedan reservados a los que trataron este distinguido Literato más de cerca. ¡Cuántos sucesos dignos de memoria se pierden en la vida de los hombres ilustres, porque no todos logran un Jenofonte, que nos conserve sus *dichos,* y *hechos*!

Dedicatoria

que hizo el Autor al Rmo. P. el M. Fr. Josef de Barnuevo, General de la Congregación de S. Benito de España, Inglaterra, &c.

R.MO P. N.TRO

La gloria de haber tenido un tiempo en Salamanca a V. Rma. por Maestro, y la dicha de lograrle hoy por Prelado, determinan mi atención al tenuísimo obsequio de dedicarle este libro. Ni en mi pequeñez cabe hacerle mayor, ni en la celsitud de ánimo de V. Rma. cabe recibir como corto un tributo a quien dan estimación el amor, y el respeto. No puedo menos de lisonjearme del acierto de esta elección; porque si los vínculos de Prelado, y Maestro tejen la [LX] cadena, que blandamente me arrastra a esta expresión de mi culto, con no menor fuerza deben inclinar a V.Rma. al patrocinio. Grande le ha menester esta Obra, por ser tan pequeña; y necesitándole grande, no pude buscarle mayor. Las excelsas cualidades que ilustran a V.Rma. siendo prendas de su persona, se las apropia para afianzar sobre ellas la protección mi esperanza. Un Escrito dirigido a combatir errores comunes, pide de derecho por Padrino a un Sabio perfectamente instruido de universales noticias. Pero cuanto a V. Rma. le habilita su eminente doctrina para defender sentencias no vulgares, tanto su escogida nobleza le empeña a proteger dictámenes desvalidos. ¡Oh, si no tuviera yo tan comprehendido que a la integridad de V. Rma. ninguna verdad ofende, sino aquella que le elogia, cuánto pudiera decir aquí de la ilustrísima ascendencia de V.Rma. cuyo generoso Árbol, descollando sus ramas sobre los más altos capiteles de Soria, deja las raíces escondidas debajo de las

gloriosas ruinas de Numancia! [LXI]

Pero me será preciso dejar de trasladar la nobilísima sangre de V.Rma. de la memoria a la prensa, por no sacársela del corazón al rostro. El mismo reparo me ataja al ir a celebrar el conjunto de perfecciones morales, y políticas, en que consiste la nobleza del espíritu. Cualquiera rumbo que quiera tomar la pluma, tropieza en la modestia de V.Rma. y sus virtudes mismas son a un tiempo incentivo y estorbo de los elogios. Nuestro Señor guarde a V.Rma. muchos años. De este su Monasterio de S. Martín de Madrid. Agosto 25 de 1726.

De V.Rma. rendido hijo
y siervo, que S. M. B.
Fr. Benito Feijoo.

Censura

del Rmo. P. M. Fr. Antonio Sarmiento, Maestro General de su Religión, Abad que ha sido del Insigne, y Real Monasterio de S. Julián de Samos, Definidor mayor y General de la Congregación de S. Benito de España, e Inglaterra, Teólogo de S. M. en la Real Junta de la Concepción, y Examinador Sinodal del Arzobispado de Toledo &c.

Con singular atención he visto el primer Tomo del *Teatro Crítico universal,* por remisión y mandato de nuestro Rmo. P.M. Fr. Josef de Barnuevo, dignísimo General de la Congregación de S. Benito de España, Inglaterra &c. Su Autor es el M. R. P. M. Fr. Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, Maestro General de la misma Congregación, Abad que fue del Monasterio de S. Vicente de Oviedo, Graduado de aquella Universidad, Catedrático de Santo Tomás, y de Escritura, y actualmente de Vísperas de Teología &c.

Desde mi tierna edad fue objeto de mi admiración el Autor, y fue creciendo la admiración al paso que fue creciendo la edad. Pudiera yo desconfiar del alto concepto que siempre hice de sus peregrinas cualidades, atribuyéndole en parte a oculto influjo de mi cariño (siendo cierto, que muchas veces los dictámenes se forman en la oficina de los afectos), a no haber observado en cuantos le trataron el mismo concepto. A todos les oí celebrar como prodigio (y con razón) el ver, que sobre las prendas de excelente Teólogo, sutilísimo Metafísico, consumado Filósofo, admirable Escriturario, y

Orador elocuentísimo, que tantas veces manifestó en los públicos teatros, apenas hay Facultad alguna forastera a su vasta comprehensión. En todas habita como doméstico, discurriendo en todo como peregrino. El que la primera vez le oye hablar en cualquiera materia, juzga que a aquella sola dio todo su estudio. En sus mismas conversaciones familiares parece que sucesivamente van hablando muchas librerías, aunque tan al [LXIII] compás de la modestia, que jamás se mete en el País de la erudición por propio arbitrio. Nunca respira este órgano sonoro, sino a proporción que mueve los registros, o toca las teclas ajena mano. Se aleja tanto de lo jactancioso, que pasa más allá de lo modesto: por cuya razón ponen muchos a su genio la tacha de encogido; y no negaré yo que en su circunspección tiene gran parte su natural rubor: pensión ordinaria de los sublimes ingenios, que siendo naturaleza, parece virtud. A extensión tan prodigiosa de noticias junta un ingenio sutil, que nada tiene de quisquilloso: un juicio sólido, sin las asperezas de rígido: una facundia dulce, sin el menor resabio de afectada. En fin, yo no hallo elogio más apropiado a este sujeto, que el que dio Sidonio Apolinar a otro semejante: *Ob omnia faelicitatis, naturaeque dona monstrabilis (Sidon. Apolin. lib. 3. epist. 7)*. Sujeto espectable por todos aquellos dones naturales, que pueden constituir un espíritu ilustre.

Hasta aquí del Autor. ¿Qué diré de la Obra? Sidonio Apolinar, que me dio la definición del Autor, me da en otra parte la descripción del libro. Habla de uno, que había compuesto su amigo Claudiano (no es el Poeta, sino Claudiano Mamerto, Autor Católico), y exclama así: *O liber multifariam pollens! O eloquium non exilis, sed subtilis ingenii! Quod nec per scaturigines hyperbolicas intumescit, nec per tapinomata depressa extenuatur. Ad hoc unica, singularisque doctrina, & in diversa rerum assertione monstrabilis, cui moris est de singulis artibus cum singulis artificibus philosophari. (Idem lib. 4. epist. 3)*.

En esta cláusula hallo dicho cuanto del *Teatro Crítico universal* tenía yo que decir. Es éste un libro, ya por la generalidad admirable de sus noticias, ya por la variedad hermosa de sus materias, de muchos modos especioso: *O liber multifariam pollens!* El estilo es noble, castizo, delicado, igualmente distante de la bajeza de

expresiones humildes, igualmente distante de la bajeza de expresiones humildes, que de la pueril, y ridícula afectación de pomposas voces sonantes: *Quod nec per se scaturigines hyperbolicas* [LXIV] *intumescit, nec per tapinomata depressa tenuatur.* Lo que más celebro en el estilo es aquel corriente natural, y sin tropiezo, conque se encuentra dicho, y dicho con el modo más hermoso, todo cuanto quiere. No va a buscar la pluma las frases; ellas parece que vienen a buscar la pluma. Y no es menos admirable aquella claridad en explicarse, conque hace perceptibles, aun de los más rudos, las materias más sublimes, y delicadas. Lo más espinoso de la Filosofía, lo más elevado de la Teología, sin perder nada de la majestad propia, se proporcionan en su pluma a la inteligencia más humilde. No es dudable que la claridad en explicar es reflejo preciso de la claridad en concebir; y que los espíritus grandes, así como son inteligencias para penetrar las verdades, son también astros, que para que puedan penetrarlas los demás, bañan de luz los objetos. Esto es tener estilo propio de ingenios sutiles: *Eloquium non exilis, sed subtilis ingenii.*

Pero aún resta lo más admirable del libro, que es aquel complejo de doctrina a un tiempo singular y universal: *Ad hoc unica, singularisque doctrina, & in diversarum rerum assertione monstrabilis.* Es singular, porque desviándose en todas las materias de los errores vulgares, camina por sendas ignoradas del común de los hombres. Es universal por la multitud de asuntos tan diferentes. Las gentes congregadas en Jerusalén se admiraban de oír hablar a los Apóstoles en las lenguas de todos los Reinos. Yo me admiro de oír a un hombre sólo hablar los idiomas propios de todas las Facultades: *Cui moris est de singulis artibus cum singulis artificibus philosophari.* En esta Obra muestra que la Teología Dogmática y Escolástica, la Filosofía antigua y moderna, la Historia sagrada y profana, la Medicina, la Astronomía, la Música, le son tan familiares, como si solitariamente se hubiese dedicado a cada una de estas profesiones; porque aunque no en todas habla de intento, en los rasgos, que suelta con seguro magisterio, se ve que goza sobre todas un absoluto dominio. [LXV] No escribe con mano tímida, como el que extemporáneamente mendiga las noticias de los libros; sino con aquella confianza, de quien bizárramente expende una breve

porción de sus propios mentales tesoros. Esta estupenda universalidad se hará más visible en los Tomos siguientes; porque, según las noticias que me ha fiado el Autor de su vasto proyecto en la prosecución del Teatro Crítico, no habrá género alguno de literatura donde no entre la mano.

Y ciñéndome al oficio de Censor, digo, que este libro es dignísimo de la prensa, por no contener cosa que disuene de la armonía de nuestra santa Fe, y buenas costumbres; antes bien mucho que instruya, y edifique. Este es mi sentir, *salvo &c.* S. Martín de Madrid 2 de Julio de 1726.

Mro. Fr. Antonio Sarmiento.

Censura

del R. P. Dr. Juan de Campo-Verde, de la Compañía de Jesús, Catedrático de Prima de Teología, Jubilado en la Universidad de Alcalá, Teólogo de S. M. en la Junta de la Concepción, Examinador Sinodal del Arzobispado de Toledo, &c.

De orden del Sr. Doct. D. Cristobal Damasio, Vicario de esta Villa de Madrid y su Partido, &c. he visto con todo cuidado, y con no menor gusto un libro, intitulado: *Teatro Crítico universal, o Discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes:* cuyo Autor es el Rmo. P. M. Fr. Benito Feijoo, Catedrático de Vísperas de la Universidad de Oviedo, y Maestro General de la Religión de S. Benito. Hasta aquí la remisión, que verdaderamente está diminuta en la expresión de su magisterio; pues según la grande erudición, multitud de noticias, variedad de asuntos, y cumplida satisfacción a todos, debiera dársele al Autor el título de *Maestro General de todas las Artes y las Ciencias.* La sabiduría del Autor había llegado días ha a mis oídos; pero al presente se ha puesto delante de los ojos: conque me sucede lo que pocas veces, cuando se refiere una cosa grande, que en llegando a verla, se halló mucho mayor, que había publicado la fama. Mucho excede lo que conoce la experiencia, a cuanto había extendido la fama de tu sabiduría, decía la Reina de Saba al ver al Rey Salomón. Y podré con razón decir del Autor: Verdaderamente mucho me habían significado de tu copiosa erudición; mas cuanto he leído este libro, reconozco que se quedó muy distante de la realidad quien me refirió tu grande erudición.

El libro conviene en un todo con la inscripción que se le pone en la frente; no se lee una materia en la expresión del asunto, y otra descubre la curiosidad en su lección; porque a la verdad es un conjunto de varios Discursos [LXVII] en todo género de materias. Es un ramillete compuesto de diversas flores, en donde hallará el que le tomare en sus manos variedad apacible para su diversión; y podrá escoger lo que fuere más de su agrado para remedio de la ociosidad: si no que le demos a este libro el nombre de panal; porque así como las abejas oficiosas repasan todas las flores, tomando de cada una lo que más puede conducir para labrar su panal, en el cual todos hallan la dulzura de la miel; así este erudito Escritor con lo agudo de su ingenio ha repasado todas las Facultades, que hoy se hallan tan floridas, entresacando de cada una lo más gustoso, y más delicado que los Autores han discurrido, para que cualquier hombre curioso halle en este libro el asunto que su curiosidad apetece, y la materia a que su ingenio le inclina.

Isócrates daba este consejo a los hombres sabios y eruditos, que intentasen componer un libro, que fuese para el gusto de todos. *Ut apes videmus* (decía) *omnibus quidem flosculis insidere, de singulis autem utilia capere; sic eruditionis comparandae studiosos nihil intactum relinquere, sed profutura quae sunt, undique colligere licet. (Isocrat. ad Demon. apud. Solorz. de Jur. Indiar. temp. Fol. 225)*. Las abejas, dice, de cada una de las flores, que cuidadosas registran, toman la más útil para fabricar la dulzura de su miel. A éstas deben imitar los hombres deseosos de adquirir la verdadera erudición, cuando la desean trasladar al papel, pues para formar sus escritos deben con cuidadosa atención registrar aun lo más recóndito de cada Facultad; y eligiendo de cada una lo más selecto, sacarán a la luz pública del mundo un escrito, que se merezca la universal aprobación. ¿Qué Facultad no ha examinado este Autor? ¿Qué diligencia no ha puesto para el examen de la verdad? ¿Qué discursos no ha formado para convencer el entendimiento? ¿Qué ejemplares no refiere para persuadir la razón? De todas las Facultades ha buscado lo más oculto para satisfacer la curiosidad. Los [LXVIII] libros de todas las Facultades los tiene examinados, sin que se le escondan los extranjeros por extraños, ni desestime los nuestros por propios. Ni la diversidad de lenguas ha podido ser impedimento para que no

penetre el Autor sus secretos. Esta alabanza es una de las muy singulares que Claudiano le dijo a Estilicón: *Tu legeris libros cunctos, quos protulit orbis (Claudiam. de Laudib. Stilic.)*. Es tanta tu doctrina, que no parece ahora libro en el orbe todo, que no hya registrado tu diligencia. Y aunque parezca haberme pasado del oficio de Censor al de Panegirista de la Obra, se me habrá de permitir esta digresión necesaria, por haberse llevado de su inclinación la pluma. Y tomando el oficio que se me manda ejecute, digo, que mi cuidado nada tiene advertido en todo el libro, que no sea conforme a la Doctrina Católica, o contrario a las buenas costumbres. Este es mi parecer, *salvo meliori*, &c. En este Colegio Imperial de la Compañía de Jesús de Madrid a 27 de Junio de 1726.

Juan de Campo-Verde.

Aprobación

del Rmo. P. M. Fr. Domingo de Losada, Lector Jubilado Complutense, Examinador Sinodal, Padre de la Provincia de Santiago, y Provincial de la Provincia de Castilla, de la Regular Observancia de N. P. S. Francisco M. P. S.

De mandado de V.A. he leído con todo cuidado un libro, intitulado: *Teatro Crítico Universal,* &c. compuesto por el Rmo. P. M. Fr. Benito Jerónimo Feijoo, de la Orden del Gran Padre San Benito, y Catedrático de Vísperas de la Universidad de Oviedo, &c. Y aunque la elegancia del Nacianceno me dio de antemano hermosamente dibujado el más proprio retrato del Autor en aquel celebrado elogio del Gran Atanasio: *Quod enim genius disciplinae ets, in quo versatus non sit, atque ita eximie versatus, quod in eo solo elaborasset? Sic nimirum omnia complexus, ut ne unus quidem quisquam singula: rursus ita ad summum, quasi nihil aliud praeterea didicisset (S. Gregor. Nacianc. Orat. in laud. Athanasii);* todavía no puede desembarazarse el discurso del asombro conque se halla sorprehendido de la hermosa variedad de tantos, y tan diversos asuntos. No menos arrebata las mayores admiraciones este literario Teatro por lo universal en todo linaje de materias, que por lo crítico en la sentenciosa juiciosa crisis conque reflexiona en cada una de ellas con equidad tanta, que sin declinar un punto en el extremo de los Críticos Aristarcos, dice con libertad e ingenuidad de sabio, el justo valor y aprecio que merece de [LXX] justicia cada cosa. Esta crisis en tan universal materia pide sin duda tanto hombre, que en la

esfera de los Sabios por peregrino se aclamará muy rara Ave: pues aunque algunos idearon aquel circular Orbe de las ciencias, o el gran cuerpo *Encyclion,* que comprehendía todo género de disciplinas, o la Enciclopedia, que llamaron los Griegos universal ciencia, fue sólo idea imaginada, que prometiendo claras luces a todos para todo, a todos en todo llenaron de densas obscuridades; porque no es lo mismo coacervar en un Tomo varias materias, o amontonar en un cuerpo variedad de noticias, que saberlas, y saberlas escribir para la común enseñanza, dando a cada cosa su justo valor y peso; que esta crisis pide sin duda, además de un entendimiento peregrino, una continua estudiosa aplicación a los libros, que sin duda se hallan muy pocos.

Aun siendo tan superior la inteligencia de Salomón, confiesa en el Libro del Eclesiastés, que entregó con la mayor aplicación todo su corazón, para aquel universal tratado, que no sólo enseñaba la prudencia y doctrina, sí también descubría los errores y necedades comunes: *Dedique cor meum, ut scirem prudentiam, atque doctrinam, erroresque, & stultitiam. (Eccles. cap. 1. 17).* Y notó con delicadeza Hugo Cardenal la significación dle verbo *Dedi,* que puso Salomón, y no el verbo *Accommodavi;* porque aquél significa una continua aplicación al estudio, entregándose a las letras con la mayor eficacia; y éste sólo diera a entender una breve estancia de tiempo al estudio, y una como ojeada de paso; y es más que cierto, que la comprehensión y penetración de las ciencias no se ferian a los que por cuatro días toman como prestado o alquilado el cuarto de los estudios. Discretísimamente el gran Padre San Bernardo dijo, que el Doctor Maestro había de ser, no canal, sino concha: porque la canal todo su caudal es prestado, y aun cuando más llena, [LXXI] vierte en los raudales toda la broza; la concha cogiendo blandamente el rocío, le abriga, y lentamente parece le digiere; y así produce preciosas perlas.

Otra grave enseñanza nos descubre Salomón, muy necesaria para el estudio de la sabiduría, enlazando prudencia y doctrina; porque en la prudencia, dice Hugo, explica el estudio de su propia investigación: *Prudentia propria investigationis,* y en la doctrina la aplicación a la erudición ajena; y una y otra es necesaria para conseguir la palma de verdadero sabio; porque ni todo ha de ser

dejarse llevar siempre de otros, como niños, ni todo se ha de fiar a las fuerzas de su propio ingenio.

Es la humana sabiduría tan achacosa, que más merece el título de docta ignorancia, que de perfecta ciencia: *Doctorum ergo,* dice Alápide*, magna licet rerum cognitio, tamen non est tam plena scientia, quam docta ignorantia (Alap. Eccles. cap. 1).* Tan envueltas andan las luces de la verdad con las tinieblas del error, que aun los mayores Filósofos, como dice mi Sutil Maestro, mezclaron muchas falsedades en las demostraciones, que nos vendieron por evidentes. Por eso dice el Mariano Doctor (*Scotus in prologo Sententiarum*) fue necesaria doctrina sobrenatural para que guiase al entendimiento sin error por la segura senda de la verdad. Y Salomón en nuestro texto, aunque tan iluminado de superiores luces, se aplicó con sumo estudio a la ciencia discretiva de la verdad y el error; *Summo studio,* comenta Alápide*, incubui, ut pervestigarem sapientiam, & scientiam, tum speculativam, tum practicam, eamque secernerem ab erroribus, & stultitia.* Y fue sin duda necesario tanto estudio, porque hablaba de errores comunes, que eso explica la voz Proverbios, que dice otra letra en el texto; porque como éstos no tanto se disputan, como se veneran por oráculos, es necesaria mucha luz con evidencias claras, para desengañar de [LXXII] errores tan comunes, que pasan plaza de primeras verdades.

Este es el glorioso fin, que en tan lúcido trabajo intenta nuestro sapientísimo Autor, para utilidad del común. Pero acaso replicará alguno con lo que en el mismo texto concluye Salomón como arrepentido: *Et agnovi,* dice, *quod in his quoque esset labor, & afflictio spiritus.* Y aunque yo no le negaré al Autor el trabajo en tan vario estudio, como supone la inmensa erudición, que apunta en esta Obra, con todo le negaré lo penoso, y aflictivo del alma, pues así en esta Obra brinda a los estudiosos el cáliz de las literarias tareas (que tanto amargan), que sobre pintarle glorioso por el premio, le pone en copa de oro tan gustoso, que a pechos se le puede echar el más nauseado. Pero mucho mejor a nuestro intento responde Hugo Cardenal con Hugo Victorino: *Quia vero curiositas eum ad inquisitionem, hujusmodi compellebat, & superbia ad ostentationem, dignum fuit, ut hujusmodi labor premeret, & curiosum dissiparet, &c.* conque siendo el motivo de nuestro Autor el que expresa su mismo

título, *para desengaño de comunes errores,* convence por el opuesto el mismo texto, que tan gloriosa tarea, no sólo es acreedora de inmortales glorias, sí también de gozosas dilataciones en la alma. Concluyo, pues, diciendo, que esta Obra, sobre no contener cosa alguna contra los candores de nuestra Fe, y buenas costumbres, es utilísima, y muy común; pues no menos conduce al navegante saber los escollos, que los rumbos y puertos; y siendo el asunto desengañar errores comunes, preciso es que sea utilidad del común: que allá en la Torre celebrada de David, en que Doctos dibujan el universal teatro de toda buena enseñanza y disciplina, se mira como otro Faro, que sirva de farol a los que navegan en tan dilatado mar: conque puede V. A. darle la licencia que pide; y aun como tan solícito del bien [LXXIII] común, estrecharle a que con ésta dé a luz las otras Obras. Este es mi sentir, *salvo meliori, &c.* En este Real Convento de nuestro Padre San Francisco de Madrid en 3 de Julio de 1726 años.

Fr. Domingo Losada.

Carta

de D. Luis de Salazar y Castro, Comendador de Zurita en la Orden de Calatrava, del Consejo de S. M. en el Real de Ordenes, y Cronista Mayor de Castilla, e Indias, al Autor R.MO P.

Señor mío: Vuelvo a V. Rma. los pliegos, que de su utilísima Obra se sirvió fiarme; y me han divertido, y enseñado mucho. Aquello por la hermosa variedad de los Discursos, elección excelente de las materias, y solidez admirable de las objeciones: y esto por la propiedad conque se dificulta, la eficacia conque se responde, y la dulzura conque se persuade; pero todo con una singular facundia, con una notable gracia, y con una excelente pureza de idioma. En cada discurso, siendo tan distintos, se excede V. Rma. a sí mismo, porque en todos avisa los escollos de la peligrosa navegación del mundo, enseña el camino de la eternidad, no sólo con ejemplos sagrados, sino con observaciones profanas, que para el escarmiento suelen tener el mismo vigor que las leyes. La erudición, siendo mucha y muy diestramente repartida, tiene una tan propia colocación, que más que buscada por el cuidado oficioso, parece que nació para el caso a que se aplica.

Yo justifico bien el vulgar axioma, que afirma, que para los hombres de bien, todo País es propio, entendiendo por hombres de bien, hombres sabios: pues V.Rma. convence los errores populares, como si los hubiese tratado; define, y combate los vicios, como si los hubiera [LXXV] padecido; y enseña a huirlos con la misma destreza, que si los conociese por la experiencia, siendo sólo por la

noticia. Dícese que los Párrocos se instruyen en el Confesionario de toda especie de delitos y de sus circunstancias: y del doctísimo Jesuita Tomás Sánchez se dijo, que sin embargo de haber muerto virgen, había sabido por aquel medio cuanto en el matrimonio y en su uso se puede averiguar, como testifica la insigne obra suya, que de esta materia veneramos; pero V. Rma. criado y mantenido en la estrechez de sus Claustros, retirado en la continua tarea de sus estudios Teológicos, y en la precisa servidumbre de las Cátedras, y ceñido siempre a la rígida austeridad de su Religión Sagrada, todavía parece en estos Discursos hombre de mundo, que materialmente trató todos sus engaños, para darlos al desprecio, y que ha tenido libertad entera para advertirnos lo que se debe repugnar, el derecho camino que debemos seguir, y las establecidas vulgares aprehensiones que la razón esta obligada a despreciar; y como la sabia advertencia de V. Rma. previene todo esto con tanto acierto, es preciso confesar, que son preciosos partos de su entendimiento instruido y laborioso, y de su meditación vigilante y perspicaz. En V. Rma. suplió una especulación clara y penetrante el defecto de conocimiento práctico de los achaques del siglo. Muchos rayos de luz mental son menester para esto. Ciertamente un Monje, que con tanta claridad descubre los errores del mundo desde el retiro de su Claustro, es un Sol, que registra toda la tierra, sin salir de su cielo.

A este noble fin de nuestro desengaño hace V. Rma. servir aquel singular conocimiento, que con sus estudios se ha adquirido de las Ciencias y las Artes, de las Historias antiguas, y modernas. Inmensa es la erudición que resplandece en este pequeño volumen, que como precioso diamante recoge mucha luz en poco cuerpo. Parece que al entrar en cada Discurso tenía V. Rma. a una mano el dilatado campo de la naturaleza, a otra el amenísimo [LXXVI] jardín de la historia, para arrancar a ambas manos las más escogidas flores de uno y otro: siendo igualmente plausible aquella sutileza conque aun en asuntos profanos de estas flores de erudición sabe V. Rma. sacar algún espíritu de moralidad.

En fin la Obra es, a mi juicio, admirable en todas sus partes; pero porque haya hermosura sin lunar; esto es, fábrica tan perfecta, que no padezca alguna nota, hallo en el Discurso XV, que la

generosa inclinación de V. Rma. ofrece mi memoria en términos sumamente distantes de mi pequeño mérito, habiendo otros muchísimos, que como el Docto Vizconde del Puerto, le tienen muy gigante; pero habiendo cometido este exceso la noble propensión de V. Rma. a honrar, puede ser que sirva en esta excelente Obra, como el lunar en la belleza, que en lugar de afearla la agracia. Guarde Dios a V. Rma. largos y felicísimos años para honor de las buenas letras. Madrid 11 de Agosto de 1726.

B. L. M. de V. Rma.
su más afecto servidor,
D. Luis de Salazar.

Rmo. P. M. Fr. Benito Feijoo.

Prólogo al lector

Lector mío, seas quien fueres, no te espero muy propicio, porque siendo verosímil que estés preocupado de muchas de las opiniones comunes, que impugno; y no debiendo yo confiar tanto, ni en mi persuasiva, ni en tu docilidad, que pueda prometerme conquistar luego tu asenso, ¿qué sucederá, sino que firme en tus antiguos dictámenes condenes como inicuas mis decisiones? Dijo bien el Padre Malebranche, que aquellos Autores, que escriben para desterrar preocupaciones comunes, no deben poner duda en que recibirá el público con desagrado sus libros. En caso que llegue a triunfar la verdad, camina con tan perezosos pasos la victoria, que el Autor mientras vive sólo goza el vano consuelo de que le pondrán la corona de laurel en el túmulo. Buen ejemplo es el del famoso Guillermo Harveo, contra quien por el noble descubrimiento de la circulación de la sangre declamaron furiosamente los Médicos de su tiempo; y hoy le veneran todos los Profesores de la Medicina como oráculo. Mientras vivió, le llenaron de injurias: ya muerto, no les falta sino colocar su imagen en las aras.

Aquí era la ocasión de disponer tu espíritu a admitir mis máximas, representándote con varios ejemplos cuan expuestas viven al error las opiniones más establecidas. Pero porque ése es todo el blanco del primer Discurso de este tomo, que a ese fin, como preliminar necesario, puse al principio, allí puedes leerlo. Si nada [LXXIX] te hiciere fuerza, y te obstinares a ser constante sectario de la voz del Pueblo, sigue norabuena su rumbo. Si eres discreto, no tendré contigo querella alguna, porque serás benigno, y reprobarás el dictamen, sin maltratar al Autor. Pero si fueres necio, no puede faltarte la calidad de inexorable. Bien sé que no hay más rígido censor de un libro, que aquel que no tiene habilidad para dictar una carta. En este caso dí de mí lo que quisieres. Trata mis opiniones de

descaminadas, por peregrinas; y convengámonos los dos en que tú me tengas a mí por extravagante, y yo a ti por rudo.

Debo no obstante satisfacer algunos reparos, que naturalmente harás leyendo este tomo. El primero es, que no van los Discursos distribuidos por determinadas clases, siguiendo la serie de las facultades, o materias a que pertenecen. A que respondo, que aunque al principio tuve este intento, luego descubrí imposible la ejecución; porque habiéndome propuesto tan vasto campo al Teatro Crítico, vi que muchos de los asuntos, que se han de tocar en él, son incomprehensibles debajo de facultad determinada, o porque no pertenecen a alguna, o porque participan igualmente de muchas. Fuera de esto hay muchos, de los cuales cada uno trata solitariamente de alguna facultad, sin que otro le haga consorcio en el asunto. Sólo en materias físicas (dentro de cuyo ámbito son infinitos los errores del vulgo) habrá tantos Discursos, que sean capaces de hacer tomo aparte; sin embargo de que estoy más inclinado a dividirlos en varios tomos, porque con eso tenga cada uno más apacible variedad.

De suerte, que cada tomo, bien que en el designio de impugnar errores comunes uniforme, en cuanto a las materias, parecerá un riguroso misceláneo. El objeto formal será siempre uno. Los materiales precisamente han de ser muy diversos.

Culparásme acaso, porque doy el nombre de *errores* [LXXX] a todas las opiniones que contradigo. Sería justa la queja, si yo no previniese quitar desde ahora a la voz el odio con la explicación. Digo, pues, que *error,* como aquí le tomo, no significa otra cosa que una opinión, que tengo por falsa, prescindiendo de si la juzgo, o no probable.

Ni debajo del nombre de *errores comunes* quiero significar, que los que impugno sean trascendentes a todos los hombres. Bástame para darles ese nombre, que estén admitidos en el común del Vulgo, o tengan entre los Literatos más que ordinario séquito. Esto se debe entender con la reserva de no introducirme jamás a Juez en aquellas cuestiones, que se ventilan entre varias Escuelas, especialmente en materias Teológicas: porque ¿qué puedo yo adelantar en asuntos, que con tanta reflexión meditaron tantos hombres insignes? ¿O quién soy yo para presumir capaces mis

fuerzas de dirimir aquellas lides donde batallan tantos gigantes? En las materias de rigurosa Física no debe detenerme este reparo, porque son muy pocas las que se tratan (y ésas con poca, o ninguna reflexión) en nuestras Escuelas.

Harásme también cargo, por qué, habiendo de tocar muchas cosas facultativas, escribo en el idioma Castellano. Bastaríame por respuesta el decir, que para escribir en el idioma nativo no se ha menester más razón, que no tener alguna para hacer lo contrario. No niego que hay verdades, que deben ocultarse al Vulgo, cuya flaqueza más peligra tal vez en la noticia que en la ignorancia; pero ésas ni en Latín deben salir al público, pues harto Vulgo hay entre los que entienden este idioma, y fácilmente pasan de éstos a los que no saben más que el castellano.

Tan lejos voy de comunicar especies perniciosas al público, que mi designio en esta Obra es desengañarle de muchas, que por estar admitidas como verdaderas, le son perjudiciales; y no sería razón, cuando puede ser [LXXXI] universal el provecho, que no alcanzase a todos el desengaño.

No por eso pienses, que estoy muy asegurado de la utilidad de la Obra. Aunque mi intento sólo es proponer la verdad, posible es que en algunos asuntos me falte penetración para conocerla, y en los más fuerza para persuadirla. Lo que puedo asegurarte es, que nada escribo, que no sea conforme a lo que siento. Proponer y probar opiniones singulares sólo por ostentar ingenio, téngolo por prurito pueril, y falsedad indigna de todo hombre de bien. En una conversación se puede tolerar por pasatiempo; en un escrito es engañar al público. La grandeza del discurso está en penetrar, y persuadir las verdades; la habilidad más baja del ingenio es enredar a otros con sofisterías. Las arañas, que aun entre los brutos son viles, fabrican telas delicadas, pero sutiles; sutiles y firmes, aun entre los hombres no las hacen sino los Artífices excelentes. En aquéllas se figuran los discursos agudos, pero sofísticos; en éstas los ingeniosos y sólidos.

No siempre los errores comunes, que impugno, ocupan todo el Discurso donde se tratan. A veces son comprehendidos muchos en un mismo Discurso, o porque pertenecen muchos en un mismo Discurso, o porque pertenecen derechamente a la materia de él, o

porque se hallaron al paso, y como por incidencia siguiendo el asunto principal. Este método me pareció más oportuno; porque de hacer Discurso aparte para cada opinión, que impugno, habiendo en unas mucho que decir, y en otras poco, resultaría un todo compuesto de partes extremamente desiguales.

Estoy esperando muchas impugnaciones, especialmente sobre dos o tres Discursos de este libro: y aun algunos me previenen, que cargarán sobre mí injurias y dicterios. En ese caso me aseguraré más de la verdad de lo que escribo; pues es cierto, que desconfía de sus fuerzas quien contra mí se aprovecha de armas vedadas. [LXXXII]

Si me opusieren razones, responderé a ellas; si chocarrerías, y dicterios, desde luego me doy por concluído, porque en ese género de disputa jamás me he ejercitado. VALE.

Discurso primero

Voz del Pueblo

Aquella mal entendida máxima, de que Dios se explica en la voz del pueblo, autorizó la plebe para tiranizar el buen juicio, y erigió en ella una Potestad Tribunicia, capaz de oprimir la nobleza literaria. Este es un error, de donde nacen infinitos: porque asentada la conclusión de que la multitud sea regla de la verdad, todos los desaciertos del vulgo se veneran como inspiraciones del Cielo. Esta consideración me mueve a combatir el primero este error, haciéndome la cuenta de que venzo muchos enemigos en uno solo, o a lo menos de que será más fácil expugnar los demás errores, quitándoles primero el patrocinio, que les da la voz común en la estimación de los hombres menos cautos.

§. I

1. *Aestimes judicia, non numeres*, decía Séneca {*(a) Epist. 39*}. El valor de las opiniones se ha de computar por el peso, no por el número de las almas. Los ignorantes, por ser muchos, no dejan de ser ignorantes. ¿Qué acierto, pues, se puede esperar de sus resoluciones? Antes es de creer que la multitud añadirá estorbos a la verdad, creciendo los sufragios al error. Si fue superstición extravagante de los Molosos, pueblo antiguo de Epiro, construir el tronco de una encina por órgano de Apolo, no lo sería menos conceder esta [2] prerrogativa a toda la selva Dodonéa. Y si de una piedra, sin que el artífice la pula, no puede resultar la imagen de Minerva, la misma imposibilidad quedará en pie, aunque se junten

todos los peñascos de la montaña. Siempre alcanzará más un discreto solo, que una gran turba de necios; como verá mejor al Sol una Águila sola, que un ejército de Lechuzas.

2. Preguntado alguna vez el Papa Juan XXIII qué cosa era la que distaba más de la verdad, respondió que el dictamen del vulgo. Tan persuadido estaba a lo mismo el severísimo Foción, que orando una vez en Atenas, como viese que todo el pueblo, de común consentimiento, levantaba la voz en su aplauso, preguntó a los amigos que tenía cerca de sí, que en qué había errado, pareciéndole, que en la ceguera del pueblo no cabía aplaudir sino los desaciertos. No apruebo sentencias tan rigurosas, ni puedo considerar al pueblo como Antípoda preciso del hemisferio de la verdad. Algunas veces acierta; pero es por ajena luz, o por casualidad. No me acuerdo qué Sabio compara el vulgo a la Luna, a razón de su inconstancia. También tenía lugar la comparación, porque jamás resplandece con luz propia: *Non consilium in vulgo, non ratio, no discrimen, non diligentia*, decía Tulio {(a) *Orat. pro Planc.*}. No hay dentro de este vasto cuerpo luz nativa, conque pueda discernir lo verdadero de lo falso. Toda ha de ser prestada; y aun esa se queda en la superficie: porque su opacidad hace impenetrable a los rayos el fondo.

3. Es el pueblo un instrumento de varias voces, que si no por un rarísimo acaso, jamás se pondrán por sí mismas en el debido tono, hasta que alguna mano sabia las temple. Fue sueño de Epicuro pensar que infinitos átomos, vagueando libremente por el aire al ímpetu del acaso, sin el gobierno de alguna mente, pudiesen formar este admirable sistema del Orbe. [3] Pedro Gasendo, y los demás Reformadores modernos de Epicuro, añadieron a este confuso vulgo el régimen de la suprema inteligencia. Y aun supuesto ese, no se puede entender cómo, sin formas, que pulan la rudeza de la materia, produzca la tierra la más humilde planta. Poco se distingue el vulgo de los hombres del vulgo de los átomos. De la concurrencia casual de sus dictámenes apenas podrá resultar jamás una ordenada serie de verdades fijas. Será menester que la suprema Inteligencia sea Intendente de la Obra, pero ¿cómo lo hace? Usando, como de subalternos suyos, de hombres sabios, que son las formas que disponen, y organizan esos materiales entes.

4. Los que dan tanta autoridad a la voz común, no preveen una peligrosa consecuencia, que está muy vecina a su dictamen. Si a la pluralidad de voces se hubiese de fiar la decisión de las verdades, la sana doctrina se habría de buscar en el Alcorán de Mahoma, no en el Evangelio de Cristo. No los Decretos del Papa, sino los del Mustí habrían de arreglar las costumbres; siendo cierto, que más votos tiene a su favor en el mundo el Alcorán, que el Evangelio. Yo estoy tan lejos de pensar que el mayor número deba captar el asenso, que antes pienso se debe tomar el rumbo contrario: porque la naturaleza de las cosas lleva, que en el mundo ocupe mucho mayor país el error, que la verdad. El vulgo de los hombres, como la ínfima, y más humilde porción del orbe racional, se parece al elemento de la tierra, en cuyos senos se produce poco oro, pero muchísimo hierro.

§. II

5. Quien considerare, que para la verdad no hay más que una senda, y para el error infinitas, no extrañará que caminando los hombres con tan escasa luz, se descaminen los más. Los conceptos, que el entendimiento forma de las cosas, son como las [4] figuras cuadriláteras, que sólo de un modo pueden ser regulares; pero de innumerables modos pueden ser irregulares, o trapecias, como las llaman los Matemáticos. Cada cuerpo en su especie, sólo por una medida, puede salir rectamente organizado; pero por otras infinitas puede salir monstruoso. Sólo de un modo se puede acertar: errar, de infinitos. Aun en el Cielo no hay mas que dos puntos fijos para dirigir los navegantes. Todo lo demás es voluble. Otros dos puntos fijos hay en la esfera del entendimiento: la revelación, y la demostración. Todo el resto está lleno de opiniones, que van volteando, y sucediéndose unas a otras, según el capricho de inteligencias motrices inferiores. Quien no observare diligente aquellos dos puntos, o uno de ellos, según el hemisferio por donde navega; esto es, el primero en el hemisferio de la gracia, el segundo en el hemisferio de la naturaleza, jamás llegará al puerto de la verdad. Pero así como en muy pocas partes del globo terráqueo miran derechamente las agujas magnéticas a uno, ni a otro Polo, sí

que las más declinan de él, ya más, ya menos grados; ni más, ni menos en muy pocas partes del mundo atina el entendimiento humano con uno, ni otro Polo de su gobierno. Al Polo de la revelación sólo se mira derechamente en dos partes pequeñas; una de la Europa, otra de la América. En todas las demás se declina, ya más, ya menos grados. En los Países de los herejes, ya tuerce bastante la aguja: más aún en los de los Mahometanos: muchísimo más en los de los idólatras. El Polo de la demostración sólo tiene inspectores en el corto pueblo de los Matemáticos; y aun ahí se padecen a veces algunas declinaciones.

6. ¿Pero qué es menester girar el mundo, para hallar en varias regiones la sentencia del común, divorciada con la verdad? Aun en aquel pueblo, que se llamó Pueblo de Dios, tan lejos estuvieron muchas veces de ser una misma la voz de Dios, y la del pueblo, [5] que ni aun consonancia tuvieron entre sí. Tan presto se ponía la voz del pueblo en armonía con la Divina; tan presto se desviaba a la mayor disonancia. Propónele Moisés las leyes que Dios le había dado; y todo el pueblo responde a una voz: Cuanto Dios ha dicho ejecutaremos: *Responditque omnis populus una voce: Omnia verba Domini, quae locutus est, faciemus.* {(a) *Exod. 24.*} ¡Oh qué consonancia tan hermosa de una voz con otra! Apártase el Maestro de Capilla Moisés, que ponía en tono la voz del pueblo, y al instante el pueblo mismo congregado, después de obligar a Aaron a que le fabricase dos Idolos, levanta la voz, diciendo, que aquellos son los verdaderos Dioses, a quienes deben su libertad: *Dixeruntque, Hi sunt Dii tui Israel, qui te eduxerunt de terra Aegypti.* ¡Oh qué disonancia tan horrible!

7. Así sucedió otras muchas veces. Pero el caso en que pidieron Rey a Samuel tiene algo de particular. La voz de Dios, por el órgano del Profeta, los disuadía de la elección de Rey. ¡Pero qué distante estaba la voz del pueblo de ponerse en consonancia con el órgano de Dios! Instan una, y otra vez que se les dé Rey: ¿Y en qué se fundan? En que las demás Naciones le tienen: *Erimus nos quoque sicut omnes gentes.* Aquí se notan dos cosas: La una, que siendo voz de todo el pueblo, fue errada: La otra, que no la eximió de error el ir calificada con la autoridad de todos los demás pueblos: *Erimus nos quoque sicut omnes gentes.* La voz del pueblo de Israel se puso en

consonancia con las voces de todos los demás pueblos; y la consonancia con las voces de todos los demás pueblos la hizo disonante de la voz Divina. Andaos ahora a gobernaros por voces comunes sobre el fundamento de que la voz del Pueblo es voz de Dios. [6]

§. III

8. En una materia determinada creí yo algún tiempo que la voz del pueblo era infalible; conviene a saber, en la aprobación, o reprobación de los sujetos. Parecíame que aquel que todo el pueblo tiene por bueno, ciertamente es bueno: el que todos tienen por sabio, ciertamente es sabio; y al contrario. Pero haciendo más reflexión, hallé que también en esta materia claudica algunas veces la sentencia popular. Estando una vez Foción reprehendiendo con alguna aspereza al pueblo de Atenas, su enemigo Demóstenes le dijo: *Mira que te matará el pueblo, si empieza a enloquecer. Y a tí te matará* (respondió Foción) *si empieza a tener juicio.* Sentencia conque declaró su mente, de que nunca hace el pueblo concepto sano en la calificación de sujetos. El hado infeliz del mismo Foción comprobó en parte su sentir; pues vino a morir por el furioso pueblo de Atenas, como delincuente contra la patria, siendo el hombre mejor que en aquel tiempo tenía la Grecia.

9. Ser reputado un ignorante por sabio, o un sabio por loco, no es cosa que no haya sucedido en algunos pueblos. Y en orden a esto, es gracioso el suceso de los Abderitas con su compatriota Demócrito. Este Filósofo, después de una larga meditación sobre las vanidades, y ridiculeces de los hombres, dio en el extremo de reírse siempre que cualquiera suceso le traía este asunto a la memoria. Viendo esto los Abderitas, que antes le tenían por sapientísimo, no dudaban en que se había vuelto loco. Y a Hipócrates, que florecía en aquel tiempo, escribieron, pidiéndole encarecidamente que fuese a curarle. Sospechó el buen viejo lo que era; que la enfermedad no estaba en Demócrito, sino en el pueblo, el cual a fuer de muy necio, juzgaba en el Filósofo locura, lo que era una excelente sabiduría. Así le escribe a su amigo Dionisio, dándole noticia de este

llamamiento de los Abderitas [7] y relación que le habían hecho de la locura de Demócrito: *Ego vero neque morbum ipsum esse puto, sed immodicam doctrinam, quae revera non est immodica, sed ab idiotis putatur*. Y escribiendo a Filopemenes, dice: *Cum non insaniam, sed quandam excellentem mentis sanitatem vir ille declaret.* Fue, en fin, Hipócrates a ver a Demócrito, y en una larga conferencia, que tuvo con él, halló el fundamento de su risa en una moralidad discreta, y sólida, de que quedó convencido, y admirado. Da puntual noticia Hipócrates de esta conferencia en carta escrita a Damageto, donde se leen estos elogios de Demócrito. Entre otras cosas le dice: Mi conjetura, Damageto, salió cierta. No está loco Demócrito; antes es el hombre más sabio que he visto. A mí con su conversación me hizo más sabio, y por mí a todos los demás hombres: *Hoc erat illud, Damagete, quod conjectabamus. Non insanit Democritus, sed super omnia sapit, & nos sapientiores effecit, & per nos omnes homines.*

10. Hállanse estas cartas en las obras de Hipócrates, dignísimas, cierto, de ser leídas, especialmente la de Damageto. Y de ellas se colige, no sólo cuanto puede errar el pueblo entero en el concepto que hace de algún individuo; mas también la ninguna razón conque tantos Autores pintan a Demócrito como un hombre ridículo, y semifatuo, pues nadie le disputa el juicio, y la sabiduría a Hipócrates; y este, habiéndole tratado muy de espacio, da testimonio tan opuesto, que por su dicho venía a ser Demócrito el hombre mas sabio, y cuerdo del mundo. Otra carta se halla de Hipócrates a Demócrito, donde le reconoce por el mayor Filósofo natural del Orbe: *Optimum naturae, ac mundi interpretem te judicavi.* Era entonces Hipócrates bastantemente anciano, pues en la misma carta lo dice: *Ego enim ad finem medicinae non perveni, etiamsi jam senex sim.* Y por tanto capacísimo de hacer recto juicio de la doctrina de Demócrito. Lo que, a mi [8] parecer, hace verosímil la acusación que algunos Autores oponen a Aristóteles, de que no expuso fielmente las opiniones de este, y otros Filósofos, que le precedieron, a fin de establecer en el mundo la monarquía de su doctrina, desacreditando todas las demás, y haciendo (dice el gran Bacon de Verulamio) con los demás Filósofos lo que hacen los Emperadores Otomanos, que para reinar seguros, matan a todos sus hermanos. Pero volvamos a nuestro propósito.

{(a) En el *Tom. 6. Disc. 2. núm. 18.* notamos que muchos Críticos se inclinan a que las cartas de Hipócrates a Demócrito son supuestas.}

§. IV

11. En cuanto a la virtud, y el vicio, tomando uno por otro en sujetos determinados, fueron tantos los errores de los pueblos, que se tropieza con ellos a cada paso en las historias. No hay mas que ver que los mayores embusteros del mundo pasaron por depositarios de los secretos del Cielo. Numa Pompilio introdujo en los Romanos la Policía, y Religión que quiso, a favor de la ficción de que la Ninfa Egeria le dictaba todo cuanto él proponía. Debajo de las Banderas de Sertorio militaron ciegos los Españoles contra los Romanos, por haberle creído que en una cierva blanca, que había creado a su modo, y de quien con astucia se servía, ostentando que sabía por ella todas las noticias, que por vías ocultas se le administraban, le hablaba la Deidad de Diana. Mahoma persuadió a una gran parte de la Asia, que el Arcángel San Gabriel era Nuncio, que había deputado para él la Corte Celestial, debajo de la figura de una paloma, a quien había enseñado a arrimarle el pico a la oreja. Los más de los Heresiarcas, aunque manchados de vicios bastantemente descubiertos, fueron reputados en varios pueblos como Archivos venerables de los Misterios Divinos. [9]

12. Dentro del mismo seno de la Iglesia Romana se produjeron semejantes monstruosidades. Tanquelino, hombre flagiciosísimo, dado descubiertamente a toda torpeza, en el siglo undécimo fue venerado de todo el pueblo de Amberes por Santo; en tanto grado, que guardaban como reliquia la agua en que se lavaba. La República Florentina, que nunca pasó por pueblo rudo, respetó muchos años, como hombre santo, y dotado de espíritu profético, a Fr. Gerónimo Sabonarola, hombre de prodigiosa facundia, y aún mayor sagacidad, que les hizo creer que eran revelaciones sus conjeturas políticas, y los avisos ocultos que tenía de la Corte de Francia, sin embargo de que muchas de sus predicciones salieron falsas, como la de la segunda venida de Carlos VIII a Italia; de la

mejoría de Juan Pico de la Mirándula en la enfermedad de que dos días después murió, y otras. Ni haberle quemado en la plaza pública de Florencia bastó para desengañar a todos de sus imposturas: pues no sólo los herejes le veneran como un hombre celestial, y precursor de Lutero, por sus vehementes declamaciones contra la Corte de Roma; más aún algunos Católicos hicieron su panegírico, entre los cuales sobresalió Marco Antonio Flaminio, con este hermoso, aunque falso epigrama:

Dum fera flamma tuos, Hieronyme, pascitur artus
Religio Sacras dilaniata comas
Flevit, & O, dixit, crudeles parcite flammae.
Parcite, sunt isto viscera nostra rogo.

13. Lo que ha habido en esta materia más monstruoso es, que algunas Iglesias particulares celebraron, y dieron culto, como a Santos, a hombres perversos, o que murieron separados de la comunión de la Iglesia Romana. La Iglesia de Limoges celebró solemnemente mucho tiempo con rezo propio, que aún hoy existe en el Breviario antiguo de aquella Iglesia, [10] a Eusebio Cesariense, que vivió, y murió en la herejía Arriana, por equivocación, a lo que se puede discurrir, que hubo al principio, de Eusebio Obispo de Cesarea en Capadocia, sucesor de San Basilio, con Eusebio Obispo de Cesarea en Palestina, de quien hablamos. Bien sé que uno, u otro Autor dicen que Eusebio se redujo en el Concilio Niceno a la creencia Católica, y fue después constante en ella; pero contra tantos testimonios en contrario, y contra sus mismos escritos, que al parecer carece su defensa de toda probabilidad. La Iglesia de Turón veneró a un ladrón como mártir, y le tenía erigido Altar, que destruyó, sacando de su error al pueblo, San Martín, como afirma Sulpicio Severo en su Vida.

§. V

14. Para desconfiar del todo de la voz popular, no hay sino hacer reflexión sobre los extravagantísimos errores, que en materias de religión, policía, y costumbres se vieron, y se ven autorizados con el

común consentimiento de varios pueblos. Cicerón decía, que no hay disparate alguno tan absurdo, que no le haya afirmado algún Filósofo: *Nihil tam absurdum dici potest, quod non dicatur ab aliquo Philosophorum* {(a) *Lib. 2. de Divinit.*}. Con más razón diré yo, que no hay desatino alguno tan monstruoso, que no esté patrocinado del consentimiento uniforme de algún pueblo.

15. Cuanto la luz de la razón natural representa abominable, ya en esta, ya en aquella región, pasó, y aún pasa por lícito. La mentira, el perjurio, el adulterio, el homicidio, el robo; en fin, todos los vicios lograron, o logran la general aprobación de algunas naciones. Entre los antiguos Germanos el robo hacía al usurpador legítimo dueño de lo que hurtaba. Los Hérulos, pueblo antiguo, poco distante del mar Báltico, [11] aunque su situación no se sabe a punto fijo, mataban todos los enfermos, y viejos: ni permitían a las mujeres sobrevivir a sus maridos. Más bárbaros aún los Caspianos, pueblos de la Scytia, encarcelaban, y hacían morir de hambre a sus propios padres, cuando llegaban a edad avanzada. ¿Qué deformidades no ejecutarían unos pueblos de Etiopía, que según Eliano, tenían por Rey a un perro, siendo este bruto con sus gestos, y movimientos regla de todas sus acciones? Fuera de la Etiopía señala Plinio los Toembaros, que obedecían al mismo dueño.

16. Ni está mejorado en estos tiempos el corazón del mundo. Son muchas las regiones donde se alimentan de carne humana, y andan a caza de hombres como de fieras. En el Palacio del Rey de Macoco, dueño de una grande porción de la África, junto a Congo, se matan diariamente, a lo que afirma Tomás Cornelio, doscientos hombres, entre delincuentes y esclavos de tributo, para plato del Rey, y de sus domésticos, que son muchísimos. Los Yagos, pueblos del Reino de Ansico, en la misma África, no sólo se alimentan de los prisioneros que hacen en la guerra, mas también de los que entre ellos mueren naturalmente; de modo, que en aquella nación los muertos no tienen otro sepulcro que el estómago de los vivos. Todo el mundo sabe que en muchas partes del Oriente hay la bárbara costumbre de quemarse vivas las mujeres cuando mueren sus maridos; y aunque esto no es absoluta necesidad, rarísima, o ninguna deja de ejecutarlo, porque queda después infame, despreciada, y aborrecida de todos. Entre los Cafres, todos los

parientes del que muere tienen la obligación de cortarse el dedo pequeño de la mano izquierda, y echarle en el sepulcro del difunto.

17. ¿Qué diré de las licencias que tiene la torpeza en varias naciones? En Malabar pueden las mujeres casarse con cuantos maridos quisieren. En la Isla de [12] Ceylán, en casándose la mujer, es común a todos los hermanos del marido; y pueden los dos consortes divorciarse cuando quieran, para contraer nueva alianza. En el Reino de Calicut todas las nuevas esposas, sin excepción de la misma Reina, antes de permitirse al uso de sus maridos, son entregadas a la lascivia de alguno de sus Bracmanes, o Sacerdotes. En la Mingrelia, Provincia de la Georgia, donde son Cristianos Cismáticos, con mezcla de varios errores, el adulterio pasa por acción indiferente; y así rarísima persona hay, ni de uno, ni de otro sexo que guarde fidelidad a su consorte; bien es verdad que el marido en el caso de sorprender a la mujer en el adulterio, tiene derecho para hacer pagar al adúltero un cochino, que es muy buena satisfacción, y suele ser convidado a comer de él el mismo reo.

§. VI

18. Sería cosa inmensa, si me pusiese a referir las extravagantísimas supersticiones de varios pueblos. Los antiguos Gentiles ya se sabe que adoraron los mas despreciables, y viles brutos. Fue Deidad de una nación la Cabra; de otra la Tortuga; de otra el Escarabajo; de otra la Mosca. Aun los Romanos, que pasaron por la gente más hábil del Orbe, fueron extremamente ridículos en la Religión, como San Agustín en varias partes de sus libros de la Ciudad de Dios les echa en rostro; en que lo más especial fue aquella innumerable multitud de Dioses, que introdujeron, pues sólo para cuidar de las mieses, y granos tenían repartidos entre doce Deidades doce oficios diferentes. Para guardar la puerta de la casa había tres; el Dios Lorculo cuidaba de la tabla; la Diosa Cardea cuidaba del quicio, y el Dios Limentino del umbral; en que con gracejo los redarguye San Agustín, de que teniendo cualquiera por bastante un hombre solo para portero, no pudiendo un Dios solo hacer lo [13] que hace un hombre solo, pusiesen tres en aquel ministerio. Plinio, que va por el

extremo opuesto de negar toda Deidad, o por lo menos de dudar de la Deidad, y negar la providencia, hace la cuenta de que era, según la supersticiosa creencia de los Romanos, mayor el número de las Deidades, que el de los hombres: *Quam ob rem major caelitum populus, etiam quam hominum intelligi potest* {(a) *Lib. I. cap. 6.*}. El cómputo es fijo; porque cada uno se formaba una Deidad singular en su propio genio; y sobre eso adoraba todos los Dioses comunes: cuya multitud se puede colegir, no sólo de lo que acaba de decirnos San Agustín, mas también de lo que dice el mismo Plinio, que llegaron a erigirse Templos, y Aras a las mismas dolencias, e incomodidades que padecen los hombres: *Morbis etiam in genera descriptis, & multis etiam pestibus, dum esse placatas trepido metu capimus.* Y es cierto, que la Fiebre tenía un Templo en Roma, y otro la mala Fortuna.

19. Los idólatras modernos no son menos ciegos que los antiguos. El demonio, con nombre de tal, es adorado de muchas naciones. En Pegú, Reino oriental de la Península de la India, aunque reverencian a Dios como Autor de todo bien, más cultos dan al demonio, a quien con una especie de Maniqueismo creen Autor de todo mal. En la Embajada que hizo a la China el difunto Zar de Moscovia, habiendo encontrado los de la comitiva en el camino a un Sacerdote idólatra orando, le preguntaron a quien adoraba; a lo que él respondió en tono muy magistral: *Yo adoro a un Dios, al cual el Dios que vosotros adoráis arrojó del Cielo; pero pasado algún tiempo, mi Dios ha de precipitar del Cielo al vuestro, y entonces se verán grandes mudanzas en los hijos de los hombres.* Alguna noticia deben de tener en aquella Región de la caída de Lucifer: pero buen redentor esperan, si aguardan a que [14] vuelva al Cielo esa Deidad suya. Por motivo poco menos ridículo no maldicen jamás al diablo los Jecides (Secta que hay en Persia, y en Turquía): y es, que temen que algún día se reconcilie con Dios, y se vengue de las injurias que ahora se le hacen.

20. En el Reino de Sian adoran un Elefante blanco, a cuyo obsequio continuo están destinados cuatro Mandarines, y le sirven comida, y bebida en vajilla de oro. En la Isla de Ceylán adoraban un Diente, que decían haber caído de la boca de Dios; pero habiéndole cogido el Portugués Constantino de Berganza, le quemó, con grande

oprobio de sus Sacerdotes, autores de la fábula. En el Cabo de Honduras adoraban los Indios a un Esclavo; pero al pobre no le duraba ni la deidad, ni la vida más de un año, pasado el cual le sacrificaban, substituyendo otro en su plaza. Y es cosa graciosa que creían podía hacer a otros felices, quien a sí propio no podía redimirse de las prisiones, y guardas conque le tenían siempre asegurado. En la Tartaria Meridional adoran a un hombre, a quien tienen por eterno, dejándose persuadir a ello con el rudo artificio de los Sacerdotes destinados a su culto, los cuales sólo le muestran en un lugar secreto del Palacio, o Templo, cercado de muchas lámparas, y siempre tienen de prevención escondido otro hombre algo parecido a él, para ponerlo en su lugar cuando aquel muera, como que es siempre el mismo. Llámanle *Lama*, que significa lo mismo que Padre Eterno. Y es de tal modo venerado, que los mayores señores solicitan con ricos presentes alguna parte de las inmundicias que excreta para traerla en una caja de oro pendiente al cuello, como singularísima reliquia. Pero ninguna superstición parece ser mas extravagante que la que se practica en Balia, Isla del mar de la India, al oriente de la de Java, donde no sólo cada individuo tiene su Deidad propia, aquella que se le antoja a su capricho, o un tronco, o una piedra, o un bruto; pero muchos [15] (porque también tienen esa libertad) se la mudan cada día, adorando diariamente lo primero que encuentran al salir de casa por la mañana.

{(a) Lo que decimos de los Sacerdotes de la Tartaria Meridional, que mantienen aquellos pueblos en la creencia extravagante de que el Gran Lama es eterno, con el rudo artificio de tener escondido en el mismo Templo donde aquel reside, otro hombre algo parecido a él, para sustituir en su lugar cuando muera, como que es idénticamente la misma persona; aunque referido por varios Escritores, no es así. En la descripción del Imperio de la China, y Tartaria del Padre Du Halde, sobre el seguro testimonio del Padre Regis, Misionero Jesuita, observador ocular de las costumbres y supersticiones del Thibet, donde reside el Gran Lama, se lee, que lo que creen aquellos Paganos, a persuasión de sus Sacerdotes, es que Foe, Deidad suya, adorada no sólo en el Thibet, mas en otros muchos países del Oriente, habita, o reside en el Gran Lama, como

espíritu que le anima; y que cuando el que hace representación de Gran Lama muere, sólo muere aparentemente, trasladándose su espíritu a otro hombre, aquel que designan los Sacerdotes, o Lamas subalternos, a quienes cree el pueblo que tienen señas infalibles para conocer en quien reside de nuevo su deidad, y así no dejan de continuar la adoración.}

§. VII

21. ¿Qué diré de los disparates históricos que en muchas naciones se veneran como tradiciones irrefragables? Los Arcades juzgaban su origen anterior a la creación de la Luna. Los del Perú tenían a sus Reyes por legítimos descendientes del Sol. Los Árabes creen, como Artículo de Fe, la existencia de una Ave, que llaman Anca *Megareb*, de tan portentoso tamaño, que sus huevos igualan la mole de los montes, la cual después que por cierto insulto la maldijo su profeta Andala, vive retirada en una isla inaccesible. No tiene menos asentado su crédito entre los Turcos un héroe imaginario, llamado *Chederles*, que dicen fue Capitán de Alejandro, y habiéndose hecho inmortal, como también su caballo, [16] con la bebida del agua de cierto río, anda hasta hoy discurriendo por el mundo, y asistiendo a los soldados que le invocan; siendo tanta la satisfacción conque aseguran estos sueños, que cerca de una mezquita destinada a su culto, muestran los sepulcros de un sobrino, y un criado de este caballero andante, por cuya intercesión, añaden, se hacen en aquel sitio continuos milagros.

22. En fin, si se registra país por país, todo el mapa intelectual del orbe, exceptuando las tierras donde es adorado el nombre de Cristo, en el resto de tan dilatada tabla no se hallarán sino borrones. Todo país es África para engendrar monstruos. Toda provincia es Iberia para producir venenos. En todas partes, como en Lycia, se fingen quimeras. Cuantas naciones carecen de la luz del Evangelio, están cubiertas de tan espesas sombras, como en otro tiempo Egipto. No hay pueblo alguno que no tenga mucho de bárbaro. ¿Qué se sigue de aquí? Que la voz del pueblo está enteramente desnuda de autoridad, pues tan frecuentemente la vemos puesta de

parte del error. Cada uno tiene por infalible la sentencia que reina en su patria; y esto sobre el principio que todos lo dicen, y sienten así. ¿Quiénes son esos todos? ¿Todos los del mundo? No, porque en otras regiones se siente, y dice lo contrario. ¿Pues no es tan pueblo uno como otro? ¿Por qué ha de estar mas vinculada la verdad a la voz de este pueblo que a la del otro? ¿No más que por que este es pueblo mío, y el otro ajeno? Es buena razón.

§. VIII

23. No he visto que alguno de aquellos escritores dogmáticos, que concluyentemente han probado, por varios capítulos, la evidente credibilidad de nuestra santa Fe, introduzca por uno de ellos el consentimiento de tantas naciones en la creencia de esos misterios; pero sí el consentimiento de hombres [17] eminentísimos en santidad, y sabiduría. Aquel argumento tendría evidente instancia en la idolatría, y en la secta Mahometana: este no tiene respuesta, ni instancia alguna. Porque si se nos opone el consentimiento de los Filósofos antiguos en la idolatría, procede la objeción sobre supuesto falso: constando por testimonios irrefragables, que aquellos filósofos en materia de religión no sentían con el pueblo. El más sabio de los Romanos, Maco Varrón, distinguió, entre los antiguos, tres géneros de Teología: la Natural, la Civil y la Poética. La primera era la que existía en la mente de los sabios. La segunda regía la religión de los pueblos. La tercera era invención de los Poetas. Y de todas tres sola la primera tenían por verdadera los Filósofos. La distinción de las dos primeras ya Aristóteles la habían apuntado en el lib. 12 de los Metafísicos cap. 8, donde dice, que en las opiniones comunicadas de los siglos antecedentes, en orden a los Dioses, había unas cosas verdaderas, otras falsas; pero inventadas para el uso, y gobierno civil de los pueblos: *Caetera vero fabulose ad multitudinis persuasionem, &c.* Es verdad que aunque aquellos Filósofos no sentían con el pueblo, hablaban en lo común con el pueblo; que lo contrario era muy arriesgado: porque a quien negaba la pluralidad de Dioses, le tenían, como le sucedió a Sócrates, por impío: conque en la voz del Pueblo estaba todo el error; y en la

mente de pocos sabios se encarcelaba lo poco, o mucho que había de verdad.

24. Menos aún se puede oponer a la moral evidencia, que presta a la credibilidad de nuestros misterios el consentimiento de tantos hombres, a todas luces grandes, el decir que también entre los herejes hay, y ha habido muchos sabios; porque estos padecen dos gravísimas excepciones. La primera es, que la doctrina no fue acompañada de la virtud. Entre los Heresiarcas apenas hubo uno que no estuviese manchado con vicios muy patentes. Entre los que los siguieron, ni los [18] mismos parciales reconocen alguno de santidad sobresaliente. Uno, o otro, que se quisieron meter a Profetas, fueron la risa de los pueblos al ver falsificadas sus profecías, como sucedió en nuestros tiempos a Mons. Jurieu, cuyas erradas predicciones aún hoy son oprobio de los Protestantes. La segunda excepción es, que entre esos mismos herejes doctos falta el consentimiento: *Unusquisque in viam suam declinavit.* Tan lejos van de estar unos con otros de acuerdo, que ni aun lo está alguno de ellos consigo mismo. Es materia de lástima, y de risa ver en sus propios escritos las frecuentes contradicciones de los mayores hombres que han tenido; y esto en los artículos más sustanciales. Este fue el grande argumento conque azotó terriblemente a todos los herejes el insigne Obispo Meldense Jacobo Benigno Bosuet, en su historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes. Duélome mucho de que esta maravillosa obra no esté traducida en todas las lenguas Europeas; pues ni aun sé que haya salido hasta ahora del Idioma Francés al Latino, cuando otros libros inútiles, y aun nocivos, hallan traductores en todas las naciones.

25. No obstante todo lo dicho en este capítulo, concluiré señalando dos sentidos, en los cuales únicamente, y no en otro alguno, tiene verdad la máxima de que la voz del pueblo es voz de Dios. El primero es, tomando por voz del pueblo el unánime consentimiento de todo el pueblo de Dios: esto es, de la Iglesia universal; la cual es cierto no puede errar en las materias de Fe, no por imposibilidad antecedente, que se siga a la naturaleza de las cosas, sí por la promesa que Cristo la hizo de su continua asistencia, y de la del Espíritu Santo en ella. Dije *todo el pueblo de Dios*, porque una gran parte de la Iglesia puede errar, y de hecho erró en el gran

cisma del Occidente; pues los reinos de Francia, Castilla, Aragón y Escocia tenían por legítimo Papa a Clemente VII. El [19] resto de la Cristiandad adoraba a Urbano VI, y de los dos partidos es evidente que alguno erraba. Prueba concluyente de que dentro de la misma Cristiandad puede errar en cosas muy sustanciales, no sólo algún pueblo grande, pero aun la colección de muchos pueblos, y Coronas.

26. El segundo sentido verdadero de aquella máxima es, tomando por voz del pueblo la de todo el género humano. Es por lo menos moralmente imposible que todas las naciones del mundo convengan en algún error. Y así el consentimiento de toda la tierra en creer la existencia de Dios, se tiene entre los doctos por una de las pruebas concluyentes de este artículo.

Discurso segundo

Virtud, y vicio

§. I

1. Cada mortal (decía Filón, citado por S. Ambrosio {(a) *Lib. 1 de Cain, & Abel, cap. 4*}) tiene dentro del domicilio del alma dos mujeres: la una honesta, pero áspera, y desabrida: la otra impúdica, pero dulce, y amorosa. Aquélla es la virtud; esta la delicia mundana.

2. Pintó el Sabio Judío la virtud y el vicio según la primera apariencia, o según la opinión del mundo, mas no según la verdad. Es así que comúnmente se concibe la virtud toda asperezas, el vicio todo dulzuras; la virtud metida entre espinas, el vicio reposando en lecho de flores. Pero éste es un error, y el error más nocivo entre cuantas falsas opiniones sustenta la [20] ceguera del mundo. Tentaré en este discurso su desengaño, mostrando que aun en esta vida, prescindiendo del premio, y castigo de la otra, es mucho más molesto, y trabajoso el abandono a los deleites, que la práctica de las virtudes morales, y cristianas. Para esto me serviré de aquellos argumentos, que ofrecen la razón natural, y la experiencia, tomando poco, o nada de las sentencias de Padres, y dichos de Filósofos, de que se pudiera amontonar infinito; porque a quien no persuadieren la experiencia, y la razón, no ha de convencer la autoridad.

3. Si pudiésemos ver los corazones de los hombres entregados al vicio, presto se quitaría la duda. Mas por reflexión podremos verlos en los espejos de las almas, que son semblantes, palabras, y

acciones. Atiéndase bien a estos infelices, y se hallará que ningún otro iguala la turbación de sus semblantes, la inquietud de sus acciones, la desazón de sus palabras. No hay que extrañar: son muchos los torcedores, que los están conturbando en el goce de sus adorados placeres. Su propia conciencia, doméstico enemigo, huesped inevitable, pero ingrato, les está continuamente mezclando con el néctar que beben, el azibar que abominan.

4. Con enérgica propiedad dijo Tulio, que las culpas de los impíos, representadas en su imaginación, son para ellos continuas, y domésticas furias: *Hae sunt impiis assiduae, domesticaeque furiae* {(a) *Orat. pro Rosc.*}. Estas son las Serpientes, o los Buitres que despedazan las entrañas del malvado Ticio: éstas las Águilas, que rasgan el corazón del atrevido Prometeo. Considérense los tormentos de un Caín, fugitivo de todos, y aun, si pudiese de sí mismo, errante por montes, y selvas, sin poder jamás arrancar la flecha que le atravesaba el pecho; esto es, la memoria de su delito, como la otra herida Cierva, en quien figuró el gran Poeta la mortal [21] inquietud de aquella Reina enamorada.

… Silvas saltusque peragrat
Dictaeos, haeret lateri laethalis arundo.

5. Contémplense las angustias de un Lamech, tan violentamente acosado de la representación del homicidio, u homicidios que había cometido, que faltándole tolerancia para ser único depositario del secreto, le arroja por la boca, como quien vomita la ponzoña que le atosiga, arriesgándose a la infamia, y al castigo, sólo por lograr algún leve descanso. De un cierto Apolodoro refiere Plutarco, que no dejándole aun entre sueños la memoria de sus crímenes, todas las noches soñaba que después de hacerle cuartos, en agua hirviendo le iban liquidando los miembros; y que mientras duraba este martirio, le decía su propio corazón a gritos: *Ego tibi horum sum causa:* Yo te soy la causa, y motivo de estos tormentos {(a) *Lib. de sera Numinis vindicta*}.

§. II

6. Es verdad, yo lo confieso, que no todos son tan sensibles a los remordimientos interiores; y aun hay conciencias cauterizadas (usando de la frase de S. Pablo) que perdieron todo el sentimiento, porque la larga costumbre de pecar convirtió los corazones en pedernales.

Sic laethalis hyems paulatim in pectora venit.

7. ¡Oh hombres los más desdichados de todos! Esta dureza de pecho es escirro del alma, para quien sólo apelando a milagros, hay medicina. Pero por lo menos, mientras dura esta vida mortal, lo pasarán con gusto, y alegría. ¡Oh cuánto se engaña quien lo piensa! Estos son los que viven con más trabajo. Veámoslo, discurriendo por los tres vicios, en cuyos cuarteles se distribuyen casi todos los malos; Ambición, Avaricia, y Lujuria. [22]

8. El ambicioso es un esclavo de todo el mundo: del Príncipe, porque conceda el empleo: del valido, porque interceda: de los demás, porque no estorben. Tiene la alma, y el cuerpo en continuo movimiento, porque es menester no perder instante. A todos teme, porque ninguno hay que con una acusación no pueda desvanecer toda su solicitud. ¡Oh cuánto forcejea con su semblante, porque muestre agrado a los mismos a quienes profesa mortal odio! ¡Cuánto trabajo le cuesta reprimir todas aquellas inclinaciones viciosas, que pueden dificultar sus medras! De la pasión dominante son víctimas todas las demás pasiones; y el vicio de la ambición, como tirano dueño, sobre atormentarle por sí mismo, le prohibe todos aquellos gustos a que le lleva el deseo. Ve al que va a la comedia, al que logra el paseo honesto, al que asiste al banquete, al que goza el sarao. Todo lo ve, y todo lo envidia; pero los apetitos están en él, aunque furiosos, aprisionados, como los vientos en la cárcel de Eolo {(a) Lo que dice Comines de Carlos el Atrevido, Duque de Borgoña, de que este Príncipe no tuvo un día bueno en todo el resto de su vida, desde que se le puso en la cabeza hacerse más grande de lo que era, es admirable dar a conocer la trabajosa vida que pasan los ambiciosos}:

Illi indignantes magno cum murmure montis.
Circum claustra fremunt.

9. Logrado el puesto no se minora la ansia, sólo muda de objeto, porque se traslada la mira al ascenso inmediato, añadiendo el cuidado de no perder el que ha conseguido. Ya se puso en una escalera, donde ni puede subir sin fatiga, ni detenerse sin molestia, ni retroceder sin principio. Ya se ataron las inclinaciones viciosas con más fuertes vínculos, creciendo la razón de tener la rienda tirante a sus deseos depravados. Solicítale la codicia, instígale la gula, abrásale la incontinencia; pero aunque reluctante, obedece a la pasión, [23] que despótica le domina. Arde por oprimir con una sentencia inicua a aquel hombre que aborrece. ¡Pero ay, si esto llega a Tribunal superior, o al Príncipe mismo! Ama el ocio; pero si se nota su inaplicación, va todo perdido. Siempre está temblando una mudanza de gobierno, que le deje en la calle; y no lee alguna vez la gaceta, sin el susto de que le noticie estar muerto el patrono que le da la mano. ¿Hay vida más mísera?

10. El avaro ya se sabe que es un mártir del demonio, o un anacoreta, que con su abstinencia, y su retiro hace méritos para ir al Infierno. El corazón, partido entre los dos deseos de conservar, y adquirir, padece una continua fiebre, mezclada con un mortal frío; pues se abrasa con la ansia de conseguir lo ajeno, y tiembla con el susto de perder lo propio. Tiene hambre, y no come; tiene sed, y no bebe; tiene necesidad, y no reposa: jamás se ve libre de sobresaltos. Ningún ratón se mueve en el silencio de la noche, que con el ruido no le dé especie de ser un ladrón que le escala. Ningún viento sopla, que en su imaginación no amenaze naufragio al Navío que tiene puesto en comercio. Ninguna guerra se suscita, que no considere ya a los enemigos talando sus tierras. Cualquier rencilla de particulares, dentro de su idea viene a parar en popular tumulto, que lleva a saco el caudal. No hay nubecilla, que no imagine tempestuosa para sus viñas, y mieses, No hay intemperie, que no amague corrupción a lo que tiene recogido en las troxes. ¡Qué angustias tan graves, cuando teniendo muchos que vender, se baja el precio a los frutos! Siempre acosado de pavores, anda meditando nuevos escondrijos más seguros donde retirar el dinero, de modo que ni los Ángeles supiesen de él, ni aun Dios, si fuese posible. Frecuentemente le visita asustado, y dudoso de hallar el dinero en el escondrijo, aunque siempre cierto de encontrar el corazón en el

dinero. Con inquietud ansiosa le mira: tal vez no se atreve a tocarle, receloso de que [24] se le haga ceniza entre las manos. Así pasa sus días, pingüe de bienes, y martirizado de temores, para llegar a la hora fatal, como el Rey Agag al suplicio: *Pinguissimus, & tremens.* ¿Hay vida más desdichada?

11. ¿Acaso en el lascivo hallaremos más descanso? Ninguno carga con mayor fatiga. Si la bajeza del pensamiento, o la villanía del apetito, le determinan a deleites venales, luego se viene a los ojos el detrimento en las tres cosas más apreciables de esta vida, honra, salud, y hacienda. De charco en charco va saciando su sed, hasta que alguna agua insecta le apesta toda la sangre, poniéndole a riesgo la vida, o haciéndole la restauración muy costosa. Aunque mejore en la salud, queda achacosa de por vida la reputación. Y si es verdad que aquella medicina, a quien debió su restablecimiento, irrita más el apetito, para caer por medio de nuevos excesos en nueva enfermedad, y en nueva cura; ¿qué desdicha es, que el fuego de la incontinencia, en vez de extinguirse, se vaya avivando con la edad, para arder violento aun en las cenizas de la vejez?

12. Mas si el resplandor de su fortuna, o el mérito de la persona, levantaren sus deseos a objetos de otra esfera, evitará parte de los inconvenientes apuntados, para incurrir en otros mayores, que es lo mismo que caer en Scila, huyendo de Caribdis. Semejantes empeños están sembrados de sustos, inquietudes, y peligros. ¡Qué afan mientras dura la pretensión! Buscan los ojos el sueño, y no le encuentran; porque (como experimentaba Jacob, aunque amante honesto) anda de ellos fugitivo. Busca el corazón reposo, y no le halla. De este modo concibe primero dolor, para producir después la maldad. Vacilante entre los medios de lograr el designio, todos se aprueban, y todos se repudian: *Incertae tanta est discordia mentis.* Tiembla al pensar en la posibilidad de la repulsa. El amor le arrastra: el temor le detiene. Todo el camino de la pretensión [25] ve lleno de riesgos, los cuales, en llegando a la posesión, se multiplican. El ofendido suele ser más de uno, los lances muchos; y es moralmente imposible que en tantos pasos no se haga algún ruido conque despierte la sospecha, para que al fin acierte con la verdad el cuidado. Lograda la empresa, no hay insulto que carezca de sobresalto. ¿Qué placer sincero tendrá un hombre cuando no

puede prescindir los gustos de los riesgos? No hará movimiento alguno hacia el delito, en que no se le represente el agraviado con un puñal, o una pistola en la mano. Este peligro siempre le va siguiendo a cualquiera parte que vaya. Y éste es puntualmente aquel infeliz estado de tener como pendiente delante de los ojos la propia vida con un continuado temor de perderla, que Dios intimó a su pueblo como una maldición terrible: *Et erit vita tua quasi pendens ante te. Timebis nocte, & die, & non credes vitae tuae.*

13. Pero consiento en que haya circunstancias en que carezca de estos temores. No por eso le faltarán gravísimos disgustos. Si tras del logro del apetito entra el tedio, como sucedió a Amnon con Thamar, y como sucede de ordinario, ve aquí contraída una obligación de por vida, por una delicia instantánea. Si se resuelve a romper el lazo, se expone a las iras de una mujer abandonada, a quien el desprecio, o enfurece el amor, o el odio; siendo uno, y otro igualmente peligroso. Si permanece en su criminal afecto, mucho mayor es la impaciencia de no gozar con libertad lo que ama, que la complacencia en el deleite que furtivamente usurpa; y especialmente si el objeto es poseído de legítimo dueño, no puede menos de roerle las entrañas una envidia rabiosa. ¿Pues qué si llega el caso de unos celos? Bien saben los que han experimentado el rigor de estas furias, cuánto excede al placer de los más íntimos deleites, y que contrapesa un día sólo de este infierno a años enteros de aquella mentida [26] gloria. Considérese todo lo dicho, y respóndaseme después si se puede discurrir estado más infeliz. Augustino, que tanto tiempo se vió enredado en el laberinto de los tres vicios expresados, es buen testigo de que el plato que presentan al apetito, está relleno de hieles. Oiganse sus palabras, hablando con Dios, en el libro sexto de sus Confesiones: *Inhiabam honribus, lucris, conjugio, & tu irredebas: patiebar in eis eupiditatibus amarissimas difficultates.*

§. III

14. Ni hay que pensar que aun aquellos pocos hombres, en quienes, respecto de los demás, es ley el antojo, para cuya libertad no hay

rienda alguna, esto es los Soberanos, surquen el piélago del vicio sin tormenta alguna. También para éstos la agua de ese mar es sobradamente amarga. Nerón fue deidad de la tierra; conviene a saber, dueño de todo el Imperio Romano. Soltó la rienda con la mayor largueza imaginable a todas sus perversas inclinaciones, y sus inclinaciones eran decretos irrefragables. No le afligía la carga del gobierno; porque bien lejos de tener el Principado sobre los hombros, como para ejemplo de los demás tuvo el mejor de todos los Príncipes, le puso debajo de los pies. Todo el mundo obedecía al cetro, y el cetro servía al apetito. Poseía cuanto amaba, mataba cuanto aborrecía. El amor tenía en sus manos el logro, y el odio en las suyas el cuchillo. No pudo llegar a más horrible extravagancia uno, y otro afecto, que a complacerse su crueldad en el incendio de Roma; y su torpeza en las indignidades del otro sexo. Todo lo consiguió para oprobio de los hombres aquel monstruo de maldades.

15. ¿Quién creerá que este Príncipe, de cuyo albedrío era esclavo el Orbe, no gozase una vida alegre? Pues tanto distó de él esa dicha, que como testifica Tácito, siempre estaba poseído de terrores: *Facinorum* [27] *recordatione numquam timore vacuus*. Y Suetonio añade, que no pudiendo reposar de noche, andaba dando vueltas, como aturdido, por los salones de su Palacio.

16. Tiberio fue igual a Nerón en el dominio, y poco inferior en la maldad. Con todo vivía tan inquieto, y turbado, que no podía menos de explicar en gemidos, y palabras sus dolores, para aliviar algo el corazón de la opresión de las angustias. Así lo afirma el mismo Tácito: *Tiberium non fortuna, non solitudines protegebant, quin tormenta pectoris, suasque ipse poenas fateretur*. Y poco antes, refiriendo un doloroso gemido suyo en cierta carta escrita al Senado, dice que sus propios delitos se habían transformado, para atormentarle, en verdugos: *Adeo facinora, atque flagitia ipsi quoque in supplicium verterant*.

17. Estas angustias de los Príncipes malos, por la mayor parte dependen de que viéndose aborrecidos de todos, siempre están con el susto de una conspiración. Consideran que entre tantos como les desean la muerte, no faltarán algunos que tengan osadía para ejecutarla; y así no pueden en todas sus delicias lograr más placer

que el que tuviera con una dulce música el reo que está esperando la fatal sentencia. Por eso Dionisio, Tirano de Sicilia, desengañó oportunamente al otro, envidioso de su felicidad, haciéndole sentar a un espléndido banquete debajo de la punta de una espada, que pendía de frágil hilo sobre su cuello, y dándole a conocer que ése puntualmente era el estado en que le tenía su fortuna.

18. Sobre esta congoja, que es transcendente a todos los tiranos, a ningún Príncipe, por feliz que sea, le faltan gravísimos disgustos. Alejandro está lleno de gloria, y se aflige porque falta un Homero que le celebre. Lisonjéale a Augusto constante la fortuna; y porque se descuida una vez sola con las Legiones de Alemania, pasa mucho tiempo dando gritos de día, y de noche, como un loco. Apacienta Calígula su [28] saña en tanta sangre vertida, y se lastima de que no estén todas las cabezas del Pueblo Romano sobre un cuello, para echarlas a tierra de un golpe. El ambicioso gime, porque no puede hacerse dueño de todo el mundo. El codicioso, porque no puede meter en su erario los tesoros de otros Reinos. El vengativo, porque no puede destruir al Príncipe confinante, que le ha ofendido. El lascivo, porque no falta en su imaginación algún objeto extraño, exento de la jurisdicción de su antojo. Así se mezclan amarguísimas aflicciones en las más esclarecidas fortunas.

§. IV

19. Tan cierta es, y tan general aquella sentencia, que pone la Sabiduría en las bocas de todos los impíos, cuando llegan a la región del desengaño: *Lassati sumus in via iniquitatis, & perditionis, & ambulavimus vias difficiles*. ¡Oh cuánto nos hemos fatigado en el camino de la perdición! No fue descanso el nuestro, sino cansera: no delicia, sino congoja. ¡Ay de nosotros, que hemos continuado la carrera de la vida, no por deliciosos jardines, o amenas florestas, sí por ásperas breñas, y sendas intrincadas! Esto dicen todos los condenados: *Talia dixerunt in inferno hi, qui peccaverunt*. ¿Todos? Sí: todos lo dicen; y dicen la verdad. Todos los pecadores tienen su infierno pequeño en este mundo. Todos caminan por la aspereza para el precipicio. Todos beben las heces de aquel caliz, que David

pinta en la mano del Señor: *Calix in manu Domini vini meri plenus mixto: & inclinavit ex hoc in hoc, veruntamen faex ejus non est exinanita, bibent omnes peccatores terrae.* Y es preciso que sea así; porque según la más recta inteligencia, el vino puro es para los Santos en la patria, donde es puro el gozo; el mezclado es para los Justos en la tierra, donde se les mezcla la tribulación con el deleite: conque a los pecadores, aun en esta vida no les quedan sino amargas, y pesadas [29] heces. Estas beben todos: *Omnes*. Todos sin reservar alguno, ni aun de aquellos que parecen colmados de dichas.

20. Para cuya clara inteligencia, y para apretar más el argumento que tratamos, se debe advertir que hay en esta vida mortal una aflicción gravísima, la cual siendo propia de todos, y sólo de los pecadores, aún es más propia de los que parecen más felices. Esta consiste en la consideración de la muerte. No hay duda que todo viviente tiene horror a aquel trance fatal, y se contrista naturalmente cuando le ocurre que es preciso pasar por él; pero mucho más sin comparación aquel, que disfrutando todos los regalos de la fortuna, tiene puesta en ellos toda su dicha. Contémplese un hombre rico, poderoso, respetado, obedecido, a quien nada falta, ni para la conveniencia, ni para el deleite, y por más vago que tenga el apetito, nada niega la fortuna a su deseo. Este, cuando piensa en que ha de morir (y piensa muchas veces sin poder remediarlo), no puede menos de afligirse extremadamente. La consideración de la muerte, a quien no aprovecha para la enmienda, sólo sirve de tortura. Demos que sea un resuelto Ateísta, tan ciego que ni aun duda le quede de la inmortalidad de la alma, y que por consiguiente no le dé la menor pena la suerte de la otra vida. Por lo menos considera en la muerte un desapiadado, y feroz tirano, que le ha de despojar de cuanto tiene, y de cuanto ama. La hacienda que posee, el banquete en que se regala, la caza en que se entretiene, la música que le deleita, la concubina a quien adora, todo se ha de perder de un golpe para no recobrarlo jamás. Cuanto mayores placeres goce, tanto será más triste esta consideración. El desdichado, ultrajado de la suerte, y aun el que está constituido en mediana fortuna, tienen el leve consuelo de que la muerte les ha de quitar muchos pesares. ¿Pero qué consuelo tendrá el que ve que

sólo le ha de robar delicias? Para [30] todos es la muerte terrible: para éste terribilísima. Todos aman con intensísimo ardor la propia felicidad, y a proporción del ardor conque se ama, es el dolor conque se pierde. Este hombre, pues, que juzga haber llegado al colmo de la dicha, ni conoce otra que la que posee; ¿con cuánta angustia estará viendo que toda, sin reservar nada, la ha de perder en un día?

21. Esta inevitable melancolía en cualquiera hombre, a quien halaga la fortuna, se aumenta mucho cuando empieza a declinar algo la edad. La vida, verdaderamente desde la edad consistente en adelante, no es más que una enfermedad crónica, que va disponiendo para la muerte, o, por decirlo mejor, es la misma muerte incoada. En llegando aquí el poderoso, en las fuerzas, que va perdiendo, en las dolencias, que va cobrando, tiene un continuado aviso, de que poco a poco se le va desmoronando con el domicilio de la vida el templo de la fortuna. A esto, repasa uno por uno con el pensamiento todos los deleites que goza, todas las prendas que ama, y cada una le arranca del corazón un gemido, con la reflexión de que se va acercando el tiempo de la despedida dolorosa. Vuelve a dar otra ojeada a la muerte, y casi con las palabras de aquel desdichado Rey, oprimido de dolor, prorrumpe contra ella una sentida queja, no tanto de que le haya de cortar el hilo de la vida, cuanto de que le haya de separar para una eterna ausencia de cuanto estima, y adora: *Siccine separat amara mors!* ¡Oh pecadores, a quienes llama el mundo felices! ¿Esto es vivir? Desengáñese el mundo, que vosotros sois los que cargáis con cuanto tiene de más duro, y pesado la mortalidad. Todo vuestro descanso es fatiga, toda vuestra delicia es angustia, todo vuestro néctar es ponzoña.

22. Y pues no podéis menos de conocerlo, oíd ahora, para vuestro consuelo, y utilidad, la más dulce, y sonora voz, que por órgano divino se esparció a todo el ámbito del mundo. Oíd, que con vosotros habla: [31] oíd, y aprovecháos: *Venite ad me omnes, qui laboratis, & onerati estis, & ego reficiam vos.* Venid a mí los que trabajáis, y estáis cargados de afanes, que yo os aliviaré. Estas palabras es cierto que llaman a los pecadores, que son los que están distantes de Cristo. Luego éstos son los que pasan una vida

trabajosa. Convídalos a que se acerquen a él; esto es, que abracen la virtud: luego los virtuosos son los que gozan de descanso, y alivio. Veis aquí que es sentencia evangélica una, y otra parte del asunto que voy probando.

§. V

23. Mas pues he demostrado la primera parte con la razón natural, y con la experiencia, haré lo mismo con la segunda. Y lo primero debo confesar, que los principios de la virtud son trabajosos; *Ardua prima via est*; especialmente en aquellos que estuvieron largo tiempo debajo del dominio de sus pasiones. Los hábitos viciosos son unos enemigos, que a los primeros combates hacen cruelísima guerra; pero sus fuerzas se van debilitando más cada día, y aun tal vez por un milagro de la gracia son postrados enteramente al primer choque. La salida que hace el vicioso del pecado, es en un todo semejante a la fuga que ejecutaron los Hebreos de Egipto. ¡Qué afligidos los pobres, cuando con el Mar Bermejo a la frente vieron el Ejército Gitano a la espalda! ¡Qué orgullosos los Egipcios! ¡Qué débiles los Hebreos! Ya tratan éstos de rendirse, cuando esforzando la voz de Moisés al Pueblo: Ea Israel, le dice, entra el pie osado en el golfo, que Dios está empeñado en tu defensa. Obedecen, y al tocar la arena se desvía la agua. De tropel se arrojan a ellos las tropas de Faraón. ¡Oh cuánta soberbia en los Gitanos! ¡Cuánto miedo en los Hebreos! Con todo, temblando caminan hasta tocar la orilla opuesta; y al llegar a ella, volviendo atrás los ojos, ven sepultarse en las ondas sus enemigos. Conviértese [32] en placer el pesar, y en cánticos los gemidos.

24. No es de otro modo la fuga que hace el pecador del vicio. Egipto es el estado de la culpa. Los enemigos, que siguen al pecador fugitivo, son las inclinaciones viciosas, de quienes fue largo tiempo esclavo. Aquéllas están fuertes, éste débil. El primer asalto es furioso. Moisés es la virtud que anima. Rompe en fin el pecador por un piélago de dificultades; y aunque en algunos es más larga la carrera, últimamente logra ver ahogadas todas sus pasiones. Asienta el pie en la orilla opuesta: ¿y qué le sucede? Lo mismo que al

Pueblo Hebreo, prorrumpir en cánticos de gozo. Siguiendo después el camino de la Tierra de promisión, una, u otra vez salen al paso algunos enemigos; esto es, algunas tentaciones; pero se vencen, como Moisés venció a los Amalecitas, levantando las manos al Cielo, en que se significa la fuerza de la Oración. Encuéntranse también tal vez unas aguas amargas, conviene a saber, las tribulaciones; pero un leño milagrosamente las endulza, porque la Cruz, o Pasión del Salvador las suaviza. Y de Mara, o Marath, lugar que significa amargura, a razón de estas aguas, se hace tránsito a Elim, sitio delicioso, y ameno.

25. Esto es lo que sucede al pecador, fugitivo del vicio debajo del amparo de la Omnipotencia, que nunca falta a quien le solicita; pero es más de nuestro propósito considerar el estado de la virtud más cerca de la naturaleza, o prescindiendo de los extraordinarios auxilios de la Gracia.

§. VI

26. El monte excelso de la virtud está formado al revés de todos los demás montes. En los montes materiales son amenas las faldas, y ásperas las cimas: así como se va subiendo por ellos, se va disminuyendo la amenidad, y creciendo la aspereza. El monte de la virtud tiene desabrida la falda, y graciosa la [33] eminencia. El que quiere arribarle, a los primeros pasos no encuentra sino piedras, espinas, y abrojos: así como se va adelantando el curso, se va disminuyendo la aspereza, y se va descubriendo la amenidad; hasta que en fin en la cumbre no se encuentran sino hermosas flores, regaladas plantas, y cristalinas fuentes.

27. El primer tránsito es sumamente trabajoso, y resbaladizo: *Per insdias iter est, formasque ferarum*. Llámanle al recién convertido, desde el mar del mundo, los cantos de las Sirenas. Atérranle por la parte del monte los rugidos de los leones. Mira con ternura la llanura del valle que deja. Contempla con pavor el ceño de la montaña a que aspira. Libre de la cárcel del pecado, aún lleva en sus pasiones las cadenas, cuya pesadumbre conspira con la arduidad del camino, para hacer tardo, y congojoso el movimiento. Oye a las

espaldas los blandos clamores de los deleites, que le dicen, como a Augustino: ¿Es posible que nos abandonas? *Dimittis ne nos?* ¿Es posible que te despides, y ausentas de nosotros para siempre? *Et a momento isto non erimus tecum ultra in aeternum?* No obstante camina afligido un poco, tal vez interrumpiendo el paso algún tropiezo. Ya va hallando menos áspera la senda: ya los clamores de las delicias terrenas hacen menos impresión, porque se oyen de más lejos. Así lo experimentaba el mismo Augustino: *Et audiebam eas jam longe minus quam dimidius, veluti a dorso musitantes.* Adelantando algunos pasos más, ya se va descubriendo algo llano el camino; y aunque una, u otra vez representa la costumbre antigua, los gozados placeres y la dificultad de vivir sin ellos, es tan lánguidamente, y con tanta tibieza, que no hace fuerza alguna: *Cum diceret mihi consuetudo violenta: putas ne sine istis poteris? Sedjam tepidissime hoc dicebat.*

28. Arriba, en fin, a la parte superior del monte, donde ve una llanura hermosa, y apacible. El sudor, y lágrimas conque regó la falda, fructifican en la [34] cumbre; y aquí logra en abundantes mieses, cuanto acullá cultivó en prolijos afanes. Esto está oculto a los ojos del mundo; el cual, antes bien al considerarle retirado a lo alto de la montaña, le juzga metido en una arduidad inaccesible. Piensa que aquel hombre no puede tener instante de reposo, imaginando que el sitio que habita es un campo donde batallan con la mayor furia los Elementos, y adonde se arroja con mayor fuerza el rigor de las tempestades. Pero a él le sucede lo mismo que a el que escaló la cumbre del Olimpo, donde se goza siempre sereno el Cielo: donde no se inquieta con la más leve agitación el aire, en tanto grado, que se conservan años enteros los caracteres impresos en las cenizas; donde los nublados se miran siempre debajo, de modo que fulminan en la falda, sin tocar jamás en la eminencia: y entre tanto los que caminan por los valles vecinos, si la noticia, o la experiencia no los ha desengañado, piensan que aquella cumbre está toda obscurecida de nieblas, y abrasada de rayos {(a) La inalterable serenidad del Olimpo, aunque afirmada, y confirmada por innumerables Escritores, es fabulosa. Boyle en el Tratado *Nova Experimenta Physico-mechanica, pág. mihi 138*, cita a Busbec, Autor fidedigno, Embajador de Ferdinando Primero a la Porta Otomana,

que en una de sus Cartas testifica que el Olimpo se ve desde Constantinopla cubierto de nieve. Lo mismo dice Tomás Cornelio haber sido observado por algunos Viajeros: añadiendo que algunas cumbres de los Alpes son más altas que el Olimpo, sin que por eso en éstas dejen de soplar los vientos, y derramar nieve las nubes. Así la decantada singularidad de que en el Olimpo se conservaban de un año a otro las letras estampadas en las cenizas a Cielo descubierto, debe tenerse por una famosa patraña}.

29. Ni más, ni menos las incomodidades de la vida, las borrascas de la fortuna llueven sobre los que habitan los humildes valles del mundo; no sobre aquel que ha ascendido al Monte de Dios, y Monte pingüe, como le llama David. ¿Pues qué? ¿La enfermedad, el dolor, la pérdida de hacienda, la persecución la [35] ignominia, con otras calamidades, no son comunes a los justos con los demás hombres? ¿A esto no se les agrega en particular el silencio, el retiro, la vigilia, la oración, la disciplina, el ayuno, con otras penalidades? Todo es cierto. Esos son los nublados que se ven de la parte de afuera; pero que no suben a la cumbre del Olimpo; esto es, no llegan a turbar la parte superior de la alma.

30. No quiero yo decir que el justo sea insensible. Ese fue exceso de los Estoicos, que en la oficina de la virtud pretendían transformar los hombres en mármoles. Padecen los virtuosos; pero mucho menos que los delincuentes. A esta desigualdad se añade otra notable; y es, que las molestias que unos, y otros padecen, a los delincuentes los comprehenden en el todo, a los virtuosos sólo en una parte. Distínguense el espíritu del justo, y el del pecador, como el elemento del Aire, y el de la Tierra. La tierra en todas sus Regiones está expuesta a las injurias de los demás elementos. El Aire, sólo en su porción inferior, que es el teatro de vapores, y exhalaciones; pues a la que llaman Región superior del Aire, no alcanza alguna de las alteraciones sensibles. Siempre se observa allí un tenor igual: siempre se descubre sereno el Cielo, y siempre se goza una aura cristalina, y pura.

§. VII

31. Pero expongamos con más especificación las conveniencias temporales de la virtud. Lo que es de mayor momento, si no el todo, en esta parte, es, que en todas aquellas cosas, que esencialmente componen la felicidad temporal, conviene a saber, vida, salud, honra, y hacienda, es muy mejorado el virtuoso, respecto del que no lo es. La honra nadie ignora que es parto legítimo de la virtud. Por eso los Romanos edificaron unidos los Templos de estas dos dichas, que veneraban como deidades, de modo, que [36] sólo por el Templo de la Virtud se podía entrar al Templo del Honor. Los mismos que huyen de la práctica de la Virtud, la miran con estimación, y reverencia. La salud, y larga vida es más natural, y posible en el virtuoso, por la templanza conque vive, al paso que el vicioso con sus excesos se extraga la salud, y se acorta la vida. La hacienda tiene una gran maestra de economía en la virtud, siendo cierto que se conserva evitando toda superfluidad. Todo lo comprehendió Salomón, cuando dijo que el obediente a los divinos mandatos tiene en una mano la larga vida, y en la otra la hacienda, y la honra: *Longitudo dierum in dextera ejus, & in sinistra illius divitiae, & gloria* {(a) *Prov. 3, vers. 16*}. Aun cuando no goce otras ventajas el justo sobre el vicioso, ¿no mejora mucho de suerte?

32. Pero otras tiene. La suavidad, y dulzura que al alma ocasiona la buena conciencia, coloca en muy eminente grado la fortuna de los justos sobre la de los pecadores. Es ésta una felicidad de poco bulto, pero de mucha monta: una piedra preciosa, que en breves dimensiones encierra grandes quilates. Es la conciencia espejo del alma; y sucede al justo, y al pecador, cuando se miran en este espejo, lo que a la hermosa, y a la fea verse en el cristal: aquélla se complace, porque ve perfecciones: ésta se entristece, porque no registra sino lunares. Y aun es de peor condición el delincuente que la fea: porque ésta huye del espejo, si quiere: el pecador no puede. Aunque no se ponga él delante del espejo, el espejo se pone delante de él, y no puede el entendimiento cerrar los ojos, cuando la memoria le presenta las imágenes de sus maldades. En aquel estado el pecado horroriza, y no deleita; porque se fue el gusto, y quedó sola la mancha. Añádesele al pecador en esta coyuntura la triste reflexión de que se pueden descubrir sus infamias, en que le [37] asusta ya la inevitable tortura del rubor, ya la pena que le prescribe

la ley. El justo, por el contrario, nada tiene que temer. Si esconde al mundo sus acciones, no es por miedo de la nota; antes por el riesgo del aplauso. A solas se las contempla; y si es tan dichoso que todas las halle buenas, recibe aquel purísimo placer, que el Cronista Sagrado aun en Dios pintó como gloria accidental: *Vidit Deus cuncta quae fecerat, & erant valde bona.*

33. No menor diferencia hay entre el justo, y el pecador, cuando, o enojada la fortuna esgrime sus reveses, o severo el Cielo reparte tribulaciones. Pierde el pecador la hacienda, muéresele la persona amada, recibe una injuria de sujeto con quien la venganza le es imposible. ¿Qué consuelo tiene? Ninguno. Rabia, se enfurece, arde, no come, no bebe, no reposa; y son peores los síntomas que el mal: tan crueles tal vez, que le postran en la cama, y quitan la vida; y tal vez tan feroces, que para quitársela usan de sus propias manos. Pero el justo, constituido en el mismo accidente, lo primero que hace es levantar los ojos al Cielo; y ya contempla la tribulación como castigo de la culpa, ya como ejercicio de la paciencia: sabe que de todos modos es beneficio: sabe que el golpe viene de mano amante; y sabe que para su bien propio le hiere. No sólo se conforma, mas se lo estima. Y veis aquí con una admirable metamorfosis convertido el pesar en placer. De este modo, lo que para el impío es ponzoña, para el justo es triaca: porque *diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.*

§. VIII

34 ¿Quién ya, a vista de todo lo que hemos ponderado en este capítulo, no se dará por convencido de que aun en esta vida es incomparablemente mejor la suerte del justo que la del vicioso? ¿Que aun el descanso, y conveniencia temporal [38] se halla sólo en el camino de la virtud? Y que en el campo del vicio, debajo de la apariencia de flores, sólo se producen espinas.

35. Sólo un argumento tenemos que disolver. Este se toma de aquella sentencia de Cristo en S. Mateo, en que el gran Maestro nos asegura que es ancho; esto es, fácil el camino que lleva a la perdición; y al contrario estrecha; esto es, laboriosa la senda que

conduce a la vida inmortal.

36. Digo que este lugar es preciso conciliarle con el otro alejado arriba, en que el mismo Salvador convida a los pecadores a que sigan el camino de la virtud, proponiéndoles el descanso, y suponiéndolos congojados debajo del peso del vicio: *Venite ad me omnes qui laboratis, &c.* Es preciso componerle con la dulce sentencia que en otra parte nos intima, que el yugo de su ley es suave, y su peso leve. También se ha de poner en armonía con lo que David nos enseña, de que es ancho el camino de los Divinos Preceptos, o los Preceptos mismos: *Latum mandatum tuum nimis.* En fin, de tal modo se ha de entender aquel texto, que no esté discorde con la razón, y con la experiencia.

37. Fácil es la salida, diciendo que la gracia suaviza lo que es áspero a la naturaleza: y que el mismo yugo, que es pesado, consideradas sólo las fuerzas naturales, se hace leve, concurriendo con ellas los auxilios divinos. Y así concilian los Padres comúnmente aquellos textos.

38. También puede responderse que el Redentor habla sólo de los primeros pasos de uno, y otro camino; de modo que el camino de la virtud en los principios es trabajoso, después fácil: al contrario, el del vicio fácil al principio, y después trabajoso. El contexto mismo da luz para esta inteligencia. Pues animando Cristo a los hombres a que sigan el camino de la virtud, parece que toda la dificultad pone en la [39] entrada: *Intrate per angustam portam*, dice en S. Mateo. *Contendite intrare per angustam portam*, pronuncia en S. Lucas; como si dijera: en la puerta, o entrada está toda la resistencia; y así, animaos, forcejad, batallad, *contendite*, para vencer la arduidad que hallaréis en la estrechez de la puerta.

39. Es así. Esta puerta es tan angosta, que se estrujan el recién convertido entre sus quicios, hasta exprimir tantos embebidos afectos. No sólo se rasga el cutis en la estrechura, mas aun se deja en ella despedazada la propia carne. Pero pasado este tránsito difícil, se va ensanchando poco a poco el camino, hasta dilatarse en florido, y espacioso valle:

Largior hic campos aether, & lumine vestit
Purpureo, Solemque suum sua sydera norunt.

40. La senda del vicio está organizada muy de otro modo, y se parece a un conducto, que, según los Naturalistas, tiene para su caverna el Ratón de la India. Este sagacísimo animal, sabiendo la ojeriza que con él tiene el Dragón, y conociendo la desigualdad de sus fuerzas para resistirle, se defiende de él, y le vence con la siguiente industria. Fabrica dos entradas a su cueva; la una angosta, y proporcionada a su cuerpo; la otra muy ancha en la superficie de la tierra, pero que se va poco a poco angostando de modo, que en la parte más profunda no es mayor la concavidad, que la que corresponde al cuerpo del Ratón. El uso es éste. Cuando se ve acosado de aquella bestia voraz este pequeño animalejo, huye a su cueva, entrándose por el conducto grande; y no dudando el Dragón de seguirle, se arroja al boquerón, que ve capaz de toda su corpulencia; pero como éste insensiblemente se va estrechando, necesariamente se sigue que la bestia quede cogida, y aprisionada en la estrechura, sin poder retroceder: lo cual conocido muy bien por el Ratón, sale por la otra puerta, y se venga en el Dragón muy a su gusto, haciéndole pasto de su apetito, y de su ira. [40]

41. El estratagema de este animalejo es puntualmente el mismo que practica con el hombre el demonio. Pónele el camino del vicio en la superficie muy ancho, conque no recela el mísero entrarse por él en seguimiento de la presa del deleite. Vase estrechando poco a poco el camino. De aquí aprieta un cuidado; de allí otro. Entre la dolencia, y la edad, que están muy llegadas una a otra, se van encogiendo los miembros, y perdiendo su uso. El miedo, la solicitud, el dolor, la pesadumbre aprietan cada vez más, hasta ponerle en tanto estrecho, que ni aun el alma, con ser espiritual, se puede revolver. Por este camino llega, en fin, el pecador a lo sumo de la angustia, a aquel infeliz estado, de donde es imposible el retroceso: *Ubi nulla est redemptio*, donde será eternamente pasto de aquella rabiosa sabandija, que nunca sacia, ni la voracidad, ni la saña: *Mors depascet eos.* Donde expone el Cardenal Hugo: *Diabolus depascet eos*.

42. Esta notable diferencia, y oposición que hay entre el camino de la virtud, y el del vicio no se ocultó aun a los mismos Gentiles: porque para este conocimiento basta la razón natural; y así pintó hermosamente Virgilio la distinción de una, y otra senda en estos

versos:

Nam via virtutis dextrum petit ardua collem,
Difficilemque aditum primum spectantibus offert;
Sed requiem praebet fessis in vertice summo.
Molle ostentat iter via lata; sed ultima meta
Praecipitat captos, volvitque per ardua saxa.

43. Habiendo yo algún tiempo ha dictado la siguiente Carta a un Monje de mi Religión, para una hermana suya, persuadiéndola a que se hiciese Religiosa, con el motivo de representarle más conveniencias temporales dentro del claustro que en el siglo; me pareció conveniente ingerirla aquí porque pertenece al argumento que seguimos en este capítulo, y le esfuerza mucho. [41]

Carta

De un Religioso a una hermana suya, exhortándola a que prefiriese el estado de Religiosa al de casada

«Otra vez, hermana mía, y con distinto modo vuelvo a combatir tu resistencia sobre el asunto que tantas veces lo ha sido de nuestras conversaciones; esto es, persuadirte a que abraces el estado Religioso. Ya hacía cuenta de que se me habían acabado las armas para esta empresa, pues no me sugirió razón alguna mi discurso, cuya eficacia no haya burlado, o tu agudeza, o tu indocilidad. Mas ahora me ha ocurrido usar de otras bien diferentes, y aun bien impropias, si se consulta la opinión común; pues dejando aparte las importancias de aquel estado, para llegar a nuestro último fin, he de tentar reducirte por el camino de la conveniencia temporal.

Ya me parece que te veo extrañar el intento, y aun darle el nombre de desvarío, como que esto sea lo mismo que querer que vueles al Cielo, sin apartarte de la Tierra, o que navegues al otro hemisferio, sin perder de vista la orilla.

Dirás que no deben buscarse conveniencias temporales en la Religión; y que, aunque se busquen, no se hallan. A lo primero fácil, y brevemente satisfago, conque las que te propondré, así como lícitamente pueden gozarse, también sin delito pueden apetecerse; mayormente siendo de tal calidad que no perjudican, antes conducen a la vida espiritual. A lo segundo no niego que así se piensa comúnmente. Mas a la verdad, el mundo está tan ciego, que basta que sea el dictamen más válido, para ser el más errado.

No ignoro las espinas de la Religión, y las flores [42] del siglo. El error está en juzgar que aquellas son espinas sin flores, y éstas flores sin espinas. ¡Cuánto mayores asperezas encuentra la experiencia en las amenidades del mundo, que en los rigores del Claustro! ¡Oh si vieras las lágrimas de tantos infelices que las lloran! No quiero que consideres ahora aquellas, a quienes la bajeza del nacimiento, o la falta de industria, puso en el miserable estado de mendigar el sustento, o en el penoso afán de regar la tierra con su sudor. Atiende sólo a las mujeres de tu calidad, y de tus medios. ¿A qué parte volverás los ojos, donde no veas alguna que te los lastime con sus tragedias? Ésta gimiendo debajo de la opresión de un tirano, que transformó en esclava a su consorte: aquélla fugitiva de los furores de un celoso, buscando un rincón donde salvar la vida: la otra sufriendo los distraimientos de un perdido, en cuya compañía sólo ha hallado un hombre que la desprecie, sin que el discurso le ofrezca remedio para no sentirlo.

Dirás que éstas son pocas, y más razón hallas para contarte en lo venidero entre muchas dichosas, que entre pocas infelices: especialmente, cuando en las prendas que te adornan, tienes los instrumentos para domesticar un genio indócil, en caso que ese llegue a ser dueño de tu albedrío.

Muy engañada vives, y muy mal conoces la complexión del genio de los hombres, si fías tanto en tus atractivos. No es su condición apreciar lo precioso, sino lo raro. Sólo estiman lo que no poseen; y si les merece alguna atención la alhaja poseída, es sólo cuando la posesión no es segura. Mas

llegando el caso de no poder enajenarla, como sucede en nuestro asunto, no sólo la miran sin cuidado, pero aun con tedio. La soberanía del matrimonio muy pocos días consiente los privilegios de la hermosura. Es prenda esta que con el tiempo se pierde; pero respecto del dueño de ella, mucho antes se pierde su estimación. [43]

Ni hay que fiar más en las prendas de la alma. Son éstas a la verdad de un temperamento más fuerte, y más proporcionado para conservar mucho tiempo su valor. ¿Mas qué importa, si en aquel comercio de las almas es el antojo quien pone precio a las cosas? Todo lo continuado enfada. No hace regalado al manjar lo dulce, sino lo exquisito. El plato más sabroso, muy repetido, engendra hastío. Aquél *siempre* que se le atraviesa en la imaginación al que posee de por vida, llena de mirra, y acibar lo mismo que goza. Nada tiene el hombre más incostante que el gusto. En su aprehensión mejora como mude, aunque mudando empeore. Resueltamente me atreveré a decir, que para hacer más durable su complacencia, le estaría bien a la discreta poder hacerse tonta, y a la hermosa transformarse en fea. La que tuviese jurisdicción sobre sus facciones de alma, y cuerpo, para mudarlas a su gusto, erigiría un tribunal ejecutivo de las deudas del cariño. Si el marido se tiene por discreto, a ti que lo eres, te mirará con ceño, como a quien le litiga, o le usurpa la prerrogativa de oráculo de la familia. Si no se imagina tal, aún estás más arriesgada a sus desvíos, considerándote un fiscal inevitable de sus desaciertos.

Supuesto, pues, que tus gracias no te conceden inmunidad contra los infortunios, tampoco debes lisonjearte sobre el corto número de las mujeres desdichadas. No son muchas, a la verdad, las que lo parecen. Menos aun las que se quejan. Pero esto consiste en que los sinsabores del matrimonio, en parte los oculta el rubor, y en parte la razón de estado. Tiene el tálamo mil linajes de disgustos, y muy agrios, para quienes la modestia aún no ha hallado voces. Creeme sobre mi palabra, ya que no permite descender a mucha individuación esta materia.

Pero en lo que se concede a las palabras, hallarás harto motivo a sus temores. Las aborrecidas, o [44] despreciadas de sus maridos son infinitas; y esto sin que nadie lo entienda, porque se interesa en el silencio el pundonor de uno, y otro consorte. En la mujer es más fuerte la razón del disimulo; porque aprehendiendo como la mayor ignominia ser objeto del desprecio, tiene por lo mismo quejarse de esa injuria, que publicar su propia afrenta. Ni aun en las mayores impaciencias violará el secreto; que para este intento tiene muy pronta la vergüenza a cortar las marchas de la ira.

Pero, ¡oh qué horrendo martirio es para una mujer padecer ultrajes de quien desea adoraciones! Esto, aun sin la experiencia, lo conocerás en ti misma como te registres el alma; sino es que en tu fábrica haya omitido la naturaleza una propiedad, que es casi esencia de ese sexo.

¿Ves, qué tan sensible es para una mujer verse aborrecida? Pues no lo es menos aborrecer. La circunstancia de aborrecido en el que es preciso venerar como dueño, hace la sujeción intolerable, especialmente en aquel género de dominio. Es fastidiosísimo, sobre cuanto se puede explicar, el íntimo comercio de aquel estado, para quien mira con desagrado al acreedor de sus condescendencias. La mujer en esta parte tiene mucho más que sufrir; porque más aprisionado el albedrío, no goza la libertad de templar el tedio de tan molesta compañía, haciendo algunas breves ausencias de su casa.

Pues, hermana mía, si te he de decir abiertamente lo que siento, muy pocas mujeres considero exentas de padecer por alguno de estos dos caminos. Haz reflexión sobre lo que arriba te llevo dicho, de la instable condición del gusto, de que en una continuada posesión, aun lo más precioso está expuesto al desprecio; y ajustada bien la cuenta, hallarás que en muy pocos consorcios se puede pronosticar sino una cortísima vida a las ternuras. Las rencillas de los vulgares nos ofrecen una prueba segura de esta verdad; [45] pues siendo así que tienen menos delicado el gusto, y por tanto menos arriesgado el afecto a morir del accidente del fastidio, según

pueblan el aire de clamores, parece el vínculo que los liga, cadena que los molesta. Son fáciles de contar sus caricias, y no hay guarismo para las quejas. No presumas menos dolores en los nobles. Lloran más, y tienen más que llorar; pero sus lágrimas vuelven a caer sobre el corazón, porque varios respetos les cierran la salida de los ojos.

No me detendré en pintarte otras muchas desazones, de que pocos matrimonios se escapan; porque como más perceptibles, a nadie se esconden. Pero no deje de repasar tu memoria multitud de cuidados que tienen en continua tortura el corazón de una madre de familias. ¡Cuánto desconsuelo si no hay hijos! ¡Y cuánto afán si los hay! ¿Qué vigilancia basta para su buena educación? Si salen malos, ¿qué disgustos no ocasionan? Si son muchos, ¿qué congojas al pensar en el modo de darles estado a todos? ¿Qué dolor, si muere alguno? ¡Trabajosa fecundidad la de las madres! Pues los dos extremos opuestos de nacer, y morir los hijos, todo ha de ser a costa de sus dolores. Añade a esto la atención continua que pide el gobierno de la hacienda, y de la casa, las inquietudes de los pleitos, los atrasos domésticos. Y por decirlo en una palabra, si nos manifiesta el corazón una madre de familias, no habrá momento en que no le veamos atravesado de la espina de algún cuidado penetrante. Y especialmente en estos tiempos, en que el mundo se ha puesto de tan mal semblante, que no puede mirarse sin horror; y las lágrimas de este valle ya hechas diluvio, crecieron hasta inundar el más elevado monte: quiero decir, que el nacimiento más alto está sujeto a varios reveses de la fortuna, de cuyos insultos antes se juzgaba privilegiado.

Vuelve ahora al retiro de una Religión los ojos, [46] aunque no sea sino por descansarlos de la fatiga de mirar tantos objetos funestos. ¡Oh qué distinto teatro es éste! Hay aquí (no se puede negar) varias penalidades; pero tan proporcionadas a la flaqueza del sexo, que a la más débil le sobran fuerzas para el gravamen. El principal consiste en algunas horas de Coro, distribuidas de modo que no alteran las del sueño. Y aun esto no sé si lo llame trabajo; porque

siendo la Oración vocal devoción, como innata a las mujeres, parece que Dios les ha colocado el mérito en lo que para ellas es gusto. En todo lo demás, las leyes tan moderadas, como dictadas por la prudencia, y administradas por la caridad. Este es un imperio donde reina el amor. Cuantas compañeras tuvieres, otras tantas hermanas tendrás, que en la aflicción te consuelen. La tranquilidad de ánimo conque se vive, es estimable sobre todos los tesoros de la tierra. ¿Y qué precio hay que pueda igualar aquella ociosidad de cuidados? Pues la particular no tiene que pensar, ni en la familia, ni en la hacienda, ni aun en el sustento propio. Toda la solicitud se la llevan Dios, y el alma. De aquí depende haber Conventos, donde las más de las Religiosas a porfía huyen de ser Preladas, no tanto por virtud, cuanto por conveniencia; porque saben que lo pasan mejor siendo súbditas.

¿Acaso te horrorizará una clausura continua? A esta dificultad no tendría que decirte, si consultase sólo a mi discurso; pero gracias a Dios que puedo usar de luces más sagradas para disipar esas sombras. Es casi increíble lo que voy a decirte. Habiendo frecuentado algún tiempo los Confesionarios de las Religiosas, ninguna hasta ahora, en la manifestación de su conciencia, me tocó la materia de clausura. A ninguna jamás oí ni el menor desconsuelo de padecerla, ni la más leve tentación de violarla. Esto en lo natural parece que no cabe; pero gasta Dios muy especiales atenciones con sus Esposas, suavizándoles, aunque [47] sea a costa de milagros, las prisiones en que le han sacrificado su libertad.

Casi lo mismo sucede en la observancia de otra obligación, no menos esencial, que en la aprehensión de los espíritus plebeyos trae achacosa la quietud interior de las Religiosas. Y es, que éstos, puesta siempre la mira en la villana condición de nuestra naturaleza, no tienen ojos para las maravillas de la gracia. ¡Notable error, no distinguir lo que pueden Dios, y el hombre, de lo que puede el hombre sólo! ¡Y gran temeridad aventurarse a adivinar qué producirá la tierra de que somos formados, sin hacer cuenta del

beneficio del cultivo, y de los influjos del Cielo! ¿Qué importa lo frágil de nuestro ser, si quien hizo el todo de la nada, más fácilmente podrá transformar el barro en oro, y fabricar un diamante de un vidrio? La experiencia enseña, que en el Reino de la Gracia, no menos que en el Imperio de la Naturaleza, de materiales muy débiles forma Dios piedras preciosas muy duras.

Fuera de que no es menester recurrir a tan sagrado asilo para repeler la injusticia de sospecha tan villana. Dentro de lo natural sobran armas para la defensa: porque no es el temperamento de las mujeres, por lo común, cual estos rudos le imaginan: ni han llegado a los umbrales de la verdadera Filosofía los que juzgan su complexión tan vidriada. Si lo es en algunas, es porque con sus propios excesos la hicieron enfermiza. Así, que hay cierta especie de pasiones, en quienes quien nunca ha sido vencido, apenas tiene que vencer. Y aunque en lo general los vicios son hijos de las pasiones, se puede decir con alguna propiedad, que hay pasiones que son hijas de los mismos vicios. Ociosamente he dejado correr en este argumento la pluma, pues para ti es excusada la advertencia, y los ignorantes, a quienes reprehendo, no son capaces de entender lo que digo. [48]

Últimamente, para que acabes de formar concepto de lo que te está mejor, propondré a tu consideración una notable diferencia que hay entre uno, y otro estado, por lo que mira al placer de la vida; y es, que en el de la Religión siempre tu estimación ha de ir a más: en el del siglo siempre ha de ir a menos. Pesa bien esta desigualdad en la balanza de tu discurso. En el mundo, donde sólo es respetada la edad floreciente de tu sexo, así como fueres contando días, irás descontando adoraciones. ¡Oh con qué dolor verás cómo se va despintando tu belleza en el espejo, y al mismo paso le va faltando a ese ídolo el culto! Créeme, que no hay mujer que a sus solas no se queje amargamente del tiempo, siempre que contempla cómo le va robando poco a poco el mérito, y el aplauso. Experimentarás que el más obsequioso, el más fino, irá insensiblemente haciendo tránsito del cariño a la tibieza,

de aquí al olvido, y últimamente al desprecio: que en aquella postrímera edad se les escasea a las mujeres aun el tributo de las urbanidades. Son miradas de los domésticos como embarazo de la casa; y de los extraños, como número inútil del Pueblo.

Al contrario en la Religión, irá creciendo tu veneración con la edad. En aquella República se mira con otros ojos el mérito de las mujeres. La hermosura, el donaire, el garbo, son alhajas de que no se hace aprecio; toda la estimación se guarda para la experiencia, la madurez, y el juicio. El nombre de anciana, que en el siglo se oye como injuria, en el claustro se escucha como lisonja. Al favor de las leyes, como se fueren multiplicando tus años, se irán aumentando tus prerrogativas. Y cuando llegues a aquella última porción inútil de la vida, atenderá cuidadosa la Religión a tu servicio, y consuelo, sin fatigarte con el peso de obligación alguna. De este modo, con ánimo tranquilo, y sereno, sin la inquietud del más leve [49] cuidado, irás disponiendo dulcemente tu viaje del tiempo a la eternidad.

Esto es, hermana mía, lo que se me ha ofrecido representarte, para el efecto de moverte a elegir lo mejor, en lo que tanto importa acertar. Ruégote que leas con atención este escrito; y bien que te sea molesto por su asunto, mírale con afecto, siquiera por ser un mensajero mudo de quien te quiere tanto. No deseo sino tu bien. Tu feliz suerte la cuento por una de las partes esenciales de mi dicha. Por eso solicito con tanto ardor que la conozcas, y la elijas; pero sin emplear otro medio que el de la persuasión, excusando aun el del ruego. Tanta abstracción pide el intento; pues no es capaz de otra fuerza que la que hicieren las razones. Son tan soberanos los fueros que goza el albedrío en la elección de estado, que los ofende aun la súplica. Sólo acometiendo a vencer el entendimiento, es lícito emprender la conquista de la voluntad. Este es un empeño sólo de mi razón con la tuya, quedándose perfectamente neutral el cariño; y así en mí hallarás siempre el mismo, que te rindas a mis sugestiones, que las repruebes; y aun acaso mayor, si una errada elección

te hiciere poco feliz: que un sentimiento compasivo da más ternura al afecto. En fin, en todas fortunas, y en todos acontecimientos soy tuyo.»

Esta Carta hizo el efecto que se deseaba; y la Señora para quien se escribió, es hoy muy observante Religiosa en un Convento Cisterciense.

Discurso tercero

Humilde, y Alta Fortuna

§. I

1. Ciegos fueron los que fingieron la Fortuna, e injustos los que la figuraron inicua. Este error ya le corrige la Religión, cuando instruye de que el significado de este nombre *Fortuna,* no es otro que la Divina Providencia, la cual es toda ojos, y en todo procede con justísimos motivos. Pero aunque el error en lo esencial está corregido, no llegó el desengaño a desvanecer toda la apariencia del fundamento. Consideran los quejosos de la Fortuna desiguales las suertes de los hombres, según la mayor, o menor representación, que hacen entre los demás mortales; y viendo que en gran parte esta desigualdad no es proporcionada al mérito, los impíos la atribuyen a la quimérica fuerza del acaso: los idólatras, al capricho de una Deidad ciega; y los verdaderos creyentes, al arbitrio de una Providencia soberana.

2. Estos últimos concluyen bien, pero suponen mal. Es así que la voluble rueda de la Fortuna es manejada por mano divina, y todo movimiento suyo, ya elevando a unos, ya precipitando a otros, es arreglado con sapientísimo designio. También es cierto (e importa infinito esta reflexión) que respecto de muchos, no vemos más que la mitad de la vuelta de la rueda; porque lo restante del círculo se absuelve en el otro mundo. Vemos que a unos los sube la Fortuna, y no los baja: a otros los baja, y no los sube. ¿Qué es esto? No es otra cosa, sino que en esta vida mortal no da la Providencia más que

media vuelta [51] a la rueda. En el otro hemisferio se concluye el giro; y así los que aquí suben, allá bajan; los que aquí bajan, allá suben. Y esto es lo más común, aunque no es regla sin excepción.

§. II

3. Mas aun supuesta esta advertencia, queda apoderado del mundo un grave, y pernicioso engaño; y es en lo que yo digo, que los mismos que concluyen bien, suponen mal. En la distribución que hacen de felices, o infelices, suponen una desigualdad, que verdaderamente no hay en la fortuna de los hombres. El que ocupa la dignidad, el que habita el magnífico Palacio, el que goza gruesa hacienda, mucho más el que tiene sobre sus sienes la Corona, es reputado por un hombre felicísimo. Al contrario, el que debajo de humilde techo, ignorado del mundo, tiene para pasar la vida no más que lo preciso, es considerado como infeliz. A lo menos se juzga la fortuna de éste tan inferior a la del otro, como lo es una pequeña fuente a todo el caudal del Nilo.

4. Muy diferente fue el sentir del Oráculo de Delfos, que preguntado por Giges, Rey de Lidia: ¿Quién era el hombre más feliz del mundo? le respondío, que un tal Aglao Psofidio, poseedor de una poquísima tierra en un estrecho ángulo de la Arcadia, era el más dichoso habitador del Orbe; quedando igualmente burlado, y admirado aquel Príncipe, que esperaba a su favor el voto.

5. Agatocles fue un monstruo de la Fortuna. Habiendo nacido de un pobre Ollero de la Ciudad de Regio, llegó a ser Soberano de Sicilia. Con todo creo, que si cotejamos su fortuna con la de su padre Carcino, hallaremos más feliz a éste. Ciertamente no viviría en la continua inquietud, de que fue agitada toda la vida de Agatocles; ni padecería dolor alguno tan intenso, o de tanta duración, como el que a Agatocles le ocasionó la muerte de sus hijos, degollados bárbaramente por sus propios Soldados. [52]

6. Plinio en el Libro séptimo discurre en algunos capítulos por los Romanos, que experimentaron más risueña la fortuna, como fueron el Dictador Sila, los dos Metelos, y Octaviano Augusto; y a todos les va señalando tales contrapesos, que queda en duda si la

balanza de la suerte propendió más hacia la parte de la adversidad.

7. Sería infinito, si corriendo las Historias, quisiese sacar al teatro todos aquellos, en quienes la mano de la Fortuna alternó cruelísimos golpes con los más tiernos halagos. Ni esto es muy importante a nuestro propósito: pues todos me concederán desde luego, que no hay en el mundo asilo contra los rigores del hado; ni a la mayor altura se le concedió algún privilegio, que la exceptúe de la jurisdicción de la desgracia. Lo que conviene es, pesar una, y otra fortuna, la esclarecida, y la humilde, según lo que en su regular, y común estado tienen por sí mismas, prescindiendo de extraordinarios accidentes, o favorables, o adversos.

§. III

8. Digo, pues, que la Fortuna humilde, en su valor intrínseco, si no excede, por lo menos iguala la soberana. Y porque demos desde luego una prueba clara, y sólida de esta que parece paradoja, se debe suponer como una verdad cierta, que las riquezas no constituyen a los hombres felices a proporción de la magnitud material que tienen; sí sólo a proporción de lo que se gozan, o de la conveniencia, y deleite que causan. ¿Qué importará que el poderoso tenga presentes varios, y preciosos manjares en la mesa, si tiene perdido el apetito? No por eso se podrá decir que se regala: y mucho mejor lo pasa en cuanto al gusto el que goza de grosero plato, si el paladar le abraza con cariño.

9. Lo que en el gusto, respecto de los manjares, sucede en todos los demás sentidos, y potencias, respecto de sus objetos. Sean éstos cuanto se quisiere delectables: la delectación que producirán en cada individuo, se comensurará a la disposición del órgano. Y asimismo la [53] mayor, o menor felicidad del sujeto, en el uso de estos objetos se debe medir, no por la magnitud entitativa, que ellos en sí tienen, sí por la delectación que causan. Siendo esto así, si se hallare que sus grandes riquezas no les ocasionan a los poderosos mayores gustos, ni les desvían más pesares que a los de humilde fortuna sus cortos medios, se concluirá que no son más felices aquéllos que éstos, y que por consiguiente las dos fortunas son

iguales.

10. ¿Pero cómo hemos de saber lo que pasa en los corazones de unos, y otros? No hay cosa más fácil. Nerón edificó un Templo a la Fortuna de piedras transparentes, halladas en su tiempo en la Capadocia; de modo, que de afuera, aun cerradas las puertas, se veía todo lo que pasaba dentro del Templo. Y la naturaleza fabricó los hombres de modo, que de afuera se ve su buena, o mala fortuna interior, transparentándose por los semblantes, y por los labios sus gustos, y sus pesares. Mira, pues, (dice Séneca {(a) *Epist. 80*}) a ricos, y a pobres por el cristal del rostro los senos del pecho: *Compara inter se pauperum, & divitum vultus*: más frecuentemente verás alegres a éstos, que a aquéllos: *Saepius pauper, & fidelius ridet.* Aquí supone de mejor condición a los pobres. En otra parte los deja iguales. Observa (dice) la mayor parte de los pobres, y verás cómo nada andan más tristes, y congojados que los ricos: *Primum aspice quanto major pars sit pauperum, quos nihilo notabis tristiores, solicitioresque divitibus* {(b) *In consolat. ad Helviam*}.

11. A S. Agustín le aprovechó en gran manera la reflexión que hizo, al ver transitando por una Aldea del Estado de Milán a un mendigo sumamente alegre, y festivo. Comparó su fortuna con la de aquel pobre. Viole a él gozoso, a sí propio congojado: a él sin susto alguno, a sí propio lleno de temores: *Et certe ille laetabatur, ego anxius eram; securus ille, ego trepidus.* Y de aquí concluyó, que la fortuna de aquel mendigo era harto mejor que [54] la suya: *Nimirius quippe ille felicior erat* {(a) *Confess. lib. 6. cap. 6*}.

12. Esto es mirar las cosas como ellas son en sí. Para computar la felicidad de cada uno, no se han de considerar los bienes que posee, sino el gozo que de su posesión recibe. Aunque el rico tenga siempre espléndido banquete, más se regala el pobre que él, si, como es lo común, le sabe mejor lo que come. La entidad de las riquezas sin el uso, nadie dirá que sirve de cosa alguna. Es menester expenderlas para gustarlas. Es un bien este de tal condición, que sólo se goza cuando se pierde. El que guarda en la arca el oro, podrá lograr alguna complacencia en la contemplación de que le tiene a su albedrío; pero muy inferior a la fatiga inevitable de un continuo cuidado. Discretamente cantó Horacio, que tenía por más conveniencia carecer de tales bienes, cuya posesión está

acompañada noche, y día del sobresalto de que un ladrón los robe, de que un criado infiel los lleve, o de que un incendio los consuma:

An vigilare metu exanimem, noctesque, diesque
Formidare malos fures, incendia, servos
Ne te compilent fugientes, hoc juvat? Horum
Semper ego optarim pauperrimus esse bonorum. Lib. 1. Sat. 1.

13. El azogue causa continuos temblores al que le maneja en la mina: el oro, y la plata al que los tiene en la arca. No hay duda que en el avaro es mayor el gusto de verse rico; pero también excede a proporción el cuidado. Fuera de que no le satisfacen tanto los bienes que goza, como le congojan aquellos de que carece. Siempre le queda en el corazón un vacío inmenso, tan violento a su codicia, como lo es el vacío de todo cuerpo a la naturaleza; y es sed hidrópica la suya, que cuanto más bebe, más arde.

§. IV

14. Supuesto, pues, que no hay conveniencia, sino gravamen en la precisa posesión de las riquezas, veamos [55] cuánto puedan ser cómodas con el uso. Lo primero, si las riquezas son muy grandes para la comodidad de la vida, está por demás la mayor parte de ellas: si a cuanto racionalmente se puede desear, se ocurre con pocos millares de escudos, ¿de qué servirán los millones? El que para su sed tiene la agua que basta en una pequeña fuentecilla, ¿para qué se meterá un río dentro de casa? No logrará otra cosa, que concitarse el odio, o la ira de los que ven inútilmente estancado en un individuo el caudal que pudiera saciar la sed de todo un pueblo, y exponerse a las asechanzas que puede formar contra su vida cualquiera perverso, que de otro modo no pueda hacerse dueño de su hacienda; siendo cierto que muchos ricos, por este motivo sólo, fueron víctimas, ya del cuchillo, ya del veneno. Así que los demasiados doblones son de peso, y no de valor para su dueño; quiero decir que no son conveniencia, sino peligro, y gravamen de la vida.

15. Pero ya que no a la comodidad, servirán al deleite. Sobre

esto hay mucho que hablar. Los más de los hombres tienen determinado el apetito a tales objetos, que con corto caudal pueden satisfacer todas sus ansias. La comida, y la bebida con regalo, la caza, y el juego con frecuencia, no han menester muchas millaradas. El que tiene puesta toda su delicia en la copa, y en el plato, ¿qué logra con el inmenso dinero, si no puede comer, y beber más que come un hombre sólo? Y si por su glotonería quiere comer como dos, presto perderá la salud, y no podrá comer aun como medio: expender el caudal en diversiones, que no lo son respectivamente a su genio, es perderle en un todo. La dulzura de la Música es el único hechizo permitido que hay en el mundo. ¿Pero de qué sirve a quien no gusta de ella? A Anteo, Rey antiguo de la Escitia, le presentaron sus vasallos, como una gran cosa, a Ismenias, famosísimo Músico Tebano, a quien habían cogido prisionero en la guerra; y después de oírle un rato, dijo, que mejor le sonaban los relinchos de su caballo, que todos los tañidos de Ismenias. Ni [56] se entienda que esto sólo cabe en un genio bárbaro. No sólo los tigres huyen de la lira; aun muy cultivados espíritus cierran los oídos a este encanto, como los áspides. De Justo Lipsio se cuenta que aborrecía la Música, y tenía puesta toda su recreación en flores, y perros. Muchísimos hombres son insensibles al halago de la armonía; y de los que restan, los más se complacen en una Música grosera, que se encuentra de balde, o muy barata. Lo que se dice de la Música, es general a otras diversiones. ¡Cuántos hay que no pueden sufrir aun el trato común con las mujeres! Las flores, que son el más hermoso parto de la naturaleza en lo insensible, y que visten al campo con más gala que a Salomón toda su gloria, a algunos son no sólo ingratas, pero nocivas. Hubo sujetos a quienes hacía caer en deliquio la fragrancia de la rosa: y el Cardenal Esfrondati en su Curso Filosófico refiere de otro Cardenal, que todo el tiempo de la Primavera tenía guardas a la puerta de su casa para atajar que entrase ni una rosa en ella. Los espaciosos jardines son bien tibio deleite para los más de los hombres, y para muchos ni aun tibio; fuera de que ese deleite se disfruta en el jardín ajeno, no en el propio, que estando siempre a la vista, ya se mira con tedio.

§. V

16. De suerte, que respecto de muchos individuos, todo el atractivo se incluye en objetos de corto precio. Es verdad que no por eso dejan esos mismos de amontonar, si pueden, tesoros sobre tesoros. ¿Pero para qué? Ni yo lo sé, ni ellos mismos tal vez lo saben. Es gracioso a este propósito lo que pasó entre Pirro, Rey de la Albania, y su discretísimo Consejero, y amigo Cineas. Tratando aquel guerrero Príncipe de invadir a los Romanos, le dijo Cineas: Verdaderamente, Señor, la empresa es difícil; porque las hemos de haber con una gente marcial, y poderosa. Mas si fueren tan prósperas nuestras armas, que venzamos a los Romanos, ¿qué fruto sacaremos de esa victoria? ¿En eso te detienes?, respondió el Rey. Nos [57] haremos dueños de toda la Italia. Y después, replicó Cineas, ¿qué haremos? Conquistaremos, respondió Pirro, la Sicilia, que está vecina, y es fácil su expugnación. Gran cosa sería eso, añadió el astuto Cineas; pero ganada Sicilia, ¿daremos fin a la guerra? No por cierto, respondió Pirro (que aún no había penetrado el término donde iban a parar estas preguntas): después de conquistada Sicilia, nos entraremos en la África, y poseeremos a Cartago, con los Reinos adyacentes. Los Dioses quieran, prosiguió Cineas, concederte tanta dicha. ¿Y después en qué nos hemos de ocupar? Volveremos, dijo Pirro, con inmenso poder a nuestra patria, y conquistaremos todo el imperio de la Grecia. Y conquistada toda la Grecia, replicó Cineas, ¿qué hemos de hacer? Llegando ese caso, respondió Pirro, pasaremos el resto de nuestra vida en dulce, y alto ocio, sin pensar en otra cosa que en banquetes, y conversaciones festivas. Aquí Cineas, que ya había, sin sentirlo él, metido al Rey en la red, riéndose le dijo: ¿Pues, Señor, quién nos quita gozar desde ahora de toda esa felicidad? ¿Para lograr banquetes, y todo género de regalos, no basta el Reino que hoy poseéis? ¿A qué fin se han de conquistar Provincias, surcar los mares, gastando la salud en las fatigas, y exponiendo la vida en las ondas, y en las batallas?

17. Este razonamiento, que es sacado casi a la letra de Plutarco, viene bien, no solamente a aquel Príncipe ambicioso; mas también a otros hombres infinitos, que juntando más, y más riquezas, a costa de peligros, y afanes, o no saben a qué aspiran, o por un vicioso, y

errado círculo, aspiran a lo mismo que ya poseen. Discretamente rebatió el orgullo de Filipo, Rey de Macedonia, Arquídamo III, Rey de Esparta. Habiéndole vencido aquél a éste en una batalla, le escribió una carta llena de arrogancia, y fiereza. Respondióle Arquídamo, que se pusiese al Sol, y vería cómo su sombra no era mayor después, que antes de la victoria. Es así que se engrandece la fortuna, sin añadir nada al sujeto. [58]

§. VI

18. Aquellos a quienes domina la ambición, y la codicia, trastornan la naturaleza de las cosas, colocando el fin en el mismo medio. Quieren tener más, sólo por tener más; y dominar más, sólo por dominar más. ¿Pero qué sucede a éstos? Que siempre son desdichados; porque la hambre, y sed que padece su genio, siempre está en el mismo estado, o va cogiendo nuevo aumento. La carga de honores, y riquezas en el corazón humano, hacen lo que las pesas en el reloj, que cuanto mayores son, tanto aquella máquina se mueve con más violenta inquietud. Sucesivamente va desplegando la pasión mayores senos, así como va llenando los primeros vacíos. Al principio se contenta su sed con la fuente: después, hidrópica, busca el río, y tras del río el océano: *Ecce absorbebit fluvium, & non mirabitur.* Alejandro en sus primeros designios no miraba más que a destruir Tebas, y conquistar la Tracia, y el Ilírico: ya que lo logró, se le pone en la cabeza el Imperio de la Asia; y cuando tuvo éste en buen estado, llora afligido, oyendo decir a un Filósofo que hay muchos mundos, porque ya no se satisface su ambición con la conquista de uno sólo. Lo que hizo cantar a Juvenal:

Unus Pelleo juveni no sufficit orbis.

19. Los que buscan las riquezas para el uso, y las aprovechan en el deleite, parece que son de mejor condición en cuanto a la conveniencia temporal. ¿Cómo se le puede disputar la felicidad a quien siendo dueño de grandes tesoros, los hace tributarios de sus apetitos? Así lo juzga el mundo, y el mundo se engaña. Hable en la materia el hombre más capaz que jamás hubo en el mundo, para dar la sentencia por su experiencia propia. No hubo en la tierra

hombre más rico, ni aun tanto como Salomón. Ninguno expendió más pródigamente las riquezas en las delicias, con la circunstancia de que su gran sabiduría, y comprehensión de la naturaleza, le advertía de los modos más oportunos conque podían halagar, y servir los objetos a [59] los sentidos. Él mismo confiesa, que lisonjeó sus pasiones, dándoles cuanto su voracidad pedía: *Omnia quae desideraverunt oculi mei non negavi eis: nec prohibui cor meum, quin omni voluptate frueretur.* ¿Y qué halló en ese piélago de delicias? No más que aguas amargas. En todo encontró vanidad, y aflicción del ánimo: *Vidi in omnibus vanitatem, & afflictionem animi.* En tanto grado, que llegó a tener tedio de vivir: *Idcirco taeduit me vitae meae.*

20. Esta es la alta, y esclarecida fortuna, y tan alta, que ningún hombre la logró más sublime. Pregunto ahora: Si el hombre más mísero del mundo ¿puede ver puesto su corazón en mayor congoja, qué cuando llega a padecer tedio de su propia vida? Sabemos que Job no usó de otra expresión para manifestar la profunda agonía, que le ocasionaba su singularísima calamidad: *Taedet animam meam vitae meae.*

21. Lo que dice Salomón es infalible, pues tiene recibido aquel Libro por Canónico la Iglesia. Pero se debe confesar, que así como es verdad de Fe, también parece misterio; porque ¿cómo cabe tanta amargura en la mayor delicia? Este enigma no quiso descifrarle Salomón, aunque tenía tanta facilidad en descifrarlos. Veamos si acierto yo con ello; y pienso que sí.

§. VII

22 Lo primero asiento, que el que goza más deleites, es el que goza menos, y aun se puede decir, que ninguno goza. Mas éste es otro enigma más difícil. Ya saldré de uno, y otro. Pregunto: ¿Tienen deleite el que come sin hambre, y el que bebe sin sed? Todos me confesarán, que poco, o ninguno. Pues de este modo gozan los objetos delectables aquellos poderosos, que tienen la rienda siempre floja a todos sus apetitos. Anticipan a los apetitos los objetos. No espera el manjar a la hambre, ni la bebida a la sed, ni aun la

torpeza a la concupiscencia. ¿Pues qué, usan de aquello mismo que no apetecen? A los principios no: en los progresos, y en los [60] fines sí. El poderoso que se entrega a los deleites, muy luego empieza a adquirir un hábito de glotonería en todas sus pasiones, por el cual, dentro de poco tiempo, se tira al objeto al primer asomar del apetito. Aún no espiró del todo la saciedad antecedente, ni empezó a vivir sino en embrión el nuevo deseo, cuando se entrega a nueva hartura; y como en aquel punto está muy tibia la concupiscencia, no puede menos de ser muy remisa la delicia. Este hábito, con la inmensa repetición de actos, va cobrando cada día más, y más fuerzas, hasta que ya impele a beber el vedado licor, aun cuando no hay alguna sed. Y veis aquí, que en llegando a este estado, sin ningún deleite la salud se estraga, y la vida se abrevia.

23. Aún no he explicado todo el mal. Lo peor es, que se junta la saciedad con la hambre. Si digo, que tanta hambre tiene el poderoso harto, como el pobre hambriento, se creerá que propongo nueva paradoja, o por lo menos nuevo enigma. Y con todo diré la verdad. El pobre hambriento tiene hambre del manjar: el poderoso harto, tiene hambre de la misma hambre. El menesteroso, a quien falta lo preciso, apetece el alimento. El guloso, que después de lleno el vientre, ve cubierta de regalos la mesa, apetece el mismo apetito. Aquél se acongoja porque le falta lo que necesita; éste porque no puede gozar lo mismo que tiene. Y poca diferencia hay para el dolor, entre estar sediento de agua, o estar hidrópico de sed.

24. Esta ansia depravada, llama que se levanta sobre las cenizas de otro fuego, último desorden de la concupiscencia, o concupiscencia de la parte superior de la alma, trabajó mucho a aquellos, que logrando lo más alto del poder, llegaron a la cumbre de la perversidad. Todo era discurrir irritativos al apetito, condimentos a la torpeza, extravagancias al gusto. Buscando lo exquisito, topaban con lo monstruoso. Heliogábalo llega a hacer banquete de crestas de Gallos. Nerón ejerce su lascivia cubierto de pieles de fieras; bien que éste era el hábito más propio para aquel bruto. Tan extravagantes fueron las abominaciones [61] de otros Emperadores, que ni en el transcurso de tantos siglos, ni la fragancia de tantos Santos, apenas ha disipado en Roma la hediondez de los Príncipes de aquel tiempo. Pero con toda esta

solicitud, ¿qué conseguían? Nada, sino aumentar la violencia del hábito, para que se ejercitase aun con fastidio. El deleite entretanto andaba fugitivo, como el agua de Tántalo, por más que parecía que se tenía entre las manos; siendo medio para no lograrle la nimia anticipación a cogerle. Sólo se ganaban inquietudes para el espíritu, enfermedades, y dolores para el cuerpo. Y es bien de notar, que todos aquellos que se dieron a la glotonería, y a la lascivia, se hicieron melancólicos, desabridos, y tétricos; por donde raro Príncipe se encuentra en la Historia glotón, y lascivo, que no fuese juntamente cruel. Algunos llegaron a enfadarse de sí mismos, como el Segundo Apicio, que después de ingurgitar dos millones y medio, se quitó la vida con el lazo. ¿Qué fue esto sino hallar vanidad, y aflicción del espíritu entre los mayores halagos de la Fortuna? ¿Por ventura andan tan desazonados, y enfadadizos los mismos pordioseros?

§. VIII

25. Verdaderamente yo he seguido hasta ahora el cotejo de una, y otra fortuna por la parte más difícil; esto es, trayendo al paralelo la más elevada con la más abatida, la soberanía con la mendiguez. No intentaba tanto, cuando empecé a escribir este capítulo: pero voló la pluma, sin sentirlo yo, hacia el extremo de los dos extremos. No era menester tanto. Mas ya que está hecho, tenemos del primer encuentro toda la dificultad vencida; porque si el que está debajo de los pies de la Fortuna iguala al que pisa lo más alto de su rueda, con más razón igualará el que con estrechez tiene lo preciso, al que con opulencia goza lo sobrado.

26. El caso es, si lo hemos de decir todo, que no sólo iguala, pero excede. Si se mira la superficie de las cosas, goza el rico más comodidades, y padece menos incomodidades [62] que el pobre; pero si se registra el fondo, sucede muy al revés. Tiene el rico, vario, precioso, y abundante plato. ¿Pero saboréase en él más que el pobre con el común, y tosco? Ni aun tanto; porque en éste, la apetencia conque se sienta a la mesa, recompensa con ventajas aquel exceso. ¿Qué les importa a las abejas de la Lituania, País

rudo, y desabrido, no tener tan hermosas, y odoríferas flores, como las abejas de otros Países, si de esas mismas ingratas flores sacan la más hermosa, y dulce miel que hay en Europa? Yace el rico en colchones de pluma; ¿pero duerme más, y mejor que el pobre sobre un poco de paja? Verás que éste siempre se levanta alegre, y gozoso; y aquél muchas veces se queja de que pasó la noche con inquietud. ¡Cuántos pobres reposaron con dulzura en el duro suelo aquella misma noche que el Rey Asuero, por no poder dormir, se divirtió con los Anales de su Reino! Defiéndese el rico con tapices, afelpados vestidos, y gruesas paredes, de los rigores del frío; pero observa, que con todo se queja más de la destemplanza de la estación dentro de su Palacio, que el Pastor cubierto de pieles en el Monte. David, siendo anciano, no podía parar de frío, por más que se cubriese de ropa; y con mucho menos abrigo algunos ancianos Labradores hacen burla de los hielos. Verás a cada paso al poderoso temblando, con vivo resentimiento del frío, siempre que se ve precisado a dejar la chimenea; y al mismo tiempo anda la gente común alegre por la calle. Lo mismo sucede en el Estío. Está el rico con desconsolada laxitud, sin atreverse a salir de un cuarto bajo; cuando el común del pueblo, con intrépida desenvoltura, acude a cuanto se le ofrece. Así que se puede decir de sus riquezas, lo que Dionisio de Sicilia dijo de la capa de oro, que tenía la estatua de Júpiter, como motivo para despojarle de ella: que mejor era una capa de paño, porque la de oro en Invierno no quitaba el frío, y en el Verano agobiaba con el peso. Habita el rico en anchuroso, y aliñado Palacio, y nunca contento, piensa en extenderle, o mejorarle; pero al pobre ni siquiera le ocurre en todo [63] el año que su habitación es estrecha. Y yo creo que las mejores casas, que hay en el mundo, son las de Madagascar, Isla del Mar de Etiopía, que son las más pequeñas. Forman aquellos Bárbaros sus habitaciones tan estrechas, y aliviadas de peso, que entre cuatro hombres toman una casa a cuestas, y la mudan adonde quieren: por lo cual tienen la conveniencia de mudar las poblaciones, según les está mejor, a estos, o aquellos sitios. Y por la misma razón me parecen los mejores bajeles del mundo los Barcos de los pescadores de la Nueva Zembla, que forman de costillas, y pieles de peces, tan ligeros, que cuando se ven perseguidos en el Mar, huyendo a tierra,

no sólo escapan la persona, mas también el barco, llevándole sobre sus espaldas sin mucha fatiga.

27. Viste el rico delicada holanda, y el pobre gruesa estopa; pero dime si hasta ahora oíste quejarse algún pobre de que la aspereza de la estopa le ocasione al cuerpo alguna molestia. Está ocioso el rico, y el pobre trabajando todo el día; pero no observarás más triste al pobre en el trabajo, que al rico en el ocio: antes, especialmente si trabaja en compañía, pasa festivo, cantando, y chanceando, su tarea. Acabada ésta, el descanso no es un ocio insípido, como el del rico, sino un dulce reposo; y después, con blando, y continuado sueño, recompensa el trabajo diurno. El rico al contrario, como sobre miembros no ejercitados asienta mal el sueño, con inquietud impaciente da mil vueltas en la cama. De modo, que se puede decir, que el pobre trabaja de día, y el rico de noche. Si se ofrece una jornada, el rico es verdad que la hace en caballo, o en carroza, y el pobre a pie. Sin embargo, el rico tiene mucho más que sentir en ella; ya la inclemencia del tiempo, ya la incomodidad de la posada, ya la dureza del lecho, ya la falta de regalo. El pobre hecho a todo, nada extraña; y así de nada se duele. Yo en mis viajes he notado, que siempre el mozo de a pie que me asistía, sentía mucho menos que yo las incomodidades del camino. Pues añádase a esto el susto de los ladrones, a quienes el pobre [64] no tiene por qué temer; cuando al rico, tras de cada tronco que hay en el camino, se le representa un salteador.

28. Si se quieren pesar los placeres de uno, y otro estado, no hay más que atender a la advertencia de Séneca, citado arriba: *Inspice pauperum, & divitum vultus.* Verás a los pobres en sus conversaciones festivas, en sus rústicos bailes, ¡qué francamente risueños!, ¡qué sinceramente gozosos! *Saepius pauper, & fidelius ridet.* Al contrario a los ricos, verá en los mismos festejos no pocas veces fastidiosos. A lo menos no brilla tan puro el placer en sus semblantes.

29. Todas estas desigualdades nacen de un principio general. Y es, que la naturaleza dejada a su genio, se contenta con poco; pero si la hacen al melindre, se forma en ella una dama descontentadiza, que todo lo apetece, y todo lo desdeña. Un corazón humano con tres ventrículos, es monstruosidad, que ya se ha visto, y fue presentado en la Academia Real de las Ciencias de París el año de

mil seiscientos noventa y nueve. Pero hablando en sentido moral, y político, es ésta una monstruosidad, que cada día se ve. El corazón del hombre, por su naturaleza, no tiene más que dos senos; pero si llena éstos de bienes temporales, sucesivamente se van abriendo otros, y otros sin término alguno. Para nadie es deleite, o regalo aquello que no considera tal; y nadie considera como regalo aquello que acostumbra, o que es proporcionado a su propia esfera. Por esto el manjar delicado es delicado para el que usa alimentos comunes; mas para el que está hecho a manjares delicados, es lo delicado común; y así apetece ya cosa más exquisita. Aun la misma variedad, para quien acostumbra variar cada día los objetos a sus antojos, pierde todo el hechizo que al principio tenía. Mucho más se deleita el pobre, viendo en su mesa un Pez de los comunes, que el Romano Cayo Hirio comiendo sus regaladísimas Murenas; y más gozoso está cuando agrega a su heredad un palmo de tierra, que Alejandro cuando añadió a sus conquistas la Ciudad de Tiro. [65]

§. IX

30. Si cotejamos los pesares de uno, y otro estado, como hemos cotejado los placeres, hallaremos que el mayor peso de ellos carga sobre los poderosos, ya por la mayor sensibilidad de los sujetos, ya por la mayor magnitud, o multitud de los trabajos. Son los ricos de un temperamento delicado, que de cualquier aire se ofende mucho; o como formados de un metal sonoro, que a cualquiera leve golpe da gran quejido. Parécense a un pozo que hay en Chiapa, Provincia de la Nueva España, donde arrojando una pequeña piedra, levanta horrible tempestad. De aquí son aquellos furores de los poderosos por levísimas causas. El Sultán Mahometo Segundo tomó tan bárbara rabia, viendo que le faltaba un melón de su jardín, que hizo abrir el cuerpo a catorce Pajes, para saber quién le había comido. Y Otón Antonio, Duque de Urbino, mandó quemar vivo un criado suyo, sólo por haberse descuidado en despertarle a la hora señalada.

31. Son más también en el número los trabajos de los poderosos. Cuanto más abulta el cuerpo de un hombre, tanto más tiene donde le hiera el enemigo; y cuanto mayor es la amplitud de la fortuna,

tanto más hay donde hiera la adversidad. Son los ricos torres elevadas, y los pobres chozas humildes; y el rayo más veces descarga en la torre su furia, que en la choza. Uno de los mayores males que hay en lo temporal, si no el mayor de todos, es la salud quebrada; como el mayor bien, la salud robusta. Y no tiene duda, que en igualdad de temperamento, mucho más sano es el pobre que el rico; porque éste con los excesos se estraga la salud; y aquél se la conserva con toda su sobriedad. ¿Qué le valdrán al poderoso, doliente de la gota (enfermedad que rara vez acomete a los pobres), todos sus tesoros, si no puede con ellos remediar el mal, ni aun conseguirse algún sincero placer? Pues mientras dura el insulto, padece los dolores; y en pasando, los sustos de nuevos acometimientos. Aunque por todos los ricos pronunció Salomón aquella sentencia: *Quid prodest* [66] *possessori, nisi quod cernat divitias oculis suis?* ¿Qué otra utilidad saca el poderoso de sus riquezas, sino poder registrarlas con sus ojos? Pero a un poderoso, habitualmente enfermo, se apropia con más rigor.

32. Tiene el poderoso más cuidados, y por consiguiente más molestias. Tiene más envidiosos, y por consiguiente más enemigos. Quiere engrandecer más su fortuna, y cada estorbo, que encuentra es un escollo donde se lastima. Del que está debajo pretende más adoraciones; y uno sólo, que como Mardocheo a Aman, rehuse doblarle la rodilla, basta a turbarle el reposo. Con el que está arriba solicita igualdades; y cuando ve que el que consideraba inferior, o igual, se le pone delante, apenas hay consuelo. Estaba un Pintor famoso, llamado Francisco de Francia, lleno de bienes, y de aplausos en Bolonia, cuando viendo una imagen de Santa Cecilia, que había hecho Rafael de Urbino, de encargo para una Iglesia de aquella Ciudad, y conociendo las ventajas que le hacía en el pincel aquel Artífice incomparable; fue tanta la pena que tomó, que tardó pocos días en morir. En verdad que no muere de este achaque ningún pobre.

33. Los temores que contienen el martirio más duradero de la vida, porque con ellos se padecen los males futuros, y aun los posibles, tienen su propio nido en el corazón del poderoso. El que tiene males siempre se duele; el que tiene bienes, siempre teme. ¿Y qué mayor dolor que un temor continuo? Tantos riesgos amenazan

al poderoso, cuantos son los casos posibles de enriquecerse otros, despojándole, o matándole a él: y siendo éstos muchos, en su imaginación aún son más. Así, que las riquezas con trabajo se adquieren, y con trabajo se conservan. Los habitadores de Macazar, Isla del mar de la India, suelen quitarse algunos dientes, y poner en su lugar otros de plata, y oro, cuyo uso no puede menos de ser trabajoso, y molesto. ¿Puede haber mayor barbarie, que padecer voluntariamente un dolor, sólo para ganar una incomodidad? Pues en la misma incurren los que solícitos anhelan las riquezas. Los dientes [67] se quitan, esto es, padecen muchos dolores por lograrlas; y en ellas adquieren otros dientes de oro, y de plata, sí; pero al fin, dientes que les han de comer, y roer el corazón a ellos mismos. Es cosa bien notable que en el siglo de Oro, y Plata, según la división que hacen los Poetas de las cuatro edades, no había plata, ni oro; y parecieron estos dos metales en el siglo de Hierro. Así Ovidio, hablando de este siglo:

—Itum est in viscera terrae,
Quasque recondiderat, Stigiisque admoverat umbris
Effodiuntur opes irritamenta malorum.
Jamque nocens ferrum, ferroque nocentius aurum
Prodierat, prodit bellum quod pugnat utroque.

34. El siglo de Oro pasó sin oro, y por eso mismo fue de oro, esto es, feliz, y bienaventurado. El siglo de Hierro tiene oro; y por eso es de hierro, esto es, duro, y trabajoso.

35. Lucano, en el libro 5 de la Guerra Civil, hace una bella digresión sobre la felicidad del pobre Barquero Amiclas, cuando pinta a César en el silencio de la noche pulsando la puerta de su choza, para que le conduzca prontamente a la Calabria. Todo el mundo está conmovido, y temblando con los movimientos de la Guerra Civil; y dentro de la misma Grecia, que es el teatro de la Guerra, vecino a los mismos Ejércitos, duerme, sin temor alguno, un pobre Barquero sobre enjutas ovas. Despiértanle los golpes que da a su puerta el generoso Caudillo, sin introducir en su pecho el menor susto; porque aunque no ignora que está toda la Campaña cubierta de Tropas, sabe también que no hay en su choza cosa que pueda

brindar los militares insultos. ¡Oh vida del pobre (exclama el Poeta), que tienes la felicidad de estar exenta de las violencias! ¡Oh pobreza, beneficio grande de los Dioses, aunque no reconocida de los hombres! ¡Qué muros, o qué Templos gozaron el privilegio que tiene Amiclas, y su choza, de no temblar a los golpes de la robusta mano de César! [68]

—O vita tuta facultas
Pauperis, angustique lares! O munera nondum
Intellecta Divum! Quibus hoc contingere templis,
Aut potuit muris, nullo trepidare tumultu
Caesarea pulsante manu?

36. No hay que admirar. Los Templos, y los Muros son los que tiemblan, no las chozas; porque en los Templos y en los Muros se guardan las riquezas; y donde están las riquezas no pueden faltar los sustos. Si cotejamos la fortuna de Amiclas con la de César, y Pompeyo, que florecían en el mismo tiempo; ¡qué brillante la de éstos!, ¡qué obscura la de aquél! Pero si se mira bien, ¡cuánto mejor es la de Amiclas! Esos dos Héroes ambiciosos, cuyo elevado resplandor hace que el Orbe los tenga por dos Soles, no son en la verdad más que dos Parhelias, o Soles aparentes, falsos reflejos, estampados en la inconstancia de volantes nubes. ¡Qué lejos de ser felices, cuando cada uno está gravísimamante atormentado con los celos de la potencia del otro!

Et jam nemo ferre potest, Caesarve priorem,
Pompejusve parem.

37. Contienden sobre el Imperio, arriesgando en la competencia la vida, y la libertad. ¡Qué temores en cada uno de que el otro venza! ¿A qué mísero desvalido puso hasta ahora la Fortuna en tanto aprieto, que se resolviese, como César, para mejorarla, a arrojarse a un mar tempestuoso de noche? Amiclas entretanto no tiene otros cuidados que desplegar al Mar, y tender al Sol sus redes. Fluctúan los otros en los campos, y él está seguro en las ondas. Coge en el mar peces, cuando los otros en la tierra pescan borrascas. A costa de poco trabajo le ministran las aguas cuanto ha menester para

sustentar la vida; cuando así a Cesar, como a Pompeyo, sus grandes fatigas no les sirven sino de acelerarles violenta muerte. No le turba el sueño tanto estrépito marcial, cuando cada uno de los dos Caudillos tiene un despertador continuo dentro de su propio corazón. A nadie teme, porque nadie codicia su fortuna; y si alguno es tan cuerdo que la codicie, puede gozar de la misma, [69] sin despojar a Amiclas. César, y Pompeyo por ahora se temen mutuamente; después el vencido temerá a todo el mundo, y el vencedor deberá temer a cuantos le pudieren envidiar.

38. Los Poetas Gentiles fingieron Divinidad la pobreza: debieron de atender a los males de que preserva, y a los bienes que produce; pues Lucano la llama Madre de los hombres grandes. Y Horacio dice, que a esta Deidad debió Roma las virtudes de Curio, y de Camila. Pero el Griego Aristófanes erró mucho la pintura, figurándola como una furia feroz, y pronta a desesperarse; pues estos extraordinarios furores más se hallan en los ricos, que en los pobres. Aunque es verdad que adonde se ensangrientan más, es en los pobres que fueron antes ricos; por lo menos durante el noviciado de la miseria.

§. X

39. No se entienda que en el elogio que acabo de hacer de la pobreza, hablo de la pobreza absoluta; sí de la respectiva. No del estado de mendicidad, en que falta lo preciso; sí de aquella estrecha moderación que ministra a la naturaleza sólo lo necesario, y eso a costa de las fatigas del cuerpo. Verdaderamente de los mendigos yo no sé qué me diga. Por una parte parece que pasan grandes incomodidades; y por otra veo que son muchísimos los que voluntariamente toman ese género de vida, pudiendo vivir de su trabajo; y se hallan harto mejor andando de puerta en puerta, que trabajando en el campo, ni aun ociosos en el Hospicio. De los vagabundos, con capa de Peregrinos, dice Enrico Cornelio Agripa en su libro de la Vanidad de las Ciencias, que no trocarían su vida por la de los Magnates: y creo que dice bien.

40. Todos estos voluntarios pobres, que no lo son conforme al

Evangelio, ni cae sobre ellos la beatificación de Cristo, son pestilencia de las Repúblicas donde habitan, o por donde circulan. Tienen muy buena vida, sin servir de cosa alguna, y aun haciendo daño al común: semejantes [70] a las hormigas, que útiles para sí solas, son nocivas al huerto donde se anidan, y por donde discurren. Por esto ninguna República de exacta policía los consiente.

41. Los mendigos inválidos son los legítimos acreedores a nuestra compasión. Hay no obstante entre éstos mucha diferencia. Los que lo son por enfermedades habituales, no se puede negar que son bien míseros, si no endulzan su trabajo con la debida resignación en la voluntad divina; que en ese caso son los más dichosos, y a quienes llamó nuestro Redentor Bienaventurados. Los que lo son por falta de algún miembro, o defecto en la organización, si tienen mediana habilidad, y gracia en pedir, lo pasan admirablemente; y se han visto de éstos no pocos que dejaron en su muerte muy buenos dineros. Los que son desgraciados, y torpes, viven con bastante afán, especialmente si concurre la suciedad del cuerpo, y deformidad del semblante. Es grande el yerro que en esta parte incurre la piedad común, distribuyendo con notable desigualdad. Al pobre que pinta con viveza, y gracia su propia calamidad, apenas hay quien no le socorra: mucho más si tiene alguna limpieza en sus andrajos, y decencia en las facciones. Del feo, inmundo, balbuciente, y medio estúpido, apenas hay quien haga caso, o quien no huya de él con tedio. Debiera advertirse que Cristo nuestro Bien, tanto se representa en uno, como en otro; y en cuanto Redentor, aún más en el de más feo, y despreciable rostro; pues así le pintó en su Sacratísima Pasión Isaías: *Non est species ei, neque decor.* Y poco más abajo: *Quasi absconditus vultus eius, & despectus.* Y porque no asquee la cristiana piedad, aun los pobres, que padecen enfermedades asquerosas, vean en el mismo Profeta comparado nuestro Redentor a los leprosos: *Nos putavimus eum quasi leprosum.*

42. Pero sin recurrir a tan alto motivo, dentro de la razón natural hay el que basta para atender, no sólo con igualdad, mas aun con exceso a esos pobres deformes, y desgraciados; y es, que éstos padecen mayor necesidad. A [71] los otros, como he dicho, nunca faltará quien los socorra, tal vez con demasía. Estos son los

que necesitan de que la piedad se esfuerce, por más que su ingrato aspecto horrorice. Yo por mí protesto, que por este motivo de las limosnas, que me permite distribuir la estrechez de mi estado, mucho más toca a los pobres asquerosos, y desgraciados, que a los de buena persuasiva, y de exterior grato.

43. Vuelvo a decir que no he hablado en la comparación de este género de pobres, sin embargo de que a muchísimos los juzgo más felices que los mismos Soberanos; sí de aquellos, que con su sudor granjean el sustento, el techo y el vestido, arreglado todo a la necesidad de la naturaleza, sin sobra alguna. Esta, que llamo Fortuna humilde, juzgo por lo menos igual a la alta, y esclarecida, que gozan los opulentos, y poderosos; y me parece que lo he probado bastantemente. Pero también juzgo que son de mejor condición, que unos, y otros, aquellos que colocados en un medio razonable, gozan mediana hacienda, y pueden pasar la vida sin tanta extrechez, y sin mucho afán.

§. XI

44. Esto es cuanto a la felicidad de los hombres, midiéndola por la condición de sus estados, y prescindiendo de los particulares accidentes que pueden sobrevenir a estos, o a los otros individuos: no siendo dudable, que también la fortuna humilde está expuesta a terribles reveses, y molestísimos sinsabores: aunque no con tanta frecuencia como la soberana.

45. Pero si se me pregunta, a quiénes reputo absolutamente felices, o infelices entre los mortales; en cuanto a los felices, respondo con una sentencia del gran Canciller Bacon en su libro intitulado: *Interiora rerum.* Felices (dice) juzgo aquellos, cuyo género de vida es proporcionado al propio genio: *Felices dixerim, quorum indoles naturalis cum vitae suae genere congruit.* Decisión digna del superior talento de aquel incomparable Inglés. No obstante pienso, que se le debe añadir alguna limitación; y es, [72] que no sea el genio vicioso; porque si lo fuere, siempre será infeliz. El ambicioso, pongo por ejemplo, aunque se vea colocado en altos puestos, siempre estará inquieto por subir a otros mayores. El codicioso, aun

cuando más colmado de riquezas, se afanará por añadirse nuevos tesoros. El glotón opulento se llenará de comida, y bebida; pero también se llenará de males, que después le hagan amargar cuanto coma, y beba.

46. Supuesta la limitación dicha, tengo por muy verdadera la sentencia. Las conveniencias temporales todas son respectivas, y varía tanto el genio de los hombres en la proporción con ellas, como el gusto en la inclinación a los manjares. Lo que es bueno para uno, es malo para otro. Sólo Dios es bueno, y dulce para todos. Este desdeña la fortuna que aquél adora; y uno abraza lo que otro desprecia. Pasando César a España por las asperezas de los Alpes, llegó a una pobrísima, y corta Aldea, donde advirtiendo sus compañeros la miseria de los habitadores, preguntó alguno de ellos con irrisión, si también aquellos Bárbaros tendrían sus cuestiones sobre quién había de mandar entre ellos. A que ocurrió César pronto, diciendo: *Pues yo os certifico que más quisiera ser en esta Aldea el primero, que en Roma el segundo.* Habiendo pasado a la África el sabio Flamenco Nicolás Clenardo, con el motivo de aprender la lengua Arábiga, se detuvo dos años en el Reino de Fez, de donde escribió varias veces a sus amigos, que nunca había hallado estancia tan grata para su genio; y esto sólo porque en aquel Reino no había la multitud de leyes, y prolijidad de litigios que en Europa: terminándose en un momento, y verbalmente cualquiera diferencia por el Magistrado; lo que era muy del gusto de Clenardo, que aborrecía con extremo los casi interminables circuitos de los procesos que hay en nuestros Tribunales. Cuéntalo George Paschio en su libro *de Novis inventis.* Aunque no es verdad lo que dice, de que sólo por ese motivo se desterró de su patria, y pasó a Fez: pues por otros muchos Autores consta, que vino a España de [73] intento, donde después de enseñar algún tiempo las Lenguas en la Universidad de Salamanca, pasó a la Corte de Lisboa por Ayo del Príncipe de Portugal, hermano del Rey D. Juan el III.

47. Esta grande variedad que hay en genios, y temperamentos de los hombres, y no el amor platónico de la patria, es la verdadera causa de que muchos se hallen bien en Regiones míseras, y desdichadas, rehusando pasar a otras felices. Ovidio, habiendo observado que algunos Escitas, conducidos a Roma, no perdían

ocasión alguna de volverse fugitivos al áspero clima donde habían nacido, atribuye esto a una dulzura oculta (que él mismo, con tener tan buenas explicaderas, no acierta a explicar), o como facultad simpática, y virtud magnética, conque atrae a cada uno su propia Patria; y así lo deja en un *no sé qué.*

Nescio qua natale solum dulcedine cunctos
Trahit, & inmemores non sinit esse sui.
Quid melius Roma? Scythico quid frigore pejus?
Huc tamen ex illa barbarus urbe fugit.

48. Nada de eso es. No consiste en un misterioso hechizo, conque encante a los hombres su propia patria, el dejar los Escitas la dulce habitación de Roma, por los hielos de la Escitia: pues cada día vemos hombres, que por mejorar de Fortuna, dejan la patria, tal vez para no volver jamás a ella, sin que por eso dejen de amarla. El País donde escribo esto está lleno de semejantes ejemplos. La razón verdadera de este fenómeno político, es ser proporcionado el modo de vida que los Escitas tienen en el patrio suelo, al genio, y temperamento propio. Lo mismo sucede hoy a los Lapones, Nación Septentrional, colocada entre la Noruega, Suecia, y Moscovia a las orillas del Mar Glacial. Viven aquellos Bárbaros lidiando continuamente con inmensa multitud de Osos, y Lobos, en un País lleno de Lagunas, y casi siempre cubierto de nieves. Algunos fueron traídos en diversas ocasiones a Alemania; pero por comodidades que les hayan ofrecido, o renta que les hayan señalado, ninguno hubo que logrando [74] oportunidad, no se volviese a su País.

49. Esta es la verdadera felicidad temporal: lograr aquel estado, y modo de vida que pide el genio. Las conveniencias se han, respecto de la alma, poco más, o menos, como los vestidos, respecto del cuerpo: que no el que a la vista está mejor hecho, dice bien a todo talle.

50. Hay empero algunos genios flexibles, que se acomodan a toda fortuna, según la capacidad de ella: unas índoles de cera, que a su arbitrio se configuran de modo, que todo les asienta bien. Nada los quebranta; porque su blandura cede a todo impulso. Se alargan, o se encogen, según el ámbito que les dejan. Suben sin fatiga, y

bajan sin violencia. En su propia docilidad tienen la miel, que endulza cualquier acibar. Son de tan buena condición, que como no les falte lo preciso, están contentos en cualquiera estado. Tienen la rueda del ánimo concéntrica a la rueda de la Fortuna. Voltee ésta como quisiere, con la misma facilidad voltean ellos. Consigo llevan la fortuna, de cualquier modo que rueden. No puede negarse que de estos genios hay pocos; pero se debe confesar, que éstos son los verdaderamente felices. Y sólo pueden serlo más los Santos: porque éstos, o están fuera de la rueda, o colocados en el centro de ella, de modo, que sus vueltas, ni los levantan al orgullo, ni los precipitan al despecho.

§. XII

51. Dijimos cuáles son los absolutamente felices: ¿Pero quiénes son los absolutamente infelices? Aquellos cuyo destino los condujo a un linaje de vida contrario a su genio. La violencia que se hace a la inclinación, es continua, y así es continuo el disgusto. Lo que para otros fuera dulce, para ellos es amargo. Es cierto que la fortuna, sin añadir bienes, pudiera hacer los hombres más dichosos. No tenía esto más costa, que permitirles permutas de empleos, y estados. De aquí dependen las envidias recíprocas de muchos, sin tener nada que envidiar. Mira el pajarillo desde la jaula con envidia a la piedra, que va [75] subiendo libre por el aire; y a la piedra le es más violento ese ascenso, que al pájaro su clausura. Mira con envidia el humilde al que ve adorado en el Solio; y éste se está consumiendo porque no goza la libertad del humilde.

52. A éstos los hace infelices la Fortuna. Otros hay que lo son por su propia naturaleza. Aquellos, digo, que en su propio genio tienen su mayor enemigo: unos hombres descontentadizos, que con nada están satisfechos: que siempre se fastidian con lo que de presente poseen: que aunque vayan mudando fortunas, les sucede lo mismo que si mudaran camisas, que cada una, a diez, o doce días de uso, los apesta. Estos viven en continua contrariedad al movimiento de la Fortuna; y aunque no por eso dejan de ser arrastrados del impulso de la rueda, le obedecen violentos, como los Astros el giro

de la Esfera a que están ligados, esforzándose siempre a un movimiento encontrado con el del Orbe, que los agita. Son almas enfermas, cuyo paladar se disgusta con todos los manjares. Y hay no pocos de estos hombres en el mundo.

Discurso cuarto

La Política más fina

§. I

1. El centro de toda la doctrina política de Maquiavelo viene a estar colocado en aquella maldita máxima suya, de que para las medras temporales, *la simulación de la virtud aprovecha; la misma virtud estorba.* De este punto sale, por líneas rectas, el veneno a toda la circunferencia de aquel dañado sistema. Todo el mundo abomina el nombre [76] de Maquiavelo, y casi todo el mundo le sigue. Aunque por decir la verdad, la práctica del mundo no se tomó de la doctrina de Maquiavelo; antes la doctrina de Maquiavelo se tomó de la práctica del mundo. Aquel depravado Ingenio enseñó en sus escritos lo mismo que él había estudiado en los hombres. El mundo era el mismo antes de Maquiavelo, que es ahora; y se engañan mucho los que piensan que los siglos se fueron maleando, así como se fueron sucediendo. La edad de oro no existió sino en la idea de los Poetas: la felicidad que fingen en ella, sólo la gozaron un hombre, y una mujer, Adán, y Eva, y eso con tanta limitación de tiempo, que bien lejos de llegar a un siglo (según muchos Padres) no duró un día entero.

2. No hay sino revolver las Historias, así Sagradas, como Profanas, para ver que la Política de los Antiguos no fue mejor que la de los Modernos. Yo creo que fue peor. Apenas se sabía otro camino para el Templo de la Fortuna, que el que rompía la violencia, o fabricaba el engaño. Duraban la fe, y la amistad lo que

duraba el interés. La Religión, y la Justicia servían de pedestal al Ídolo de la conveniencia. Ovidio, y Aulo Gelio refieren, que cuando Tarquino quiso fabricar, en honor de Júpiter, el gran Templo del Capitolio, arruinó, para hacerle campo, los Templos pequeños de otros muchos Dioses, los cuales cedieron a Júpiter, exceptuando el Dios llamado *Término,* que no quiso ceder; y así se mantuvo su Estatua, juntamente con la de Júpiter, en el Templo Capitolino:

Terminus, ut veteres memorant, conventus in urbe
Restitit, & Magno cum Jove templa tenet.

3. Esta ficción nos descubre una verdad. El término, adonde los hombres caminan, es la conveniencia que pretenden. Y es ésta una Deidad, que nunca quiso ceder al mismo Júpiter; porque ya desde los tiempos antiquísimos, *ut veteres memorant,* el interés disputó preferencias a la Religión.

4. Bien antiguo fue Polibio, y ya en su tiempo había, no uno, sino muchos Maquiavelos, que enseñaban que el [77] manejo de las cosas públicas era imposible, sin dolos, y alevosías: *Non desunt, qui in tam crebro usu doli mali necessarium eum esse dicant ad publicarum rerum administrationem* {(a) *Lib. 13. Histor.*}. Aún con más expresión se oye en Lucano la máxima fundamental de Maquiavelo, al malvado Photino en la Oración que hizo al Rey de Egipto Ptolomeo, para que contra los vínculos del agradecimiento, y de la palabra dada, quitase la vida al gran Pompeyo:

—Sydera terra
Ut distant, & flamma mari, sic utile recto.

5. Esto es puntualmente decir, que la virtud está reñida con la propia utilidad, y que es menester abandonar la justicia, para negociar la conveniencia. Poco después añade, que el que se resolviere a ser piadoso, y justo, se destierre voluntariamente de la Corte, porque en ella sólo es patrocinado el vicio.

—Exeat aula
Qui vult esse pius.

6. Esta es la creencia del mundo, no sólo de algunos pocos, y lo fue en todo tiempo. Lo que estamparon en sus libros Maquiavelo, Hobbes, y otros Políticos infames, es lo mismo que a cada paso se oye en los corrillos: que la virtud es desatendida: que el vicio se halla sublimado: que la verdad, y la justicia viven desterradas de las Aulas: que la adulación, y la mentira son las dos alas conque se vuela a las alturas. Suponiendo, pues, que éste sea error, debe colocarse en el catálogo de los errores comunes; y el demostrar que lo es, será el asunto de este capítulo, dando a conocer contra la opinión del mundo, que la Política más fina, y más segura, aun para lograr las conveniencias de esta vida, es la que estriba en justicia, y verdad.

§. II

7. Confesaré lo primero, que los que aspiran a usurpadores, no pueden serlo, sino por medio de [78] maldades; porque para el término de la insolencia no hay camino por el país de la virtud. ¿Pero quién dirá que éstos son políticos sutiles? Son los más ciegos, y errados de todos, pues siguen una senda, que está toda bañada en sangre. Poquísimos caminaron por ella, que no perdiesen ignominiosa, y violentamente la vida antes de llegar al término señalado. Apenas se ven en toda esa carrera, sino hombres colgados de patíbulos, troncos tendidos en cadalsos, miembros despedazados de fieras, víctimas sacrificadas a la venganza del ofendido en cenizas. Allá se ve a lo último de la carrera tal cual, que llegó a la dominación por este camino. ¿Pero uno, u otro feliz acaso contrapesa a tanto espectáculo sangriento? ¿Quién se fía a un piélago sembrado de escollos, cubierto de cadáveres, y tablas, sólo porque en el espacio de muchos siglos llegaron por él al puerto deseado, tres, o cuatro bajeles? Añádense a los riesgos del naufragio los trabajos, y sustos de la navegación; pues es cierto que los que navegan por un mar proceloso, aun antes de padecer la tormenta, llevan otra tempestad dentro del alma. Los que de particulares aspiran a Soberanos, viven con afán, y sobresalto perpetuo, para morir después con ignominia. Y así aquella fatiga, como este riesgo,

se los llevan pegados a su fortuna, aun cuando logren la empresa; porque todos los tiranos viven con susto, y rarísimo muere en su lecho. ¿Pues cómo pueden considerarse éstos ni aun medianos Políticos? La Política, en el sentido que aquí la tomamos, es un arte de negociar la conveniencia propia. ¿Pues qué conveniencia hay en caminar por una vida trabajosa a una muerte violenta? Digo que a sujetos de tan desordenada ambición, bien lejos de contemplarlos políticos hábiles, los debemos tener por consumados necios.

8. Hay empero entre éstos algunos, que es poco llamarlos necios; porque es razón declararlos locos rematados. Y son aquellos, que aun con conocimiento de que van al precipicio, se empeñan en escalar la cumbre: genios émulos de las vanas exhalaciones, que por brillar en [79] la altura, consienten en ser reducidas a ceniza; y más quieren una brevísima vida en la elevación del aire, que larga duración en la humildad de la tierra. Estos toman por divisa aquella empresa de Saavedra: *Dum luceam, peream.* Como resplandezca, más que perezca. Tal fue la ambiciosa Agripina, que cuando los Caldeos la dijeron que su hijo Nerón lograría el Imperio, pero la había de quitar a ella la vida, respondió animosa: *Occidat, dum imperet.* Como reine, no importa que me mate. Tal fue la Inglesa Ana Bolena, que viéndose por sus adulterios condenada a muerte, dijo con orgullo que, hiciesen lo que quisiesen con ella, no podían quitarla haber sido Reina de Inglaterra: como que tenía por más dicha haber sido Reina, aunque muriese en la flor de su edad con afrenta, que lograr de particular una vida larga con honra. En genios de este carácter debemos mirar con lástima, no sólo la desgracia, mas también la demencia. Y como a los que no conocen el riesgo de su ambición, los degradamos de políticos por necios; a los que conociéndole se meten en él, con más razón debemos degradarlos por locos.

§. III

9. También confesaré que algunos de los políticos inicuos, y dolosos lograron favorable el aire de la Fortuna hasta la muerte. Filipo, Rey de Macedonia, y padre de Alejandro, fue feliz en casi todas sus empresas, debiendo en ellas otro tanto a sus dolos, que a sus armas;

igualmente favorecido de Mercurio, que de Marte en sus conquistas. Y si la injusticia que hizo a Pausanias en no querer castigar la abominable torpeza que en él violentamente había ejecutado Attalo, Capitán de Filipo, no hubiera irritado a aquel generoso mancebo, de modo que mató a puñaladas al Príncipe injusto, se pudiera decir, que ninguna maldad había perjudicado a su fortuna. Cornelio Sila dio a conocer, que no profesaba Religión alguna en el despojo que hizo de los Templos de Grecia, haciendo juntamente con picantes motes irrisión (que bien la [80] merecían) de sus Deidades. Y aunque fue osado, y hábil por extremo en la conducta de las armas, no lo fue menos en políticas zancadillas: de modo, que su enemigo Carbón decía por él, que en la persona de un hombre solo, se veía combatido de un León, y de una Zorra; pero que más temía a la Zorra, que al León. Su crueldad pasó los términos de la barbarie. Sin embargo, su felicidad fue suma. Triunfó primero de los enemigos de la República, y después de los de su persona. Ni tantos millares de muertes violentas, como de orden suya, siendo Dictador, se habían ejecutado, impelieron al odio público, o privado, para hacer con él otro tanto. Aunque su muerte natural fue peor que ninguna de las violentas, pues rindió la vida, convirtiéndosele sucesivamente todas las carnes en una copia increíble de piojos.

10. La Inglaterra nos ofrece, en los tiempos próximos, dos políticos malvados, pero felices. El primero fue Roberto Dudley, Conde de Leicestre, valido de la Reina Isabela, y tan valido, que esperó darle la mano de esposo, lo que fue ocasión de una de sus mayores maldades, pues mató a su propia mujer, para remover este estorbo, y habilitarse a aquella dicha. Halagole siempre fiel la fortuna, haciéndole hasta su muerte dueño de la inclinación de aquella Reina, a quien había puesto en cadenas con la festividad su doméstica facundia, y con la gentileza de la persona: de modo, que aún dura la presunción, de que ya que no consiguió la propiedad de esposo, logró el usufructo. El segundo fue Oliverio Cromuel, tirano de Inglaterra, debajo del nombre de Protector, y Agente principal en la muerte de su Rey Carlos Primero: atentado tan horrible, por la circunstancia de haberse erigido en Jueces suyos sus propios vasallos, instruyendo proceso, y dando sentencia, con todas aquellas formalidades, que se estilan con cualesquiera reos, que no tuvo

ejemplo hasta ahora en el mundo. Hízose el insulto mucho mayor, por querer sacarle, con pretexto de las Leyes, de la esfera de insulto. Y tanto se infamó en aquel lance la Nación Inglesa [81], que el más noble de todos fue entonces el Verdugo de Londres, a quien ni con promesas, ni con amenazas pudieron reducir a ser ejecutor de la sentencia. Autor de maldad tan enorme Cronuel, y de otras muchas, aunque inferiores, no sólo reinó después absoluto todo el resto de su vida en la Gran Bretaña; pero en fuerza de su incomparable sagacidad, vino a ser como árbitro de toda la Europa {(a) Estoy cierto de que no sólo en Nicolao Sandero, mas también en otro Autor (aunque no me acuerdo quién) leí, que Roberto Dudley cometió la horrible maldad de matar a su mujer con la esperanza de dar la mano a la Reina Isabela. Tengo, sin embargo, motivos para dudar de la verdad del hecho. Acaso Sandero fue el único original de donde otros copiaron la noticia; y Sandero estaba poseído de una gran disposición para creer todo el mal que oía de los enemigos de la Religión Católica, como algunos de los mismos Autores Católicos conocen. Es muy laudable su ardiente celo por la Religión; pero no siempre fue laudable el uso que hacía de ese celo. Los Herejes, por serlo, no pierden el derecho natural, para que no se les atribuyan, como ciertos, delitos, o falsos, o dudosos}.

11. Estos ejemplos hay, y bien pocos más se hallarán de políticos perversos, que fueron constantemente felices. ¿Pero de qué sirven tales ejemplos? ¿Tendremos por eso por políticos finos los que siguieren el mismo rumbo? No, sino por insensatos. Es suma falta de juicio fundar las esperanzas sobre uno, u otro suceso singularísimo, y no sobre lo que comúnmente acaece. Porque alguno halló alguna vena de oro cavando la tierra, ¿no será en mí locura ocuparme en abrir pozos por los cerros? Esta es la locura de los Alquimistas. Porque dos, o tres hallaron la piedra Filosofal (si todavía alguno la halló) son infinitos los que por buscarla consumieron la hacienda, y la vida. En esas rarísimas dichas, en que estriba la esperanza de indiscretos ambiciosos, intervinieron también rarísimos accidentes, cuyo concurso ninguno en particular puede prudentemente esperar a su favor. Fueron también esos pocos felices ayudados de unas rarísimas prendas, en fuerza de las cuales, si fueran por el camino de la virtud, con más [82] sosiego hubieran

arribado a la felicidad: que fue lo que dijo Tito Livio de Catón el mayor: *In illo viro tantum robur corporis, & animi fuit; ut quocumque loco natus esset, fortunam sibi facturus videretur.*

§. IV

12. Aun prescindiendo de los innumerables escollos, en que tropieza la ambición, cuando camina al fin por medios infames, especialmente si pone muy alta la mira, siempre es política más segura de llevar la pretensión por el camino de la justicia, y de la verdad. El Canciller Bacon, que fue tan gran Político como Filósofo, dividió la Política en alta, y baja. La política alta es la que sabe disponer los medios para los fines, sin faltar ni a la veracidad, ni a la equidad, ni al honor. La política baja, aquella cuyo arte estriba en ficciones, adulaciones, y enredos. La primera es propia de hombres, en quienes se junta un corazón generoso, y recto, con un entendimiento claro, y juicio sólido. De hecho (dice el Autor citado) casi cuantos políticos eminentes ha habido, fueron de este carácter: *Sane ubique reperias homines rerum tractandarum peritissimos, omnes fere candorem, ingenuitatem, & veracitatem in negotiis prae se tulisse.* La segunda es de sujetos, en quienes bastardea, o el entendimiento, o la voluntad. O el entendimiento es de tan escasa luz, que no muestra otra senda para el fin deseado, sino la de la trampa; o la voluntad está tan destemplada, que sin repugnancia echa mano de lo inhonesto, como lo considere útil; o, lo que más creo, en una, y otra potencia está el vicio.

13. Una, y otra política se ven, como en dos espejos, en dos Emperadores, que se sucedieron inmediatamente uno a otro, Augusto, y Tiberio. Augusto fue abierto, cándido, generoso, constante en sus amistades, fiel en sus promesas, ajeno de todo engaño. En una vida tan larga como la suya no se encuentra la menor alevosía. ¿Qué digo alevosía? Ni aun la más leve falacia. Tiberio al contrario, fue engañoso, falso, sombrío, disimulado. Jamás en él estuvieron de acuerdo el pecho, y el semblante: siempre sus [83] palabras anduvieron encontradas con sus designios. ¿Cuál de estos dos fue mayor político? Tácito lo decide, cuando en

Augusto engrandece la perspicacia, en Tiberio la cautela. En éste reconoce alta disimulación; en aquél, suprema capacidad. Así induce a Muciano, animando a Vespasiano contra Vitelio: *Non adversus Augusti acerrimam mentem, neque adversus Tiberii cautissimam senectutem insurgimus.*

14. Yo siempre tendría por el mejor político de todos, aquel, que contento con la mucha, o poca fortuna que le dio el Cielo, no quiere meterse en los tráfagos del mundo: en el mismo sentido que se dice, que lo mejor de los dados es no jugarlos, salvo que por su oficio le toque el manejo público. Con todos los particulares habla aquel admirable dístico de no sé qué Poeta antiguo:

Mitte superba pati fastidia, spemque caducam
Despice, vive tibi cum moriare tibi.

15. No por eso son de mi gusto aquellos que llaman buenos hombres, inútiles para todo, por quienes se dijo el adagio Italiano: *Tanto buon che val niente.* Y es como si dijéramos en Español: *Es tan bueno, que para nada es bueno.* Mucho menos apruebo aquellos genios aislados, que sólo son para sí mismos. Es bajeza de ánimo (dice excelentemente Bacon) dirigir todas las acciones a la conveniencia propia, como a centro suyo: *Centrum plane ignobile est actionum hominis cujusquam commodum proprium.* El hombre es animal sociable; y no sólo por las leyes, mas aun por deuda de su propia naturaleza está obligado a ayudar en lo que pudiere a los demás hombres, especialmente al compañero, al vecino; más que a todos, a su Superior, y a su República. Decía Plinio que los genios, inclinados al beneficio, y alivio de los demás hombres, tienen no sé qué de divinos: *Deus est mortali juvare mortalem.* Los que se atienden sólo a sí mismos, ni aun se pueden llamar humanos.

§. V

16. Lo que dicta la razón, es, ni meterse en los negocios, ni negarse obstinadamente a ellos, en [84] caso de reconocerse con aptitud. Si por este lado se pudiere hacer fortuna, ni buscarla, ni resistirla; y esto especialmente, porque se interesa mucho el público en que se

coloquen en los empleos hombres bien intencionados. Pero suponiendo que la doctrina, que damos en este capítulo, no es para hombres tan moderados, antes para aquellos que adolecen algo del achaque de ambiciosos, y que éstos no quieren leer documentos morales, sino políticos, prosigamos en el paralelo de los dos rumbos, por donde se puede hacer fortuna, o manejar la que ya se posee.

17. Todo cuanto puede desearse con racionalidad, se puede conseguir sin dispendio del honor. Una índole despejada, acompañada de perspicacia, y cordura, siempre halla camino por donde arribar al término que pretende, sin torcer de la rectitud de lo honesto hacia el rodeo de lo doloso. El ser fiel en la amistad, sincero en el trato, tan lejos está de perjudicar, que ayuda mucho; porque con esas partidas se gana la confianza, y el cariño de quien puede darle la mano, o servirle de instrumento. El desinterés, y el amor de la justicia negocian el amor de muchos, y la veneración de todos. Franquear con modesta osadía el corazón en todas aquellas materias, que no fían a su custodia, o el dictamen de la prudencia, o la ley del sigilo, tiene, respecto de los sujetos con quienes se trata, un atractivo muy poderoso. Aunque esto tal vez ocasione a éste, o a aquél, que es de opuesto dictamen, algún disgusto, se recompensa con grandes ventajas con el concepto que imprime de un pecho noble, y sincero. El disgusto pasa, y el concepto queda. De hecho estas almas transparentes, cuando a la claridad del genio se agrega la del discurso, son las que sin fatiga suben a la mayor altura. El teatro de la naturaleza apunta en esta parte lo que pasa en el teatro de la fortuna. Los cuerpos diáfanos, y brillantes son los que ocupan lugar más elevado en la estructura del Orbe. Los sombríos, opacos, y obscuros, el más humilde.

18. El que se halla asistido de una prudencia pronta, de una intención recta, de una lealtad constante, con las [85] demás dotes que hemos señalado, no ha menester estar pensando siempre en los medios conque puede mejorar sus cosas. Apeles, que en todo lo demás celebraba al famoso Pintor Protógenes, le ponía el defecto de que no acertaba a levantar la mano de la tabla: lo que muestra, dice Plinio, que muchas veces la nimia diligencia daña: *Documento memorabili nocere saepe nimiam diligentiam.* Como se halle nuestro

Político en teatro, donde se vean sus prendas, sin pensar en ello, se le vendrán a la mano las oportunidades. Puede ser que llegue a emparejar con él en el ascenso el pretendiente torcido, y oficioso; pero será a costa de mucho mayor trabajo. A la misma eminencia donde se anida la generosa águila, puede arribar la astuta culebra. ¡Pero con cuánta fatiga! No hay figura más propia de un político bajo. El movimiento ladeado, y oblicuo conque camina, señala el dolo conque procede: el pecho pegado a la tierra, la adherencia al interés propio: el cuerpo con varias inflexiones doblado, el ánimo torcido, y el veneno que esconde, la mala intención que oculta. ¡Oh sabandija! ¡Cuánto te cuesta mejorar de puesto, sólo porque eres sabandija! Entretanto la águila, con descansado vuelo, se suele poner en la cima del Olimpo.

§. VI

19. No es ésta la mayor desigualdad que hay. La más señalada consiste en la diferente seguridad de una, y otra fortuna. El político torcido, así mientras busca la dicha, como después que la consigue, está sumamente arriesgado. Es imposible, o casi imposible, que no se descubran sus marañas, cuando le acechan tantos émulos. Y descubiertas, como ése es el cimiento de toda la fábrica, no tarda un instante la ruina. Es muy difícil (dice el P. Famiano Estrada) dejar de caer luego, el que estribando en suelo resbaladizo, es impelido del movimiento de otros muchos: *Difficile est in lubrico stare diu, quem plures impellunt.* Este es el estado de un político doloso. Camina por una senda muy resbaladiza, y que está toda sobre falso [86]. Los que trabajan por derribarle, son todos aquellos, que, o envidian su fortuna, o aborrecen su malicia: que es lo mismo que decir, que tiene por enemigos a los malos, y a los buenos. ¿Cómo puede mantenerse mucho tiempo? Caerá sin duda. Y lo común es hacerse pedazos en la caída, que es lo que cantó con energía Claudiano.

… Jam non ad culmina rerum
Injustos crevisse quaeror: tolluntur in altum
Ut lapsu graviore ruant…

20. El político recto nada se arriesga en el camino, y tiene poco que temer en el término. Cuanto más se descubran sus fondos está más seguro. Tiene menos enemigos que el otro: porque sólo pueden serlo los malos. En caso que le derriben, no es precipicio violento, sino caída blanda. Su inocencia, por lo menos, le asegura la vida, y lo más que le puede suceder, es reducirse a su antiguo estado. Lo común es, que ni eso logran los mal intencionados; y vienen a herir en ellos por reflexión todos sus tiros, ocasionando tal vez mayor gloria al acusado. A cuyo propósito me ocurre la Historia de un político recto (aunque infiel en cuanto a la Religión) que trae Tabernier en sus Viajes; y por ser reciente, y dulce, referiré aquí brevemente.

21. Mahomet Alibeg, Mayordomo mayor del Rey de Persia, al principio del siglo pasado subió a tan elevado puesto desde el humilde estado de pobre pastorcillo. Un día que aquel Rey andaba a caza, le encontró tañendo la flauta, y guardando cabras en el monte. Por diversión le hizo algunas preguntas; y prendado de la vivacidad, y agudeza conque respondió el niño, se le llevó consigo a Palacio: donde habiendo mandado instruirle, la rectitud de su corazón, y claridad de su ingenio ganaron la inclinación del Rey, de modo, que elevándole prontamente de cargo en cargo, vino a colocarle en el que ya dijimos de Mayordomo mayor. Su integridad inflexible al atractivo de los presentes (cosa muy rara entre los Mahometanos) concitaron contra él poderosos enemigos; pero sin atreverse a intentar hostilidad alguna, por verle tan dueño del [87] ánimo del Soberano: hasta que muerto éste, y entrando el sucesor, que era joven, le sugirieron que Mahomet había usurpado al Erario Real grandes tesoros. Ordenóle el Príncipe, que dentro de quince días diese cuentas. A que Mahomet intrépido respondió que no era menester esa dilación; y que si su Majestad fuese servido de ir inmediatamente con él a casa del Tesorero, allí se las daría. Fue el Rey, seguido de los acusadores: pero se halló todo en tan bello orden, y con tanta exactitud ajustada la cuenta de los caudales en los libros, que nadie tuvo que decir. De allí se pasó a la casa del mismo Mahomet, donde el Rey admiró la moderación que había en alhajas, y adornos. Pero observando uno de los enemigos del Valido la puerta de un cuarto cerrada, y guarnecida con tres cadenas

fuertes, se lo advirtió al Rey, el cual le preguntó qué tenía cerrado en aquel cuarto. Señor (respondió Mahomet), aquí guardo lo que es mío. Todo lo que hasta ahora se ha visto, es de V. Majestad. Diciendo esto, abrió la puerta: entró el Rey en el cuarto, y volviendo a todas partes los ojos, no vio otra cosa sino las alhajas siguientes, pendiente cada una de un clavo en las paredes: Una zamarra, una alforja, un cayado pastoril, y una flauta. Atónito las miraba el Rey, cuando poniéndose de rodillas delante de él Mahomet, le dijo: Señor, éste es el hábito, y éstos los bienes que yo tenía, cuando el Padre de V. Majestad me trajo a la Corte. Esto es lo que entonces tenía, y esto lo que ahora tengo. Sólo esto conozco por mío. Y pues lo es, suplico con el mayor rendimiento a V. Majestad me permita gozarlo, volviéndome al monte, de donde me extrajo mi fortuna. Aquí, no pudiendo contener el Rey las lágrimas, le echó los brazos al generoso Valido; y no contento con esta demostración, despojándose prontamente de sus Reales hábitos, se los hizo vestir a Mahomet: lo que en Persia se estima por la suprema honra que el Rey puede hacer a un Vasallo. De este suceso resultó, que Mahomet logró después constantes la confianza, y cariño del Príncipe toda su vida. ¡Qué [88] lástima que este desinterés, esta elevación de ánimo, esta rectitud, esta moderación, estuviesen depositadas en un infiel!

§. VII

22. El escollo común que ocurre a los políticos rectos, es la dificultad de tratar con verdad, y desengaño a los poderosos. La adulación es una puerta muy ancha para el favor; pero ningún ánimo noble puede entrar por ella, porque es muy baja. A todos oigo decir que aborrecen a los aduladores; y no sé si he visto algunos que no los ame. Esto consiste, en que cada uno regula el valor de sus prendas más allá del precio justo: y como el dicho del adulador empareja con su concepto, no le tiene por adulador, sino por un hombre de talento, que hace juicio cabal de las cosas. Mas si fuere tan cuerdo, que no se tenga en más de lo que es, o tan humilde, que se tenga en menos, no por eso deja el adulador de

hace su negocio. Entonces el adulado atribuye el exceso de su opinión a exceso de cariño; porque todo lo que se mira con el microscopio del amor, engrandece mucho su representación en la idea; y en ese caso, aunque no le cree el aplauso, le estima el afecto. Conque viene a ser la adulación una red universal, donde cae todo género de peces.

23. Es, pues, éste un medio, manejado con arte (que también hay aduladores fastidiosos), bastantemente seguro para negociar, pero vilísimo. Y así, ni se ha de echar mano de él, ni faltar jamás a la verdad. ¡Oh, que la verdad es desabrida! No importa. Condimentos tiene la prudencia para sazonarla. Y como se use de ellos, es verdad que tardará más tiempo en insinuarse el político recto en el ánimo del poderoso, que el sórdido lisonjero; pero al fin logrará más sólida, y más alta estimación. Lo primero, deber proferir su dictamen sin aspereza, y no hacerlo sino cuando es preciso. La rigidez del desengaño se ha de ablandar con la suavidad del respeto. Sirvan de vehículos la reverencia, y la dulzura, para hacer bien admitida la propuesta. Ni ésta se debe hacer, sino cuando decorosamente [89] no puede excusarse de decir su sentir. Estas partidas celebraba el Rey Teodorico en un favorecido suyo: *Sub genii nostri luce intrepidus quidem; sed revetenter adstabat, opportune tacitus necessarie copiosus* {(a) *Casiod. lib. 5. Epist. 3*}. Si la materia permite elegir tiempos, búsquense aquellos en que el genio del poderoso está más bien templado para recibir los desengaños, encomendado este cuidado a la discreción, que es la que entiende esta materia.

Sola viri molle aditus, & tempora noras.

24. Lo segundo, nunca se defienda con protervia el propio dictamen contra la opinión del poderoso; porque esto nunca puede ser sin ofensa. Discretamente respondió el Filósofo Faborino a algunos que le culpaban de haber cedido en una disputa al Emperador Adriano, diciendo que era justo ceder a un hombre que mandaba treinta Legiones.

25. Lo tercero, se puede endulzar lo amargo de la veracidad con una especie de adulación, que consiste, no en palabras, sino en obras. Este nombre doy al culto, al obsequio, a la sumisión, a la oficiosidad; y hacen un notable efecto, para que sea bien escuchado

el aviso: por cuanto muestran que el desengaño nace de una sinceridad generosa, no de un orgullo protervo. Entiéndese que el rendimiento no degenere en abyección de ánimo: y estaba para decir, que respecto de los Superiores, siempre va la sumisión defendida de ese riesgo. Habiéndose negado Dionisio, Tirano de Sicilia, una demanda a Aristipo de Cirene, se postró éste a sus pies, y consiguió lo que pretendía. Reprehendieron algunos aquella acción, como indigna de la gravedad de un Filósofo. A que respondió Aristipo: El que quisiere ser oído de Dioniso, ha de poner la boca a sus pies, porque tiene en ellos las orejas. El dicho es gracioso; la sumisión no sé si fue excesiva.

26. Usando de dichas precauciones, vuelvo a asegurar, que ascenderá el político recto a mucho más alto grado [90] en la estimación del poderoso, que el perenne contemplativo. En llegando a persuadir de su candor a quien ya comprehendió su habilidad, está seguro. Tal vez por su integridad padecerá algún desvío; y al mismo tiempo estará gozando la confianza. Como le sucedió al Duque de Alba con Felipe II, cuando le envió a la Conquista de Portugal, que le hizo el Rey el desaire de no admitir su visita, y al mismo tiempo le estaba fiando una empresa de tanta monta. Al contrario el adulador; aunque en la conversación, y trato común será siempre gracioso, no por eso, si el Superior es algo advertido, le entrará muy adentro. Son muchos los que usan de los aduladores, como los febricitantes de la agua, cuando les es nociva, que se enjuagan con ella, pero no la tragan. Generalmente hablando (y ésta para mí es conclusión infalible) en igualdad de talentos, el hombre de bien, cándido, leal, agradecido, amante de la equidad, y justicia, hará mayor fortuna, y más segura, que el que estuviere desnudo de estas cualidades, o tuviere las respuestas.

§. VIII

27. Pero aquí me atraviesan por objeción la experiencia común. No se ve otra cosa en el mundo, sino perversos exaltados, y virtuosos abatidos; la lisonja, y el engaño dominando; la verdad, y el candor gimiendo. Respondo lo primero, que todo eso más es voz de la

envidia, que observación de la experiencia. Confieso que se oyen esas quejas a cada paso. ¿Pero quién las articula? No los que ocupan los puestos, pues no hablarían contra sí propios. Tampoco los virtuosos desatendidos, pues ésos no andan fatigando al mundo con quejidos, ni mordiendo en la fama a los poderosos, ni haciéndose a sí propios la merced de ser ellos solos los beneméritos. ¿Pues quiénes? Sólo los inhábiles, y malos, que se ven despreciados. Aquellos, que ya por su ineptitud, ya por su mal proceder, se hacen indignos de toda atención, aquéllos acusan la iniquidad de la fortuna. Y como son tantos, y todos mal [91] acondicionados, hacen tanto ruido con sus quejas, que las voces que salen de su dañado pecho, parecen clamores de todo el mundo. Añádese a esto, que como ningún hombre, que llega a lograr algún poder, puede hacer bien a todos los que mira en fortuna inferior, sino a pocos, todos aquellos a quienes no alcanza su beneficencia, consideran injusta la distributiva: parecidos a los Cafres, que sólo adoran a Dios cuando les da buen tiempo, y se irritan contra él cuando les falta. Los mismos favorecidos, porque no lo son tanto como quisieran, suelen estar quejosos. Lo que yo por mi experiencia puedo asegurar, es, que habiendo tratado a algunos de éstos, que fueron artífices de su fortuna, los experimenté, sin comparación, mejores que los pintaban la opinión común.

28. Respondo lo segundo, que aun cuando fuese verdad que son pocos los virtuosos afortunados, nada se prueba de ahí contra lo que llevamos dicho. Si son pocos los que por el camino de la virtud hacen fortuna, dependerá de que son pocos los que buscan la fortuna por ese camino. ¿Cómo han de llegar muchos al término, siendo pocos los que se ponen a la carrera? De los verdaderos virtuosos, o santos, es cierto que ninguno solicita ascensos. Estos son como los Astros, que ninguno pretende subir de aquella esfera, en que Dios le pone, a otra superior. Los de virtud no tan sólida, que son de quienes vamos hablando, acompañados de las prendas que hemos dicho, en todas las Repúblicas son pocos; pero esos pocos, si se aplican, aseguraré que todos negocian. Muéstreseme un hombre solo de índole excelsa, de entendimiento claro, de intención recta, de corazón constante, urbano, fiel, veraz, y piadoso, que no haya mejorado mucho su fortuna, si la buscó con diligencia. A

muchos de estos (digo muchos respectivamente a su número) la fortuna los busca, aun cuando ellos la desdeñan. Interésanse mucho en su elevación los mismos que le dan la mano. Y si acaso me mostraren algunos de estos abatidos, por cada uno de ellos señalaré yo ciento de los políticos torcidos, a quienes redujeron a [92] pobreza, y miseria sus trampas, zancadillas, y embustes.

29. Aún no lo dije todo. Estoy firmemente persuadido a que es muy raro el hombre a quien no le sirva algo la virtud para la conveniencia temporal. Porque si el sistema del gobierno le es favorable, es elevado: si indiferente, es atendido: si adverso, por lo menos no es odiado. Aun cuando arde la República en facciones, le mira la parcialidad opuesta como excepción de sus iras, ya que no le fíe los cargos. No se vio en el mundo furor igual al de los Sicilianos, cuando en aquellas famosas Vísperas degollaron a los Franceses. Ni jamás alguna Nación estuvo tan irritada contra otra; pues llegaron a la barbarie de romper el vientre a todas las mujeres Sicilianas, que entendían habían concebido de Franceses. En tan horrible destrozo no se salvó alguno de esta Nación, de cuantos pudieron haber a las manos, sino Guillén de Porceleto, Gobernador del lugar de Calatafimi, a quien resguardó de la ira común la fama de su bondad. Tan cierto es, que para la saña popular no hay otro asilo que el Templo de la Virtud.

30. Eso que tanto se clamorea de que yacen arrinconados hombres de grandes prendas, es mera fábula, salvo que ellos voluntariamente se arrinconen, o que juntamente con las grandes prendas, tengan grandes defectos. Yo por el mundo he andado, y hasta ahora no he visto hombre asistido de dotes escogidas, y sin defectos sobresalientes, que no fuese bastantemente atendido; bien que no siempre (que en todo se ha de decir la verdad) a proporción de la estatura del mérito. Los que dicen lo contrario, no se quejan, si se mira bien, del infortunio ajeno, sino del propio. En la voz se lastiman de que están despreciados los hombres de prendas; en el corazón sólo se duelen de que están despreciados los que carecen de ellas, que son ellos mismos. Con capa del celo del público, se desahoga el dolor privado. Es artificio vulgar de la ineptitud ultrajada, censurar de inicua la distributiva. Y se ve, que si alguno de estos censores asciende a aquello a que aspira [93], luego

aprueba todo el gobierno, que antes reprobaba. De donde se infiere, que todo el mérito, que antes lamentaba pisado, le consideraba recogido, dentro de sí propio. Indignos elevados algunos he visto: hombre grande sin tacha grande abatido, ninguno conozco.

§. IX

31. Tiempo es ya de que tratemos de los inconvenientes de la Política baja. Esta, dice el celebrado Bacon, que es el asilo de aquellos, que por falta de talentos no pueden seguir la senda sublime de la Política heroica: *Quod si quis ad hunc iudicii, & discretionis gradum ascendere non valeat, ei relinquitur tamquam tutissimum, ut sit tectus, & disimulator* {(a) *De Inter. rer. cap. 6*}. Coincide esta máxima con la que cita Plutarco del General Lisandro. Argüíanle los Lacedemonios de que por su poca fe, y verdad degeneraba de Hércules, de cuya ascendencia se gloriaban los Lacedemonios: a que él respondió (aludiendo ingeniosamente al vestido de que usaba Hércules), que adonde no alcanzaba la piel del León, era preciso usar de la piel de Zorra.

32. Tiene la Política baja diferentes grados, unos peores que otros. El primero es el de la disimulación, y cautela. El segundo, el de la simulación, y mentira. El tercero, el de la maldad, e insolencia. El primero, como no llegue a tocar la raya del segundo, es en lo moral indiferente. Pero es muy difícil una continua cautela, que no se roce mil veces con la mentira; porque si se apura con preguntas, el silencio suele equivaler a respuesta positiva, interpretándole hacia la parte que le está mal al preguntado: y una salida ingeniosa, y pronta en estos aprietos sin violar la verdad, es para pocos.

33. La disimulación habitual en parte nace de defecto del entendimiento, en parte de vicio del natural. Aquellos que no distinguen cuándo es conveniente el silencio, ni cuándo es importante, o arriesgada la explicación, si [94] son un poco reflexivos, toman el partido del silencio, o de una explicación diminuta en todas las materias: semejantes a los de corta vista, que aun en camino llano, por temer resbalar, se van con tiento. Esto en

algunos, más es sobra de pusilanimidad, que falta de advertencia, aunque siempre se mezclan uno, y otro. Como quiera, viven con harto trabajo; pues lo mismo es cerrar continuamente con un candado los labios, que tener toda la vida el corazón en prisiones. Todo es temores de que les descubran el pecho, o de si ya en las palabras que usaron le han descubierto. Fáltales el consuelo de desahogarse aun con un amigo; porque todos los pusilánimes son desconfiados, y suspiciosos. Apenas a algún hombre juzgan sincero en la amistad, o seguro en la fe. Hácense también ingratos, y fastidiosos en el trato, porque de todo hacen misterio. Y siendo la comunicación recíproca de las almas el más dulce comercio que hay entre los hombres, son infelices, porque no gozan de ese bien; y son desagradables, porque cuanto es de su parte, privan de él a los demás. Añádese a esto, que de quien no fía de nadie, ningún cuerdo fía, y con razón; porque se hace sospechoso de que juzga los pechos ajenos por el suyo. También sucede, que por no revelar a nadie sus intentos, algunos que tendrían motivo para ayudarlos, no lo hagan, porque los ignoran. Así sucedió a Pompeyo, el cual, aunque guerrero osado, fue Político tímido. Su ánimo era el mismo que el de César, dominar la República absoluto. César lo consiguió, porque lo intentó abiertamente. Pompeyo escondiendo, aun a sus aficionados, que eran muchos, el designio, y procurando turbar la República con artificios ocultos (*occultior non melior,* dice de él Tácito, comparándole con Mario, y Sila), para que ella espontáneamente se le cayese en las manos, no logró el fin; porque ignorándole sus aliados, no aplicaron los influjos. Por todas estas razones es muy difícil, que hombres muy disimulados adelanten en alguna manera su fortuna. Por lo menos no lo deberán a su genio {(a) El dicho de Tácito, notando a Pompeyo *occultior non melior,* debe entenderse contraído al vicio de ambición, o apetito de dominar; en el resto no es comparable el Gran Pompeyo con aquellas dos Furias de Mario, y Sila}. [95]

§. X

34. Los simuladores, y embusteros son el vulgo de las Aulas. Estos

hacen el mayor número en la población del Orbe Político. Muy peligrosos van los que siguen este camino, aunque es el más trillado. Es como moralmente imposible, que por más que el arte, y la fortuna conspiren a cubrir sus trampas, siendo tantas no se manifiesten algunas. Un edificio, que está sobre falso, por sí mismo se cae, sin que le derribe el viento. Ya descubierto un genio mentiroso, el menor inconveniente que tiene, es no ser más creído. A Tiberio, por haberle experimentado tantas veces falso, ya no le daban fe, aun cuando decía verdad: *Vero quoque, & honesto fidem demisit,* dice Tácito.

35. No sólo las mentiras descubiertas son infelices; a veces también lo son las creídas, porque producen un efecto totalmente opuesto a aquel que se pretende. Quiso Nerón matar a su madre Agripina, de modo que pareciese la muerte casual, y no intentada. Para este efecto dispuso, que una Nave, en que se había de embarcar Agripina, se fabricase con tal artificio, que con facilidad se separase una porción de ella del resto, y cayese al Mar la infeliz Princesa. No se logró el intento, porque el Bajel no padeció el destrozo intentado, aunque se descuadernó lo bastante para introducir temor del naufragio en los que iban en la parte inclinada. En esto Aceronia, Dama de Agripina, para que acudiesen prontos a socorrerla, fingió ser la misma Agripina, dando voces, que favoreciesen en su persona la madre del Emperador. Ofrecía oportunidad para este engaño la obscuridad de la noche. Conque los que eran sabedores del intento de Nerón, no dudando que fuese la misma Agripina, acudieron prontos, pero para hacer pedazos a la desdichada Aceronia, porque Nerón quedase servido. [96]

36. La mentira es propia de genios viles; y mezclándose, como se mezcla, con la adulación en los ambiciosos, los hace vilísimos, porque los constituye siervos de todos los demás hombres. A todos se someten, a todos se humillan, a todos tratan como a dueños: a unos, porque les hagan bien: a otros, porque no les hagan mal: parecidos a los Salvajes de la Virginia, que no sólo adoran los Astros, porque los alumbren, y fertilicen; mas también adoran todo lo que temen; y pasan por deidades entre ellos no sólo el diablo, que es su principal numen, mas también el fuego, los nublados, los caballos, y los cañones bélicos. Harto trabajo se tienen los que a

tantos dueños sirven. Y sobre el trabajo que tienen los mentirosos en servir a tantos dueños, se les añade el peligro, de que como a todos engañan, siendo descubiertos, todos los aborrezcan.

§. XI

37. Lleguemos ya a la quinta esencia del veneno de la ambición, a los Políticos malvados, pestes de las Repúblicas, Ateístas encubiertos, demonios disfrazados, que sin embarazo se sirven de los más feos vicios para el logro de sus intentos: que para alcanzar con la mano las dichas, se ponen de pies sobre las leyes: que con las bellas prendas del perjurio, la ingratitud, la alevosía, galantean de noche, y día a la fortuna. Estos son los más ciegos de todos los Políticos: pues el camino por donde piensan llegar a la felicidad, y a la honra, es el que los lleva en derechura a la desdicha, y a la afrenta. ¿Quién con estos medios se hizo dichoso? El mismo Maquiavelo, gran Maestro de esta infernal Política, pasó los últimos años de su vida en suma miseria. Y mucho antes hubiera perdido la vida en una horca, si no hubiera negado en la tortura su concurrencia en la conspiración contra los Médicis. Si uno, u otro se levantó un poco a fuerza de maldades, fue su elevación como la de Simón Mago, para destrozarse en la caída las piernas. Aun con los Príncipes malos fueron infelices los Políticos depravados. Logró Seyano, por la [97] simbolización de costumbres, la gracia de Tiberio, en tanto grado, que vino a mandarle absoluto. ¿Y en qué paró el favor de la fortuna? En que jamás murió ningún reo con mayor ignominia. Petronio Arbitro lisonjeó el genio lascivo de Nerón, hasta ser intendente de sus torpezas, o regla de sus brutalidades: de modo, que en todo lo que miraba al deleite, dio el Príncipe la obediencia a este Vasallo, no gustando de otra cosa de lo que Petronio prescribía. Sin embargo llegó el caso de destinarle Nerón a la muerte, la cual Petronio se anticipó, abriéndose las venas. Y es muy de notar, que de cuantos Nerón aborrecía, el último, que de orden suya murió, fue Séneca. Deteníale al Príncipe el brazo de la virtud del Filósofo; aunque la virtud del Filósofo era un Fiscal fastidiosísimo para la vida del Príncipe. Y en fin, no murió

sin delito: pues fue sabedor de la conjuración de Pison. Si estas inmunidades goza la virtud con los Príncipes malos, ¿qué será con los buenos?

38. ¡Raro delirio esperar propicias las Estrellas a sus intentos, quien está haciendo guerra al Cielo con sus insultos! Preguntóle con irrisión un Francés a un Inglés, haciendo memoria de aquel tiempo en que la Nación Inglesa debajo de su Rey Enrico VI se vio casi absoluta señora de la Francia: *¿Cuándo volveréis a ser señores de nuestro Reino?* Respondió el Inglés admirablemente: *Cuando vuestros pecados sean mayores que los nuestros.* Poco diferente fue el dicho de Agesilao, cuando Tisafernes, por verse superior en fuerzas, rompió con él contra las paces que tenía juradas: *Alégrome* (dijo Agesilao) *porque Tisafernes con su perfidia ha puesto a los Dioses de mi parte.* El suceso fue, que triunfó Agesilao, y Tisafernes perdió la batalla, y la vida.

39. Pero para representar cuánto pone a Dios del bando de sus enemigos el que violando juramentos hechos por su santo Nombre, piensa adelantar sus empresas, no se halla en las Historias ejemplo más memorable que el que se vio en Ladislao IV, Rey de Hungría. Había este Príncipe, después de algunas victorias, ajustado treguas con [98] Amurates II. Pero poco después, instado del indiscreto celo del Legado Pontificio, rompió de nuevo la guerra. La política mundana persuadía que la ocasión era oportuna, porque los Turcos estaban consternados de las rotas antecedentes. Ladislao tenía excelentes Tropas, y por Caudillo suyo Juan Huniades, el mejor guerrero que conocía el mundo en aquel siglo. Llegóse a batalla, en que los principios fueron muy favorables a los Húngaros. Como viese Amurates ya inclinadas a la fuga sus Tropas, sacando del pecho la escritura en que le tenía juradas las treguas Ladislao, y levantando los ojos al Cielo, habló de esta suerte a nuestro Redentor en alto grito: *Jesucristo, si eres verdadero Dios, como piensan los Cristianos, castiga la injuria que éstos te han hecho en romper las treguas, que habían jurado por tu Santo Nombre.* ¡Cosa admirable! Al punto torció el aire la fortuna, y los Mahometanos hicieron en los Cristianos un sangriento destrozo, de que fue complemento la muerte del mismo Rey Ladislao.

Discite justitiam moniti, & non temnere Divos.

§. XII

40. Uno de los efectos más comunes de la política infame, es torcerse contra el Autor sus propias máximas. Jeroboan hecho dueño de las diez Tribus, en la división del Reino de Israel, para conservar en sí, y en sus descendientes la Corona, tiró un rasgo, a su parecer, de política finísima; porque advirtiendo que el motivo de la Religión llamaba los corazones de sus Vasallos al Templo de Jerusalén; y que mientras no se hiciese divorcio en el culto, no podía ser firme la división en el Imperio, levantando dos Ídolos, hizo que las diez Tribus los adorasen, olvidando al verdadero Dios, que era adorado en el Templo de Jerusalén. Pues esta política aguda fue la que le quitó a su posteridad, como se expresa en el tercero de los Reyes, la sucesión en la Corona, perdiendo su hijo Nadab el Reino, y la vida a manos del rebelde General Baassa. En la muerte que dieron a nuestro Redentor los [99] Judíos, intervino la política de precaver que los Romanos los destruyesen, con el motivo de haber reconocido otro Rey que al César. Y por la ejecución de esta maldita máxima, ordenándolo así el Cielo para castigo suyo, los destruyeron después los Romanos.

41. Así dispone la Providencia, que los mismos medios, que aplican los políticos Maquiavelistas para su exaltación, o para su seguridad, sean instrumentos de su perdición. Aman es crucificado en el mismo patíbulo, que tenía preparado para Mardocheo. Perilo es abrasado en el Buey de bronce, que había fabricado para lisonjear la crueldad de Falaris. Calipo, Tirano de Sicilia, es degollado con el mismo cuchillo conque él había quitado la vida al generoso Dión. Isaac Aarón, Griego de Nación, a quien por sus maldades había quitado los ojos al Emperador Emmanuel Comneno, le dio después al usurpador Andrónico el consejo de que a sus enemigos les quitase, no sólo los ojos, mas también la lengua, porque con ella le podían hacer daño, aun perdida la vista. Sucedió a Andrónico el Emperador Isaac Angelo, y al infame Consejero, que estaba ya privado de la vista, le cortó también la lengua. Perrin, Capitán general de Ginebra, gran perseguidor de los Católicos, luego que el año de 1535 mudó de Religión aquella República, hizo transportar la piedra del Altar mayor de la Iglesia Catedral a la

Plaza, para que sirviese de cadalso a los delincuentes. Y según refiere el Padre Maimburgo en su Historia del Calvinismo, el mismo Perrin fue el primero que ensangrentó aquella piedra, siendo degollado por sus crímenes. Tomás Cromuel, a quien Enrico VIII, cuando se erigió en Cabeza de la Iglesia Anglicana, constituyó supremo Vicario suyo en las cosas Eclesiásticas, hombre extremamente falso, cruel, y avaro, para tener más ocasiones de perseguir a los Eclesiásticos, y enriquecerse con sus despojos, indujo a Enrico a hacer la ley inicuísima de que fuesen válidas las sentencias de muertes, y confiscaciones promulgadas contra los reos de lesa Majestad, aunque no fuesen oídos. Pues el mismo Cromuel [100] fue el primero con quien se practicó esta ley, siendo degollado de orden de Enrico, sin querer oírle, ni permitirle alguna defensa.

—Non est lex aequior ulla,
Quam necis artificem fraude perire sua.

42. Finalmente, por decirlo de una vez, regístrense las Historias. Entre mil políticos de estos, que por medio de la maldad buscaron la exaltación, apenas se hallará uno que no haya tenido desdichado fin. Así fue hasta ahora: así será de aquí adelante. ¿Pues qué ceguera es esta de seguir una senda, donde sólo por un milagro del acaso se puede evitar el precipicio? ¿Qué ha de ser, sino que es un síntoma forzoso en la fiebre de la ambición el delirio? Y en ninguno arde violenta esta llama, que no padezca frenesí la cabeza.

§. XIII

43. Todo cuanto se ha dicho de la política de los particulares, se puede aplicar a los Príncipes, o Superiores que gobiernan cualesquiera Repúblicas. También en éstos tiene lugar la división de la política en alta, y baja; y de la misma calidad en ellos es segura la primera, y arriesgada la segunda. Cualquiera Superior, dotado de las tres Virtudes, Prudencia, Justicia, y Fortaleza, será un insigne político sin leer libro alguno de los que tratan de razones de estado. Las verdaderas artes de mandar, son elegir Ministros sabios, y

rectos, premiar méritos, y castigar delitos, velar sobre los intereses públicos, y ser fiel en las promesas. De este modo se asegura el respeto, el amor, y la obediencia de los súbditos mucho más eficazmente, que con todo el complejo de esotras sutilezas políticas, o razones de estado: misterio depositado en las mentes de los Áulicos, que como cosa sacratísima, jamás se deja ver por entero, ni sale a público, sino cubierta de un velo muy opaco; siendo en la mayor parte sólo un fantasma ridículo, o ídolo vano, que con nombre de deidad se da a adorar al ignorante vulgo. La razón de estado es el úniversal motor del Imperio, y razón de todo, sin serlo de [101] nada. Si se pregunta por qué se hizo esto, se dice que por razón de estado: si por qué se omitió lo otro, también por razón de estado. ¿No sería respuesta más racional decir, que se hizo porque era justicia hacerlo, o porque así lo dictaba, o la Religión, o la clemencia, u otra alguna virtud? La razón por que manda el Ministro a sus inferiores, es, que así lo manda el Príncipe. La razón por que manda el Príncipe, debe ser únicamente, que así se lo manda Dios; pues aun con más rigor es Ministro de Dios, que sus subalternos lo son de él.

44. Si por razón de estado se entiende la prudencia política, ¿por qué no se nombra con esta voz, que es harto mejor? Pues el nombre de prudencia política significa una virtud moral; y el nombre de razón de estado no sabemos qué significa. Esta voz nació en Italia: *Ragioni di Stato;* y no debe de tomarse allá hacia buena parte, cuando el Santo Pontífice Pío V no tenía sufrimiento para oírla articular; y solía decir, que las razones de estado eran invenciones de hombres perversos, opuestas a la Religión, y a las Virtudes morales. Lo que se vio fue, que Pío no hubo menester esas sutilezas políticas para nada, y sin ellas fue no sólo un gran Santo, mas también un gobernador insigne.

45. Fue advertencia del célebre Bacon, que el gobierno más plausible, que en todos tiempos tuvo la Iglesia, fue el de aquellos Papas, que por haber pasado lo más de su vida dentro de los Monasterios, eran reputados por ignorantes de los negocios políticos; y que éstos excedieron mucho, y quedaron mucho más recomendables a la posteridad, por su buen régimen, que aquellos que se habían criado en las Aulas, y ejercitádose toda su vida en el

manejo de las cosas públicas; poniendo por ejemplo, por ser de su mismo siglo, a Pío V y Sixto V. *Imo convertamus oculos ad regimen Pontificium, ac nominatim Pii V vel Sixti V, nostro saeculo, qui sub initiis habiti sunt pro fraterculis rerum imperitis, inveniemusque acta Paparum ejus generis magis esse solere memorabilia, quam eorum, qui in negotiis civilibus, & Principum Aulis enutriti ad Papatum,* [102] *ascenderint* {(a) *Lib. 1. de Augment. Scient.*}. Este testimonio da a la verdad un Hereje Calvinista, aunque de Religión afuera, hombre a todas luces grande, así por su incomparable talento, como por su noble ingenuidad, y candor.

46. La razón que da de exceder en el gobierno los Papas, que antes de subir al Solio vivieron en santo retiro, a los ejercitados en el manejo público, es digna de tal conclusión. La falta, dice, de instrucción civil, que hubo en aquellos Pontífices, se suplió con grandes ventajas con su virtud; porque los Príncipes que siguen constantes el camino llano, y seguro de la Religión, la justicia, y demás Virtudes morales, pronta, y expeditamente, sin el auxilio de una política estudiada, dan vado a todos los negocios ocurrentes. Son éstas unas almas sanas, y robustas, que no han menester las artes civiles; así como los cuerpos bien complexionados no necesitan de medicinas. *In eo tamen abunde fit compensatio, quod per tutum, planumque iter Religionis, justitiae, honestatis, virtutumque moralium, prompte, atque expedite incedant, quam viam, qui constanter tenuerint, illis alteris remediis non magis indigebunt, quam corpus sanum medicina.*

47. Casi me corro de que un Hereje haya hablado de este modo, cuando entre los Católicos tenemos tantos políticos, que abundan en bien diferentes máximas. Ello es así, que las sutilezas, y artificios de que se compone lo que se llama política del mundo, vienen a ser unos remedios de que sólo necesitan las almas achacosas. Un gobierno vicioso, porque le tuerce a su fin particular el que le maneja, no puede tenerse en pie sin esos medicamentos, que con tanta propiedad llamaremos drogas, como las que venden los Boticarios. Pero un espíritu bien complexionado, dotado en la temperie debida de las cuatro cualidades elementales, Prudencia, Justicia, Fortaleza, y Templanza, sólo con la asistencia de estas Virtudes supera sin embarazo, y sin el socorro de otras artes,

cuantas [103] dificultades pueden ocurrir en el gobierno.

48. Pongamos los ojos en Sixto V, ya que Bacon le nombra. Este espíritu, verdaderamente incomparable, que parece que Dios le había formado de intento para gobernar todo el mundo, en quien se juntaron, y se mejoraron la magnanimidad de César, la prudencia de Augusto, y la justicia de Trajano, a pocos meses después que subió al Solio, tenía ganado el respeto de todos los Príncipes de la Europa, y todo el Estado Eclesiástico puesto en la mejor forma que había tenido en muchos siglos antecedentes. Los hurtos, las falsedades, los homicidios, los sobornos, las licencias insolentes, se vieron tan de raíz desterradas de aquella gran Ciudad, que nunca con más razón se llamó Roma la Santa. Perdido el miedo a toda extorsión injusta, nadie temía sino a Dios, y al Papa. Andaban, como dice Gregorio Leti en su Historia de Sixto, las mujeres, u otras personas indefensas en cualquiera hora de la noche, tan seguras por las calles, como pudieran por un Claustro de Capuchinos. En cinco años que reinó, ennobleció a Roma con excelentes edificios, y dejó enriquecido el Erario con algunos millones. Pregunto ahora: ¿Con qué artes políticas, con qué tramas ingeniosas se hicieron estos milagros? No hubo más artes que una vigilancia infatigable en el gobierno, un celo fervoroso del bien público, y una justicia, y rectitud inalterables. Yo no sé si es verdad (y creo que no) lo que tanto se dice de las simulaciones de Sixto, antes de lograr la Tiara. Lo cierto es, que después que se vio en la Silla, fue hombre ajeno de toda simulación: siempre generoso, abierto, libre, veraz, franqueaba sus designios, porque no eran para ocultos: y a nadie escondía el corazón, sino cuando la virtud de la prudencia dictaba el recato; o el carácter de Prelado obligaba al sigilo. Esta franqueza era natural en su genio; y así tuvo la misma siendo Religioso. Por donde yo no puedo asentir a las dobleces, que en el tiempo de Cardenal se refieren de él, ordenadas a conseguir el Pontificado. Más verosímil es, que fuese efecto real de su virtud, lo que se atribuyó a [104] simulación. Sufría cualesquiera injurias, haciendo fuerza a su genio, dicen que por acreditarse de manso. ¿Y porqué no sería por imitar a Cristo, obedeciendo al Evangelio? La severidad que observó siendo Papa, nada prueba contra esto; porque es muy diferente cosa tolerar las ofensas hechas a la persona, o disimular las que se cometen

contra la Dignidad. Mostrábase, dicen, muy desinclinado al manejo público, y aun inepto para el gobierno, a fin de que los Cardenales le eligiesen sobre el supuesto de que en su Pontificado ellos lo habían de mandar todo. Más creíble es que fuese éste un desengañado, y cuerdo retiro de quien, por no tocarle entonces la vigilancia sobre el público, cuidaba sólo de sí propio. Fingíase, dicen, postrado de los años, y de las dolencias, porque los Cardenales, adivinando un Pontificado breve, esperasen presto otro Cónclave. No creo esta política (por más que me digan) en los Señores Cardenales, que tantas veces eligieron Papas robustos, y aun no pocos mozos, cuando en aquella edad hallaron la madurez de la senectud. Y por otra parte Sixto, que había pasado una vida trabajosa, y tenía sesenta y cuatro años cuando subió a la Silla, es verosímil que estuviese muy quebrantado. Si después mostró más robustez, sería porque cargándose de la gravísima obligación que tenía, se esforzaría extraordinariamente para cumplir con ella. Fuera de que a este fin, dice el citado Leti, que tomaba más copioso, y generoso alimento, así en la comida, como en la bebida, siendo Papa, que siendo Cardenal.

49. Con gusto me he detenido en el elogio de este hombre singular, que siempre fue objeto de mi admiración, porque no todos le hacen la justicia que deben. Y de camino daré aquí una cordialísima norabuena a la Religión Seráfica, de haber producido en la persona de este Pontífice, y en la del Cardenal Cisneros dos políticos tan grandes, que en mi sentir no los tuvo mayores jamás el mundo; aunque ni a uno, ni a otro faltaron émulos, que quisiesen deslucir parte de sus glorias. En cuyo asunto, lo [105] que más admiro es, que un juicio tan cabal como el de D. Antonio de Solís, en el cap. 3, de su Historia de Méjico, pintase defectuosa la política de aquel gran Cardenal; bien que colmándole por otra parte de altos elogios. Más justicia le hacen los Autores extranjeros: singularmente el señor Flechier, Obispo de Nimes, que escribió discretísimamente su vida, como de un Héroe sobresaliente entre los políticos: y otro Francés moderno, que habiendo instituido un paralelo entre los dos Cardenales estadistas Cisneros, y Richelieu, da la sentencia a favor del de nuestra Nación contra el de la suya, concediendo al Español igualdad en la política, con gran exceso (en esto no hizo mucho) en

Religión, y virtud.

50. De todo lo dicho en este capítulo sale, claramente, que en igualdad de talentos, con más seguridad, y facilidad logran sus fines los políticos sanos, que van por el camino de la rectitud, y la verdad, que los que siguen la senda del artificio, y el dolo; que aquélla es la política fina, y ésta la falsa.

Discurso quinto

Medicina

§. I

1. La nimia confianza que el vulgo hace de la Medicina, es molesta para los Médicos, y perniciosa para los enfermos. Para los Médicos es molesta, porque con la esperanza que tienen los dolientes de hallar en su Arte pronto auxilio para todo, los obligan a multiplicar visitas, que por la mayor parte pudieran excusarse: de que se sigue también el gravísimo inconveniente de dejarles para estudiar muy poco tiempo, y para observar con [106] reflexión (que es el estudio principal) ninguno. Para los enfermos es perniciosa, porque de esta confianza nace el repetir remedios sobre remedios, cuya multitud siempre es nociva, y muchas veces funesta: siendo cierto, que como el Emperador Adriano se puso por inscripción sepulcral: *Turba Medicorum perii,* a infinitos se pudiera poner con más verdad alterada de este modo: *Turba remediorum perii.* Por esto creo que haría yo a unos, y otros no pequeño servicio, si acertase a enmendar lo que en esta parte yerra el vulgo.

2. Y para precaver desde luego toda equivocación, debemos distinguir en la Medicina tres estados, estado de perfección, estado de imperfección, y estado de corrupción. El estado de perfección en la Medicina, es el de la posibilidad; y posibilidad, a lo que yo entiendo, muy remota. Poca, o ninguna esperanza hay de que los hombres lleguen a comprehender, como se necesita, todas las enfermedades, ni averiguar sus remedios específicos, salvo que sea

por vía de revelación. Pero por lo menos hasta ahora estamos bien distantes de esa dicha. El estado de imperfección es el que tiene la Medicina en el conocimiento, y práctica de los Médicos sabios. Y el de corrupción, el que tiene en el error, y abuso de los idiotas.

3. La Medicina en el primer estado no es de mi argumento, porque no la hay en el mundo; y si la hubiese, merecerían sus promesas toda la fe de aquellos, que escuchan a los Médicos como oráculos. Sólo, pues, intentaré mostrar cuán falible es en el estado medio: de donde se inferirá cuán falsa es en el último.

§. II

4. Y lo primero, para dar a conocer lo poco que los pobres enfermos pueden fiar en la Medicina, bastaría verificar lo mismo que acabamos de decir; esto es, que el Arte Médico, en la forma que le poseen los Profesores más sabios, aún está muy imperfecto. Pero esto es cosa hecha, pues ellos mismos lo confiesan. De poco [107] serviría, para demostrar esta verdad, alegar Autores de otros siglos; porque acaso me responderían, que después acá se adelantó mucho la Medicina; y así sólo citaré algunos de más alta opinión entre los modernos.

5. El Doctísimo Miguel Etmulero, a quien nadie niega las calidades de eminente Teórico, y admirable Práctico, en varias partes se queja del poco conocimiento que hasta ahora hay de los simples: de la ambigüedad de los indicantes, de la ineficacia de los remedios que están en uso. Pero singularmente a nuestro propósito en el Prólogo general del Tomo segundo asienta, que rarísima vez puede la Medicina remediar más que los síntomas, o productos morbosos; pero que la esencia de la enfermedad se queda intacta, hasta que por sí sola la vence la naturaleza; y esto por la ignorancia que los Médicos padecen, o de la causa de la enfermedad, o de su remedio apropiado; y añade, que este defecto del Arte bien le comprehenden, y le lloran los Médicos sabios, al paso que los ignorantes viven muy satisfechos de que hacen maravillas: *Sanè frequentissimè in praxi occurit, ut non nisi à posteriori productis morbosis, ac symptomatis occurratur; à priori vero causa, seu spina*

intacta relinquatur: idque vel ob causae genuinae ignorantiam, vel appropriati remedii defectum: Medicis ignorantibus optimè se agere opinantibus; scientibus verò tacitè ingemiscentibus, & suos defectus adhuc deplorantibus.

6. La sublime reputación que entre los Profesores de la Medicina obtiene el Romano Jorge Ballivio, se evidencia, de que en el espacio de treinta años, contados desde el de 95, que se imprimió su Práctica Médica la primera vez en Roma, hasta el próximo pasado de 725, van hechas diez impresiones de sus Obras (En que se debe advertir el yerro del Impresor Antuerpiano, que llamó nona a la Edición novísima del año de 25, siendo en la verdad décima; acaso porque no tuvo presente la que se hizo en Venecia el año de 15, que fue la nona, habiendo sucedido a la octava, que poco antes se [108] había hecho en París). Este grande hombre {(a) *Lib. I. Prax. Medic. cap. 10. num. 4.*}, después de señalar las causas, que estorbaron los adelantamientos de la Medicina, dice que los libros Médicos, que hasta ahora se han escrito, dan tan escasa luz, que los Profesores más doctos andan como a ciegas, sin saber a quién han de creer, qué doctrina han de seguir, qué rumbo han de tomar en la curación de las enfermedades: que la práctica Médica, que hoy se observa, está viciada con mil axiomas falsos, o inútiles; y en fin, que la Medicina, bien lejos de haber crecido a una estatura proporcionada, se debe considerar aún entre las fajas, o en la cuna: *Ideò nemini mirum videri debet, quod libri Medici, per id temporis duplicis juris facti, & uberrimè conscripti, nihil aliud reverà sapiant, quam puram, & abstractam Philosophiam: naturae interim judicia jacta jaceant, & depressa: ipsaque praxeos principia tantoperè turbata sint, ut inter peritissimos hodie non facilè constet, quid tenendum, cui credendum, qua demùm via progrediendum sit in absolvendis morborum curationibus. Si consideremus igitur praxeos Medicae statum, eundem profecto commotum, ac prorsus turbatum per inania axiomata, & falsas quasdam generalitates, aut à sectis Medicorum diversis, aut à praeposteris legibus methodorum, aut ab idolis quibusdam, & praejudiciis cuilibet Medico familiaribus, productas observabimus. Si verò illius aetatem, illam in ipsis adhuc pueritiae finibus contineri.*

7. Thomas Sydenhan, que es reconocido en toda Europa por el más célebre práctico que tuvo el último siglo, después de un prolijo

estudio en los libros, después de observar con vigilantísima atención por muchos años los pasos de la naturaleza de las dolencias, habla con más incertidumbre, y perplejidad que todos. Apenas se lee precepto suyo, que no se reconozca haberle estampado con mano trémula. Con noble sinceridad (prenda que hermosea sus escritos, aún más que la pureza latina, que resplandece en ellos) expone frecuentemente sus dudas, y sus [109] ignorancias. Muestra muy limitada confianza en sus propias experiencias; pero casi ninguna en las doctrinas de los Autores. De estos dice, que proponen fácilmente la cura de muchas enfermedades, las cuales, ni ellos mismos, ni otro algún hombre remedió hasta ahora: *Morborum curationes pro more facillimè proponuntur: atqui hoc ita praestare, ut verba in facta transeant, atque eventus promissis respondeant, magis ardui moliminis illi judicabunt, qui vident haberi apud Scriptores practicos morbos complures, quos nec illi ipsi Scriptores, nec quisquam hactenus Medicorum sanare valuerunt* {(a) *In praefatione.*}. Culpa ciertamente grave de los Escritores, engañar al público con la ostentación de remedios, que ellos mismos experimentaron inútiles, y exponer a los pobres Médicos, que estudian sus obras, a la curación, y al pronóstico, para quedar burlados, después de gastar con varias medicinas el caudal, y la complexión de los enfermos.

8. El mismo Sydenhan en otra parte confiesa de sí, que cuando después de grande estudio, y continua observación, pensó conseguir un método seguro para curar todo género de fiebres, halló que sólo había abierto los ojos para llenarlos de polvo. Tan confuso, y perplejo se halló después de tanto estudio: *Statim didici me ideò tantum aperuisse oculos, ut pulvere, haud quaquam verè Olympico, iidem complerentur.* {(b) *In Epist. dedic.*}.

9. Algunos años después de los Autores alegados, y fue el de 1714, Mons. Le-Francois, Médico, y Doctor Parisiense, dio a luz sus Reflexiones críticas sobre la Medicina, donde no llora menos que los antecedentes los cortísimos progresos de este Arte; y hablando de los Escritores, son notables las palabras siguientes, que traduzco fielmente del idioma Francés: *La dificultad que hay en hacer observaciones con todo el cuidado, y toda la exactitud necesaria, la multitud de enfermedades diferentes, que estorba el que se encuentren muchas semejantes en sus circunstancias* [110] *esenciales, el poco caso*

que el público hizo siempre de los observadores, la estimación que por el contrario ha tenido de los inventores de sistemas, y de los que los han seguido; todo eso es causa de que entre tanto número de Tratados de Medicina, de que estamos oprimidos, se hallen poquísimos que sean muy útiles. Y aún se puede decir, que no hay ni uno solo, de quien se pueda hacer entera confianza. Si esto es así como suena, los Médicos en el ejercicio de su Arte andarán como a ciegas; porque sobre la dificultad que hay en discernir los pocos libros útiles de tantos inútiles; para estudiar por aquellos, abandonando estos (lo que muchos no son capaces de hacer, y más habiendo en esto tantas opiniones, como en todo lo demás, pues unos celebran la práctica de un Autor, y otros de otro) resta el arduísimo negocio de saber cuándo, y cómo se ha de fiar a la doctrina de esos pocos tratados útiles, y cuándo no, supuesto que no puede fiarse enteramente de ellos.

10. El mismo Autor dio a luz el año de 16 un proyecto de reforma de la Medicina, donde largamente muestra la imperfección grande, conque hoy posee el mundo este Arte; y exponiendo las causas, cuenta entre ellas la inutilidad de los libros médicos, aún con más fuerte expresión que la antecedente, pues dice así: *Los Tratados que se han escrito tocante a este Arte, están llenos de obscuridad, de incertidumbres, y de falsedades.* Y no omitiré lo que antes había propalado del estado presente de la Medicina en Francia, porque conduce mucho para nuestro desengaño: *Aunque no hay* (dice) *País alguno donde no sea menester hacer nuevos establecimientos para perfeccionar la Medicina; esta reforma es más necesaria en Francia que en otras partes; porque en ningún País hay tanto desorden en la práctica de la Medicina, como en Francia.* A vista de esto, es bien irrisible la candidez de los Españoles, que en viendo acá un Médico Francés de los que allá tienen mediana reputación, piensan que han logrado un hombre capaz de revocar las almas del otro mundo.

11. Novísimamente nuestro ingeniosísimo Español [111] D. Martín Martínez en sus dos Tomos de Medicina Escéptica, doctísimamente dio a conocer al mundo la incertidumbre de la Medicina; donde impugnando muchas máximas muy establecidas entre los Profesores, si sus argumentos no son siempre concluyentes

para convencerlas de falsas, lo son por lo menos para dejarlas en el grado de dudosas, y a veces de arriesgadas.

12. Finalmente, es cosa tan común en los Médicos de mayor estudio, y habilidad, confesar la debilidad de su Arte para expugnar las enfermedades, como en los más inhábiles ostentar gran confianza en ella, para triunfar de estos enemigos. De modo, que viene a ser ésta como señal característica para distinguir los sabios de los ignorantes: lo que expresó bien Etmulero en las palabras que arriba citamos: *Medicis ignorantibus optimè se agere opinantibus; scientibus verò tacitè ingemiscentibus, & suos defectus adhuc deplorantibus.* Y mucho antes el Conciliador en la definición que hizo del Médico malo, puso la inseparable calidad de ser perpetuo inconfitente de su ignorancia propia: *Propriae ignorantiae constantissimus inconfessor.*

13. Consideren ahora los vulgares (que en un Médico ordinario contemplan la deidad de Apolo, y en la más inútil poción de la Botica la virtud del oro potable) ¿qué confianza pueden tener de una Facultad, de quien desconfían tanto los que más han estudiado en ella? Si en los preceptos establecidos por los mejores Autores hay tanta incertidumbre, ¿con qué seguridad puede prometerles la salud un Médico, que lo sumo que puede haber hecho es tener muy bien estudiados esos mismos preceptos? Si los Profesores más insignes se hallan perplejos en el rumbo que deben seguir para curar nuestras dolencias, ¿qué aciertos se pueden esperar de los Médicos comunes? Si para combatir estos grandes enemigos de nuestra vida, se sienten sin fuerzas los Gigantes, ¿qué podrán hacer los Pigmeos? [112]

§. III

14. ¿Y qué importaría que los Autores Médicos no nos manifestasen la incertidumbre de su Arte, si sus perpetuas contradicciones nos la hacen patente? Todo en la Medicina es disputado: luego todo es dudoso. Las continuas guerras de los Médicos debieron de dar fundamento a Pedro de Apono, para decir que la Medicina no estaba dedicada a Apolo, sino a Marte; aunque Cornelio Agripa, siguiendo su genio, le da interpretación más maligna {(a) *Lib. de*

Vanit. Scient. cap. 83.}. Están, y han estado siempre más encontrados sus dogmas, que las cuatro cualidades de los humores, que señalan en los cuerpos humanos. Desde su concepción va siguiendo a la Medicina esta desdicha: pues señalan, o fingen por primer padre suyo al Centauro Chiron, Maestro de Esculapio, en quien el encuentro de dos naturalezas puede considerarse como constelación, que influyó en la Medicina, al nacer, tanta oposición de doctrinas. Fue criada después algún tiempo como niña expósita; porque no había otra regla para curar los enfermos, que exponerlos en las plazas, y calles públicas, para que los que transitaban, les prescribiesen remedios, en que precisamente habría infinita diversidad de pareceres; hasta que Hipócrates la tomó por su cuenta, para darla leche en la pequeña Isla de Coo, donde el perpetuo embate de las aguas pudo ser nuevo presagio de la interminable lucha de opiniones.

15. Inmediatos en la fama a Hipócrates, y no muy distantes en el tiempo, fueron Praxágoras, y Diocles Caristino, que alteraron algo la doctrina del prudentísimo Viejo, reduciendo el primero todas las enfermedades al desorden de los líquidos, y extendiendo éste la fuerza del número septenario, a quien Hipócrates había dado jurisdicción sobre los días críticos, a los años climatéricos. Sucedió Heróphilo, reduciendo toda la Medicina al razonamiento, y a la disputa, desviándola de la experiencia, y [113] práctica, con pésimo designio: pues fue lo mismo que apartar el Arte de la Naturaleza. Vino después Chrysipo trastornando cuanto habían dicho sus antecesores; y no mucho más fiel con él su discípulo Erasístrato, nieto de Aristóteles, mudó mucho de lo que había enseñado Chrysipo; bien que maestro, y discípulo se convinieron en desterrar de la Medicina la sangría, y la purga.

16. Conservábanse entretanto algunos restos de la antigua Medicina: hasta que Asclepíades en la edad del gran Pompeyo, echó por tierra enteramente toda la doctrina Hipocrática (a la cual insultaba llamándola Meditación de la muerte), colocando únicamente en la clase de remedios lo que podía ser alivio, y recreo de los dolientes. Conspiró con esta lisonja del gusto, para hacerle dentro de su facultad dueño del Orbe, el accidente de haber observado señas de vida en un hombre, que conducían al túmulo, y

haciéndole recobrar fácilmente, se creyó haberle resucitado. También contribuiría mucho haber desafiado públicamente a los Hados (digámoslo así) con la constante promesa de que jamás le verían enfermo: como de hecho jamás lo estuvo, ni aun para morir, pues terminó la larga carrera de su vida tropezando, y cayendo en una escalera. Themison, discípulo de Asclepíades, luego que éste expiró, alteró toda la doctrina de su maestro, y se hizo caudillo de la secta de los Metódicos, que no debió de granjearse gran aplauso en Roma, cuando Juvenal, hablando de los Sectarios debajo del nombre de su Jefe, cantó: *Quot Themison aegros autumno occiderit uno.* Floreció luego Ateneo, que atribuyó todas las enfermedades a la emanación de ciertos espíritus desprendidos, así de los cuerpos mixtos, como de los Elementos. Tras de él pareció Archígenes, Fundador de la Secta Ecléctica (cuyo asunto era recoger cuanto hallasen de bueno en las demás sectas), tan supersticiosamente observante de las reglas de su Arte, que protestaba no abandonaría jamás alguna, aun cuando de observarla se hubiese de seguir la ruina de una Ciudad. [114]

17. Pasamos por el elegante Cornelio Celso, que no muestra en sus Obras adherencia a secta alguna; y sólo observamos, que siguiendo a Asclepíades, se rió de la observación de los días críticos por números impares, que había establecido Hipócrates, para llegar a Galeno, hombre de vasta comprehensión, y sutil ingenio sin duda, capaz de reponer en la posesión del mundo la doctrina de Hipócrates, si ese hubiera sido su designio; y no antes, el de introducir la suya propia, debajo del especioso pretexto de comentar, y defender la Hipocrática, como lo logró con tan extraña felicidad, que en muchos siglos no hubo quien le contradijese, porque en la decadencia del Imperio Romano con las irrupciones de los Bárbaros, se extinguió la cultura de Artes, y Ciencias: y los Médicos, que se aplicaron a escribir, no hicieron más que copiar a los Antiguos. Por otra parte los Arabes, que se aprovecharon de este descuido de la Europa, para hacerse dueños de la Filosofía, y Medicina, fueron secuaces de Galeno; contentándose los principales, entre ellos Rasis, Averroes, Alquindo, y Avicena, con añadir discursos superfluos, y sutilezas inútiles.

18. Así se conservó por largo tiempo el dominio de Galeno,

verdaderamente tiránico, por la mucha sangre que derramó a todo el linaje humano este gran Patrono de la lanceta: hasta que al principio del siglo décimosexto de nuestra restauración, resucitando Paracelso la antiquísima Hermética Filosofía, dio sobre Hipócrates, y sobre Galeno, con tan extraña furia, que no les dejó principio, ni conclusión a vida, y al favor de algunas curas portentosas (acaso no verdaderas, porque no sé que tengamos más testimonio de ellas, que el que nos dejó su discípulo Oporino) de enfermedades, tenidas por incurables, se hizo bastante séquito; bien que él murió a los 48 años de su edad, falsificando en sí mismo la repetida jactancia, de que podía con la superior valentía de sus remedios alargar la vida a un hombre por algunos siglos. Entre los secuaces de Paracelso, Helmoncio, de quien también se [115] cuentan curas prodigiosas, añadió a las ideas de aquel, el sueño de su Archeo, o Alma del mundo, espíritu duende, que en todo se halla, y todo lo mueve.

19. Formóse después la Escuela Química, o segunda secta Hermética (como algunos la llaman), que fundada en las experiencias administradas por la violencia del fuego, no conoce otros principios, así de la constitución de los entes, como de la salud, y de las enfermedades, que el sal, azufre, y mercurio. De esta Escuela salió Takenio, levantando nueva facción, o esforzando la que ya estaba levantada, con los Acidos, y Alkalis, que vienen a ser, según su planta, los Wigetes, y Toris de la naturaleza. Este partido hizo fortuna, y le quitó Provincias enteras a Galeno; aunque sin declararse contra Hipócrates, a quien, antes bien, pretende tener por patrono.

20. Como entretanto se fuese cultivando la Anatomía, sobre sus observaciones concibieron Sylvio, Wilis, y otros, particulares designios igualmente opuestos a Químicos, que a Galénicos. Por otra parte Santorio produjo el plausible sistema de la Medicina Matemática, en que (según las reglas de la Estática, y Mecánica) se considera la alternativa fuerza de los sólidos, y líquidos de nuestro cuerpo: y todo el cuidado del Médico debe ser, como el de Catalina de Medicis en Francia, conservar el equilibrio de los dos partidos opuestos, poniéndose ya de parte de uno, ya de parte de otro; porque declarada de parte de cualquiera de ellos la ventaja, amenaza ruina a esta animada República.

21. Así se iban variando los sistemas, y destruyéndose unos a otros, cuando, o el tedio de tantos, o la incertidumbre de ellos, hizo tomar a los Médicos más advertidos otro rumbo, que fue buscar la naturaleza en sí misma, fiándose a la experiencia sola. Es verdad, que desde que el gran Bacon de Verulamio abrió los ojos a Médicos, y Filósofos, dándoles a conocer que sólo por este camino podían adelantar algo en las dos facultades, no faltaron algunos Médicos cuerdos que dieron hacia la experiencia [116] algunas ojeadas, y con este cuidado recogieron algunas observaciones, aunque por la mayor parte defectuosas, como apuntaremos adelante. En efecto esta facción tiene hoy de su parte a los Médicos de más ilustre ingenio en toda Europa; pero con la advertencia, de que los más, aunque divorciados enteramente de Galeno, no por eso dejan de militar fielmente debajo de las banderas de Hipócrates, cuya doctrina, dicen, hallan siempre en constante alianza con su experiencia propia.

22. Ballivio, bien que gran promotor de las observaciones, y declarado enemigo de los sistemas, enamorado no obstante del nuevo de la Medicina Estática, no pudo resolverse a abandonarle: a la manera del vicioso, que ama a una mujer con reprehensible ternura, al mismo tiempo que habla mal generalmente de todo el sexo. Pero en realidad este sistema no goza más privilegios que los otros, sino (como recién nacido) el de los niños hermosos, en quienes todo parece agudeza. En efecto Ballivio, intentando poner en armonía tres voces, la de Hipócrates, la de su sistema, y la de la observación, quiso establecer en este triunvirato el gobierno absoluto de la práctica médica. Y en cuanto a conciliar a Hipócrates con la experiencia, es bien escuchado de los más Médicos que hoy hay: habiéndose restablecido altamente en este tiempo la estimación de aquel discretísimo Anciano; si bien que otros más cautos pretenden que los mismos preceptos de Hipócrates se examinen con cuidado a la luz de la observación: y no falta uno, u otro, que desconfíen enteramente de su doctrina: como Miguel Luis Synapio, Médico Húngaro, que pocos años há imprimió un Tratado, con el título *de Vanitate, Falsitate, & Incertitudine Aphorismorum Hippocratis.*

23. Omitimos algunas cosas en este histórico resumen de la

Medicina, como es, la división de ella en las tres especies de Empírica, Metódica, y Racional; y los progenitores, o protectores, que en varios tiempos tuvo cada una de estas especies, por no hacer muy prolija esta memoria, [117] y porque bastan tantas contradicciones, como hemos apuntado, para conocer la grande incertidumbre de la Medicina.

§. IV

24. Y por último, después de tantos debates ¿se han convenido los Médicos? Nada menos. Ahora están, más que nunca, discordes; porque se han ido aumentando las variaciones, así como se fueron multiplicando los libros. Están hoy divididos los Profesores en Hipocráticos, Galénicos, Químicos, y Experimentales puros: porque los Paracelsistas, y Helmoncianos, casi del todo se acabaron; y según esta diferencia de clases, siguen también en la curación diferentes rumbos: porque decir (como algunos pretenden) que los Médicos que siguen sistema diverso, convienen en la práctica, es trampa manifiesta. Véase a Etmulero {(a) *Instit. Medic. part. 13. cap. 2.*}, donde dice: *Prout hypotheses Medicorum, seu judicia variant, etiam variat medendi methodus: alia nempè est Galenica, Paracelsica, Poteriana, &c.* En los libros de los que siguieron diferentes sistemas se nota un grande encuentro en los preceptos prácticos. Y no es menester más que abrir a Juan Doléo, para ver que después de exponer el juicio de cada enfermedad, según sistemas distintos, propone arreglada a cada sistema diferente cura.

25. No sólo se oponen en la curación los Médicos que siguen sistema diverso; mas también los que siguen uno mismo. Como se ve en España, donde casi todos los Médicos son Galénicos, y rarísima vez convienen en la curación dos, o tres, si los consultan separados; de donde se puede inferir, que en la conformidad que muestran después de la concurrencia, no influye tanto el dictamen, como la política. Y aún no para aquí. No sólo se advierte esta oposición entre los secuaces del mismo sistema; mas aún entre los que se gobiernan enteramente por el mismo Autor. La práctica de Lázaro Riverio es la absoluta norma de los Médicos ordinarios, los

cuales, si leen [118] otros Autores, usan de ellos, no para curar, sino para hablar: y con todo, frecuentísimamente están discordes, como todo el mundo ve; pues si el enfermo consulta a un Médico, le dice una cosa; y si a otro, otra. Uno pone los ojos en un precepto de Riverio, y otro en otro; y aun uno mismo le entienden de diferente manera, como yo he visto más de una vez. Este acusa la plétora, y ordena sangría; aquel la cacoquímia, y receta purga. Y si llega un tercero, suele hallar contraindicado en la falta de fuerzas uno, y otro remedio.

§. V

26. En tanta discordia de los Médicos, ya por la oposición de los Autores, ya por la diferente inteligencia de ellos, ya por la diversa observación, y juicio de los indicantes, ¿qué hará el pobre enfermo? ¿Llamará, si tiene en qué escoger, el Médico más sabio? Muchas veces no sabrá quién es éste. El aplauso común frecuentemente engaña; porque suelen tener más parte en él el artificio, y la política, que la ciencia. Una casualidad pone en crédito a un ignorante; y una desgracia sola desautoriza a un docto. Como sucedió a Andrés Vesalio, que teniendo por muerto a un Caballero Español, a quien él mismo había asistido, mandó hacer disección del cuerpo: pero no bien rompió el cuchillo anatómico el pecho, cuando se notaron señales manifiestas de vida; de modo que el infeliz murió de la herida, y no de la enfermedad. Mas acierte norabuena el enfermo con el Médico más docto: no por eso va más seguro. Juan Argenterio fue tenido por un prodigio de saber, y casi todos los enfermos que caían en sus manos morían, o eran precipitados en otras enfermedades peores; de modo, que llegó el caso de que nadie le buscaba.

27. Sea cuanto se quisiere un Médico docto, siempre su dictamen curativo será arriesgado, por cuanto están contra él otros Médicos también doctísimos. Todos alegan experiencias, y razones. ¿Qué Ariadna le da el hilo, ni al Médico, ni al enfermo, para penetrar este laberinto? [119] Apenas hay máxima alguna, perteneciente a la curación, que no esté puesta en controversia,

empezando desde el famoso principio, *Contraria contrariis curanda sunt.* Y sin duda este principio, tomado generalmente, o es falso, o inútil. Es inútil, si por contrariedad de parte del medicamento se entiende (como algunos entienden) la virtud expulsiva de la causa morbífica; porque en este sentido es una verdad de Pedro Grullo: y quiere decir el axioma, que la causa morbífica se ha de expeler con aquello que puede expelerla. Es falso el principio, si se entiende de la contrariedad de las cualidades sensibles: porque ni todos los contrarios de este modo son remedios; y hay infinitos remedios, que no son contrarios de este modo. Lo primero se ve, en que no se curan todas las fiebres con cosas frías, antes son desconvenientes muchísimas veces, en las cuales antes bien se debería aumentar el calor febril, que está lánguido, para promover la fermentación, y ayudar a la naturaleza en este empeño, que es el que entonces tiene entre manos, a fin de segregar por medio de ella lo que la incomoda. Lo segundo se palpa en todos los específicos; en los cuales no se percibe alguna contrariedad de cualidades manifiestas con las de la enfermedad que curan. Y si quieren entender el axioma de la contrariedad en cualidades ocultas, o como otros explican, oposición *á tota substantia,* es también inútil; porque esta oposición no la descubre la Filosofía, sino la experiencia; y después que yo por experiencia palpo que tal remedio tiene oposición con tal enfermedad, no he menester el axioma para nada. También se puede decir, que aun en este sentido el axioma es falso; porque hay medicamentos que obran, no por vía de oposición, antes bien por vía de concordia, y amistad; como los absorventes, que embeben en sí la causa morbífica, por la conformidad de sus poros con la figura de las partículas de ella.

28. Pero dejando aparte este principio (del cual, ni aun los Médicos que le veneran, se sirven para la práctica; antes sí por la práctica se gobiernan para la aplicación [120] del principio, fingiendo después, que la experiencia ha mostrado el remedio, las calidades opuestas que se le antoja en el remedio, y en la causa morbífica), descendamos a particularizar las dudas que se ofrecen sobre los remedios más comunes, para mostrar la poca, o ninguna seguridad que puede haber en ellos.

§. VI

29. El primero que se ofrece a la consideración es la sangría: remedio, que si creemos a Plinio, y a Solino, aprendieron los hombres del Hipopótamo, bruto anfibio; el cual, cuando se siente muy grueso, moviéndose sobre las puntas más agudas de las cañas quebradas, se saca sangre de pies, y piernas, y después con lodo se cierra las cicatrices; bien que por Gesnero no puede sacarse en limpio qué animal es éste, ni aun si le hay en el mundo.

30. Hipócrates fue el primero que autorizó la sangría. Después Galeno la puso en mayor crédito, dando mucho mayor extensión a su uso: y a Galeno siguieron unánimes cuantos Médicos le sucedieron, hasta Paracelso, cuya oposición no estorbó que reinase después, y reine ahora (aunque con mucha diversidad en cuanto al uso) este remedio. Ha tenido no obstante grandes contradictores, que generalmente, y casi sin excepción alguna, le reprobaron. Entre los antiguos se cuentan Crisipo, Aristógenes, Erasístrato, y Estratón: y dejando a otros, creo que también se debe contar Asclepíades. De los siglos próximos, Paracelso, Helmoncio, Pedro Severino, Crollio, el Quercetano, Poterio, Fabro, Crusio, Tozzi, y otros muchos hombres insignes.

31. Ahora, siguiendo las reglas comunes, no se puede negar, que tantos hombres, y tan grandes hacen opinión probable: y como ellos no sólo condenaron la sangría por inútil, mas también por nociva, se sigue que es probable que la sangría siempre es dañosa. Conque este riesgo se lleva cualquiera que se sangre: y aunque se me diga, que [121] aquella opinión es de pequeña probabilidad, respecto de la mucho mayor que tiene la opuesta, no me importa: lo uno, porque *Multa falsa sunt probabiliora veris*: lo otro, porque aunque el riesgo que tiene la sangría, como fundado en esta probabilidad corta, hasta ahora sea pequeño, ya le iremos abultando de modo que en la práctica suba a una estatura más que mediana. Pero conduce lo dicho para el intento, porque cuantos más capítulos concurran a fundar la duda, tanto será mayor el peligro.

32. Pero si se me dijere que aquella sentencia no es probable poco, ni mucho, por ser contra la experiencia, que constantemente muestra ser la sangría en muchos casos saludable; salga Hipócrates

a mi defensa, con la sentencia *Experimentum fallax*. En realidad, exceptuando poquísimos accidentes, en que la experiencia parece está declarada a favor de la sangría (y aun esos acaso se curarían mejor de otro modo), en lo demás está muy dudosa. Los Autores que contradijeron la sangría, no ignoraron los experimentos. No deben, pues, de ser tan claros, cuando no los rindieron a la opinión común. Los que, siguiendo ciegamente a Galeno, sangran en toda fiebre pútrida, también protegen esta práctica con la experiencia; sin embargo de lo cual la miran infinitos como barbarie; y el Doctor Martínez dice que esta máxima mató más hombres que la Artillería.

33. El fundamento de la experiencia, no siendo ésta muy constante, y muy notoria, es harto débil, porque todos le alegan a su favor. Y esto viene de que de cualquiera modo que trate el médico a los enfermos, si no les da veneno, viven unos, y mueren otros. El que está a favor del remedio aplicado, atribuye la salud al remedio, si el enfermo vive; y la muerte a la fuerza insuperable de la enfermedad, si muere. El que está contra el remedio, atribuye al remedio la muerte, si muere; y la salud a la valentía de la naturaleza, si vive. Por esta causa muchas veces achacan injustamente al Médico la muerte del doliente; y muchas le agradecen sin razón la mejoría. [122] Lo cierto es, que muchas veces vivirá, y mejorará el enfermo, no sólo ordenándole el Médico una sangría fuera de propósito, mas también aunque le dé una puñalada, porque con todo puede su complexión. En las Efemérides de la Academia Leopoldiana se cuenta de una Religiosa, que convaleció de una fiebre cotidiana, habiéndola sacado de las venas cerca de diez libras de sangre en el espacio de dos meses. Quisiera yo saber del señor Vallisnieri (que es quien participó a la Academia este suceso, a fin de hacer más animosos en la sangría a los de su profesión) ¿qué Angel le reveló que aquella Religiosa no sanaría, y acaso mucho más presto, si no se hubiera sangrado tanto? También nos resta saber cómo quedó aquel temperamento después de un combate tan rudo: pues no es dudable que algunos enfermos que escapan a pesar del violento proceder del Médico, quedan después con una complexión débil, capaz solamente de una vida breve, y penosa (triunfando entretanto el Médico, como si hubiera hecho otra cosa que dilatar la mejoría, y arruinar el temperamento): los

cuales, si se hubieran fiado a la naturaleza, o tratado con más benignidad, no sólo lograrían la salud, pero también quedarían con más robustez. El mismo Vallisnieri refiere de otro hombre, a quien se le quitó casi cuanta sangre tenía en las venas, que era muy acre, y se iba sucesivamente reparando por otra más bien condicionada. Dejo al juicio de los Médicos sabios la verdad de este suceso, entretanto que me dicen los cuerdos si será bien gobernarse por este ejemplar. Lo que hay de realidad en esto es, que Médicos tan desaforados nos ponen delante uno, u otro enfermo, cuya valiente complexión pudo lidiar con la enfermedad, y con la furia del Doctor, dejándose en el tintero a infinitos, que perecieron a sus manos. Tan falaces son como todo esto muchísimas observaciones experimentales que se hallan en los libros, y conque los Médicos quieren autorizar sus prácticas. De donde infiero, que habiendo tanta falencia en los experimentos, no parece que basta la [123] experiencia conque se protege la sangría, para hacer improbable la sentencia que absolutamente la reprueba.

34. Pero convengo ya en que sea verdadera la opinión común de que en varios casos es conveniente sangrar; y así lo creo. Réstanos la dificultad del *cuándo,* y el *cuánto.* En el *cuánto* no cabe regla fija; porque depende de la magnitud del indicante, y de las fuerzas del doliente, que un Médico juzga mayores, y otro menores. En el *cuándo* son tantas, y tan opuestas las sentencias, que no pueden menos de ocasionar en el Médico una suma confusión, y duda, así como un peligro manifiesto del yerro. Lee en unos Autores que en tal enfermedad, y en tales circunstancias es convenientísima, y necesaria la sangría. Lee en otros que en aquella misma enfermedad, y circunstancias es perniciosa; y en unos, y otros propuestas razones, y citadas experiencias. ¿Qué partido tomará? El enfermo, por lo común, no duda en obedecer al Médico; porque oyéndole hablar con confianza, piensa que en lo que ordena no hay cuestión; pero si al mismo tiempo que le decreta la sangría, escuchara veinte, o treinta gravísimos, y expertísimos Autores, que al Médico le están gritando dentro de su entendimiento, *tente, no le sangres, que le destruyes,* aunque no faltan otros que le animan, ¿qué hiciera? ¡Oh, que este Médico pesa la probabilidad de una, y otra sentencia! ¿De qué consta, que la pesa bien, cuando otros infinitos

la pesan de otro modo?

35. Los Galénicos comunes verdaderamente yo no sé cuándo lo aciertan en sangrar; pero sé que infinitas veces lo yerran, pues tienen a la fiebre pútrida por indicante general de la sangría; siendo constante, como advierten los mejores Autores, y la razón claramente lo dicta, que en muchísimas ocasiones la sangría es nociva, por cuanto estorba, suspende, o retarda la obra de la fermentación: la cual por ser remisa, antes debiera promoverse, para que la naturaleza lograse la despumación, adonde camina por medio de la fermentación. Es la fiebre instrumento de la naturaleza, para exterminar lo que la agrava, como dice [124] el incomparable Práctico en materia de fiebres, Sydenhan, y con él los más sabios Médicos de estos tiempos: *Cum & febris naturae instrumentum fuerit ad hujus secretionis opus debita opera fabricatum.* (fol. mihi 100.) Y poco más abajo: *Febris naturae est machina ad difflanda ea, quae sanguinem malè habent.* Lucas Tozzi observó que las enfermedades, donde no se suscita fiebre, son mucho más prolijas. Y todo el mundo sabe el poder de las fiebres para resolver los catarros, convulsiones, insultos de gota, y otros diferentes afectos. Por lo cual muchos siglos ha que Celso, y antes que él Hipócrates, recomendaron como útil la calentura en varios accidentes. No obstante todo esto, los Médicos comunes consideran siempre en ella un capital enemigo, contra quien deben proceder con sangría, y purga, que es lo mismo que a sangre, y fuego. Yo por mí digo lo que Etmulero, que después de referir las observaciones de algunos Autores, que hallaron en cadáveres de febricitantes toda la sangre consumida por el ardor de la fiebre, de donde infiere cuan inicuamente ayuda a evacuarla la lanceta, concluye así: *Itaque ego cum ejusmodi lanionibus, & sanguisugis non facio, qui vitae thesaurum tam inutiliter obliguriunt.*

36. Y no omitiré aquí que las señales que toman los Médicos de la misma sangre, para conocer su bondad, o malicia, son muy falaces: ya porque se altera sensiblemente luego que sale de sus vasos: ya porque cada individuo tiene sangre diferente, y esa le conviene de tal modo, que no pudiera vivir sin aquella misma sangre que al Médico le parece mala: por cuya razón probó tan mal la invención de transfundir la sangre de un hombre sano en las

venas de un enfermo. Este es el sentir de Etmulero, ibi {(a) *Instit. Medic. cap.* 4.}: *Judicium quod attinet de sanguine vena secta emisso, hoc non immeritò rejicit Helmontius, cum unusquisque homo peculiarem suum habeat sanguinem, & in sanitatis latitudine maxima sanguinis sit varietas.* Ya en fin, porque el [125] vario color de la sangre suele nacer de otros principios muy diferentes de los que juzgan los Médicos. El célebre Anatómico Filipo Verheyen observó que mezclado el espíritu de vitriolo a la sangre, la ennegrece: luego no es la negrura de la sangre fija señal de adustión. Y él mismo también experimentó que los Alkalis la ponen más rubicunda. En fin, quien sabe que dos gotas de un color rubicundo, cual es la Leche Virginal, dan color de leche a una escudilla de agua, no hará caso alguno de lo que la Filosofía ordinaria discurre en orden a las causas de la diversidad de colores.

§. VII

37. De la sangría pasemos a la otra pierna de la Medicina (por usar de la metáfora de Galeno), que es la purga. Todos los Médicos unánimes reconocen en los purgantes más, o menos cualidad deleteria, o maligna, por donde siempre tienen algo de nocivos. Si son útiles en tales, o tales enfermedades, en tal, o tal tiempo de ellas, está en cuestión. Conque el daño es cierto, y el provecho dudoso.

38. Los que son amigos de medicinarse, están en fe de que los purgantes sólo arrancan del cuerpo los humores viciosos: error en que yo también estuve algún tiempo, y de que me desengañó no menos mi experiencia propia, que algunos buenos Autores que he leído. Es cierto, pues, que indiscretamente segregan lo útil, y lo inútil, y que colicuan, inficionan, y precipitan, envuelto con los humores excrementicios, el mismo jugo nutricio.

39. También se debe advertir, que no todo lo que se llama humor excrementicio, por ser incapaz de nutrir, se ha de considerar como inútil en el cuerpo; pues mucha parte de él tiene sus oficios, y la naturaleza se sirve de él para algunos usos: como del humor bilioso, para la precipitación cotidiana de las heces gruesas, y del

ácido del estómago, para excitar el apetito. Y así, los purgantes de muchos modos dañan; ya con la mala impresión de su cualidad deleteria, ya arrancando del cuerpo [126] mucha parte del jugo nutricio, ya evacuando lo que, aunque incapaz de nutrir, es necesario para algunas funciones naturales. A que se puede añadir el inconveniente de conducir parte de los excrementos por las vías que la naturaleza no tiene destinadas para su expulsión: lo que verisimilmente no puede ser sin algún daño de las mismas vías; pues si los humores acres se encaminan violentamente por conductos estrechos, y que no tiene poros acomodados a las partículas de los humores, no pueden menos de hacer algún estrago en las fibras.

40. La división de los purgantes, por el efecto que hacen en los humores, a que son apropiados, de modo que unos purgan la cólera, otros la flema, &c. aunque muy recibida, es división imaginaria en sentir de Autores muy graves: los cuales aseguran que no hay purgante que no evacue indiferentemente todo género de humores, como esté dentro de la esfera de su actividad; esto es, a distancia donde él pueda obrar: y que el vario color de los excrementos, según la variedad de los purgantes (que es lo que en esta materia ha engañado), procede de la tintura que el mismo medicamento le dió al humor. Lo que yo puedo asegurar es, que si un hombre, el más bien templado, repite el purgarse con epithimo (que se tiene por apropiado para la melancolía, por la negrura de las heces que segrega), siempre arrojará humores negros, o nigricantes. Esto lo sé con toda certeza: y es imposible hallarse tanto humor melancólico, no digo yo en un cuerpo sano, mas ni aun en seis hipocondríacos, cuando es el humor de que hay menos copia en nuestros cuerpos.

41. Diráseme acaso, que no obstante la conocida lesión de los purgantes, y que estos expelan lo útil con lo vicioso, pueden convenir, cuando suceda serle a la naturaleza más nociva la retención de lo vicioso, que la expulsión de lo útil.

42. Esto es cuanto puede decirse a favor de los purgantes. A que respondo lo primero, que deberá asegurarse bien el Médico de estar las cosas en esa positura: porque si no, [127] hará lo que los Otomanos en el sitio de Rhodas, que estando algunas Tropas suyas empeñadas en el asalto, mezcladas ya con los Cristianos de la

guarnición, los Turcos del Campo con bárbara furia a unos, y a otros asestaron la Artillería, e hicieron en los suyos, y en los enemigos igual estrago.

43. ¿Pero cuándo llega el caso de tener esa seguridad el Médico? En las enfermedades comunes rarísima vez, y aun no sé si alguna. ¿Dúdase entre los Médicos, si en los principios de las fiebres, se puede, o debe purgar? El famoso Aforismo de Hipócrates: *Concocta medicari oportet,* lo prohibe, menos en caso de turgencia; y manda esperar a que la materia esté cocida para purgarla: pero aquí de Dios. Cuando la materia está cocida, la naturaleza la segrega por sí misma, como cada día se experimenta: con lo que es excusada la purga: y administrarla entonces sería lo mismo que acudir las Tropas auxiliares a sus aliados cuando ya van de vencida los enemigos. La razón y la experiencia me han persuadido firmemente a que la naturaleza jamás deja de perfeccionar esa obra; salvo que en algún raro acontecimiento sea detenida por un revés extraordinario. Dicen que es de temer la recaída, si no se purgan los enfermos después de cocida la materia. Pero sobre que esto no es ya curar la enfermedad que se tiene presente, sino precaver la venidera, pregunto: ¿de dónde sabe el Médico, que las recaídas que se experimentan, nacen de la falta de purga en aquella sazón? Recaen unos que se purgan, y otros que no se purgan: por donde yo sospecho que no viene de ahí la recaída, sino de alguna porción de materia morbífica, no sólo incocta, pero que ni aun se había puesto en movimiento para cocerse en todo el tiempo de la enfermedad antecedente, y después se pone con mayor peligro del enfermo, porque encuentra sus fuerzas quebrantadas del primer choque. No sea esto cierto: por lo menos es dudoso: y basta la duda para quitarle al Médico la seguridad de ser entonces necesaria la purga.

44. Vamos a la turgencia, en que se considera la purga [128] inexcusable a los principios de la enfermedad. También en este caso hizo dudosa la necesidad de la purga el eruditísimo Martínez. Porque siendo la turgencia un movimiento inquieto, y desenfrenado del humor, que, por la amenaza de echarse sobre parte príncipe, pide expelerse porción de él a toda costa, este movimiento se experimenta en el principio de las viruelas; y con todo no purgan entonces los mejores prácticos. De esta suerte el uso de los

purgantes todo está lleno de dudas, y riesgos.

45. Advierto, en fin, que aun prescindiendo de los peligros que amenazan los purgantes, no tienen tampoco las fuerzas que se les atribuyen para exterminar del cuerpo la materia morbífica. En un tiempo, que yo tenía más fe con ellos, los usaba en unas indisposiciones, que de tiempos a tiempos padecía, y aún hoy padezco, cuyos ordinarios síntomas son pesadez de los miembros, decadencia del apetito, y aun alguna opresión de las facultades del alma, y suelen durar dos meses, ya más, ya menos. Persuadíame yo, consintiendo en ello los Médicos, que todo esto procedía de la carga de humores excrementicios; y por consiguiente, que el remedio estaba en los purgantes. Pero protesto que jamás experimenté algún alivio en ellos, aunque por el espacio de siete años, cuando ocurrían semejantes indisposiciones, usé de casi todo género de purgantes, variando, así la especie, como la cantidad, de muchas maneras; y lo mismo digo del modo de régimen. Más hay en esto; y es, que comúnmente todo este mal aparato terminaba prorrumpiendo algunos pocos granos, ya en esta, ya en aquella parte del cuerpo. Cavilando sobre esta experiencia repetida, vine a dar en el pensamiento, de que muchos de nuestros males vienen de una pequeñísima porción de materia, que se há como un fermento de mala casta; y por hallarse altamente intrincado en el cuerpo, o por otra razón, que yo no alcanzo, no está sujeto a la acción de los purgantes, sino a la naturaleza sola, la cual tiene sus períodos establecidos para disponer su expulsión, sin que puedan hacerle acelerar el curso todas las [129] espuelas de la Botica; y en llegando el plazo, en una pústula, o en unos granillos desaloja aquel enemigo, de grandes fuerzas sí, pero de mínima estatura. Estuve algunos años en esta sospecha con la desconfianza que me ocasiona la cortedad de mi conocimiento, hasta que leyendo alguna vez a Etmulero, tuve el consuelo de hallar patrocinado por este grande Autor puntualísimamente mi pensamiento, aunque de paso. Después de tratar {(a) *Part. 3. Instit. Medic. cap. 5.*} del grande estrago que hacen en el cuerpo los purgantes, acusándolos también de ineficaces, dice así: *Sanè fermenta morbosa minima illa non attingunt. Hinc subinde post repetitum licet purgantium usum, nihilominus morbi contumaces persistunt.* De modo, que venimos a parar en que los

purgantes, sobre los muchos daños que ocasionan, respecto de la materia morbífica, se andan por las ramas, exceptuando cuando esta está en las primeras vías: que en ese caso no es dudable su utilidad; pero es muy dudable no pocas veces el caso; pues entre los Médicos frecuentemente se disputa si el vicio está en las primeras vías, o no.

46. En cuanto a la elección de purgantes, cada Médico tiene su antojo; y apenas hay purgante que no tenga sus especiales apasionados. Comúnmente se prefieren los que evacuan con quietud, y sin mover retortijones en los intestinos. Yo confieso que tengo en este punto mi recelo de que la elección es errada; porque acaso los retortijones no vienen del medicamento inmediatamente, sino del humor acre, movido por él; y siendo así, se deberán preferir los purgantes, que inquietan los intestinos, porque son los que expelen los humores más acres, y abandonar la hipócrita blandura de los que evacuan tranquilamente: lo cual podría provenir de que por su malignidad oculta colicuan mayor porción del jugo nutricio, cuya dulzura embota la acrimonia de los humores excrementicios, para que al salir no exciten dolores. Si los purgantes fuesen electivos; se podría discurrir que estos purgantes pacíficos sólo [130] evacuan los humores blandos, e inocentes, que por ser de tan buen genio, no excitan tumulto alguno en los lugares por donde transitan. Esto sólo es pensamiento mío, el cual sujeto dócil al examen de cualquiera Médico docto, como otro cualquiera en que no esté patrocinado de algún Autor clásico.

47. Después de las purgas, es natural decir alguna cosa de sus camaradas, y substitutas las ayudas; de las cuales se sirven los Médicos, cuando no ha lugar a aquellas, para laxar el vientre, siempre que él no está laxo por sí mismo, en suposición de que el uso de ayudas blandas nunca tiene riesgo. Pero el supuesto no es tan cierto; porque el famoso Sydenhan prohibe severísimamente el uso de ellas, como de todas las demás evacuaciones, en todas aquellas fiebres donde el movimiento fermentativo sea algo remiso, porque le hacen más lento. Y no sólo esto, sino que generalísimamente en todas las fiebres, en el tiempo de la declinación, las condena, en tanto grado, que dice de sí, que durante la declinación ponía estudio en conservar el vientre del febricitante adstricto: *Atque mox ad alvum adstringendam memet*

accingo. Y bien saben los Profesores, que en el modo de tratar los febricitantes Sydenhan, por sí solo hace opinión probable. Conciérteme, pues, estas medidas el que quisiere defender la coherencia, y seguridad de los preceptos médicos.

§. VIII

48. En fin, no hay cosa segura en la Medicina. Este Médico detesta el remedio que el otro adora. ¿Qué maldades no acusan unos, y qué virtudes no predican otros del Helleboro? Lo mismo del Antimonio. La pedrería, que hace el principal fondo de los Boticarios, es reprobada, no sólo como inútil, mas aun como nociva, por excelentes Autores. Y yo por lo menos creo que sirve más la menos virtuosa hierba del campo, que todas las esmeraldas que vienen del Oriente. ¿Qué diré de tantos cordiales, que lo son no más que en el nombre? El oro alegra el corazón, guardado en el arca, no metido en el [131] estómago. ¿Y cómo ha de sacar nada de él el calor nativo, si no puede alterarle poco, ni mucho el más activo fuego? La virtud de la piedra bezoar, que entra en casi todas las recetas cardiacas, es una pura fábula, si creemos, como parece se debe creer, a Nicolao Bocangelino, Médico del Emperador Carlos V, y a Gerónimo Rubeo, Médico de Clemente VIII, que habiendo usado muchas veces de bezoares recomendadísimas, que estaban en poder de Príncipes, y Magnates, jamás experimentaron en ellas alguna virtud. Lo mismo asientan otros muchísimos.

49. Los remedios costosos, y raros son del gusto de muchos Médicos, y del de todos los Boticarios. No les falta ya a algunos más que recetar, como dijo Plinio, las cenizas del Fénix: *Petitis etiam ex nido Phoenicis, cinereque medicinis.* Lo mismo digo de los remedios exóticos, y que vienen de lejas tierras. En ellos tienen sus cuentos los Médicos para la ostentación de su Arte, y los Droguistas para aumento de su caudal; pero, como dice el mismo Plinio en otra parte, y la experiencia enseña, son mucho más útiles, y seguros los remedios baratos, y caseros: *Ulceri parvo medicina à rubro mari imputatur; cum remedia vera pauperrimus quisque caenet.*

50. Mons. Duncan, Doctor de Mompeller, refiere de otro famoso

Médico Francés, que recetaba el café universalmente a todos sus enfermos. Con todo, los más están hoy persuadidos a que ni del thé, ni del café se puede esperar mucho provecho. Aun los específicos más notorios no están exentos de ser cuestionados. La quina ya se sabe que tiene muchos enemigos; y lo que es más que todo, Fernelio declamó contra el mercurio, aunque contra toda razón, cuando todo el mundo experimenta la valentía singular de este generosísimo remedio.

51. A esta inconstancia de la Medicina, por la oposición de dictámenes, se añade lo que alteran las modas; las cuales no tienen menos imperio sobre la arte de curar, que sobre el modo de vestir. Al paso que van cobrando crédito unos medicamentos, le van perdiendo otros. Y a la [132] Medicina le sucede, con los remedios que propone, lo que a Alejandro con los Reinos que conquistaba, que al paso que adelantaba sus empresas, iba perdiendo mucho de lo que dejaba a las espaldas. Todos los remedios en su primera composición fueron celebradísimos: de aquí vienen aquellos epítetos magníficos, que establecieron como renombres suyos, agua angélica, jarabe áureo, y otros semejantes. Y hoy ni el jarabe áureo, ni la agua angélica, ni las píldoras *sine quibus,* ni todas las otras, a quienes dio estimación el recomendadísimo azibar, se atreven a musitar delante de la sal de Inglaterra, que para mí es un remedio sospechoso, por el mismo caso de purgar con tanta suavidad. Pero ya a éste, y a otros, que hoy reinan, vendrán quienes los derriben del solio; porque siempre fue esta la suerte de la Medicina: *Mutatur ars quotidie interpolis, & ingeniorum Graciae flatu impellimur.*

52. ¿Y qué diré de las virtudes, que falsamente se atribuyen a muchos remedios? Bástame en este punto la autoridad de Valles, que asegura, que en ninguna materia hablan los Médicos con menos verdad, o fundamento, que en esta: *Facilè concesserint nulla de re nugari magis Medicos, quàm de medicamentorum viribus.* {(a) *Philos. Sac. cap.* 75.}

§. IX

53. Concluiré el desengaño de los remedios con la importante

advertencia, de que aun siendo escogidos, y apropiados, dañan cuando son muchos: *Impediunt certè medicamina plura salutem.* En esto yerran infinito los Médicos vulgares: *Tyrones mei* (exclama Ballivio) *quàm paucis remediis curantur morbi! Quàm plures è vita tollit remediorum farrago!* Sydenhan se lamenta del mismo desorden en varias partes, persuadiendo a los Médicos que se vayan con pies más perezosos en ordenar remedios, y que fíen mucho más de la naturaleza; porque es un grande error pensar que siempre necesita ésta de los auxilios del Arte: [133] *Et sanè mihi nonnumquam subiit cogitare nos in morbis depellendis haud satis lentè festinare, tardius verò nobis esse procedendum, & plus saepè numero naturae esse committendum quàm mos hodie obtinuit; errat namque, sed neque errore erudito, qui naturam artis adminiculo ubique indigere existimat.*

54. Es verdad que en esta infame práctica menos influyen los Médicos, que los mismo enfermos; los cuales los están importunando para que receten todos los días, y casi todas las horas. Este, acaso, es el mayor error del vulgo en el uso de la medicina. Tienen por Médico sabio a aquel que sin cesar amontona medicamentos sobre medicamentos; y aun después que con este tirano, y homicida procedimiento llevó el enfermo a la sepultura, dicen que hizo cuanto cabía en el arte de la Medicina; siendo así que hizo cuanto cabía en la más estúpida ignorancia, o en la más criminal condescendencia. Estos Médicos oficiosísimos, que recetan siempre que se lo piden los enfermos (dice Leonardo Botalo, Médico de Enrico III de Francia), son los más perniciosos de todos: *Cum officiosissimi esse volunt, tunc sunt maximè noxii.*

55. Los que defienden el dogma de los días decretorios, no tienen que responder otra cosa a la objeción que se les hace, de que la experiencia no los demuestra, antes lo contrario, sino que el uso intempestivo de los remedios estorba, y a veces precipita a la naturaleza su curso; pero de aquí salen dos consecuencias. La primera es, que todos los Médicos pecan en el abuso de los remedios; pues ninguno hay, si quiere confesar ingenuamente la verdad (como asegura Lucas Tozzi), que observe constantes las crisis, según los períodos señalados. La segunda es, que deberá estarse el Médico tan quieto, por no turbarle a la naturaleza su operación, que apenas le ordene remedio alguno, pues ninguno hay

que no altere poco, o mucho. Pero sobre esto ya dijo harto el Doctor Boix; cuyas reglas no sé si se deben seguir en todo: sólo sé que la multitud de remedios, que aplican los Médicos vulgares, no puede [134] menos de debilitar mucho a la naturaleza (y esto puntualmente en aquel tiempo en que ella necesita de más vigor, por hallarse en actual combate con su enemigo), y turbarla la operación que tiene entre manos, de preparar la materia morbífica para la segregación.

56. A los Médicos incapaces, que por ignorancia pecan en esto, es ocioso persuadirlos; porque siempre la necedad es indócil. Lo mismo digo si hay uno, u otro, que aun con conocimiento de que daña, receta mucho, por ser amigo del Boticario, o porque él también se interesa en el consumo de los medicamentos; pues la alma de ese más deplorada está que la salud de ningún doliente. Y digo si hay uno, u otro; porque pensar que por lo común los Médicos son tan inicuos, sólo cupo en la insolente maledicencia de Enrico Cornelio Agripa {(a) *Lib. de Vanit. Scient.*}, con ser él de la profesión. Antes bien he observado ser por lo común los Médicos hombres de honesto proceder: lo que atribuyo a que en los cuartos de los enfermos, especialmente si están peligrosos, se oyen casi siempre palabras de edificación, y se ven ejemplos de cristiana piedad.

57. Sé que hay algunos, y no pocos, que recetan más de lo que les dicta la razón, a fin de conservar su crédito; porque ven que los desestiman, y aun los desechan, y llaman a otros, si cada día no ordenan algo de nuevo. A estos los reconvendré con la gravísima obligación que tienen en conciencia, de no pasar por respeto alguno, ni de conveniencia, ni de honra, de aquella raya que les señala su conocimiento: siendo cierto, que ni el riesgo de ser menos buscados de los enfermos, ni el de que los desacrediten los Boticarios, ni el de que los tengan por ignorantes los necios, los excusará de ser reos en los ojos de Dios de cualquiera daño que por su exceso en recetar sobrevenga a los dolientes.

58. Muchos toman un camino medio, que es recetar para cumplir; esto es, ordenar unas cosillas leves, que aunque [135] no harán provecho, tampoco se teme de ellas daño alguno; pero si lo que ordenan está dentro de la clase de los medicamentos, no puede

menos de alterar; y por consiguiente, si no aprovecha, forzosamente ha de dañar poco, o mucho. Sobre esto tampoco puede el Médico hacer gastar a los enfermos su caudal en lo que no les ha de aprovechar, y quedará obligado a la restitución sin duda, y sin que le aproveche decir que los enfermos lo quieren así: pues ciertamente los enfermos no quieren gastar en lo que el Médico sabe que no les ha de servir; y como él esté constante en desengañarlos de la inutilidad del medicamento, bien cierto es que no darán por él un cuarto.

§. X

59. Después que he señalado tantos capítulos, que concurren a hacer incierta la Medicina, veo que me dirán algunos: ¿pues qué han hecho la experiencia, y la observación de tantos siglos, que no han desengañado de lo que daña, y de lo que aprovecha? Pero a esto tengo respondido con lo que dije arriba de la falibilidad de la experiencia: a que añado, que las observaciones que se hallan recogidas en algunos Autores, tan lejos están de desengañar, que engañan más; porque son tan defectuosas, que ni merecen el nombre de observaciones: ya porque muchas se fundan sobre una experiencia sola, en que por infinitos capítulos cabe falencia, ya porque tal vez la insinceridad del Médico ostenta un suceso, en que probó bien el remedio, y calla dos, en que probó mal: ya porque no se señalan exactamente las circunstancias, siendo muchísimas las que pueden concurrir, para que dentro de la misma especie de enfermedad, el mismo remedio una vez aproveche, y otra dañe: ya porque en el caso que señala la observación, se aplicaron diferentes remedios inconexos, y no es fácil saber a cuál se debe la cura, aunque el Médico quiere atribuirlo al que es de su invención, u de su cariño; y si concurren sucesivamente diferentes Médicos, cada uno atribuye la salud al que él decretó, aunque [136] la mejoría no se lograse entonces, sino mucho después, lo cual bien podría suceder: ya porque las más enfermedades, cuya cura se propone en las observaciones, son curables por la naturaleza sola, y de hecho cada día se ven curar sin remedio alguno: y así no puede saber el

Médico si a él, o a la naturaleza se le debe la mejoría.

60. Todo el mundo tiene presentes las Observaciones de Riverio, que no son las que corren con menos aplauso. Y subiendo el número a cuatro centenares, apenas se hallará una, que no sea defectuosa por alguno de los expresados capítulos. Es cosa graciosa verle jactar a este Autor de que curó una cólica biliosa {(a) *Centur. 4. observ. 75.*} con cuatro sangrías, y cuatro purgas, entreveradas con ayudas, emolientes, anodinos, y otros remedios, en que necesariamente se habían de consumir muchos días; cuando se termina en menos tiempo, por lo común, esa enfermedad, entregada a la naturaleza, o manejada con mucho menos medicina. Es muy creíble que en aquel caso mejoraría más presto el enfermo, si no le hubiera gastado tanto las fuerzas la fiereza del Médico. ¡Cuántas veces, habiéndose interpolado varios remedios, atribuye la victoria, no más que porque quiere, a su agua theriacal, o a otro medicamento de su invención! Es mucho lo que podía decir de la inutilidad de estas observaciones, que sólo en el nombre son tales. El hacer observaciones fructuosas pide gran sabiduría, gran perspicacia, y gran sinceridad, y estas prendas juntas no se hallan a cada paso. Es verdad que entre los Autores modernos algunos han trabajado en esta materia con mucho mayor cuidado, y discreción que los antiguos: y si los demás que van sucediendo los fueren imitando, puede esperar muchos adelantamientos la Medicina, que hasta ahora está muy imperfecta. [137]

§. XI

61. No sé si será muy grato a los Médicos este desengaño que doy al público de la incertidumbre de la Medicina. A lo que puedo discurrir, de algunos desde luego me puedo prometer el enojo. Supongo declarados contra mí a los de corto estudio, y aún más limitado entendimiento: porque estos juzgan que tienen un tesoro de infalible doctrina en aquel Autor a quien dieron la obediencia. A que se añadirá el temor de que si se da en ahorrar de medicinas, también se ahorrará de Médicos: y en ese caso serán algunos de ellos descartados. Pero en este punto pueden vivir sin cuidado;

porque el mundo siempre será el mismo que fue: ni hay ingeniero capaz de torcer el curso a los impetuosos ríos de preocupaciones, y costumbres universales. ¡Cuánto declamaron contra Médicos, y Medicina, y pasando mucho, a la verdad, la raya de lo justo, en España Quevedo, en Italia el Petrarca, en Francia primero Montaña, y después Moliere! Sus escritos son leídos, y celebrados; pero las cosas se quedaron como estaban. Yo me contentára con persuadir a algunos pocos que se acaban la vida con los mismo medios que buscan para restablecer la salud.

62. Entre los Médicos discretos, y doctos, habrá de todo; porque algunos son de candor tan generoso, que ellos mismos propalan la insuficiencia de la Medicina, y su perplejidad propia: pero a otros, que no son dotados de ánimo noble, no les desagrada ver que se confíe en la Medicina mucho más de lo que se debe: y como esta estimación del arte para por reflexión en los Profesores, no los lisonjeará mucho quien los litigue esa posesión. Acaso este motivo fue el que ensangrentó algunas plumas contra el Doctor Boix, cuya sinceridad, y celo del bien público merecían diferente tratamiento.

63. Y que algunos Médicos doctos por pura política, ocultan lo que sienten de la ninguna seguridad de su arte, consta por experiencia. Ballivio, que larguísimamente se lastima del infeliz estado en que se halla la Medicina, sin [138] embargo se vuelve más de una vez contra algunos pocos Autores, que manifestaron al mundo su falencia, tratándolos de imprudentes, porque con este desengaño desautorizaron a los Profesores. Gaspar de los Reyes en su Campo Elisio {(a) *Quaest.* 20.} pone en tan alto punto los riesgos de su profesión, que no encuentra caso alguno en que el Médico obre con seguridad del acierto. Así dice, hablando de sí, y de los demás: *Quis enim est, qui semel non erret? Aut quis, qui semel tantum erret? Dubito an semper non erremus.* No digo yo tanto. En otra parte asienta que frecuentemente yerran las curas los Médicos más sabios: *Perfectissimi saepè Medici in varios rapiuntur errores.* Sin embargo, este desengañado Médico no fue desengañador en igual grado; porque después de advertir que a los discretos, y doctos pueden confesar los Médicos sus errores, como a gente que conoce la oscuridad suma, y dificultad insuperable de la Medicina; añade que se los oculten al ignorante, y rudo vulgo, el cual imagina en el

Médico mucho mayor conocimiento del que verdaderamente tiene, ni puede tener: *Caeterùm apud rude, & indoctum vulgus, & quod in Medico plus credit, quam habet, aut habere potest, si quando errare contingat, ego tacere potius duxerim, quam peccatum fateri.* Concluyendo con la razón de que esta confesión de los errores propios no le sirve de nada, ni al Médico, ni al enfermo: *Praesertim cum ex tali confessione nihil utilitatis aegro, aut Medico accedere possit.*

64. Pero yo por el contrario, hallo grande utilidad de los enfermos, y no poca de los Médicos, en este desengaño. De los enfermos: porque instruidos de la poca seguridad, que hay en la Medicina, de que apenas hay remedio, que carezca de peligro: que los Médicos más acreditados de sabios cometen varios errores: que muchas veces que convalecen de sus dolencias, sólo a la naturaleza deben la mejoría, y al Médico no más que la mala obra de retardársela, con otras cosas a este tono; se irían más poco a poco [139] en medicarse: conque conservarán más enteras sus fuerzas; no gastarán inútilmente, a veces con notorio daño, en las Boticas el dinero que necesitan para otras cosas; dejarán a la naturaleza aquellos accidentillos de poca monta, que ella por sí misma cura, y en los cuales, dado que la Medicina pueda ayudar algo, más es el daño que hace por otra parte: contentaránse con arreglar el régimen, y cuando más tomar una, u otra vez alguna cosita muy leve en las indisposiciones habituales, que vienen del nacimiento; sabiendo, que como inseparables del temperamento, no se las podrá curar Médico alguno del mundo; por más que les hablen de curas radicales, que no hay *in rerum natura.* Con este desengaño muchas señoras delicadas dejarán de ser molestas a sus maridos, y familias, servirán útilmente al público muchos hombres, que se hacen inútiles, por estar medicándose a cada paso. Estos, y otros muchos provechos, que traerá el conocimiento de lo poco que se puede esperar de la Medicina, me movieron a hacer esta advertencia al público; y los Médicos deben en conciencia, como dije arriba, concurrir por su parte al desengaño.

65. A los Médicos mismos les está esto muy bien: por lo menos a los doctos, y acreditados de tales; pues a estos nunca les faltarán salarios, y empleos: suponiendo que nunca ha de llegar el caso, ni es razón de echar a todos los Médicos del mundo, como se dice que en

un tiempo los echaron de Roma; y por otra parte no serán molestados sin propósito, y sin necesidad, de enfermos, y aun de sanos impertinentes, y ridículos. No los llamará a cada paso, ni la melisendra, que todas las horas quisiera que la estuviese tomando el Doctor el pulso; ni el maníaco por naturaleza, enfermo imaginario, como el de la Comedia de Moliere, que está dando gritos cuando no le duele nada; ni el viejo semidecrépito, que juzga que pueden alejarle muchas leguas de la sepultura las drogas de la Botica. Con esto tendrán más tiempo para estudiar, y para reflexionar sobre lo que estudian, y lo que experimentan, como también [140] para asistir a las disecciones anatómicas: los más eminentes estarán más desocupados para escribir libros. De esta suerte los Médicos se harán más doctos, y la Medicina irá dando cada día hacia la perfección, de que es capaz, algunos pasos.

66. Yo no estoy mal con la Medicina; antes la amo mucho. Sé que el Espíritu Santo la recomienda: aunque alguno pudiera responder que la Medicina recomendada en la Escritura no es la que hoy se practica. Es cierto que hay males que no puede vencer la naturaleza por sí sola, y los vence con el auxilio de la medicina, como se palpa en la infección venérea. Confieso que en los males de manifiesto peligro es prudencia acudir a su socorro, y que muchas veces la prontitud repentina del efecto saludable mostró ser causa suya el remedio dado a tiempo; porque la naturaleza por sí sola no acostumbra esas mudanzas repentinas: que han hecho muchos milagros el opio, la quina, los eméticos, y otros muchos medicamentos de manifiesta actividad; sólo estoy mal conque las promesas del Médico se extiendan adonde no llegan su ciencia, y su poder; y que cuando va palpando sombras, se ostente coronado de rayos.

67. Si acaso en una, u otra expresión he figurado los riesgos de la curación algo más abultados de lo que dicta la razón, eso mismo pudo ser prudencia, que tiene en su patrocinio altísimos ejemplos: porque estando el vulgo tan torcido hacia el extremo de un ciego asenso a todos los preceptos del Médico más ignorante, es menester inclinarle algo al extremo opuesto, para que quede en la rectitud debida. Y si bien que yo en todo este Discurso he hablado debajo de la sombra de ilustres Autores Médicos, pues lo que he dicho de mi

propia advertencia, lo he propuesto, no como regla, sino como duda; si alguno se complaciere en contradecirme, me dará ocasión de añadir, en escrito aparte, mucho que he omitido en este asunto, por no hacer el Discurso demasiadamente largo.

68. Y concluyo exhortando a todos, que en la elección [141] de Médico, tengan presentes las siguientes circunstancias. La primera, que sea buen Cristiano; porque teniendo presente la estrecha cuenta que ha de dar a Dios de sus descuidos, atenderá con más seriedad al cumplimiento de su obligación, y se aplicará con más conato al estudio de su facultad. La segunda, que sea juicioso, y de temperamento no muy ígneo; porque aun en los más discretos el fuego del natural suele llenar de humo la razón. La tercera, que no sea jactancioso en ostentar el poder, y seguridad de su arte; porque siendo cierto que no hay tal seguridad en ella, es fijo que el que la propone tal, o es muy ignorante, o muy engañador. La cuarta, que no sea adicto a sistema alguno filosófico, de modo que regle por él la práctica; porque este está, sin comparación, más expuesto a errar, que el que se gobierna por la experiencia, así suya, como de los mejores Autores prácticos. La quinta, que no sea amontonador de remedios, especialmente mayores, salvo en caso de una urgencia apretadísima, que no conceda tregua alguna: teniendo por cierto que todo Médico que decreta, y receta mucho, es malísimo Médico, aun cuando supiese de memoria todo cuanto se ha escrito de la Medicina.

69. La sexta, que observe, y se informe exactamente de las señales de las enfermedades, que son muchas, y se toman de muy varias fuentes. Los Médicos comunes, en tocando el pulso, y viendo la orina, y eso bien de paso, al instante toman la pluma para la receta. El pulso es una señal muy oscura, y la orina muy falible; ni se puede hacer concepto algo seguro de la enfermedad, y de sus causas (salvo una, u otra vez, que están muy a la vista) sin atender al complejo de muchas circunstancias, ya concomitantes, ya antecedentes. Por no detenerse los Médicos en esto, se ocasionan tan graves errores en la capitulación de las enfermedades. ¡Cuántas veces un costado se declara por flato, y al contrario!

70. La séptima, que correspondan por lo común los sucesos a sus pronósticos. Digo *por lo común,* porque acertar [142] siempre en

esta materia, no es de hombres sino de Ángeles. Casi con esta advertencia se excusaban todas las antecedentes; pues con ella sola puede conocer el hombre más rudo cuál Médico es sabio, y cuál ignorante. El que tiene acierto en pronosticar, es cierto que conoce el estado presente de la enfermedad; pues sólo por lo que hay ahora, se puede conocer lo que ha de suceder después. Al contrario, el que comúnmente yerra los pronósticos, es fijo que no sabe palabra de Medicina. Así como el que en los Almanaques errase los tiempos de las lunaciones, y de los eclipses, nadie dudaría de que no sabía palabra de Astronomía.

71. Algunos consideran el arte de pronosticar como una facultad separable de la curativa; y así, suelen celebrar a un Médico para el pronóstico, y a otro para la cura. Es notable error; pues por lo que dijimos, es imposible que acierte con la cura, el que yerra el pronóstico. Este yerro depende de que no hizo recto juicio de la enfermedad; y errando el concepto de la enfermedad, ¿cómo ha de acertar con la curación, si no es que sea por mera casualidad? Aun cuando fuera posible curar mal el que pronostica bien, y curar bien el que pronostica mal, se debiera hacer más estimación del primero que del segundo. La razón es fuerte, y grande; porque de errar la cura, sólo se arriesga la salud temporal del cuerpo; de errar el pronóstico, se arriesga muchas veces la salud eterna de la alma. En una enfermedad maligna, y alevosa dice el Médico ignorante que no es nada; que aquello es una ligera crudeza del estómago, que se quitará el día siguiente con un jarabillo. Con esto descuidan el enfermo, y los asistentes de las prevenciones cristianas conque se debe esperar la muerte. Entretanto la repentina escalada de un delirio ocupa el alcázar de la razón, y viene a morir el enfermo, no sólo como pudiera morir un pagano, más aún como muere un bruto. ¡Ay Dios, y cuánto de esto sucede, por permitirse a muchos ignorantes la práctica de la Medicina! El mayor crimen, u el único, que atribuyen [143] a los Médicos indoctos, es ser homicidas de los cuerpos. No es ese el mayor, sino que a veces son reos de la muerte eterna de las almas.

72. Otros más cautos, o más dolosos, por un artificio vulgarizado siguen el partido opuesto. De cualquiera enfermo, en quien encuentran algo de fiebre, dicen que tiene un grande aparato: que el

accidente es peligroso; arrúganse la frente, arquéanse las cejas, dánse varios órdenes, pónese en cuidado a toda la gente de la casa, al fin se ofrece visitar con frecuencia, y ejecutar cuanto cupiere en el arte. Hecha esta prevención, lo que se sigue es, que si el enfermo muere, elogian la comprehensión del Médico, que desde el principio penetró la escondida malignidad de la dolencia. Si sana, engrandecen la cura, y dan a Dios mil gracias de que el enfermo haya caído en las manos de un Médico tan valiente, que puedo vencer la fuerza de una enfermedad gigante.

73. Por la culpa de tales Médicos no se morirán los enfermos sin Sacramentos; pero lo que sucede a veces es, morirse sin tener enfermedad para tanto; porque, cayendo estas amenazas en enfermos pusilánimes, se entristecen, y conturban, de modo que el mal que era muy ligero, se hace grave. Todo es harto malo; aunque lo primero es peor. Señores Médicos (hablo con aquellos, que, o con poco estudio se dan a este ministerio, o abarcan más enfermos de aquellos que pueden comprehender su atención), tengan presente, que algún día los Ángeles, a quienes estuvo encomendada la custodia de sus enfermos, los han de acusar delante de Dios, y ponerles presentes, ya los que murieron antes de tiempo por su culpa, ya (¡oh qué cosa tan terrible!) los que se condenaron por su ignorancia.

Adición

1. Los señores Médicos que tomaron la pluma para impugnar lo que escribí en este Discurso, desahogaron su cólera, sin mejorar su causa. Puedo decir, y [144] lo han dicho otros, que la empeoraron: ya porque los que hacen la guerra con injurias, en eso mismo muestran que carecen de mejores armas; ya porque oponiéndose frecuentemente entre sí en los dictámenes que estampaban, confirmaron abundantísimamente lo que yo había escrito de la variedad de opiniones que hay en la Medicina. Yo no necesitaba esta confirmación. Las muchas observaciones que hice después acá, radicaron en mí más, y más el concepto de que la Medicina, del modo que la ejerce la mayor parte de los Médicos, más daña que

aprovecha. De cien sangrías (lo mismo digo de las purgas) que se recetan, y ejecutan, las noventa y ocho se fundan sobre principios extremadamente falibles, y las dos que restan, no los tienen, sino, cuando más, conjeturales. Sobre lo cual me ha parecido insertar aquí lo que el Erudito Autor del Tratado *de la Opinión,* razona, ya de las purgas, ya de las sangrías en el *tomo 3. lib. 4. cap. 4.*

2. «Crisipo, y Erasístrato, dice, improbaban el uso de los purgantes. Thesalo los condenaba enteramente. Haced, decía, experiencia en el hombre más robusto, y sano, dándole una purga; veréis que no habiendo antes en su cuerpo cosa viciosa, lo que evacuará, todo será corruptísimo. De aquí debemos inferir, como cosa indubitable, lo primero, que lo que se evacua no estaba antes en el cuerpo de este hombre, pues él se hallaba muy bueno: lo segundo, que el medicamento hizo dos cosas en este caso: la primera, corromper lo que no estaba corrupto; la segunda, echar fuera lo que conducía a la salud, y robustez de este hombre… Hipócrates comúnmente no hacía otra cosa que observar atentamente los enfermos. Conociendo el peligro de los remedios, ordenaba poquísimos. Celso era de dictamen de usar rara vez de purgantes; y elogia a Asclepíades por haber suprimido la mayor parte de los medicamentos; haciendo esta reflexión, que siendo los purgantes enemigos del estómago, y lleno de jugos perniciosos, obraba Asclepíades prudentísimamente, poniendo toda su atención en el régimen.» [145] Esto en cuanto a la purga.

3. En orden a la sangría, después de referir algunos remedios crueles, que por medio del fuego practicaba Hipócrates, y otro del hierro, que usaban los Médicos del Japón, prosigue así: «Estas prácticas son crueles, pero no igualan el riesgo de las sangrías. Crysipo de Gnido, y Erasístrato, a quien llama Macrobio *el más ilustre de los Médicos,* condenaban totalmente las sangrías. Otros no admitían su uso, sino en caso que una fermentación violentísima no diese tiempo para usar de otro remedio… Hipócrates no quería que se sangrasen ni los niños, ni los viejos; y prohibía la sangría en las fiebres. Si alguno, dice, tiene úlcera en la cabeza, debe sangrarse, como no padezca calentura. Es oportuno, añade, sangrar a los que pierden repentinamente la habla, como no tengan fiebre.»

4. «La sangría (prosigue poco después) saca el licor más puro, el

humor más sutilizado que hay en el cuerpo, quitando de las venas lo que ha sido filtrado por todos los canales donde le hizo pasar la circulación. Otro efecto malísimo de la sangría es deteriorar la sangre que queda en las venas; porque el vacío que hizo, se llena luego de un chilo imperfecto, de una bile acre; y del sedimento de los humores que abundan en un enfermo… toda la materia contenida en el canal pancreático, en el reservatorio de Pecque, en las venas lácteas secundarias, y aún en las radicales, pasa a la cavidad derecha del corazón; y no estando bastantemente preparada, y atenuada, produce una sanguificación muy defectuosa. La cólera, o la flema, según que estos humores dominan; en una palabra, todos los excrementos de la sangre se introducen en las venas en lugar de aquella que les quitó la lanceta. Esto viene a ser lo mismo, que si para purificar el vino de un tonel, se quitase el licor que está arriba, y se dejasen en él todas las heces; o como si para limpiar un conducto, se le quitase el agua corriente, introduciendo en lugar de ella la agua hedionda de algún vecino charco.»

5. «La experiencia es conforme a este discurso. [146] Sángrese un hombre sano muchas veces consecutivamente; su sangre sucesivamente saldrá más corrompida. ¿Por qué la que sale en la primera sangría es buena, y la de la tercera, o cuarta mala, sino porque las heces de los humores se mezclaron con la sangre, en lugar de aquella más sutil, y pura, que antes extrajo?»

6. «Asimismo con las sangrías se altera la acción de los vasos, que ayuda la circulación: los espíritus se disminuyen, y desmayan: la fermentación se vicia: la sangre se hace grosera, serosa, cruda, y pesada: toda la máquina, atacada ya por la enfermedad, se descompone… la aversión de la naturaleza por este remedio indica que le es contrario. Naturalmente se siente horror al ver correr la sangre, porque ella es principio de la vida.»

7. Hasta aquí el Autor citado, de cuyas razones hará el lector el juicio que mejor le parezca, pues yo no las propongo como concluyentes. Lo que es cierto es, que hay Médicos que nunca, o casi nunca sangran: otros, que nunca, o casi nunca purgan: otros, como los Paracelsistas, que ni purgan, ni sangran; y en todas tres clases hay algunos de grandes créditos, y muy aplaudidos por sus

aciertos. También es verdad hay algunos de los que purgan, y sangran muy aplaudidos; pero estos purgan, y sangran mucho menos de lo que comúnmente se practica: y es de creer que lo ejecutan con otro conocimiento muy superior al de los Médicos ordinarios.

8. Aunque también se puede discurrir que el tener éstos mejores sucesos, no viene de lo que purgan, y sangran, sino de lo que dejan de purgar, y sangrar, no puedo arrojar de mí una fuerte sospecha contra estos que llaman remedios mayores, fundada no sólo en lo que debilitan las fuerzas, mas también en que interrumpen, y turban la sabia naturaleza en los rumbos que toma para vencer la enfermedad. En lo que estoy firme es en no tener jamás por Médico bueno, ni aun mediano, al que nunca sabe visitar seis, u ocho veces consecutivas a un enfermo sin recetarle cosa. [147]

9. Si el mundo quiere creerme, a todo el mundo amonesto, que cuando en cualquiera Pueblo se trate de buscar Médico, el informe que principalísimamente, y aún estoy por decir únicamente, se ha de tomar, es si receta poco, o mucho. Cuanto menos recetare, mejor; cuanto más recetare, peor. Es absolutamente imposible que esté dotado de mediano entendimiento Médico que no es escasísimo en recetar. Y es también absolutamente imposible que no cometa innumerables homicidios el que receta mucho. Pero acaso esto es hablar a sordos. La buena verba, la audacia, la faramalla, las modales artificiosas, la embustera sagacidad para mentir aciertos, y despintar errores, son las partidas que acreditan en el mundo a los Médicos; y con estas partidas he conocido Médicos, no sólo ignorantísimos, pero incapaces, aplaudidos.

10. No puedo menos de lastimarme cuando contemplo las groseras trampas conque éstos engañan al mísero vulgo. Entre muchas, que tienen estudiadas, dos son las ordinarísimas. La primera es encarecer desde los principios, ya con palabras, ya con visages, la enfermedad como muy grave, aunque sea levísima. Con eso si el enfermo sana, son aplaudidos de haber hecho una gran cura, y si muere, lo son de haber comprehendido a la primera ojeada la gravedad de la dolencia. La segunda es, que habiendo con intempestivos remedios hecho grave la enfermedad que era leve, muy ufanos se glorian; ¿de qué? de que con su sabia conducta han

descubierto al enemigo, que estaba oculto, y emboscado; y no es menester mas para que los estúpidos asistentes preconicen su sabiduría por el Pueblo, y aun el mismo enfermo le agradezca el homicidio.

11. Otro error notable, y comunísimo de los Pueblos, perteneciente también a la materia de este Discurso, se me ofrece notar aquí; y es el poco aprecio que se hace de la Medicina quirúrgica en comparación con la farmacéutica. Pónese mucho cuidado en la elección de Médico: para no errarla se toman muchos informes, y se le brinda con un buen salario. Al contrario, a un Cirujano apenas le dan [148] con qué subsistir, y así aceptan por tal al primero que se presenta. Digo que es este un notable, y perjudicial error. Si corriese por mi cuenta la dirección de cualquier Pueblo en esta materia, entre un Cirujano de grandes créditos, y un Médico, que en su facultad los tuviese iguales, si con menos interés no pudiese lograr al Cirujano, le aplicaría a éste mayor salario, aunque con esta providencia no lograse al Médico. Esto por dos razones de gran consideración. La primera, porque la utilidad del Cirujano es evidente, y visible; la del Médico muy incierta. A cada paso se está viendo que un Cirujano muy diestro cura a sujetos, que sin su asistencia evidentemente morirían; lo que nunca se puede asegurar de los enfermos que asiste el Médico, como ya en otra parte hemos advertido con autoridad de Cornelio Celso. La segunda razón dimana de la primera; y es, que los grandes créditos del Cirujano nunca son falaces; los del Médico frecuentísimamente. Aquellos siempre son producción de sus aciertos: éstos lo son infinitas veces de la osadía, de la astucia, de la verbosidad del Médico, a que concurre también a veces el acaso.

12. Es notable la falta de Cirujanos que hay en España; lo cual sin duda pende de la poca estimación, y salario que tienen. Aun los pocos que hay buenos, son de una extensión muy limitada en orden a las partes de que consta su facultad. De cuantos Cirujanos Españoles he conocido, sólo uno vi que fuese Algebrista: y es cosa notable, que siendo tan frecuentes las fracturas, luxaciones, y dislocaciones, al que padece algo de esto le hacen recurrir a tal, o tal hombre del campo, que dicen tiene esa gracia curativa; siendo así que son ignorantísimos tales curanderos, como yo varias veces

he visto, y palpado. Uno de ellos muy acreditado en el País donde vivía, siendo llamado de mí para curarme una pequeña luxación en un pie, me hizo estar tres meses cabales en la cama, y otro mes más andar con gran tiento arrimado a un bastón.

Discurso sexto

Régimen para conservar la salud

§. I

1. Los Médicos saben poco de la curación de los enfermos; pero nada saben, ni aun pueden saber en particular del régimen de los sanos, por lo menos en cuanto a comida, y bebida. Esta proposición, que a Médicos, y no Médicos parecerá escandalosa, se prueba con evidencia de la variedad de los temperamentos, a quienes precisamente se conmensura la variedad de los manjares, tanto en la cantidad, cuanto en la calidad. El alimento, que para uno es provechoso, para otro es nocivo. La cantidad, que para uno es larga, para otro es corta. Esta proporción de la cantidad, y calidad del alimento con el temperamento de cada individuo, sólo se puede saber por experiencia. La experiencia cada uno la tiene en sí mismo; ni al Médico le puede constar, sino por la relación que se le hace. ¿Pues qué, he menester yo acudir al Médico a que me diga qué, y cuánto he de comer, y beber, si él no puede saber lo que me conviene sin que yo primero le participe qué es lo que me incomoda, qué es lo que me asienta bien en el estómago, qué es lo que digiero bien? &c.

2. Tiberio se reía de los que en llegando a la edad de treinta años, consultaban los Médicos; porque decía, que en esa edad cada uno podía saber por experiencia cómo debía regirse. De hecho parece que a él le fue bien con esta máxima, pues sin embargo de ser muy destemplado, así en el lecho, como en la mesa, vivió

setenta y ocho [150] años: y acaso hubiera vivido más, si lo hubiera permitido Calígula; porque aunque estaba muy enfermo, no quiso el sucesor fiar su muerte a la violencia de la enfermedad, conviniendo los Historiadores en que de intento se la aceleraron, aunque discrepan en el modo. En caso que la máxima de Tiberio, tomada generalmente, no sea verdadera, por lo menos en cuanto al uso de comida, y bebida es segura.

3. Ningún manjar se puede decir absolutamente que es nocivo. No es doctrina mía, sino de Hipócrates, como también la prueba en el libro de *Veteri Medicina.* Donde hablando del queso, dice, que si absolutamente fuera malo para el hombre, lo sería para todos los hombres; y no es así, pues algunos hartándose de queso, se hallan muy bien: *Etenim caseus non omnes homines laedit; sed sunt qui ex ipso repleti ne tantillum quidem offenduntur: Si vero toti naturae malus esset, omnes utique laederet.* Si el queso, que es tan térreo, indigesto, y duro, aun tomado con hartura, es buen alimento para algunos individuos, ¿de qué manjar se podrá decir que es malo para todos?

4. Las codornices, y las cabras se alimentan de venenos, dice Plinio: *Venenis Capreae, & Coturnices pinguescunt* {(a) *Lib. 10. cap. 72.*}. De modo, que lo que a otros animales mata, a éstos los engorda. Diráseme que entre diferentes especies hay mucha mayor diversidad de temperamentos, que entre los individuos de una misma especie. Sea así en hora buena. A mí me basta para el intento saber que es muy grande la que hay entre los individuos de la especie humana. En las Observaciones de Schenchio se refiere de un hombre, que comiendo una onza de escamonea, no se purgaba poco, ni mucho; y en otros Autores Médicos se lee de algunos, que se purgaban sólo con el olor de las rosas. ¿No es esta discrepancia notable de temperamentos?

5. Es verdad que en lo común no hay tanta disimilitud entre los temperamentos de los hombres; pero siempre hay alguna, y bastante. Así como no se halla una cara perfectamente [151] parecida a otra, tampoco un temperamento a otro. En cuantos accidentes están expuestos a nuestros sentidos, observamos alguna desemejanza en todos los hombres. ¿Qué cosa más simple que el sonido de la voz? Con todo no hay hombre que en el metal de la voz se parezca perfectamente a otro. Y así, en los que viven por

mucho tiempo juntos en alguna Comunidad, nunca sucede que no se distinga cada uno, por la voz, de todos los demás, cuando no es visto. Si esto sucede en una cosa, al parecer tan simple, ¿qué será en el temperamento, que consta de tantas partes combinables de infinitos modos diferentes?

6. Si nuestros sentidos fueran más perspicaces, aun en aquellas cosas, en que se nos representan algunos hombres muy parecidos, los hallaríamos muy desemejantes. Algunos brutos nos dan este desengaño. Nosotros no percibimos con el olfato los efluvios de los cuerpos humanos; o si los percibimos, no los distinguimos unos de otros. El perro los percibe, y los distingue en todos los hombres. Por eso a mucha distancia sigue al amo sin verle, determinándose en el encuentro de varios caminos por el olor de los efluvios que halla en el ambiente: busca, y elige entre muchas la alhaja del amo, aunque nunca la viese. Y lo que es más, atina con la piedra que salió de su mano entre otras disparadas al mismo tiempo por otros, bastando aquel breve contacto, para que con su olfato sutilísimo reciba en ella olor diferente del que tienen todas las demás. Esta prueba bastaba para convencer la diversidad de temperamentos en todos los hombres; pues sin diversidad de temperamentos, no puede haber diversidad en los efluvios.

§. II

7. No sólo la variedad de los temperamentos de los hombres imposibilita saber qué alimento es proporcionado a cada uno; mas también la variedad que hay en los manjares dentro de la misma especie. Todo vino de uvas, pongo por ejemplo, es de una especie. Con todo, un vino es dulce, otro acedo, otro acerbo. Uno tiene un [152] olor, otro huele de otro modo. Uno es más tenue, otro más craso. Lo mismo sucede en las carnes, lo mismo en los frutos de todas las plantas; aunque no en todos se percibe tanto la variedad, por la imperfección de nuestros sentidos. Por esto puede suceder, y sucede a cada paso, que a un mismo individuo un vino le sea provechoso, y otro nocivo: que le preste buen nutrimento el carnero nutrido con tales yerbas, y nutrido con otras, malo.

8. Añádese a esto (y es también de mucha consideración), que un mismo alimento, sin distinción, o desemejanza alguna, puede ser, respecto del mismo individuo, provechoso en un tiempo, nocivo en otro, ya por la diferente estación del año, ya por la diferente temperie del ambiente, ya por la diversa región que habita, ya por la diversidad de edad. En fin, cualquiera mudanza que acaezca en el cuerpo (y son infinitas las que ocurren, como también las causas que las ocasionan) precisará a variar más, o menos el alimento, ya en cuanto a la calidad, ya en cuanto a la cantidad. Todas estas razones advirtió el grande Hipócrates en el *lib. 3. de Diaeta*: donde, aunque únicamente habla de la imposibilidad de conmensurar la cantidad del alimento a la cantidad del ejercicio, las razones prueban absolutamente que es imposible determinar, así la calidad, como la cantidad del alimento para ningún individuo. Dice así: *De diaeta humana exacte quid conscribere ut ad ciborum copiam laborum commensuratio, ac symetria fiat, non est possibile: multa enim sunt impedimenta. Primum quidem hominum naturae diversae existentes. Deinde aetates non iisdem indigentes. Insuper & regionum situs, & ventorum mutationes, & temporum alterationes, & anni constitutiones. Est & inter ipsos cibos multa differentia: triticum enim a tritico differt, & vinum a vino.*

9. Si se hace la reflexión debida sobre este lugar de Hipócrates, y sobre lo que llevamos dicho, se hallará ser harto dudosa, por no decir falsa, aquella máxima tan establecida, de que para la conservación de la salud conviene usar siempre de una especie de alimento. El gran Bacon [153] está por la opinión contraria diciendo que se deben variar, así los medicamentos, como los alimentos: *Tam medicamenti, quam alimenti mutatio conducit: neque perseverandum in frequentato utriusque usu* {(a) *Hist. natur. centur. 1. num. 69.*}. La razón persuade lo mismo: porque si el cuerpo no está siempre del mismo modo, no convendrá alimentarle siempre del mismo modo. Si ahora abunda más de sales alkalinos, y después de ácidos, convendrá ahora usar de alimentos, que tengan más de ácidos, y después que declinen más a alkalinos, para corregir el exceso de su contrario. Asimismo: si por la diferente constitución del año, o por el sitio que habita, o por la intemperie del ambiente se halla ya más húmedo, ya más seco, ya más frío, ya más caliente

de lo que conviene, importará variar a proporción el modo de alimentarse, buscando sucesivamente en comida, y bebida las calidades contrarias a aquellas que exceden en el cuerpo. Esto es hablando teóricamente. En la práctica es muy difícil, o imposible averiguar el complejo de cualidades predominantes, así en nuestros cuerpos, como en los manjares, y mucho más los grados de ellas. Siendo así que las de los cuerpos en las enfermedades suben a mayor intensión, discrepan los Médicos tanto en el juicio, que la misma enfermedad la atribuye un Médico a los ácidos, otro a los álkalis; uno a frío, otro a calor. No puede, pues, haber en la práctica otra regla, que la de observar cada uno experimentalmente qué es lo que le incomoda, o aprovecha, qué es lo que digiere con facilidad, o con molestia.

§. III

10. Aun cuando un alimento mismo pudiese ser conveniente a todos los hombres, y en todos tiempos, no podríamos averiguar por las instrucciones que dan los Médicos, en orden a dieta, cuál será éste; porque están encontrados en los preceptos. Dase comúnmente la preferencia a las carnes sobre los peces, yerbas, y frutos de las [154] plantas. Con todo no faltan graves Autores, que no contentándose conque sea la carne enemigo de la alma, la declaran también enemigo del cuerpo. Plutarco, en el libro *de Sanitate tuenda,* dice que la comida de carnes engendra grandes crudezas, y deja en el cuerpo malignas reliquias, por lo cual sería mejor hacerse a no comer carne alguna: *Maximae cruditates metuendae sunt ab esu carnium, nam hae & initio valde praegravant, & reliquias post se malignas relinquunt.* Plinio en algunas partes inclina a lo mismo. El famoso Médico Sanctorio borró el vulgarizado aforismo: *Omnis saturatio mala, panis vero pessima,* substituyendo por el pan la carne, y pronunciando así: *Omnis saturatio mala, carnis vero pessima.* Galeno altamente se declara a favor de los peces en varios lugares, aprobándolos casi generalmente por de buen jugo, e igual al de las aves montanas. Véase Paulo Zaquías *en sus Cuestiones Médic. Legal. lib. 5. tit. 1. quaest. 2.* donde a las autoridades de Galeno junta las de

Hipócrates, y otros ilustres Médicos por la misma sentencia. El Doctor Luis Lemery, Regente de la Facultad Médica de París, en su tratado de Alimentos, parece estimar, sobre todos, los que se sacan de las plantas; haciendo la reflexión de que cuando los hombres usaban sólo de yerbas, y frutos de árboles, vivían más tiempo, y más robustos. En efecto, declara que estos alimentos son más fáciles de digerir, y producen humores más templados. Algunos atribuyen al uso de estos manjares las largas vidas de los Anacoretas. Ballivio observó que a muchos enfermos los hacen daño las carnes, y mejoran con legumbres, y peces: *Animadvertes in praxi aliquos aegros fluxionibus, & diuturnis morbis obnoxios tempore quadragesimali convalescere; Paschate iterum ob esum carnium languescere. Observabis etiam quosdam morbos ab obsoleto esu caulium, leguminum, olerum, piscium, aliorumque ciborum hujusmodi evanescere, cibis vero boni succi exacerbari, & crescere* {(a) *De Morb. Succes. cap. 9.*}. Etmulero, tratando de las fiebres en común, [155] condena la comida de carne por nociva a todos los febricitantes: *Carnes, sicuti ipsis ingratae sunt, ita etiam noxiae.*

11. Finalmente, en estos tiempos se formó un gran partido a favor de peces, legumbres, y frutas contra las carnes, con ocasión del nuevo, o renovado sistema de la trituración de los alimentos en el estómago. Habiendo resucitado en esta edad la opinión del antiguo Médico Erasístrato, de que los alimentos se reducen a chilo en el estómago, no por cocción, como quieren unos, ni por fermentación, como pretenden otros, sino mecánicamente, mediante la acción de los músculos, y fibras motrices, que con su continuo, y reciprocado impulso los muelen, deshacen, majan, o trituran, ni más, ni menos, que si se batieran porfiadamente en un almirez, de modo, que últimamente se reducen a una pasta, o natilla delicada; consiguientemente Mons. Hecquet, Médico Parisiense, con otros defensores de este sistema, deducen que siendo las carnes más difíciles de triturarse perfectamente, a razón de la más firme textura de sus fibras, que los peces, frutas, y legumbres, es mejor usar de estos alimentos, como más fáciles, que de las carnes. A la verdad, la razón no me parece muy fuerte; porque para determinar la bondad de un alimento, no sólo se ha de considerar su mayor facilidad en reducirse en el estómago, mas también se ha de hacer cuenta de la

calidad del nutrimento que da al cuerpo: la cual puede no ser tan buena como la de otro de más fácil transmutación. Mas esto no quita la probabilidad que le dan a esta sentencia sus Autores: y juntos éstos con los demás que alegamos, dejan bastantemente dudoso qué género de alimento sea mejor por lo común.

12. Estamos tan lejos de tener alguna doctrina recibida de todos en esta materia, que aquellos mismos alimentos, que comúnmente están reputados por los más insalubres, no faltan Autores graves que los canonicen por los más saludables. Bacon aprueba por los alimentos más oportunos, para alargar la vida, entre las carnes, la de vacas, ciervos, y cabras; entre los peces los salados, y secos: al queso [156] añejo también le califica. En el pan prefiere el de avena, centeno, y cebada al de trigo; y en el mismo pan de trigo, el que está algo más mezclado con salvados al más puro {(a) *In Hist. Vit. & Mort. fol. mihi. 540.*}. Su razón es, que estos alimentos son menos disipables. Y aunque sólo Bacon favoreciese este sentir, no dejaría de darle estimación su autoridad, por haber sido el más sutil, y más constante observador de la naturaleza que hubo jamás. Hermann Boerhaave, célebre Médico hoy en Leyden, para el mismo efecto de prolongar la vida, prefiere las carnes flacas, y saladas, los pescados también salados, y añejos, generalmente los alimentos secos duros, y tenaces. Todo esto por el mismo principio de Bacon, de resistir más a la disipación, y putrefacción {(b) *De Diaeta ad longaevitatem; num. 1057.*}.

13. El mayor error que en esta parte padecen los Médicos, y más común, es el de prescribir a los que los consultan aquellos alimentos de que los mismos Médicos gustan, o conque se hallan bien; como si el temperamento del Médico fuese regla de todos los demás. El vinoso a todos quiere hacer vinosos: el aguado a todos quiere hacer aguados. Dice discretamente Mons. Duncan, Médico de Mompeller, que no hay Médico que en sus ordenanzas no dé a conocer sus inclinaciones. El mismo refiere de dos Médicos, entrambos celebérrimos en Francia, que el uno a todos sus enfermos hacía tomar café, y el otro a todos se lo prohibía severísimamente.

14. ¿Qué partido hemos de tomar en tanta oposición de opiniones? No seguir ninguna, y atenerse cada uno a su propia experiencia. Esta regla es segura, y no hay otra. Observar con

cuidado qué es lo que abraza bien el estómago: qué es lo que digiere sin embarazo, en que también se ha de atender a que no sea muy precipitada la digestión; porque ésta sólo en aquellos alimentos, que por su simbolización con el chilo son fácilmente reducibles, puede dejar de fundar sospecha de corrupción. Obsérvese, [157] que no induzcan alguna alteración molesta en el cuerpo hacia cualquiera de las cualidades sensibles.

§. IV

15. Fuera del conocimiento que la experiencia da por los efectos, el gusto, y el olfato son por lo común fieles exploradores de la conveniencia, o desconveniencia de los alimentos: *Noxii enim cibi, innoxiique exploratores sunt odoratus, & gustus,* dice Francisco Bayle en su Curso Filosófico. Muy rara vez engañaron estos dos porteros del domicilio de la alma en el informe que hacen, de si es amigo, o enemigo el huesped que llama a la puerta. Confórmome con el dictamen del P. Malebranche, de que es mejor gobernarnos por nuestros sentidos para la conservación de la salud, que por todas las leyes de la Medicina: *Soli itaque sensus nostri utiliores sunt ad conservationem valetudinis nostrae, quam omnes leges Medicinae* {(a) *De Inquir Veritat. in Concl. trium prim. lib.*}. Especialmente al sentido del gusto la naturaleza le destinó para este efecto. Etmulero {(b) *Instit. Medic. 1. part. cap. 3.*} con suma generalidad asegura que siempre se digiere bien aquello que se apetece con viveza, aun cuando el apetito nace de causa morbosa; llegando a decir, que las mujeres que adolecen de aquel apetito depravado, que llaman *pica,* sin incomodidad digieren barro, cal, y ceniza, siendo tan preternaturales estas cosas porque las apetecen con ansia; y así, que el apetito vivo siempre se ha de tener por señal de que hay en el estómago fermento apropiado para disolver aquel alimento. El mismo Autor ya vimos arriba como a los febricitantes da por nociva la comida de carne, sólo porque es ingrata a su gusto: *Carnes, sicuti ipsis ingratae sunt, ita etiam noxiae.*

16. No obstante, no aprobaré esta regla, dada con tanta generalidad, sin algunas excepciones. Lo primero, si el apetito nace

de causa morbosa, podrá digerirse fácilmente el manjar, y con todo ser nocivo: porque por el mismo caso [157] que el fermento, que le solicita, es *preternatural,* el alimento, que es connatural a él, ha de ser precisamente *preternatural* al cuerpo. Lo segundo, deben tenerse siempre por sospechosos, hasta tanto que la experiencia los justifique bastantemente, todos los alimentos de gusto muy alto, como los muy picantes, los muy agrios, los muy austeros, los muy dulces, &c. asimismo, los que exceden mucho en las dos cualidades elementales de frío, y calor, salvo en complexiones muy irregulares, cuya intemperie puede pedir corregirse con alguno de estos extremos. Pero no creo que haya complexiones que necesiten siempre de alimentos semejantes; y así, Hipócrates los condena absolutamente por desconvenientes a la naturaleza. Lo tercero se ha de observar si el apetito nace de algún hábito depravado, que entonces no dejará de ser nocivo lo mismo que se apetece con demasía: como sucede en los que se dan a la embriaguez; aunque es verdad, que no hace tanto daño, ni con mucho, como en los que no están acostumbrados. Y siempre que el apetito se vaya aumentando con la edad, de modo que sucesivamente pida aumentarse la cantidad de lo que se apetece, téngase por regla general, de que no se ha de creer, ni complacer al apetito. Omito las razones físicas de estas excepciones, por no alargarme demasiado, y porque la experiencia, que vale más que todas las razones físicas, las acredita.

17. Modificada la regla en esta forma, juzgo se puede, y debe seguir la ley del apetito en la elección de comida, y bebida. Ya porque es cierto, que la naturaleza puso en armonía, en cuanto a la temperie, el paladar, y el estómago; y así, es conforme a éste, lo que a aquél es grato. Ya porque Dios nos dio los sentidos como atalayas, para descubrir los objetos que pueden conducir, o dañar a nuestra conservación: y el sentido del gusto sólo puede servir a este efecto, discerniendo el alimento provechoso del nocivo. Ya porque la experiencia muestra que jamás el estómago abraza con cariño lo que el paladar recibe con tedio. Si alguno, no obstante, le pareciere que la regla [159] que damos aún queda muy ancha, siga la de Hipócrates, que no dista mucho de ésta, en los Aforismos, donde dice que debemos preferir la comida, y bebida gratas al gusto, aunque sean de algo peor substancia, a las que son absolutamente

mejores, pero no tan gratas: *Paulo deterior, & potus, & cibus, verum jucundior, melioribus quidem, sed in jucundioribus praeferendus est* {(a) *Sect. 2. Aphorism. 38.*}. Y yo me constituyo reo, si a alguno le saliere mal seguir esta regla.

18. En todo caso, ni en el estado de salud, ni en el de enfermedad se forceje jamás por introducir en el estómago lo que el paladar mira con positivo tedio. En esto delinquen mucho algunos Médicos, y casi todos los asistentes, especialmente si son mujeres, cuyo genio piadoso las hace porfiadas en esta materia, juzgando le hacen un gran bien al doliente metiéndole dentro del cuerpo un huesped desabrido.

§. V

19. En cuanto a mudar, o no mudar de comida, y bebida, no apruebo uno, ni otro extremo, que entrambos tienen sus defensores. La regla de Celso, que es acostumbrarse a comer de todo lo que el pueblo comúnmente come: *Nullum cibi genus fugere, quo populus utatur* {(b) *Lib. 1. cap. 1.*}, me parece muy buena para todos aquellos que no tienen ya muy radicado el hábito opuesto. Es una parte substancial de la buena educación, en que se falta mucho entre la gente acomodada, hacer a los niños a comer de todo, de cuando en cuando: porque si después, o por decadencia en la fortuna, o por la elección de estado, o por mudanza de País, o por otro accidente, se ven precisados a usar de otros alimentos de aquellos conque fueron criados, no padezcan la alteración, que ocasiona tanta novedad. En los ancianos es peligroso variar el alimento de que han usado toda la vida, aunque la mudanza se haga a paso muy lento. En la mediana edad varíese, siempre que el alimento [160] de común uso engendra hastío; y tal vez también, aunque no haya esa circunstancia, por evitar los inconvenientes que trae el atarse escrupulosamente a una especie de alimento.

20. No tiene mucho inconveniente, y acaso ninguno, en temperamentos de alguna resitencia, el usar una, u otra vez de comida, o bebida de calidades sobresalientes, o gusto alto, como luego, o poco después se corrija este extremo con el opuesto: pongo

por caso, comer, o beber cosas muy calientes, como en el pasto inmediato se use de cosas frescas, o al contrario. La misma naturaleza pedirá hacerlo así con la voz del apetito: como sucede en el que se calienta alguna vez demasiado con el vino de parte de noche, que apetece agua fría por la mañana: y el que fuera de su costumbre se llena de frutas, u ensaladas crudas, no pasan muchas horas, que apetece vino generoso, y cosas calientes.

§. VI

21. Hemos tratado hasta ahora del régimen en cuanto a la calidad. Tratemos ahora de la cantidad. En esta materia hallo introducido un error comunísimo; y es, que apenas se puede pecar por defecto. Doctos, e indoctos casi están de acuerdo, en que tanto mejor para la salud, cuanto más dentro de los términos de lo posible se estrecháre la cantidad de comida, y bebida: de modo que muchos apenas entienden por esta voz *dieta* otra cosa, que comer, y beber lo menos que se pueda. El noble Veneciano Luis Cornaro, que habiendo sido en su juventud incomodado de varias indisposiciones, reduciéndose después a la estrechísima dieta de tomar diariamente doce onzas de comida, y catorce de bebida, no sólo convaleció perfectamente de sus achaques, pero llegó a vivir más de cien años. En edad muy avanzada escribió un libro, persuadiendo a todos a la vida sobria con su ejemplo; y aunque a muy pocos redujo su escrito a tanta austeridad, a casi todos hizo creer que convenía para alargar la vida, [161] y conservar la salud; pero contra toda razón, pues no crió Dios a Cornaro para regla de todos los demás hombres en materia de dieta; ni hubo jamás otro en el mundo que pudiese serlo. El doctísimo Jesuita Leonardo Lesio, que tradujo de Italiano en Latín el Tratado de Cornaro, dejándose persuadir de él, se estrechó a la misma dieta; pero no vivió más de sesenta y nueve años, y ésos con hartas incomodidades. A un hombre, que comiendo, y bebiendo con tanta escasez vivió cien años, o muy pocos más, podríamos oponer un largo catálogo de aquellos, que sin estos escrúpulos en el modo de tratarse, vivieron muchos más años. El temperamento de Luis Cornaro pediría toda esa estrechez, y rarísimo otro se hallará

que pueda con ella. Ni aun en el mismo Cornaro consta bastantemente que a su dieta se debiese la convalescencia de las indisposiciones de la juventud; pues ésta pudo nacer de la naturaleza de las mismas indisposiciones: siendo cierto que hay algunas que son más propias de la juventud, y por sí mismas se curan entrando en mayor edad. El temperamento de Cornaro hace conjeturar que las suyas fueron de este carácter: pues confiesa de sí, que era de natural fogoso, y muy propenso a la cólera. Naciendo de este humor sus indisposiciones, era mucho más natural que se curasen, mitigándose el fuego de su temperamento con la edad, que no con una estrecha dieta; pues ésta, en sentir de todos los Médicos, no conviene a los de temperamento bilioso.

22. Hipócrates, bien lejos de aprobar por útil la dieta muy estrecha, la reprueba por nociva. En el Libro *de Veteri Medicina* dice, que no menos daña en esta parte el defecto, que el exceso: *Non minus laedit hominem, si pauciora, quam satis est, assumantur: fames enim magnam potentiam in naturam hominis habet, & sanandi, & debilitandi, & occidendi. Multa vero etiam alia mala, diversa quidem ab his, quae ex repletione fiunt, non minus autem gravia vacuationis sunt.* En los Aforismos no se contenta con esto: pues da por más peligroso el defecto, que el exceso, tanto [162] en los enfermos, como en los sanos. Son sus palabras: *Mayores errores se cometen en estrechar la dieta, que en exceder algo de lo justo. Por lo cual aun en los sanos es peligroso el alimentarse con escasez: porque como se debilitan las fuerzas, hay menos tolerancia para los accidentes, que pueden sobrevenir. Y así el constituirse dieta muy estrecha es más peligroso, que el pasar algo la raya de lo suficiente* {(a) *Sect. 1. num. 5.*}.

23. Que sea nocivo el defecto, como el exceso en la cantidad del alimento, lo convence la razón que el mismo Hipócrates da en otra parte: *Ni la saciedad* (dice), *ni la hambre, ni otra cualquiera cosa, que exceda el modo de la naturaleza, puede ser bueno* {(b) *Sect. 2. Aphorism. 4.*}. Es claro que todo lo violento es enemigo de la naturaleza: y es claro asimismo que la hambre es violenta, como también la sed. Cuando la hambre, y la sed no trajeran otro daño que aquella agonía, y aflicción de ánimo que ocasionan, era bastante; pues nadie ignora cuánto importa la serenidad, y quietud del espíritu para conservar la salud; y cuanto la daña cualquiera

aflicción, y dolor, tanto más, cuanto más grave fuere. ¿Cómo puede menos de ocasionar bastante daño pasar todo el día, o todos los días en continua lucha con el propio apetito? ¿Andar la imaginación discurriendo por las fuentes, cuando están suspirando por un poco de humedad las fauces? ¿Tener las túnicas del estómago entregadas como presa a la acrimonia de un ácido, que había de emplear su voracidad en el alimento?

§. VII

24. ¿Pero qué? ¿Decimos por eso que se haya de comer, y beber cuanto dictare el apetito? No por cierto. La regla de Galeno, que es levantarse siempre de la tabla con algo de apetencia, es muy ajustada a la razón. Debe quedar algún vacío, así en el estómago, como en el apetito; no tal que induzca aflicción, y molestia; [163] sí sólo que deje ágil el cuerpo, y el espíritu. Esta puede ser la seña de no haber excedido. El que después de la refección siente el uso de sus miembros, potencias, y sentidos igualmente expedito que antes de ella, no pasó de la raya de lo justo: al contrario el que padeciere algo de torpeza en cualquiera de las facultades.

25. Celso está más indulgente, porque prescribe exceder algunas veces de lo justo; y no sólo eso, mas también comer siempre cuanto pueda cocer el estómago: *Interdum in convivio esse, interdum ab eo se retrahere: modo plus justo, modo non amplius assumere; bis die potius quam semel cibum capere: & semper quam plurimum, modo hunc concoquat* {(a) *Lib. 1. cap. 1.*}. La regla de comer cuanto pueda cocerse es sospechosa. Las fuerzas de la facultad, si se apuran, se debilitan. El estómago, que cada día hace cuanto puede, cada día podrá menos. Ningún cuerdo en un viaje largo empeña a su caballo en que camine cada jornada todo aquello que su robustez tolera. Fuera de que no es fácil saber a punto fijo adónde alcanza la fuerza del estómago; y en caso de duda, es más seguro quedarse un poco más atrás. Si fuéramos tan felices que se hubiese continuado hasta nosotros el estado de la inocencia; sería, así para la calidad, como para la cantidad de la refección, regla sin excepción el apetito, porque entonces nunca saldría del imperio de la razón. Las cosas

ahora están de otro modo; y así es menester que señale algunas limitaciones la prudencia.

26. El consejo de exceder una, u otra vez me parece razonable, por no ligar el cuerpo a un método indefectible, como en los pastos siguientes se cercene lo que se había excedido: y en todo caso no se proceda a nueva refección sin tener el estómago enteramente aliviado, y excitado bastantemente el apetito. Cuando se espera algún ejercicio inmoderado, o se teme que falte después a la hora regular el alimento preciso, como acaece algunas veces [164] en los caminos, puede prevenirse el estómago con refección más copiosa de la acostumbrada. Téngase siempre cuenta del ejercicio, o trabajo corporal, el cual cuanto sea mayor, pedirá más alimento, por lo mucho que disipa.

27. Las reglas dadas se entienden respecto de los cuerpos bien complexionados. Pero los que abundan de humores excrementicios, especialmente pituitosos, o flemáticos, deben estrecharse más. Es verdad que por lo común en éstos es lánguido el apetito; y así, cercenando de él un poco, en conformidad de la regla que hemos dado de Galeno, quedará la cantidad del alimento en la proporción debida con su temperamento vicioso. Con todo, hay algunos de estos mismos que son algo glotones; lo que acaso proviene de que la misma intemperie, de que adolecen, turba, o deshace la armonía, que en el estado natural hay entre la necesidad de la naturaleza, y la voz del apetito. En tal caso deben tener muy tirante la rienda a su destemplanza, reduciéndose a padecer hambre, y sed formalmente, que no durará mucho tiempo ese trabajo, pues se llegarán a consumir con la inedia, y con la sed los mismos humores que irritan el apetito.

28. En cuanto a la división de los manjares entre comida, y cena, hay división también entre los Médicos. Unos pretenden que sea más larga la comida, que la cena: otros al contrario. Unos, y otros alegan sus razones. La primera opinión está más válida en el uso común. Lo que tengo por más seguro es, que cada uno observe cómo le va mejor, y siga ese método. En fin, recomendamos siempre como capital, y principalísima, así para la calidad, como para la cantidad de comida, y bebida, la regla de la experiencia, la cual nunca se ha de perder de vista.

§. VIII

29. Lo que hemos dicho en cuanto a comida, y bebida, se debe entender de todas las demás cosas, que componen el régimen de vida, sueño, ejercicio, habitación, &c. En todo es error obedecer el dictamen del [165] Médico contra la experiencia propia. El ejercicio debe ser moderado, pero esta moderación ha de ser respectiva a las fuerzas, y al alimento. Cuando se exceda en la comida, a proporción se ha de exceder en el ejercicio. Al que por sus ocupaciones, o su profesión, pocas veces, o por poco tiempo puede ejercitarse, juzgo convenirle ejercicio algo violento: porque el exceso en la intensión supla el defecto en la extensión.

30. En el sueño apenas cabe error por exceso. Entregada la naturaleza al descanso, por sí sola prescribe el tiempo, o la cantidad proporcionada al temperamento de cada uno. Contra el sueño meridiano están declarados muchos Médicos, considerándole gran fomentador de catarros, y fluxiones; pero yo he visto muchísimos hallarse muy bien durmiendo una hora, o más, poco después de la comida. Esta es la práctica común de los Religiosos; y no por eso son más incomodados que los Seglares. Varias veces que he viajado por el Estío, siempre he madrugado mucho, con el motivo de huir de los calores; conque me era preciso alargar hasta dos, y tres horas el sueño meridiano, para suplir la falta del nocturno, y no por eso sentí daño alguno. Opondránme acaso muchos la experiencia que tienen, de que cuando duermen demasiado la siesta, sienten después la cabeza muy gravada. Respondo, que en el juicio que se hace de esta experiencia (asimismo como en el de otras muchas) se comete el error de tomar por causa lo que es efecto, y por efecto lo que es causa. No nace entonces la pesadez de la cabeza del sueño prolijo: antes el sueño prolijo nace de la pesadez de la cabeza. La mucha carga de vapores influye un sueño tenaz; y después del sueño continúa la pesadez, de que la cabeza se va desembarazando poco a poco, mediante la fluxión. Ser esto así se prueba, lo primero, porque cuando se duerme mucho la siesta, para suplir el defecto de sueño de la noche antecedente, no se siente después esa pesadez: y si el sueño por razón de la hora ocasionára esa incomodidad, también en este caso se padeciera. Lo [166] segundo, porque siempre que hay

gran inclinación a dormir largamente la siesta, aunque no se condescienda con ella, se padece del mismo modo pesadez de cabeza todo el resto del día, como yo mil veces he experimentado: luego no es el sueño quien causa la pesadez; antes la pesadez es la que causa el sueño.

§. IX

31. El ambiente que respiramos, o País en que vivimos, tiene gran influjo en la conservación, o detrimento de la salud. También en esta parte se debe el conocimiento a la experiencia; porque las reglas físicas, que ordinariamente se dan, son muy falibles. Casi todos condenan por insalubres los Países húmedos; pero se engañan. Todo el Principado de Asturias es muy húmedo. Con todo, no sólo en las montañas de él, mas también en los valles, vive más la gente que en Castilla. Las Islas son mucho más húmedas que las Regiones Mediterráneas, porque por todas partes carga el mar su atmósfera de vapores. Sin embargo, Bacon observó que los Isleños por lo común son de más larga vida, que los habitadores del Continente. Así los habitadores de las Islas Orcades a la parte Septentrional de Escocia, siendo así que son muy destemplados, y no usan de alguna medicina, viven mucho más que los de la Rusia, puestos en la misma altura de Polo. En las Canarias, y Terceras viven los hombres más que en las Regiones de la África, colocadas debajo del mismo Paralelo. Más también en el Japón, que en la China, no obstante la mucha mayor industria, y aplicación de los Chinos a la Medicina. No hay Provincia alguna, ni en África, ni en América, puesta debajo del mismo Paralelo que Ceilán, donde se viva tanto, ni con tanta salud, como en esta deliciosa Isla. Y aquí se falsifica también la regla común de que los Países, que abundan mucho de árboles, son enfermizos, pues la Isla de Ceilán casi toda está cubierta de florestas.

32. De aquí se colige que ni la sequedad del País, ni la aparente pureza del ambiente, puede darnos total seguridad [167] de ser bueno el clima. El temple de Madrid es muy aplaudido en toda España, por razón de la pureza del ambiente, calificada con la

pronta disipación de todos los malos olores, aun de los propios cadáveres: pues los de los perros, y gatos, dejados en las calles, se desecan, sin molestar a nadie con el hedor. Sin embargo, Francisco Bayle en su Curso Filosófico {(a) *Tom. 1. fol. mihi 502.*} infiere de esa misma experiencia que el temple de Madrid es malo, atribuyendo el efecto a los muchos sales volátiles, acres, o alcalinos, de que está impregnado aquel ambiente, y de donde dice que nacen las muchas enfermedades que hay en la Corte: *Unde originem ducunt morbi, qui saepe Madriti grassantur a nimia sanguinis tenuitate, & solutione, quam infert aer salibus turgidus.* Añade, que la práctica de dejar los cadáveres de los animales domésticos insepultos por los barrios, y campos vecinos, aunque algunos Físicos de por acá juzgan ser útil para templar con la crasicie de sus vapores la nimia tenuidad del aire, en realidad es muy nociva; porque con las expiraciones de los cadáveres se aumentan al ambiente los sales acres. Como quiera que se filosofe (que esto de filosofar lo hace cada uno como quiere), el hecho es, que en Madrid no vive tanto la gente, como en algunos Países de aire más grueso, y nebuloso. Es cierto que la población de Madrid es poco menos numerosa que la de todo el Principado de Asturias. Con todo aseguro que se hallarán en Asturias más que duplicado número de octogenarios, nonagenarios, y centenarios, que en Madrid. [168]

{(a) Estoy ya en la persuasión de que no percibirse en Madrid el mal olor de los cadáveres, no pende ni del principio que vulgarmente se imagina, ni del que discurre Francisco Bayle. La prueba clara es, porque si pendiese de alguno de aquellos principios, como ambos son comunes, no sólo al recinto de la población, mas a todo el territorio vecino; no sólo en Madrid, mas ni en todo el territorio vecino se percibiría ese mal olor, lo que es falso, como he experimentado algunas veces. A cincuenta, o sesenta pasos del Pueblo apesta del mismo modo un perro muerto, que en otro cualquier País. La causa [168] verdadera, a lo que entiendo, de este fenómeno, es la gran hediondez de los excrementos vertidos en las calles, la cual sufoca, entrapa, o embebe los hálitos que exhalan los cadáveres.}

33. Es fijo, pues, que la aparente pureza del ambiente no prueba la sanidad del clima. Y digo *la pureza aparente,* que consiste en la

carencia de vapores, o exhalaciones sensibles; porque puede el aire ser impuro por la mezcla de otros corpúsculos insensibles, sin embargo de descubrirse el Cielo serenísimo por medio de la diafanidad de ese elemento. En las constituciones epidémicas, que dependen sin duda de la infección del aire, se ve esto muchas veces. Cuando la peste reina todo un año, y años enteros, especialmente en Países poco vaporosos, no deja de haber en el discurso del año muchos días serenísimos; con todo, la infección del ambiente persevera, y aun por lo común más en el Estío, que es cuando está más despejado. Sydenhan observó muchos años epidémicos, sin alguna novedad en ellos, en cuanto a las cualidades sensibles. Observó asimismo algunos años muy semejantes en las cualidades sensibles, de los cuales unos fueron epidémicos, y otros no. Por lo cual dice este gran Médico en varias partes, que las constituciones no saludables de los años no dependen en alguna manera de las cualidades sensibles, o elementales. Y tratando de la constitución epidémica de Londres en los años de 1665, y 1666, asienta, que nadie sabe qué cualidad, o disposición es la que hace al ambiente enfermizo; haciendo irrisión de la locura, y arrogancia de los filosofantes, que presumen hallar las razones físicas de éste, y otros muchos efectos naturales: *At vero quae, qualisque sit illa aeris dispositio, a qua morbificus hic apparatus promanat, nos pariter, ac complura alia, circa quae vecors, ac arrogans philosophantium turba nugatur, plane ignoramus.*

{(a) En el Tom. 7. Disc. 1. núm. 46. y sig. propusimos como probable la opinión, de que la peste proviene de unos particulares insectos volantes, que, mediante la inspiración, se introducen en los cuerpos; y allí exhibimos los fundamentos de esta opinión.} [169]

34. De aquí se infiere, que sólo la experiencia puede manifestar qué País es saludable, y cuál enfermizo. Y es de advertir, que en los climas sucede lo mismo que en los manjares; esto es, que ninguno hay que para todos los individuos sea bueno: ni apenas hay alguno tan malo, que sea malo para todos. De los sitios, o habitaciones dentro del mismo País, o cuartos de la misma casa, digo lo mismo; aunque no por eso niego, que por lo común los sitios donde hay aguas estancadas, o donde están embebidas en la tierra humedades permanentes, son muy nocivos. La observación me ha enseñado que

hay suma diferencia entre aquella humedad que al ambiente se le comunica perennemente por las evaporaciones del terreno húmedo, o pantanoso, que está debajo, o inmediato a él, y las otras humedades errantes de nieblas, o nubes, que se han evaporado de sitios algo distantes. La primera humedad comúnmente es nociva. La segunda en muchísimos Países vemos que no lo es. Acaso dependerá de que a poco trecho que se agite por el aire, se purifica, deponiendo varios corpúsculos, que la inficionan.

35. La niebla es cierto que no en todos los Países grava las cabezas. Y adonde hace este daño, estoy persuadido a que no le hace la misma substancia, o cuerpo sensible de la niebla, sino algunos corpúsculos sutilísimos malignos, que se le mezclan. La razón para mí es clara: porque cerradas puertas, y ventanas bien ajustadas, de modo que no entre humedad sensible de la niebla en el aposento, se padece el mismo daño, y en el mismo grado, que estando fuera de techo; lo que muchas veces he experimentado. Lo mismo digo de los vientos que incomodan en algunos Países, como el Oriental, y el Meridiano: pues siendo cierto que aun en un cuarto bien cerrado, donde no entra el menor soplo, o es tan poco lo que entra que no lo percibe el sentido, se siente la misma indisposición que si se caminara por un páramo; se infiere que lo que hace el daño es la mixtura de algunos corpúsculos sutilísimos, acaso minerales, que en virtud de su [170] tenuidad, se introducen en todas partes, burlando cualesquiera precauciones.

§. X

36. Concluiremos este capítulo con algunas advertencias, que miran a borrar ciertas erradas observaciones populares, en materia de régimen, tan introducidas, que justamente podremos llamarlas errores comunes.

37. Algunos toman por regla de su régimen a este, o a aquel individuo, que portándose de tal, o tal modo, vivió mucho tiempo con salud constante. Es error. Lo primero, porque, como ya se advirtió, el régimen que para uno es muy bueno, para otro puede ser muy malo. Lo segundo, porque con cualquier género de régimen

se hallarán unos que viven mucho, otros que viven poco. Unos viven mucho sin probar vino toda la vida; otros casi sin probar la agua. Unos comiendo sólo un género de manjar con templanza; otros comiendo de todo sin escrúpulo. Unos usando de cosas calientes; otros de frescas. El difunto Marqués de Mancera, habiendo hecho toda la vida su principal pasto del chocolate, tan adicto a él, que ni aun en las fiebres le abandonaba, vivió ciento y ocho años. Otros, que quieran seguir ese rumbo, no llegarán a los cuarenta. Ciertamente a los más será pernicioso.

38. La práctica de colocar la alcoba donde se duerme en la parte más retirada del edificio, a fin de defenderla de las injurias del ambiente externo, es errada, si no se toma la precaución de modo que pueda ventilarse a menudo. El ambiente estancado es nocivo, como la agua estancada. Conócese en el mal olor que despide, siempre que se abre alguna alhacena, arca, o aposento, que hayan estado mucho tiempo cerrados. Créese que de este principio nació aquella pestilencia, que desoló el ejército de los antiguos Galos, ocasionada de haber abierto en el Templo de Delfos una grande arca, cerrada de tiempo inmemorial, donde pensaron hallar grandes riquezas. Atribuyeron los Gentiles el estrago a venganza de Apolo contra los violadores de su Templo. La razón persuade que el aire [171] encarcelado por siglos enteros, sin respiradero alguno, pudo adquirir un altísimo grado de putrefacción, capaz de inficionar todo el ambiente vecino con su maligno fermento. Acaso a la misma causa se deben atribuir las muertes repentinas de los Minadores, cuando rompen en las entrañas de la tierra algún hueco, antes que a los hálitos arsenicales, de cuyo mineral no se han hallado vestigios en algunas partes donde han sucedido estas desgracias. Es, pues, nocivo el aire detenido en los aposentos, y mucho más estando imbuido de las impurezas que continuamente se evaporan de nuestros cuerpos, y así, se deben dar a la alcoba dos entradas correspondientes a dos ventanas, o puerta, y ventana opuestas, para que siempre que está sereno el Cielo, o corre aire puro, se pueda ventilar; cuidando empero de que las puertas de la alcoba sean bien ajustadas: y en todo lo demás hágase cuanto se pueda por el abrigo.

39. El cubrir prontamente la ropa del lecho, luego que se sale de él por la mañana, se tiene por aseo; siendo en realidad porquería, y

porquería dañosa. Antes se deben exponer luego las sábanas al ambiente, para que expiren los hálitos del cuerpo, que embebieron toda la noche, antes que enfriándose se condensen, impidiéndose de ese modo la evaporación.

40. Todo el mundo está ya persuadido a lo mucho que importa la limpieza en la ropa, especialmente en la que está inmediata al cuerpo, habiéndose ya desterrado la bárbara práctica, ordenada comúnmente por los vulgares Médicos, de mantener los enfermos con la misma camisa en todo el discurso de la dolencia. Pero se ha substituido en esta materia una precaución, que se tiene por conveniente, y es nociva. Antes de poner la camisa limpia al enfermo, hacen que se la vista algún sano, aquel tiempo que es menester para que se caliente, y deseque de cualquiera humedad residua: esto sólo por el discurso de que el calor comunicado del cuerpo de otro hombre, es más connatural al enfermo, que el que comunican el Sol, o el fuego. ¡Raros modos de filosofar tienen algunos hombres! [172] El calor todo es de una especie ínfima en buena Filosofía; y así, de cualesquiera agentes que se comunique, produce los mismos efectos a proporción de su intensión. De el mismo modo deseca, y enrarece el calor del Sol, que el del fuego. Algunas operaciones peculiares, que se atribuyen al calor nativo de los vivientes, dependen de la concurrencia de otras facultades distintas: por lo cual está hoy abandonada la sentencia, de que la disolución de los alimentos en el estómago, se hace sólo en virtud del calor nativo; sino es que por la voz *nativo,* se entienda otra alguna cosa sobreañadida a la razón de calor. Mas aun en caso que se diga que el calor del estómago por sí solo perficiona esta obra, no por eso se prueba que sea distinto en especie del calor del Sol, ni del fuego. La razón es, porque sólo puede hacer la disolución del alimento, excitando la fermentación: y la operación de excitar la fermentación, es común al calor del Sol, y al del fuego. No sólo en los mixtos inanimados, mas también en los vivientes, se ve que promueve el calor del fuego la fermentación: pues usando de él, se anticipa a los vegetables la madurez de sus frutos, supliendo la actividad de este elemento la tibieza de aquel Astro. Siendo, pues, el calor de nuestros cuerpos uno mismo en especie con el del Sol, y el del fuego, ninguna utilidad se le procura al enfermo en que la

camisa se le caliente con el contacto de otro hombre. Y por otra parte se le ocasiona algún daño, pues se la ponen después que ha embebido ya alguna porción de las exhalaciones excrementicias del otro cuerpo. Por esto será mejor desecarla al sol, o al fuego, dándole aquel grado de calor, que en el estado natural tiene el cuerpo humano.

41. Algunos siguen la máxima de usar en todas las estaciones del año la misma cantidad de ropa, así en el lecho, como en el vestido. No debe ser así, sino quitar, o añadir a proporción del frío, y calor. La cantidad de ropa que en el Invierno es menester para abrigo, en el Estío sobra para ahogo. Bacon dice que la demasiada ropa disuelve el cuerpo: *Vestes nimiae, sive in lectis, sive portatae* [173] *corpus solvunt* {(a) *In Hist. vitae, & mortis.*}. Cuando a veces el calor del Estío laxa demasiadamente los cuerpos, ¿para qué se ha de aumentar el daño con la opresión de los vestidos? Es verdad, que el adagio Castellano dice: *Si quieres vivir sano, la ropa que traes por Invierno, traela por Verano;* pero yo nunca he asentido a que todos los adagios sean evangelios breves: y quien se pone de intento a impugnar errores comunes, no debe embarazarse en refranes. A los que veneran tales textos, les daré la explicación del presente, que me ocurrió siendo Novicio, en ocasión que mi Maestro me arguyó con él, viéndome un día ardiente muy aliviado de ropa. Padre Maestro, le dije, ese adagio favorece mi opinión; porque quiere decir, que nos abriguemos mucho menos en Verano, que en Invierno. ¿Cómo?, me replicó. Como (respondí) la ropa que se ha usado todo el Invierno, cuando llegue el Estío, es necesario que ya esté algo raída, y con mucho menos pelusa, es preciso que entonces abrigue, y cargue mucho menos: y así entiendo yo el consejo de que la ropa que se trae por Invierno, se traiga por Verano. Ni me hace fuerza el ejemplo de algunos que se hallan bien usando la misma cantidad de ropa todo el año. Comúnmente estos hombres adictos a un método inalterable, sin distinción de tiempos, y circunstancias, son de una complexión de bronce, a que se siguen dictámenes de hierro. Cualquiera lección que tomen en orden a régimen, aunque no sea la más oportuna, con ella tienen salud, porque para todo les sobra robustez. Y como los hombres de temperamento tan fuerte no son por lo común los más reflexivos, nadie los vencerá con alguna

razón a que por poco tiempo prueben si de otro modo les va mejor. Sin embargo no me atrevo a condenarlos, si en la práctica que siguen no padecen alguna molestia. Pero dudo que el cargarse de ropa en el mayor herbor del Estío, no les sea penoso. Lo dicho en este Artículo se debe entender con alguna limitación para aquellos Países, [174] donde por la vecindad de alguna montaña elevada, suelen levantarse intempestivamente, en medio de los calores, vientos fríos, y penetrantes.

42. Dejar la ventana del aposento abierta en las noches ardientes del Estío, se tiene por arriesgado. Yo lo ejecuté muchas veces, y ví algunos otros que lo ejecutaban cuando el calor era muy excesivo, sin experimentar jamás algún daño. Pero esto no podrá ejecutarse en los Países donde sucede lo que dijimos arriba, de levantarse inopinadamente, en medio de los calores, vientos fríos, si la ventana no está al lado opuesto de la montaña de donde soplan: tampoco en los Lugares, donde arrojan de noche en las calles todas las inmundicias.

43. La elección de agua para beber es uno de los puntos considerables en materia de régimen. Las señas comunes, y probables de la buena, son carecer de todo sabor, ser cristalina, ligera, calentarse, o enfriarse prontamente, cocerse presto en ella las legumbres. Pero la de nacer la fuente al Oriente la he visto falsificada mil veces. El País adonde escribo esto abunda de fuentes; y tres que hay, las mejores de todas, nacen al Poniente. Ni, si se consulta bien la razón natural, se puede hacer mucho aprecio de esta seña. [175]

{(a) El P. Regnault, tom. 2. de los *Coloquios Físicos,* coloq. 7. dice, que las mejores fuentes se deben buscar en el pendiente de las montañas que mira al Norte; fundado en la razón de que, no estando semejantes sitios expuestos al Sol, sus rayos no desecan la tierra, disipando lo que las aguas tienen de más espirituoso. Otros quieren que se prefieran las que están en sitios ilustrados del Sol, pretendiendo que sus rayos purifican las aguas. Yo quiero que se prefiera la experiencia a todo raciocinio; mas si por discurso se hubiese de hacer elección, antes me atendría al primero, que al segundo. El calor del Sol, u otro cualquiera, sin duda evaporiza las partes más sutiles, y fluidas del agua; así dejará el resto más grueso,

glutinoso, y pesado: pues debemos suponer que ninguna agua es perfectamente homogénea: lo uno, porque siempre están mezclados en ella muchos corpúsculos sólidos; lo otro, porque ni aun las partes líquidas son de igual fluidez, lo que fácilmente notamos en las aguas de distintas [175] fuentes. Añádese, que si el Sol calienta mucho la agua, puede producir en ella aquellos insectos que en fuerza del mucho calor se engendran en la agua, que llevan los Bajeles de curso dilatado.

Muchos Autores, tanto antiguos, como modernos, prefieren a todas las demás la agua llovediza, calificándola por mejor que la de fuentes, y ríos. Considerando que la agua llovediza se forma de los vapores que se elevan de las aguas terrestres, y que lo que se eleva en vapores, es lo más sutil, y tenue del cuerpo que los exhala; dedujeron, que la agua llovediza es la más pura, tenue, y sutil de todas. Pero la falacia de este discurso está descubierta por la experiencia. Yo la hice algunas veces con todas las precauciones necesarias; esto es, tomando la agua, no de las canales de los techos, ni de nubes tempestuosas, sino derechamente del Cielo, y de nubes pacíficas. Con todo, nunca logré más que una agua impura, de mal gusto, mal color, y mal olor. Así es de creer, que los vapores al subir, y mucho más al bajar, incorporan en sí muchos corpúsculos de mala índole, que fluitan en la Atmósfera, los cuales la hacen impura. Compruébase esto con el vulgar axioma, *clarior post nubila Phoebus.* La mayor claridad del Sol viene de la mayor pureza de la Atmósfera: luego si después de resolverse en lluvia los nublados parece el Sol más brillante, es sin duda porque la lluvia al caer purgó a la Atmósfera, llevando consigo muchos corpúsculos, que la empañaban. [176] Habiendo yo propuesto este pensamiento a un sujeto aficionado a observaciones filosóficas, me lo confirmó con repetidos experimentos, que había hecho, de que después de resolverse en agua las nubes, veía con el telescopio algunos objetos distantes, los cuales no distinguía fuera de esa circunstancia, por sereno que estuviese el día. Si recogida por mucho tiempo la agua llovediza en las cisternas depone en sedimento todos esos corpúsculos, y queda pura, sabránlo los que la han bebido. Ciertamente sucede así en la que se recoge de los ríos hinchados con grandes lluvias, y depositada en los aljibes, en la cual la mucha

tierra, que viene mezclada con ella, al precipitarse al fondo en fuerza de su peso, precipita también esotras impurezas de la agua llovediza. Pero tampoco esa agua es comparable con la de algunas fuentes, o ríos escogidos, como he notado varias veces: y tengo un sentido bien exquisito para distinguir la delicadeza de las aguas, no sólo a la percepción del paladar, mas aun al contacto de la mano.

Puede ser que el dictamen de que la agua de lluvia es mejor que la de fuentes, y ríos, venga de la observación hecha en otras naciones, donde el agua de las fuentes sea de inferior calidad a la de las fuentes de España. Muéveme a esta sospecha haber leído en el Diccionario de Trevoux, *V. Eau,* la siguiente cláusula: *La agua de España es excelente: ella no se corrompe jamás.*}

44. La experiencia de pesar las aguas, para conocer la bondad de ellas, es engañosa. Puede la agua, que es más pesada que otra, ser para el estómago más ligera, a razón de la mayor flexibilidad, o mayor disolubilidad de la textura de sus partículas, por la cual se acomoda mejor, y penetra más fácilmente las vías. Puede también tal vez depender la mayor levidad de la agua de tener mayor mixtura de aire: en cuyo caso no será la más ligera más provechosa. En los alimentos se ve, que no siempre los más ligeros en sí mismos son los más ligeros en el estómago. El sebo es mucho más ligero que la carne: pero para el estómago más pesado. Así las aguas se han de pesar en el estómago, no en la balanza. Algunas experiencias que hice, me confirmaron en esta máxima.

45. Otro error comunísimo, que he hallado en cuanto a la agua, y otra cualquiera bebida, es condenar por perniciosa la que habiéndose enfriado con nieve, perdió aquella frialdad intensa. Dicen que está pasada; y no sé lo que [176] quieren significar con esto. Si por pasada entienden corrompida, se engañan; porque la corrupción de cualquiera licor se manifiesta en sus cualidades sensibles; y en ninguna de éstas se inmuta la agua por enfriarse; o si alguna vez se inmuta, es porque la vasija, en que se enfrió, le comunicó algún sabor, u olor extraño: pero lo mismo sucedería estando en ella sin enfriarse. Así se verá, que en vasija de vidrio limpia, aunque se enfríe diez veces, no se inmuta, ni en color, ni en sabor, ni en olor. Acaso introdujo este error la experiencia de lo que pasa en las bebidas compuestas. Pero éstas se corrompen, o inmutan

sensiblemente, pasados uno, u dos días, que se enfríen, que no, a causa de la fermentación que ocasiona su heterogeneidad. Haga el que quisiere la experiencia con un poco de horchata, y lo verá. La agua de los ríos de curso dilatado, cien veces se enfría con la destemplanza de la noche, y otras tantas se calienta con la presencia del Sol, sin perder nada de su calidad. Aun la que se ha helado, se deja beber [177] después de liquidada, del mismo modo que antes. El vino que se transporta por altísimas montañas, se enfría mucho en ellas, y después se calienta tal vez demasiado en los valles, sin perder nada de su valor. A este argumento me han respondido algunos de aquellos que pasan por Filósofos, sólo porque estudiaron si la materia tiene propia existencia, si la unión se distingue de las partes, &c. que la frialdad en los ejemplos que traemos es natural, y la del caso en cuestión, violenta. Pero esto es hablar sin reflexión, y acaso sin inteligencia de las voces. Si a la agua le es violenta la frialdad, que le comunica la nieve, lo será asimismo la que le comunica el ambiente friísimo de la noche, cuando llega a helarla; pues una, y otra frialdad son de la misma especie ínfima; y aun el agente es el mismo en cuanto a la especie; conviene a saber el nitro incorporado en la nieve, o esparcido en el aire. Cuando el vino es conducido por montañas nevadas, la nieve es quien le enfría mediatamente, enfriando inmediatamente al ambiente vecino: como en la corchera le enfría mediatamente, enfriando inmediatamente la vasija. Las fuentes, y ríos, que bajan de montañas altísimas, se surten por la mayor parte de la nieve derretida, penetrada en los senos de la tierra; sin que después que en los valles se calientan sus aguas, se perciba en ellos alguna cualidad maligna. Decir que una frialdad es natural, y otra artificial, nada significa: porque lo que hay artificial en el caso en cuestión, es únicamente la aplicación: y la aplicación es sólo condición para obrar desnuda de todo influjo: por lo cual no puede inducir buena, ni mala cualidad en la bebida. Aun cuando concediéramos ser algo violenta a la agua la frialdad de la nieve, nada se probaría de ahí: pues mucho más violento le es el calor, que le da el fuego, y por más que hierba no se corrompe, si se cuece sola. En fin, yo en mis menores años bebí muchas veces la agua, que se había enfriado en cantimplora de vidrio, después de perder la frialdad, sin percibir jamás la menor lesión.

46. Omito otras advertencias en orden al régimen: [178] porque para decirlo todo, sería menester hacer libro entero de este asunto. Y repito, que en todas las cosas, de que se compone el régimen, cada uno se gobierne por su experiencia, estando advertido de entenderla bien; porque muchas veces se yerra enormemente en las conclusiones que se deducen de la observación, o tomando por efecto lo que es causa, como demostré arriba, tratando del sueño meridiano; o tomando por causa lo que ni es causa, ni efecto, sino cosa puramente concomitante; y éste es el yerro más común. Muchos de cualquiera incomodidad que sientan, echan la culpa a cualquiera novedad que hayan hecho en la comida, o en la bebida, o en otra cosa, por menuda que sea. Es menester ver si repitiendo esa novedad, resulta el mismo efecto; porque si no, sería concurrencia causal, y no ocasionada de la indisposición con la novedad. Teniendo presente esta regla, es ocioso preguntar al Médico en estado de salud, aunque sea algo débil, qué, y cuánto se ha de comer, o beber, cuánto, y cuándo se ha de hacer ejercicio, &c. En que muchos son tan supersticiosos, que no pasarán, aunque rabien de hambre, o de sed, de la raya que el Médico señala: y Médicos hay, que todo lo determinan con tanta exactitud, como si lo midiesen con compás matemático. Acuérdome de haber leído de uno, a quien el Médico, consultado sobre el punto de hacer ejercicio, señaló el número de paseos, o vueltas que había de dar en el cuarto; y después el consultante, ocurriéndole que no había expresado, si los paseos habían de ser hacia lo largo, o hacia lo ancho del cuarto, se lo envió a preguntar al Médico a su casa. No por esto repruebo algunos consejos generales, y aun algo particularizados, cuando los Médicos con larga, y atenta experiencia han tanteado la calidad de los alimentos del País, y el temperamento del consultante.

Aunque el examen de la común opinión, que la aplicación a las letras es muy perjudicial a la salud, pertenecía a este Discurso; por ser materia que pide discusión más exacta, se reserva para colocarse a parte en el siguiente.

Discurso séptimo

Desagravio de la profesión literaria

§. I

1. Para contrapeso de los hermosos atractivos, conque las letras encienden el amor de los estudiosos, se introdujo la persuasión universal, de que los estudiosos abrevian a la vida los plazos. ¡Pensión terrible, si es verdadera! ¿Qué importa que el sabio exceda al ignorante, lo que el racional al bruto; que el entendimiento instruido se distinga del inculto, como el diamante colocado en la joya, del que yace escondido en la mina, si cuantos pasos se dan en el progreso de la ciencia, son tropiezos en la carrera de la vida? Igualó Séneca los sabios a los Dioses; pero si son más perecederos que los demás hombres, distan más que todos de la deidad, porque distan más que todos de la inmortalidad. La virtud, supremo ornamento de la alma, es parto legítimo de la ciencia: *Virtutem doctrina parit,* que decía Horacio. ¿Pero cuántos exclamarán con Bruto al tiempo de morir: *¡Oh infeliz virtud!* si esa misma luz, que corona al hombre de rayos, es fuego que le reduce a cenizas? La honra, compañera inseparable de la sabiduría, será corto estímulo de la aplicación, en quien juzgue que los pasos que da hacia los resplandores del aplauso, son vuelos hacia las lobregueces del sepulcro.

2. Vuelvo a decir, que es ésta una pensión terrible, si es verdadera. Fantasma formidable, que atravesado en el umbral de la casa de la sabiduría, es capaz de detener a [180] los más

enamorados de su hermosura. Por tanto, es cierto que haría a la República Literaria un señalado servicio quien desterrase el miedo de este fantasma en el mundo. Intentáronlo los Estoicos, procurando persuadir, que el vivir, o el morir son cosas indiferentes, o igualmente elegibles. Pero tan lejos estuvieron de hacérselo creer a los demás hombres, que pienso que ni aun lo creían los mismos Filósofos que lo predicaban: *Nam munere charior omni adstringit sua quemque salus,* decía Claudiano. Sólo, pues, resta otro medio de apartar este estorbo del camino de las letras, que es persuadir que su honesta ocupación no acorta los períodos a la edad. Conozco que abrazar este empeño, es lidiar con todo el mundo; pues todo está por el opuesto dictamen. Sin embargo, yo me animo a desagraviar las letras de la nota de estar reñidas con la vida, probando que ese común dictamen es un error común, originado de falta de reflexión.

§. II

3. El fundamento grande de mi sentir, es la experiencia; sobre la cual, si se hubiera hecho la reflexión debida, no hubiera ganado tanta tierra la opinión contraria. Ruego a cualquiera que esté por ella, que observe con atención, si los sujetos que conoce, o conoció dedicados a las letras, murieron más en agraz, por lo común, que los demás hombres. Para hacer con una exactitud prudencial este cotejo, el medio es poner los ojos en los congresos de hombres literatos de Universidades, Tribunales, y Colegios, y comparar el número de éstos con otro igual de hombres dedicados a cualesquiera otras ocupaciones, y aun sin ocupación alguna. Yo aseguro que en el paralelo no se hallará que hayan llegado a una larga senectud mayor número de éstos que de aquéllos. Y lo aseguro, porque tengo hecha la cuenta con la puntualidad posible. Apenas hay Universidad, donde de treinta, o cuarenta individuos, no lleguen, o pasen de la edad septuagenaria cuatro, o seis. Lo mismo se observa en los que [181] siguen la carrera de las Judicaturas. Pero en verdad que no hallamos mayor número de septuagenarios en los que pasan tranquilamente la vida libres de todo cuidado. En las Sagradas Religiones se hace más visible, por

ser la comparación más fácil, la fuerza de este argumento. A proporción del número, tantos, y aun creo que más ancianos se encuentran de los que se ocupan en el estudio, que de los que están destinados al Coro, o al manejo de la hacienda. Cotéjese en cualquiera Religión el número de septuagenarios, u octuagenarios de uno, y otro ejercicio, y se hallará que no me he engañado en la cuenta.

4. Luciano, tratando de los Macrobios, o hombres de larga vida, de intento se pone a numerar los sujetos dados a las letras en los tiempos antiguos, que vivieron mucho. Y sólo de Filósofos célebres cuenta diez y nueve, que todos pasaron de ochenta años: los más pasaron también de los noventa. Solón, Thales-Milesio, y Pittaco, contados entre los siete Sabios de Grecia, vivieron a cien años cada uno. Zenón, Príncipe de la Secta Estoica, noventa y ocho. Demócrito, ciento y cuatro. Xenóphilo Pithagórico, ciento y cinco. De Historiadores, y Poetas trae el mismo Luciano otra larga lista. No sólo esto. En el mismo escrito asienta este Autor, que en todas las Naciones se ha observado vivir más por lo común que los demás, los hombres de profesión literaria, por razón de su mayor cuidado en el régimen de vida, citando por ejemplares los Escritores Sagrados entre los Egipcios: los Intérpretes de Fábulas entre los Asirios, y Arabes: los Brachmanes entre los Indios; y generalmente todos los que cultivaron con cuidado la Filosofía: *Cujusmodi sunt Aegyptiorum sacri Scribae, & apud Asyrios, & Arabes Fabularum Interpretes, & apud Indos Brachmanes, adamussim Philosophiae studiis vacantes.*

5. Y no obsta a nuestro intento el que Luciano atribuya a su exacto régimen la larga edad de los Literatos. Porque si los estudios abreviaran la vida, como se piensa, parece que lo más que se podría deber al régimen, sería que los estudiosos viviesen tanto como los que no lo son. Pero no [182] sólo se nota igualdad, sino exceso. Fuera de que siendo la templanza en la comida, en la bebida, en el sueño, como también la abstinencia de otros excesos, secuela casi necesaria del ejercicio de las letras, siempre la larga vida de los Literatos se deberá como a causa mediata a la ocupación de los estudios.

§. III

6. Confírmase esto con los ejemplares de los hombres más estudiosos que hubo en estos tiempos. Por tales cuento al Cardenal Enrico de Noris, Augustiniano, de quien se cuenta, que antes de vestirse la sagrada Púrpura estudiaba catorce horas cada día. Al famoso Caramuel, que de sí mismo dice en el Prólogo de la Teología Fundamental, que daba diariamente el mismo número de horas al trabajo literario. Al célebre Benedictino D. Juan de Mabillon, conocido, y venerado de todo el mundo por tantas, y tan excelentes Obras. Al infatigable Francés Antonio Arnaldo, cuya reprehensible pasión por la doctrina Janseniana no rebaja la admiración de haber sido Autor de más de ciento y treinta volúmenes. Al laborioso Dominicano Natal Alejandro, en cuyas vastas Obras, siendo tanto el peso de la cantidad material, aún es mayor el de la erudición. A los dos grandes Escritores Jesuitas el P. Atanasio Kircher, y el P. Daniel Papebrochio. Al doctísimo hijo del gran Basilio nuestro Español el Maestro Fr. Miguel Pérez, Biblioteca Animada, y Oráculo de la Academia Salmantina. Todos estos hombres, cuya vida fue un continuo estudio, alargaron más allá del término común su bien empleada edad. Enrico de Noris vivió setenta y tres años. Caramuel, setenta y ocho. Mabillon, setenta y cinco. Antonio Arnaldo, ochenta y dos. De Natal Alejandro no sé puntualmente la edad, pero sí que fue muy dilatada, porque nació el año de treinta y nueve del siglo pasado, y pocos años ha oí decir que aún vivía, aunque casi del todo ciego. El Diccionario histórico, impreso el año de diez y ocho, aunque habla largamente de Natal, nada dice de su muerte; de que infiero, que aún vivía entonces: porque en aquel [183] escrito se observa referir el año de la muerte de los sujetos de que trata. El P. Kircher vivió ochenta y dos años; y el P. Papebrochio lo mismo, o algo más, según la especie que tengo. El Maestro Pérez hago juicio bastantemente seguro que pasa ya de los noventa.

{(a) Al Catálogo de los doctos longevos de estos tiempos añadimos ahora a Urbano Cheureau, Francés, aplicadísimo al estudio, que murió de ochenta y ocho años en el de 1701; y a la famosa Magdalena Scuderi, que murió de noventa y cuatro años en el mismo de 1701.}

7. Pudiéramos añadir, por ser de muy especial nota, aunque no tan moderno, el ejemplar de Guillermo Postel, natural de Normandía, gran peregrinador, y de mucho estudio, aunque infeliz, habiendo en sus dichos, obras, y escritos dejado algunas señas de que se desvió, no sólo de la Religión Católica, mas aun del Cristianismo; así, algunos le miran como primer Caudillo de los Deístas. De éste dice el Verulamio, que vivió cerca de ciento y veinte años. Pero otros Autores no quieren que haya llegado ni aun a ciento; y la última edición del Diccionario de Moreri no le da más de setenta y cinco. Así la edad de este erudito se quedará en la duda que tiene: bastando los ejemplares alegados para prueba experimental de que el estudio está bien avenido con la larga vida.

§. IV

8. A la experiencia sufraga la razón. El ejercicio literario, siendo conforme al genio, y no excediendo en el modo, tiene mucho más de dulzura que de fatiga: luego no puede ser molesto, o desapacible a la naturaleza, y por consiguiente ni perjudicial a la vida. He puesto las dos limitaciones de ser conforme al genio, y no exceder en el modo; pero éstas son transcendentes a toda ocupación, pues ninguna hay que siendo, o en la cantidad excesiva, o respecto del genio violenta, no sea nociva. ¿Qué cosa más dulce hay, que estar tratando todos los días con los [184] hombres más racionales, y sabios que tuvieron los siglos todos, como se logra en el manejo de los libros? Si un hombre muy discreto, y de algo singulares noticias, nos da tanto placer con su conversación, ¿cuánto mayor le darán tantos como se encuentran en una Biblioteca? ¿Qué deleite llega al de registrar en la Historia todos los Siglos, en la Geografía todas las Regiones, en la Astronomía todos los Cielos? El Filósofo se complace en ir dando alcance a la fugitiva naturaleza: el Teólogo en contemplar con el telescopio de la revelación los Misterios de la Gracia. Y aunque es cierto que en muchas materias no se puede descubrir el fondo, o apurar la verdad, en esas mismas se entretiene el entendimiento con la dulce golosina de ver los sutiles discursos conque la han buscado tantas mentes sublimes. Esta ventaja tienen

sobre todas las demás Ciencias las Matemáticas, cuyo estudio siempre va ganando tierra en el imperio de la verdad. De aquí viene aquel como extático embeleso de los que con más felicidad siguen esta profesión. Arquímedes, ocupado en formar líneas geométricas en la arena, estaba insensible a la sangrienta desolación de su propia Patria Siracusa. El Francés Francisco Vieta, inventor de la Álgebra especiosa, se estaba a veces tres días con sus noches sin comer, ni dormir, arrebatado en sus especulaciones Matemáticas. Respóndaseme con sinceridad, si hay algún otro placer en el mundo capaz de embelesar tanto.

9. Los que en materias más áridas estudian para instruir a otros con producciones propias, tienen a veces la fatiga de llevar cuesta arriba el discurso por sendas espinosas. Pero en ese mismo campo desabrido, al riego de su sudor les nacen hermosas flores. Cada pensamiento nuevo que aprueban, es objeto festivo en que se complacen. La fecundidad mental sigue opuesto orden a la Física. La concepción es trabajosa, y el parto dulce. Es felicidad de los Escritores, que cuanto discurren, les parece bien, y juzgan que así ha de parecer a los demás que vean sus discursos en el libro, o los oigan en la Cátedra, y en el Púlpito. [185] Por esto en cada rasgo que dan con la pluma, contemplan un hermoso hijo de su mente, que les hace dar por feliz, y bien empleado el trabajo de la producción.

10. Con razón, pues, el otro amigo de Ovidio le aconsejaba a este Poeta, que aliviase sus males con el recreo del estudio:

Scribis ut oblectem studio lachrymabile tempus. {Trist. l.5. Eleg. 12.}

Porque es ésta una diversión grande, y diversión que tiene en su mano cualquiera. Empero es preciso confesar, que hay gran diferencia entre el estudio arbitrario, y el forzado. Aquél siempre es gustoso: éste siempre tiene algo de fatigante; y mucho más en uno, u otro apuro violento, como de una Lección de oposición, o de un Sermón cuasi repentino. Mas estos casos son raros. Y en el estudio forzado se logra el deleite de adelantar, y aprender: lisonja común de todo racional. Fuera de que todos los de ventajoso ingenio están exentos de la mayor parte de aquella fatiga, siendo poco el tiempo que han menester para cumplir con la precisa tarea.

§. V

11. Finalmente, a la experiencia, y a la razón añade patrocinio con su autoridad un Filósofo, el que entre todos con más diligencia, y sagacidad, extendiendo su atención a cuanto hay animado en la naturaleza, observó cuanto favorece, o estorba la prolongación de la vida. Por lo menos no puede negarse que fue el que más de intento, y con más extensión escribió sobre esta materia. Ya por estas señas conocen los Eruditos, que cito a Francisco Bacon en su precioso libro, intitulado: *Historia Vitae, & Mortis,* donde discurriendo por todas las profesiones, o estados más oportunos para vivir mucho tiempo, después de colocar en primer lugar la vida Religiosa, Eremítica, o Contemplativa, pone inmediata a ésta la profesión literaria, por estas palabras: *Huic proxima est vita in litteris Philosophorum, Rhetorum, & Grammaticorum.* [186] Da la razón: *Degitur hic quoque in otio, & in his cogitationibus, quae cum ad negotia vitae nihil pertineant, non mordent, sed varietate, & impertinentia delectant: vivunt etiam ad arbitrium suum, in quibus maxime placeat, horas, & tempus terentes.*

12. Debo no obstante confesar, que esta razón no es generalísima para todos los Literatos; sí sólo limitada a aquellos, cuya subsistencia no depende de su estudio. Los Abogados, y los Médicos, pongo por ejemplo, cuyo mayor, o menor saber les granjea, no sólo mayor honra, mas también aumento de conveniencia, al paso que en la lectura, y la meditación encuentran especies que los deleitan, tropiezan también en cuidados que los conturban. En estas dos profesiones es un gran contrapeso de la dulzura del estudio la emulación de otros de la misma facultad, con quienes en frecuentes concurrencias se disputa la ventaja. Es ésta una guerra más mental que sensible; donde, aunque no es mucho el estruendo de las voces, no pocas veces por el estallido de los labios se conoce la pólvora que arde en los corazones.

§. VI

13. Después de probar mi sentir con experiencia, razón, y

autoridad, es preciso hacerme cargo de una grande objeción que se me puede hacer, tomada de las frecuentes quejas, que a los Literatos se oyen de sus corporales indisposiciones. Raro es el hombre dado a las letras, a quien no oigamos quejarse de reumas, y catarros, a muchos de vahídos, y jaquecas. De aquí es, que algunos Médicos célebres, compasivos a sus dolores, escribieron de intento sobre los medios, o auxilios para conservar la salud de los Literatos. Como Marsilio Ficino *de Studiosorum valetudine tuenda.* Fortunato Pemplio *de Togarum valetudine tuenda.* Y Bernardino Ramazzini *de Litteratorum morbis.* Siendo esto cierto, también lo es, que toda indisposición habitual, por leve que sea, especialmente si en ella padece el cerebro, es una lima, que insensiblemente [187] va royendo la vida. Luego es preciso que ésta tenga más limitado plazo en los profesores de las letras, que en los demás hombres.

14. Pero este argumento no es tan fuerte como representa su apariencia. Lo primero, las quejas de fluxiones de la cabeza hoy son tan universales, que tanto casi suenan ya en las bocas de los Gañanes, como en las de los Catedráticos. Todos se quejan de reumas: no porque haya más reumas en este siglo que en los antecedentes, sino porque hay más melindres. Más fluyen a la boca que al pecho; porque más es el clamor que el daño.

15. Lo segundo, es incierto que cualquiera leve indisposición habitual, o como habitual, abrevie la vida; antes bien hay algunas que conducen a prolongarla. Tales son las fluxiones que de tiempo a tiempo repiten. La razón es, porque por medio de ellas se alivia el cuerpo de los humores excrementicios, o impuros, que le gravan, y que retenidos más tiempo, y creciendo a mayor cantidad, ocasionarán alguna enfermedad peligrosa. De aquí depende que muchos sujetos enfermizos viven largamente, y algunos robustísimos mueren en la flor de su edad: porque en aquéllos, con varias fermentaciones ligeras se va sucesivamente desahogando el cuerpo de los humores nocivos; y estancándose en éstos, no prorrumpen, ni se hacen sentir, hasta que la copia es tanta, que no puede superarla la naturaleza.

16. Lo tercero, si el Aforismo en que Hipócrates dice que el hábito robustísimo es peligroso, y amenaza pronta decadencia, es verdadero; será más segura para alargar la vida una salud algo

quebrada. La consecuencia parece forzosa, especialmente añadiendo el mismo Hipócrates, que al que se siente perfectamente sano, sin dilación se le debe disolver, o destruir el buen hábito que goza: *His de causis bonum habitum statim solvere expedit.* Sin embargo, yo no me gobernaré jamás por este Aforismo, si se entiende como suena.

17. Finalmente, no padece la salud de los hombres de [188] letras tanto como vulgarmente se dice. Con ellos vivo, y he vivido siempre, y no veo tantos males, ni oigo tantos gemidos. Ramazzini con otros Médicos, dice que el estudio hace a los hombres melancólicos, tétricos, desabridos. Nada de esto he experimentado, ni en mí, ni en otros que estudiaron más que yo; antes bien cuanto más sabios, los he observado más apacibles. Y en los escritos de los hombres más eminentes se nota un género de dulzura superior a lo común de la condición humana.

§. VII

18. Lo que se ha dicho en este Discurso, se debe entender con algunas advertencias. La primera es la apuntada arriba: que no se exceda en el estudio. El exceso puede considerarse, no sólo en la cantidad, mas también en las circunstancias. En la cantidad excede el que estudia hasta fatigarse mucho. Deben dejarse los libros antes que engendren notable tedio, o produzcan sensible cansancio: porque en llegando a este extremo, el estudio aprovecha poco, y daña mucho. En las circunstancias se peca, si se estudia estando la cabeza achacosa, o quitando sus horas al sueño.

19. La segunda advertencia es, que no se exceda en comida, y bebida; cuya demasía ofenderá más a los hombres dados a las letras, que a los ocupados en otras cosas. La tercera, que se interponga oportunamente el ejercicio corporal con el mental. Donde noto con Plutarco, que el ejercicio de la disputa es uno de los más útiles que hay para la salud, y robustez del cuerpo; porque en la contención de la voz, y esfuerzos del pecho se agitan no los miembros externos, sino las entrañas mismas, y partes más vitales. Oigase el mismo Plutarco: *Ipse quotidianus disputationis usus, si voce peragatur, mira quaedam est exercitatio, conducens non solum ad bonam valetudinem,*

verum etiam ad corporis robur {(a) *Lib. de Tuenda bona valetudine.*}. Y poco más abajo: [189] *Cum vox sit agitatio spiritus non leviter, nec in superficie, sed veluti in ipso fonte, in ipsis visceribus valens, & calorem auget, & sanguinem subtilem reddit, & omnes purgat venas, & omnes aperit arterias, humorem vero superfluum non sinit crassescere, neque concrescere, qui faecis in morem subsidit in his conceptaculis, quibus accipitur, & conficitur cibus.* Grande ventaja es de la profesión Escolástica tener dentro de su esfera un ejercicio tan útil a la salud.

20. La cuarta advertencia es, que alternen con el estudio algunas recreaciones honestas, las cuales conducen, no sólo a reparar las fuerzas del cuerpo, mas también las del espíritu; porque la alegría da soltura, y vivacidad al ingenio. Los Escritores necesitan más de este alivio; y entre éstos mucho más los de genio melancólico.

21. La última es, que si se puede se varíen los estudios en diferentes materias, porque la variedad, aún más en esto que en las cosas materiales, deleita el espíritu, y todo lo que le deleita le conforta. Por cuya razón a veces la lectura de un libro suele ser alivio de la fatiga que dio la lectura de otro. He dicho *si se puede;* porque el divertir el entendimiento a materias diferentes, no es para todos. Todos los espíritus son ya más, ya menos limitados. Y algunos hay de tan estrecha extensión, que aunque muy hábiles para alguna determinada facultad, si quieren estudiar dos, les sucede lo que al otro, de quien se cuenta que olvidó la lengua Vizcaína, y no pudo aprender la Castellana.

Discurso octavo

Astrología judiciaria, y almanaques

§. I

1. No pretendo desterrar del mundo los Almanaques, sino la vana estimación de sus predicciones, pues sin ellas tienen sus utilidades, que valen por lo menos aquello poco que cuestan. La devoción, y el culto se interesan en la asignación de fiestas, y Santos en sus propios días: el Comercio en la noticia de las ferias francas: la Agricultura, y acaso también la Medicina, en la determinación de las Lunaciones. Esto es cuanto pueden servir los Almanaques; pero la parte judiciaria que hay en ellos, sin embargo de hacer su principal fondo en la aprehensión común, es una apariencia ostentosa, sin substancia alguna: y esto no solo en cuanto predice los sucesos humanos, que dependen del libre albedrío; más aún en cuanto señala las mudanzas del tiempo, o varias impresiones del aire.

2. Ya veo que en consideración de esta propuesta están esperando los Astrólogos que yo les condene al punto por falsas las predicciones de los futuros contingentes que traen sus Reportorios. Pero estoy tan lejos de eso, que el capítulo por donde las juzgo más despreciables, es ser ellas tan verdaderas. ¿Qué nos pronostican estos Judiciarios, sino unos sucesos comunes, sin determinar lugares, ni personas; los cuales considerados en esta vaga indiferencia, [191] sería milagro que faltasen en el mundo? Una señora que tiene en peligro su fama: la mala nueva que contrista a

una Corte: el susto de los dependientes por la enfermedad de un gran Personaje: el feliz arribo de un Navío al Puerto: la tormenta que padece otro: tratados de casamientos, ya conducidos al fin, ya desbaratados; y otros sucesos de este género, tienen tan segura su existencia, que cualquiera puede pronosticarlos sin consultar las estrellas: porque siendo los acaecimientos que se expresan nada extraordinarios, y los individuos, sobre quienes pueden caer, innumerables, es moralmente imposible que en cualquiera cuarto de Luna no comprehendan a algunos. A la verdad, con estas predicciones generales no puede decirse que se pronostican futuros contingentes, sino necesarios; porque aunque sea contingente que tal Navío padezca naufragio, es moralmente necesario que entre tantos millares, que siempre están surcando las ondas, alguno peligre; y aunque sea contingente que tal Príncipe esté enfermo, es moralmente imposible que todos los Príncipes del mundo en ningún tiempo del año gocen entera salud. Por esto va seguro quien, sin determinar individuos, ni circunstancias, al Navío le pronostica el naufragio, al Príncipe la dolencia, y así de todo lo demás.

3. Si tal vez señalan algunas circunstancias, obscurecen el vaticinio en cuanto a lo substancial del acaecimiento, de modo que es aplicable a mil sucesos diferentes; usando en esto del mismo arte que practicaban en sus respuestas los Oráculos; y el mismo de que se valió el Francés Nostradamo en sus predicciones, como también el que fabricó las supuestas profecías de Malaquías. Así en este género de pronósticos halla cada uno lo que quiere; de que tenemos un reciente, y señalado ejemplo en la triste borrasca que poco ha padeció esta Monarquía, donde según la división de los afectos, en la misma profecía de Malaquías, correspondiente al presente Reinado, unos hallaban asegurado el Cetro de España a Carlos VI, Emperador de Alemania, y otros al Monarca, que por disposición [192] del Cielo, ya sin contingencia alguna nos domina.

§. II

4. ¿Pero qué más pueden hacer los pobres Astrólogos, si todos los Astros que examinan no les dan luz para más? No me haré yo

parcial del incomparable Juan Pico Mirandulano, en la opinión de negar a los cuerpos celestes toda virtud operativa fuera de la luz, y el movimiento; pero constantemente aseguraré, que no es tanta su actividad, cuanta pretenden los Astrólogos. Y debiendo concederse lo primero, que no rige el Cielo con dominio despótico nuestras acciones; esto es, necesitándonos a ellas de modo que no podamos resistir su influjo; pues con tan violenta batería iba por el suelo el albedrío, y no quedaba lugar al premio de las acciones buenas, ni al castigo de las malas; pues nadie merece premio, ni castigo con una acción, a que le precisa el Cielo, sin que él pueda evitarlo: digo, que concedido esto, como es fuerza concederlo, ya no les queda a los Astros para conducirnos a los sucesos, o prósperos, o adversos, otra cadena que la de las inclinaciones. Pero fuera de que el impulso que por esta parte se le da al hombre, puede resistirlo su libertad; aun cuando no pudiera, es inconexo con el suceso que predice el Astrólogo.

5. Pongamos el caso, que a un hombre, examinado su horóscopo, se le pronostica que ha de morir en la guerra. ¿Qué inclinaciones pueden fingirse en este hombre, que le conduzcan a esta desdicha? Imprímale norabuena Marte un ardiente deseo de militar, que es cuanto Marte puede hacer: puede ser que no lo logre, porque a muchos que lo desean, se lo estorba, o el imperio de quien los domina, o algún otro accidente. Pero vaya ya a la guerra, no por eso morirá en ella; pues no todos, ni aun los más que militan, rinden la vida a los rigores de Marte. Ni aun los riesgos que trae consigo aquel peligroso empleo, le sirven de nada para su predicción al Astrólogo: pues este, por lo común, no sólo pronostica el género de muerte de aquel [193] infeliz, mas también el tiempo en que ha de suceder: y los peligros del que milita, no están limitados a aquel tiempo, sino extendidos a todo tiempo en que haya combate.

6. Y veis aquí sobre esto un terrible embarazo de la Judiciaria, no sé si bien advertido hasta ahora. Para que el Astrólogo conozca por los Astros que un hombre por tal tiempo ha de morir en la batalla, es menester que por los mismos Astros conozca que ha de haber batalla en aquel tiempo; y como esto los Astros no pueden decírselo, sin mostrarle cómo influyen en ella (pues es conocimiento

del efecto por la causa), es consiguiente que esto lo vea el Astrólogo. Ahora, como el dar la batalla es acción libre en los Jefes de ambos partidos, o por lo menos en uno de ellos, no pueden los Astros influir en la batalla, sino inclinando a ella a los Jefes. Por otra parte esta inclinación de los Jefes no puede conocerla el Astrólogo, pues no examinó el horóscopo de ellos, como suponemos; y de allí depende en su sentencia toda la constitución de las inclinaciones, y toda la serie de los sucesos.

7. Aún no para aquí el cuento. Es cierto que el Jefe, influyan como quieran en él los Astros, no determinará dar la batalla, sino en suposición de haber hecho tales, o tales movimientos el enemigo, y acaso de haber conspirado en lo mismo algunos votos de su consejo, de hallarse con fuerzas probablemente proporcionadas, y de otras muchas circunstancias, cuya colección determina a semejantes decisiones: siendo infalible que el Caudillo es inducido al combate por algún motivo, faltando el cual se estuviera quieto, o se retirara. Conque es menester que todas estas disposiciones previas, sin las cuales no se tomará la resolución de batallar, por más fogoso que le haya hecho Marte al Caudillo, las tenga presentes, y las lea en las Estrellas el Astrólogo. Pasemos adelante. Estas mismas circunstancias que se prerequieren para la resolución del choque, dependen necesariamente de otras muchas acciones anteriores todas libres. El tener el campo más, [194] o menos gente depende de la voluntad del Príncipe, y más, o menos cuidado de los Ministros: los movimientos del enemigo, de mil circunstancias previas, y noticias verdaderas, o falsas que le administran: los votos del Consejo de Guerra, nacen en gran parte del genio de los que votan: y retrocediendo más, el mismo rompimiento de la guerra entre los dos Príncipes, sin el cual no llegára el caso de darse esta batalla, ¿en cuántos acaecimientos anteriores, todos contingentes, y libres se funda? De modo que esta en una cadena de infinitos eslabones, donde el último, que es la batalla, se quedará en el estado de la posibilidad, faltando cualquiera de los otros. De donde se colige, que el Astrólogo no podrá pronunciar nada en orden a este suceso, sino es que lea en las Estrellas una dilatadísima historia. Y ni esta historia está escrita en los Astros, ni aun cuando lo estuviera, pudieran leerla los Astrólogos. No está escrita en los Astros, porque

estos solo pueden inferir tantas operaciones como se representan en ella, influyendo en las inclinaciones de los actores; y esta ilación precisamente ha de flaquear, porque entre tanto número de sujetos, es totalmente inverosímil que alguno, o algunos no obren contra la inclinación que conduce para que se dé la batalla, o por dictamen de conciencia, o por razón de conveniencia, o por el contrapeso de otra inclinación más poderosa, como sucede en el avaro vengativo, que por mas que la ira le incite, deja vivir a su enemigo, por no arriesgar su dinero: y una operación sola que falte de tantas a que los Astros inclinan, y que son precisamente necesarias para que llegue el caso de darse la batalla, no se dará jamás.

8. Tampoco aunque toda aquella larga serie de sucesos, y acciones, que precisamente han de preceder el combate, estuviera escrita en las Estrellas, fuera legible por el Astrólogo. La razón es clara, porque casi todos esos sucesos, y acciones dependen de otros sujetos, cuyos horóscopos no ha visto el Astrólogo (pues suponemos que solo vio el horóscopo de aquel a quien pronostica la muerte [195] en la batalla), y no viendo el horóscopo de los sujetos, no puede determinar nada la Judiciaria de sus acciones.

§. III

9. Esfuerzo esto de otro modo. Cuando el Astrólogo, visto el horóscopo de Juan, le pronostica muerte violenta, es cierto que los Astros no pueden representarle esta tragedia, sino porque la contienen en sí, como causas suyas. Pregunto ahora: ¿cómo causarán los Astros esta muerte? No influyendo derechamente en la acción del homicidio; porque como son causas necesarias, y no libres, no sería la acción del homicidio contingente, sino necesaria, y así no podría evitarla el agresor. Tampoco determinando la voluntad, y brazo del homicida; porque se seguiría el mismo inconveniente de ser movidas necesariamente a la acción las potencias de este: por cuya razón asientan los Teólogos, que si la primera causa obrase necesariamente, las segundas no podrían obrar con libertad. Luego solo resta que los Astros influyan en aquella muerte violenta, imprimiendo alguna inclinación que

conduzca a ella. ¿Pero esta inclinación en quién la han de imprimir? No en Juan; porque este nunca tendrá inclinación a ser muerto violentamente: ni el que le inspiren un genio colérico, y provocativo hace al caso; porque los más de estos expiran de muerte natural, como asimismo muchos pacíficos mueren a golpe de cuchillo. Conque quedamos en que esta inclinación se la han de imprimir al matador. Pero este con toda su inclinación a matar a Juan, es muy posible que no pueda ejecutarlo. Es muy posible también que el miedo del castigo, que el riesgo de sus bienes, que el amor de sus hijos le detenga. Mas concedámosle una inclinación tan violenta, que haya de superar todos esos estorbos, y aun facilitarle los medios. ¿Cómo puede el Astrólogo conocer esa inclinación del matador, cuyo horóscopo no ha visto, sino solo del que ha de ser muerto? Y por otra parte los Astros, que sólo por ese medio han de causar la muerte, sólo pueden representársela al Astrólogo, [196] en cuanto contienen la inclinación del matador en su influjo.

10. Y que no depende, ni el género, ni el tiempo de la muerte de los hombres de la constitución del Cielo, que reina cuando nacen, se ve claro en que mueren muchísimos a un tiempo, y de un mismo modo, los cuales nacieron debajo de aspectos muy diferentes. Por ventura (como dice bien Juan Barclayo) cuando la tormenta precipita al fondo del Mar una grande Nao, y perecen todos que iban en ella, ¿se ha de pensar que todos aquellos infelices nacieron debajo de un sistema celeste, que amenazaba naufragio, disponiendo los mismos Astros, que sólo se juntasen en aquella Nave los que habían nacido debajo de aquel sistema? Buenas creederas tendrá quien lo tragare. Antes es cierto, que en los mismos puntos de tiempo en que nacieron esos hombres, nacieron otros muchísimos en el mundo, que tuvieron muerte muy diferente. En la guerra, llamada servil, donde conspiraron a recobrar con el hierro la libertad todos los esclavos de los Romanos, murieron, sin que se salvase ni uno solo, cuantos seguían las banderas del Pastor Athenion, que eran algunos no pocos millares. ¿Quién dirá que todos estos rebeldes nacieron debajo de tal constitución de Astros, que los destinaba a esa desdicha; y mas cuando los mismos Astrólogos asientan, que son pocos los aspectos que pronostican muerte en la guerra? ¡Cuántos nacerían en el mundo al mismo

tiempo que aquellos esclavos, los cuales murieron en su propio lecho, y ni aun tomaron jamás las armas en la mano!

§. IV

11. La correspondencia de los sucesos a algunas predicciones, que se alega a favor de los Astrólogos, está tan lejos de establecer su arte, que antes, si se mira bien, la arruina. Porque entre tantos millares de predicciones determinadas, como formaron los Astrólogos de mil y ochocientos años a esta parte, apenas se cuentan veinte, o treinta que saliesen verdaderas: lo que muestra [197] que fue casual, y no fundado en reglas el acierto. Es seguro, que si algunos hombres vendados los ojos un año entero, estuviesen sin cesar disparando flechas al viento, matarían algunos pájaros. ¿Quién hay (decía Tulio) que flechando aun sin arte alguna todo el día, no dé tal vez en el blanco? *Quis est qui totum diem jaculans, non aliquando collimet?* Pues esto es lo que sucede a los Astrólogos. Echan pronósticos a montones sin tino; y por casualidad uno, u otro entre millares logra el acierto. Necesario es (decía con agudeza, y gracia Séneca en la persona de Mercurio, hablando con la Parca) que los Astrólogos acierten con la muerte del Emperador Claudio, porque desde que le hicieron Emperador, todos los años, y todos los meses se la pronostican: y como no es inmortal, en algún año, y en algún mes ha de morir: *Patere Mathematicos aliquando verum dicere, qui illum postquam Princeps factus est, omnibus annis, omnibus mensibus efferunt* {(a) *In Ludo de morte Claudii Caesaris*}.

12. Este método, que es seguro para acertar alguna vez, después de errar muchas, no les aprovechó a los Astrólogos que quisieron determinar el tiempo en que había de morir el Papa Alejandro VI, por no haber sido constantes en él. Y fue el chiste harto gracioso. Refiere el Mirandulano, que formado el horóscopo de este Papa, de común acuerdo le pronosticaron la muerte para el año de 1495. Salió de aquel año Alejandro sin riesgo alguno: conque los Astrólogos le alargaron la muerte al año siguiente; del cual habiendo escapado también el Papa, consecutivamente hasta el año de 1502, casi cada año le pronunciaban la fatal sentencia.

Finalmente, viéndose burlados tantas veces, en el año de 1503 quisieron enmendar la plana, tomando distinto rumbo para formar el pronóstico, en virtud del cual pronunciaron, que aún le restaban al Papa muchos años de vida. Pero con gran confusión de los Astrólogos, murió el mismo año de 1503. [198]

§. V

13. Añado, que algunas famosas predicciones que se jactan por verdaderas, con gran fundamento se pueden reputar inciertas, o fabulosas. De Leoncio Bizantino, Filósofo, y Matemático, se refiere, que predijo a su hija Athenais, que había de ser Emperatriz, y por eso en el testamento, repartiendo todos sus bienes entre dos hijos que tenía, a ella no la dejó cosa alguna. Pero los mejores Autores nada dicen del pronóstico; sí solo, que Leoncio, en consideración de la singularísima belleza, peregrino entendimiento, y ajustada virtud de Athenais, conoció que no podía menos de ser codiciada para esposa de algunos hombres acomodados, teniendo harto mejor dote en sus propias prendas, que en toda la hacienda de su padre, y por esto fue olvidada en el testamento, lo que ocasionó su fortuna: porque yendo a quejarse del agravio a la Princesa Pulcheria, hermana de Teodosio el Segundo, enamoró tanto a los dos Príncipes, que Pulcheria luego la adoptó por hija, y después el Emperador la tomó por esposa.

14. Del Astrólogo Ascletarion dice Suetonio, que predijo que su cadáver había de ser comido de perros; lo cual sucedió, por más que Domiciano, a quien el mismo Ascletarion había pronosticado su funesto éxito, procuró precaverlo, para desvanecer el pronóstico de su muerte, falsificando el que Ascletarion había hecho de aquella circunstancia de la suya propia: porque habiendo luego que mataron al Astrólogo, arrojado de orden del Emperador el cadáver en una grande hoguera, para que prontamente se deshiciese en ceniza, sobrevino al punto una abundante lluvia que apagó el fuego, y no con menos puntualidad acudieron los perros a cebarse en aquella víctima inútilmente sacrificada a la seguridad del Príncipe sangriento. Pero todo este hecho, dice el Jesuita Dechales, es muy

sospechoso; porque no se señala en libro alguno de los que tratan de la Judiciaria, constelación, aspecto, [199] o tema celeste, a quien atribuyan los Astrólogos tal circunstancia, o especie de muerte.

15. Del célebre Lucas Guarico cuentan algunos Autores, que consultado de María de Médicis, Reina de Francia, sobre el hado de su hijo Enrico II, pronosticó con harta individuación su muerte, diciendo que moriría de la herida, que en una Justa había de recibir en un ojo. Pero el citado Dechales, y Gabriel Naude lo refieren muy al contrario, diciendo, que antes bien erró cuanto pudo errar la predicción, pronosticándole a aquel Príncipe muerte natural, y tranquila, después de una vida muy larga. Como erró asimismo pronosticando a Juan Bentivollo la expulsión de Bolonia, y designando a Francisco II el año de su muerte.

16. De otro Astrólogo se dice haberle vaticinado a María de Médicis que había de morir en S. Germán: lo cual se cumplió, asistiéndola en aquel trance un Abad llamado Juliano de S. Germán. Pero fuera de que esto no fue verificarse la profecía, pues no había sido esa la mente del Astrólogo, sino que había de morir en el Lugar, o Monasterio de S. Germán, o no hubo tal vaticinio, o si le hubo, no se fundó en las reglas de la Judiciaria: pues en los libros Astrológicos no se señalan aspectos significadores de los lugares que han de ser teatros de las tragedias, ni de los nombres de las personas que han de intervenir en ellas: ni esto podría ser sin crecer a inmenso volumen los preceptos de este Arte.

17. Acaso no serían más verdaderas que las expresadas, la predicción de Spurina a César, la de los Caldeos a Nerón, y otras semejantes, que por la mayor parte recibieron los Autores, que las escriben, de manos del vulgo. Y bien se sabe, que en el común de los hombres es bien frecuente, después de visto el suceso, hallar alusión a él en una palabra que anteriormente se dijo sin intento, y aun sin significación; y poco a poco, mudando, y añadiéndo, llegar a ponerla en paraje de que sea un pronóstico perfecto. De esto tenemos mil ejemplos cada día. [200]

§. VI

18. Una, u otra vez puede deberse el acierto de las predicciones, no a las Estrellas, sino a políticas, y naturales conjeturas, gobernándose en ellas los Astrólogos, no por los preceptos de su arte, de que ellos mismos hacen bien poco aprecio, por más que los quieren ostentar al vulgo; sí por otros principios, que aunque falibles, no son tan vanos. Por la situación de los negocios de una República, se pueden conjeturar las mudanzas que arribarán en ella. Sabiendo por experiencia, que raro Valido ha logrado constante la gracia de su Príncipe, de cualquiera Ministro alto, cuya fortuna se ponga en cuestión, se puede pronunciar la caída con bastanta probabilidad. Y con la misma a un hombre de genio intrépido, y furioso se le podrá amenazar muerte violenta. Por la fortuna, genio, temperamento, e industria de los padres, se puede discurrir la fortuna, salud, y genio de los hijos. Es cierto que por este principio se dirigieron los Astrólogos de Italia, consultados por el Duque de Mantua, sobre la fortuna de un recién nacido, cuyo punto natalicio les había comunicado. En la noticia que les había dado el Príncipe, se expresaba, que el recién nacido era un bastardo de su casa; cuya circunstancia determinó a los Astrólogos a vaticinarle Dignidades Eclesiásticas: siendo común que los hijos naturales, y bastardos de los Príncipes de Italia sigan este rumbo, y así en esta parte fueron concordes todas las predicciones, aunque discordes en todo lo demás. Pero el caso era, que el tal bastardo de la Casa de Mantua era un Mulo que había nacido en el Palacio del Duque, al cual con bastante propiedad se le dió aquel nombre, para ocasionar a los Astrólogos con la consulta la irrisión que ellos merecieron con la respuesta.

19. Algunas veces las mismas predicciones influyen en los sucesos: de modo que no sucede lo que el Astrólogo predijo, porque él lo leyó en las Estrellas; antes sin haber visto él nada en las Estrellas, sucede solo porque él [201] lo predijo. El que se ve lisonjeado con una predicción favorable, se arroja con todas sus fuerzas a los medios, ya de la negociación, ya del mérito, para conseguir el profetizado ascenso, y es natural lograrle de ese modo. Si a un hombre le pronostica el Astrólogo la muerte en un desafío, sabiéndolo su enemigo, le saca al campo, donde este batalla con más esfuerzo, como seguro del triunfo, y aquel lánguidamente,

como quien espera la ejecución de la fatal sentencia, al modo que nos pinta Virgilio el desafío de Turno, y Eneas. Creo que no hubiera logrado Nerón el Imperio, si no le hubieran dado esa esperanza a su madre Agripina los Astrólogos; pues sobre ese fundamento aplicó aquella ardiente, y política Princesa todos los medios. Acaso César no muriera a puñaladas, si los matadores no tuvieran noticia de la predicción de Spurina, que les aseguraba aquel día la empresa. Lo mismo digo de Domiciano, y otros.

20. Es muy notable a este propósito el suceso de Armando, Mariscal de Viron, padre del otro Mariscal, y Duque de Viron, que fue degollado de orden de Enrique Cuarto de Francia. Pronosticóle un adivino, que había de morir al golpe de una bala de artillería: lo que le hizo tal impresión, que siendo un guerrero sumamente intrépido, después de notificado este presagio, siempre que oía disparar la artillería le palpitaba el corazón. Él mismo lo confesaba a sus amigos. Realmente una bala de artillería le mató; pero no le matara, si él hubiera despreciado el pronóstico. Fue el caso, que en el sitio de Epernai, oyendo el silbido de una bala hacia el sitio donde estaba, por hurtarle el cuerpo, se apartó despavorido, y con el movimiento que hizo, fue puntualmente al encuentro de la bala: la cual, si se estuviese quieto en su lugar, no le hubiera tocado. Así el pronóstico, haciéndole medroso para el peligro, vino a ser causa ocasional del daño. Refiere este suceso Mezeray.

21. Últimamente puede también tener alguna parte en estas predicciones el demonio; el cual, si los futuros [202] dependen precisamente de causas necesarias, o naturales, puede con la comprehensión de ellas antever los efectos; pongo por ejemplo la ruina de una casa, porque penetra mejor que todos los Arquitectos del mundo el defecto de su contextura; o porque sabe que no basta su resistencia a contrapesar la fuerza de algún viento impetuoso, que en sus causas tiene previsto: y de aquí con bastante probabilidad puede por consiguiente avanzar la muerte del dueño, si es por genio retirado a su habitación. Aun en las mismas cosas que dependen del libre albedrío, puede lograr bastante acierto con la penetración grande que tiene de inclinaciones, genios, y fuerzas de los sujetos, y de lo que él mismo ha de concurrir al punto destinado con sus sugestiones. Por esto son muchos, y entre ellos S.

Agustín {(a) *De Civit. Dei, lib. 5, cap. 9.*} de sentir, que algunos que en el mundo suenan profesar la Judiciaria, no son dirigidos en sus predicciones por las Estrellas, sino por el oculto instinto de los espíritus malos. Yo convengo en que no se deben discurrir hombres de semejante carácter entre los Astrólogos Católicos; sin embargo de que Jerónimo Cardano, que fue muy picado de la Judiciaria, no dudó declarar que era inspirado muchas veces de un espíritu, que familiarmente le asistía.

§. VII

22. Establecido ya, que no pueden determinar cosa alguna los Astrólogos en orden a los sucesos humanos, pasemos a despojarlos de lo poco que hasta ahora les ha quedado a salvo: esto es, la estimación de que por lo menos pueden averiguar los genios, e inclinaciones de los hombres, y de aquí deducir con suficiente probabilidad sus costumbres. El arrancarlos de esta posesión parece arduo; y sin embargo es facilísimo.

23. El argumento, que comúnmente se les hace en esta materia, es, que no pocas veces dos gemelos, que nacen a un tiempo mismo, descubren después ingenios, índoles, [203] y costumbres diferentes, como sucedió en Jacob, y Esaú. A que responden, que moviéndose el Cielo con tan extraña rapidez, aquel poco tiempo que media entre la salida de uno, y otro infante a la luz, basta para que la positura, y combinación de los Astros sea diferente. Pero se les replica: si es menester tomar con tanta precisión el punto natalicio, nada podrán determinar los Astrólogos por el horóscopo; porque no se observa, ni se puede observar con tanta exactitud el tiempo del parto. No hay reloj de Sol tan grande, que moviéndose en él la sombra por un imperceptible espacio, no avance el Sol entretanto un gran pedazo de Cielo, y esto aun cuando se suponga ser un reloj exactísimo, cual no hay ninguno. Ni aun cuando asistieran al nacer el niño Astrónomos muy hábiles con cuadrantes, y astrolabios, pudieran determinar a punto fijo el lugar que entonces tienen los Planetas; ya por la imperfección de los instrumentos, ya por la inexactitud de las tablas Astronómicas; pues como confiesan los mismos Astrónomos,

hasta ahora no se han compuesto tablas tan exactas en señalar los lugares de los Planetas, que tal vez no yerren hasta cinco, o seis grados, especialmente en Mercurio, y Venus.

24. Más. Girando los Planetas con tanta rapidez, en que no hay duda, es cierto que en aquel poco tiempo que tarda en nacer el infante, desde que empieza a salir del claustro materno, hasta que acaba, camina el Sol muchos millares de leguas, Marte mucho más, más aún Júpiter, y más que todos Saturno. Ahora se pregunta: Aun cuando el Astrólogo pudiera averiguar exactísimamente el punto de tiempo que quiere, y el lugar que los Astros ocupan, ¿qué lugar ha de observar? porque éste se varía sensiblemente entretanto que acaba de nacer el infante. ¿Atenderá el lugar que ocupan cuando saca la cabeza? ¿O cuando descubre el cuello? ¿O cuando saca el pecho? ¿O cuando ya salió todo lo que se llama el tronco del cuerpo? ¿O cuando ya hasta las plantas de los pies se aparecieron? Voluntario será cuanto a esto se responda. Lo más verisímil (si eso se pudiera lograr, y la Judiciaria tuviera algún fundamento) es, [204] que se debían formar sucesivamente diferentes horóscopos; uno para la cabeza, otro para el pecho, y así de lo demás: porque si lo que dicen los Judiciarios de los influjos de los Astros en el punto natalicio fuera verdad, habían de ir sellando sucesivamente la buena, o mala disposición de inclinaciones, y facultades, así como fuesen saliendo a luz los miembros, que les sirven de órganos; y así, cuando saliese la cabeza, se había de imprimir la buena, o mala disposición para discurrir: cuando el pecho, la disposición para la ira, o para la mansedumbre, para la fortaleza, o para la pusilanimidad: y así de las demás facultades, a quienes sirven los demás miembros. Pero ni esa exactitud, como se ha dicho, es posible, ni los Astrólogos cuidan de ella.

25. Y si les preguntamos, por qué los Astros imprimen esas disposiciones cuando el infante nace, y no anticiparon esa diligencia mientras estaba en el claustro materno, o cuando se animó al feto, o cuando se dio principio a la grande obra de la formación del hombre (lo que parece más natural), nada responden que se pueda oír. Porque decir que aquella pequeña parte del cuerpo de la madre, interpuesta entre el infante, y los Astros, les estorba a estos sus influjos, merece mil carcajadas: cuando muchas brazas de tierra

interpuestas no les impiden (en su sentencia) la generación de los metales. Pensar, como algunos quieren persuadir, que por el tiempo del parto se puede averiguar el de la generación, es delirio: pues todos saben, que la naturaleza en esto no guarda un método constante; y aun suponiendo que el parto sea regular, o novimestre, varía, no sólo horas, sino días enteros.

26. El caso es, que aunque se formasen sobre el tiempo de la generación las predicciones, no salieran más verdaderas. Refiere Barclayo en su Argenis, que un Astrólogo Alemán, ansioso de lograr hijos muy entendidos, y hábiles, no llegaba jamás a su esposa, sino precisamente en aquel tiempo en que veía los Planetas dispuestos a imprimir en el feto aquellas bellas prendas del espíritu que deseaba. [205] ¿Qué sucedió? Tuvo este Astrólogo algunos hijos, y todos fueron locos.

{(a) Es digno de agregarse al suceso que hemos escrito en el núm. 26, el que vamos a referir. El insigne Astrónomo Tyco Brahe, sin embargo de su excelente capacidad, padeció la flaqueza de aplicarse a la Astrología Judiciaria, y hacer estimación de ella. Habiéndole dado Federico Segundo, Rey de Dinamarca, la Isla de Wen con una gruesa pensión, edificó en ella un Castillo, a quien dio el nombre de *Uraniburg,* que significaba Villa, o Ciudad del Cielo, por razón de un excelente Observatorio, que construyó en el mismo Castillo para examinar los Astros. Es de saber, que él mismo dejó escrito, que eligió un punto de tiempo, en que el Cielo estaba favorable a la duración del edificio, para sentar la primera piedra. ¿De qué sirvió esta precaución? De nada. Pocos edificios habrán subsistido tan corto espacio de tiempo. Dentro de veinte años fueron demolidos Observatorio, y Castillo por los que sucedieron a Tyco en aquella posesión, para emplear los materiales en otras cosas, que juzgaron más útiles. Monsieur Picard de la Academia Real de las Ciencias, que visitó aquel sitio el año de 1671, con dolor suyo vio, que *Uraniburg,* o Ciudad del Cielo, estaba reducida a un cercado, donde arrojaban esqueletos de bestias. ¡Qué poco cuidaron los Astros, ni de la existencia, ni del honor de un edificio, que su dueño les había consagrado! Ya en otra parte notamos, que Tyco, no obstante su bello entendimiento, tenía el genio supersticioso, y agorero; pues se cuenta de él, que si saliendo de casa encontraba

alguna vieja, volvía a recogerse por temor de algún mal suceso. Después leí, que lo mismo hacía si veía alguna liebre.

Hace, a mi parecer, alguna falta en el Discurso de la Astrología Judiciaria la definición que de ella hizo el Inglés Thomas Hobbes (*De Homine*). Por tanto la pondremos aquí. *Es,* dice*, un estratagema para librarse del hombre a costa de tontos. Fugiendae egestatis causa, hominis stratagema est, ut praedam auferat à populo stulto.*}

27. Ni aun cuando los Astros hubiesen de influir las calidades que los Genetliacos pretenden, en aquel tiempo que ellos observan, podrían concluir cosa alguna. Lo primero, porque son muchos los Astros, y puede uno corregir, o mitigar el influjo de otro, y aun trastornarle del todo. Aunque Mercurio, cuanto es de su parte, incline al recién nacido al robo, ¿de dónde sabe el Astrólogo que no hay al mismo tiempo en el Cielo otras estrellas combinadas, de [206] modo que estorben el mal influjo de Mercurio? ¿Comprehende por ventura las virtudes de todos los Astros, según las innumerables combinaciones que pueden tener entre sí? Lo segundo, porque aun cuando esto fuera comprehensible, y de hecho lo comprehendiera el Astrólogo, aún le restaba mucho camino que andar; esto es, saber cómo influyen otras muchas causas inferiores, que concurren con los Astros, y con harto mayor virtud que ellos, a producir esas disposiciones. El temperamento de los padres, el régimen de la madre, y afectos que padece mientras conserva el feto en sus entrañas, los alimentos conque después le crían, el clima en que nace, y vive, son principios que concurren con incomparablemente mayor fuerza que todas las estrellas, a variar el temperamento, y cualidades del niño: dejando aparte lo que la educación, y lo que el uso recto, o perverso de las seis cosas no naturales, pueden hacer. Si tal vez una enfermedad basta a mudar un temperamento, y destruir el uso de alguna facultad de la alma, como el de la memoria; por más que se empeñen todos los Astros en conservar su hechura, ¿qué no harán tantos principios juntos como hemos expresado? Y pues los Astrólogos no consideran nada de esto, y por la mayor parte les es oculto, nada podrán deducir por el horóscopo en orden a costumbres, inclinaciones, y habilidades, aun cuando les concediésemos todo lo demás que pretenden.

§. VIII

28. A la verdad, cuanto hasta aquí se ha discurrido contra los Genetlíacos, poco les importa a los componedores de Almanaques: porque estos, como ya se advirtió arriba, se contentan con unas predicciones vagas de sucesos comunes, que es moralmente imposible dejar de verificarse en algunos individuos: y cualquiera podrá formarlas igualmente seguras, aunque no sepa ni aun los nombres de los Planetas. El año de diez fue celebradísima una predicción del Gotardo, que decía no sé qué de unos personajes cogidos en ratonera, como muy adecuada a [207] un suceso que ocurrió en aquel tiempo. Yo apostaré que cualquiera que supiese con puntualidad todas las tramas políticas de los Reinos de Europa, en cualquiera lunación hallaría varios personajes cogidos en estas ratoneras metafóricas: siendo bien frecuente hallarse sorprendido el goloso de mejorar su fortuna, en el mismo acto de arrojarse al cebo de su ambición. Y cuando hay guerras, de cualquiera que es cogido en una emboscada, se puede decir con igual propiedad, que cayó en la ratonera.

29. Pero dos cosas nos restan que examinar en los Almanaques, que son el Juicio general del año, y las predicciones particulares de las varias impresiones del aire, por lunaciones, y días.

30. En cuanto a lo primero, en sabiéndose que todo el sistema, en que se funda este Pronóstico, es arbitrario, y todos los preceptos, de que consta, fundados en el antojo de los Astrólogos, está convencida su vanidad. Las doce Casas, en que dividen la Esfera, no son más ni menos, porque ellos lo quieren así, y fue harta escasez suya no haber fabricado en el Cielo más que una corta Aldea, cuando, sin costarles más, pudieron edificar una gran Ciudad. El orden de estos domicilios, de modo que el primero se coloca a la parte del Oriente, debajo del Horizonte, y así van prosiguiendo las demás debajo del Horizonte, hasta que la séptima se aparece sobre él en la parte Occidental, y las restantes continúan el círculo hasta la parte Oriental descubierta; todo es antojadizo. Las significaciones de esas Casas, y de los Planetas, en ellos son puras significaciones *ad placitum.* Es cosa lastimosa ver las ridículas analogías de que se valen para dar razón de esas significaciones. De modo, que en todo,

y por todo estas Casas se construyeron sin fundamento alguno: al fin como fábricas hechas en el aire. ¿Qué diré de las dignidades, ya esenciales, ya accidentales de los Planetas? ¿De los grados de fortaleza, o debilidad, que les atribuyen en diferentes posituras? ¿De sus exaltaciones, sus triplicidades, sus aspectos? ¿De los dos domicilios diurno, y nocturno, que [208] les señalan, exceptuando al Sol, y la Luna (no valiéndole al Sol ser el grande Alquimista, que produce tanto oro, para redimirle de la pobreza de no tener más que una Casa; y lo mismo digo de la Luna, a quien atribuyen la producción de la plata), de la grande disimilitud de influjos, según se colocan los Planetas en diferentes signos, y según se consideran ya rectos, ya oblicuos, directos, retrógrados, o estacionarios? ¿Y toda la demás barahúnda imaginaria de supuestos establecidos por caprichos?

§. IX

31. Añádese sobre esto, que no concuerdan los Astrólogos en el método de erigir los temas celestes, de donde dependen en un todo los Pronósticos. Los Árabes Firmico, y Cardano siguieron el método de los antiguos Caldeos, que se llama Equable. El Autor del Alcabicio inventó otro. Otro Campano. Y ninguno de esto tres se sigue hoy comúnmente, sino el que inventó Juan de Regiomonte, que se llama Método Racional. En que se debe advertir, que el Planeta mismo, que erigiendo el tema según un método, se halla en una Casa, donde promete buena fortuna, erigiendo el tema según otro método, sucede encontrarse en otra Casa, donde significa muy adversa suerte. ¿Y por donde sabríamos cuál método era el más acertado, aun cuando cupiese acierto en esta materia? Lo que se colige evidentemente de aquí es, que las reglas de la Judiciaria son arbitrarias todas.

32. Más: los mismos profesores de este Arte convienen en que sus reglas sólo se fundan en la experiencia: porque no pudiendo haber razón alguna, que demostrase *à priori,* como dicen los Dialécticos, qué influjos tiene esta, o aquella combinación de los Planetas, sólo se pudo sacar esto por inducción experimental,

después de ver muchas veces qué efectos se siguieron a esas diferentes combinaciones. Y este es otro atolladero terrible de la Judiciaria: porque desde el principio del mundo hasta ahora no se ha repetido adecuadamente alguna combinación de Astros, [209] y Signos: siendo menester para esto, según todos los Astrónomos, mucho mayor transcurso de tiempo, que algunos reducen al espacio de cuarenta y nueve mil años. Los antiguos Caldeos quisieron evacuar esta dificultad, procurando persuadir, que tenían recogidas las observaciones Astrológicas de cuatrocientos mil años: falsedad, que, sobre oponerse a lo que la Fe nos enseña del principio del mundo, fue convencida por el grande Alejandro, habiendo, cuando entró en Babilonia, mandado a Calístenes registrar sus archivos. Pero dado caso que menos cantidad de siglos fuese bastante para hacer las observaciones necesarias, pregunto: Cuando Juan de Regiomonte inventó el método racional, que es el que hoy se sigue, ¿en qué experiencias se fundó para establecerle? Es fijo que en ningunas: pues no habiéndose usado antes, no hubo lugar de experimentarle. Y ni su método, ni otro alguno le aprovechó a Regiomonte, para preveer que le habían de quitar alevosamente la vida los hijos de Jorge de Trevisonda, temerosos de que la reputación de su sabiduría había de disminuir la de su padre. Desde que murió Regiomonte hasta ahora pasaron dos siglos y medio cabales. ¿Qué tiempo es este para que quepan en él observaciones bastantes a autorizar el método racional?

33. Lo mismo digo de Campano, que floreció cuatro siglos antes que Regiomonte. ¿En qué experiencias fundó su nuevo método? Bien se ve en esto, que los preceptos de la Judiciaria se fundan sólo en capricho, y no en razón, ni experiencia.

34. Y hago ahora otra pregunta: ¿O a los pronósticos que se hacían siguiendo el método de los Caldeos, correspondían los sucesos, o no? Si correspondían, errólo Regiomonte en mudarle, y los modernos lo yerran en no seguirle. Si no correspondían, son falsas, o fueron casuales aquellas predicciones famosas de los Astrólogos antiguos, que los modernos alegan a favor de la Judiciaria; pues es constante que los Astrólogos antiguos siguieron el método de los Caldeos. Lo que se ha dicho en este punto, [210] conspira igualmente a descubrir la vanidad del tema natalicio, por

donde pronostican los Astrólogos la fortuna de los particulares, que de los diferentes temas celestes, que erigen para hacer el Juicio general del año; porque unos, y otros dependen de los mismos principios.

35. Y de los mismos dependen también las predicciones de las cualidades del tiempo en diferentes cuartos de Luna, y en cada día, aunque añadiendo nuevo, y singular tema para cada cuarto de Luna, y atendiendo para cada día en particular diferentes combinaciones de los Planetas, ya entre sí, ya con las estrellas fijas. Como quiera que discurran en esta materia, es constante que no yerran los Astrólogos en ella menos que en todo lo demás. El gran Mirandulano examinó todo un Invierno los Almanaques que habían compuesto para aquel año los más famosos Astrólogos de Italia; y sólo en cinco, o seis días los halló conformes a las impresiones del aire, que observó en todo aquel espacio de tiempo. El año de 1186 pronosticaron los Astrólogos furiosísimos vientos, y horrendas tempestades, por razón de cierta conjunción de los superiores, e inferiores Planetas; pero lograron los mortales en aquel tiempo quietos, y pacatísimos los Elementos. Refiere esto Escalígero sobre la autoridad de Rigordo, Monje de S. Dionís, y Médico de Felipe Augusto, que floreció en aquel tiempo. El año de 1524, habiendo observado los Astrólogos grandes conjunciones de los Planetas en los Signos, que ellos llaman Aqueos, por el mes de Febrero, predijeron portentosas inundaciones, y nunca vistas lluvias, lo que llenó de terror a Europa; de modo, que muchos se previnieron de barcas, y otros de habitación en sitios eminentes. Pero tan lejos estuvo de venir el esperado diluvio, que ni una gota de agua cayó en todo aquel Febrero. Así lo cuenta Dureto, que vivió en el mismo siglo.

36. Ni pueden menos los Almanaquistas de caer en tan abultados errores. Porque es falso, o por lo menos incierto, que los Astros, o constelaciones que ellos señalan, produzcan [211] fríos, o ardores, vientos, lluvias, o serenidades. Si los ardores del Estío dependieran de hacer entonces el Sol su curso por el Signo de León, calientes estuvieran como nosotros en el Agosto los que habitan a cuarenta, o cincuenta grados de latitud austral, pues no tienen, ni influye en ellos en aquel tiempo otro Sol, que el que camina por este Signo;

mas los pobres padecen en aquella sazón intensísimo frío. Y si el cuadrado de Marte, y Venus indujera lluvias, las había de mover en todo el mundo: pues ninguna Región del mundo logra entonces a esos dos Planetas en diferente aspecto. Nuestro mismo hemisferio, y la propia Región que habitamos, desmentirá algún día a los Astrólogos en esta parte, si el mundo dura algunos millares de años; pues es infalible que llegará tiempo, en que el orto de la canícula, o conjunción del Sol con ella, suceda en los meses de Diciembre, y Enero; y entonces ciertamente helará en la canícula.

37. Pero gratuitamente permitido que los Astros tengan la actividad, que para estos efectos les atribuyen los Astrólogos; por lo menos es innegable que concurren a los mismos efectos otras causas tanto más poderosas que los Astros, que pueden, no sólo disminuir, mas estorbar del todo sus influjos. En Egipto nunca llueve, o rarísima vez, y esto sólo en los meses de Noviembre, Diciembre, y Enero; y es cierto que giran sobre aquella Región los mismos Astros que sobre otras muchas, donde caen lluvias copiosas. En el Valle de Lima sucede lo mismo, donde toda la fertilidad de la tierra se debe a un blando rocío. No sólo entre Regiones distantes hay esta oposición; mas aun la corta división que hace en la tierra la cima de un monte, basta para inducir en las dos llanuras opuestas temperie muy diferente. Como sucede en el que divide este Principado de Asturias del Reino de León: pues los ímpetus del Norte, cuando sopla furioso, llenan de lluvias, nieves, y borrascas todo este País, hasta cubrir aquella eminencia; y al mismo tiempo es común lograr de la otra parte perfecta serenidad. Váyanse ahora los Astrólogos a determinar [212] qué días ha de llover por las Estrellas.

38. El P. Tosca juzgó que evacuaba en parte esta dificultad, encargando que en la formación de los Almanaques se tengan muy presentes las calidades del País. Pero sobre que para esto sería menester poner en cada País, y aun en cada Lugar, un Almanaquista, y hacer para cada uno distinto Repertorio, pues en la corta distancia de tres, o cuatro leguas, se varía a veces el temple, y calidad de la tierra, y aire, y no es conveniente aumentar tanto el número de los Astrólogos, cuando sobran aun los pocos que hay: digo sobre esto, que sería también inútil esa diligencia. Lo uno, porque son incomprehensibles las calidades de los Países, de modo,

que por ellas se puedan pronosticar las mudanzas de los tiempos. Lo otro, porque estas no dependen precisamente de los Países donde se ejercitan, sino también de otros distantes, de donde vienen los vientos, humedades, y exhalaciones; y no sólo de los Países donde se engendran, mas también de aquellos por donde transitan. Las fermentaciones que se hacen en varias partes de las entrañas de la tierra, ocasionan los vientos, y contribuyen materia para las tempestades. ¿Qué entendimiento humano podrá apear cuándo, y cómo se hacen? Aun después de elevarse vapores, y exhalaciones en la atmósfera, ¿quién comprehenderá las varias determinaciones del rumbo del viento, que las ha de conducir a ésta, o la otra Región, ni las disposiciones que hay en una más que en otra, para que sobre ellas se liquiden las nubes, o se enciendan las exhalaciones? Aun cuando supiese todo lo demás, ¿cómo he de averiguar, si la nube que en tal día ha de volar sobre el Horizonte sensible que habito, vendrá en estado de derretirse sobre este Lugar en agua, o lo guardará para la montaña, o el valle, que dista de aquí algunas leguas?

39. Como quiera, la consideración del País sólo puede aprovecharle al Astrólogo para pronosticar a bulto, sin determinación de tiempo, más lluvia en el País más húmedo, más calores en el más ardiente, más hielos en el más frío; [213] pues a todos consta por experiencia, que dentro de un mismo País, en cuanto a la determinación de tiempo, no hay consecuencia de un año para otro, sucediendo en un año una Primavera muy enjuta, y en otro muy mojada. Aun más hay en esto; y es, que un mismo País por un accidente, al parecer de poca importancia, suele variar sensiblemente de temple. La Isla de Irlanda, después que abatieron los Naturales muchos bosques que había en ella, es mucho menos lluviosa que era antes. Y me acuerdo de haber leído (pienso que en el Padre Kirker), que la tierra de Aviñón, que era antes muy húmeda, y nebulosa, goza un hermoso Cielo, después que se enjugó una laguna de bien poco ámbito, que había en ella.

40. Concurriendo, pues a variar la temperie de las Regiones tantas causas de acá abajo, que no sólo alteran, mas a veces, como se ha visto, estorban casi del todo la operación de las constelaciones, nada podrán averiguar en la materia los Astrólogos,

por la precisa inspección de los Cielos: y por otra parte, las demás causas cooperantes no están sujetas a su examen. Dirá acaso alguno, que los Astros ponen en movimiento esas mismas causas con todos los varios respectos, y combinaciones que tienen hacia tales, o tales Países: y así de ellos desciende primordialmente, que en esta Región llueva, y en la otra no: que aquí haga frío, y allí calor. Yo quiero pasar por ello. Pero siendo así, el Astrólogo no leerá en el Cielo lluvia, ni otro temporal alguno absolutamente para tal día, sino con distinción de Regiones; y como estas son tantas, es infinito lo que tendrá que leer en el Cielo. Pongo por ejemplo, el día cuatro de Abril lluvia en España, en la Noruega, en la Mesopotamia. Sereno en Persia, en la Tartaria, y en Chile. Viento en Grecia, en la Natolia, en Sicilia, y en Marruecos. Frío en la Noruega, en la Georgia, en el Mogol, y en la Isla de Borneo. Calor en Egipto, en los Abisinos, en México, y Acapulco. Vario en Francia, en la China, y el Brasil. Y así se irán leyendo en los Astros, truenos, granizo, helada, nieve, asignando cada diferencia de [214] temporal a más de trescientas, o cuatrocientas partes distintas del globo terrestre. Verdaderamente, que para tanto es menester fingir en cada Astrólogo el *Icaro Menippo* del graciosísimo Luciano, que arrebatado al Cielo, oía decretar a Júpiter lluvia en la Scythia, truenos en Lybia, nieve en Grecia, granizo en Capadocia, &c. ¿Pues qué si se añade a esto la abundancia, o penuria de tanta variedad de frutos, en cuya copiosa mies, como suya propia, entran la hoz del pronóstico los Astrólogos? Y siendo las especies de frutos tantas, y muchas más aún las Provincias donde se puede variar la corta, o larga cosecha, apenas se podrá comprehender en un gran libro lo que sobre este punto habrá menester estudiar en los Astros el Astrólogo.

41. Quien quisiere, pues, saber con alguna anticipación, aunque no tanta, las mudanzas del tiempo, gobiérnese por aquellas señales naturales que las preceden, y no sólo están escritas en muchos libros, mas también se pueden aprender de Marineros, y Labradores, los cuales pronostican harto mejor que todos los Astrólogos del mundo. Por eso Lucano, en el *lib. 5 de la Guerra Civil,* no introduce algún Astrólogo, vaticinándole al César la tempestad que padeció en el tránsito de Grecia a la Calabria, sino al pobre Barquero Amiclas.

42. Y a este propósito es sazonado el chiste que refiere el P.

Dechales, sucedido a Luis XI, Rey de Francia. Había salido este Príncipe a caza, asegurado por el Astrólogo que tenía asalariado, de que había de gozar un sereno, y apacible día. Encontró en el camino a un pobre Carbonero, que le avisó se retirase, porque amenazaba una terrible lluvia. Salió el pronóstico del Carbonero verdadero, y el del Astrólogo falso. Por lo cual el Rey, despidiendo al Almanaquista, tomó por Astrólogo suyo, señalándole salario como a tal, al Carbonero.

43. Añadiré una reflexión de las más eficaces, para convencer de vanas todas las observaciones Astrológicas que se hicieron en todos los pasados siglos; y es, que desde que se inventaron los Telescopios, se han descubierto tantas [215] Estrellas, ya fijas, ya errantes, que exceden en número a las que observaban los Astrólogos anteriores, que miraban el Cielo con los ojos desnudos. Sólo Juan Hevelio, Burgo-Maestre de Dantzik, y famoso Astrónomo, descubrió de nuevo tantas Estrellas fijas, que les puso el nombre de Firmamento Sobieski, en honor del glorioso Juan III de este nombre, Rey de Polonia. Ahora se arguye así. La ignorancia de los Astros nuevamente descubiertos, traía consigo necesariamente la ignorancia de sus influjos; y la combinación de los influjos de estos con los de los demás que estaban patentes, infería otros efectos muy diferentes de los que tuvieran estos, si obraban por sí solos. Luego todas las observaciones Astrológicas, que se hicieron antes de la invención del Telescopio, fueron inútiles, y vanas, porque iban sobre el supuesto falso, de que no influían otros Astros, que los que se descubrían entonces. El Telescopio fue inventado el año de 1609 por el Holandés Jacobo Mecio, y perfeccionado poco después por el insigne Matemático Florentín Galileo Galilei. Todos los grandes Maestros de la Judiciaria, por quienes se gobiernan los Astrólogos modernos, son anteriores. De que se infiere, que unos ciegos guían a otros ciegos.

§. X

44. Omito muchos lugares de la Escritura, como también muchas autoridades de Padres contra los Judiciarios, porque se hallan en

muchos libros. Pero no disimularé la Bula del gran Pontífice Sixto Quinto contra los Profesores de este Arte, que empieza: *Caeli, & Terrae Creator Deus,* porque es en este asunto lo más concluyente que se halla en línea de autoridad. Para lo cual es de advertir, que a todos los demás Textos, ya de la Escritura, ya de Concilios, ya de Padres, ya de Bulas Pontificias, conque se les arguye a los Judiciarios, responden estos, que en esos Textos sólo se condena aquella Judiciaria, que pronostica como ciertos los futuros contingentes, dando por infalibles las amenazas de los Astros. [216] Pero esta interpretación no tiene lugar en la Bula de Sixto. La razón es, porque manda a los Inquisidores, y a los Ordinarios, que procedan contra los Astrólogos, que pronostican los futuros contingentes, aplicándoles las penas canónicas, aunque ellos confiesen, y protesten la incertidumbre, y falibilidad de sus vaticinios: *Etiam si id se non certò affirmare esserant, aut protestentur*: permitiéndoles únicamente el pronosticar aquellos efectos naturales, que pertenecen a la Navegación, Agricultura, y Medicina: *Statuimus, & mandamus, ut tam contra Astrologos, Mathematicos, & alios quoscumque dictae Astrologiae artem, praeterquam circa Agriculturam, Navigationem, & rem Medicam exercentes, &c.* Y así, en pasando de esta raya, deben proceder contra ellos los Superiores, por más que en el principio de sus libros, y Almanaques protesten que su Arte es falible, y en el fin de ellos pongan: *Dios sobre todo,* por sánalo todo.

Discurso nono

Eclipses

§. I

1. Aunque los pronósticos que hacen los Astrólogos por la inspección de los Eclipses, parece debieran ser comprehendidos, e impugnados en el Discurso pasado, por ser en parte materia de sus Almanaques, he juzgado más oportuno hacerles proceso aparte; porque en realidad es la causa diversa; siendo cierto que este error no se funda tanto en la vanidad Astrológica, cuanto en una mal considerada Física.

2. En aquellos tiempos rudos, cuando se ignoraba la causa natural de los Eclipses, no es de extrañar, que [217] sobre ellos concibiesen los hombres extravagantes ideas. Así (según refiere Plinio) Stersícoro, y Píndaro, ilustrísimos Poetas, consintieron en el error vulgar de su siglo, atribuyendo a hechicería, o encanto la obscuridad de los dos Luminares. Por esto era rito constante entonces dar todos grandes voces, y hacer estrépito con tímpanos, vacías, y otros instrumentos sonoros a fin de turbar, o impedir que llegasen al Cielo las voces de los Encantadores. A lo que aludió Juvenal, cuando de una mujer muy locuaz, y voceadora, dijo:

Una laboranti poterit sucurrere Lunae.

Los Turcos, y Persas continúan hoy la misma superstición, aunque con motivo distinto, que es el de desbaratar, o desvanecer con el ruido las malignas impresiones de los Eclipses; a que añaden el cubrir cuidadosamente las fuentes públicas; porque no les

comunique algún inquinamento el ambiente viciado con el adverso influjo. Lo mismo hacen los Chinos en cuanto al estrépito, como testifica el P. Martín Martini, aunque asistidos ya de Matemáticos, que les predicen el día, y la hora del Eclipse, y desengañados de que el Eclipse de Sol no es más que la falta de comunicación de sus rayos a la tierra por la interposición de la Luna; y el Eclipse de Luna la falta de comunicación de la luz Solar a ella por la interposición de la tierra. Tanto se arraiga en los ánimos una observación supersticiosa, que apenas puede turbarla de la posesión el más claro desengaño. Ni son menos ridículos los habitadores de Coromandel, los cuales atribuyendo a sus pecados el Eclipse de Luna, luego que le advierten, a tropas entran a lavarse en el Mar, creyendo que así expían sus culpas.

3. Aunque errores de este tamaño son particulares sólo de algunas bárbaras Naciones, en todas reina el general engaño de que los Eclipses ocasionan graves daños a las cosas sublunares, tanto sensibles, como insensibles, con sus enemigos influjos. Tan universal es el miedo de los Eclipses, que Plinio le extiende hasta los mismos brutos: *Namque defectum syderum, & caeterae pavent quadrupedes.* [218] Pero es cierto que se engaña; porque yo los he observado nada menos alegres, y festivos durante el Eclipse, que fuera de él. Y así aseguro, que no es el miedo de los Eclipses instinto de los irracionales, sino irracionalidad de los hombres: temor ajeno de todo fundamento, y que a veces ocasiona grave perjuicio, atando las manos para ejecutar lo conveniente. Como le sucedió a Nicias, Capitán de los Atenienses, que siéndole preciso retirarse con la Armada Naval del sitio infeliz de Siracusa, dejó de hacerlo por ver eclipsada la Luna, pareciéndole que cuanto en aquel tiempo fatal se ejecutase, tendría éxito funesto. De que resultó, que cargando luego sobre él los Siracusanos, derrotaron enteramente a los Atenienses. Muchos, como Nicias, durante el Eclipse, levantan la mano de los negocios, y por esta interrupción pierden las coyunturas. Yo ví no pocos, al asomar el Eclipse, meterse más tímidos en sus aposentos que los conejos en sus madrigueras. Y no sé si perdieron algo de su supersticioso miedo, viendo que a mí no me había sucedido algún daño, aunque, mientras duró el Eclipse, de propósito me estuve paseando a Cielo descubierto.

§. II

4. De modo, que la experiencia está muy lejos de autorizar ese miedo; y la razón evidentemente le convence de vano. Porque no siendo otra cosa el Eclipse de Luna, que la falta de su luz refleja por la interposición de la tierra; y el de Sol la falta de la suya, por la interposición de la Luna; pregunto: ¿qué daño puede hacer el que falte por un breve rato, ni de noche la luz de la Luna, ni de día la del Sol? ¿No falta una, y otra luz por una nube interpuesta, y aún más dilatado tiempo, sin que por eso se siga daño perceptible, ni en la tierra, ni en los animales, ni en las plantas? ¿Qué más tendrá faltarme la luz del Sol, porque la Luna me la estorba, que faltarme porque el techo de mi domicilio donde estoy recogido me la impide? La calidad, o naturaleza del cuerpo interpuesto, no hace al caso: porque que el techo de mi aposento [219] sea de esta madera, o de la otra, que esté cubierto de plomo, o de pizarra, o de teja, no puede hacer que la falta de luz, ocasionada de este estorbo, sea más, o menos nociva.

5. Pericles, Capitán de los Atenienses, viendo turbados por un Eclipse del Sol los Soldados que estaban prevenidos por una expedición marítima, oportunamente opuso a los ojos del Gobernador de la Armada consternado como los demás, la capa de púrpura que tenía sobre sus hombros, estorbándole con ella la vista del Cielo; y preguntándole, si aquello le podía hacer, o pronosticar algún daño. Respondióle el Gobernador, que no. Replicó Pericles: pues no hay alguna diferencia de una cosa a otra; sino que la Luna, como mucho mayor cuerpo, quita a muchos la luz del Sol, y la capa a uno solo.

6. Lo mismo digo de la falta de calor que puede venir de uno, u otro Astro. Fuera de que de la Luna no nos viene algún calor, o es totalmente insensible. Así lo mostró la experiencia en el mejor espejo ustorio, que jamás hubo en el mundo (dejamos aparte los de Arquímedes, acaso fabulosos), que fue el que pocos años ha, como se lee en las Memorias de Trevoux, fabricó en Francia el Señor Villete; tan activo, que no se encontró materia alguna que expuesto al Sol no licuase prontamente colocada en el punto del foco. Digo que en este espejo se vio, que la Luna no produce calor poco, ni

mucho; pues habiendo recogido sus rayos en él, no se percibió en el punto del foco calor alguno: y por poco que fuese el calor de la Luna, creciendo en aquel punto a proporción que el del Sol, se había de sentir allí muy vehemente.

7. Ni se me oponga aquel verso del Salmo 120: *Per diem Sol nun uret te, neque Luna per noctem,* del cual se movió Vallés para conceder en su Filosofía Sacra, cap. 71, virtud de calentar a la Luna. Digo que este texto no prueba el intento. Lo primero, porque en doctrina de S. Agustín sólo admite sentido místico: y así el Cardenal Hugo no le dio otras inteligencias, que las de esta clase. Lo [220] segundo, porque como se puede ver en Lorino, el verbo Hebreo del original no significa ustión, o calefacción, sino cualquier género de lesión en general. Lo tercero, porque como exponen otros, la Luna quema no calentando, sino enfriando; o hace con el frío algunos efectos semejantes a los que obra el Sol con el calor. Por lo que dijo un Poeta:

… Unum operantur
Et calor, & frigus: sicut hoc, sic & illud adurit.
Sic tenebrae visum, sic Sol contrarius aufert.

Y que no puede entenderse el texto literalmente, según el rigor del verbo latino *Uro,* es claro; pues aunque se conceda alguna actividad para calentar a la Luna, nadie dirá que es tanta, que llegue a quemar.

8. Si alguno piensa que la sombra de la tierra, llegando a la Luna, puede malear su influjo, considere lo primero, que la sombra, siendo pura carencia, no puede tener actividad alguna poca, ni mucha. Considere lo segundo, que aun cuando concediésemos a la sombra alguna facultad para inficionar el influjo, no habría por lo menos que temer en el Eclipse del Sol; pues nunca llega, ni puede llegar por razón del Eclipse a este Astro alguna sombra*: Supra Lunam pura omnia, ac diurnae lucis plena,* dice Plinio. Dije *por razón del Eclipse,* para excluir aquellas sombras que en el Sol muestran sus propias manchas, poco ha empezadas a observar con los telescopios.

§. III

9. Es muy del caso, para desvanecer el miedo de los Eclipses, proponer aquí lo que dice de ellos Jerónimo Cardano. Este Autor, cuyas decisiones deben ser muy veneradas de los Astrólogos, por haber sido gran protector de las ideas de la Judiciaria, tan lejos está de condenar los Eclipses por nocivos, que antes los aprueba por útiles. En caso de no ser muy frecuentes, asienta, que todos los Eclipses enfrían sensiblemente la tierra, y los [221] vivientes. Pero en eso mismo funda su conveniencia. *Siendo* (dice) *necesario el calor para conservar la vida de los animales, y las plantas, entre los siete Planetas solo uno fue criado de naturaleza fría, que es Saturno. Pero no pudiendo un solo Planeta frío corregir el ardor que ocasionan seis Planetas calientes, para que en el discurso del tiempo no fuese abrasado el mundo, dispuso Dios que de tiempo en tiempo hubiese Eclipses, los cuales refrescasen la tierra* {(a) *Aphorism. Astron. segm. 7. Aphor. 52.*}. Según esta doctrina, en vez de temer los Eclipses, debemos amarlos, como auxiliares de nuestra conservación, por cuanto templan las ardientes iras de los seis Planetas, que sin ese correctivo nos redujeran a cenizas. Es verdad que no es muy coherente esto con lo que Cardano dice en otra parte, que si el Eclipse del Sol sucede estando las mieses en flor, aquel año no tienen grano las espigas. Ciertamente frialdad que hace tanto daño en las mieses, es muy excesiva para que se puedan esperar de ella buenos efectos en las demás sustancias animadas. ¿Pero quién creerá que la ausencia del calor del Sol por tres horas, que es lo más que duran sus Eclipses, pueda ocasionar tanta ruina, cuando no vemos seguirse estos estragos, aunque las nubes nos le escondan por tres días?

10. También es bueno advertir aquí, que la regla que da Cardano en cuanto a la duración de los Eclipses, está encontrada con lo que en este punto se nos dice comúnmente en los Almanaques. La regla de Cardano es {(b) *Ubi sup. Aphor. 75.*}, que los efectos de los Eclipses de Luna duran otros tantos meses, y los de los del Sol otros tantos años cuantas horas hubieren durado, o estos, o aquellos. Y siendo cierto que el Eclipse más largo de Sol no dura más que tres horas, ni el de Luna más que cuatro, sólo a tres años pueden extenderse los efectos de aquel, y sólo a cuatro meses los de este. ¿Cómo se compondrá esto con la larga serie de años, que tal vez ponen los Almanaques sujetos al maligno influjo de los Eclipses?

[222]

11. Aunque hemos impugnado hasta aquí los malignos influjos de los Eclipses en cuanto dependientes de causa física, conviene a saber, de la frialdad que puede ocasionar la ausencia de la luz de los dos Astros, no se piense por esto que los Astrólogos no introducen también en esta materia los soñados preceptos de la Judiciaria. Hace mucho al caso, según su doctrina, para determinar, variar o modificar el influjo de la causa física, la Casa celeste donde sucede el Eclipse: también la positura de los dos Luminares en este, o en aquel Signo, con otras cosas a este tono, cuya impugnación omitimos; porque cuanto se ha dicho arriba contra la Astrología Judiciaria, sobre ser sus preceptos absolutamente arbitrarios, sin fundamento alguno, ni de razón, ni de experiencia, es adaptable al asunto presente.

12. Depóngase, pues, el vano miedo de esos fatales efectos, que, a Dios te la depare buena, nos pronostican los Almanaquistas han de durar por tantos, o tantos años. *A signis Caeli nolite metuere, quae timent gentes,* clama Dios por Jeremías. No temáis, como los Gentiles, las señales del Cielo. Este Texto desengaña generalmente de la vanidad de la Judiciaria. Pero parece que con alguna particularidad se puede aplicar a relevarnos del susto que nos introducen los Astrólogos con sus imaginarios efectos de los Eclipses. Y dése también por dicho esto para los Cometas, de los cuales vamos a hablar ahora.

Discurso décimo

Cometas

§. I

1. Es el cometa una fanfarronada del Cielo contra los poderosos del mundo: émulo en la aprehensión humana, de la generosa furia del rayo: porque como este hiere en lo más alto, aquel en lo más noble. Acaso la consideración de que los príncipes tienen menos que temer de parte de la tierra que los demás hombres, les hizo añadir terrores en la superior esfera, para contener su orgullo. Pero en la verdad tantos enemigos de su vida tienen los príncipes acá abajo, que para asustarles el aliento no es menester que conspiren con los malignos vapores de la tierra los brillantes ceños del aire. La ambición del vecino, la queja del vasallo, el cuidado propio, son los cometas que deben temer los soberanos. Esotras erráticas antorchas no pueden hacer más daño que el que ocasionan con el susto.

2. No sólo el vulgo, ni sólo para los príncipes, reconoce calamitosos los cometas. También algunos autores de escogida nota fomentan esos miedos, extendiéndolos a las ciudades, a los reinos, en fin al común de los hombres. De este número son Fromondo, Keplero, Cabeo, Kirquerio, Cardano, y otros. Bien que no todos discurren por un mismo camino. Algunos constituyen a los cometas señales naturales prácticas de los males que les atribuyen; esto es, dicen que los significan, porque físicamente los causan. Otros, desnudándolos de toda física eficiencia, les niegan la significación natural, concediéndoles sólo ser signos por la voluntaria ordenación

divina, o como se explican las Escuelas, *signos ad placitum.* Y aun entre estos hay alguna división: porque algunos quieren que no sólo la significación, [224] mas ni aun la existencia, sea natural en los Cometas, pretendiendo que Dios inmediatamente por sí mismo los produce sin dependencia, o concurso de alguna causa natural, a fin de anunciar con ellos los azotes que su justa ira prepara a los mortales; porque en vista de la amenaza se muevan a la enmienda. Otros, dejando su producción, como la de todos los demás materiales entes, en mano de las causas segundas, ponen la significación pendiente únicamente del beneplácito divino: no de otro modo que el Iris, siendo natural en su existencia, y producción, es señal de que no habrá otro Diluvio: sólo porque Dios quiere que lo sea.

3. Este sentir no se funda, ni puede fundar en otra cosa, que en la observación de haber sucedido muertes de Príncipes, y calamidades públicas a las apariciones de lo Cometas. Beyerlink en el Teatro de la Vida Humana, verbo Cometa, trae un Catálogo de sucesos fatales, consiguientes a algunos de estos espantosos fenómenos. Lo mismo hacen otros Autores.

4. Mas este fundamento se hallará sumamente ruinoso, si se observa que las calamidades, no sólo privadas, mas también públicas de los mortales, menudean tanto, y son tan frecuentes, que se podría contar por singular prodigio, se hubiese año en que no acaeciese alguna. ¿Cuál se hallará en los anales, tan digno de señalarse con piedra blanca, que no digo comprehendiendo toda la circunferencia del mundo, más aún ciñéndolos al ámbito de Europa, no haya sido infausto para estos, o aquellos Reinos, o con esterilidades, con epidemias, o con guerras, o con prodigiosas inundaciones, o con muertes de Príncipes? Estas grandes espinas fructifica comúnmente la tierra por el pecado de Adán: y sus hijos con los nuestros repetimos al enojo divino los motivos, para que repita los azotes. Que haya, pues, Cometa, que no le haya, el mundo en todos los años será valle de lágrimas, y nunca faltarán en él miserias públicas. De aquí se infiere, que por las observaciones no hay más razón para atribuir [225] nuestras desdichas a la existencia de los Cometas, que a la falta de ellos: pues del mismo modo tenemos que llorar cuando no los hay, que cuando los hay.

§. II

5. Añádase a esto la incertidumbre, insuficiencia, y ambigüedad de las observaciones hechas. Señalan algunos Autores un Cometa que duró veinte y nueve días en el año de 1657 de la creación del Mundo, el cual quieren fuese prenuncio del Diluvio Universal. Quisiera saber en qué monumentos hallaron noticia de este Cometa. La Sagrada Escritura no dice tal cosa. De las Historias profanas, dignas de alguna fe, ninguna es anterior a la Guerra de Troya. Conque sólo resta, que Herlicio, u otro cualquiera que haya sido el primero que nos dio noticia de este cometa, tuviese dentro de su gabinete las nunca vistas columnas de Seth, donde estuviese grabada esta narración, juntamente con la general instrucción de todas las Artes, que algunos autores antojadizos quieren se hayan comunicado después del Diluvio por medio de estas columnas a los hombres.

6. Siendo el número de los cometas hasta ahora observados en todo el discurso de los siglos hasta quinientos, poco más, o menos, Beyerlinck, citado arriba, cuenta solos hasta unos treinta, a quienes se siguieron sucesos infaustos. Aun cuando a todos los cometas observados se siguiesen otros semejantes, nada se probaría, por lo dicho arriba. Mucho menos siendo en tan corto número los infortunados. Y aun al Cometa del año 1500 no le encuentra otro vaticinio, que el del nacimiento del Emperador Carlos V, que ciertamente no puede enumerarse a los sucesos infelices.

7. Pero lo más notable en esta materia es, que el P. Juan Zahno, docto Premonstratense alemán {(a) Tom. I. *Mundi mirabilis.*}, propone [226] un largo Catalogo Cronológico de todos los Cometas que hubo desde el principio del mundo hasta el del año 1682; y sucesivamente con igualdad refiere sucesos infelices, y prósperos, que acaecieron inmediatamente después de cada uno de ellos. De modo que por esta cuenta, no hubo Cometa que no fuese igualmente fausto que terrible. Luego la experiencia nada nos enseña en el asunto. Y no habiendo otro Oráculo que consultar en él, se ve que es sin fundamento cuanto se dice, y teme de las amenazas de los Cometas.

§. III

8. Entre los mismos que tienen por vaticinantes los Cometas, hay tanta discrepancia, que eso sólo bastaría para despreciar su opinión. Unos los tienen por universalmente fatales: otros juzgan que son faustos en determinadas circunstancias, y respectos. Pongo por ejemplo: algunos autores que cita Cardano, dicen que si el Cometa dirige su curso al ocaso, pronostica excelente constitución, y temperamento del año. Y que el que naciere estando el Cometa en medio del Cielo, logrará alta, y esclarecida fortuna. En tiempo de Augusto es cierto que no eran tenidos los Cometas generalmente por infaustos; pues uno que apareció al principio de su Reinado, le tuvo el Príncipe por propicio; y Plinio dice, que fue saludable al mundo: *Salutare id terris fuit.* El vulgo creyó que representaba la alma del difunto Julio César, elevada a hacer número con las demás deidades: y por este respecto se erigió Templo en Roma a aquel dichoso Cometa, como refiere el mismo Plinio.

9. Los Peripatéticos, que siguiendo a Aristóteles, colocaban todos los Cometas en la suprema Región del Aire, debajo del orbe de la Luna, dicen, que no siendo otra cosa el Cometa que un conjunto de hálitos de la tierra encendidos en aquella altura, precipitadas después sus cenizas con un maligno fermento, todo lo inficionan, y producen guerras, hambres, y pestes. Añaden algunos, [227] que por ser los Príncipes de complexión más delicada que el resto de los hombres, padecen más de estas venenosas impresiones: por cuya razón a las apariciones de los cometas se siguen frecuentemente muertes de Soberanos.

10. Pero esta sentencia en cuanto al sitio de los Cometas ya hoy es indefensable, porque las observaciones Astronómicas evidentemente prueban, que, si no todos los Cometas, los más son superiores, y muy superiores al Orbe de la Luna. No faltan Astrónomos que los coloquen todos sobre el más alto Planeta, que es Saturno. Lo que no tiene duda es, que todos aquellos en quienes no se ha observado paralaje alguna, están altísimos sobre los inferiores Planetas. Y en cuanto a que los malignos influjos de los Cometas sean por su delicadez más perjudiciales a los Príncipes, ¿quién no ve que por esta regla con más razón se deberá

pronosticar, siempre que aparece algún Cometa, un sangriento destrozo en mujeres, niños, y viejos?

11. Keplero, señalando distintos fines a la producción, y dirección del Cometa, dice, que Dios produce los Cometas, porque tenga el Cielo, no menos que el Mar, y la Tierra, sus monstruos. Añade, que la materia de que consta el Cometa, es como un excremento de la Región Etérea, que segregándose, y juntándose en una masa, sirve a purgar las Esferas Celestes, porque no se manchen, u obscurezcan sus luminares, como sucedió al Sol cuando murió Julio César, pareciendo en todo aquel año con tibia, y maligna luz. En cuanto a la dirección, positura, y movimiento del cometa, juzga Keplero que son ordenados a significar mutaciones, y sucesos, por la mayor parte calamitosos en la tierra; y que a este fin Dios, o por sí mismo, o por medio de sus Ángeles, coloca, o dirige el cometa a esta, o a aquella parte del Cielo.

12. Jerónimo Cardano determina con tanta individuación el pronóstico de los sucesos correspondientes a las diferentes circunstancias de los cometas, como si en el discurso de su vida hubiese observado algunos centenares de estos fenómenos: lo que no pudiendo ser, se ve, que un [228] mero capricho fue regla de toda su doctrina. Dice que los cometas de color rubicundo, lívido, o negro, son perniciosísimos: que los plateados, o albicantes, son menos malos: que los que duran mucho tiempo, son más fatales que los de breve duración: que los que parecen en el Invierno, son peores que los estivos: que si el Cometa parece junto a Saturno, significa traiciones, peste, y esterilidad: junto a Júpiter, mutación de leyes, y muertes de Papas: junto a Marte, guerras: junto al Sol, alguna grande calamidad de todo el Orbe: junto a la Luna, unas veces inundaciones, y otras sequedades: junto a Venus, muertes de Nobles: junto a Mercurio, varios, y muchos males. Del mismo modo va discurriendo por varias constelaciones, variando el pronóstico en cada una de ellas. No sólo esto; también quiere que se observe el resplandor, la figura, el movimiento; y según las muchas diferencias que admite cada una de estas circunstancias, así los pronósticos que señala son diversos. Bien se conoce que esto es hablar al aire, pues no pudo Cardano observar tantos Cometas, que a repetidas experiencias debiese tantos documentos. Ni tampoco pudo tomarlos

de observaciones ajenas; pues otros Autores, que cita el mismo Cardano, señalan diferentes reglas.

§. IV

13. Los Astrónomos modernos, bien desnudos del supersticioso temor que poseía a Cardano, y a otros de los pasados siglos, tan lejos están de tener miedo a los Cometas, que antes desean repetidas apariciones suyas, para repetir sobre ellos sus observaciones; especialmente después que el esclarecido Casini puso en planta la plausible opinión de que no son los cometas pasajeras llamas, que en pocos días se reducen a cenizas; sí constantes antorchas, que con los demás astros fueron criadas al principio del mundo.

14. De hecho esta opinión, la cual no debe considerarse nacida, sino resucitada en nuestros días, pues se halla que el famoso Astrónomo antiguo Apolonio Mindiano [229] había dado ya en el mismo pensamiento; y Plinio manifiesta, que no pocos en su tiempo eran del mismo sentir: *Sunt qui & haec sydera perpetua esse credant, suoque ambitu ire; sed non nisi relicta a sole cerni* {(a) *Lib. 2. Cap. 25.*}: Digo que esta sentencia se halla hoy asistida de una gran verosimilitud, en fuerza de las ingeniosas, y sólidas conjeturas conque la estableció el citado Casini; sin que obsten contra ella, ni la aparente rectitud del movimiento de los Cometas, ni los largos periodos, que, a distinción de los demás Astros, esperan sus apariciones. Pues uno, y otro se compone muy bien, suponiendo, como quiere este Autor, que el Cometa gire en un círculo de dilatadísima circunferencia, y sumamente excéntrico al orbe de la tierra. Es claro que en este sistema, estando proporcionada a nuestros ojos sólo una pequeña parte del círculo por donde discurre el cometa, sus apariciones no deben ser frecuentes, lográndose su vista solamente en aquella parte del círculo, que por más cercana a la tierra se hace visible, y perdiéndose en todo el resto de su giro, por alejarse a inmensa distancia. El movimiento también debe ser sensiblemente recto, aunque real, y matemáticamente es circular; porque cualquiera pequeña parte de un círculo de enorme

magnitud, siempre parece a los ojos estar en línea recta, no siendo posible distinguir la cortísima inflexión de su imperceptible curvatura. [230]

{(a) Lo que Aristóteles dijo, y aún hoy creen muchos, que los Cometas se forman de las exhalaciones que suben de la tierra, está convencido de falso por muchas observaciones. La poca paralaje de algunos Cometas, y la total falta de paralaje de otros, prueban su elevación sobre la Luna, y aun sobre otros Planetas superiores. El año de 1702, por el mes de Abril, pareció un Cometa, que sólo tenia trece minutos de paralaje, lo que muestra, que su altura era casi quíntupla respecto de la Luna, cuya paralaje es de un grado; esto es, de sesenta minutos; conque estando la Luna distante de la tierra, según el cómputo de los Astrónomos modernos, de noventa a cien mil leguas, el Cometa distaba de la tierra más de cuatrocientas mil. ¿Quién creerá que tan arriba suben las exhalaciones [230] terrestres? En el mismo año, antes que el referido Cometa, había aparecido otro, que totalmente carecía de paralaje sensible: por consiguiente estaba superior al Planeta Marte, que le tiene. Marte dista de la tierra muchos millones de leguas. ¿Subirán allá las exhalaciones? Añádase que un Cometa colocado en tanta altura, según lo que infiere su magnitud aparente, es preciso que sea muchos millones de veces mayor que la Tierra. ¿Las exhalaciones que de esta se elevan, podrán componer cuerpo de tanta magnitud?

Que los Cometas son Planetas regulares, cuyos círculos de movimiento no comprehenden la tierra, y por su parte superior distan inmensamente de ella, se ha hecho ya probabilísimo. Lo primero, porque se ha notado regular su curso: de modo que un Astrónomo, que observó un cometa dos, o tres días, si después se le esconden por algún tiempo las nubes, dirá a punto fijo, que en disipándose estas, a tal día, y tal hora se hallará en tal parte del Cielo. Lo segundo, por la simultánea, y graduada aumentación de volumen, y celeridad de movimiento hasta cierto punto, pasado el cual se van disminuyendo la celeridad, y el volumen en la misma proporción, y en igual espacio de tiempo a aquel en que se hizo el incremento. Así el incremento, como el decremento de volumen, son puramente aparentes. Va sucesivamente pareciendo mayor el Cometa a proporción que se va acercando al punto de su órbita más

cercano a la tierra, que llaman *Perigeo* los Astrónomos; y va pareciendo sucesivamente menor, a proporción que se va apartando de aquel punto. Esto por la regla general de que los cuerpos, cuanto más distantes, parecen menores. El incremento, y decremento de celeridad también son aparentes. Es preciso que parezca caminar más velozmente mientras se mueve por arco directamente opuesto a la tierra; y tanto más, cuanto más cerca está del punto medio del arco. Esto es común también a todo cuerpo, que se mueve en círculo, cuyas partes distan desigualmente del que las mira.}

15. Mons. Villemot, a quien siguen otros, defiende por camino diferente la opinión de ser los Cometas Planetas constantes, y perpetuos, colocándolos todos sobre Saturno en una Región donde no hay movimiento común, ni reglado, cual es el del fluido, que conduce los demás Planetas; sí sólo corrientes irregulares, que admiten todo género de diferentes direcciones. Este sistema sería mucho más desembarazado, como todos los Cometas careciesen de paralaje sensible (lo que es indispensable para colocarlos todos [231] sobre Saturno); y no parece que los Astrónomos estén convenidos en ello.

16. Como quiera, todos los filósofos que niegan verdadera generación, y corrupción en los Cielos, son interesados en la sentencia, que afirma ser los Cometas Planetas verdaderos de existencia constante, y perpetua, ora de regular, ora de irregular movimiento. Porque si son sólo unos caducos incendios, cuya existencia no dura más que lo que se ostenta su aparición, siendo por otra parte cierto, como lo es, que si no todos, los más están situados dentro de las celestes Regiones; es preciso admitir verdadera generación, y corrupción en los Cielos.

17. Y si ello es así, que los Cometas hacen número con los demás Astros, y que con ellos fueron criados al principio del mundo, vanos son los temores de los que colocándolos con Aristóteles en la suprema Región del aire, predicen en el precipicio de sus venenosas cenizas más daños que en el despeño de los abrasadores rayos. ¡Oh qué hijas tan villanas produciría la tierra en sus exhalaciones, si después de elevadas, al descender de la altura, no solo encendidas, más aún apagadas, conspiran a su ruina! Vanos son también los sustos de los que aprehenden preternatural la generación de los

Cometas, y en ella fundan la significación que les atribuyen de los divinos enojos. Para quien tiene los ojos abiertos, no ha menester la mano Omnipotente estas nuevas amenazas, que harto visibles se hacen en innumerables ejemplos sus vengadoras iras.

18. No por eso niego que tienen los Cometas también en lo moral uso muy acomodado a nuestro provecho, al cual pudo Dios destinarlos, y es de creer que los destinó en su creación, o los destina ahora cuando los produce, además del uso físico que tienen en lo natural. Cualquiera nuevo fenómeno que aparece en el Cielo, llama los ojos de los mortales a su contemplación: y muy torpe es quien luego no vuela con la mente mucho más arriba a considerar la incircunscripta virtud, y grandeza de la primera Causa, que no satisfecha de publicar su gloria con tantas [232] lenguas de fuego, cuantos son los Astros que cotidianamente brillan en la Esfera, de tiempos en tiempos enciende, o aproxima al mismo fin esos brillantes cuerpos de aún más prodigiosa magnitud. Unos, y otros son centellas de la inaccesible luz: y unos, y otros son antorchas a nuestra ceguedad.

Discurso XI

Años climatéricos

§. I

1. Pitágoras, después de haber soñado que transmigraban de cuerpo en cuerpo las almas, logró que transmigrasen de alma en alma sus sueños. De sus dos grandes dogmas, el de la transmigración de los espíritus, y el de la misteriosa fuerza de los números, el primero se comunicó, y propagó hasta el día de hoy a muchos de los Pueblos Orientales: el segundo cundió sin sentirlo a algunos Filósofos de todas sectas.

2. En esta supersticiosa física, que al número atribuye la potestad que no tiene, se funda el común error de constituir fatales todos los años septenarios, a quienes se da el nombre de climatéricos, y vale, o significa lo mismo que escalares, o gradarios.

3. Materia de risa es ver las observaciones, y discursos conque algunos Autores quieren persuadir la poderosa actividad del número septenario. Ponderan que los Planetas son siete, siete también los metales, siete pies el término de la humana estatura, siete meses el tiempo de la perfecta formación del feto. Todo esto, que aunque fuera cierto, nada probaría, es muy dudoso. Los Planetas se puede decir que son más que siete, contando los Satélites de [233] Júpiter, y Saturno, que tienen tanto derecho para ser llamados Planetas, como Mercurio, y Venus; fuera de que a los Cometas los tienen por verdaderos Planetas algunos grandes Astrónomos; y de este modo sube mucho más el número de los Planetas. Los metales, dicen

muchos Naturalistas, que no son más que seis; para lo cual descuentan el estaño, juzgándole un mixto de plata y plomo. La estatura humana no está circunscrita en la magnitud de siete pies; porque muchos hombres pasaron de esa raya. En cuanto al tiempo de la perfecta formación, o maduración del feto, para lograr la pública luz, si se habla del regular, son, no siete, sino nueve meses; si se comprehende también el irregular, o extraordinario, admite toda la extensión que hay desde los cinco meses hasta los diez, u once, pues para todo este tiempo hay ejemplos.

4. Marco Varron, por otra parte Autor gravísimo, fue tan nimio, o tan pueril en discurrir a favor del septenario, que penso esforzar su autoridad, sacando al teatro los siete Sabios de Grecia, las siete maravillas del mundo, las siete solemnidades de los Juegos Circenses, y los siete Capitanes destinados a la conquista de Tebas. Todo esto, y mucho más que pudiera juntarse de septenarios, no necesita impugnarse con otro argumento, que la reflexión de que para cualquiera otro número que se aprehenda, se hallará igual serie de ejemplos, ya en la Historia, ya en la Naturaleza. Ni se debe hacer más aprecio de los fútiles discursos, prolijas y arbitrarias combinaciones, conque Macrobio en el sueño de Escipión pretendió dar alguna verosimilitud a esta fantasía, y que excuso referir, porque fatigan la atención sin halagar la curiosidad.

5. Todas estas observaciones fantásticas de los números, sobre vanas, son perniciosas: pues de aquí se dedujeron tantas supersticiones prácticas, en que para varios usos, especialmente en la Medicina, se atribuye especial virtud, ya al número ternario, ya al septenario, ya al novenario, generalmente al número impar; por lo que dijo el gran Poeta: *Numero Deus impare gaudet.* [234]

§. II

6. Algunos de los Climateristas ya se desvían de la superstición, y se acercan al parecer a la naturaleza probando la fuerza de los años climatéricos con la experiencia de algunas mutaciones insignes, que arriban al hombre, discurriendo por todos los años septenarios de su edad. Dicen que en el primer septenario después del nacimiento

caen los dientes, y se perfecciona la locuela. En el segundo sale el bozo, y se hace el hombre apto para el matrimonio. En el tercero se perfecciona la barba, y toma el cuerpo todo el aumento de longitud que ha de tener. En el cuarto cesa el incremento también en cuanto a la latitud. En el quinto llegan a su último auge las fuerzas corporales. En el sexto se termina el estado, o entera conservación de ellas, y se mitiga el ardor de la concupiscencia. En el séptimo se consuma la prudencia, cuya integridad se conserva hasta el octavo. En el nono se nota sensible decadencia en ella. En el décimo se hace visible la maturidad para la muerte en innumerables rudimentos de la corrupción. De este modo prueban, a su parecer, que la naturaleza en estas mutaciones está apuntando, como con el dedo, la insigne fuerza de los años septenarios, o climatéricos.

7. Pero este argumento, por cualquiera parte que se mire está lleno de nulidades. Lo primero: si la eficacia intrínseca del número fuera causa de las mutaciones dichas, sucederían las mismas respectivamente en todos los animales; porque el número septenario de los años el mismo es en su entidad en el hombre que en los demás, y así había de ser el mismo en la virtud; lo cual es contra la experiencia; pues la aptitud para la generación, el estado de las fuerzas, el término de la vida, tienen ya más largos, ya más breves plazos en diferentes brutos, sin arreglarse a la serie de los septenarios. Lo segundo: la mujer se considera apta para el matrimonio a los doce años; y así, faltando aquí el septenario, se alterará en lo restante [235] toda la serie. Lo tercero: ni en los hombres se arreglan las mutaciones expresadas a los septenarios. El bozo, en los más, no apunta hasta los quince, o diez y seis años de edad. El rostro en muchos se llena de barba, y crece el cuerpo a la debida altura antes del veinte y uno. Todo el aumento de fuerzas se logra en todos antes del treinta y cinco. La misma objeción se puede hacer en todo lo demás. Lo cuarto: en esta cuenta no se hace computo de los nueve meses que el hombre está en el claustro materno; y debiera hacerse, según buena razón, si para señalar años climatéricos hubiese razón alguna: pues el hombre a pocos días después de su generación empieza a vivir, según las observaciones de los médicos, aunque Aristóteles retarda algo más la animación. Lo quinto: si las mutaciones observadas en los cinco climatéricos

primeros probasen algo al intento, probarían que esos climatéricos son faustos, y propicios; no infaustos, o adversos, como comúnmente se piensa, porque las mutaciones señaladas son a mejoría, o aumento del hombre, no a diminución, o decadencia.

§. III

8. Aunque el vulgo sólo señala por climatéricos los años septenarios, entre los Autores que trataron de esta materia hay tanta variedad, que ella sola es una gran prueba de que fundó esta opinión el antojo, y la conserva la inadvertencia. Los que añaden a los septenarios los novenarios, son muchos; en cuya sentencia, no sólo de siete en siete años, mas también de nueve en nueve, se van repitiendo peligros a la vida. Este aditamento de climatéricos tuvo por fundador a Censorino, citado por Salmasio. Marsilio Ficino, sin hacer caso de los novenarios, añade a los septenarios los cuartos intermedios, en que es de notar la grave inconsecuencia de este Autor. Porque la razón en que funda el que los septenarios sean peligrosísimos, es, porque cada año séptimo corresponde al séptimo Planeta, que es Saturno, Astro melancólico, de malos influjos; y caminando por esta vereda, los años cuartos [236] intermedios habían de ser los más saludables, porque corresponden al cuarto Planeta, que es el Sol, Astro el más favorable a la vida de cuantos giran el Cielo.

9. Claudio Salmasio dice, que todas estas cuentas van erradas, y lo prueba con la autoridad de Julio Firmico, y otros Astrónomos antiguos; en cuya sentencia los climatéricos no proceden por septenarios, ni por novenarios, ni por otro algún orden de números constante en todos los individuos; sí que cada uno tiene su serie de climatéricos diversa, según el Signo, y parte del Signo que correspondió a su nacimiento. Para esto dividen cada Signo en tres porciones, que llaman Decanos, conque siendo treinta y seis los Decanos, por ser doce los Signos, viene a haber treinta y seis órdenes de climatéricos distintas. Pongo dos ejemplos. El que nace en el primer Decano de Aries tiene ocho años climatéricos; conviene a saber, el cuarto de su edad, el noveno, el duodécimo, el veinte y

uno, el treinta y tres, el cuarenta y nueve, el cincuenta y dos, el sesenta y cuatro, y el setenta y cuatro. El que nace en el segundo Decano del mismo Signo de Aries, tiene doce años climatéricos; esto es, el segundo, el séptimo, el trece, el diez y nueve, el veinte y cuatro, el treinta y dos, el treinta y nueve, el cuarenta y uno, el cincuenta y dos, el sesenta y seis, el setenta y uno, y el ochenta y seis. A este modo se van variando los climatéricos por todos los demás Signos, y Decanos, sin hacer cuenta de septenarios, o novenarios. ¿Qué se infiere de tanta variedad, sino que todo lo que se dice de años climatéricos es una algarabía sin rastro de fundamentos?

10. La misma oposición hay en cuanto a la fuerza, o actividad de los climatéricos. Comúnmente sólo se les atribuye potestad para hacer mal, de modo que las mutaciones que acaecieren en ellos, sean siempre perniciosas. Pero no faltan Autores, que haciendo paralelo entre los años climatéricos de la edad, y días críticos de las enfermedades, al modo que estos son indiferentes, para que las mutaciones que arriben en ellos, sean para mejoría, o para [237] peoría, la misma indiferencia establecen en los años climatéricos. La opinión que reina en el vulgo es, que en los climatéricos peligra la vida sólo en virtud de alguna alteración del temperamento que produzca dolencia de cuidado. Salmasio dice, que esto es contra el sentir de todos los antiguos; y que en los años climatéricos, no sólo peligra la vida por los principios intrínsecos que pueden producir enfermedades; mas también por cualesquiera externos, y fortuitos accidentes, como de naufragio, herida, precipicio, &c. *Non solum igitur interna corporis mala, sed etiam externa annorum sunt climactericorum* {(a*) Salm. de Ann. Climact. fol. mihi 14.*}. Y poco más adelante enseña, que no sólo tiene en los años climatéricos sus tropiezos la vida, mas también tiene sus escollos la fortuna, amenazando en ellos, no menos que los amagos de la parca, los reveses de la suerte: *Non enim vitae tantum pericula ad climactericos pertinent, sed & fortunarum, & dignitatum.*

11. Algunos con Enrico Ranzovio extienden la jurisdicción de los climatéricos a los mismos cuerpos de los Imperios, o Repúblicas, queriendo que en ellos estén más arriesgadas a mutaciones, o decadencias; aunque como por lo común son de mayor duración los

Imperios que los individuos, señalan a aquéllos períodos más prolijos, siguiendo el mismo orden de los septenarios. El número de setenta años, que consta de diez septenarios, le juzgan muy climatérico, fundándolo en el ejemplo del cautiverio de Babilonia, que duró ese espacio de tiempo, y en el vaticinio de Isaías de que duraría el mismo espacio la desolación de Tiro. Pero señalan por el más riguroso climatérico para los Imperios el año 594, que consta de siete septuagenarios. Todo esto se dice porque se quiere decir. Y los dos ejemplos de la Escritura probarían antes que el año septuagenario es feliz, y fausto, pues en él recobro su libertad el Pueblo de Israel, y Tiro se restableció en su antigua felicidad. La sentencia más seguida es, que sólo los [238] individuos están sujetos a la potestad de los climatéricos, no las Ciudades, Reinos, o Repúblicas. Aun cuando los Climateristas estuviesen muy convenidos entre sí, tendrían poco derecho para ser creídos. ¿Cuánto menos estando en tantos capítulos tan discordes?

§. IV

12. La experiencia está asimismo contra su opinión. Yo tomé el trabajo de computar los años de vida de trescientos sujetos, de quienes se sabe por las Historias el año de su nacimiento, y el de su muerte. Y hecha después la regla, que llaman de proporción, no hallé que correspondiesen aun en su tanto más muertes en los septenarios, y novenarios que en los demás años. De un P. Jesuita leí en las Memorias de Trevoux, que en la Ciudad de Palermo, por los Libros de las Parroquias hizo el mismo cómputo sobre muchos millares de hombres, y al ajustar la cuenta, halló lo mismo que yo.

13. Alegan los Climateristas un corto catálogo de hombres famosos, que murieron en años climatéricos. Pero aunque el catálogo fuese más largo, nada probaría: porque siendo los años climatéricos muchos, y contándose los hombres famosos por millares, sería menester una especial providencia de Dios para que muchos no cayesen en los septenarios, o novenarios. Fuera de que de algunos, que cuentan muertos en los climatéricos, no hay cosa cierta. De Aristóteles dicen que murió a los sesenta y tres años de su

edad, que muchos juzgan ser el más riguroso climatérico, porque consta del número siete multiplicado por nueve; pero Eumelo, citado por Diógenes Laercio, dice que murió a los setenta. De Platón dicen que murió a los ochenta y uno: gran climatérico también, porque resulta del número nueve multiplicado por sí mismo. Pero Ateneo dice que murió a los ochenta y dos, y Neantes citado por Laercio, dice que a los ochenta y cuatro.

14. Alegan también el símil de los días críticos de las enfermedades, que asimismo proceden por septenarios. [239] Pero lo primero, el asunto es incierto. Grandes Médicos dan por mal fundada la observación de los días septenarios para las crises: y hallan que en cualesquiera días suceden estas con tanta regularidad como en los septenarios. Aún está en opiniones desde qué punto se ha de empezar a hacer la cuenta. Unos quieren que sea desde el primer insulto de la enfermedad, o desde que se empieza a sentir alguna indisposición. Otros desde que hay fiebre manifiesta. Otros desde que la fiebre rinde el enfermo, aún reluctante, a la cama. Entre el primero, y el último término pasan muchas veces algunos días. ¿Cómo, pues, la experiencia nos puede mostrar que los septenarios son críticos, si el que es septenario en una opinión, en otra es quinto, o sexto, octavo, o noveno? De aquí es que frecuentemente los Médicos, viendo que la crise no vino en el día que antes contaban por septenario, varían la cuenta para hacerle septenario, que quiera que no. Y de esto he visto mucho.

15. Lo segundo digo, que aunque algunos Médicos atribuyen la potestad de los días críticos a la virtud oculta del número septenario, estos son muy pocos. Los más recurren a otras causas, la cuales no intervienen en el período septenario de los años, como a los movimientos, y fases de la Luna.

16. Finalmente respondo, que la observación de los días críticos discrepa en muchas cosas de la de los años climatéricos, y así no puede hacerse argumento de paridad de aquellos a estos. En los días críticos el cuarto es índice del séptimo. En los años climatéricos nadie dice tal cosa. Los días críticos son indiferentes al bien, y al mal. A los años climatéricos los da la sentencia común por determinadamente infaustos. En los días críticos, desde el sexto crítico, que se cuenta a los cuarenta días de enfermedad, se prosigue

la cuanta, no de siete en siete, sino de veinte en veinte: en los años climatéricos quieren que se siga siempre constantemente la cuenta por septenarios, y novenarios. Omito otros muchos capítulos de disparidad. [240]

§. V

17. Otro argumento, aunque en nadie le he visto, hallo que puede hacerse a favor de los años climatéricos, en cuanto prueba absolutamente la oculta actividad de determinados números para algunos efectos. Está comúnmente admitido, y dicen que observado, que las ondas del mar de diez en diez aumentan su ímpetu, de modo que la onda que se cuenta décima en el orden, es mucho más impetuosa que todas las antecedentes; y así a ella se atribuyen comúnmente los naufragios: por lo que cantó Ovidio en el de Ceix: *Decimae ruit impetus undae.* Y no pudiendo esto provenir de otro principio que de la escondida fuerza del número decenario, no hay por qué obstinarnos en negar la virtud a determinados números en algunas determinadas materias.

18. Lo que a esto puedo decir es, que yo hice muy de espacio la experiencia puesto a las orillas del mar, por ver si en esto había alguna correspondencia fija, y ninguna hallé; sí que las ondas eran muy desiguales en la vehemencia, sin guardar orden alguno en el número. Unas veces era más impetuosa la tercera, otras la cuarta, la quinta, y así discurriendo por todos los demás números. Así que en esto, como en otras muchísimas cosas, se creen en la naturaleza los misterios que no hay; porque tal vez lo que al principio fue ilusión, o fantasía de un hombre solo, por no interesarse nadie en examinar la verdad, poco a poco va conquistando el común asenso.

{(a) Tan firme estoy en la persuasión de que es vanísima, y carece de todo fundamento la observación de los años climatéricos, que habiendo, cuando escribo esto, entrado en uno de los más rigurosos climatéricos, según la opinión vulgar, que es el de sesenta y tres, por resultar de la multiplicación de nueve por siete, estoy serenísimo, y sin el menor susto por lo que mira al climaterismo; y es cierto que si llego al de sesenta y cuatro, o sesenta y cinco, que

no son climatéricos, contemplaré entonces mi muerte más cercana que la considero ahora. Cuanto la edad fuere mayor, tanto el año será más climatérico.}

Discurso XII

Senectud del Mundo

§. I

1. No lloraba tan tiernamente Helena al representarle el cristal los estragos que el tiempo había hecho en su belleza: *Flet quoque ut in speculo rugas conspexit aniles Tindaris,* como el mundo se lamenta de las ruinas que contempla en su vejez imaginaria. A cada paso se oyen las quejas de que el transcurso de los siglos ha abreviado a la vida humana los plazos, debilitado las fuerzas corporales, aumentado el número de las dolencias, disminuido por defecto de la facultad prolífica el de los individuos; y para dar materia más dilatada al dolor en todo aquello que puede servir al hombre, se representa la misma decadencia, en los alimentos menos substancia, en los medicamentos menos virtud, en la tierra menos feracidad, y hasta en los cuerpos celestes más débiles los influjos.

2. Pero toda esta larga lamentación carga sobre una aprehensión sin fundamento. Primeramente por lo que mira al período de la vida humana, es fijo que hoy es el mismo que era ha veinte, y aun treinta siglos. Ha dos mil y ochocientos años que vivió el Santo Profeta David; de modo que según el cómputo más justo de Genebrardo, Saliano, Tornielo, Spondano, y otros, vino a florecer, con corta diferencia, a la misma distancia del principio del mundo, que de nuestro siglo, habiendo nacido a los dos mil novecientos y diez años de la creación del Orbe. Este, pues, ilustrado Rey, hablando del término común de la vida de los hombres de su

tiempo, al Salmo 88 señala el mismo que experimentamos en nuestra edad: *Dies annorum nostrorum in ipsis septuaginta anni.* De el mismo David, cuando, según los Autores de la [242] Cronología Sagrada, había llegado a los setenta años, dice la Escritura en el cap. I. del lib. 3 de los Reyes, que era muy anciano, y por eso el beneficio de la ropa no bastaba a defenderle del frío: *Et Rex David senuerat; habebatque aetatis plurimos dies cumque operiretur vestibus non calefiebat.*

3. Estas pruebas son tan concluyentes, que no dejan alguna salida. Y en verdad que pocos se hallarán en nuestros tiempos, que siendo tan sobrios, y de tan buen temperamento como David, no lleguen a la edad septuagenaria con más vigor.

4. Ni yo entiendo cómo el error de la decadencia de la vida humana se ha hecho tanto lugar, cuando todas las Historias antiguas, así sagradas, como profanas (exceptuando las fabulosas) no nos representan los hombres más duraderos en los pasados siglos que en los presentes. Poquísimos, o rarísimo hombre que pasase de cien años, se halla en Escritores Griegos, ni Romanos, en quienes generalmente los octuagenarios, y nonagenarios son ponderados por longevos, como en nuestro tiempo. S. Juan Evangelista es llamado de muchos el Matusalén de la Ley de Gracia: y según el Cardenal Baronio no vivió más de noventa y tres años. Plinio en el lib. 7 de su Historia Natural, cap. 48, cuyo título es de *Spatiis vitae longissimis,* cuenta de intento los Romanos que duraron irregularmente en los siglos próximamente antecedentes al suyo, y señala por vidas larguísimas la de Livia de Rutilio, que vivió noventa y siete años; la de Statilia, que vivió noventa y nueve; la del Pontífice Metello, y la de Perpenna, que vivieron noventa y ocho; la de Marco Valerio Corvino, que llegó a ciento. Y la vida más larga, que refiere con cuenta fija entre los Romanos, es la de Clodia, que vivió ciento y quince años. De los extranjeros, en quien más se extiende es en Argantonio Gaditano, que reinó ochenta años, entrando a reinar a los cuarenta de edad. Es verdad que Silio Itálico lib. 3 le da a este Rey trescientos años:

—Ditissimus aevi
Terdenos decies emensus belliger annos. [243]

Pero a los Poetas los recusaremos siempre para testigos. Luciano, que trató esta materia con más extensión que Plinio, en el libro intitulado de *Macrobiis,* discurriendo por toda la antigüedad, y excluyendo dos, o tres edades reputadas por fabulosas, señala muy pocos hombres, que pasaron de cien años; y la vida que cuenta más larga es la del Historiador Ctesibio, que llegó a ciento veinte y cuatro.

§. II

5. Ahora pregunto: ¿Qué País hay, donde hoy no se vea uno, u otro que llegan, y pasan de cien años? Dentro de este Principado de Asturias, donde asisto, tengo noticia de muchos, y especialmente de una mujer, que vivió ciento treinta y dos años. Posible es que en esta noticia se añadiese algo. Pero de este riesgo no estuvo exento Plinio, ni otros Escritores antiguos. Lo que puedo asegurar con toda verdad es, que habrá dos años, poco más, murió a distancia de medio legua de esta Ciudad de Oviedo, en una Aldea llamada Cagigal, en la edad de ciento y once, una pobre mujer, llamada Mari-García, habiendo conservado siempre el juicio sanísimo. Y hoy vive en dicha Ciudad de Oviedo D. Alonso Muñíz, Presbítero, de edad de ciento y siete años, con bien fundadas esperanzas de vivir no pocos más; pues en una edad tan avanzada, todos los días va a celebrar el santo Sacrificio de la Misa a la Iglesia de las Religiosas de Santa Clara, distante más de cuatrocientos pasos comunes de su casa; y buena parte del camino es bastantemente agrio. Si estos ejemplos se hallan en un País, que a causa de su mucha humedad no es celebrado por muy sano (bien que yo le tengo por bueno), mayores se hallarán en los que gozan más benigno Cielo.

6. En Galicia murió el año pasado de 1726 un pobre labrador, llamado Juan de Outeiro, vecino que fue de la Villa de Fefiñanes, Arzobispado de Santiago; digno por su larga vida de más larga memoria, y aun de que se perpetúe su nombre en las prensas. Para averiguar su edad, faltando [244] libros, y demás instrumentos, no se halló otro testimonio, que el informe conteste de los más ancianos con su dicho; pues solía afirmar, que cuando se fabricó la

Iglesia de S. Francisco de Cambados, iba delante del carro que conducía los materiales para la fábrica: y suponiendo, que por lo menos tendría entonces, para poder acordarse, seis, u ocho años, y que en el dicho Templo se halla una inscripción que dice se acabó la obra el año de 1588, se infiere, descontando los seis, u ocho años que tendría, que nació el de 1580, desde el cual, hasta el de 1726, que falleció por Mayo, salen 146 años de edad: y es digno de reparo, que su común alimento era pan de maíz, y berzas cocidas, tal vez alguna sardina, o almeja: su regalo extraordinario puches de leche, y harina de maíz: carne de vaca sólo la comía algún día muy festivo: vino (aunque le bebía) rarísima vez por su escasez de medios le lograba: y lo que más admiración hace es, que hasta el fin de sus días, siempre se manejó con firme agilidad, y tanta entereza en el juicio, como si tuviera cuarenta años.

7. Más convence el intento la Certificación, que para en poder del Ilustrísimo señor D. Fr. Antonio Sarmiento, General que fue de mi Religión, electo Obispo de Jaca; dada por Fr. Veremundo Negueruela, Cura de S. Juan del Poyo, en el mismo Reino de Galicia, en 30 de Septiembre de 1724; quien certifica, que en sola su Parroquia en dicho año administró los Sacramentos a Bartolomé de Villanueva, de edad de 127 años cumplidos: a Bartolomé de la Graña, de 120: a Marta García, de 118: a Alberto Solla, de 117: a Lucía Solla, su hermana, de 113; y a Benito Pérez, su marido, de 110: a Jacinto Diz, de 116: a Alonso Otero, de 115: a María Mouriña, de 112: a Domingo González, de 110: a Antonio Parada, de 116: a Antonio Parada de Fontela, de 115; y a Catalina Fernández, de 110. De modo, que entre los trece Parroquianos (si se formase otra danza como la de la Provincia de Herford, de que luego hablaremos) compondrían la edad de 1499 años, que en este siglo es cosa prodigiosa. [245]

8. En la Isla de Ceilán es muy frecuente llegar los hombres a cien años; y el Capitán Juan Riberio, Portugués, en la Historia de esta Isla, que dio a luz el año 1685, dice que poco ha se vio allí uno de ciento y veinte años, que sin bastón en la mano iba a oír Misa a una Iglesia distante una legua de su casa. Murió en Inglaterra la Condesa de Nesmunda, o Nesmond en la edad de 140 años. Madamusela de Eckleston, Inglesa también, murió el año de 1691

de ciento cuarenta y tres años: este es un hecho constante en toda Inglaterra. En el de 1635 fue presentado al Rey Carlos I de la Gran Bretaña Thomas Park, natural de la misma Isla, en la edad de ciento cincuenta y dos años, que parece ser murió el año siguiente, porque el Caballero Temple en sus Obras Misceláneas le cuenta de ciento cincuenta y tres años de vida. Bien sabida es la danza que formaron en la Provincia de Herford doce viejos, cuyas edades cumuladas subían a la suma de mil y doscientos años; de modo que uno con otro tenían ciento.

9. El Canciller Bacon, que murió no ha más de un siglo, en la *Historia de la Vida, y la Muerte,* entre todos los Papas que habían gobernado la Iglesia hasta su tiempo, cuenta solamente cinco, que llegaron, o pasaron de ochenta años, y todos cinco fueron próximos a su tiempo; conviene a saber, Juan XXIII, que llegó a 90: Gregorio XII, a 91: Paulo III, a 81: Paulo IV, a 83; y Gregorio XIII, a lo mismo. Los tres últimos no ha dos siglos que murieron. Y así en la serie de los Pontífices está hecha la cuenta, de que los que más vivieron, fueron cercanos a nuestra edad. Es verdad que muchos de la primitiva Iglesia no deben entrar en este cómputo, por haberles anticipado la muerte el martirio. [246]

{(a) A las largas vidas de estos tiempos, que referimos en este número, y en los antecedentes, añadiremos tres muy notables. La primera es de Pedro Picton, Labrador, natural de Champaña, el cual murió de ciento diez y siete años en el de 1695. No es lo más particular de este hombre que viviese tanto, sino que en los años próximos al de su muerte conservaba un cuerpo bastantemente vigoroso, [246] lo que acreditan dos circunstancias muy dignas de notarse. La primera, que hasta los ciento y quince años trabajó en el campo, casi sin sentir las debilidades, o incomodidades de la vejez. La segunda, que viéndose poco respetado de sus hijos, por vengarse de ellos volvió a casarse a los ciento y diez años.

La segunda vida larga, mucho mayor que la pasada, y que todas las que hemos referido en el cuerpo de la Obra, fue la de Enrico Jenkins, el cual murió de ciento sesenta y nueve años, a los fines del siglo pasado. Refiere estos dos casos Larrey, Historiador de Francia, el primero en el tom. 6, pág. 299: el segundo tom. 7, pág. 203.

La tercera de un Caballero Etíope, Señor del Lugar de Bacras, en

el Reino de Sennar, a quién conoció y trató el año de 1699 Carlos Jacobo Poncet, Médico Francés, que residía en el Cairo, y de allí pasó a Etiopía, llamado del Emperador de los Abisinos, para que le curase de una enfermedad que padecía. Refiere Poncet, que este Caballero, cuando él le trató, era de ciento y treinta años, pero estaba tan fuerte, y vigoroso, como si no tuviese más de cuarenta. Siendo esto así, podrá vivir el día de hoy, y aún algunos años más. Véase el cuarto tomo de las Cartas Edificantes, que no contiene otra cosa, que la relación del viaje de Poncet, pág. 42.

Digno es de agregarse a estas noticias la de un casamiento, que se hizo en Londres el año de 1700, entre un hombre de ciento, y tres años, y una mujer de ciento. Refiérese en la República de las letras, tom. 22, pág. mihi 328.}

Estando imprimiendo este Escrito, murió en esta Corte Doña Juana Quatrin, Flamenca, asistente en la casa del Señor Duque de Pópuli, de ciento y once años, y fue enterrada el día veinte y nueve de Julio de 1726 en la Parroquia de S. Martín.

§. III

10. El argumento, que a favor de la opinión vulgar se toma de las larguísimas vidas de los hombres Antediluvianos, y los que sucedieron próximamente al Diluvio, no es del caso. Porque no negamos que la vida del hombre haya padecido alguno, y grave detrimento desde su primer origen; sí sólo, que de muchos siglos a esta parte le haya padecido, y que ahora de presente se vaya estrechando cada vez más, como piensa el Vulgo. Señalan los Autores varias causas de la prodigiosa duración de aquellos [247] antiguos progenitores nuestros: como su mayor sobriedad: la mejoría de los frutos de la tierra, que deterioraron las aguas del Diluvio: alguna especial protección de la Providencia: la gran noticia de remedios preservativos, comunicada del primer padre a sus hijos, y nietos, que después se fue perdiendo poco a poco.

11. Argúyese también con los ejemplos de algunos antiguos, muy posteriores al Diluvio, que alargaron sus días con mucho exceso sobre los nuestros, como Nestor, Rey de Pilo, que vivió

trescientos años. Algunos Reyes de Arcadia, que llegaron a la misma edad. Otros de Egipto, que vivieron mil y doscientos años. Juan de los Tiempos, Escudero de Carlo Magno, que vivió trescientos y sesenta.

12. A esto se responde, que Nestor vivió los trescientos años en el País de las Fábulas. Lo de los Reyes de Arcadia, y de Egipto se desvanece, quitando la equivocación que en esto hay. Es el caso, que cada año nuestro tiene cuatro de los que contaban por tales los Arcades, entre quienes el año constaba no más que de tres meses, como refiere Plinio: y así, los trescientos años de vida de cada Rey venían a ser setenta y cinco de los comunes. Entre los Egipcios, como testifican Diodoro Sículo, y Plutarco, aún era mucho menor el año, porque los contaban por Lunas; y así, mil y doscientos años Egipcios no llegaban a ciento de los nuestros. La edad larguísima de Juan de los Tiempos es repelida como fábula por los mejores Historiadores. Fuera de que habiendo muerto este hombre el año de 1128 de la Era Cristiana, probaría el hecho, siendo verdadero (contra lo que se pretende de la sucesiva decadencia de la vida de los hombres, así como fueron corriendo los tiempos), que seis, u ocho siglos ha se vivía más que los diez, o doce anteriores; pues retrocediendo todo este espacio de tiempo, no se encuentra hombre alguno que durase tanto. [248]

§. IV

13. Por lo que mira a las fuerzas corporales, si dejamos a los Poetas lo que es suyo, conviene a saber, las fábulas, como son los prodigios que nos cuentan de Hércules, no hallaremos algún exceso en los antiguos sobre los modernos. No hubo fuerzas más ponderadas en la antigüedad, que las del famoso Atleta Milón Crotoniaco. De éste lo más que se cuenta es, que en los Juegos Olímpicos llevó sobre sus hombros un toro a distancia de un estadio, a quién mató luego de una puñada, y en fin le comió todo en un día. Si esto último es verdad (lo que yo no quiero creer), respecto de su voracidad, era bien poca su valentía: porque ¿quién hay tan débil, que no pueda llevar sobre los hombros veinte veces más peso que dentro del

estómago? Como quiera que sea, juzgo que aquel célebre *Sotillo,* a quién el siglo pasado vio todo Madrid arrojar a distancia de doce pasos una piedra, que pesaba cuatro quintales, podría cargar sobre sus espaldas triplicado peso por lo menos; y no pesa tanto un buey de los comunes. Ni hallo más dificultad, en que sabiendo dirigir el golpe, derribase un toro de una puñada.

14. Floreció en tiempo de Augusto el Centurión Junio Valente, llamado por su incomparable robustez, el Hércules de aquel tiempo, de quien, con admiración dice Plinio, que tenía en peso un carro cargado hasta que le exonerasen del todo. Esto mismo en nuestros días lo oímos decir del P. Fr. Francisco Zoquero, Religioso de S. Francisco, natural de Rioseco, a quien yo el año de 1705 en Valladolid vi hacer pruebas no inferiores de sus grandes fuerzas. Omito otros muchos ejemplares de hombres robustísimos de estos tiempos, porque apenas hay quien acerca de esto no tenga bastantes noticias.

15. Oponen algunos, que en otros tiempos tenían los hombres robustez para resistir algunos remedios violentos, que hoy no pueden. Galeno dice, que en tiempo de Hipócrates se usaba del veratro blanco, vehemente vomitorio, que ya en su tiempo no podía sin riesgo darse aun a los [249] hombres de fuerzas constantes. Oponen también, que por la misma razón no se sangra ahora tanto como en tiempo de Galeno. A lo primero se dice que Hipócrates no daría aquel vomitorio sino a sujetos de especial resistencia, y medida con gran circunspección la dosis; lo cual también hoy se podría hacer. A lo menos hemos visto administrar alguna vez una hierba, que en Galicia se llama *Hierba de Lobo* (no sabemos qué nombre tiene entre los Profesores), que es vehementísimo vomitorio; y aunque el enfermo tuvo harto trabajo, se libró enteramente de unas tercianas terribles, y contumaces, para cuya enfermedad en partes de aquel Reino usan los Labradores felizmente de este remedio. La segunda objeción se retuerce; porque siendo cierto que Hipócrates no sangraba tanto como Galeno, se inferirá del mismo modo, que en tiempo de Galeno eran los hombres más robustos que en tiempo de Hipócrates; y por consiguiente, que en los seis siglos que pasaron de Hipócrates a Galeno, crecieron los hombres en fuerzas, en vez de disminuirlas. La

verdad es, que Galeno en cualquiera tiempo que hubiera nacido sangraría mucho, porque ese era su capricho; y fuera mejor que no hubiera nacido jamás, porque no se sangrase tanto en el mundo, como se ha hecho después que llenaron el mundo los Sectarios de Galeno. De los cuales aún hoy algunos derraman la sangre de los hombres como si fuera de fieras. En el Discurso del abuso de la Medicina apuntamos dos insignes ejemplos modernos de esta tiránica práctica.

§. V

16. Tampoco en el fácil, y perfecto uso de las facultades vitales, y animales en edad algo adelantada, somos inferiores a los antiguos. Plutarco en la Vida de Pompeyo dice, que todo el Ejército Romano celebraba ver a aquél Caudillo en la edad de cincuenta y ocho años manejar el caballo, y las armas, como pudiera otro en lo más florido de la juventud. Y creo que no hay Ejército hoy en Europa, ni aun en el mundo, donde no se hallen algunos [250] Soldados de igual robustez en la misma edad. Siendo niño leí la Relación impresa de la conquista de una Plaza de Ungría, en tiempo del Emperador Leopoldo, en que se decía que el Turco Gobernador de la Plaza, siendo hombre de ochenta años, pareció en la brecha, jugando ferozmente dos alfanges sobre los Católicos. El año de siete del presente siglo murió Orangzeb, Emperador del Mogol, con cien años cumplidos de vida, como refiere el P. Francisco Catrou, Jesuita, en la Historia General que compuso de aquel Imperio; y conservó este Príncipe hasta lo último de sus días, según el mismo Historiador, toda la fuerza de un espíritu pronto, y de un corazón guerrero, muriendo en fin en la Campaña en medio de aquellas Tropas, que la agitación de su genio ambicioso había tenido siempre en movimiento. Eneas Sylvio refiere de Federico, Conde de Cillei, en la Estiria, que en la edad de noventa años excedía al más desordenado joven en incontinencia, y glotonería.

§. VI

17. De lo dicho se infiere, que no es hoy mayor la gravedad, o el número de nuestras dolencias, como comúnmente se dice; pues siendo así, nos debilitáran las fuerzas, y acortáran la vida contra lo que queda demostrado. Es verdad que una, u otra enfermedad se padecen en estos tiempos, de las cuales no se halla noticia en los Escritores antiguos de la Medicina, como el escorbuto, y la infección gálica, sin embargo de que algunos pretenden lo contrario. Señaladamente Valles en el cuarto de las Epidemias juzga haber hallado en Hipócrates el contagio venéreo.

18. Pero esto nada obsta. Lo primero, porque como dice S. Agustín en el *lib. 22 de la Ciudad de Dios, cap. 22* no todas las enfermedades se hallan en los libros de los Médicos: y así pudieron padecer los antiguos algunas, de que ellos no nos hayan dado noticia. Lo segundo, porque pudo compensarse el nacimiento de las nuevas enfermedades con la extinción de otras, que reinaron en otros siglos. [251] Así que como es verdad, que unas enfermedades nacen, lo es también que otras mueren. Plinio en el *lib. 26. cap. I* hace memoria de algunas, que habían ocasionado no leves estragos en los tiempos antecedentes, y ya en el suyo no había vestigio de ellas, como la llamada *Gemursa,* que tenía su principio entre los dedos de los pies. De la lepra dice, que habiéndose empezado a ver en Italia en los tiempos del gran Pompeyo, muy presto desapareció. Y así concluye admirando, que unas especies de enfermedades duren en el mundo, y otras se desvanezcan: *Id ipsum mirabile alios morbos desinere in nobis, alios durare.*

19. Muchos Médicos no vulgares, habiendo observado que los accidentes del contagio venéreo, desde su primer origen se han ido mitigando mucho (porque parece que este mal, contra las reglas comunes, nació gigante, y creciendo en la edad, se fue disminuyendo en la estatura) hacen juicio de que llegará a extinguirse del todo. Y es muy de creer, que como hay enfermedades pestilentes, o epidémicas, que duran ya un año, ya dos, ya más, ya menos, según es más, o menos fácilmente disipable la impresión maligna del ambiente, o la fermentación subterránea que la ocasiona; así hay otras, que naciendo de causa más tenaz, y firme, tarden mucho mayor tiempo en disiparse. Esto parece ser lo que más verisímilmente puede discurrirse sobre aquellas

enfermedades, que dominando algún espacio largo de tiempo, vinieron a desaparecer.

20. También puede conjeturarse, que aunque parece que algunas especies de enfermedades vienen de nuevo al mundo y otras salen de él, en realidad no es así, sino que vaguean de unas Regiones a otras: porque todas las porciones de la tierra son países abiertos a estos enemigos, que expeliendo mutuamente, hoy los dominan unos, mañana otros. De hecho la experiencia nuestra, que en varias Provincias reinan un tiempo algunas enfermedades de las comunes, padeciéndose con frecuencia, y después se ausentan, o se padecen muy rara vez; lo que puede atribuirse al fomento que les prestan los hálitos subterráneos, [252] los cuales varían, según varían las materias que fermentan en las entrañas de la tierra.

§. VII

21. En cuanto a la virtud propagativa, podemos asimismo asegurar que no recibió algún menoscabo la especie humana desde su origen hasta ahora. En el Cementerio de los Santos Inocentes, dentro de la Ciudad de París, se lee el epitafio de Jolanda Bailli, mujer de Dionisio Capeto, que habiendo fallecido en ochenta y ocho años de edad, llegó a ver doscientos ochenta y ocho descendientes suyos: dicha que tendrá pocos, o acaso ningún ejemplo en los veinte siglos antecedentes.

22. La propagación más prodigiosa que se observa en las Historias, es la que hubo en los trescientos años inmediatos después del Diluvio. Murió Noé trescientos y cincuenta años después de aquel estrago universal. Y refiere Filón Judío en sus Antigüedades Bíblicas, que habiendo contado toda la sucesión que tuvo por sus tres hijos poco antes de su muerte, halló en la descendencia de Cham (fue la más numerosa) doscientas cuarenta mil y novecientas almas. Esto parece mucho, y es poco, o nada, respecto de lo que se dirá ahora, y conque se probará que Filón no echó bien la cuenta.

23. Entró a reinar Nino en la Monarquía de los Asirios; sucediendo a su padre Belo, o Nembrod, doscientos cuarenta y nueve años después del Diluvio. Y refiere Diodoro Sículo sobre la

autoridad de Ctesias, que yendo a combatir a este Monarca Zoroastres, Rey de los Bactrios, con un Ejército de cuatrocientos mil hombres, juntó Nino en el suyo un millón y setecientos mil entre Infantería, y Caballería. De cuyo excesivo número de Tropas se colige la multiplicación que hubo en trescientos, o menos años; que parece prodigiosa, aun cuando en el mundo no hubiese más gente que la que se alistó debajo de las banderas de los dos Reyes.

24. Bien sé que Ctesias no está reputado por Historiador [253] muy verídico: y también sé, que algunos Cronólogos hacen muy posterior a Nino, respecto de aquellos tiempos colocándole en los de Barak, y Débora, Jueces de Israel. Sin embargo diré, que por la cuenta que resulta de la multiplicación grande del linage humano en los siglos inmediatos al Diluvio, ni se debe negar la antigüedad que hemos dicho a Nino, ni condenarse por fabuloso el número de gente que componía su Ejército; porque en nuestros días se vió otra multiplicación, si no más, no menos admirable, notada en el gran Diccionario de Moreri, y copiada de una Carta de Amsterdam, cuya Historia referiré aquí brevemente, porque es curiosa.

25. Navegando el año de 1590 hacia las Indias Orientales una Flota, compuesta de cuatro Navíos Ingleses, fue sorprendida de una violenta tempestad cerca de la Isla de Madagascar, que hizo perecer luego tres vasos; y arrebatando al cuarto hasta una Isla, llamada hoy Pinés, colocada a veinte y ocho grados de latitud austral, le rompió en los escollos que cercaban la ribera; de cuyo infausto accidente sólo se salvaron, a favor de algunas fluctuantes tablas, un hombre, y cuatro mujeres, que eran una hija del Capitán del Navío, dos criadas suyas, y una esclava Mora. Saliendo estas cortas reliquias del naufragio a la Isla dicha, la hallaron desierta de hombres, y aun de fieras, pero bien poblada de frutas comestibles, y de aves, que les contribuían gran número de huevos. La imposibilidad en que se hallaban de pasar a otra parte, los precisó a establecerse en aquel sitio; y el apetito, confederado con la libertad, concedió a un hombre solo el uso de imperio maridable sobre cuatro mujeres, como también la afectada exención de las leyes del parentesco a sus descendientes inmediatos, conque fue creciendo aquella Colonia, fundada por el acaso, sin que hubiese noticia de ella en parte alguna del mundo, hasta que el año de 1667,

navegando un Navío Holandés vuelta del Cabo de Buena-Esperanza, fue conducido de otra tempestad a la misma Isla; y habiendo desembarcado en ella, quedaron absortos [254] cuando en una parte tan remota de la gran Bretaña oyeron a los habitadores hablar la lengua Inglesa. En fin por ellos supieron la referida Historia; y (lo que hace a nuestro intento) que poblaban ya la Isla de once a doce mil individuos.

26. Supuesto este hecho, y que esta gente en el espacio de setenta y siete años se multiplicó del número de cinco al de once mil, si por regla de proporción se hace la cuenta del número a que pudo multiplicarse en los ciento cincuenta y cuatro años siguientes (que son los setenta y siete duplicados) siguiendo la misma progresión, resultan al cabo mucho más de mil millones de individuos. Conque en el espacio de doscientos treinta y un años, si se fuese multiplicando aquella gente en la proporción que en los primeros setenta y siete, de cinco individuos se subiera a la suma de más de mil millones de almas. Es verdad que los cinco individuos primeros se deben contar por ocho, por cuanto en el principio un hombre suplió por cuatro de su sexo. Pero siempre sale esta multiplicación muy excesiva, sobre la que arriba se ponderó inmediata al Diluvio, formando la cuenta sobre seis personas que la empezaron: conviene a saber, los tres hijos de Noé, y sus mujeres, y resulta número más que triplicado de gente, que la que compuso ambos ejércitos de Nino, y Zoroastres.

§. VIII

27. El exceso de los Antiguos en la corpulencia es otro capítulo por donde pretenden algunos convencer la decadencia del género humano en los modernos. Pero ese exceso no está bastantemente comprobado, por más que nos citen varias Historias de cadáveres de prodigiosa estatura. Los Autores dignos de fe no dan noticia de haber visto cadáver entero, cuya estatura exceda a la de algunos de los próximos siglos; sí sólo de uno, u otro hueso separado, cuales se conservan aún hoy algunos en gabinetes de curiosos. Pero los sabios casi todos convienen en que unos son de Elefantes, o Ballenas, y

otros de materias petrificadas. [255] En las Transacciones Filosóficas de Inglaterra del año 1701 se refiere, que pocos años antes el Pueblo de Londres creyó ser mano de un Gigante cierta ala de una pequeña Ballena, que consta del mismo número de junturas que la mano del hombre.

28. S. Agustín en el *lib. 15. de la Ciudad de Dios, cap. 9* cuenta haber visto en la ribera de Utica un diente molar, que abultaba por ciento de los comunes; pero no con certeza, sí sólo opinativamente da a entender, que asintió a que era de cuerpo humano: *Alicujus gigantis fuisse crediderim.* Más verisímil es que fuese de una de aquellas Ballenas, que el Latino llama *Cetus dentatus.* Es verdad que el Santo en el capítulo citado se inclina a que hubo en los tiempos antiguos cuerpos de tan enorme grandeza; pero es sobre la fe de Virgilio, cuyos versos cita en el duodécimo de la Eneida, donde dice, que Turno le arrojó a Eneas una piedra, que doce hombres robustos de este tiempo (se entiende el tiempo en que el Poeta lo escribía) no podrían mantener sobre sus hombros. Pero Virgilio en esto no merece el menor asenso; ya por la licencia poética que tenía para mentir; ya porque no hizo otra cosa que trasladar al combate de Eneas, y Turno lo que Homero había referido en el libro 6 de la Ilíada del combate de Eneas, y Diomedes, rebajando sólo a la piedra el peso correspondiente a las fuerzas de dos hombres: pues Homero dice, que Diomedes le arrojó a Eneas un peñasco, que no podían levantar del suelo catorce hombres de los más fuertes de su tiempo. ¿Quién podrá creer esto, sabiendo que la ruina de Troya, según el cómputo más probable, fue anterior a Homero aun no seiscientos años cabales? ¿Es creíble que en este espacio de tiempo se menoscabase la estatura, y fuerza de los hombres tan enormemente, que no pudiesen catorce hombres valientes tener en peso la piedra, que antes arrojaba uno solo? Así Juvenal en la Sátira 15 tuvo poca razón para asentir a la decrescencia de los hombres, fundado en esta ficción del Poeta Griego: [256]

Nam genus hoc vivo jam decrescebat Homero.
Terra malos homines nunc educat, atque pusillos.

Otra tal, y tan buena, o mejor aún que las pasadas cuenta Sali-Gelil,

Autor Árabe, aunque no era Poeta, sino Historiador, en sus Anales de Egipto; esto es, haberse descubierto en aquel Reino un hueso del espinazo de un hombre, que con gran dificultad condujeron en un carro cuatro escogidos bueyes no muy largo trecho.

29. Pero dejemos estas cosas para que las crea el P. Martín Delrío, como creyó todo lo que halló escrito de los Gigantes Sicilianos. ¿Y qué mucho? Hombre eruditísimo, pero tan sencillo, que creyó que una mujer había parido un elefante, porque lo leyó en Alejandro ab Alejandro, y Alejandro ab Alejandro lo escribió porque lo había leído en Plinio.

30. Ya no es nuevo engañar al Pueblo, o engañarse el Pueblo, creyendo ser huesos de Gigantes los que en realidad lo son de algunos brutos de mayor estatura: pues Suetonio, hablando de Augusto, dice, que tenía en su Palacio de Capri algunos de estos, que en el común pasaban por huesos de Gigantes: *Aedes suas non tam statuarum, tabularumque pictarum ornatu, quam rebus vetustate, ac varietate notabilibus excoluit, qualia sunt capreis immanium belluarum, ferarumque membra praegrandia, quae dicuntur gigantum ossa.*

31. La Sagrada Escritura, aunque varias veces habla de Gigantes, sólo de dos determina la estatura, y aun la de uno no con toda precisión. Dice que el lecho de Og, Rey de Basan, tenía nueve codos de largo. De Goliat, que era alto seis codos, y un palmo. La relación que hicieron al Pueblo de Israel los Exploradores de la Tierra de Canaan, diciendo que habían visto allí Gigantes tan monstruosos que en comparación suya no eran ellos mayores que langostas: *Quibus comparati quasi locustae videbamur;* está reputada entre todos los Expositores por hiperbólica, y aun por mentirosa, siendo el fin de los Exploradores, como se colige del Texto Sagrado, amedrentar al Pueblo, y [257] a su Caudillo, para que no se empeñasen en la conquista de aquella tierra. Conque, quedándonos sólo la medida de Og, y Goliat, y rebajando a la estatura de Og hasta dos codos, en que es muy verisímil le excediese el lecho, no es cosa que nos asombren los Gigantes antiguos; pues entre los modernos se han visto algunos casi del mismo tamaño.

32. En las memorias de Trevoux es citado Juan Becano, famoso Médico Brabantino (aunque no del último siglo, como dicen por

equivocación los Autores de estas Memorias, sino del antecedente, pues sobrevivió pocos años a Carlos V, de quien fue estimado) en su libro intitulado: *Origines Antuerpianae,* donde dice, que en su edad se vieron, y él los vió, hombres de seis, o siete codos de altura. Son sus palabras: *Septem, vel sex cubitorum homines nostra quoque aetate accidere: vidimus enim mulierem decen pedes altam: juvenem item novem pedibus non multo minorem: statura est gigantea quidam Heratensis ad decem prope pedes longus.* En una Aldea del Valle de Lemos, Reino de Galicia, se vió, poco más ha de veinte años, un muchacho, que a los siete años excedía la estatura regular de un hombre perfecto. Murió en aquella edad, habiendo estado casi continuamente enfermo desde que nació, aunque se cuidó mucho de él, con ánimo de presentársele al Rey.

§. IX

33. Habiendo probado que en la especie humana, de veinte siglos a esta parte, no ha habido decadencia alguna, está por consiguiente convencido, que no la hubo tampoco en todo aquello que comúnmente sirve a la vida del hombre. La razón es clara; porque si los influjos celestes, o los alimentos, que nos prestan las plantas, y los brutos, se hubieran deteriorado, en nosotros resultaría el daño, y así seríamos más débiles, y de vida más corta.

34. Algunos Autores, que están por la opinión común de la senectud del mundo, alegan lo primero, que faltan hoy algunas especies en el Universo, que hubo en los [258] pasados siglos; como entre los peces el Múrice, o Púrpura, con cuya sangre se tenían los vestidos de los Reyes: entre los brutos en el Monoceronte, o Unicornio: entre las aves el Fénix: entre las plantas el Cinamomo: entre las piedras el Amianto, de cuyas fibras se hacía el lino llamado Asbestino, o Incombustible. La falta de estas especies arguye que en la tierra falta virtud para producir las insensibles, y que en las sensibles se fue disminuyendo la virtud prolífica, hasta extinguirse del todo: de donde se infiere, que sucederá lo mismo a las demás.

35. Respondo, que ninguno de los Autores que dicen esto, tuvo

presente todo el mundo, como mi gran P.S. Benito, en aquella prodigiosa visión que refiere su Cronista S. Gregorio, para ver si hay, o no en él todas las especies que le hermosearon al principio. Es cierto que algunas cosas se dicen sin bastante examen, y se aseguran con ligereza; pues empezando por lo último, el lino Asbestino le hay hoy, y se cría en Chinchin, Reino de la Tartaria mayor, como asegura el P. Kirquer en su *China Illustrata,* y otros muchos. Pero no he menester Autores que me lo digan, porque yo mismo lo ví, y probé, no tejido, sino suelto en la forma de un sutil algodoncillo; aunque no tan blanco, sí que tira algo a ceniciento; y habiéndole puesto en un intenso fuego por un buen rato, salió sin perder ni el más tenue filamento. La Púrpura, no faltan Autores que digan se halla hoy en algunas retiradas costas del África; aunque el diligentísimo Gesnero dice, que no tiene noticia de que aparezca ahora en parte alguna del mundo. Más verisímil es que haya faltado el conocimiento, que la existencia de ese precioso pececillo. En cuanto al Monoceronte, Gesnero cita varios Autores, que aseguran que aun persevera su especie. El Fénix no es mucho no le haya hoy, pues nunca le hubo. Dicen que se vió en los tiempos de Sesostris, Amasis, y Ptolomeo, Reyes de Egipto. Sería como el que se trajo a Roma en tiempo de Tiberio, del cual asegura Plinio, que era más claro que el Sol no ser verdadero Fénix, sino otra ave muy distinta. El [259] argumento tomado de la Escritura, que en la boca del Santo Job le nombra, no prueba, porque esta voz se tomó del Griego, en cuyo idioma la voz *Phoenix* significa Palma. Y así leen muchos: *Sicut Palma multiplicabo dies meos,* en vez de *Sicut Phoenix.* Finalmente, si falta el verdadero Cinamomo, y otras plantas, no es fácil saberlo; porque las noticias de estas, ya se esconden, ya se manifiestan. En la Historia de la Academia Real de las Ciencias se lee, que los Botanistas modernos descubrieron hasta cuatro mil especies de plantas ignoradas de los antiguos. ¿Diremos por esto que todas estas especies nacieron de nuevo en estos tiempos últimos? No por cierto, sino que las había antes, pero no eran observadas.

36. No sería tampoco inconveniente conceder, que una, u otra especie de poca monta, y sin cuyo uso puede pasar bien el hombre, se haya extinguido; porque esto, para el todo del mundo es casi

insensible. A la verdad, no se puede asegurar, que entre tan innumerables especies, todas se hayan conservado hasta ahora, sino es suponiendo de doctrina de S. Agustín, de S. Gregorio, Santo Tomás, y otros Doctores, que como cada hombre tiene un Ángel deputado para su custodia, para cada una de las demás especies materiales está asimismo deputado otro Ángel, que vela para la conservación de la especie, como en los hombres para la del individuo. Esta doctrina, sobre ser venerable por sus grandes Patronos, tiene sólido fundamento en la Sagrada Escritura; porque en el cap. 14 del Apocalipsi se habla de un Ángel que tiene potestad sobre el fuego; y en el 16 se llama otro el Ángel de las aguas; donde el sentido más natural es, que estos dos Ángeles cuidan de la conservación de los dos elementos.

37. Alegan lo segundo, que no se hallan hoy en muchas plantas las eficacísimas virtudes que celebran los Escritores antiguos. Respondo, que tampoco se hallan en ellas las que celebran los Escritores modernos. Si fuese verdad todo lo que nos dicen los Botanistas, o Herbolarios de los últimos siglos de las virtudes de infinitas hierbas, [260] con un pequeño huertecillo tendría cualquiera lo bastante para inmortalizarse. No hay gente que dé menos lo que promete que los Médicos. No hay dolor que en sus libros no tenga mil remedios; y los mil no son uno en llegando la ejecución. Valles, con ser de la profesión, confiesa que en ninguna cosa mienten, o desvarían más los Médicos, que en las virtudes que atribuyen a los medicamentos. Así no puedo menos de reír, que algunos Naturalistas se hayan quebrado la cabeza sobre averiguar qué planta es aquella, que Homero llama Nepenthes, tan eficaz para regocijar la alma, y desterrar toda melancolía, que con su uso se pasaba sin dolor alguno por encima de los más terribles contratiempos; y así la usaba frecuentemente la hermosa Helena, como remedio seguro de sus disgustos. La dificultad está en que no se encuentra hoy planta alguna de virtud tan valiente; y la dificultad es bien leve: porque si mienten tanto en esta materia los Médicos, y Naturalistas, ¿qué harán los Poetas?

38. Últimamente se pueden oponer contra nuestra sentencia los estragos que hacen en la tierra las inundaciones, y lluvias impetuosas, llevando gran porción suya por los ríos al mar, con lo

que es preciso que en muchas partes, desnudando las peñas, hayan dejado varios espacios estériles; y en fin, en la sucesión larga de siglos podrá suceder lo mismo en todo el mundo. Respondo, es verdad que el mar nos roba mucha tierra; pero es falso que la robe para no restituirla jamás. De dos modos recobra la tierra lo que la usurpa el agua. El uno es, arrojando el mar con el tumulto de las ondas mucho limo, y arena a las orillas; lo que se ve claro en algunas partes donde el mar se ha retirado por largo trecho de los antiguos términos. En nuestro Monasterio de S. Salvador de Cornellana en el Principado de Asturias, hay evidentes testimonios de que llegaban allí los bajeles; y hoy se quedan más de dos leguas más abajo. Esto es lo de Ovidio:

Vidi ego quod fuerat quondam solidissima tellus
Esse fretum: vidi factas ex aequore terras. [261]

El otro modo es, exaltándose innumerables partículas térreas en los vapores de que se forman las nubes; las cuales, despeñándose después en lluvias blandas, quedan pegadas en las montañas, y peñascos, y van haciendo costra poco a poco. La misma lluvia también suele hacer tierra de la superficie de las peñas, desatando con su impulso repetido la firmeza de su textura.

39. Los individuos, pues, aun en mármoles, y bronces se envejecen; las especies inmortales se conservan. Ni nosotros podemos perpetuarnos la juventud, ni el mundo llegar a la decrepitez. Esto fue lo que nos dijo Columela en los elegantes versos que se siguen:

Namque parens hominum aeternam sortita juventam
Non senio tellus, non deficit ubere partu;
Sed facili vires, & fertilitatis honorem
Restituit cultu. Nos contra, cum semel annis
Invasit, nulla reparabilis arte, senectus
In pejus ruimus, nec habet natura regressum.

{(a) Los versos *Namque parens hominum,* &c. conque se concluye el Discurso, se dice que son de Columela. Como tales los habíamos visto citados en las Memorias de Trevoux año de 1710, tom. I, pág.

286. Pero después hallamos los mismos sin la variación de una letra, en el *Praedium rusticum* del P. Jacobo Vanniere, el cual ciertamente no los extrajo de Columela, porque leído todo este Autor, no parecieron en él tales versos. Si bien Columela en el Prefacio de su Obra en prosa pone el mismo pensamiento, y aun la expresión: *Aeternam juventam sortita.* Así se los restituímos, como es justo, a aquél discreto Jesuita. Pero advertimos, que en la nueva edición del *Praedium rusticum,* hecha en Tolosa el año de 1730, los inmutó el Autor considerablemente (como otros muchos), reteniendo la misma sentencia. Así dice al principio del libro 7, después de proponer la opinión vulgar de la decadencia del mundo:

… Atqui non sidera caeli
Mutavere vices; neque post tot saecula mater
Alma virum senio tellus effaeta quievit;
Sed cultu viget, aeternam sortita juventam;
Et curis hominum, jugique exercita ferro
Primaevas reparat vires, nec interior annis
Dedidicit veterem, nostro sed crimine, laudent.}

Discurso XIII

Consectario a la materia del Discurso antecedente, contra los Filósofos modernos

§. I

1. Habiendo en el Discurso pasado probado que el mundo, así en su todo, como en el de cada especie suya, no padeció hasta ahora algún sensible detrimento, hemos de probar ahora, que en el sistema, o sistemas de la Filosofía corpuscular, que con tanta prosperidad corren en este siglo, no sólo debió padecerle muy grande, pero ha muchos siglos estuviera resuelto en polvo, y acabado del todo, según los principios de la nueva Filosofía.

2. Es máxima inconcusa de Renato Descartes, firmemente recibida por sus secuaces, que el mundo no puede menos de ser eterno, en tanto grado, que le niegan a Dios toda potencia para aniquilar ente alguno, fundándolo en la ridícula razón de que se mudaría Dios, si habiéndole antes dado la existencia, se la quitase después. Con mucha justicia la llamo ridícula; porque la inmutabilidad de Dios queda ilesa, como no retrate el decreto, o propósito que concibió *ab aeterno.* Suponiendo, pues, que el propósito que Dios concibió *ab aeterno,* fue, que tal ente por tal tiempo existiese, y por tal tiempo posterior dejase de existir, no retrata el decreto, antes le ejecuta, quitando la existencia al tiempo determinado, al mismo ente que [263] antes había producido. Más: si Dios se mudase, haciendo que no exista el ente que antes existía,

también se mudaría, haciendo que exista el ente que antes que no existía. Y de este modo, Dios nada pudo criar en tiempo, sino que debió criarlo todo *ab aeterno,* pena de quedar ocioso por toda la eternidad, para no incurrir en la nota de mudable. No es éste el único precipicio hacia donde resbala la doctrina Cartesiana.

3. Pero es cosa admirable, que habiendo Descartes soñado los entes tan de diamante, que no pueda deshacerlos la Omnipotencia, concibió el mundo tan de vidro, que a ser como el lo concibió, no pudiera tardar mucho en ser reducido a polvo. Firmemente creo, que si Dios hubiera hecho el mundo como imaginó Descartes, no llegaría el caso de haber Descartes en el mundo. Digo que formó este Filósofo, sin pensarlo, un mundo de vidro, y sobre eso puso sus partes unas con otras en continuo choque: de que se infiere, que por poco tiempo podría dilatarse la ruina, a ser cual él imaginó su estructura. Para probar esto, será menester poner delante en compendio con la mayor claridad posible su sistema.

§. II

4. Supone lo primero, que Dios crió la gran masa de la materia del Universo como un cuerpo inmenso solidísimo, la cual luego, dividiéndola en partes minutísimas, puso en movimiento. Supone lo segundo, que esta división no las puso, digámoslo así, al primer impulso en figura esférica; porque muchos globos juntos precisamente habrían de dejar en los intersticios algún vacío (el cual en la doctrina Cartesiana es absolutamente imposible), sino en figura cúbica, u otra cualquiera que tenga esquinas, o prominencias desiguales. Supone lo tercero, que puestas una vez en movimiento las partes de la materia, necesariamente se ha de continuar en ellas la misma cantidad de movimiento que les dio el primer impulso; pero no de modo, que simultáneamente hayan de estar todas [264] puestas siempre en movimiento; sí que la misma cantidad de movimiento haya de haber en el Universo, aumentándose a unas la porción de movimiento que se quitare a otras; para lo cual asienta por regla fundamental, o ley establecida por el Autor de la Naturaleza, que ningún cuerpo puesto en movimiento puede

aquietarse sin comunicar todo su movimiento a otro, o a otros cuerpos, o la parte del que perdiere, si no le pierde del todo. Supone lo cuarto, que todo cuerpo por su naturaleza, o en virtud del impulso comunicado por el Criador, se mueve con movimiento recto; aunque después el encuentro de otros cuerpos le determine a dejar la rectitud. Supone lo quinto, que siendo imposible moverse algún cuerpo sin expeler del lugar, adonde se mueve, al que le ocupaba antes, necesariamente determina al cuerpo expelido a moverse en círculo, para llenar el espacio que desocupa el expelente: por lo menos, ya que no con todo cuerpo expelido suceda esto, ha de parar el impulso en algún cuerpo que se mueva en el modo dicho; porque si no, se había de proceder en infinito, impeliendo un cuerpo a otro por vía recta, éste a otro, y así sin término; y sobre este inconveniente había el otro de quedar vacío el lugar que antes ocupaba el primer cuerpo puesto en movimiento.

5. Hechas estas suposiciones, explica Descartes la formación del Universo del modo siguiente. Puestas en movimiento, inmediatamente a su creación, por rumbos encontrados las partes minutísimas de la materia (que para mayor claridad con el mismo Descartes suponemos de figura cúbica), fue preciso que en los repetidos encuentros de los ángulos de las unas con los de las otras, se fuesen rayendo, y deshaciendo los ángulos poco a poco, de modo, que últimamente se redujesen todas a figura esférica. En esta colisión es consiguiente, que las protuberancias quitadas de las partes de la materia para la formación de los glóbulos, se dividiesen en partículas de desigual tamaño: unas extremamente sutiles; otras más crasas, y variamente figuradas, como sucede en la confracción de cualquiera [265] cuerpo duro, donde aunque la trituración, respecto del todo, es la misma, y dura el mismo tiempo, se ven en la división unas partículas minutísimas, y otras de mucho mayor mole. No sólo por la confracción de las primeras partes, en que Dios dividió la materia, resultan estas partículas más gruesas; pero también se forman incorporándose, o uniéndose en una mole muchas partículas de la materia sutil.

§. III

6. De este modo están ya puestos a la vista los tres célebres Elementos de la Escuela Cartesiana. El primer Elemento, que se llama, ya materia sutil, ya etérea, ya celeste, consta de aquellos tenuísimos ramentos, o polvillo más menudo, y tenue, que resultó de la colisión. El segundo Elemento, que se llama materia globulosa, se compone de aquellas esferillas que quedan en esa figura, por habérseles raido en la colisión todos los ángulos, y prominencias que antes tenían. Y las partículas más crasas forman el tercer Elemento. Se dicen crasas respectivamente a las del primero, y segundo Elemento; pues realmente son tan menudas, que se esconden a toda la perspicacia de los sentidos, aun ayudados de cualesquiera instrumentos. Son, pues, las partes del segundo Elemento más sutiles que las del tercero; y las del primero, más que las del segundo.

7. Dividida la materia en los tres Elementos dichos, y continuando el movimiento, como también el repetido encuentro de unas partículas con otras, no pudieron menos de perder luego el movimiento recto, conmutándole en el circular. En cuyo regreso fueron más veloces las partículas más tenues. La razón es, porque siendo los cuerpos mayores más capaces de perseverar en el movimiento, o impulso adquirido, que los menores: y siendo movimiento recto el que al principio se imprimió a todas las partículas, si se considera juntamente que no se les pudo dar a todas el movimiento hacia una parte (porque si la extensión de la materia es infinita, no tenían adonde moverse; y si [266] finita, se moverían hacia un espacio imaginario), sino a partes opuestas; se concibe necesariamente un espacio que desocupan las partículas mayores de la materia dividida, hacia donde vuelven en giro las partículas menores, por ser las que más presto, a razón de su menor mole, son conturbadas de la rectitud del movimiento.

8. De esta suerte se entiende ya formado un género de remolino, o *Torbellino* (que no hallo otras voces Castellanas correspondientes al significado de la voz Latina *Vortex,* y a la Francesa *Tourbillon,* de que usan los Cartesianos, que escriben en las dos lenguas) en que la materia sutil, o etérea ocupa el medio, moviéndose sobre el centro en continuados giros: inmediata a ésta gira la materia globulosa, o segundo Elemento, por ser la más tenue después de la etérea; y en

el último lugar de la circunferencia gira la materia del tercer Elemento, por ser de mayor mole sus partículas.

9. He dicho que se entiende formado un torbellino; esto es, hablando de un determinado espacio. Pero en toda la extensión de la materia coloca este sistema tantos torbellinos, o *turbillones* (usemos ya de esta voz Francesa, por complacer a los Cartesianos de España, que ya la introdujeron en el Castellano, pareciéndoles poco seguir la Filosofía de Francia, si no siguen también el Dialecto Francés) cuantos son los Astros que resplandecen con propia luz. Ni es otra cosa cada Astro, que una grande masa, o agregado de materia sutil pura, que puesta en medio de su turbillón, gira continuamente con suma rapidez sobre su propio eje. Inmediata a ésta, y en torno de ella ocupa la mayor porción del turbillón la materia del segundo Elemento, o globulosa, ocupando también los intersticios de esta otra porción de materia sutil, para que no quede algún vacío; de modo, que en el centro del turbillón para la formación del Astro sólo se recogió la materia etérea, que sobró para llenar los vacíos del segundo, y tercer Elemento. En la extremidad, o circunferencia del turbillón está la materia del tercer Elemento, cuyas partículas, [267] por ser de mayor mole, resistiendo más al encuentro de las otras, continuaron más el movimiento recto o casi recto, obligando a las más tenues a retroceder en círculo hacia la parte interior del turbillón.

10. La tierra, y sus habitadores estamos en uno de estos turbillones, cuyo centro ocupa la materia sutil, de que se compone el cuerpo solar: y así Descartes, en cuanto a la constitución del mundo, abrazó el sistema de Nicolao Copérnico, que colocando al Sol en el centro del Orbe, sin más movimiento que el que tiene sobre su propio eje, trasladó a la tierra los movimientos que en el sistema común se atribuyen al Sol. Es cierto que todas las apariencias se salvan bien en el sistema Copernicano. Así no tuviera contra sí la autoridad de la Sagrada Escritura, como ignoramos razón que le convenza de falso.

11. Como la materia sutil, que gira en el medio, afecta cuanto es de su parte el movimiento recto, el cual le estorba la materia globulosa, que tiene ocupado el paso, no dándole lugar a que ejercite su rápido impulso, sino en repetidos tornos sobre su centro,

al mismo tiempo que gira está haciendo continuo conato contra la materia globulosa, cuyo impulso, por la contigüidad de todos los glóbulos se propaga hasta los cuerpos densos, constituidos en la circunferencia del turbillón. Este impulso es reciprocado con el contrario impulso de la fuerza elástica de los cuerpos adonde para: y de los dos impulsos resulta, así en la materia globulosa, como en los cuerpos que la impelen, o repelen, un movimiento vibratorio, en quien colocan los Cartesianos la sensación de la luz: de modo, que no es otra cosa en nuestros ojos la sensación de luz, que el movimiento vibratorio de la retina, que resulta del encuentro de su elasticidad con la acción de la materia globulosa: ni la sensación de color en los objetos otra cosa, que ese mismo movimiento vibratorio, respectivamente a la acción de la materia globulosa, modificado variamente por la diversa textura de las partes insensibles de los objetos, en la reflexión que hace de ellos. [268]

12. Omitimos, por evitar prolijidad, la explicación de otros Fenómenos, en consecuencia de este sistema, como también lo que discurren los Cartesianos de la formación del globo de la tierra, y de los Planetas; en que se hallan harto embarazados, pareciendo imposible que en tan breve tiempo como nos enseña la Sagrada Historia del Génesis, se formasen estos grandes cuerpos, especialmente el de la tierra, con tanta, y tan hermosa variedad, sólo en virtud de juntarse, y enredarse unas partículas de la materia con otras en la sucesión de sus varios movimientos. Por lo cual algunos de los más cuerdos ya asienten a que Dios formó desde el principio la tierra, y los Planetas en el modo que hoy se ven, sin fiar tales obras al ciego movimiento de la materia.

13. Omitimos también las reglas de la comunicación del movimiento establecidas por Descartes, de las cuales algunas se descubren encontradas con la experiencia; tanto, que el P. Malebranche, gran promotor del sistema de Descartes, y gran venerador suyo, de las siete reglas Cartesianas, condenó las tres por falsas. Ni el asunto de este Discurso pide más exacta explicación del sistema, ni se pudiera hacer sin usar de figuras Matemáticas; por cuya falta recelo, que aun lo que llevamos dicho, no sea muy entendido por los que están desnudos de toda noticia antecedente.

§. IV

14. Con muy poderosas razones han probado algunos Autores, que el mundo no se pudo formar según la idea de Descartes. Al primer paso de su sistema se tropieza en el grande inconveniente de dar vacío, e infinitos vacíos en el Universo (siendo así que le tenía Descartes tanto horror al vacío, que le juzgaba imposible a la absoluta potencia de Dios). La razón es clara, porque en la primera división, y primer movimiento de la materia, para encontrarse los ángulos de unas partes cúbicas con los de otras, era preciso dejar intersticios en los lados, los cuales no podía llenar entonces la materia sutil, porque [269] aún no la había; formándose ésta después con la repetida colisión de unas partículas con otras. La conservación de la misma cantidad de movimiento en el todo de la materia, no tiene fundamento alguno; porque el que toman de la inmutabilidad de Dios, ya se vio arriba en asunto semejante cuán fútil es. Ni tiene más solidez lo que dicen de que cualquiera cosa se conserva en el estado en que está, hasta que alguna causa extrínseca la mude; porque si se mira bien, el movimiento no se puede llamar estado de la cosa; pues la razón de estado dice permanencia, la cual es opuesta al concepto de movimiento.

15. Estas, y otras muchas cosas hay contra el sistema Cartesiano; pero no siendo mi intento ahora probar, que el mundo no pudo formarse del modo que pensó Descartes, sino que, aunque se hiciera así, se había de deshacer muy presto, le supondremos hecho según la idea Cartesiana, para mostrar en la breve consistencia de su estructura cuán mal empleó el tiempo Descartes en tan caduca fábrica. Hasta ahora sólo se había impugnado este sistema arguyendo de imposible su formación. Yo le he de combatir, suponiendo la formación, y arguyendo de imposible la permanencia.

§. V

16. El primer argumento que ocurre a nuestro propósito es, que cualquiera magnitud que Dios haya dado a la materia que crió al

principio, siendo magnitud terminada, las partes constituidas en la extremidad de su circunferencia, no teniendo ya otras al encuentro que les estorben el movimiento recto, alejándose del centro se habían de esparcir por el espacio imaginario: tras de éstas se seguirían las inmediatas, por carecer ya del freno que les ponían las últimas estando ya éstas disipadas por aquel inmenso espacio; y así, procediendo hasta el centro del globo total de la materia, todo se disiparía a breve tiempo. Esta consecuencia parece forzosa, supuesta la máxima de Descartes, que todas las partes de la materia se [270] inclinan al movimiento recto, y sólo el encuentro de otras las determina al circular.

17. Este inconveniente sólo se podía evitar de dos maneras: o ciñendo todo el globo de la materia movida con una muralla tan diamantina, que ningunos embates de la materia encarcelada, y en ninguna sucesión de tiempo pudiesen deshacerla; o suponiendo infinita la extensión de la materia: porque de ese modo, ni habría partes últimas en la circunferencia, ni restaría espacio adonde se disipasen. El primer arbitrio no era conforme a las ideas de Descartes, por lo que abajo se dirá, sobre ser inconceptible cuerpo de infinita dureza; pues la opinión que se la atribuía a los Celestes, hoy está casi del todo abandonada. Conque era necesario recurrir al segundo; y de hecho recurrió Descartes, aunque con algún embozo: porque negando al mundo, o al todo de la materia, extensión infinita, se la concedió indefinita; esto es, no negó que tenga términos; sólo afirmó que los términos son indesignables: de modo que señalada cualquiera distancia (pongamos por ejemplo, desde el sitio en que estamos) aunque se multiplique más, y más veces toda la distancia que hay de aquí al Firmamento, siempre hay materia más y más allá.

18. Pero esto no sirve para evadir la fuerza de nuestro argumento: porque suponiendo términos a la extensión de la materia, aunque indesignables, se deben suponer partes últimas hacia la circunferencia, aunque indesignables; y de éstas procede el argumento, pretendiendo, que en virtud del impulso que tienen al movimiento recto, no pueden menos de esparcirse a un espacio vacío indesignable, o cuyo principio es indesignable.

§. VI

19. Añádese a esto, que el fundamento de Descartes, para no poner término al mundo, o ponérsele indesignable, es ruinoso hasta no más. Dice que a cualquiera distancia concebimos extensión, según la trina dimensión de los cuerpos. De aquí infiere, que a cualquiera [271] distancia la hay realmente; porque esta concepción viene de una idea innata: y las ideas innatas, como impresas por el Autor de la Naturaleza, están exentas de toda falencia. Como, pues, la extensión real sea, según sus principios, el constitutivo de la materia, se sigue que a cualquiera distancia hay materia; y así, lo que nosotros llamamos espacio imaginario, no es imaginario, sino real, verdadero, y corpóreo.

20. Para que se vea cuán ruinoso, y aun peligroso es este discurso, apliquemos el mismo a otro objeto. Es cierto que en este espacio que hoy ocupa el mundo, considerado por retroceso de la imaginación antes que Dios criase el mundo, concebimos extensión, según la trina dimensión, del mismo modo que en el espacio que hoy llamamos imaginario. Luego ya antes de criar Dios el mundo la había, y por consiguiente había materia. Luego la materia no fue criada en tiempo, o por lo menos no fue criada en el tiempo que nos dice la Sagrada Escritura; porque la idea de donde sale esta consecuencia, no hallo que sea menos innata, que la otra conque arguye Descartes. Del tiempo imaginario, que precedió a la creación del mundo, se hace el mismo argumento; porque en él concebimos la duración de un día, de un año, de un siglo, &c. Y así se inferirá que hubo tiempo real antes del tiempo real.

21. No es tiempo ahora de examinar lo que nos dicen los Cartesianos en materia de ideas. Asientan que no se ha de dar asenso a alguna cosa, de la cual no se tenga idea clara. Y lo que vemos es, que las que unos tienen por ideas claras, para otros son muy obscuras. Las que unos tienen por ideas innatas, o partos de la naturaleza, de otros son reputadas por abortos precipitados del juicio. Muchos dicen, que las ideas intencionales de Descartes son copia ajustada de las de Platón; pero se engañan. Cuando más, pueden pasar por un rudo diseño, a quien el P. Malebranche dio la última mano con su nueva, y singular sentencia de negar toda idea

criada, y afirmar, [272] que cuanto conocemos es por las ideas divinas, y eternas, existentes en la misma mente de Dios. Llamo nueva, y singular esta sentencia, porque por tal está reputada; pero en la verdad es puntualmente la misma de Platón, como la refiere su apasionado Sectario Marsilio Ficino *lib. 1. de Studios. sanit. tuenda, cap. 26.* Estas son sus palabras: *Atque, ut Plato noster inquit, quemadmodum visus nihil unquam visibile percipit, nisi in ipso summi visibilis, id est, Solis ipsius splendores: ita neque intellectus humanus intelligibile quidquam apprehendit, nisi in ipso intelligibilis summi, hoc est Dei, lumine nobis semper, & ubique praesente.* Quien hubiere leído al P. Malebranche, verá que ni aun en las voces discrepa esta sentencia de la suya; y que todo lo que puso de su casa este Autor, fueron algunos discursos sutiles para persuadirla.

22. Abstrayendo de examinar la naturaleza de las ideas, que sirven a nuestros conocimientos, al argumento propuesto arriba decimos, que nuestro entendimiento por su limitación no puede concebir las carencias sino a modo de entes positivos. Así concibe la sombra como real imagen del cuerpo; la ceguera, como cualidad positiva de los ojos. Y ni más, ni menos aprehende el espacio imaginario como un aire tenebroso libre de todo corpúsculo extraño. Estas son unas primeras aprehensiones (en quienes formalmente no hay error), las cuales corrige después el juicio. Ni aun cuando no las corrija, podemos atribuir el error al Autor de la Naturaleza: así como el que cree que la vara metida en el agua está realmente torcida, no debe quejarse de que Dios le engaña, porque fabricó el órgano, y dispuso el medio, y el objeto de modo, que se le represente torcida al sentido. Aún menos puede tener esa queja en nuestro caso; porque Dios no es ni aun causa remota de las imperfecciones de nuestro conocimiento, que vienen de la limitación de nuestro ser. La razón es, porque no es causa de esta misma limitación. La limitación del ser es una pura carencia negativa de las perfecciones que le faltan; y Dios causa todo lo que hay de positivo [273] en el ser, no las carencias, ni, si se mira bien, las imperfecciones, y carencias pueden ser en algún modo causadas por quien es todo ser, y perfección. Por esta razón, aunque Dios causa nuestro ser, que es defectible, tanto física, como moralmente, no causa la misma defectibilidad. Y así los Teólogos, no sólo niegan

que Dios sea causa del pecado, mas también que lo sea de la misma potencia de pecar, tomada formalmente. Si tuviesen presente esta doctrina los Cartesianos, acaso fiarían menos en sus congénitas ideas. Nada, pues, se infiere de que el primer ímpetu de la imaginación nos represente en el espacio imaginario una extensión real. Lo mismo sucedería respecto del espacio contenido entre estas cuatro paredes, aunque Dios aniquilára el ambiente que hay en él, prohibiendo al mismo tiempo la intromisión de otro.

§. VII

23. Hemos probado hasta aquí que el mundo, según el sistema Cartesiano, se había de marchitar, digámoslo así, en flor, o, como edificio mal fundado, se había de precipitar al suelo antes de formarse del todo; pero concedamos graciosamente su entera formación: probaré que había de ser brevísima su consistencia.

24. Pudiera esto persuadirse lo primero con el principio de que ningún movimiento violento permanece. Luego siendo el movimiento circular violento a las partes de la materia, pues en virtud del impulso recibido sólo piden movimiento recto, debería ser de poca duración, y por consiguiente, reduciéndose todas al estado de quietud, se haría de toda la materia una inútil, y ociosa masa.

25. Pero este argumento, que según los principios comunes parece tiene mucha fuerza, bien considerado nada vale respecto a los principios Cartesianos; porque en éstos no se puede decir que hay movimiento alguno violento a la materia. Ella por sí no es capaz de moverse, ni tiene exigencia a movimiento alguno. Aquel movimiento, pues, le será connatural, que se le comunica según las [274] leyes establecidas por el Autor de la Naturaleza. Y como la disposición de éste fue, que las partes de la materia se moviesen siempre rectamente cuando no tuviesen embarazo; y oblicua, o circularmente cuando hubiese estorbo; de cualquiera modo que se muevan se moverán sin violencia.

§. VIII

26. Abandonando, pues, este argumento, inferiré la pronta destrucción de esta gran máquina por opuesto rumbo. Supongo la perpetuidad del movimiento, y pretendo que ese movimiento mismo, que condujo a perfección la obra, ha de acelerar la ruina.

27. Consideremos para esto formado nuestro turbillón (lo mismo será de todos los demás) con los tres Elementos en que está distribuida la masa de la materia. Es claro que para la conservación del turbillón en el estado presente, es menester que se mantenga en cierta proporción la cantidad de los tres Elementos. Porque si la materia sutil se fuese aumentando cada vez más, y más, el cuerpo Solar llegaría a tal tamaño, que abrasaría el globo terráqueo con su atmósfera, y aun desharía toda la materia globulosa con su violento impulso. Pues esto es lo que afirmo, que no puede menos de suceder; y lo demuestro de este modo. Así la materia sutil, que está recogida en el cuerpo Solar, como la que está esparcida ocupando los vacíos de los otros dos Elementos, continuamente con su rapidísimo movimiento, está rayendo las partículas de los otros dos, y aun concutiendo unas con otras, de modo, que en tan continua colisión no puede menos de formarse a cada momento gran porción de materia sutil de las fracturas, y ramentos tenuísimos de las partículas del segundo, y tercer Elemento, como al principio se hizo de toda la masa de la materia.

28. Para dar idea más clara de este argumento, adviértese, que para conciliar la formación Cartesiana del mundo con la Sagrada Escritura, es menester confesar que en el día primero de la creación se formó grandísima porción de materia sutil, pues en ese día hizo Dios la luz; la cual no [275] es otra cosa que el impulso de la materia sutil, recogida en el medio del turbillón sobre la materia globulosa. Y dígase lo que se quisiere de la luz criada el primer día (la cual, para distinguirla del Sol, dio mucho que pensar a Padres, y Expositores), por lo menos el cuarto día estaba hecho el Sol con toda su perfección, cual era menester para la conservación de todos los vivientes: por consiguiente había ya entonces toda la materia sutil necesaria para este efecto. Pasemos adelante. En los cuatro días siguientes fue continuando la rapidísima agitación de la materia sutil, contenida en los instersticios de los glóbulos del segundo Elemento, con la cual, rayendo fortísimamente la superficie

de éstos, necesariamente había de hacer cada vez menor su tamaño, y reducir a materia etérea gran porción de la globulosa. Los glóbulos mismos, estregándose unos con otros, ya por su propia rotación, ya por el impulso comunicado por la materia sutil, se habían de ir deshaciendo en aquellos sutilísimos ramentos de que se compone la materia etérea. Añádase a esto lo que la vehementísima rotación de la materia sutil, contenida en el medio del turbillón, forcejando con toda la parte cóncava de la esfera del segundo Elemento, había de gastar de ella. Añádase, en fin, el gasto que se había de hacer también en el tercer Elemento por la materia sutil, que velocísimamente discurre por todos sus poros. Hecho en la forma que se puede el cálculo, sale a la cuenta, que tanta porción por lo menos de materia sutil se formó en los cuatro días siguientes a la formación del Sol, que en los cuatro antecedentes. La materia tan frágil era ahora como antes. La cantidad del impulso, o movimiento para dividirla, el mismo, según la regla establecida de conservarse siempre en el mundo la misma cantidad del movimiento. Luego tanta cantidad de materia sutil se haría de las raeduras de los otros dos Elementos en los cuatro días segundos, que en los primeros. De los cuatro días que se subsiguieron después, se hace el mismo argumento. Y a este andar, dentro de poco tiempo el Sol sería tan grande, que abrasaría la tierra, y dentro de [276] un año, o poco más, todo el turbillón sería un Sol. Aunque rebajemos mucho de la cuenta, a pocos años se siguiera el estrago dicho.

29. Responderáseme, que se resarcían al segundo, y tercer Elemento las pérdidas, porque al mismo tiempo de la unión de muchas partículas de la materia etérea, que de ese modo crecerían a mayor mole, se formarían partículas del tercer Elemento; y de las partículas del tercer Elemento, raídos los ángulos en los encuentros, se irían sucesivamente formando glóbulos para reparar los atrasos del segundo.

30. Mas lo primero: ¿quién creerá que en el ciego, y violento choque de las partículas de los tres Elementos, con tanta regularidad, y proporción se fuese reparando por una parte lo que se perdía por otra, que, no digo en uno, o dos siglos, sino en uno, o dos años, no se perdiese el equilibrio, de modo que se arruinase toda la máquina?

31. Ni podía absolutamente haber esa proporción, siendo imposible que se incrustase ni aun la milésima parte de cantidad de materia etérea, respecto de lo que era menester reparar en el segundo, y tercer Elemento; lo cual se evidenciará, advirtiendo que la materia etérea, según la ponen los Cartesianos, es infinitamente fluida, y por eso no hay poro, ni cavidad tan sutil en los cuerpos, por donde ella no discurra con libertad; pues aun la materia globulosa, que no es tan tenue, penetra los poros del diamante; si no, no diera paso a la luz. Puesto esto, considérese con cuánta dificultad se incrustan, o consolidan en porciones mayores las partes de los líquidos, uniéndose unas con otras. El espíritu de vino, el aceite, aun el agua más depurada de corpúsculos térreos, y de los mixtos, siendo infinitamente menos fluidos que la materia etérea, y teniendo, en sentir de los Cartesianos, todas sus partículas en continuo movimiento (en que, según su sentencia, consiste la fluidez), se conservan años enteros, sin que de la unión de sus partículas resulte alguna mole sensible, que degenere de la naturaleza del fluido. ¿Cuánto más tiempo será [277] menester para que esto suceda en la fluidísima materia etérea? Por esto no puedo creer que las manchas, tantas veces observadas en el Sol (pues según refiere el P. Dechales, sucedió verse cincuenta a un tiempo), nazcan de estas incrustaciones de la materia sutil, como quieren los Cartesianos.

§. IX

32. El mismo inconveniente que hasta aquí hemos argüido en la doctrina de Renato Descartes, parece se puede inferir también en el sistema de Pedro Gasendo, aunque por diferente camino del propuesto hasta ahora. Este Filósofo, resucitando la antigua Filosofía de Epicuro, pone por principios de todos los entes materiales la innumerable multitud de corpúsculos insensibles, comúnmente llamados átomos. Convienen Cartesianos, y Gasendistas en la razón de Filósofos Corpusculares, que negando toda forma substancial, y accidental distinta de la materia, no piden para la formación de los compuestos naturales otra cosa sobre la

materia, que la varia configuración, y movimiento de sus partes. Pero se distinguen lo primero, en que Descartes da a la materia infinita divisibilidad; Gasendo sólo finita: pues siste toda la potencia de dividirse en los átomos; los cuales, aunque tienen alguna extensión, y configuración, y por tanto son divisibles matemáticamente, pero físicamente son indivisibles. Distínguense lo segundo, en que Descartes sólo admite potencia pasiva para el movimiento en la materia; Gasendo atribuye a sus átomos virtud congénita para moverse. Distínguense lo tercero, en que Descartes tiene por imposible el vacío; Gasendo, no sólo le concede posible, pero existente. Esto se entiende del vacío que llaman diseminado, distribuido en los pequeñísimos espacios que necesariamente quedan en los intersticios de los átomos; y concede también, que es posible el vacío en un grande espacio. Estos son los capítulos principales de división entre las dos Escuelas.

33. Verdaderamente la resurrección que hizo Gasendo de la Filosofía de Epicuro, es parecida en parte a la [278] resurrección que esperamos a nuestros cuerpos, que, como dice el Apóstol, serán entonces reformados: *Reformabit corpus humilitatis nostrae.* Pues no puso a los átomos eternos, o existentes necesariamente, como Epicuro, sino criados en tiempo por el Autor Supremo; que fue reformar lo que tenía de contrario a la Religión la Filosofía de Epicuro.

34. Y si he de decir lo que siento, yo hallo mucho más defensable el sistema de Gasendo, que el de Descartes, especialmente después que el famoso P. Maignan le quitó algunas espinas, que tenía hacia los dogmas teológicos. Pero en cuanto al inconveniente de seguirse a la formación del mundo con poca dilación de tiempo su ruina, aunque cuanto se ha argüido hasta ahora contra Descartes no tiene lugar contra Gasendo, resta un reparo, que comprehende uno, y otro sistema.

35. Cartesianos, y Gasendistas concuerdan en establecer en el mundo la continuación del mismo movimiento de sus partículas, que al principio le dio ser, o le formó. Y esto es lo que yo hallo imposible, o sumamente difícil de entender; porque me parece que aquel movimiento conque se ponen en orden las partes de un todo, después de formado éste, debe cesar, para que se conserve el

compuesto. La razón, y la experiencia comprueban mi pensamiento. La razón, porque cualquiera movimiento que conduce a algún término, si después de logrado el término no cesa, necesariamente ha de sacar del término al móvil, para llevarle a otro término: pues movimiento que no tienda a algún término, es imposible; y el término ya adquirido, no puede serlo, respecto del movimiento que persevera después de la consecución. Digo no puede ser término *ad quem,* como se explican los Escolásticos: sí sólo término *a quo.* Conque es preciso que el movimiento que continúa, traslade al moble del mismo estado en que le puso, a otro diferente. Siendo, pues, la formación, y orden del Universo término de aquel movimiento que al principio tuvieron las partes de la materia, continuando la misma especie de movimiento, [279] le ha de sacar de ese mismo orden en que le puso.

36. La experiencia demuestra lo mismo, no sólo en los compuestos artificiales, donde se ve que el movimiento comunicado a las partes por el impulso del Artífice, cesa en estando todas en el orden debido, y si no cesara, se desbarataría con ese mismo movimiento toda la obra; mas también en los compuestos naturales. El movimiento del *Ácido,* y *Alkali,* que los conduce a unirse entre sí, formando el mixto, que se llama *Salsalso,* cesa lograda la unión. Si no cesara, es claro que luego se desunirían, y no duraría la unión más que un instante. Aún más claro se ve esto en los frutos de las plantas. Desde que empieza a crecer una manzana en el árbol, empieza en ella el movimiento fermentativo conque poco a poco se va disponiendo para la madurez. Si llegando a estar madura, no para el movimiento fermentativo de sus partículas, con ese mismo movimiento pasa de la madurez a la putrefacción. Y así todas las diligencias que se hacen para la conservación de los frutos, no son otras que aquellas que estorban el movimiento fermentativo de sus partículas. No veo que pueda suceder otra cosa en el compuesto universal del Orbe, que lo mismo que sucede en cada mixto particular.

37. Admirablemente dijo Bacon, que aquella Filosofía (conviene a saber, la de Leucipo, Demócrito, y Epicuro), que más es acusada de ateísmo, si se mira bien, es la que más claramente demuestra la existencia de Dios: porque luego se representa inconceptible que un

ejército innumerable de átomos, vagando sin orden, formasen esta admirable, y concertada variedad del Universo, sin ser regidos por Artífice Divino {(a) *De Interp. rer. cap. 16.*}. Lo que Bacon dijo de la formación, aplico yo a la conservación. Es imposible que el vehementísimo ímpetu que en las partes de la materia suponen estable Descartes, y Gasendo, no destruya el orden del Universo, si Dios no está haciendo para su conservación un continuo milagro. [280]

§. X

38. Porque pertenece derechamente al asunto de este Discurso, le concluiremos examinando cierta opinión particular de estos tiempos, en cuanto a la generación de los vivientes; de la cual creo se sigue, que todos los vivientes, en cuanto a sus especies, hubieran perecido a pocos pasos de sus primeras procreaciones.

39. Después que los Filósofos modernos, con la sutileza de sus especulaciones, se empeñaron en descubrir a la naturaleza sus más retirados senos, habiendo ya Descartes introducido la máxima de desterrar todas las causas segundas, recogiendo toda la virtud productiva en el Autor de la naturaleza, de modo, que ni aun por participación se halle en alguna criatura, nos trajeron algunos la gran novedad de que Dios crió en el principio del mundo, envueltas unas en otras, las semillas de todos los vivientes que habían de existir en toda la duración de los siglos: de modo, que no sólo virtualmente, sino formalmente en la primera planta de cada especie existieron las semillas de todas las plantas de la misma especie que hubo, y ha de haber hasta el fin del mundo. Y lo que es más, en cada una de estas innumerables semillas estuvo perfectamente formada la planta con su tronco, raíces, hojas, flores, y frutos.

40. No sé quién fue el primer Autor de esta opinión. El primero de los que yo leí fue Jacobo Rohault, famoso Cartesiano, a quien inmediatamente se siguió el P. Malebranche. Y creo están hoy por ella los más de los Cartesianos. D. Gabriel Álvarez de Toledo, que en su Historia de la Iglesia, y del Mundo antes del Diluvio, quiso

exornar la Sagrada Historia del Génesis con las nuevas opiniones filosóficas (aliños tan forasteros a aquel asunto, como el de su impropio, y afectado estilo), extendió en una de sus notas esta nueva sentencia, aunque sin añadir nada a lo que en otros halló escrito.

41. A la verdad en este Autor se me hizo muy reparable el haberse declarado sectario de la nueva opinión. Lo primero, porque no asienta bien con la letra del Génesis, [281] a quien sirve de glosa aquella nota. El Texto Sagrado dice que mandó Dios a la tierra, que brotase hierba, la cual hiciese su semilla: *Dixitque Deus: germinet terra herbam virentem, & facientem semen.* Y en el versículo inmediato añade, que obedeció la tierra, arrojando hierba, la cual hace la semilla de su especie: *Et protulit terra herbam virentem, & facientem semen juxta genus suum.* ¿Quién no ve que no se salva en la propiedad literal hacer la planta su semilla, precisamente por tenerla encarcelada en su seno, si no es cada hierba más que una depositaria de las semillas de las demás, que la han de suceder, habiéndolas producido Dios todas de antemano, y fiándolas a la custodia de esta planta, como se verifica ser la misma planta verdadera hacedora de ellas?

42. Lo segundo porque extraño que D. Gabriel abrazase esta sentencia, es la poca consecuencia de ella con la física, que poco antes había establecido; esto es, en el capítulo cuarto, y nota quinta, donde, siguiendo a Gasendo, niega la infinita divisibilidad a la materia: y sin ella es absolutamente inconceptible ese revoltijo de millones de millones de semillas (o por decirlo mejor, millones de millones de plantas formadas) en la primera semilla de cada especie. Hagamos esta imposibilidad patente con un ejemplo.

43. Considérese que un roble, desde que empieza a dar fruto, vive cien años, siempre en estado de darle, y que un año con otro produce diez mil bellotas: conque en todo produce un millón de bellotas. Rebajo mucho, así de los años de vida del roble, como del número del fruto; siendo cierto, que en terreno oportuno vivirá, y producirá mucho más. A esta cuenta, vamos haciéndola de lo que encerraba en su seno la primera bellota que hubo en el mundo, discurriendo por la sucesión de varias generaciones, y suponiendo, que en cada diez años pudo cada bellota, sacada a luz, estar hecha

roble, que produjese nuevo fruto. Tenía, pues, la primera bellota en su seno, para la primera producción, un millón de bellotas: dentro de cada una de éstas tenía, para la segunda producción, otro [282] millón: dentro de cada una de éstas tenía otro millón para la tercera producción. Demos ahora pasados ciento y diez años, en que la bellota absolvió la primera serie de sus producciones. En los diez años siguientes se debe considerar acabada la segunda, y en los diez siguientes la tercera; porque ya cien años antes hubo robles de cada una de estas series, empezando a producir la primera bellota a los diez años después que salió a luz. Por este cómputo sale, que por cada diez años que se cuenten después de los ciento y diez primeros, se multiplican por un millón las bellotas antecedentes. Y así sólo para la tercera serie de producciones, es preciso que en la primera bellota esté contenido un millón de millones de millones de bellotas, que se señala con estas cifras: 1000000000000000000. Pasemos adelante: en cada diez años siguientes se añaden a este número seis cifras, según la regla elemental de la Aritmética, porque en cada diez años se multiplica por un millón el número antecedente. En cada cien años se añaden sesenta cifras. En cada mil, seiscientas. Ajustando, pues, los años que han pasado desde la creación del mundo hasta ahora, que según el cómputo más probable de todos, son cinco mil cuatrocientos y sesenta y seis años, tenemos, que el número de bellotas contenido dentro de la primera bellota, precisamente para las series de producciones, que pudo haber hasta este tiempo, no se puede explicar con menos de tres mil cifras de guarismo.

44. Para quien no comprehende el inmenso valor de tantas cifras, o caracteres numéricos, basta decirle, que si Dios criara un Firmamento, que fuese mil millones de millones de veces mayor que el Cielo estrellado, que ahora tenemos, y se llenara toda su concavidad de granos de arena, tan menudos, que mil juntos no pesasen tanto como un grano de mostaza, no serían menester ni el diezmo de los caracteres dichos, para sumar el número de granitos de arena, que cabrían en aquel vastísimo Firmamento posible. Supuesta la evidencia de esta cuenta, que es matemática, quisiera que me dijera el más apasionado de [283] D. Gabriel Alvarez, si halla persuasible, que siendo finita la divisibilidad de la materia,

estuviesen encerradas en la primera bellota tanto número de bellotas, como significan los tres mil caracteres, con la adición de ser todas ellas otros tantos robles formados con sus partes integrantes. En que se debe también advertir, que cada bellota no contiene en todo su cuerpo las que han de salir de ella, sí sólo en la parte central suya, que se llama yema.

45. Alégase a favor de esta opinión, lo primero la experiencia del tulipán, en cuya semilla se ve con el microscopio formado un tulipán entero. Lo segundo, que no se puede entender que haya, ni en las plantas, ni en los animales virtud formatriz, o arquitectónica para la admirable estructura que piden sus especies. Lo tercero, la autoridad de S. Agustín en el *lib. 5. de Trinit. cap. 8* donde dice que crió Dios en este mundo, no sólo las semillas visibles, mas también otras invisibles, que son semillas de otras semillas.

46. A lo primero se puede responder, que de que haya un tulipán formado en la semilla de otro tulipán, no se infiere que haya una serie como infinita de tulipanes escondidos unos en otros. Acaso la virtud formatriz tiene su esfera de actividad terminada en esa primera generación; y esto es lo más verisímil. A lo segundo se dice, que la virtud formatriz arbitrariamente se niega, cuando vemos, aun en los mixtos inanimados, bastantes señas de ella: pues el Salmarino liquidado se concreta siempre en cubos, el nitro en columnas hexágonas; y en varias tierras hay piedras, que observan en la figura una regularidad admirable. A lo tercero respondo, que S. Agustín en el lugar citado se puede entender muy bien de semillas potenciales; esto es, de los principios elementales de las semillas. Esto es más conforme al contexto; pues dice el Santo, que estas semillas están esparcidas por los Elementos. Y en caso que se entienda el Santo de semillas formales, no favorece a la opinión nueva que impugnamos, sino a otra, que es muy antigua, de que de todas las cosas corpóreas hay semillas [284] ocultas mezcladas en los Elementos, que vagando en ellos, son llevadas por los vientos de unas partes a otras; en cuya consecuencia se niega la que se llama generación espontánea de los vivientes: afirmándose, que no hay planta, ni animal, por vil que sea, que no deba el origen a semilla de su especie. Esta opinión apadrina el Maestro de las Sentencias en el lib. 2. dist. 17 y la siguen muchos modernos.

47. Los fundamentos, pues, en que estriba la nueva opinión, no son tan fuertes como los que contra ella se toman, ya de las generaciones monstruosas, v. g. un cuerpo con dos cabezas; siendo imposible, que de dos cuerpos figurados, y extensos en dos semillas, se haga uno sólo. Ya de que es inexplicable en aquella sentencia la generación de los híbridas, o animales de especie mixta: porque de dos cuerpos, que cada uno tiene su figura determinada, no puede, sin desbaratar enteramente su contextura, formarse otro cuerpo, que no tenga ni una, ni otra figura: y así sería menester destruir las semillas de uno, y otro sexo para formar el tercero, que sería un modo de formar *ex semine* totalmente contradictorio. Ya en fin de que tampoco se puede entender en la misma opinión, cómo en las generaciones regulares el engendrado salga semejante a entrambos generantes. Estas dificultades hay contra la nueva opinión, aun supuesta la infinita divisibilidad de la materia; pero de ninguna de ellas se hizo cargo D. Gabriel Álvarez, como si escribiera para hombres sin discurso, y que no habían de leer más que su libro.

48. Corrió la pluma acaso más de lo que debiera en la impugnación de esta sentencia, la cual sólo por vía de digresión tenía aquí cabimiento, siendo mi intento sólo mostrar que de ella, puestos los principios Cartesianos, se sigue, que muy luego después de producidas las plantas, y animales, se habían de extinguir todas sus especies, destruyéndose todas las semillas. Lo cual deduzco del ímpetu rapidísimo, conque la materia etérea penetra hasta los más sutiles poros de todos los cuerpos: pues parece imposible que en tan continuados embates no destruyese la textura de [285] todos aquellos minutísimos arbolillos, contenidos en las primeras semillas. Lo mismo digo de las semillas organizadas de los animales. De este modo se estorbaba del todo la propagación de las especies. Este inconveniente (por ocurrir a la réplica que podía hacérsenos) no se sigue en la común sentencia; pues no estando organizados los árboles dentro de las semillas, sino en potencia, aunque haga algún estrago en ellas la materia etérea, disipando sucesivamente, ya unas, ya otras partículas, por medio de la nutrición se van reparando al mismo tiempo, y de este modo siempre tiene la virtud formatriz materiales para la fábrica.

Discurso XIV

Música de los Templos

§. I

1. En los tiempos antiquísimos, si creemos a Plutarco, sólo se usaba la Música en los Templos, y después pasó a los Teatros. Antes servía para decoro del culto; después se aplicó para estímulo del vicio. Antes sólo se oía la melodía en sacros Himnos; después se empezó a escuchar en cantilenas profanas. Antes era la Música obsequio de las Deidades; después se hizo lisonja de las pasiones. Antes estaba dedicada a Apolo; después parece que partió Apolo la protección de este arte con Venus. Y como si no bastara para apestar las almas ver en la Comedia pintado el atractivo del deleite con los más finos colores de la Retórica, y con los más ajustados números de la Poesía, por hacer más activo el veneno, se confeccionaron la Retórica, y la Poesía con la Música.

2. Esta diversidad de empleos de la Música indujo también diferencia en la composición; porque como era [286] preciso mover distintos afectos en el Teatro, que en el Templo, se discurrieron distintos modos de melodía, a quienes corresponden, como ecos suyos, diversos afectos en la alma. Para el Templo se retuvo el modo, que llamaban *Dorio,* por grave, majestuoso y devoto. Para el Teatro hubo diferentes modos, según eran diversas las materias. En las representaciones amorosas se usaba el modo *Lidio,* que era tierno, y blando; y cuando se quería avivar la moción el *Mixo-Lidio,* aún más eficaz, y patético, que el *Lidio.* En las belicosas el modo

Frigio, terrible, y furioso. En las alegres y báquicas el *Eolio,* festivo, y bufonesco. El modo *Subfrigio* servía de calmar los violentos raptos, que ocasionaba el *Frigio,* y así había para otros afectos otros modos de melodía.

3. Si estos modos de los antiguos corresponden a los diferentes tonos, de que usan los modernos, no está del todo averiguado. Algunos Autores lo afirman; otros lo dudan. Yo me inclino más a que no, por la razón de que la diversidad de nuestros tonos no tiene aquel influjo para variar los afectos, que se experimentaba en la diversidad de los modos antiguos.

§. II

4. Así se dividió en aquellos retirados siglos la Música entre el Templo, y el Teatro, sirviendo promiscuamente a la veneración de las aras, y a la corrupción de las costumbres. Pero aunque ésta fue una relajación lamentable, no fue la mayor que padeció este Arte nobilísimo; porque esta se guardaba para nuestro tiempo. Los Griegos dividieron la Música, que antes, como era razón, se empleaba toda en el culto de la Deidad, distribuyéndola entre las solemnidades religiosas, y las representaciones escénicas; pero conservando en el Templo la que era propia del Templo, y dando al Teatro la que era propia del Teatro. Y en estos últimos tiempos ¿qué se ha hecho? No sólo se conservó en el Teatro la Música del Teatro, mas también la Música propia del Teatro se trasladó al Templo. [287]

5. Las cantadas que ahora se oyen en las Iglesias, son, no cuanto a la forma, las mismas que resuenan en las tablas. Todas se componen de Menuetes, Recitados, Arietas, Alegros, y a lo último se pone aquello que llaman *Grave;* pero de eso es muy poco, porque no fastidie. ¿Qué es esto? ¿En el Templo no debiera ser toda la Música grave? ¿No debiera ser toda la composición apropiada para infundir gravedad, devoción y modestia? Lo mismo sucede en los instrumentos. Ese aire de canarios, tan dominante en el gusto de los modernos, y extendido en tantas *Gigas,* que apenas hay sonata que no tenga alguna, ¿qué hará en los ánimos, sino excitar en la

imaginación pastoriles tripudios? El que oye en el órgano el mismo menuet que oyó en el sarao, ¿qué ha de hacer, sino acordarse de la dama con quién danzó la noche antecedente? De esta suerte, la Música, que había de arrebatar el espíritu del asistente desde el Templo terreno al Celestial, le traslada de la Iglesia al festín. Y si el que oye, o por temperamento, o por hábito, está mal dispuesto, no parará ahí la imaginación.

6. ¡Oh buen Dios! ¿Es esta aquella Música, que el grande Augustino, cuando aún estaba nutante entre Dios, y el mundo, le exprimían gemidos de compunción, y lágrimas de piedad? *¡Oh cuánto lloré* (decía el Santo, hablando con Dios en sus Confesiones) *conmovido con los suavísimos Himnos, y Cánticos de tu Iglesia! Vivísimamente se me entraban aquellas voces por los oídos, y por medio de ellas penetraban a la mente tus verdades. El corazón se encendía en afectos, y los ojos se deshacían en lágrimas.* Este efecto hacia la Música Eclesiástica de aquel tiempo: la cual, como la Lira de David, expelía el espíritu malo, que aún no había dejado del todo la posesión de Augustino, y advocaba el bueno; la de este tiempo expele el bueno, si le hay, y advoca el malo. El canto eclesiástico de aquel tiempo era como el de las trompetas de Josué, que derribó los muros de Jericó; esto es, las pasiones que fortifican la población de los vicios. El de ahora es como el [288] de las sirenas, que llevaban los navegantes a los escollos.

§. III

7. ¡Oh cuánto mejor estuviera la Iglesia con aquel Canto Llano, que fue el único que conoció en muchos siglos, y en que fueron los máximos Maestros del Orbe los Monjes de S. Benito (incluyendo en primer lugar a S. Gregorio el Grande, y al insigne Guido Aretino), hasta que Juan de Murs, Doctor de la Sorbona, inventó las notas, que señalan la varia duración de los puntos! En verdad que no faltaban en la sencillez de aquel Canto melodías muy poderosas para conmover, y suspender dulcemente los oyentes. Las composiciones de Guido Aretino se hallaron tan patéticas, que llamado de su Monasterio de Arezzo por el Papa Benedicto VIII, no

le dejó apartar de su presencia hasta que le enseñó a cantar un versículo de su Antifonario, como se puede ver en el Cardenal Baronio al año de 1022. Este fue el que inventó el Sistema Músico moderno, o progresión artificiosa, de que aún hoy se usa, y se llama la Escala de Guido Aretino, y juntamente la pluralidad armoniosa de las voces, y variedad de consonancias; la cual si, como es más verisímil, fue conocida de los Antiguos, ya estaba perdida del todo su noticia.

8. Una ventaja grande tiene el Canto Llano, ejecutado con la debida pausa, para el uso de la Iglesia, y es, que siendo por su gravedad incapaz de mover los afectos que se sugieren en el Teatro, es aptísimo para inducir los que son propios del Templo. ¿Quién, en la majestad sonora del Himno *Vexilla regis,* en la gravedad festiva del *Pange lingua,* en la ternura luctuosa del *Invitatorio de Difuntos,* no se siente conmovido, ya a veneración, ya a devoción, ya a lástima? Todos los días se oyen estos Cantos, y siempre agradan; al paso que las composiciones modernas, en repitiéndose cuatro, o seis veces, fastidian.

9. No por eso estoy reñido con el Canto figurado, o como dicen comúnmente *de Organo.* Antes bien conozco, [289] que hace grandes ventajas al Llano; ya porque guarda sus acentos a la letra, lo que en el Llano es imposible; ya porque la diferente duración de los puntos hace en el oído aquel agradable efecto, que en la vista causa la proporcionada desigualdad de los colores. Sólo el abuso que se ha introducido en el Canto de Organo, me hace desear el Canto Llano; al modo que el paladar busca ansioso el manjar menos noble, pero sano, huyendo del más delicado, si está corrupto.

§. IV

10. ¿Qué oídos bien condicionados podrán sufrir en canciones sagradas aquellos quiebros amatorios, aquellas inflexiones lascivas, que contra las reglas de la decencia, y aun de la Música, enseñó el demonio a las Comediantas, y estas a los demás Cantores? Hablo de aquellos leves desvíos, que con estudio hace la voz del punto señalado; de aquellas caídas desmayadas de un punto a otro,

pasando, no sólo por el semitono, mas también por todas las comas intermedias: tránsitos, que ni caben en el Arte, ni los admite la naturaleza.

11. La experiencia muestra que las mudanzas que hace la voz en el canto por intervalos menudos, así como tienen en sí no sé qué de blandura afeminada, no sé qué de lubricidad viciosa, producen también un efecto semejante en los ánimos de los oyentes, imprimiendo en su fantasía ciertas imágenes confusas, que no representan cosa buena. En atención a esto, muchos de los antiguos, y especialmente los Lacedemonios, repudiaron, como nocivo a la juventud, el género de Música, llamado *Cromático,* el cual, introduciendo *bemoles,* y *sostenidos,* divide la octava en intervalos más pequeños que los naturales. Oigamos a Cicerón: *Chromaticum creditur repudiatum pridem fuisse genus, quod adolescentum remolescerent eo genere animi; Lacedaemones improbasse feruntur* {(a) *Lib. I. Tuscul. quaest.*}. Supónese, que con más razón reprobaron también el género llamado enharmónico, [290] el cual, añadiendo más bemoles y sostenidos, y juntándose con los otros dos géneros diatónico, y cromático, que necesariamente le preceden, deja dividida la octava en mayor número de intervalos, haciéndolos más pequeños; por consiguiente en esta mixtura, desviándose la voz a veces del punto natural por espacios aún más cortos, conviene a saber, los semitonos menores, resulta una Música más molificante que la del cromático.

12. ¿No es harto de lamentar que los Cristianos no usemos de la precaución que tuvieron los antiguos, para que la Música no pervierta en la juventud las costumbres? Tan lejos estamos de eso, que ya no se admite por buena aquella Música, que así en las voces humanas, como en los Violines, no introduce los puntos, que llaman extraños a cada paso, pasando en todas las partes del diapasón del punto natural al accidental; y ésta es la moda. No hay duda que estos tránsitos, manejados con sobriedad, arte, y genio, producen un efecto admirable, porque pintan las afecciones de la letra con mucho mayor viveza, y alma que las progresiones del diatónico puro, y resulta una Música mucho más expresiva, y delicada. Pero son poquísimos los Compositores cabales en esta parte, y esos poquísimos echan a perder a infinitos, que, queriendo imitarlos, y

no acertando con ello, forman con los extraños que introducen, una Música ridícula, unas veces insípida, otras áspera; y cuando menos lo yerran, resulta aquella melodía de blanda, y lasciva delicadeza, que no produce ningún buen efecto en el alma, porque no hay en ella expresión de algún afecto noble, sí solo de una flexibilidad lánguida y viciosa. Si con todo quisieren los Compositores que pase esta Música, porque es de la moda, allá se lo hayan con ella en los Teatros, y en los Salones; pero no nos la metan en las Iglesias, porque para los Templos no se hicieron las modas. Y si el Oficio Divino no admite mudanza de modas, ni en vestiduras, ni en ritos, ¿por qué la ha de admitir en las composiciones músicas?

13. El caso es, que esta mudanza de modas tiene en el [291] fondo cierto veneno, el cual descubrió admirablemente Cicerón, cuando advirtió que en la Grecia, al paso mismo que declinaron las costumbres hacia la corruptela, degeneró la Música de su antigua majestad hacia la afectada molicie; o porque la Música afeminada corrompió la integridad de los ánimos, o porque perdida, y estragada esta con los vicios, estragó también los gustos, inclinándolos a aquellas bastardas melodías, que simbolizaban más con sus costumbres: *Civitatumque hoc multarum in Graecia interfuit, antiquum vocum servare modum: quarum mores lapsi ad molitiem pariter sunt immutati in cantibus; aut hac dulcedine, corruptelaque depravati, ut quidam putant: aut cum severitas morum ob alia vitia cecidisset, tum fuit in auribus, animisque mutatis etiam huic mutationi locus* {(a) *Lib. 2 de Legib.*}. De suerte, que el gusto de esta Música afeminada, o es efecto, o causa de alguna relajación en el ánimo. Ni por eso quiero decir, que todos los que tienen este gusto, adolecen de aquel defecto. Muchos son de severísimo genio, y de una virtud incorruptible, a quien no tuerce la Música viciada; pero gustan de ella, sólo porque oyen que es de la moda; y aun muchos sin gustar, dicen que gustan, solo porque no los tengan por hombres del siglo pasado, o como dicen, de calzas atacadas, y que no tienen la delicadeza del gusto de los modernos.

§. V

14. Sin embargo, confieso que hoy salen a luz algunas composiciones excelentísimas, ora se atienda la suavidad del gusto, ora la sutileza del Arte. Pero a vuelta de estas, que son bien raras, se producen innumerables, que no pueden oírse. Esto depende en parte de que se meten a Compositores los que no los son; y en parte, de que los Compositores ordinarios se quieren tomar las licencias, que son propias de los Maestros sublimes.

15. Hoy le sucede a la Música lo que a la Cirugía. [292] Así como cualquiera Sangrador de mediana habilidad luego toma el nombre, y ejercicio de Cirujano, del mismo modo cualquiera Organista, o Violinista de razonable destreza se mete a Compositor. Esto no les cuesta más que tomar de memoria aquellas reglas generales de consonancias, y disonancias: después buscan el airecillo que primero ocurre, o el que más les agrada, de alguna sonata de Violines, entre tantas como se hallan, ya manuscritas, ya impresas: forman el canto de la letra por aquel tono; y siguiendo aquel rumbo, luego, mientras que la voz canta, la van cubriendo por aquellas reglas generales con un acompañamiento seco, sin imitación, ni primor alguno: y en las pausas de la voz entra la bulla de los Violines, por el espacio de diez, o doce compases, o muchos más, en la forma misma que la hallaron en la sonata de donde hicieron el hurto. Y aun eso no es lo peor, sino que algunas veces hacen unos borrones terribles: o ya porque para dar a entender que alcanzan más que la composición trivial, introducen falsas, sin prevenirlas, ni abonarlas; o ya porque viendo que algunos Compositores ilustres, pasando por encima de las reglas comunes, se toman algunas licencias, como dar dos quintas, o dos octavas seguidas, lo cual sólo ejecutan en el caso de entrar un paso bueno, o lograr otro primor armonioso, que sin esa licencia no se pudiera conseguir (y aun eso es con algunas circunstancias, y limitaciones), toman osadía para hacer lo mismo sin tiempo, ni propósito, conque dan unos batacazos intolerables en el oído.

16. Los Compositores ordinarios, queriendo seguir los pasos de los primorosos, aunque no caen en yerros tan groseros, vienen a formar una Música, unas veces insípida, y otras áspera. Esto consiste en la introducción de accidentales, y mudanza de tonos dentro de la misma composición, de que los Maestros grandes usan

con tanta oportunidad, que no sólo dan a la música mayor dulzura, pero también mucho más valiente expresión de los afectos que señala la letra. Algunos extranjeros hubo felices en esto; [293] pero ninguno más que nuestro D. Antonio de Literes, Compositor de primer orden, y acaso el único que ha sabido juntar toda la majestad, y dulzura de la Música antigua con el bullicio de la moderna; pero en el manejo de los puntos accidentales es singularísimo; pues casi siempre que los introduce, dan una energía a la Música, correspondiente al significado de la letra, que arrebata. Esto pide ciencia, y numen; pero mucho más numen que ciencia; y así se hallan en España Maestros de gran conocimiento, y comprehensión, que no logran tanto acierto en esta materia: de modo, que en sus composiciones se admira la sutileza del Arte, sin conseguirse la aprobación del oído.

17. Los que están desasistidos de genio, y por otra parte gozan no más que una mediana inteligencia de la Música, meten falsas, introducen accidentales, y mudan tonos, sólo porque la moda lo pide, y porque se entienda que saben manejar estos sainetes; pero por la mayor parte no logran sainete alguno; y aunque no faltan a las reglas comunes, las composiciones salen desabridas; de suerte, que ejecutadas en el Templo, conturban los corazones de los oyentes, en vez de producir en ellos aquella dulce calma, que se requiere para la devoción, y recogimiento interior.

18. Entre los primeros, y los segundos media otro género de Compositores, que aunque más que medianamente hábiles, son los peores para las composiciones sagradas. Estos son aquellos que juegan de todas las delicadezas de que es capaz la Música; pero dispuestas de modo, que forman una melodía bufonesca. Todas las irregularidades de que usan, ya en falsas, ya en accidentales, están introducidas con gracia; pero en una gracia muy diferente de aquella que S. Pablo pedía en el Cántico Eclesiástico, escribiendo a los Colosenses: *In gratia cantantes in cordibus vestris Deo;* porque una gracia de chufleta, una armonía de chulada; y así, los mismos Músicos llaman jugueticos, y monadas a los pasajes que encuentran más gustosos en este género. ¿Esto es bueno para el Templo? Pase [294] norabuena en el patio de las Comedias, en el salón de los saraos; ¿pero en la Casa de Dios chuladas, monadas, y juguetes?

¿No es éste un abuso impío? Querer que se tenga por culto de la deidad, ¿no es un error abominable? ¿Qué efecto hará esta Música en los que asisten a los Oficios? Aun a los mismos Instrumentistas, al tiempo de la ejecución, los provoca a gestos indecorosos, y a unas risillas de mojiganga. En los demás oyentes no puede influir sino disposiciones para la chocarrería, y la chulada.

19. No es esto querer desterrar la alegría de la Música; sí sólo la alegría pueril, y bufona. Puede la Música ser gustosísima, y juntamente noble, majestuosa, grave, que excite a los oyentes a afectos de respeto, y devoción. O por mejor decir, la Música más alegre, y deliciosa de todas, es aquella que induce una tranquilidad dulce en la alma, recogiéndola en sí misma, y elevándola, digámoslo así, con un género de rapto extático sobre su propio cuerpo, para que pueda tomar vuelo el pensamiento hacia las cosas divinas. Esta es la Música alegre que aprobaba S. Agustín, como útil en el Templo, tratando de nimiamente severo a S. Atanasio en reprobarla: porque su propio efecto es levantar los corazones abatidos de las inclinaciones terrenas a los afectos nobles: *Ut per haec oblectamenta aurium infirmior animus in affectum pietatis assurgat* {(a) *Lib. 10. Confes. cap. 32.*}.

20. Es verdad que son pocos los Maestros capaces de formar esta noble melodía; pero los que no pueden tanto, conténtense con algo menos, procurando siquiera que sus composiciones inclinen a aquellos actos interiores, que de justicia se deben a los Divinos Oficios; o por lo menos, que no exciten a los actos contrarios. En todo caso, aunque sea arriesgándose al desagrado del concurso, evítense esos sainetes cosquillosos, que tienen cierto oculto parentesco con los afectos vedados: pues de los dos males en que puede caer la Música Eclesiástica, menos inconveniente es que [295] sea escándalo de las orejas, que el que sea incentivo de los vicios.

§. VI

21. Bien se sabe el poder que tiene la Música sobre las almas, para despertar en ellas, o las virtudes, o los vicios. De Pitágoras se

cuenta, que habiendo con Música apropiada inflamado el corazón de cierto joven en un amor insano, le calmó el espíritu, y redujo al bando de la continencia, mudando de tono. De Timoteo, Músico de Alejandro, que irritaba el furor bélico de aquel Príncipe, de modo, que echaba mano a las armas, como si tuviera presentes los Enemigos. Esto no era mucho, porque conspiraba con el arte del agente la naturaleza del paso. Algunos añaden, que le aquietaba después de haberle enfurecido: y Alejandro, que jamás volvió a riesgo alguno la espalda, venía a ser fugitivo entonces de su propia ira. Pero más es lo que se refiere de otro Músico con Enrico II Rey de Dinamarca, llamado el Bueno; porque con un tañido furioso exacerbó la cólera del Rey, en tanto grado, que arrojándose sobre sus domésticos, mató a tres, o cuatro de ellos: y hubiera pasado adelante el estrago, si violentamente no le hubieran detenido. Esto fue mucho de admirar, porque era aquel Rey de índole sumamente mansa, y apacible.

22. No pienso que los Músicos de estos tiempos puedan hacer estos milagros. Y acaso tampoco los hicieron los antiguos; que estas Historias no se sacaron de la Sagrada Escritura. Pero por lo menos es cierto, que la Música, según la variación de las melodías, induce en el ánimo diversas disposiciones, unas buenas, otras malas. Con una nos sentimos movidos a la tristeza, con otra a la alegría: con una a la clemencia, con otra a la saña: con una a la fortaleza, con otra a la pusilanimidad; y así de las demás inclinaciones.

23. No habiendo duda en esto, tampoco la hay en que el Maestro que compone para los Templos, debe, cuanto es de su parte, disponer de Música de modo, que mueva [296] aquellos afectos más conducentes para el bien espiritual de las almas, y para la majestad, decoro, y veneración de los Divinos Oficios. Santo Tomás, tocando este punto en la *2.2. quaest. 91 artic. 2* dice: Que fue saludable la institución del Canto en las Iglesias, para que los ánimos de los enfermos; esto es, los de flaco espíritu, se excitasen a la devoción: *Et ideo salubriter fuit institutum, ut in divinas laudes cantus assumerentur, ut animi infirmorum magis excitarentur ad devotionem.* ¡Ay Dios!, ¿qué dijera el Santo, si oyera en las Iglesias algunas canciones, que en vez de fortalecer a los enfermos, enflaquecen a los sanos? ¿Que en vez de introducir la devoción en el pecho, la destierran del alma?

¿Que en vez de elevar el pensamiento a consideraciones piadosas, traen a la memoria algunas cosas ilícitas? Vuelvo a decir, que es obligación de los Músicos, y obligación grave, corregir este abuso.

24. Verdaderamente, yo, cuando me acuerdo de la antigua seriedad Española, no puedo menos de admirar que haya caído tanto, que sólo gustemos de Músicas de tararira. Parece que la celebrada gravedad de los Españoles ya se redujo sólo a andar envarados por las calles. Los Italianos nos han hecho esclavos de su gusto con la falsa lisonja de que la Música se ha adelantado mucho en este tiempo. Yo creo, que lo que llaman adelantamiento, es ruina, o está muy cerca de serlo. Todas las Artes intelectuales, de cuyos primores son con igual autoridad jueces el entendimiento, y el gusto, tienen un punto de perfección, en llegando al cual, el que las quiere adelantar, comúnmente las echa a perder.

25. Acaso le sucederá muy presto a Italia (si no sucede ya) con la Música, lo que le sucedió con la Latinidad, Oratoria, y Poesía. Llegaron estas Facultades en el siglo de Augusto a aquel estado de propiedad, hermosura, gala, y energía natural, en que consiste su verdadera perfección. Quisieron refinarlas los que sucedieron a aquel siglo, introduciendo adornos impropios, y violentos, conque las precipitaron de la naturalidad a la afectación; y [297] de aquí cayeron después a la barbarie. Bien satisfechos estaban los Poetas que sucedieron a Virgilio, y los Oradores que sucedieron a Cicerón, de que daban nuevos realces a los dos Artes; pero lo que hicieron se lo dijo bien claro a los Oradores el agudo Petronio, haciéndoles cargo de su ridícula, y pomposa afectación: *Vos primi omnium eloquentium perdidistis.*

§. VII

26. Para ver si la Música en este tiempo padece el mismo naufragio, examinemos en qué se distingue la que ahora se practica de la del siglo pasado. La primera, y más señalada distinción que ocurre, es la diminución de las figuras. Los puntos más breves que había antes, eran las *Semicorcheas,* y con ellas se hacía juicio que se ponían, así el Canto, como el instrumento, en la mayor velocidad, de que, sin

violentarlos, son capaces. Pareció ya poco esto, y se inventaron no ha mucho las *Tricorcheas,* que parten por mitad las *Semicorcheas.* No paró aquí la extravagancia de los Compositores, y inventaron las *Cuatricorcheas,* de tan arrebatada duración, que apenas la fantasía se hace capaz de cómo en un compás pueden caber sesenta y cuatro puntos. No sé qué se hayan visto hasta este siglo figuradas las cuatricorcheas en alguna composición, salvo en la descripción del canto del Ruiseñor, que a la mitad del siglo pasado hizo estampar el P. Kirquer en el libro primero de su *Musurgia Universal;* y aun creo que tiene aquella solfa algo de lo hiperbólico; porque se me hace difícil, que aquella ave, bien que dotada de órgano tan ágil, pueda alentar sesenta y cuatro puntos distintos, mientras se alza y baja la mano en un compás regular.

27. Ahora digo que esta disminución de figuras, en vez de perfeccionar la Música, la estraga enteramente, por dos razones: La primera es, porque rarísimo ejecutor se hallará que pueda dar bien, ni en la voz, ni en el instrumento puntos tan veloces. El citado P. Kirquer dice, que [298] habiendo hecho algunas composiciones de canto difíciles, y exóticas (yo creo que no lo serían tanto como muchas de la moda de hoy), no halló en toda Roma Cantor que las ejecutase bien. ¿Cómo se hallarán en cada Provincia, mucho menos en cada Catedral, Instrumentistas, ni Cantores, que guarden exactamente, así el tiempo, como la entonación de estas figuras menudísimas, añadiéndose muchas veces a ésta dificultad, la de muchos altos extravagantes, que también son de la moda? Semejante solfa pide en la garganta una destreza, y volubilidad prodigiosa, y en la mano una agilidad, y tino admirable: y así, en caso de componerse así, había de ser solamente para uno, u otro ejecutor singularísimo, que hubiese en ésta, o aquella Corte; pero no darse a la Imprenta para que ande rodando por las Provincias; porque el mismo Cantor, que con una solfa natural, y fácil agrada a los oyentes, los descalabra con esas composiciones difíciles: y en las mismas manos, en que una sonata de fácil ejecución suena con suavidad, y dulzura, la que es de arduo manejo, sólo parece greguería.

28. La segunda razón por que esa diminución de figuras destruye la Música, es, porque no se da lugar al oído para que perciba la

melodía. Así como aquel deleite, que tienen los ojos en la variedad bien ordenada de colores, no se lograra, si cada uno fuese pasando por la vista con tanto arrebatamiento, que apenas hiciese distinta impresión en el órgano (y lo mismo es de cualesquiera objetos visibles); ni más, ni menos, si los puntos en que se divide la Música, son de tan breve duración, que el oído no pueda actuarse distintamente de ellos, no percibe armonía, sino confusión. Así este inconveniente segundo, como el primero, se hacen mayores por el abuso que cometen en la práctica los Instrumentistas modernos; los cuales, aunque sean de manos torpes, generalmente hacen ostentación de tañer con mucha velocidad, y comúnmente llevan la sonata con más rapidez que quiere el Compositor, ni pide el carácter de la composición. De donde se sigue perder [299] la Música su propio genio, faltar a la ejecución lo más esencial, que es la exactitud en la limpieza, y oír los circunstantes sólo una trápala confusa. Siga cada uno el paso que le prescribe su propia disposición; que si el que es pesado se esfuerza a correr tanto como el veloz, toda la carrera será tropiezos: y si el que sólo es capaz de correr, quiere volar, presto se hará pedazos.

29. La segunda distinción que hay entre la Música antigua, y moderna, consiste en el exceso de ésta en los frecuentes tránsitos del género diatónico al cromático, y enharmónico, mudando a cada paso los tonos con la introducción de sostenidos, y bemoles. Esto, como se dijo arriba, es bueno, cuando se hace con oportunidad, y moderación. Pero los Italianos hoy se propasan tanto en estos tránsitos, que sacan la armonía de sus quicios. Quien no lo quisiese creer, consulte, desnudo de toda precaución, sus orejas, cuando oyere canciones, o sonatas, que abundan mucho de accidentales.

30. La tercera distinción está en la libertad que hoy se toman los Compositores para ir metiendo en la Música todas aquellas modulaciones, que les van ocurriendo a la fantasía, sin ligarse a imitación, o tema. El gusto que se percibe en esta Música suelta, y, digámoslo así, desgreñada, es sumamente inferior al de aquella hermosa ordenación conque los Maestros del siglo pasado iban siguiendo con amenísima variedad un paso, especialmente cuando era de cuatro voces; así como deleita mucho menos un Sermón de puntos sueltos, aunque conste de buenos discursos, que aquel que

con variedad de noticias, y conceptos va siguiendo conforme a las leyes de la elocuencia el hilo de la idea, según se propuso al principio la planta. No ignoran los Extranjeros el subido precio de estas composiciones, ni faltan entre ellos algunas de éste género excelentes; pero comúnmente huyen de ellas, porque son trabajosas; y así, si una, u otra vez introducen algún paso, luego le dejan, dando libertad a la fantasía para que se vaya por donde quisiere. Los Extranjeros que vienen a España, [300] por lo común son unos meros ejecutores, y así no pueden formar este género de Música, porque pide más ciencia de la que tienen; pero para encubrir su defecto, procuran persuadir acá a todos, que eso de seguir pasos no es de la moda.

§. VIII

31. Esta es la Música de estos tiempos, conque nos han regalado los Italianos, por mano de su aficionado el Maestro Durón, que fue el que introdujo en la Música de España las modas extranjeras. Es verdad que después acá se han apurado tanto estas, que si Durón resucitara, ya no las conociera; pero siempre se le podrá echar a él la culpa de todas estas novedades, por haber sido el primero que les abrió la puerta, pudiendo aplicarse a los aires de la Música Italiana lo que cantó Virgilio de los vientos.

Qua data porta ruunt, & terras turbine perflant.

Y en cuanto a la Música se verifica ahora en los Españoles, respecto de los Italianos, aquella fácil condescendencia a admitir novedades, que Plinio lamentaba en los mismos Italianos, respecto de los Griegos: *Mutatur quotidie ars interpolis, & ingeniorum Graeciae flatu impellimur.*

32. Con todo, no faltan en España algunos sabios Compositores, que no han cedido del todo a la moda; o juntamente con ella, saben componer preciosos rectos de la dulce, y majestuosa Música antigua. Entre quienes no puedo excusarme de hacer segunda vez memoria del suavísimo Literes, Compositor verdaderamente de numen original, pues en todas sus obras resplandece un carácter de dulzura elevada, propia de su genio, y que no abandona aun en los

asuntos amatorios, y profanos; de suerte, que aun en las letras de amores, y galanterías cómicas, tiene un género de nobleza, que sólo se entiende con la parte superior de la alma: y de tal modo despierta la ternura, que deja dormida la lascivia. Yo quisiera que este Compositor siempre trabajara sobre asuntos sagrados, porque el genio de su composición es más propio para fomentar [301] afectos celestiales, que para inspirar amores terrenos. Si algunos echan de menos en él aquella desenvoltura bulliciosa, que celebran en otros, por eso mismo me parece a mí mejor; porque la Música (especialmente en el Templo) pide una gravedad seria, que dulcemente calme los espíritus; no una travesura pueril, que incite a dar castañetadas. Componer de este modo es muy fácil; y así lo hacen muchos: del otro es difícil; y así lo hacen pocos.

§. IX

33. Lo que se ha dicho hasta aquí del desorden de la Música de los Templos, no comprehende sólo las cantadas en lengua vulgar; mas también Salmos, Misas, Lamentaciones, y otras partes del Oficio Divino, porque en todo se ha entrado la moda. En Lamentaciones impresas he visto aquellas mudanzas de aires, señaladas con sus nombres, que se estilan en las cantadas. Aquí se leía *grave,* allí *airoso,* acullá *recitado.* ¿Qué aun en una Lamentación no puede ser todo grave? ¿Y es menester que entren los airecillos de las Comedias en la representación de los más tristes misterios? Si en el Cielo cupiera llanto, lloraría de nuevo Jeremías al ver aplicar tal Música a sus Trenos. ¿Es posible que en aquellas sagradas quejas, donde cada letra es un gemido, donde, según varios sentidos, se lamentan, ya la ruina de Jerusalén por los Caldeos, ya el estrago del mundo por los pecados, ya la aflicción de la Iglesia Militante en las persecuciones, ya en fin la angustia de nuestro Redentor en sus martirios, se han de oír *airosos,* y *recitados*? ¿En el Alfabeto de los Penitentes, como llaman algunos Expositores a los Trenos de Jeremías, han de sonar los aires de festines, y serenatas? ¡Con cuánta más razón se podía exclamar aquí con la censura de Séneca contra Ovidio, porque en la descripción de un objeto tan trágico,

como el Diluvio de Deucalión, introdujo algún verso tanto cuanto ameno! *Non est res satis sobria lascivire devorato Orbe terrarum.* No sonó tan mal la cítara de Nerón, cuando estaba ardiendo Roma, [302] como suena la armonía de los bailes, cuando se están representando tan lúgubres misterios.

34. Y sobre delinquirse en esto contra las reglas de la razón, se peca también contra las leyes de la Música, las cuales prescriben, que el canto sea apropiado a la significación de la letra: y así, donde la letra toda es grave, y triste, grave, y triste debe ser todo el canto.

35. Es verdad que contra esta regla, que es una de las más cardinales, pecan muy frecuentemente los Músicos en todo género de composiciones, unos por defecto, y otros por exceso. Por defecto, aquellos que forman la Música sin atención alguna al genio de la letra; pero en tan grosera falta apenas caen, sino aquellos, que no siendo verdaderamente Compositores, no hacen otra cosa que tejer retazos de sonatas, o coser arrapiezos de las composiciones de otros Músicos.

36. Por exceso yerran los que observando con pueril escrúpulo la letra, arreglan el canto a lo que significa cada dicción de por sí, y no al intento de todo el contexto. Explicaráme un ejemplo de que usa el P. Kirquer, corrigiendo este abuso. Trazaba un Compositor el canto para este versículo, *Mors festinat luctuosa.* ¿Pues qué hizo? En las voces *Mors,* y *Luctuosa* metió una solfa triste; pero en la voz *Festinat,* que está en medio, como significa celeridad, y presteza, plantó unas carrerillas alegres, que al rocín más pesado, si las oyera, le harían dar cabriolas.

37. Otro tanto, y aun peor, vi en una de las Lamentaciones que cité arriba; la cual en la cláusula: *Deposita est vehementer non habens consolatorem,* señalaba *airoso.* ¡Qué bien viene lo airoso para aquella lamentable caída de Jerusalén, o de todo el género humano, oprimido del peso de sus pecados, con la agravante circunstancia de faltar consuelo en la desdicha! Pero la culpa tuvo aquel adverbio *Vehementer,* porque la expresión de vehemencia le pareció al Compositor que pedía Música viva; y así, llegando allí, apretó el paso, y para el *Vehementer* gastó en carrerillas unas cuarenta corcheas; siendo así, que aun [303] esta voz, mirada por sí sola, pedía muy otra Música, porque allí significa lo mismo que

Gravissime, expresando enérgicamente aquella pesadez, o pesadumbre conque la Ciudad de Jerusalén, agobiada de la brumante carga de sus pecados, dio en tierra con Templos, casas, y muros.

38. En este defecto cayó, más que todos, el célebre Durón, en tanto grado, que a veces, dentro de una misma copla variaba seis, u ocho veces los afectos del canto, según se iban variando los que significaban por sí solas las dicciones del verso. Y aunque era menester para esto grande habilidad, como de hecho la tenía, era muy mal aplicada.

§. X

39. Algunos (porque no dejemos esto por decir) juzgan, que el componer la Música apropiada a los asuntos, consiste mucho en la elección de los tonos; y así señalan uno para asuntos graves, otro para los alegres, otro para los luctuosos, &c. Pero yo creo, que esto hace poco, o nada para el caso; pues no hay tono alguno, en el cual no se hayan hecho muy expresivas, y patéticas composiciones para todo género de afectos. El diferente lugar que ocupan los dos semitonos en el diapasón (que es en lo que consiste la distinción de los tonos), es insuficiente para inducir esa diversidad: ya porque donde quiera que se introduzca un accidental (y se introducen a cada paso) altera ese orden: ya porque varias partes, o las más de la composición, variando los términos, cogen los semitonos en otra positura que la que tienen respecto del diapasón. Pongo por ejemplo: Aunque el primer tono, que empieza en *Delasolre,* vaya por este orden, primero un tono, luego un semitono, después tres tonos, a quienes sigue otro semitono, y en fin un tono; los diferentes rasgos de la composición, tomado cada uno de por sí, no siguen ese orden, porque uno empieza en el primer semitono, otro en el tono que está después de él, y así de todas las demás partes del diapasón, y acaban donde más bien le parece al Compositor: conque en cada rasgo de la [304] composición se varía la positura de los semitonos, tanto como en los diferentes diapasones, que constituyen la diversidad de los tonos.

40. Esto se confirma, conque los mayores Músicos están muy discordes en la designación de los tonos, respectivamente a diversos afectos. El que uno tiene por alegre, otro tiene por triste; el que uno por devoto, otro por juguetero. Los dos grandes Jesuitas, el P. Kirquer y el P. Dechales, están en esto tan opuestos, que un mismo tono le caracteriza el P. Kirquer de este modo: *Harmoniosus, magnificus, & regia majestate plenus;* el Padre Dechales dice: *Ad tripudia, & choreas est comparatus, diciturque propterea lascivus;* y poco menos discrepan en señalar los caracteres de otros tonos, bien que no de todos.

41. Lo dicho se entiende de la diversidad esencial de los tonos, que consiste en la diversa positura de los semitonos en el diapasón; pero no de la diversidad accidental, que consiste en ser más altos, o más bajos. Ésta algo puede conducir; porque la misma Música, puesta en voces más bajas, es más religiosa, y grave; y trasladada a las altas, perdiendo un poco de la majestad, adquiere algo de viveza alegre; por cuya razón soy de sentir, que las composiciones para las Iglesias no deben ser muy subidas: pues sobre que las voces en el canto van comúnmente violentas, y por tanto suenan ásperas, carecen de aquel fácil juego, que es menester para dar las afecciones que pide la Música, y aun muchas veces claudican en la entonación: digo, que a más de estos inconvenientes, no mueven tanto los afectos de respeto, devoción, y piedad, como si se formaran en tono más bajo.

§. XI

42. Por la misma razón estoy mal con la introducción de los Violines en las Iglesias. Santo Tomás en el lugar citado arriba, quiere que ningún instrumento músico se admita en el Templo, por la razón de que estorba a la devoción aquella delectación sensible, [305] que ocasiona la Música instrumental. Pero esta razón es difícil de entender, habiendo dicho el Santo, que la delectación que se percibe en el canto, induce a devoción a los espíritus flacos; y no parece que hay disparidad de una a otra; porque si se dice que la significación de la letra que se canta, ofreciendo a la memoria las

cosas divinas, hace que la delectación en el canto sirva como de vehículo, que lleve el corazón hacia ellas; lo mismo sucederá en la delectación del instrumento que acompaña la letra, y el canto. Añádese a esto, que el Santo en el mismo lugar aprueba el uso de los instrumentos músicos en la sinagoga, por la razón de que aquel Pueblo, como duro, y carnal, convenía que con este medio se provocase a la piedad. Luego por lo menos para semejantes genios convienen en la Iglesia los instrumentos músicos. Y por consiguiente, siendo de este jaez muchísimos de los que concurren a la Iglesia en estos tiempos, siempre serán de grande utilidad los instrumentos. Fuera de que no puedo entender cómo la delectación sensible, que ocasiona la Música instrumental, induzca a devoción a los que por su dureza están menos dispuestos para ella, y la impida en los que tienen el corazón más apto para el culto divino.

43. Conozco, y confieso que es mucho más fácil que yo no entienda a Santo Tomas, que no que el Santo dejase de decir muy bien. Mas en fin, la práctica universal de toda la Iglesia autoriza el uso de los instrumentos. El caso está en la elección de ellos. Y por mí digo, que los Violines son impropios en aquel sagrado teatro. Sus chillidos, aunque armoniosos, son chillidos, y excitan una viveza como pueril en nuestros espíritus, muy distante de aquella atención decorosa que se debe a la majestad de los Misterios; especialmente en este tiempo, que los que componen para Violines, ponen estudio en hacer las composiciones tan subidas, que el ejecutor vaya a dar en el puente con los dedos.

44. Otros instrumentos hay respetosos, y graves, como la Arpa, el Violón, la Espineta, sin que sea inconveniente [306] de alguna monta que falten Tiples en la Música instrumental. Antes con eso será más majestuosa, y seria, que es lo que en el Templo se necesita. El Órgano es un instrumento admirable, o un compuesto de muchos instrumentos. Es verdad que los Organistas hacen de él, cuando quieren, Gaita, y Tamboril; y quieren muchas veces.

§. XII

45. No será fuera del intento, antes muy conforme a él, decir aquí

algo de la Poesía que hoy se hace para las cantadas del Templo, o como llaman, *a lo Divino*. Sin temeridad me atreveré a pronunciar que la Poesía en España está mucho más perdida que la Música. Son infinitos los que hacen coplas, y ninguno es Poeta. Si se me pregunta cuáles son las artes más difíciles de todas, responderé que la Médica, Poética, y Oratoria. Y si se me pregunta cuales son las más fáciles, responderé que la Poética, Oratoria, y Médica. No hay Licenciado, que si quiere, no haga coplas. Cuantos Religiosos Sacerdotes hay, suben al púlpito; y cuantos estudian Medicina hallan partido. ¿Pero adónde está el Médico verdaderamente sabio, el Poeta cabal, y el Orador perfecto?

46. Nuestro eruditísimo Monje D. Juan de Mabillon en su libro de Estudios Monásticos, dice que un Poeta excelente es una alhaja rarísima. Y yo me conformo con su dictamen: porque si se mira bien, ¿dónde se encuentra, entre tantas coplas como salen a la luz, una sola, que (dejando otras muchas calidades) sea juntamente natural, y sublime, dulce, y eficaz, ingeniosa, y clara, brillante sin afectación, sonora sin turgencia, armoniosa sin impropiedad, corriente sin tropiezo, delicada sin melindre, valiente sin dureza, hermosa sin afeite, noble sin presunción, conceptuosa sin obscuridad? Casi osaré decir, que quien quisiere hallar un Poeta que haga versos de este modo, le busque en la Región donde habita el Fénix.

47. Por lo menos en España, según todas las apariencias, hoy no hay que buscarle, porque está la Poesía en [307] un estado lastimoso. El que menos mal lo hace (exceptuando uno, u otro raro) parece que estudia en cómo lo ha de hacer mal. Todo el cuidado se pone en hinchar el verso con hipérboles irracionales, y voces pomposas: conque sale una Poesía hidrópica confirmada, que da asco, y lástima verla. La propiedad, y naturalidad, calidades esenciales, sin las cuales, ni la Poesía, ni la Prosa, jamás pueden ser buenas, parece que andan fugitivas de nuestras composiciones. No se acierta con aquel resplandor nativo, que hace brillar el concepto; antes los mejores pensamientos se desfiguran con locuciones afectadas: al modo que cayendo el aliño de una mujer hermosa en manos indiscretas, con ridículos afeites se le estraga la belleza de las facciones.

48. Esto en general de la Poesía Española moderna; pero la peor es la que se oye en las Cantinelas Sagradas. Tales son, que fuera mejor cantar coplas de ciegos; porque al fin estas tienen sus afectos devotos, y su misma rústica sencillez está en cierto modo haciendo señas a la buena intención. Toda la gracia de las cantadas que hoy suenan en las Iglesias, consiste en equívocos bajos, metáforas triviales, retruécanos pueriles. Y lo peor es, que carecen enteramente de espíritu, y moción, que es lo principal, o lo único que se debiera buscar. En esta parte han pecado aun los buenos Poetas. D. Antonio de Solís fue sin duda nobilísimo Ingenio, y que entendió bien todos los primores de la Poesía, excediéndose a sí mismo, y excediendo a todos en pintar los afectos con tan propias, íntimas, y sutiles expresiones, que parece que los da mejor a conocer su pluma, que la experiencia. Con todo, en sus Letrillas sacras se nota una extraña decadencia; pues no se encuentra en ellas aquella nobleza de pensamientos, aquella delicadeza de expresiones, aquella moción de afectos que se hallan a cada paso en otras Poesías líricas suyas. Y no es porque le faltase numen para asuntos sagrados; pues sus Endechas a la conversión de San Francisco de Borja, son lo mejor que él hizo, y acaso lo más sublime que [308] hasta ahora se ha compuesto en Lengua Castellana.

49. Creo que esto ha dependido de que así Solís, como otros Poetas de habilidad, a estas Letrillas, que se hacen para las festividades, las han mirado como cosa de juguete, siendo así que ninguna otra composición pide atenderse con tanta seriedad. ¿Qué asunto más noble que el de estas composiciones, donde ya se elogian las virtudes de los Santos, ya se representa la excelencia de los Misterios, y atributos divinos? Aquí es donde se habían de esforzar más los que tienen numen. ¿Qué empleo más digno de un genio ventajoso, que pintar la hermosura de la virtud, de suerte que enamore: representar la fealdad del vicio, de modo que horrorice: elogiar a Dios, y a sus Santos, de forma que el elogio encienda a la imitación, y al culto? Lo grande de la Poesía es aquella actividad persuasiva, que se mete dentro de la alma, y mueve el corazón hacia la parte que quiere el Poeta. Este no es juego de niños (dice nuestro Mabillon, hablando de la Poesía): mucho menos será juego de niños la Poesía Sagrada. Con todo, la que se canta en nuestras

Iglesias no es otra cosa.

50. Aun aquellos, cuyas composiciones se estiman, no hacen otra cosa, que preparar los conceptillos, que les ocurren sobre el asunto; y aunque no tengan entre sí unión de respecto, o conducencia a algún designio, los distribuyen en las coplas, de modo que todo lo que se llama dicho, o concepto, aunque uno vaya para Flandes, y otro para Marruecos, se hace que entre en el contexto. Y como cada copla diga algo (así se explican) aunque sea sin moción, espíritu, ni fuerza: mas es, aunque sea sin orden, ni dirección a fin determinado, se dice, que es buena composición; siendo así, que ni merece nombre de composición, como no merece nombre de edificio un montón de piedras, ni el nombre de pintura cualquier agregado de colores.

51. La sentencia aguda, el chiste, el donaire, el concepto, son adornos precisos de la Poesía; pero se han de [309] ver en ella, no como que son buscados con estudio, sí como que al Poeta se le vienen a la mano. El ha de seguir su camino según el rumbo propuesto, echando mano sólo de aquellas flores que encuentra al paso, o que nacen en el mismo camino. Así lo hicieron aquellos grandes Maestros los Virgilios, los Ovidios, los Horacios, y cuanto tuvo de ilustre la antigüedad en este Arte. Hacer coplas, que no son más que unas masas informes de conceptillos, es una cosa muy fácil, y juntamente muy inútil, porque no hay en ellas, ni cabe alguno de los primores altos de la Poesía. ¿Qué digo primores altos de la Poesía? Ni aun las calidades, que son de su esencia.

52. Pero aún no he dicho lo peor que hay en las cantadas a lo divino; y es, que ya que no todas, muchísimas están compuestas al genio burlesco. Con gran discreción por cierto: porque las cosas de Dios son cosas de entremés. ¿Qué concepto darán del inefable Misterio de la Encarnación mil disparates puestos en las bocas de Gil, y Pascual? Déjolo aquí, porque me impaciento de considerarlo. Y a quien no le disonare tan indigno abuso por sí mismo, no podré yo convencerle con argumento alguno.

Discurso XV

Paralelo de las Lenguas Castellana, y Francesa

§. I

1. Dos extremos, entrambos reprehensibles, noto en nuestros Españoles en orden a las cosas nacionales. Unos las engrandecen hasta el Cielo: otros las abaten [310] hasta el abismo. Aquellos, que ni con el trato de los extranjeros, ni con la lectura de los libros, espaciaron su espíritu fuera del recinto de su patria, juzgan que cuanto hay de bueno en el mundo está encerrado en ella. De aquí aquel bárbaro desdén conque miran a las demás Naciones, asquean su idioma, abominan sus costumbres, no quieren escuchar, o escuchan con irrisión sus adelantamientos en artes, y ciencias. Bástales ver a otro Español con un libro Italiano, o Francés en la mano, para condenarle por genio extravagante, y ridículo. Dicen que cuanto hay bueno, y digno de ser leído, se halla escrito en los dos idiomas Latino, y Castellano. Que los libros extranjeros, especialmente Franceses, no traen de nuevo sino bagatelas, y futilidades; pero del error que padecen en esto, diremos algo abajo.

2. Por el contrario los que han peregrinado por varias tierras, o sin salir de la suya comerciado con extranjeros, si son picados tanto cuanto de la vanidad de espíritus amenos, inclinados a lenguas, y noticias, todas las cosas de otras Naciones miran con admiración; las de la nuestra con desdén. Sólo en Francia, pongo por ejemplo, reinan, según su dictamen, la delicadeza, la policía, el buen gusto. Acá todo es rudez, y barbarie. Es cosa graciosa ver a algunos de

estos Nacionalistas (que tomo por lo mismo que Antinacionales) hacer violencia a todos sus miembros, para imitar a los extranjeros en gestos, movimientos, y acciones, poniendo especial estudio en andar como ellos andan, sentarse como se sientan, reírse como se ríen, hacer la cortesía como ellos la hacen, y así de todo lo demás. Hacen todo lo posible por desnaturalizarse; y yo me holgaría que lo lograsen enteramente, porque nuestra Nación descartase tales figuras.

3. Entre éstos, y aun fuera de éstos, sobresalen algunos apasionados amantes de la lengua Francesa, que prefiriéndola con grandes ventajas a la Castellana, ponderan sus hechizos, exaltan sus primores; y no pudiendo sufrir ni una breve ausencia de su adorado idioma, con algunas [311] voces que usurpan de él, salpican la conversación, aun cuando hablan en Castellano. Esto en parte puede decirse que ya se hizo moda; pues los que hablan Castellano puro, casi son mirados como hombres del tiempo de los Godos.

§. II

4. Yo no estoy reñido con la curiosa aplicación a instruirse en las lenguas extranjeras. Conozco que son ornamento, aun cuando estén desnudas de utilidad. Veo que se hicieron inmortales en las Historias Mitrídates, Rey de Ponto, por saber veinte y dos idiomas diferentes: Cleopatra, Reina de Egipto, por ser su lengua, como la llama Plutarco, órgano, en quien, variando a su arbitrio los registros, sonaban alternativamente las voces de muchas Naciones: Amalasunta, hija de Teodorico, Rey de Italia, porque hablaba las lenguas de todos los Reinos que comprehendía el Imperio Romano. No apruebo la austeridad de Catón, para quien la aplicación a la lengua Griega era corrupción digna de castigo; ni el escrupuloso reparo de Pomponio Leto, que huía como de un áspid del conocimiento de cualquiera voz Griega, por el miedo de manchar con ella la pureza Latina.

5. A favor de la lengua Francesa se añade la utilidad, y aun casi necesidad de ella, respecto de los sujetos inclinados a la lectura curiosa, y erudita. Sobre todo género de erudición se hallan hoy

muy estimables libros escritos en idioma Francés, que no pueden suplirse con otros, ni Latinos, ni Españoles. Pongo por ejemplo. Para la Historia Sagrada, y Profana no hay en otra lengua prontuario equivalente *al gran Diccionario Histórico de Moreri*: porque el que desea un resumen de los hechos de algún sujeto, ignorando la era en que floreció, en defecto del Diccionario Histórico, será menester revuelva muchos libros con gran dispendio de tiempo, y en el Diccionario, siguiendo el orden alfabético, al momento halla lo que busca. Asimismo para la Geografía son prontísimo socorro los Diccionarios Geográficos de *Miguel Braudrand,* y *Tomás Cornelio;* [312] cuando faltando éstos, el que quiere instruirse de las particularidades de alguna Ciudad, monte, o río, si ignora la región donde están situados, habrá de revolver muy de espacio los agigantados volúmenes de Gerardo Mercator, Abraham Ortelio, Bleu, Sansón, o La-Fer.

6. De la Física experimental (que es la única que puede ser útil) se han escrito en el idioma Francés muchos, y curiosos libros, cuyas noticias no se hallan en otros. *La Historia de la Academia Real de las Ciencias,* es muy singular en este género, como también en infinitas observaciones Astronómicas, Químicas, y Botánicas, cuyo cúmulo no se encontrará, ni su equivalente, en libro alguno Latino, mucho menos en Castellano.

7. De Teología Dogmática dieron los Franceses a luz en el patrio idioma preciosas obras. Tales son algunas del famoso *Antonio Arnaldo,* y todas las del insigne Obispo Meldense *Jacobo Benigno Bosuet,* especialmente su *Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes;* y la *Exposición de la doctrina de la Iglesia Católica, sobre las materias de controversia*: escritos verdaderamente incomparables, y que redujeron más Herejes a la Religión verdadera, que todos los rigores justamente practicados con ellos por el gran Luis XIV en que no se deroga a la grande estimación que se merecen los inmortales escritos del Cardenal Belarmino, y otros Controversistas anteriores. Ni éstos hacen evitar la necesidad de aquéllos; porque los nuevos efugios, que después de Belarmino discurrieron los Protestantes, y las variaciones, o novedades que introdujeron en sus dogmas, precisaron a buscar contra ellos otras armas, o por lo menos a dar nuevos filos a las que estaban depositadas en los grandes

armamentarios de los Controversistas antecedentes.

8. Para la inteligencia literal de toda la Escritura Sagrada reina hoy en la estimación de todos los Profesores la admirable exposición, que poco ha dio a luz el sapientísimo Benedictino *D. Agustín Calmet,* como un magisterio destilado a la llama de la más juiciosa crítica de cuanto bueno se había escrito en todos los siglos anteriores sobre [313] tan noble asunto. En que logró también el P. Calmet la ventaja de aprovecharse de las nuevas luces, que en estos tiempos adquirió la Geografía, para ilustrar muchos lugares, antes poco entendidos, de la Escritura.

9. Para el más perfecto conocimiento del poder, gobierno, religión, y costumbres de muchos Reinos distantes, nadie negará la gran conducencia de las relaciones de *Tabernier, Tevenot,* y otros célebres Viajeros Franceses. Otros muchos libros hay escritos en el vulgar idioma de la Francia, singulares cada uno en su clase, o para determinada especie de erudición: como las *Noticias de la República de las Letras*: las *Memorias de Trevoux*: el *Diario de los Sabios de París*: la *Biblioteca Oriental de Herbelot, &c.*

10. Así que el que quisiere limitar su estudio a aquellas facultades, que se enseñan en nuestras Escuelas, Lógica, Metafísica, Jurisprudencia, Medicina Galénica, Teología Escolástica, y Moral, tiene con la lengua Latina cuanto ha menester. Mas para sacar de este ámbito, o su erudición, o su curiosidad, debe buscar como muy útil, si no absolutamente necesaria, la lengua Francesa. Y esto basta para que se conozca el error de los que reprueban como inútil la aplicación a este idioma.

§. III

11. Mas no por eso concederemos, ni es razón, alguna ventaja a la lengua Francesa sobre la Castellana. Los excesos de una lengua respecto de otra, pueden reducirse a tres capítulos, *Propiedad, Armonía,* y *Copia.* Y en ninguna de estas calidades cede la lengua Castellana a la Francesa.

12. En la propiedad juzgo, contra el común dictamen, que todas las lenguas son iguales en cuanto a todas aquellas voces, que

específicamente significan determinados objetos. La razón es clara, porque la propiedad de una voz no es otra cosa, que su específica determinación a significar tal objeto; y como ésta es arbitraria, o dependiente de [314] la libre voluntad de los hombres, supuesto que en una Región esté tal voz determinada a significar tal objeto, tan propia es como otra cualquiera que le signifique en idioma diferente. Así no se puede decir, pongo por ejemplo, que el verbo Francés *tromper* sea más, ni menos propio que el Castellano *engañar;* la voz *rien,* que la voz *nada.* Puede haber entre dos lenguas la desigualdad de que una abunde más de voces particulares, o específicas. Mas esto en rigor será ser más copiosa, que es capítulo distinto, quedando iguales en la propiedad en orden a todas las voces específicas que haya en una, y otra.

13. De la propiedad del idioma se debe distinguir la propiedad del estilo; porque ésta dentro del mismo Idioma admite más, y menos, según la habilidad, y genio del que habla, o escribe. Consiste la propiedad del estilo en usar de las locuciones más naturales, y más inmediatamente representativas de los objetos. En esta parte, si se hace el cotejo entre Escritores modernos, no puedo negar que por lo común hacen ventaja los Franceses a los Españoles. En aquéllos se observa más naturalidad; en éstos más afectación. Aun en aquellos Franceses, que más sublimaron el estilo, como el Arzobispo de Cambray Autor del *Telémaco,* y Magdalena Scuderi, se ve que el arte está amigablemente unido con la naturaleza. Resplandece en sus obras aquella gala nativa, única hermosura, conque el estilo hechiza al entendimiento. Son sus escritos como jardines, donde las flores espontáneamente nacen; no como lienzos, donde estudiosamente se pintan. En los Españoles, picados de cultura, dio en reinar de algún tiempo a esta parte una afectación pueril de tropos retóricos, por la mayor parte vulgares, una multiplicación de epítetos sinónimos, una colocación violenta de voces pomposas, que hacen el estilo, no gloriosamente majestuoso, sí asquerosamente entumecido. A que añaden muchos una temeraria introducción de voces, ya Latinas, ya Francesas, que debieran ser descaminadas como contrabando del idioma, o idioma de contrabando en estos Reinos. Ciertamente en España son [315] pocos los que distinguen el estilo sublime del afectado, y muchos

los que confunden uno con otro.

14. He dicho que por lo común hay este vicio en nuestra Nación, pero no sin excepciones, pues no faltan Españoles que hablan, y escriben con suma naturalidad, y propiedad el idioma nacional. Sirvan por todos, y para todos de ejemplares D. Luis de Salazar y Castro, Archivo grande, no menos de la lengua Castellana antigua, y moderna en toda su extensión, que de la Historia, la Genealogía, y la Crítica más sabia; y el Mariscal de Campo Vizconde de Puerto, que con sus excelentes libros de *Reflexiones Militares* dio tanto honor a la Nación Española entre las extranjeras. No nacen, pues, del idioma Español la impropiedad, o afectación de algunos de nuestros compatriotas, sí de falta de conocimiento del mismo idioma, o defecto de genio, o corrupción de gusto.

§. IV

15. En cuanto a la armonía, o grato sonido del idioma, no sé cuál de dos cosas diga: o que no hay exceso de unos idiomas a otros en esta parte; o que no hay Juez capaz de decidir la ventaja. A todos suena bien el idioma nativo, y mal el forastero, hasta que el largo uso le hace propio. Tenemos hecho concepto de que el Alemán es áspero; pero el P. Kirquer, en su Descripción de la *Torre de Babel,* asegura que no cede en elegancia a otro alguno del mundo. Dentro de España parece a Castellanos, y Andaluces humilde, y plebeya la articulación de la *Jota,* y la *G* de Portugueses, y Gallegos. Pero los Franceses, que pronuncian del mismo modo, no sólo las dos letras dichas, mas también la *Ch,* escuchan con horror la articulación Castellana, que resultó en estos Reinos del hospedaje de los Africanos. No hay Nación, que pueda sufrir hoy el lenguaje, que en ella misma se hablaba doscientos años ha. Los que vivían en aquel tiempo gustaban de aquel lenguaje, sin tener el órgano del oído diferente en nada de los que viven ahora; y si resucitasen, tendrían por [316] bárbaros a sus propios compatriotas. El estilo de Alano Chartier, Secretario del Rey Carlos VII de Francia, fue encanto de su siglo; en tal grado, que la Princesa Margarita de Escocia, esposa del Delfín, hallándole una vez dormido en la antesala de Palacio, en

honor de su rara facundia, a vista de mucha Corte, estampó un ósculo en sus labios. Digo que en honor de su rara facundia, y sin intervención de alguna pasión bastarda, por ser Alano extremamente feo; y así, reconvenida sobre este capítulo por los asistentes, respondió, que había besado, no aquella feísima cara, sino aquella hermosísima boca. Y hoy, tanto las Prosas, como las Poesías de Alano, no pueden leerse en Francia sin tedio: habiendo variado la lengua Francesa de aquel siglo a éste mucho más que la Castellana. ¿Qué otra cosa que la falta de uso convirtió en disonancia ingrata aquella dulcísima armonía?

16. De modo, que puede asegurarse que los idiomas no son ásperos, o apacibles, sino a proporción que son, o familiares, o extraños. La desigualdad verdadera está en los que los hablan, según su mayor, o menor genio, y habilidad. Así entre los mismos Escritores Españoles (lo mismo digo de las demás Naciones) en unos vemos un estilo dulce, en otros áspero: en unos enérgico, en otros lánguido: en unos majestuoso, en otros abatido. No ignoro que en opinión de muchos Críticos hay unos idiomas más oportunos que otros, para exprimir determinados afectos. Así se dice, que para representaciones trágicas no hay lengua como la Inglesa. Pero yo creo que el mayor estudio que los Ingleses, llevados de su genio feroz, pusieron en las piezas dramáticas de este carácter, por la complacencia que logran de ver imágenes sangrientas en el teatro, los hizo más copiosos en expresiones representativas de un coraje bárbaro, sin tener parte en esto la índole del idioma. Del mismo modo la propiedad que algunos encuentran en las composiciones Portuguesas, ya Oratorias, ya Poéticas, para asuntos amatorios, se debe atribuir, no al genio del lenguaje, sino al de la Nación. Pocas veces se explica mal lo que [317] se siente bien; porque la pasión que manda en el pecho, logra casi igual obediencia en la lengua, y en la pluma.

17. Una ventaja podrá pretender la lengua Francesa sobre la Castellana, deducida de su más fácil articulación. Es cierto que los Franceses pronuncian más blando, los Españoles más fuerte. La lengua Francesa (digámoslo así) se desliza: la Española golpea. Pero lo primero, esta diferencia no está en la substancia del idioma, sino en el accidente de la pronunciación: siendo cierto que una misma

dicción, y una misma letra puede pronunciarse, o fuerte, o blanda, según la varia aplicación del órgano, que por la mayor parte es voluntaria. Y así no faltan Españoles que articulen con mucha suavidad: y aun creo que casi todos los hombres de alguna policía hoy lo hacen así. Lo segundo digo, que aun cuando se admitiese esta diferencia entre los dos idiomas, más razón habría de conceder el exceso al Castellano: siendo prenda más noble del idioma una valentía varonil, que una blandura afeminada.

18. Marco Antonio Mureto, en sus Notas sobre Catulo, notó en los Españoles el defecto de hablar hueco, y fanfarrón: *More patrio inflatis buccis loquentes.* Yo confieso que es ridiculez hablar hinchando las mejillas, como si se inspirase el aliento a una trompeta, y en una conversación de paz entonar la solfa de la ira. Pero este defecto no existe sino en los plebeyos, entre quienes el esfuerzo material de los labios pasa por suplemento de la eficacia de las razones.

§. V

19. En la copia de voces (único capítulo, que puede desigualar substancialmente los idiomas) juzgo que excede conocidamente el Castellano al Francés. Son muchas las voces Castellanas, que no tienen equivalente en la lengua Francesa; y pocas he observado en ésta, que no le tengan en la Castellana. Especialmente de voces compuestas abunda tanto nuestro idioma, que dudo que le iguale aun el Latino, ni otro alguno, exceptuando al Griego. [318] El Canciller Bacon, ofreciéndose hablar {(a) *De Inter. rerum, cap. 38.*} de aquella versatilidad política, que constituye a los hombres capaces de manejar en cualquiera ocurrencia su fortuna, confiesa que no halla en alguna de las cuatro lenguas, Inglesa, Latina, Italiana, y Francesa, voz que signifique lo que la Castellana *desenvoltura.* Y acá estamos tan de sobra, que para significar lo mismo tenemos otras dos voces equivalentes; *despejo,* y *desembarazo.*

20. Nótese, que en todo género de asuntos escribieron bien algunas plumas Españolas, sin mendigar nada de otra lengua. La

elegancia, y pureza de D. Carlos Coloma, y D. Antonio de Solís en materia de Historia, no tiene que envidiar a los mejores Historiadores Latinos. Las Empresas Políticas de Saavedra fundieron a todo Tácito en Castellano sin el socorro de otro idioma. Las Teologías, Expositiva, y Moral, se hallan vertidas en infinitos Sermones de bello estilo. ¿Qué Autor Latino escribió con más claridad, y copia la Mística, que Santa Teresa? ¿Ni la Escolástica en los puntos más sublimes de ella, que la Madre María de Agreda? En los asuntos Poéticos ninguno hay que las Musas no hayan cantado con alta melodía en la lengua Castellana. Garcilaso, Lope de Vega, Góngora, Quevedo, Mendoza, Solís, y otros muchos, fueron cisnes sin vestirse de plumas extranjeras. Singularmente se ve que la lengua Castellana tiene para la Poesía Heróica tanta fuerza como la Latina en la traducción de Lucano, que hizo D. Juan de Jáuregui: donde aquella arrogante valentía, que aún hoy asusta a los más apasionados de Virgilio, se halla con tanta integridad trasladada a nuestro idioma, que puede dudarse en quién brilla más espíritu, si en la copia, si en el original. Últimamente, escribió de todas las Matemáticas (estudio en que hasta ahora se habían descuidado los Españoles) el P. Vicente de Tosca, corriendo su dilatado campo sin salir del patrio idioma. En tanta variedad de asuntos se explicaron excelentemente los [319] Autores referidos, y otros infinitos que pudiera alegar, sin tomar ni una voz de la lengua Francesa. ¿Pues a qué propósito nos las introducen ahora?

21. El empréstito de voces, que se hacen unos idiomas a otros, es sin duda útil a todos; y ninguno hay que no se haya interesado en este comercio. La lengua Latina quedaría en un árido esqueleto, si le hiciesen restituir todo lo que debe a la Griega. La Hebrea, con ser madre de todas, de todas heredó después algunas voces, como afirma S. Jerónimo: *Omnium pene linguarum verbis utuntur Hebraei* {(a) *In cap. 7 Isai.*}. Lo más singular es, que siendo la Castellana, que hoy se usa, dialecto de la Latina, se halla que la Latina mendigó algunas voces de la lengua antigua Española. Aulo Gelio, citando a Barron, dice, que la voz *Lancea* la tomaron los Latinos de los Españoles {(b) *Noct. Attic. lib. 15 cap. 3.*}. Y Quintiliano, que la voz *Gurdus,* que significa hombre rudo, o de corta capacidad, fue trasladada de España a Roma: *Et gurdos, quos pro stolidis accipit*

vulgus, ex Hispania traxisse originem audivi {(c) *Lib. 1 Instit. Orat. cap. 9.*}.

22. Pero cuando el idioma nativo tiene voces propias, ¿para qué se han de substituir por ellas las del ajeno? Ridículo pensamiento el de aquellos, que, como notaba Cicerón en un amigo suyo, con voces inusitadas juzgan lograr opinión de discretos: *Qui recte putabat loqui esse inusitate loqui* {(d) *Lib. 3 de Orat.*}. Ponen por medio el no ser entendidos, para ser reputados por entendidos; cuando el huirse con voces extrañas de la inteligencia de los oyentes, en vez de avecindarse en la cultura, es, en dictamen de S. Pablo, hospedarse en la barbarie: *Si nesciero virtutem vocis, ero ei, cui loquor, barbarus: & qui loquitur, mihi barbarus.*

23. A infinitos Españoles oigo usar de la voz *Remarcable,* diciendo: *Es un suceso remarcable, una cosa remarcable.* [320] Esta voz Francesa no significa más, ni menos que la Castellana *Notable;* así como la voz *Remarque,* de donde viene *Remarcable,* no significa más, ni menos que la voz Castellana *Nota,* de donde viene *Notable.* Teniendo, pues, la voz Castellana la misma significación que la Francesa, y siendo por otra parte más breve, y de pronunciación menos áspera, ¿no es extravagancia usar de la extranjera, dejando la propia? Lo mismo puedo decir de muchas voces, que cada día nos traen de nuevo las Gacetas.

24. La conservación del idioma patrio es de tanto aprecio en los espíritus amantes de la Nación, que el gran juicio de Virgilio tuvo este derecho por digno de capitularse entre dos Deidades, Júpiter, y Juno, al convenirse en que los Latinos admitiesen en su tierra a los Troyanos.

Sermonem Ausonium patrium, moresque tenebunt.

No hay que admirar; pues la introducción del lenguaje forastero es nota indeleble de haber sido vencida la Nación, a quien se despojó de su antiguo idioma. Primero se quita a un Reino la libertad, que el idioma. Aun cuando se cede a la fuerza de las armas, lo último que se conquista son lenguas, y corazones. Los antiguos Españoles, conquistados por los Cartagineses, resistieron constantemente (como prueba Aldrete en sus *Antigüedades de España*) la introducción de la lengua Púnica. Dominados después por los Romanos, tardaron mucho en sujetarse a la Latina. ¿Diremos

que son legítimos descendientes de aquellos los que hoy sin necesidad estudian en afrancesar la Castellana?

25. En la forma, pues, que está hoy nuestra lengua, puede pasar sin los socorros de otra alguna. Y uno de los motivos que he tenido para escribir en Castellano esta Obra, en cuya prosecución apenas habrá género de literatura, o erudición que no se toque, fue mostrar, que para escribir en todas materias, basta por sí solo nuestro idioma sin los subsidios del ajeno; exceptuando empero algunas voces facultativas, cuyo empréstito es indispensable de unas Naciones a otras. [321]

§. VI

26. Aunque el motivo por que hemos discurrido en el cotejo de la lengua Castellana con la Francesa, no milita respecto de la Italiana, porque ésta aún no ganó la afición, ni se hizo en España de la moda: la ocasión convida a decir algo de ella, y juntamente de la Lusitana, por comprehender en el Paralelo, para satisfacción de los curiosos, todos los dialectos de la Latina.

27. He dicho *por comprehender todos los dialectos de la Latina,* porque aunque éstos vulgarmente se reputan ser no más que tres, el Español, el Italiano, y el Francés, el P. Kirquer, Autor desapasionado {(a) *De Turri Babel, lib. 3 cap. 1.*}, añade el Lusitano: en que, advierto, se debe incluir la lengua Gallega, como en realidad indistinta de la Portuguesa, por ser poquísimas las voces en que discrepan, y la pronunciación de las letras en todo semejante: y así se entienden perfectamente los individuos de ambas Naciones, sin alguna instrucción antecedente.

28. Que la lengua Lusitana, o Gallega se debe considerar dialecto separado de la Latina, y no subdialecto, o corrupción de la Castellana, se prueba, a mi parecer con evidencia, del mayor parentesco que tiene aquélla, que ésta, con la Latina. Para quien tiene conocimiento de estas lenguas no puede haber duda de que por lo común las voces Latinas han degenerado menos en la Portuguesa. Esto no pudiera ser, si la lengua Portuguesa fuese corrupción, o subdialecto de la Castellana: siendo cierto, que con

cuantas más mutaciones se aparta una lengua de la fuente, tanto se aleja más de la pureza de su origen.

29. Si por el mayor parentesco que tiene un dialecto con su lengua original, o menor desvío, que padeció de ella, se hubiese de regular su valor entre todos los dialectos de la Latina, daríamos la preferencia a la lengua Italiana, y en segundo lugar pondríamos la Portuguesa. A algunos [322] les parecerá deber hacerse así; porque siendo una especie de corrupción aquella declinación, que insensiblemente va haciendo la lengua primordial hacia su dialecto, parece se debe tener por menos corrompido, y por consiguiente por menos imperfecto, aquel dialecto en quien fue menor el desvío.

30. Sin embargo, esta razón tiene más apariencia que solidez. Lo primero, porque la corrupción, de que se habla, no es propia, sino metafóricamente tal. Lo segundo, porque aunque pueda llamarse corrupción aquel perezoso tránsito, conque la lengua original va declinando al dialecto; pero después que éste, logrando su entera formación, está fijado, ya no hay corrupción, ni aun metafórica. Esto se ve en las cosas físicas, donde, aunque se llama corrupción, o se asienta que la hay en aquel estado vial conque la materia pasa de una forma a otra; pero cuando la nueva forma se considera en estado permanente, o *in facto esse,* como se explican los Filósofos de la Escuela, nadie dice que hay entonces corrupción: ni el nuevo compuesto se puede llamar en alguna manera corrompido. Y así, como a veces sucede, que no obstante la corrupción que precedió en la introducción de la nueva forma, el nuevo compuesto es más perfecto que el antecedente, podría también suceder, que mediante la corrupción del primer idioma, se engendrase otro más copioso, y más elegante que aquel de donde trae su origen.

31. Por este principio, pues, no se puede hacer juicio de la calidad de los dialectos. Y excluido éste, no veo otro por donde de los tres dialectos en cuestión se deba dar preferencia a alguno sobre los otros. Paréceme que la lengua Italiana suena mejor que las demás en la Poesía. Pero también juzgo, que esto no nace de la excelencia del idioma, sí del mayor genio de los naturales, o mayor cultivo de este Arte. Aquella fantasía, propia a animar los rasgos en la pintura, es, por la simbolización de las dos Artes, la más acomodada a exaltar los colores de la Poética: *Ut pictura poesis erit.*

Después de los poemas de Homero, y [323] Virgilio, no hay cosa que iguale en el género a la *Jerusalén* del Taso.

32. Los Franceses notan las Poesías Italiana, y Española de muy hiperbólicas. Dicen que las dos Naciones dan demasiado al entusiasmo, y por excitar la admiración, se alejan de la verisimilitud. Pero yo digo, que quien quiere que los Poetas sean muy cuerdos, quiere que no haya Poetas. El furor es la alma de la Poesía. El rapto de la mente es el vuelo de la pluma: *Impetus ille sacer, qui vatum pectora nutrit,* dijo Ovidio. En los Poetas Franceses se ve, que por afectar ser muy regulares en sus pensamientos, dejan sus composiciones muy lánguidas. Cortan a las Musas las alas, o con el peso del juicio les abaten al suelo las plumas. Fuera de que también la cadencia de sus rimas es desairada. Pero la crisis de la Poesía se hará de intento en otro Tomo.

Corolario

33. Habiendo dicho arriba por incidencia, que el idioma Lusitano, y el Gallego son uno mismo, para confirmación de nuestra proposición, y para satisfacer la curiosidad de los que se interesaren en la verdad de ella, expondremos aquí brevemente la causa más verisímil de esta identidad.

34. Es constante en las Historias, que el año 400, y pocos más de nuestra Redención, fue España inundada de la violenta irrupción de los Godos, Vándalos, Suevos, Alanos, y Selingos, Naciones Septentrionales. Que de éstos, los Suevos, debajo de la conducta de su Rey Hermenerico, se apoderaron de la Galicia, donde reinaron gloriosamente por más de 170 años, hasta que los despojó de aquel florentísimo Reino Leovigildo, Rey de los Godos. Es asimismo cierto, que no sólo dominaron los Suevos la Galicia, mas también la mayor parte de Portugal. Manuel de Faria, en el Epítome de las Historias Portuguesas {(a) *Part. 2 cap. 3.*}, con [324] Fr. Bernardo de Brito, y otros Autores de su Nación, quiere que no sólo fuesen los Suevos dueños de la mayor parte de Portugal, mas también de cuanto tuvo el nombre de Lusitania: en tanto grado, que perdida esta denominación tomó aquel Reino el nombre de Suevia. En fin,

tampoco hay duda en que al tiempo que entraron los Suevos en Galicia, y Portugal, se hablaba en los dos Reinos, como en todos los demás de España, la lengua Romana, extinguida del todo, o casi del todo la antigua Española, por más que contra las pruebas concluyentes, deducidas de muchos Autores antiguos, que alegan Aldrete, y otros Escritores Españoles, pretenda lo contrario el Maestro Fr. Francisco de Vivar en su Comentario a Marco Máximo en el año de Cristo 516.

35. Hechos estos supuestos, ya se halla a la mano la causa que buscamos de la identidad del idioma Portugués, y Gallego; y es, que habiendo estado las dos Naciones separadas de todas las demás Provincias, debajo de la dominación de unos mismos Reyes, en aquel tiempo precisamente en que corrompiéndose poco a poco la lengua Romana en España, por la mezcla de las Naciones Septentrionales, fue degenerando en particulares dialectos, consiguientemente al continuo, y recíproco comercio de Portugueses, y Gallegos (secuela necesaria de estar las dos Naciones debajo de una misma dominación), era preciso que en ambas se formase un mismo dialecto.

36. Añádese a esto, que el Reino de Galicia comprehendía en aquellos tiempos buena porción de Portugal, pues se incluía en él la Ciudad de Braga, como consta del Cronicón de Idacio, que florecía a la sazón. Así dice en el año de Cristo 447: *Theodorico Rege cum exercitu ad Bracaram extremam Civitatem Gallaeciae pertendente, &c.*

37. En fin, en honor de nuestra Patria diremos, que si el idioma de Galicia, y Portugal no se formó promiscuamente a un tiempo en los dos Reinos, sino que del uno paso al otro; se debe discurrir, que de Galicia se comunicó a Portugal, no de Portugal a Galicia. La razón es, [325] porque durante la unión de los dos Reinos en el gobierno Suevo, Galicia era la Nación dominante, respecto de tener en ella su asiento, y Corte aquellos Reyes. Por lo cual, así los Escritores Españoles, como los extranjeros, llaman a los Suevos absolutamente *Reyes de Galicia,* atribuyendo la denominación a la Corona por la Provincia dominante: como antes de la unión con Aragón se llamaban absolutamente *Reyes de Castilla* los que juntamente con Castilla regían otras muchas Provincias de España. Y lo mismo diremos de los Reyes de Aragón, respecto de las demás

Provincias unidas a aquella Corona. Siendo, pues, durante aquella unión, el Reino de Galicia asiento de la Corona, es claro que no pudo tomar el idioma de Portugal, porque nunca la Provincia dominante le toma de la dominada, sino al contrario.

Discurso XVI

Defensa de las mujeres

§. I

1. En grave empeño me pongo. No es ya sólo un vulgo ignorante con quien entro en la contienda: defender a todas las mujeres, viene a ser lo mismo que ofender a casi todos los hombres: pues raro hay que no se interese en la precedencia de su sexo con desestimación del otro. A tanto se ha extendido la opinión común en vilipendio de las mujeres, que apenas admite en ellas cosa buena. En lo moral las llena de defectos, y en lo físico de imperfecciones. Pero donde más fuerza hace, es en la limitación de sus entendimientos. Por esta razón, después de defenderlas con alguna brevedad sobre otros capítulos, discurriré más largamente sobre su aptitud para todo género [326] de ciencias, y conocimientos sublimes.

2. El falso Profeta Mahoma, en aquel mal plantado paraíso, que destinó para sus secuaces, les negó la entrada a las mujeres, limitando su felicidad al deleite de ver desde afuera la gloria, que habían de poseer dentro los hombres. Y cierto que sería muy buena dicha de las casadas, ver en aquella bienaventuranza, compuesta toda de torpezas, a sus maridos en los brazos de otras consortes, que para este efecto fingió fabricadas de nuevo aquel grande Artífice de Quimeras. Bastaba para comprehender cuánto puede errar el hombre, ver admitido este delirio en una gran parte del mundo.

3. Pero parece que no se aleja mucho de quien les niega la bienaventuranza a las mujeres en la otra vida, el que les niega casi

todo el mérito en esta. Frecuentísimamente los más torpes del vulgo representan en aquel sexo una horrible sentina de vicios, como si los hombres fueran los únicos depositarios de las virtudes. Es verdad que hallan a favor de este pensamiento muy fuertes inventivas en infinitos libros: en tanto grado, que uno, u otro apenas quieren aprobar ni una sola por buena: componiendo en la que está asistida de las mejores señas, la modestia en el rostro con la lascivia en el alma:

Aspera si visa est, rigidasque imitata Sabinas,
Velle, sed ex alto dissimulare puta.

Contra tan insolente maledicencia, el desprecio, y la detestación son la mejor Apología. No pocos de los que con más frecuencia, y fealdad pintan los defectos de aquel sexo, se observa ser los más solícitos en granjear su agrado. Eurípides fue sumamente maldiciente de las mujeres en sus Tragedias; y según Ateneo, y Estobeo era amantísimo de ellas en su particular: las execraba en el teatro, y las idolatraba en el aposento. El Bocacio, que fue con grande exceso impúdico, escribió contra las mujeres la violenta Sátira, que intituló *Labyrinto del amor.* ¿Qué misterio habrá en esto? Acaso con la ficción de ser de este dictamen quieren ocultar su propensión: acaso en las brutales saciedades [327] del torpe apetito se engendra un tedio desapacible, que no representa sino indignidades en el otro sexo. Acaso también se venga tal vez con semejantes injurias la repulsa de los ruegos: que hay hombre tan maldito, que dice que una mujer no es buena, solo porque ella no quiso ser mala. Ya se ha visto desahogarse en más atroces venganzas esta injusta queja, como testifica el lastimoso suceso de la hermosísima Irlandesa Madama Duglás. Guillermo Leout, ciegamente irritado contra ella, porque no había querido condescender con su apetito, la acusó de crimen de lesa Majestad; y probando con testigos sobornados la calumnia, la hizo padecer pena capital. Confesóla después el mismo Leout, y refiere el suceso La Mota de Vayer {(a) *Opusc. Except.*}.

4. No niego los vicios de muchas. ¡Mas ay! Si se aclarara la genealogía de sus desórdenes, ¡cómo se hallaría tener su primer

origen en el porfiado impulso de individuos de nuestro sexo! Quien quisiere hacer buenas a todas las mujeres, convierta a todos los hombres. Puso en ellas la naturaleza por antemural la vergüenza contra todas las baterías del apetito, y rarísima vez se le abre a esta muralla la brecha por la parte interior de la plaza.

5. Las declamaciones que contra las mujeres se leen en algunos Escritores sagrados, se deben entender dirigidas a las perversas, que no es dudable las hay. Y aun cuando miráran en común al sexo, nada se prueba de ahí, porque declaman los Médicos de las almas contra las mujeres, como los Médicos de los cuerpos contra las frutas, que siendo en sí buenas, útiles, y hermosas, el abuso las hace nocivas. Fuera de que no se ignora la extensión que admite la Oratoria en ponderar el riesgo, cuando es su intento desviar el daño.

6. Y díganme los que suponen más vicios en aquel sexo que en el nuestro, ¿cómo componen esto con darle la Iglesia a aquel con especialidad el epíteto de devoto? ¿Cómo [328] con lo que dicen gravísimos Doctores, que se salvarán más mujeres que hombres, aun atendida la proporción a su mayor número? Lo cual no fundan, ni pueden fundar en otra cosa, que en la observación de ver en ellas más inclinación a la piedad.

7. Ya oigo contra nuestro asunto aquella proposición de mucho ruido, y de ninguna verdad, que las mujeres son causa de todos los males. En cuya comprobación hasta los ínfimos de la plebe inculcan a cada paso que la Caba indujo la pérdida de España, y Eva la de todo el mundo.

8. Pero el primer ejemplo absolutamente es falso. El Conde D. Julián fue quien trajo los Moros a España, sin que su hija se lo persuadiese, quien no hizo más que manifestar al padre su afrenta. ¡Desgraciadas mujeres, si en el caso de que un insolente las atropelle, han de ser privadas del alivio de desahogarse con el padre, o con el esposo! Eso quisieran los agresores de semejantes temeridades. Si alguna vez se sigue una venganza injusta, será la culpa, no de la inocente ofendida, sino del que la ejecuta con el acero, y del que dio ocasión con el insulto; y así entre los hombres queda todo el delito.

9. El segundo ejemplo, si prueba que las mujeres en común son

peores que los hombres, prueba del mismo modo que los Ángeles en común son peores que las mujeres: porque como Adán fue inducido a pecar por una mujer, la mujer fue inducida por un Ángel. No está hasta ahora decidido quién pecó más gravemente, si Adán, si Eva; porque los Padres están divididos. Y en verdad que la disculpa que da Cayetano a favor de Eva, de que fue engañada por una criatura de muy superior inteligencia, y sagacidad, circunstancia que no concurrió en Adán, rebaja mucho, respecto de este, el delito de aquella.

§. II

10. Pasando de lo moral a lo físico, que es más de nuestro intento, la preferencia del sexo robusto [329] sobre el delicado, se tiene por pleito vencido, en tanto grado, que muchos no dudan en llamar a la hembra animal imperfecto, y aun monstruoso, asegurando que el designio de la naturaleza en la obra de la generación siempre pretende varón; y sólo por error, o defecto, ya de la materia, ya de la facultad, produce hembra.

11. ¡Oh admirables Físicos! Seguiráse de aquí que la naturaleza intenta su propia ruina; pues no puede conservarse la especie sin la concurrencia de ambos sexos. Seguiráse también que tiene más errores que aciertos la naturaleza humana en aquella principalísima obra suya; siendo cierto que produce más mujeres que hombres. ¿Ni cómo puede atribuirse la formación de las hembras a debilidad de la virtud, o defecto de materia, viéndolas nacer muchas veces de padres bien complexionados, y robustos en lo más florido de su edad? Acaso si el hombre conservara la inocencia original, en cuyo caso no hubiera estos defectos, ¿no habían de nacer algunas mujeres, ni se había de propagar el linaje humano?

12. Bien sé que hubo Autor que se tragó tan grave absurdo, por mantener su declarada ojeriza contra el otro sexo. Este fue Almerico, Doctor Parisiense del siglo duodécimo: el cual, entre otros errores, dijo, que durando el estado de la inocencia, todos los individuos de nuestra especie serían varones, y que Dios los había de criar inmediatamente por sí mismo, como había criado a Adán.

13. Fue Almarico ciego secuaz de Aristóteles, de modo que todos, o casi todos sus errores fueron consecuencias que tiró de doctrinas de aquel Filósofo. Viendo, pues, que Aristóteles, no en una parte sola de sus obras da a entender que la hembra es animal defectuoso, y su generación accidental, y fuera del intento de la naturaleza, de aquí infirió que no habría mujeres en el estado de la inocencia. Así se sigue muchas veces una Teología herética a una errada Física.

14. Pero la grande adherencia que con Aristóteles profesó Almarico, les estuvo mal a Almarico, y a Aristóteles: [330] porque los errores de Almarico fueron condenados en un Concilio Parisiense el año de 1209; y en el mismo Concilio fue prohibida la lectura de los libros de Aristóteles: confirmando después esta prohibición el Papa Gregorio IX. Era ya muerto Almarico un año antes que se proscribiesen sus dogmas; y así fueron desenterrados sus huesos, y arrojados en un lugar inmundo.

15. De aquí es, que no nos deben hacer fuerza uno, u otro Doctor, por otra parte grave, que asentaron ser defectuoso el sexo femineo, sólo porque Aristóteles lo dijo, de quien fueron finos sectarios, aunque sin precipitarse en el error de Almarico. Es cierto que Aristóteles fue inicuo con las mujeres: pues no sólo proclamó con exceso sus defectos físicos; pero aún con mayor vehemencia los morales, de que se apuntará algo en otra parte. ¿Quién no pensará que su genio le inclinaba al desvío de aquel sexo? Pues nada menos que eso. No sólo amó con ternura a dos mujeres que tuvo; pero le sacó tanto de sí el amor de la primera, llamada Pythais, hija, como quieren unos, o sobrina, como dicen otros, de Hermias, Tirano de Atarneo, que llegó al delirio de darle inciensos como a Deidad. También se cuentan insanos amores suyos con una criaduela: bien que Plutarco no se acomoda a creerlo. Pero en esta parte merece más fe Teócrito Chio (que en un epigrama vivamente exprobó a Aristóteles su obscenidad), porque fue del tiempo de Aristóteles; y Plutarco muy posterior: en cuyo ejemplo se ve que la mordacidad contra las mujeres; muchísimas veces, y aun las más, anda acompañada de una desordenada inclinación hacia ellas, como ya dijimos arriba.

16. De el mismo error físico, que condena a la mujer por animal

imperfecto, nació otro error teológico, impugnado por S. Agustín, *lib. 22 de Civit. Dei, c. 17,* cuyos Autores decían que en la Resurrección Universal esta obra imperfecta se ha de perfeccionar, pasando todas las mujeres al sexo varonil; como que la gracia ha de concluir entonces la obra que dejó sólo empezada la naturaleza. [331]

17. Este error es muy parecido al de los infatuados Alquimistas, que sobre la máxima de que la naturaleza en la producción metálica siempre intenta la generación del oro, y sólo por defecto de virtud para en otro metal imperfecto, pretenden que después el Arte conduzca la obra a su perfección, y haga oro lo que nació hierro. Mas al fin, este error es más tolerable, ya porque no toca en materia de fe, ya porque (séase lo que se fuere del intento de la naturaleza, y de la imaginaria capacidad del Arte) de hecho el oro es el metal más noble, y los demás son de muy inferior calidad. Pero en nuestro asunto todo es falso: que la naturaleza intenta siempre varón, que su operación bastardea en la mujer; y mucho más, que este yerro se ha de enmendar en la Resurrección Universal.

§. III

18. No por eso apruebo el arrojo de Zacuto Lusitano, que en la introducción al Tratado de *Morbis Mulierum* con frívolas razones quiso poner de bando mayor a las mujeres, haciendo crecer su perfección física sobre los hombres. Con otras de mayor apariencia se pudiera emprender ese asunto. Pero mi empeño no es persuadir la ventaja, sino la igualdad.

19. Y para empezar a hacernos cargo de la dificultad (dejando por ahora a parte la cuestión del entendimiento, que se ha de disputar separada, y más de intento en este Discurso) por tres prendas, en que hacen notoria ventaja a las mujeres, parece se debe la preferencia a los hombres, *robustez, constancia,* y *prudencia.* Pero aun concedidas por las mujeres estas ventajas, pueden pretender el empate, señalando otras tres prendas, en que exceden ellas: *hermosura, docilidad,* y *sencillez.*

20. La robustez, que es prenda del cuerpo, puede considerarse

contrapesada con la hermosura, que también lo es. Y aun muchos le concederán a ésta el exceso. Tendrían razón, si el precio de las prendas se hubiese de determinar precisamente por la lisonja de los ojos. Pero debiendo [332] hacer más peso en el buen juicio, para decidir esta ventaja, la utilidad pública, pienso debe ser preferida la robustez a la hermosura. La robustez de los hombres trae al mundo esencialísimas utilidades en las tres columnas que sustentan toda República, Guerra, Agricultura, y Mecánica. De la hermosura de las mujeres, no sé qué fruto importante se saque, sino es que sea por accidente. Algunos la argüirán de que bien lejos de traer provechos, acarrea gravísimos daños en amores desordenados que enciende, competencias que suscita, cuidados, inquietudes, y recelos que ocasiona en los que están encargados de su custodia.

21. Pero esta acusación es mal fundada, como originada de falta de advertencia. En caso que todas las mujeres fuesen feas, en las de menos deformidad se experimentaría tanto atractivo como ahora en las hermosas; y por consiguiente harían el mismo estrago. La menos fea de todas, puesta en Grecia, sería incendio de Troya, como Helena: y puesta en el Palacio del Rey D. Rodrigo, sería ruina de España, como la Caba. En los Países donde las mujeres son menos agraciadas, no hay menos desórdenes que en aquellos donde las hay de más gentileza, y proporción. Y aun en Moscovia, que excede en copia de mujeres bellas a todos los demás Reinos de Europa, no está tan desenfrenada la incontinencia, como en otros Países; y la fe conyugal se observa con mucha mayor exactitud.

22. No es, pues, la hermosura por sí misma autora de los males que le atribuyen. Pero en el caso de la cuestión doy mi voto a favor de la robustez, la cual juzgo prenda mucho más apreciable que la hermosura. Y así, en cuanto a esta parte se ponen de bando mayor los hombres. Quédales empero a salvo a las mujeres replicar, valiéndose de la sentencia de muchos doctos, y recibida de toda una ilustre Escuela, que reconoce la voluntad por potencia más noble que el entendimiento, la cual favorece su partido; pues si la robustez, como más apreciable, logra mejor lugar en el entendimiento, la hermosura, como más [333] amable, tiene mayor imperio en la voluntad.

23. La prenda de la constancia, que ennoblece a los hombres,

puede contrarrestarse con la docilidad que resplandece en las mujeres. Donde se advierte, que no hablamos de estas, y otras prendas consideradas formalmente en el estado de virtudes, porque en este sentido no son de la línea física, sino en cuanto están radicadas, y como delineadas en el temperamento, cuyo embrión informe es indiferente para el buen, y mal uso; y así mejor se llamarán flexibilidad, o inflexibilidad del genio, que constancia, o docilidad.

24. Diráseme que la docilidad de las mujeres declina muchas veces a ligereza; y yo repongo, que la constancia de los hombres degenera muchas veces en terquedad. Confieso que la firmeza en el buen propósito es autora de grandes bienes; pero no se me puede negar, que la obstinación en el malo es causa de grandes males. Si se me arguye que la invencible adherencia al bien, o al mal es calidad de los Ángeles, respondo, que sobre no ser eso tan cierto, que no lo nieguen grandes Teólogos, muchas propiedades, que en las naturalezas superiores nacen de su excelencia, en las inferiores provienen de su imperfección. Los Ángeles, según doctrina de Santo Tomás, cuanto más perfectos, entienden por menos especies; y en los hombres el corto número de especies es defecto. En los Ángeles el estudio sería tacha de su entendimiento; y a los hombres les ilustra el suyo.

25. La prudencia de los hombres se equilibra con la sencillez de las mujeres. Y aun estaba para decir más; porque en realidad al Género humano mucho mejor le estaría la sencillez que la prudencia de todos sus individuos. Al siglo de Oro nadie le compuso de hombres prudentes, sino de hombres cándidos.

26. Si se me opone que mucho de lo que en las mujeres se llama candidez, es indiscreción; respondo yo, que mucho de lo que en los hombres se llama prudencia, es falacia, doblez, y alevosía, que es peor. Aun esa misma [334] franqueza indiscreta, conque a veces se manifiesta el pecho contra las reglas de la razón, es buena, considerada como señal. Como nadie ignora sus propios vicios, quien los halla en sí de alguna monta, cierra con cuidado a los acechos de la curiosidad los resquicios del corazón. Quien comete delitos en su casa, no tiene a todas horas la puerta abierta para el registro. De la malicia es compañera individua la cautela. Quien,

pues, tiene facilidad en franquear el pecho, sabe que no está muy asqueroso. En esta consideración, la candidez de las mujeres siempre será apreciable: cuando arreglada al buen dictamen, como perfección; y cuando no, como buena señal.

§. IV

27. Sobre las buenas calidades expresadas, resta a las mujeres la más hermosa, y más transcendente de todas, que es la vergüenza: gracia tan característica de aquel sexo, que aun en los cadáveres no le desampara, si es verdad lo que dice Plinio, que los de los hombres anegados fluctúan boca arriba, y los de las mujeres boca abajo: *Veluti pudori defunctarum parcente natura* {(a) *Lib. 7 cap. 17.*}.

28. Con verdad, y agudeza, preguntado el otro Filósofo, qué color agraciaba más el rostro a las mujeres, respondió, que el de la vergüenza. En efecto juzgo que esta es la mayor ventaja que las mujeres hacen a los hombres. Es la vergüenza una valla, que entre la virtud, y el vicio puso la naturaleza. Sombra de las bellas almas, y carácter visible de la virtud la llamó un discreto Francés. Y S. Bernardo, extendiéndose más, la ilustró con los epítetos de piedra preciosa de las costumbres, antorcha de la alma púdica, hermana de la continencia, guarda de la fama, honra de la vida, asiento de la virtud, elogio de la naturaleza, y divisa de toda honestidad {(b) *Serm. 86 in Cantic.*}. Tintura de la virtud la llamó con sutileza, y propiedad Diógenes. De hecho, [335] este es el robusto, y grande baluarte, que puesto enfrente del vicio, cubre todo el alcázar del alma: y que vencido una vez, no hay, como decía el Nacianceno, resistencia a maldad alguna: *Protinus extincto subeunt mala cuncta pudore.*

29. Diráse que es la vergüenza un insigne preservativo de ejecuciones exteriores, mas no de internos consentimientos; y así, siempre le queda al vicio camino abierto para sus triunfos, por medio de los invisibles asaltos, que no puede estorbar la muralla del rubor. Aun cuando ello fuese así, siempre sería la vergüenza un preservativo preciosísimo, por cuanto por lo menos precave infinitos escándalos, y sus funestas consecuencias. Pero si se hace

atenta reflexión, se hallará que defiende, si no en un todo, en gran parte, aun de esas escaladas silenciosas, que no salen de los ocultos senos de la alma; porque son muy raros los consentimientos internos, cuando no los acompañan las ejecuciones, que son las que radican los afectos criminales en el alma, las que aumentan, y fortalecen las propensiones viciosas. Faltando éstas, es verdad que una, u otra vez se introduce la torpeza en el espíritu; pero no se aloja en él como doméstica, mucho menos como señora; sí sólo como peregrina.

30. Las pasiones, sin aquel alimento que las nutre, yacen muy débiles, y obran muy tímidas; mayormente cuando en las personas muy ruborosas es tan franco el comercio entre el pecho, y el semblante, que pueden recelar salga a la plaza pública del rostro cuanto maquinan en la retirada oficina del pecho. De hecho se les pintan a cada paso en las mejillas los más escondidos afectos: que el color de la vergüenza es el único que sirve a formar imágenes de objetos invisibles. Y así, aun para atajar tropiezos del deseo, puede ser rienda en las mujeres el miedo de que se lea en el rostro lo que se imprime en el ánimo.

31. A que se añade, que en muchas sube a tal punto el rubor, que le tienen de sí mismas. Este heroico primor de la vergüenza, de que trató el ingeniosísimo P. Vieira en [336] uno de sus Sermones, no es puramente ideal, como juzgan algunos espíritus groseros, sino practico, y real en los sujetos de índole más noble. Así lo conoció Demetrio Phalereo, cuando instruyendo la juventud de Atenas, les decía que dentro de casa tuviesen vergüenza de sus padres, fuera de ella de todos los que los viesen, y en la soledad cada uno de sí propio.

§. V

32. Pienso haber señalado tales ventajas de parte de las mujeres, que equilibran, y aun acaso superan las calidades en que exceden los hombres. ¿Quién pronunciará la sentencia en este pleito? Si yo tuviese autoridad para ello, acaso daría un corte, diciendo que las calidades en que exceden las mujeres, conducen para hacerlas

mejores en sí mismas: las prendas en que exceden los hombres, los constituyen mejores, esto es, más útiles para el público. Pero como yo no hago oficio de Juez, sino de Abogado, se quedará el pleito por ahora indeciso.

33. Y aun cuando tuviese la autoridad necesaria, sería forzoso suspender la sentencia; porque aun se replica a favor de los hombres, que las buenas calidades que atribuyó a las mujeres, son comunes a entrambos sexos. Yo lo confieso; pero en la misma forma que son comunes a ambos sexos las buenas calidades de los hombres. Para no confundir la cuestión, es preciso señalar de parte de cada sexo aquellas perfecciones, que mucho más frecuentemente se hallan en sus individuos, y mucho menos en los del otro. Concedo, pues, que se hallan hombres dóciles, cándidos, y ruborosos. Añado, que el rubor, que es buena señal en las mujeres, aún lo es mejor en los hombres; porque denota, sobre índole generosa, ingenio agudo: lo que declaró más de una vez en su Satiricón Juan Barclayo, a cuyo sutilísimo ingenio no se le puede negar ser voto de muy especial nota: y aunque no es seña infalible, yo en esta materia he observado tanto, que ya no espero jamás cosa buena de muchacho, en quien advierto frente muy osada. [337]

34. Es así, digo, que en varios individuos de nuestro sexo se observan, aunque no con la misma frecuencia, las bellas cualidades que ennoblecen al otro. Pero esto en ninguna manera inclina a nuestro favor la balanza, porque hacen igual peso por la otra parte las perfecciones, de que se jactan los hombres, comunicadas a muchas mujeres.

§. VI

35. De prudencia política sobran ejemplos en mil Princesas por extremo hábiles. Ninguna edad olvidará la primera mujer, en quien desemboza la Historia las obscuridades de la fábula: *Semíramis,* digo, Reina de los Asirios, que educada en su infancia por las palomas, se elevó después sobre las águilas; pues no sólo se supo hacer obedecer ciegamente de los súbditos, que le había dejado su esposo; mas hizo también súbditos todos los Pueblos vecinos, y

vecinos de su Imperio los más distantes, extendiendo sus conquistas, por una parte hasta la Etiopía, por otra hasta la India. Ni a *Artemisa,* Reina de Caria, que no sólo mantuvo en su larga viudez la adoración de aquel Reino; mas siendo asaltada de los Rodios dentro de él, con dos singularísimos estratagemas, en dos lances solos destruyó las Tropas que le habían invadido: y pasando velozmente de la defensiva a la ofensiva, conquistó, y triunfó de la Isla de Rodas. Ni a las dos *Aspasias,* a cuya admirable dirección fiaron enteramente con feliz suceso el gobierno de sus Estados Pericles, esposo de la una, y Ciro, hijo de Darío Noto, galán de la otra. Ni a la prudentísima *Phile,* hija de Antipatro, de quien, aún siendo niña, tomaba su padre consejo para el gobierno de Macedonia, y que después con sus buenas artes sacó de mil ahogos a su esposo el precipitado, y ligero Demetrio. Ni a la mañosa *Livia,* cuya sutil astucia parece fue superior a la penetración de Augusto; pues no le hubiera dado tanto dominio sobre su espíritu, si la hubiera conocido. Ni a la sagaz *Agripina,* cuyas artes fueron fatales para ella, y para el mundo, empleándose en promover a su hijo Nerón [338] al Solio. Ni a la sabia *Amalasunta,* en quien fue menos entender las lenguas de todas las Naciones sujetas al Imperio Romano, que gobernar con tanto acierto el Estado, durante la minoridad de su hijo Atalarico.

36. Ni (dejando otras muchísimas, y acercándonos a nuestros tiempos) se olvidará jamás *Isabela de Inglaterra,* mujer, en cuya formación concurrieron con igual influjo las tres Gracias, que las tres Furias; y cuya soberana conducta sería siempre la admiración de la Europa, si sus vicios no fueran tan parciales de sus máximas, que se hicieron imprescindibles: y su imagen política se presentará siempre a la posteridad, coloreada (manchada diré mejor) con la sangre de la inocente María Estuarda, Reina de Escocia. Ni *Catalina de Médicis,* Reina de Francia, cuya sagacidad en la negociación de mantener el equilibrio los dos partidos encontrados de Católicos, y Calvinistas, para precaver el precipicio de la Corona, se pareció a la destreza de los volatines, que en alta, y delicada cuerda, con el pronto artificioso manejo de los dos pesos opuestos, se aseguran del despeño, y deleitan a los circunstantes, ostentando el riesgo, y evitando el daño. No fuera inferior a alguna de las referidas nuestra

Católica *Isabela* en la administración del gobierno, si hubiera sido Reinante, como fue Reina. Con todo no le faltaron ocasiones, y acciones, en que hizo resplandecer una prudencia consumada. Y aun Laurencio Beyerlink en su elogio dice, que no se hizo cosa grande en su tiempo, en que ella no fuese la parte, o el todo: *Quid magni in regno, sine illa, imo nisi per illam fere gestum est?* Por lo menos el descubrimiento del Nuevo Mundo, que fue el suceso más glorioso de España en muchos siglos, es cierto que no se hubiera conseguido, si la magnanimidad de Isabela no hubiese vencido los temores, y perezas de Fernando.

37. En fin (lo que es más que todo), parece ser, aunque no estoy muy seguro del cómputo, que entre las Reinas que mandaron largo tiempo como absolutas, las más se hallan en las Historias celebradas como Gobernadoras [339] excelentes. Pero las pobres mujeres son tan infelices, que siempre se alegarán contra tantos ejemplos ilustres una Brunequilda, una Fredegunda, las dos Juanas de Nápoles, y otras pocas; bien que a las dos primeras les sobró malicia, no les faltó sagacidad.

38. Ni es en el mundo tan universal, como se piensa, la persuasión de que en la cabeza de la mujer no asienta bien la Corona; pues en Meroe, Isla que forma el Nilo en la Etiopía, o Península, como quieren los modernos, reinaron, según el testimonio de Plinio, mujeres por muchos siglos. El P. Cornelio Alapide, tratando de la Reina Sabá, que fue una de ellas, piensa que su Imperio se extendió mucho fuera del ámbito de Meroe, y comprendió acaso toda la Etiopía; fundado en que Cristo nuestro bien llamó a aquella Señora *Reina del Austro,* título que suena un vasto dominio hacia aquella plaga. Si bien, que, como se puede ver en Tomás Cornelio, no falta Autor, que asegura ser la Isla, o Península de Meroe mayor que la Gran Bretaña; y así no era muy corto el Estado de aquellas Reinas, aunque no saliese del ámbito de Meroe. Aristóteles {(a) *Lib. 2 Politic. cap. 7.*} dice, que entre los Lacedemonios tenían gran parte en el gobierno político las mujeres. Esto era conforme a las leyes que les dejó Licurgo.

39. También en Borneo, Isla grande del Mar de la India, reinan mujeres, según la relación de Mandeslo, que se halla en el segundo tomo de Oleario, sin gozar sus maridos otra prerrogativa que ser sus

más calificados vasallos. En la Isla *Fermosa,* situada en el Mar Meridional de la China, es tanta la satisfacción que tienen de la prudente conducta de las mujeres aquellos Idólatras, que a ellas únicamente está fiado el Ministerio Sacerdotal, con todo lo que pertenece a materias de Religión: y en lo político gozan un poder en parte superior al de los Senadores, como intérpretes de la voluntad de sus Deidades.

40. Sin embargo, la práctica común de las Naciones es [340] más conforme a la razón, como correspondiente al divino Decreto, notificado a nuestra primera madre en el Paraíso, donde a ella, y a todas sus hijas en su nombre se les intimó la sujeción a los hombres. Sólo se debe corregir la impaciencia conque muchas veces llevan los Pueblos el gobierno mujeril, cuando según las leyes se les debe obedecer; y aquella propasada estimación de nuestro sexo, que tal vez ha preferido para el régimen un niño incapaz a una mujer hecha; en que excedieron tan ridículamente los antiguos Persas, que en ocasión de quedar la viuda de uno de sus Reyes en cinta, siendo avisados de sus Magos que la concepción era varonil, le coronaron a la Reina el vientre, y proclamaron por Rey suyo el feto, dándole el nombre de *Sapor* antes de haber nacido.

§. VII

41. Hasta aquí de la prudencia política, contentándonos con bien pocos ejemplos, y dejando muchos. De la prudencia económica es ocioso hablar, cuando todos los días se están viendo casas muy bien gobernadas por las mujeres, y muy desgobernadas por los hombres.

42. Y pasando a la fortaleza, prenda que los hombres consideran como inseparable de su sexo, yo convendré en que el Cielo los mejoró en esta parte en tercio y quinto; mas no en que se les haya dado como Mayorazgo, o Vínculo indivisible, exento de toda partida con el otro sexo.

43. No pasó siglo a quien no hayan ennoblecido mujeres valerosas. Y dejando los ejemplos de las Heroínas de la Escritura, y de las Santas Mártires de la Ley de Gracia (porque hazañas donde intervino especial auxilio soberano, acreditan el poder divino, no la

facultad natural del sexo), ocurren tantas mujeres de heroico valor, y esforzada mano, que en tropel se presentan en el teatro de la memoria. Y tras de las *Semíramis,* las *Artemisas,* las *Thomiris,* las *Zenobias,* se parece una *Aretáphila,* esposa de Nicotrato, Soberano de Cirene en la Libia, en cuya incomparable generosidad se compitieron el amor más [341] tierno de la Patria, la mayor valentía del espíritu, y la más sutil destreza del discurso: pues por librar su Patria de la violenta tiranía de su marido, y vengar la muerte que éste por poseerla había ejecutado en su primer consorte, haciéndose Caudillo de una conspiración, despojó a Nicotrato del Reino, y la vida. Y habiendo sucedido Leandro, hermano de Nicotrato, en la Corona, y en la crueldad, tuvo valor, y arte para echar también del mundo a este segundo Tirano: coronando en fin sus ilustres acciones con apartar de sus sienes la Corona, que reconocidos a tantos beneficios, le ofrecieron los de Cirene. Una *Dripetina,* hija del gran Mitridates, compañera inseparable de su padre en tantos arriesgados proyectos, que en todos mostró aquella fuerza de alma, y de cuerpo, que desde su infancia había prometido la singularidad de nacer con dos órdenes de dientes: y después de deshecho su padre por el gran Pompeyo, sitiada en un Castillo por Manlio Prisco, siendo imposible la defensa, se quitó voluntariamente la vida, por no sufrir la ignominia de esclava. Una *Clelia* Romana, que siendo prisionera de Porsena, Rey de los Etruscos, venciendo mil dificultades, se libró de la prisión, y rompiendo con un caballo (otros dicen que con sus brazos propios) las ondas del Tíber, arribó felizmente a Roma. Una *Arria,* mujer de Cecina Peto, que siendo comprehendido su marido en la conspiración de Camilo contra el Emperador Claudio, y por este crimen condenado a muerte, resuelta a no sobrevivir a su esposo, después de tentar en vano hacerse pedazos la cabeza contra una muralla, logró, introducida en la prisión de Cecina, exhortarle a que se anticipase con sus manos la ejecución del verdugo, metiéndose ella primero un puñal por el pecho. Una *Epponina,* que con la ocasión de haberse arrogado su marido Julio Sabino en las Galias el título de César, toleró con rara constancia indecibles trabajos: y siendo últimamente condenada a muerte por Vespasiano, generosamente le dijo, que moría contenta, por no tener el disgusto

de ver tan mal Emperador colocado en el Solio. [342]

44. Y porque no se piense que estos siglos últimos en mujeres esforzadas son inferiores a los antiguos, ya se presentan armadas una *Poncella de Francia,* columna que sustentó en su mayor aflicción aquella vacilante Monarquía; y sí bien que encontrados en los dictámenes, como en las armas, Ingleses, y Franceses, aquellos atribuyeron sus hazañas a pacto diabólico, y estos a moción divina: acaso los Ingleses fingieron lo primero por odio, y los Franceses, que manejaban las cosas, idearon lo segundo por política: que importaba mucho en aquel desmayo grande de Pueblos, y Soldados, para levantar su ánimo abatido, persuadirles que el Cielo se había declarado por aliado suyo, introduciendo para este efecto al teatro de Marte una doncella magnánima, y despierta, como instrumento proporcionado para un socorro milagroso. Una *Margarita de Dinamarca,* que en el siglo decimocuarto conquistó por su persona propia el Reino de Suecia, haciendo prisionero al Rey Alberto; y la llaman la segunda Semíramis los Autores de aquel Siglo. Una *Marulla,* natural de Lemnos, Isla del Archipiélago, que en el sitio de la fortaleza de Cochin, puesto por los Turcos, viendo muerto a su padre, arrebató su espada, y rodela, y convocando con su ejemplo toda la Guarnición, en cuya frente se puso, dio con tanto ardor sobre los Enemigos, que no sólo rechazó el asalto, mas obligó al Bajá Solimán a levantar el sitio: hazaña que premió el General Loredano de Venecia, cuya era aquella Plaza, dándole a escoger para marido cualquiera que ella quisiese de los más ilustres Capitanes de su Ejército, y ofreciéndole dote competente en nombre de la República. Una *Blanca de Rossi,* mujer de Bautista Porta, Capitán Paduano, que después de defender valerosamente, puesta sobre el muro, la Plaza de Basano en la Marca Trevisana, siendo luego cogida la Plaza por traición, y preso, y muerto su marido por el Tirano Ezelino, no teniendo otro arbitrio para resistir los ímpetus brutales de este furioso, enamorado de su belleza, se arrojó por una ventana; pero después de [343] curada, y convalecida (acaso contra su intención) del golpe, padeciendo debajo de la opresión de aquel Bárbaro el oprobio de la fuerza, satisfizo la amargura de su dolor y la constancia de su fe conyugal, quitándose la vida en el mismo sepulcro de su marido, que para este efecto había abierto. Una

Bonna, paisana humilde de la Valtelina, a quien encontró en una marcha suya Pedro Brunoro, famoso Capitán Parmesano, en edad corta, guardando ovejas en el campo; y prendado de su intrépida viveza, la llevó consigo para cómplice de su incontinencia; pero ella se hizo también partícipe de su gloria; porque después de fenecer la vida deshonesta con la santidad del matrimonio, no sólo como Soldado particular peleó ferozmente en cuantos encuentros se ofrecieron; pero vino a ser tan inteligente en el arte Militar, que algunas empresas se fiaron a su conducta, especialmente la conquista del Castillo de Pavono, a favor de Francisco Esforcia, Duque de Milán, contra Venecianos, donde en medio de hacer el oficio de Caudillo, pareció en las primeras filas al asalto. Una *María Pita,* heroína Gallega, que en el sitio puesto por los Ingleses a la Coruña el año de 1589, estando ya los enemigos alojados en la brecha, y la Guarnición dispuesta a capitular, después que con ardiente, aunque vulgar facundia, exprobó a los nuestros su cobardía, arrancando espada, y rodela de las manos de un Soldado, y clamando que quien tuviese honra la siguiese; encendida en coraje se arrojó a la brecha, de cuyo fuego marcial, saltando chispas a los corazones de los Soldados, y vecinos, que prendieron en la pólvora del honor, con tanto ímpetu cerraron todos sobre los enemigos, que con la muerte de mil y quinientos (entre ellos un hermano del General de Tierra Enrique Noris) los obligaron a levantar el sitio. Felipe II premió el valor de la Pita, dándole por los días de su vida grado, y sueldo de Alférez vivo; y Felipe III perpetuó en sus descendientes el grado, y sueldo de Alférez Reformado. Una *María de Estrada,* consorte de Pedro Sánchez Farsan, Soldado de Hernán Cortés, [344] digna de muy singular memoria por sus muchas, y raras hazañas, que refiere el P. Fr. Juan de Torquemada en su primer Tomo de la Monarquía Indiana. Tratando de la luctuosa salida que hizo Cortés de Méjico, después de muerto Motezuma, dice de ella lo siguiente: *Mostróse muy valerosa en este aprieto, y conflicto María de Estrada, la cual con una espada, y una rodela en las manos hizo hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos con tanto coraje, y ánimo, como si fuera uno de los más valientes hombres del mundo, olvidada de que era mujer, y revestida del valor, que en caso semejante suelen tener los hombres de valor, y honra.*

Y fueron tantas las maravillas, y cosas que hizo, que puso en espanto, y asombro a cuantos la miraban. Refiriendo en el capítulo siguiente la batalla que se dio entre Españoles, y Mejicanos en el Valle de Otumpa (o Otumba, como la llama D. Antonio de Solís), repite la memoria de esta ilustre mujer con las palabras que se siguen: *En esta batalla, dice Diego Muñoz Camargo en su Memorial de Tlaskala, que María de Estrada peleó a caballo, y con una lanza en la mano tan varonilmente, como si fuera uno de los más valientes hombres del Ejército, y aventajándose a muchos.* No dice el Autor de dónde era natural esta Heroína; pero el apellido persuade que era Asturiana. Una *Ana de Baux,* gallarda Flamenca, natural de una Aldea cerca de Lila, que sólo con el motivo de guardar su honor de los insultos militares en las guerras del último siglo, escondiendo su sexo con los hábitos del nuestro, se dio al ejercicio de la guerra, en que sirvió mucho tiempo, y en muchos lances con gran valor, de modo que arribó a la Tenencia de una Compañía; y siendo después hecha prisionera por Franceses, descubierto ya su sexo, el Mariscal de Seneterre le ofreció una Compañía en el servicio de Francia; lo que ella no admitió por no militar contra su Príncipe; y volviendo a su patria, se hizo Religiosa.

45. El no haber nombrado hasta ahora las Amazonas, siendo tan del intento, fue con el motivo de hablar de ellas [345] separadamente. Algunos Autores niegan su existencia, contra muchos más que la afirman. Lo que podemos conceder es, que se ha mezclado en la Historia de las Amazonas mucho de fábula; como es el que mataban todos los hijos varones, que vivían totalmente separadas del otro sexo, y sólo le buscaban para fecundarse una vez en el año. Y del mismo juez serán sus encuentros con Hércules, y Teseo, el socorro de la feroz Pentesilea a la afligida Troya; como acaso también la visita de su Reina Talestris a Alejandro. Pero no puede negarse sin temeridad contra la fe de tantos Escritores antiguos, que hubo un cuerpo formidable de mujeres belicosas en la Asia, a quienes se dio el nombre de Amazonas.

46. Y en caso que también esto se niegue, por las Amazonas que nos quitan en la Asia, para gloria de las mujeres, parecerán Amazonas en las otras tres partes del mundo, América, África, y Europa. En la América las descubrieron los Españoles, costeando

armadas el mayor río del mundo, que es el Marañón, a quien por esto dieron el nombre que hoy conserva de *Río de las Amazonas.* En la África las hay en una Provincia del Imperio del Monomotapa, y se dice que son los mejores Soldados que tiene aquel Príncipe en todas sus tierras; aunque no falta Geógrafo que hace estado a parte del país que habitan estas mujeres guerreras.

47. En Europa, aunque no hay país donde las mujeres de intento profesasen la Milicia, podremos dar el nombre de Amazonas a aquellas que en una, u otra ocasión con escuadrón formado, triunfaron de los enemigos de su patria. Tales fueron las Francesas de Belovaco, o Beauvais, que siendo aquella Ciudad sitiada por los Borgoñeses el año de 1472, juntándose debajo de la conducta de *Juana Hacheta* el día del asalto, rechazaron vigorosamente los enemigos, habiendo precipitado su Capitana la Hacheta de la muralla al primero que arboló el estandarte sobre ella. En memoria de esta hazaña se hace aún hoy fiesta anual en aquella Ciudad, gozando las mujeres el singular privilegio [346] de ir en la procesión delante de los hombres. Tales fueron las habitadoras de las Islas *Echinadas,* hoy llamadas *Cur-Solares,* célebres por la victoria de Lepanto, ganada en el Mar de estas Islas. El año antecedente a esta famosa batalla, habiendo atacado los Turcos la principal de ellas, tal fue el terror del Gobernador Veneciano Antonio Balbo, y de todos los habitadores, que tomaron de noche la fuga; quedando dentro las mujeres, resueltas a persuasión de un Sacerdote llamado Antonio Rosoneo, a defender la Plaza, como de hecho la defendieron con grande honor de su sexo, e igual oprobio del nuestro.

Nota. *En las mujeres que se mataron a sí mismas, no se propone esta resolución como ejemplo de virtud, sino como exceso vicioso de la fortaleza, que es lo que basta para el intento.*

§. VIII

48. Resta en esta memoria de mujeres magnánimas decir algo sobre un capítulo en que los hombres más acusan a las mujeres, y en que hallan más ocasionada su flaqueza, o más defectuosa su constancia,

que es la observancia del secreto. Catón el Censor no admitía en esta parte excepción alguna, y condenaba por uno de los mayores errores del hombre fiar secreto a cualquiera mujer que fuese. Pero a Catón le desmintió su propia tataranieta *Porcia,* hija de Catón el menor, y mujer de Marco Bruto, la cual obligó a su marido a fiarle el gran secreto de la conjuración contra César, con la extraordinaria prueba que le dio de su valor, y constancia en la alta herida, que voluntariamente para este efecto, con un cuchillo se hizo en el muslo.

49. Plinio dice, en nombre de los Magos, que el corazón de cierta ave aplicada al pecho de una mujer dormida, la hace revelar todos sus secretos. Lo mismo dice en otra parte de la lengua de cierta sabandija. No deben de ser tan fáciles las mujeres en franquear el pecho, cuando la Mágica anda buscando por los escondrijos de la naturaleza llaves conque abrirles las puertas del corazón. Pero [347] nos reímos con el mismo Plinio de esas invenciones; y concedemos que hay poquísimas mujeres observantes del secreto. Mas a vueltas de esto, nos confesarán asimismo los políticos más expertos, que también son rarísimos los hombres a quienes se pueden fiar secretos de importancia. A la verdad, si no fueran rarísimas estas alhajas, no las estimaran tanto los Príncipes, que apenas tienen otras tan apreciables entre sus más ricos muebles.

50. Ni les faltan a las mujeres ejemplos de invencible constancia en la custodia del secreto. Pitágoras, estando cercano a la muerte, entregó sus escritos todos, donde se contenían los más recónditos misterios de su Filosofía, a la sabia *Damo,* hija suya, con orden de no publicarlos jamás; lo que ella tan puntualmente obedeció, que aun viéndose reducida a suma pobreza, y pudiendo vender aquellos libros por gran suma de dinero, quiso más ser fiel a la confianza de su padre, que salir de las angustias de pobre.

51. La magnánima *Aretaphila,* de quien ya se hizo mención arriba, habiendo querido quitar la vida a su esposo Nicotrato con una bebida ponzoñosa, antes que lo intentase por medio de conjuración armada, fue sorprendida en el designio; y puesta en los tormentos para que declarase todo lo que restaba saber, estuvo tan lejos de embargarle la fuerza del dolor el dominio de su corazón, y el uso de su discurso, que entre los rigores del suplicio, no sólo no

declaró su intento, mas tuvo habilidad para persuadirle al Tirano, que la poción preparada era un filtro amatorio, dispuesto a fin de encenderle más en su cariño. De hecho esta ficción ingeniosa tuvo eficacia de filtro, porque Nicotrato la amó después mucho más, satisfecho de que quien solicitaba en él excesivos ardores, no podía menos de quererle con grandes ansias.

52. En la conjuración movida por Aritogitón contra Hippias, Tirano de Atenas, que empezó por la muerte de Hipparco, hermano de Hippias, fue puesta a la tortura una mujer cortesana, sabedora de los cómplices: la cual para desengañar prontamente al Tirano de la imposibilidad [348] de sacarla el secreto, se cortó con los dientes la lengua en su presencia.

53. En la conspiración de Pisón contra Nerón, habiendo, desde que aparecieron los primeros indicios, cedido a la fuerza de los tormentos los más ilustres hombres de Roma, donde Lucano descubrió por cómplice a su propia madre, otros a sus más íntimos amigos; solamente a *Epicharis,* mujer ordinaria, y sabedora de todo, ni los azotes, ni el fuego, ni otros martirios pudieron arrancar del pecho la menor noticia.

54. Y yo conocí alguna, que examinada en el potro sobre un delito atroz que habían cometido sus amos, resistió las pruebas de aquel riguroso examen, no por salvarse a sí, sí sólo por salvar a sus dueños; pues a ella le había tocado tan pequeña parte en la culpa, ya por ignorar la gravedad de ella, ya por ser mandada, ya por otras circunstancias, que no podía aplicársele pena que equivaliese, ni con mucho, al rigor de la tortura.

55. Pero de mujeres, a quienes no pudo exprimir el pecho la fuerza de los cordeles, son infinitos los ejemplares. Oí decir a persona que había asistido en semejantes actos, que siendo muchas las que confiesan al querer desnudarlas para la ejecución, rarísima, después de pasar este martirio de su pudor, se rinde a la violencia del cordel. ¡Grande excelencia verdaderamente del sexo, que las obligue más su pudor propio, que toda la fuerza de un verdugo!

56. No dudo que parecerá a algunos algo lisonjero este paralelo que hago entre mujeres, y hombres. Pero yo reconvendré a estos conque Séneca, cuyo Estoicismo no se ahorró con nadie, y cuya severidad se puso bien lejos de toda sospecha de adulación, hizo

comparación no menos ventajosa a favor de las mujeres; pues las constituye absolutamente iguales con los hombres en todas las disposiciones, o facultades naturales apreciables. Tales son sus palabras: *Quis autem dicat naturam maligne cum muliebribus ingeniis egisse, & virtutes illarum in arctum retraxisse? Par* [349] *illis, mihi crede, vigor, par ad honesta (libeat) facultas est. Laborem doloremque ex aequo si consuevere patiuntur* {(a) *In Consol. ad Martiam.*}.

§. IX

57. Llegamos ya al batidero mayor, que es la cuestión del entendimiento, en la cual yo confieso, que si no me vale la razón, no tengo mucho recurso a la autoridad; porque los Autores que tocan esta materia (salvo uno, u otro muy raro), están tan a favor de la opinión del vulgo, que casi uniformes hablan del entendimiento de las mujeres con desprecio.

58. A la verdad, bien pudiera responderse a la autoridad de los más de esos libros con el apólogo que a otro propósito trae el Siciliano Carduccio en sus Diálogos sobre la Pintura. Yendo de camino un hombre, y un león, se les ofreció disputar quiénes eran más valientes, si los hombres, si los leones: cada uno daba la ventaja a su especie; hasta que llegando a una fuente de muy buena estructura, advirtió el hombre que en la coronación estaba figurado en mármol un hombre haciendo pedazos a un león. Vuelto entonces a su contrincante en tono de vencedor, como quien había hallado contra él un argumento concluyente, le dijo: Acabarás ya de desengañarte de que los hombres son más valientes que los leones, pues allí ves gemir oprimido, y rendir la vida un león debajo de los brazos de un hombre. Bello argumento me traes (respondió sonriéndose el león): esa estatua otro hombre la hizo, y así no es mucho que la formase como le estaba bien a su especie. Yo te prometo, que si un león la hubiera hecho, él hubiera vuelto la tortilla, y plantado el león sobre el hombre, haciendo gigote de él para su plato.

59. Al caso: hombres fueron los que escribieron esos libros, en que se condena por muy inferior el entendimiento de las mujeres. Si

mujeres los hubieran escrito, nosotros quedaríamos debajo. Y no faltó alguna que los hizo; [350] pues *Lucrecia Marinella,* docta Veneciana, entre otras obras que compuso, una fue un libro con este título: *Excelencia de las mujeres, cotejada con los defectos, y vicios de los hombres,* donde todo el asunto fue probar la preferencia de su sexo al nuestro. El sabio Jesuita Juan de Cartagena dice, que vio, y leyó este libro con grande placer en Roma, y yo le vi también en la Biblioteca Real de Madrid. Lo cierto es, que ni ellas, ni nosotros podemos en este pleito ser Jueces, porque somos partes; y así se había de fiar la sentencia a los Ángeles, que como no tienen sexo, son indiferentes.

60. Y lo primero, aquellos que ponen tan abajo el entendimiento de las mujeres, que casi le dejan en puro instinto, son indignos de admitirse a la disputa. Tales son los que asientan, que a los más que puede subir la capacidad de una mujer, es a gobernar un gallinero.

61. Tal aquel Prelado citado por D. Francisco Manuel en su Carta, y Guía de casados, que decía, que la mujer que más sabe, sabe ordenar un arca de ropa blanca. Sean norabuena respetables por otros títulos los que profieren semejantes sentencias; no lo serán por estos dichos, pues la más benigna interpretación, que admiten, es la de recibirse como hipérboles chistosos. Es notoriedad de hecho que hubo mujeres que supieron gobernar, y ordenar Comunidades Religiosas, y aun mujeres que supieron gobernar, y ordenar Repúblicas enteras.

62. Estos discursos contra las mujeres son de hombres superficiales. Ven que por lo común no saben sino aquellos oficios caseros, a que están destinadas; y de aquí infieren (aun sin saber que lo infieren de aquí, pues no hacen sobre ello algún acto reflejo) que no son capaces de otra cosa. El más corto Lógico sabe, que de la carencia del acto a la carencia de la potencia no vale la ilación; y así, de que las mujeres no sepan más, no se infiere que no tengan talento para más.

63. Nadie sabe más que aquella facultad que estudia, sin que de aquí se pueda colegir, sino bárbaramente, que [351] la habilidad no se extiende a más que la aplicación. Si todos los hombres se dedicasen a la Agricultura (como pretendía el insigne Tomás Moro en su Utopía) de modo que no supiesen otra cosa, ¿sería esto

fundamento para discurrir que no son los hombres hábiles para otra cosa? Entre los Drusos, Pueblos de la Palestina, son las mujeres las únicas depositarias de las letras, pues casi todas saben leer, y escribir; y en fin, lo poco, o mucho que hay de literatura en aquella gente, está archivado en los entendimientos de las mujeres, y oculto del todo a los hombres; los cuales sólo se dedican a la Agricultura, a la Guerra, y a la Negociación. Si en todo el mundo hubiera la misma costumbre, tendrían sin duda las mujeres a los hombres por inhábiles para las letras, como hoy juzgan los hombres ser inhábiles las mujeres. Y como aquel juicio sería sin duda errado, lo es del mismo modo el que ahora se hace, pues procede sobre el mismo fundamento.

§. X

64. Y acaso sobre el mismo principio, aunque mucho más benigno con las mujeres, el Padre Malebranche, en su *Arte de investigar la verdad,* les concedió ventaja conocida sobre los hombres en la facultad de discernir las cosas sensibles, dejándolas muy abajo para las ideas abstractas; pues aunque señala por razón de esto la blandura de su celebro, estas causas físicas ya se sabe que cada uno las busca, y señala a su modo, después que por la experiencia está, o se juzga asegurado de los efectos. Siendo esto así, cayó este Autor en aquella dolencia intelectual, de que quiso él mismo curar a todo el linaje humano; esto es, el error ocasionado de preocupaciones comunes, y principios mal reflexionados; pues hizo sin duda este juicio, o por dejarse arrastrar del común, o porque advirtió que las mujeres reputadas por hábiles, discurren con más felicidad, y acierto que los hombres en orden a las cosas sensibles, y con mucho menos (si no enmudecen del todo) en materias abstractas: siendo así, que [352] esto no proviene de la desigualdad de talento, sino de la diferencia de aplicación, y uso. Las mujeres se ocupan, y piensan mucho más que los hombres en el condimento del manjar, en el ornato del vestido, y otras cosas a este tono, y así discurren, y hablan acerca de ellas con más acierto, y con más facilidad. Por el contrario en cuestiones teóricas, o ideas abstractas, rarísima mujer

piensa, o rarísima vez; y así, no es mucho que las encuentren torpes, cuando les tocan estas materias. Para mayor desengaño de esto se observará, que aquellas mujeres advertidas, y de genio galante, que gustan de discurrir a veces sobre las delicadezas del amor Platónico, cuando se ofrece razonar sobre este punto, dejan muy atrás al hombre más discreto, que no se ha dedicado a explorar estas bagatelas de la fantasía.

65. Generalmente cualquiera, por grande capacidad que tenga, parece rudo, o de corto alcance en aquellas materias a que no se aplica, ni tiene uso. Un Labrador del campo, a quien Dios haya dotado de agudísimo ingenio, como algunas veces sucede, si no ha pensado jamás en otra cosa que su labranza, parecerá muy inferior al más rudo político siempre que se ofrezca hablar de razones de estado. Y el más sagaz político, si es puro político, metiéndose a hablar de ordenar escuadrones, y dar batallas, dirá mil desvaríos; y si le oye algún hombre inteligente en la Milicia, le tendrá por un fatuo, como reputó tal Annibal al otro grande Orador Asiático, que en presencia suya, y del Rey Antíoco se arrojó a razonar de las cosas de la guerra.

66. Lo propio sucede puntualmente en nuestro caso: estáse una mujer de bellísimo entendimiento dentro de su casa, ocupado el pensamiento todo el día en el manejo doméstico, sin oír, u oyendo con descuido, si tal vez se habla delante de ella de materias de superior esfera. Su marido, aunque de muy inferior talento, trata por afuera frecuentemente, ya con Religiosos sabios, ya con hábiles políticos, con cuya comunicación adquiere varias noticias, [353] entérase de los negocios públicos, recibe muchas importantes advertencias. Instruido de este modo, si alguna vez habla delante de su mujer de aquellas materias, en que por esta vía cobró un poco de inteligencia, y ella dice algo que le ocurre al propósito, como, por muy penetrante que sea, estando desnuda de toda instrucción, es preciso que discurra defectuosamente, hace juicio el marido, y aun otros, si lo escuchan, de que es una tonta, quedándose él muy satisfecho de que es un lince.

67. Lo que pasa con esta mujer, pasa con infinitas, que siendo de muy superior capacidad respecto de los hombres concurrentes, son condenadas por incapaces de discurrir en algunas materias; siendo

así, que el no discurrir, o discurrir mal depende, no de falta de talento, sino de falta de noticias, sin las cuales ni aun un entendimiento angélico podrá acertar en cosa alguna; los hombres entretanto aunque de inferior capacidad, triunfan, y lucen como superiores a ellas, porque están prevenidos de noticias.

68. Sobre la ventaja de las noticias hay otra de mucho momento; y es, que los hombres están muy acostumbrados a meditar, discurrir, y razonar sobre estas materias, que son de su uso, y aplicación, al paso que las mujeres rarísima vez piensan en ellas: conque se puede decir, que cuando llega la ocasión, los hombres hablan de muy pensado, y las mujeres muy de repente.

69. En fin, los hombres, con la recíproca comunicación sobre tales asuntos, participan unos las luces de otros; y así, cuando razonan sobre ellos, no sólo usan del discurso propio, mas también se aprovechan de lo que tomaron del ajeno; explicándose a veces en la boca de un hombre solo, no un entendimiento solo, sino muchos entendimientos. Pero las mujeres, como en sus conferencias no tratan de estas materias sublimes, sino de sus labores, y otras cosas domésticas, no se prestan sobre ellas luz alguna unas a otras: conque ocurriendo el caso de hablar en semejantes materias, sobre razonar de repente, y sin noticias, usan sólo cada una de sus luces propias. [354]

70. Estas ventajas que hay para que un hombre de cortísima penetración discurra mucho más, y con mucho mayor acierto en asuntos nobles que una mujer de gran perspicacia, son de tanto momento, que puede suceder en la concurrencia de una mujer agudísima con un hombre rudo, parecer éste discreto, y aquella tonta, a quien no hiciere las reflexiones que llevo escritas.

71. De hecho la falta de estas reflexiones introdujo en tantos hombres (y algunos por otra parte sabios, y discretos) este gran desprecio del entendimiento de las mujeres; y lo más gracioso es, que han gritado tanto sobre que todas las mujeres son de cortísimo alcance, que a muchas, si no a las más, ya se lo han hecho creer.

§. XI

72. Y parece que ni aun aquellos que, acercándose más a la razón, asientan, pero con mucho menor exceso, ventajoso el entendimiento de los hombres, dejando lugar a que entre las mujeres haya algunas de sólido, y perspicaz ingenio; digo, que ni aun aquellos hubieran, a mi entender, establecido esta desigualdad entre los dos sexos, si hubieran atendido a las circunstancias expresadas que ocurren, para que aun excediendo en la capacidad, parezcan inferiores las mujeres en las más ocasiones.

73. Ni yo sé qué fundamento puede tener esta pretendida desigualdad más que el que llevo dicho, y cuya equivocación he descubierto. Porque si se me dice que la experiencia lo ha demostrado, ya está prevenido que la experiencia que se alega es engañosa, y manifestados varios capítulos de su falacia. Fuera de que en orden a experiencia, yo citaré dos grandes testigos a favor de las mujeres. El primero es el discretísimo Portugués D. Francisco Manuel en su Carta de Guía de Casados.

74. En este Caballero concurrieron cuantas circunstancias se pueden desear para tener señaladísimo voto en la materia de que tratamos; porque sobre ser de escogida advertencia, peregrinó varias tierras, mezclado comúnmente [355] en negocios, por los cuales, y por el genio áulico, y cortesano que tenía, trató en todas partes muchas señoras, como se ve en sus escritos.

75. Este Autor, pues, parece que no contento con dejar iguales en la parte intelectual a las mujeres con los hombres, les concede a ellas alguna ventaja. Así dice en el libro citado, fol. 73, después de referir la opinión contraria a las mujeres: *Soy de muy diferente opinión, y creo cierto hay muchas de gran juicio. Vi, y traté algunas en España, y fuera de ellas. Por esto mismo me parece que aquella agilidad suya en percibir, y discurrir, en que nos hacen ventaja, es necesario templarla con grande cautela.* Y poco más abajo: *Así, pues no es lícito privar a las mujeres del sutilísimo metal de entendimiento conque las forjó la naturaleza; podemos siquiera desviarles las ocasiones de que lo afilen en su peligro, y en nuestro daño.* El testimonio de este Autor, como he dicho, es de gran peso, porque sobre su mucha experiencia, y discreción, se añade, que en el escrito citado nada benigno está con las mujeres; y aun al fin de él, sin mucho rebozo, se acusa a sí propio de algo severo.

76. El segundo testigo es el eruditísimo Francés el Abad de Bellegarde, hombre también áulico, y que conoció bien el mundo en el gran Teatro de París. Este Autor en un libro que dio a luz, intitulado: *Cartas curiosas de Literatura, y de Moral,* afirma que el espíritu de las mujeres no es en alguna manera inferior al de los hombres para cualquiera de las ciencias, artes, o empleos. No he visto a este Autor, pero le citan sobre este asunto los de las Memorias de Trevoux en el mes de Abril del año de 1702. El Autor de la *Jornada de los coches de Madrid a Alcalá* (que, sea quien se fuere, se conoce ser hombre de voto) es del mismo sentir {(a) *Pág. 45.*}. El P. Buffier, célebre Escritor Francés, de la Compañía de Jesús, probó de intento el mismo asunto en un libro, intitulado: *Examen des prejugez vulgaires.*

§. XII

77. Echado, pues, aparte el fundamento de la experiencia, sólo resta que se nos pruebe la pretendida desigualdad de entendimientos con alguna razón física. Pero yo afirmo que no hay alguna; porque sólo se puede recurrir, o a la desigualdad entitativa de las almas, o a la distinta organización, o diferente temperie de los cuerpos de ambos sexos.

78. A la desigualdad entitativa de las almas, no hay recurso; pues en la sentencia común de los Filósofos, todas las almas racionales en su perfección física son iguales. Bien sé que algunos citan a S. Agustín por la sentencia contraria en el *lib. 15 de Trinit. cap. 13,* pero yo en aquel capítulo no hallo que S. Agustín toque siquiera el punto. También sé que la Facultad Parisiense condenó una proposición, que afirmaba no ser la alma de Cristo Señor nuestro más perfecta que la alma del alevoso Judas. A lo que responde el noble Escotista Mastrio, que aquella condenación, como no está confirmada por la Sede Apostólica, no debe hacernos fuerza. Y es así; pero convengo en que tal proposición se deba borrar en cualquiera libro que se halle, porque es disonante; y respecto de los idiotas, que en las almas no distinguen claramente lo físico de lo moral, escandalosa. Mas esto no perjudica en manera alguna a la

verdad de la común sentencia, que asienta la total igualdad física de las almas.

79. Aun en caso que las almas sean entitativamente desiguales, ¿cómo nos probarán, o nos harán creer, que Dios escoge las mejores para los hombres, dejando las menos perfectas para las mujeres? Antes creeremos que la alma de María Santísima sería en ese caso la mejor que tuvo toda otra pura criatura, como de hecho afirma que aun en lo físico fue perfectísima el Eximio Suárez {(a) *Tom. 2 in 3 part. quaest. 27 disp. 2 sect. 2.*}. Y así, bien pueden estarse firmes las mujeres que dicen que la alma no es varón, ni hembra, porque dicen bien.

80. En cuanto a la organización, bien creo yo que la variedad de ella puede variar mucho las operaciones de la alma, aunque hasta ahora no sabemos qué organización es la más oportuna para discurrir bien. Aristóteles pretende que los de cabeza pequeña son más discursivos. Conjeturo que antes de escribirlo tomó la medida a la suya. Otros votan a favor de las cabezas grandes. No debían de ser las de estos pequeñas; que si lo fueran, seguirían a Aristóteles. El Cardenal Sfrondati dice en su Curso Filosófico, que el Cardenal de Richelieu tenía los órganos, que sirven al discurso, duplicados; a lo cual atribuye la insigne perspicacia, y agilidad intelectual de aquel Ministro. Yo lo entiendo de duplicación, no en el número, porque sería monstruosa, sino en la magnitud; y esto es conforme a lo que dicen muchos, que cuanto el celebro es mayor en cantidad, se discurre mejor; lo que coligieron de haber observado en el hombre mayor celebro a proporción que en todos los demás animales. Otros (como Martínez en su Anatomía), excluyendo las cabezas grandes, y chicas, quieren que las de mediano tamaño sean más oportunas para las operaciones del entendimiento. Digan lo que quisieren estos que andan tomando la medida a los miembros, para computar el valor de las almas, la experiencia muestra que entre hombres de cabezas grandes se hallan unos sutiles, y otros estúpidos; y de la misma manera entre hombres de cabezas pequeñas. Si la diferente magnitud de la cabeza, o del celebro indujera desigualdad en las operaciones del entendimiento, se hallaría ser muy desiguales en entender, y percibir los hombres muy desiguales en la estatura, pues a proporción de ella son mayores, o menores, así el cráneo, como el

celebro; lo cual es contra la observación.

81. Por tanto, aun cuando sea verdad lo que dice Plinio, que en los hombres es mayor materialmente la substancia del celebro que en las mujeres (en lo cual suspendo el juicio, hasta tomar el parecer de Anatómicos expertos), nada se prueba de ahí: pues si la ventaja en entender [358] se hubiese de arreglar a ese exceso material del celebro, sería menester que un hombre agudísimo tuviese cuarenta, o cincuenta veces mayor celebro que un fatuo, y que los hombres de mayor cuerpo fuesen generalmente más perspicaces que los de corta estatura, pues tienen también mayor celebro a proporción. Y si eso se lo hicieren creer al que escribe esto, les dará las gracias, porque le está bien.

82. Asiento, pues, a que la mayor, o menor claridad, y facilidad en entender, depende en gran parte de la diferente organización; pero no de la diferente organización sensible de las partes mayores; sí de la insensible de partes minutísimas, como de la diferente textura, o firmeza de sutilísimas fibras, y de la mayor, o menor concavidad, limpieza, y tersura, de los delicadísimos canales, por donde comercian los espíritus. Y nada de esto podemos saber si es distinto en los hombres que en las mujeres, porque no alcanzan a discernirlo los anteojos anatómicos: como ni los Cartesianos, por buenos microscopios que busquen, podrán explorar si la glándula pineal, que señalan por total domicilio de la alma, tiene diferente textura en las mujeres que en los hombres.

83. Que la diferente organización sensible no induce variedad en las operaciones racionales, por lo menos no siendo enormemente irregular, se hace claro de que hay hombres diferentemente organizados, que son igualmente hábiles, y hombres organizados de un mismo modo, que son en las facultades de la alma muy diferentes. El Frigio Esopo fue en todo el cuerpo tan disforme, y tan contrahecho, que apenas parecía hombre; por lo cual quedó su memoria a los siglos que sucedieron para antonomasia de la fealdad: con todo se sabe que fue de delicado, y penetrante espíritu. Sócrates no distó mucho de Esopo en la irregularidad de sus facciones, y no tuvo la antigüedad más ajustado entendimiento. Pero cuando concediésemos que a distinta organización sensible se sigue distinta habilidad intelectual, ¿qué se inferirá de aquí? Nada,

porque [359] las mujeres no son distintamente formadas que los hombres en los órganos que sirven a la facultad discursiva; sí sólo en aquellos que destinó la naturaleza a la propagación de la especie.

§. XIII

84. Tampoco en la diferencia de temperamento puede fundarse la imaginada inferioridad del entendimiento femenino. No porque yo niegue que para el recto, o desordenado uso de las potencias de la alma, el temperamento hace mucho al caso. Antes estoy persuadido a que ocasiona más variedad en las operaciones el distinto temperamento, que la diferente organización: pues no hay quien no experimente en sí mismo, que según está variamente templado, sin que la organización se descuaderne, está más, o menos hábil para todo género de operaciones; y apenas hay intemperie que ofenda el cuerpo, que no turbe al mismo tiempo poco, o mucho en sus funciones a la alma. Pero qué especie de temperamento, o de temperie conduce para entender, y discurrir mejor, no es fácil averiguarlo.

85. Si se ha de estar a lo que enseña Aristóteles, se inferirá que el temperamento femenino es más a propósito para este efecto. Este Filósofo, que cuantos efectos aparecen en el dilatado campo de la naturaleza, sujeta al dominio de sus cuatro calidades primeras, dice en la *sect. 14. de sus Problemas, quaest. 15.* que los hombres de temperamento frío son más intelectuales, y discursivos que los de temperamento caliente; sin embargo de que en la misma cuestión entra suponiendo que en los climas ardientes son los hombres más ingeniosos que en los fríos (lo que yo tampoco creo, pues se siguiera que son más ingeniosos los Africanos que los Ingleses, y Holandeses); porque siguiendo su sentencia de la intensión de las cualidades, en fuerza de la *Antiperístasis,* afirma que en los Países más fríos son los hombres más ardientes; y en los ardientes más fríos: *Etenim, qui sedes frigidas habent, frigore loci obsistente, longè calidiores, quam sua sint natura, redduntur.* [360] Y tan inferiores deja, respecto de los de temperamento frío, para discurrir a estos hombres más cálidos, que no duda de compararlos a los que tienen

la cabeza trastornada con el demasiado vino. Así prosigue inmediatamente a las palabras citadas: *Itaque vinolentis admodum similes esse videntur, nec ingenio valent quo prospiciant, rerumque rationes inquirant.* Muy olvidado estaba el Filósofo de su discípulo Alejandro, cuando puso a los ardientes en la clase de los estúpidos, o no sólo olvidado, más aún resentido; pues es cierto que escribió las más de sus obras después que Alejandro le desvió de sí, por sospechas que tuvo de su poca fidelidad; y retirado en Atenas tuvo el nuevo disgusto de ver que aquel Príncipe enviase a regalar a su competidor, y condiscípulo Jenócrates con treinta talentos de oro, sin hacer memoria de Aristóteles; aunque es dudoso si el resentimiento llegó a tanto, que conspirase con Antipatro contra la vida de Alejandro, y discurriese el modo de conducir para la ejecución el veneno. Pero vamos al caso.

86. El mismo Aristóteles enseña (y en esto convienen todos los Físicos, y Médicos) que la disimilitud de temperamento en los dos sexos está en que el hombre es cálido, y seco, y la mujer fría, y húmeda: *Est autem vir calidus, & siccus, mulier frigida, humidaque* {(a) *Sect. 5. quaest. 26.*}. Siendo, pues, en sentencia de Aristóteles, el temperamento frío más oportuno para discurrir, como al contrario el caliente, y siendo las mujeres frías, y los hombres cálidos; se sigue que el temperamento femenino es más a propósito para entender, y discurrir bien, que el varonil.

87. Esta prueba es concluyente para los que creen cuanto dijo Aristóteles; pero a mi protesto que no me hace alguna fuerza: porque ni creo que en los Países ardientes hay mejores ingenios que en los fríos, ni que los hombres fríos son más ingeniosos que los calientes; y mucho menos que los de temperamento ígneo sean casi insensatos. Y en cuanto [361] a la pretendida fuerza de la *Antiperístasis,* quédese por ahora en la duda que tiene.

88. Humedad, y sequedad son las otras dos cualidades distintivas de los dos temperamentos. En atención a ellas, también se infiere de doctrina de Aristóteles que las mujeres son más perspicaces que los hombres. Los que asientan que la mayor cantidad de celebro trae consigo la facultad de entender mejor, lo fundan en que el hombre, que es el más advertido de todos los animales, tiene mayor celebro a proporción que todos. Ahora

arguyó así: Aristóteles dice que el hombre es de temperamento más húmedo que todos los demás animales: *Homo omnium animantium maximé humidus natura est* {(a) *Sect. 5. quaest. 7.*}. Conque si de tener el hombre mayor celebro que los brutos, se infiere que el mayor celebro influye mayor discurso; de ser el hombre más húmedo que los brutos, se inferirá que la mayor humedad influye más conocimiento. La mujer es más húmeda que el hombre: luego será más inteligente que él.

89. Tampoco este argumento prueba, sino por vía de retorsión a los contrarios; pues los principios en que estriba son, a buen librar, inciertos, y dudosos. ¿Quién le dijo a Plinio que el hombre tiene mayor celebro que todos los demás animales? ¿Hubo por ventura algún hombre tan prolijo, que quebrase la cabeza a todas las especies sensitivas, para pesar después los sesos? ¿Ni quién le dijo a Aristóteles que el hombre es más húmedo que todos los brutos? ¿Por ventura este Filósofo los exprimió a todos en prensas para ver la cantidad de humor que tiene cada uno? Antes parece que ciertos brutos domésticos, los más de los insectos, y todos, o casi todos los peces son más húmedos que el hombre. Ni aun cuando fuera verdad que el celebro humano es mayor que todos los demás, se inferiría que dentro de nuestra especie a mayor celebro se sigue mayor discurso; pues en otras muchas partes del cuerpo se distingue el hombre del bruto, sin que el exceso [362] de algunos individuos en ellas arguya mayor conocimiento. Sería menester para esto haber observado, que entre los mismos brutos, los de mayor celebro tienen mejor instinto; lo que creo que no sucede; pues siendo así, a total falta de celebro correspondería total carencia de percepción, lo cual es falso; pues, según Plinio, muchos sensitivos, que carecen de sangre, carecen de celebro, y no por eso dejan de tener su instinto.

§. XIV

90. Dejadas, pues, estas pruebas, que proceden sobre doctrinas Aristotélicas, o falsas, o inciertas, y sólo les podrán servir a las mujeres para redargüir a Aristotélicos cerrados, que aprueban cuanto dijo su Maestro; vamos a ver si el capítulo de la humedad,

en que excede la mujer al hombre, infiere en su aptitud intelectiva algún detrimento. De esta aldaba se asen comúnmente los que quieren comprobar con alguna razón física la inferioridad del discurso femenino. Y parece probable la razón, porque el excesivo humor, o por sí mismo, o por los vapores que exhala, es apto a retardar el curso de los espíritus animales, ocupando en parte los estrechos conductos por donde fluyen estos tenuísimos cuerpos.

91. Con todo, este argumento evidente es falaz; pues si no lo fuera, probaría, no que las mujeres tienen espíritu menos penetrante, y profundo, sino que son de discurso más tardo, y detenido; lo cual es falso, pues en prontitud muchos hombres les conceden ventaja.

92. Más: Muchos hombres agudísimos, prontos, y profundos abundan de fluxiones catarrales habituales, las cuales provienen de muchas humedades excrementicias, recogidas cerca de las meninges, y dentro de la misma substancia del celebro, como se puede ver en Riberio en el capítulo de *Catarrho.* Luego no estorba la excesiva humedad del celebro el uso pronto, o recto del discurso. Y si no le estorba la humedad excrementicia, menos podrá la natural. [363]

93. Y para que no estorbe la natural, se añade, que, en doctrina de Plinio, el celebro del hombre es más húmedo que el de todos los demás vivientes: *Sed homo portione maximum & humidissimum* {(a) *Lib. II. cap. 37.*}. Y no es creíble que la naturaleza ponga en el órgano, que sirve al más perfecto conocimiento, un temperamento capaz de hacer perezoso, o defectuoso el discurso. Si se me dijere que con toda esa humedad nativa, en que el celebro del hombre excede al del bruto, queda en la temperie proporcionada para el mejor uso de la razón, y que el de la mujer excede; respondo, que supuesto que la humedad por su naturaleza no estorba, nadie sabe en qué proporción, o cantidad debe ser húmedo el celebro para ejecutar las funciones a que está destinado ese órgano; y por consiguiente voluntariamente se dirá que está con más proporción en los hombres, que en las mujeres, o en las mujeres, que en los hombres.

94. Opondrase no obstante contra la humedad el sentir de muchos, que afirman que los Países húmedos, y nebulosos producen

espíritus groseros; y al contrario, en los esclarecidos, despejados, y enjutos nacen ingenios felices. Pero sean muchos, o pocos los que dicen esto, lo dicen sin más fundamento que haber aprehendido las nieblas del Horizonte, trasladadas a la esfera del celebro; como si en los Países lluviosos la opacidad de la atmósfera fuese sombra que oscureciese la alma, o en los que gozan cielo sereno, el mayor resplandor del día diese mayor claridad a la razón. Con más verisimilitud se dijera que en las Regiones más despejadas, y esclarecidas, siendo más visibles los objetos, distraen más la alma por las ventanas de los ojos, y así la dejan menos apta para especulaciones, y discursos; pues por esta razón vemos que en la obscuridad de la noche se interrumpe menos el hilo del discurso, y se tiran con más firme secuela las ilaciones, que en la claridad del día. [364]

95. Los que tienen las Regiones húmedas por ineptas para producir hombres sutiles, pongan los ojos en los Holandeses, y Venecianos, que son de los más hábiles Europeos; siendo así que los primeros viven sitiados de lagunas, y los segundos robaron parte de su imperio a los peces. Aún acá en España tenemos el ejemplo de los Asturianos, que sin embargo de habitar una Provincia la más acosada de nieblas, y lluvias que hay en toda la Península, son generalmente reputados por sutiles, despiertos, y ágiles. ¿Pero qué hay que admirar? Harto más húmeda región habitan los delfines, que están siempre metidos en las ondas; y sin embargo, no produjo la naturaleza brutos de tan noble instinto, ni que tanto se acerquen, ya por amor, ya por imitación de costumbres al hombre; pues como se puede ver en Conrado Gesnero, cuidan con especial aplicación de sus padres ancianos, se han visto guiar a los hombres en la navegación, y ayudarlos en la pesca, y aún se ha observado entre ellos la atención con los muertos, retirando los cadáveres de su especie en el riesgo de ser devorados por otras bestias marinas.

96. Por el contrario, las aves, que gran parte del tiempo gozan de aire más sutil, y despejado de vapores, ya discurriendo por los vientos, ya colocándose en las alturas de los montes, deberían ser más sagaces que los brutos terrestres; lo cual no es así.

97. Por la misma razón deberían ser los Egipcios los hombres más agudos del mundo, pues gozan el cielo más despejado que hay

en todo el Orbe. Apenas cubre una nube a Egipto en todo el año; y fuera totalmente infecundo su suelo, si no le regara el Nilo. Y si bien que la antigüedad veneró a aquella Región en algunos siglos por la gran Maestra de las Ciencias, como se reconoce en las peregrinaciones que hicieron a ella Pitágoras, Homero, Platón, y otros Filósofos Griegos, para adelantarse en la Filosofía, y Matemáticas, esto no prueba que sean más sutiles que los demás mortales; sino que las ciencias han andado peregrinas por la tierra, y unos siglos hicieron [365] asiento en una Región, otros en otra. Por otra parte, la singular extravagancia de los antiguos Egipcios en materia de religión los acredita de muy corta luz intelectual. Lo mismo podemos decir del Valle de Lima, cuyo cielo es tan despejado, que se ignora qué cosa es lluvia en aquella tierra, debiéndose toda la fertilidad de ella a un ligero rocío, a que se añade una temperie hermosa entre frío, y calor; sin que por eso los naturales sean de ingenio muy delicado; antes bien los Pizarros, que los conquistaron, los hallaron más fáciles a ser sorprendidos de sus dolos, que Cortés a los Mexicanos a ser conquistados de sus armas.

98. No ignoro que los habitadores de la Beocia eran tenidos antiguamente por tan rudos, que pasó a proverbio *Boeoticum ingenium,* y *Boeotica sus,* para tratar a un hombre de estúpido, y que esto se atribuía al ambiente grosero, y vaporoso que domina aquella Provincia; por lo que dijo Horacio en una Epístola: *Boeotum in crasso jurares aëre natum.* Empero creo con algún fundamento, que los antiguos, que se citan, hicieron poca merced a aquel País, tomando la ignorancia, originada de la falta de aplicación, por incapacidad; a lo que pudo concurrir también ser la Beocia, confinante de la Ática, donde florecían las letras: que a vista de una Provincia, que es teatro de la sabiduría, parece la vecina Colonia de la rudeza. Por otra parte es cierto que la Beocia produjo algunos ingenios de superior orden, como Píndaro, Príncipe de los Poetas Líricos, y el gran Plutarco, que en sentir de Bacon de Verulamio, no tuvo hombre mayor la antigüedad. Y aún sospecho que retrocediendo a antigüedad más retirada, hubo tiempo en que los Beocios superaron a todos sus vecinos, y a todo el resto de los Europeos en la cultura de Ciencias, y Artes; porque Cadmo, que viniendo de la Fenicia, fue el primero que introdujo las letras del

Alfabeto en Grecia, siendo en Europa el primer Autor de la Escritura, y de la Historia, hizo su asiento en la Beocia, donde fundó la Ciudad de Tebas. A que se añade, que en la Beocia está el Monte Helicón dedicado [366] a las Musas, que de él se nombraron Helicónides; y de este monte desciende la famosa fuente Aganipe, consagrada a las mismas fingidas Deidades, cuya agua se creía ser el vino de los Poetas, como que sacándolos de sí por medio de rapto, les encendía en furiosos entusiasmos el celebro. Todas estas ficciones parece que no pudieron tener otro origen que haber en algún tiempo florecido la Poesía en aquella Región.

99. Pero dado el caso que los Beocios sean por su naturaleza rudos, ¿cómo se probará que esto depende de la humedad del País, y no de otras causas ocultas, especialmente cuando vemos otros Países húmedos, que no incurren esa nota? Desagráviese, pues, la humedad del falso testimonio que la han levantado de estar reñida con la agudeza; y quede asentado que por este capítulo no se puede probar que las mujeres sean inferiores en el discurso a los hombres.

§. XV

100. El P. Malebranche discurre por otro camino, y niega a las mujeres igual entendimiento al de los hombres, por la mayor molicie, o blandura de las fibras de su celebro. Yo verdaderamente no sé si lo que supone de esa mayor blandura es así, o no. Dos Anatómicos he leído que no dicen palabra de eso. Acaso suponiendo la mayor humedad, se dió por inferida la mayor blandura; y no es la consecuencia fija, porque el hielo es húmedo, y no es blando. El metal derretido es blando, y no es húmedo. Acaso por la mayor blandura, o docilidad del genio de las mujeres se discurrió ser también en toda su material composición más blandas: que hay hombres tan superficiales, que por estas analogías forman sus ideas, y después por falta de reflexión se extienden hasta entre los más perspicaces.

101. Pero sea así norabuena: ¿qué conexión tiene la mayor blandura del celebro con la imperfección del discurso? Antes bien, siendo por esa causa más dócil a la impresión de los espíritus, será

instrumento, u órgano más apto para las operaciones mentales. Este argumento es más [367] fuerte en la doctrina de este Autor; porque dice en otra parte, que siendo los vestigios, que dejan con su movimiento en el celebro los espíritus animales, las líneas conque la facultad imaginativa forma en él las efigies de los objetos, cuanto esos vestigios, o impresiones fueren mayores, y más distintas, tanto con más valentía, y claridad percibirá el entendimiento los objetos mismos: *Cum igitur imaginatio consistat in sola virtute, qua mens sibi imagines objectorum efformare potest, eas imprimendo, ut ita loquar, fibris cerebri, certè quò vestigia spirituum animalium, quae sunt veluti imaginum illarum lineamenta, erunt distinctiora, & grandiora, eò fortiùs, & distinctiús mens objecta illa imaginabitur* {(a) *Lib. 2. de Inquirenda Veritate, part. I. cap. I.*}.

102. Ahora, pues, es claro, que siendo más blando el celebro, y más flexibles sus fibras, imprimirán con más facilidad, como también mayores, y más distintos vestigios los espíritus. Con más facilidad, y mayores, porque resiste menos la materia. Más distintos, porque siendo algo rígidas las fibras, en fuerza del elaterio hacen algún conato por restituirse a su antigua positura; y así obscurecen algo la senda que habían abierto los espíritus con su movimiento; luego siendo en el celebro de las mujeres más flexibles las fibras que en el de los hombres, formarán aquellas mayores, y más distintas las imágenes, y por consiguiente percibirán mejor los objetos.

103. No por eso se piense que concedo más entendimiento a las mujeres que a los hombres; sólo redarguyo al P. Malebranche, pretendiendo que de su doctrina se infiere esa ventaja, contra lo que él mismo en otra parte pronuncia. Pero lo que yo siento es, que con esos discursos filosóficos todo se puede probar, y nada se prueba. Cada uno filosofa a su modo: y si yo escribiera por adulación, o por capricho, o por ostentación de ingenio, fácil me fuera, tejiendo consecuencias de principios admitidos, elevar el entendimiento de las mujeres sobre el nuestro [368] muchas varas. Pero no es ese mi genio, sino propalar con sinceridad mi dictamen. Y así digo, que ni el P. Malebranche, ni otro alguno hasta ahora, supo el puntual uso, o específico manejo, conque sirven los órganos de la cabeza a las facultades del alma. No sabemos hasta ahora cómo el fuego quema, o cómo la nieve enfría, siendo cosas que se presentan a la vista, y al

tacto; y quiere el P. Malebranche, con los demás Cartesianos, persuadirnos que han registrado cuanto pasa en el más recóndito gabinete de la alma racional. Ni me parecen bien fundadas esas máximas, que reduciéndolo todo a mecanismo, nos figuran al espíritu estampando materialmente las imágenes de los objetos en el celebro, como el buril en el cobre. No ignoro las gravísimas dificultades que padecen las especies intencionales Aristotélicas: pero lo que sale de aquí es, que ni unos, ni otros hacemos otra cosa que palpar la ropa a la naturaleza. Todos vamos a ciegas, y el más ciego de todos es aquel que piensa que ve las cosas con toda claridad; como sucedía a la otra criada de Séneca, llamada Harpacta, tan fatua, que careciendo de vista, juzgaba que la tenía. Es cierto que estos que viven muy satisfechos de que penetran las cosas naturales, están más expuestos a peligrosos errores; porque el que camina con mucha confianza, y poca luz, va más arriesgado a caer: al contrario dista más de ese peligro, el que conociendo que el camino es oscuro, se va con tiento.

104. Mas concediendo al P. Malebranche, y a los demás Cartesianos, que la representación de los objetos a la mente se hace por medio de esas materiales trazas, que con su curso forman en el celebro los espíritus; lo que se sigue es, que siendo el de las mujeres más blando, por la docilidad de la materia, sean los diseños mayores. ¿Y de aquí qué se inferirá? En la doctrina del P. Malebranche se infiere uno, y otro: que las mujeres entienden mejor que los hombres, y que no entienden tan bien. Lo primero se infiere por el lugar que citamos arriba: y lo segundo, porque cuando se explica contra las mujeres, quiere [369] que las imaginaciones vivísimas, que resultan de esas imágenes mayores, se opongan a la recta inteligencia de los objetos: *Cum enim tenuiora objecta ingentes in delicatis cerebri fibris excitent motus, in mente protinus etiam excitant sensationes ita vividas, ut iis tota occupetur* {(a) *Lib. 2. part. 2. cap. I.*}.

105. Pero esto segundo es contra toda razón; porque las imágenes mayores no quitan que se representen bien los objetos, aun cuando ellos sean menudos; antes conducen, por lo cual se ven mejor por medio del microscopio los átomos. Y la viveza de la imaginación, no siendo tanta que llegue a locura, contribuye mucho para una perspicaz inteligencia.

106. Mas en realidad, de esa mayor blandura del celebro no se sigue ni uno, ni otro; ni que el entendimiento de las mujeres sea mayor, ni que sea menor, porque no se infiere de ella que las estampas que imprimen los espíritus sean mayores (que es de donde se había de deducir lo uno, o lo otro). La razón es, porque puede ser el impulso de los espíritus proporcionado a la docilidad de la materia, y así no hacer mayor impresión que aquella que hicieran espíritus más impetuosos en celebro más fuerte; del mismo modo, que templando la fuerza de la mano pueden abrirse con el buril en la cera líneas tan superficiales, como aquellas que usando de mayor impulso se señalan en el plomo. Lo que yo creo es, que de todo este sistema del celebro de las mujeres, lo que puede seguirse es, que los movimientos corpóreos sean en ellas menos vigorosos que en los hombres, por cuanto los nervios, que tienen su origen en las fibras del celebro, y en la médula espinal, es consiguiente que sean menos fuertes, o movidos con más débiles impulsos; pero no que sus operaciones mentales sean más, o menos perfectas. [370]

§. XVI

107. Ya es tiempo de salir de las asperezas de la Física a las amenidades de la Historia, y persuadir con ejemplos, que no es menos hábil el entendimiento de las mujeres, que el de los hombres, aun para las ciencias más difíciles: medio el mejor para convencer al vulgo, que por lo común se mueve más por ejemplos, que por razones. Referir todos los que ocurren, sería muy fastidioso; y así sólo señalaremos algunas de las mujeres más ilustres en doctrina de estos últimos siglos, que florecieron, ya en nuestra España, ya en los Reinos vecinos.

108. España, a quien los extranjeros cercenan mucho el honor de la literatura, produjo muchas mujeres insignes en todo género de letras. Las principales son las que se siguen.

109. *Doña Ana de Cervaton,* Dama de Honor de la Reina Germana de Fox, segunda esposa de D. Fernando el Católico, fue celebradísima, aún más por sus bellas letras, y preciosos talentos, que por su peregrina hermosura, siendo esta tanta, que era tenida

por la mujer más bella de la Corte. En Lucio Marineo Sículo se hallan las Cartas Latinas que este Autor escribió a dicha Señora, y las Respuestas de ella en el mismo idioma.

110. *Doña Isabel de Joya,* en el siglo decimosexto, fue doctísima. Se cuenta de ella que predicó en la Iglesia de Barcelona con pasmo del innumerable concurso que la escuchó (supongo que el Prelado que se lo permitió, hizo juicio de que la regla del Apóstol, que en la Epístola primera a los Corintios prohíbe a las mujeres hablar en la Iglesia, admite algunas excepciones, como las admite la prohibición de que enseñen, en la Epístola primera a Timoteo; pues de hecho Priscila, compañera del mismo Apóstol, enseñó, e instruyó a Apolo Póntico en la doctrina Evangélica, como consta de los Actos de los Apóstoles). Y que después pasando a Roma en el Pontificado de Paulo III. delante de los Cardenales, con suma satisfacción [371] de ellos explicó muchos puntos difíciles de los libros del Sutil Escoto. Pero lo que más la ennoblece, es haber convertido en aquella Capital del Orbe gran número de Judíos a la Religión Católica.

111. *Luisa Sigéa,* natural de Toledo, y originaria de Francia, sobre ser erudita en la Filosofía, y buenas letras, fue singular en el ornamento de las lenguas, porque supo la Latina, la Griega, la Hebrea, la Arábiga, y la Siriaca: y en estas cinco lenguas se dice, que escribió una Carta al Papa Paulo III. Siendo después su padre Diego Sigéo llamado a la Corte de Lisboa para Preceptor de Teodosio de Portugal, Duque de Berganza, la Infanta Doña María de Portugal, hija del Rey D. Manuel, y de su tercera esposa Doña Leonor de Austria, que era muy amante de las letras, quiso tener en su compañía a la sabia Sigéa. Casó esta Señora con Francisco de Cuevas, Señor de Villanasur, Caballero de Burgos, y tiene en Castilla (según refiere D. Luis de Salazar en su Historia de la Casa Farnesia) mucha, y muy clara sucesión.

112. *Doña Oliva Sabuco de Nantes,* natural de Alcaráz, fue de sublime penetración, y elevado numen en materias Físicas, Médicas, Morales, y Políticas, como se conoce en sus escritos. Pero lo que más la ilustró fue su nuevo sistema Fisiológico, y Médico, donde contra todos los antiguos, estableció, que no es la sangre la que nutre nuestros cuerpos, sino el jugo blanco derramado del celebro por todos los nervios; y atribuyó a los vicios de este vital rocío casi

todas las enfermedades. A este sistema, que desatendió la incuriosidad de España, abrazó con amor la curiosidad de Inglaterra, y ahora ya lo recibimos de mano de los extranjeros, como invención suya, siéndolo nuestra. ¡Fatal genio de los Españoles! que para que les agrade lo que nace en su tierra, es menester que se lo manipulen, y vendan los extranjeros. También parece que esta gran mujer fue delante de Renato Descartes en la opinión de constituir el celebro por único domicilio de la alma racional, aunque extendiéndola a toda su substancia, y [372] no estrechándola precisamente a la glándula pineal, como Descartes. La confianza que tuvo Doña Oliva en el propio ingenio para defender sus singulares opiniones, fue tal, que en la Carta Dedicatoria, escrita al Conde de Barajas, Presidente de Castilla, le suplicó emplease su autoridad para juntar los más sabios Físicos, y Médicos de España, ofreciéndose ella a convencerlos de que la Física, y Medicina, que se enseñaba en las Escuelas, toda iba errada. Floreció en tiempo de Felipe II.

113. *Doña Bernarda Ferreyra,* Señora Portuguesa hija de D. Ignacio Ferreyra, Caballero del Hábito de Santiago, sobre entender, y hablar con facilidad varias lenguas, supo la Poesía, la Retórica, la Filosofía, y las Matemáticas. Dejó varios escritos Poéticos. Y nuestro famoso Lope de Vega hizo tanto aprecio del extraordinario mérito de esta señora, que le dedicó su Elegía, intitulada la *Fylis.*

114. *Doña Juliana Morella,* natural de Barcelona, fue un portento de sabiduría. Habiendo su padre cometido un homicidio, huyó, llevándola consigo a León de Francia, donde estudiando esta rara niña, hizo tan rápidos progresos, que a la edad de doce años (y fue el de 1607) defendió Conclusiones públicas en Filosofía, que dedicó a Doña Margarita de Austria, Reina de España. A la edad de diez y siete años, según la relación de Guido Patin, que vivió en aquel tiempo, entraba a disputar públicamente en el Colegio de los Jesuitas de León. Supo Filosofía, Teología, Música, y Jurisprudencia. Dícese que hablaba catorce lenguas. Entróse Religiosa Dominica en el Convento de Santa Praxedis de Aviñón.

115. La célebre Monja de México *Sor Juana Inés de la Cruz* es conocida de todos por sus eruditas, y agudas Poesías; y así es excusado hacer su elogio. Sólo diré que lo menos que tuvo fue el

talento para la Poesía, aunque es el que más se celebra. Son muchos los Poetas Españoles que la hacen grandes ventajas en el numen; pero ninguno acaso la igualó en la universalidad de noticias de todas Facultades. [373] Tuvo naturalidad, pero faltóle energía. La Crisis del Sermón del P. Vieyra acredita su agudeza; pero haciendo justicia, es mucho menor que la de aquel incomparable Jesuita, a quien impugna. ¿Y qué mucho que fuese una mujer inferior a aquel hombre, a quien en pensar con elevación, discurrir con agudeza, y explicarse con claridad, no igualó hasta ahora Predicador alguno?

116. Es también ocioso el Panegírico de la señora *Duquesa de Aveyro,* difunta, porque están bien recientes sus noticias en la Corte, y en toda España.

§. XVII

117. Las Francesas sabias son muchísimas, porque tienen más oportunidad en Francia, y creo que también más libertad para estudiar las mujeres. Reduciremos su número a las más famosas.

118. *Susana de Habert,* mujer de Carlos del Jardín, Oficial del Rey Enrico III, supo Filosofía, y Teología: fue muy versada en las doctrinas de los Santos Padres. Aprendió las Lenguas Española, Italiana, Latina, Griega, y Hebrea. Pero para su verdadera gloria contribuyó más su piedad Cristiana, en que fue extremada, que su vasta sabiduría.

119. *María de Gurnay,* Parisiense, de ilustre familia, a quien el sabio Dominico Baudio dió el nombre de *Sirena Francesa,* alcanzó tan gloriosa fama de ingenio, y literatura, que apenas hubo hombre grande en su tiempo que no se hiciese mucho honor de tener comercio epistolar con ella; y así se hallaron en su gabinete, cuando murió, Cartas de los Cardenales Richelieu, Bentivollo, y Perron, de S. Francisco de Sales, y otros esclarecidos Prelados, de Carlos I, Duque de Mantua, del Conde de Alés, de Erycio Puteano, Justo Lipsio, Mons. Balzac, Maynardo, Heinsio, César Capacio, Carlos Pinto, y otros muchos de erudición sobresaliente en aquella edad.

120. *Madalena Scuderi,* llamada con mucha razón la *Sapho de su siglo,* pues igualó a aquella celebradísima [374] Griega en el primor

de las composiciones, y la excedió mucho en la pureza de costumbres, fue grande en la doctrina, pero incomparable en la discreción, como testifican sus muchas, y excelentísimas obras. Su *Artamenes,* o *Gran Cyro,* y la *Clelia,* que debajo del velo de novelas esconden mucho de verdaderas historias, a manera del *Argenis* de Barclayo, son piezas de sumo valor, y que, en mi sentir, exceden a cuanto se ha escrito en este género, así en Francia, como en las demás Naciones, a la reserva sola del Argenis; porque la nobleza de los pensamientos, el armonioso tejido de la narración, la patética eficacia de la persuasiva, la viveza de las descripciones, y la nativa pureza, majestad, y valentía del estilo, hacen un todo admirable: a que se añade para mayor realce el manejar con toda la decencia posible los empeños amatorios, representar con la hermosura más atractiva las virtudes morales, y con el más brillante resplandor las heroicas. En atención a las prodigiosas prendas de esta mujer, la vino a buscar el singular honor de recibirla por asociada todas las Academias donde se admitían personas de su sexo. En la Academia Francesa llevó el premio señalado a las piezas de elocuencia el año de 1671; que fue lo mismo que declararla aquel nobilísimo cuerpo por la persona más elocuente de la Francia. El Rey Cristianísimo Luis XIV, a cuya comprehensión ningún mérito elevado se escondía, le señaló una pensión de doscientas libras de renta. El Cardenal Mazzarini mucho antes le había dejado en su testamento otra. Y otra tenía por la liberalidad del sabio Canciller de Francia Luis de Boucherat; conque terminó llena de gloria una vida muy regular, y muy dilatada el año de 1701.

121. *Antonieta de la Guardia,* noble Francesa, hermosa de apuesta en cuerpo, y alma; pues por ella se dijo, que la naturaleza había tenido el gustazo de juntar todas las gracias del espíritu, y del cuerpo en una mujer; fue tan eminente en la Poesía, que en un tiempo en que este Arte era muy cultivado, y estimado en Francia, no hubo [375] en todo aquel dilatado Reino hombre alguno que le pusiese el pie delante. Sus obras se recogieron en dos volúmenes, que no he visto. Murió el año de 1694, dejando una hija heredera de su ingenio, y numen, que ganó el premio de la Poesía en la Academia Francesa.

122. La Señora *María Madalena Gabriela de Montemart,* hija del

Duque de Montemart, y Religiosa Benedictina, nació con todas las disposiciones necesarias para las ciencias más difíciles, y abstractas, como dotada de feliz memoria, sutil ingenio, y recto juicio. En su primera edad aprendió las Lenguas Española, Italiana, Latina, y Griega. Siendo a los quince años presentada a la Reina de Francia María Teresa de Austria, inmediatamente a su entrada en aquel Reino, hizo admirarse toda la Corte, oyéndola hablar la Lengua Española con propiedad, y elegancia. Alcanzó cuanto hasta hoy se sabe de la antigua, y nueva Filosofía. Fue consumada en las Teologías Escolástica, Dogmática, Expositiva, y Mística. Hizo algunas traducciones, entre las cuales es recomendadísima la de los primeros libros de la Iliada, y escribió sobre diferentes materias, ya de Moral, ya de Crítica, ya de asuntos Académicos. Sus cartas fueron estimadísimas, y el gran Luis XIV las recibía con gran placer. Componía primorosos versos, pero pocos; y esos, después de una simple lectura, los condenaba al fuego: sacrificio que hizo su humildad de otras muchas obras suyas, y hiciera de todas, si obrase sólo por el propio dictamen. Su piedad, y talento para el gobierno resplandecieron en igual grado que su doctrina. En consideración de tantas, y tan altas cualidades fue elegida Abadesa General de la Congregación Fontevraldense, Orden de S. Benito, que tiene la particularidad de que siendo compuesta de gran número de Monasterios de uno, y otro sexo, repartidos en cuatro Provincias, todos reconocen por universal Prelada suya a la Abadesa de Fontevraldo, Monasterio insigne, y no menor teatro de nobleza que de virtud, pues cuenta entre sus Preladas catorce Princesas, y en ellas cinco de la [376] Casa Real de Borbón. Aún fuera de Francia se extendió un tiempo la jurisdicción de la Abadesa de Fuentevraldo, siendo cierto, como asegura el Cronista Yepes, que los dos Religiosísimos Conventos de Monjas, Santa María de la Vega de Oviedo, sito en el Principado de Asturias, y Santa María de la Vega de la Serrana, en tierra de Campos, estuvieron sujetos a la Prelada de Fuentevraldo, antes que se uniesen a la Congregación de S. Benito de Valladolid. Llenó tan alto empleo la Señora Montemart, con tanta satisfacción de todo el mundo, como edificación, y acrecentamiento de su Congregación, mandando dignísimamente a los hombres una mujer, que en el conjunto de prendas, si no fue

superior a todos los hombres de su tiempo, por lo menos, en el concepto de los que la trataron, ninguno fue superior a ella; y murió llena de méritos el año de 1704.

123. *María Jacquelina de Blemur,* Religiosa Benedictina, compuso (dice el eruditísimo Mabillon en los *Estud. Monast. Bibliot. Ecclesiast. §. 22.*) el año Benedictino, siete volúmenes en cuarto. Elogios de muchas personas ilustres de la Orden de S. Benito, dos volúmenes en cuarto.

124. *Ana Le-Febre,* conocida comúnmente debajo del nombre de *Madama Dacier,* siendo hija de un padre doctísimo Tanaquildo Le-Febre, salió igual a su padre en erudición, y mayor que él en la elocuencia, y en el primor de escribir con delicadeza, y hermosura el propio Idioma. Fue crítica de primer orden, de modo, que en esta facultad, por lo menos en cuanto a Autores profanos, no hubo hombre en su tiempo, ni en la Francia, ni fuera de ella, que la excediese. Hizo muchas traducciones de Autores Griegos, que ilustró con diferentes Comentarios. Su pasión por Homero la empeñó en varias Disertaciones, donde resplandecieron igualmente la viveza de su ingenio, y la rectitud de su juicio, manteniendo la preferencia del Poeta Griego sobre Virgilio, contra algunos Críticos que la impugnaron, especialmente contra Mons. de la Mota, de la Academia Francesa: y si bien que algunos Partidarios [377] del Poeta Latino se pusieron de parte de Mons. de la Mota, no pueden negar que el voto de este era de corto peso, por ignorar el Idioma Griego en que escribió Homero, y que sabía con perfección su docta Coopositora. Y por lo que mira a la justicia de la causa, hace gran fuerza el que a Virgilio sólo algunos Autores Latinos, pero ninguno Griego, le conceden ventaja, o igualdad con Homero; al paso que este tiene a su favor todos los Griegos, y muchos Latinos, entre quienes sobresale el discretísimo Historiador Veleyo Patérculo, dándole el alto elogio de quien ni tuvo a quien imitar, ni le sucedió alguno que pudiese imitarle a él. Murió Ana Le-Febre pienso que ha tres, o cuatro años.

§. XVIII

125. Italia no cede a Francia en copia de mujeres eruditas; pero por la misma razón que ceñimos a breve número las Francesas, haremos lo propio con las Italianas.

126. *Dorotea Bucca,* natural de Bolonia, habiendo sido destinada desde su infancia a las letras, se adelantó con pasos tan agigantados en ellas, que se practicó con ella la (hasta entonces) nunca vista singularidad de darle aquella famosa Universidad el bonete de Doctora, donde fue mucho tiempo Catedrática. Floreció en el siglo decimoquinto.

127. *Isotta Nogarola,* natural de Verona, fue el Oráculo de su siglo; porque sobre ser muy docta en Filosofía, y Teología, se le añadió el ornamento de varias lenguas, gran lectura de los Padres, y en la elocuencia se asegura que no fue inferior a los mayores Oradores de aquella edad. Las pruebas de su facundia no fueron vulgares; pues oró varias veces delante de los Papas Nicolao V, y Pío II, y en el Concilio de Mantua, que convocó este Pontífice, a fin de unir todos los Príncipes Cristianos contra el Turco. Aquel ilustre Protector de las letras el Cardenal Besarion, habiendo visto algunas obras de Isotta, quedó tan prendado de su espíritu, que hizo viaje de Roma a Verona, sólo [378] por verla. Murió esta señora a los treinta y ocho años de su edad en el de mil cuatrocientos sesenta y seis.

128. *Laura Cereti,* natural de Brescia, desde la edad de 18 años enseñó públicamente Filosofía con general aplauso a los principios del siglo decimosexto.

129. *Casandra Fidele,* Veneciana, fue tan celebrada en la inteligencia de la lengua Griega, en la Filosofía, en la Teología, y en la Historia, que apenas hubo Príncipe ilustre en aquella edad que no le diese testimonio público de su estimación; y se cuentan entre los veneradores de Casandra los Papas Julio II, y León X, el Rey Luis XI. de Francia, y nuestros Católicos Reyes D. Fernando, y Doña Isabel. Escribió diversas obras, y murió de 102 años en el de 1567.

130. *Catalina de Cibo,* Duquesa de Camerino en la Marca de Ancona, supo la lengua Latina, la Griega, y la Hebrea, Filosofía, y Teología. Su virtud dio nuevo esplendor a su doctrina. Edificó el primer Convento que tuvieron los Capuchinos. Y murió el año de 1557.

131. *Marta Marchina,* Napolitana, de bajo nacimiento, pero de

genio tan elevado, que superando los estorbos de su humilde fortuna, aprendió con suma velocidad las lenguas Latina, Griega, y Hebrea, y fue no vulgar Poetisa. Tan excelsas prendas no fueron poderosas a levantarla de aquella esfera en que había nacido, contrastándolas con malignos influjos su adversa estrella; pues se sabe que trasladada a Roma, se sustentó a sí, y a su familia haciendo jabones. Pero es de creer, que un espíritu de este carácter, a tener la oportunidad para estudiar que tuvieron otras mujeres, fuera prodigio entre las mujeres, y aun entre los hombres. Murió de 46 años en el de 1646.

132. *Lucrecia Helena Cornaro,* de la ilustrísima familia de los Cornaros de Venecia, si en la serie de esta memoria es la última de las sabias Italianas, por ser la más moderna, podemos decir que en dignidad es la primera, sin ser injustos contra alguna. Nació esta mujer, para honor de su sexo, el año de 1646. Desde su tierna infancia [379] declaró una violenta inclinación a las letras, a quien correspondieron portentosos, y rápidos progresos; porque no sólo se instruyó con facilidad rara en las lenguas Latina, Griega, y Hebrea, mas aprendió también casi todas las lenguas vivas de la Europa. En Filosofía, Matemáticas, y sagrada Teología se distinguió con tantas ventajas, que la Universidad de Padua resolvió darla el grado del Doctorado en la Facultad de Teología; lo que se hubiera ejecutado, a no intervenir la oposición del Cardenal Barbarigo, Obispo de la Ciudad, que escrupulizó en la materia, en atención a la máxima de S. Pablo, que niega a las mujeres el ministerio de enseñar en la Iglesia; y así, para no violar esta Regla Canónica, ni faltar a la estimación debida al relevante mérito de Helena, se tomó el temperamento de constituirla Doctora en la Facultad Filosófica, habiendo acudido a hacer más plausible el acto muchos Príncipes, y Princesas de varias partes de Italia. Habiendo sido tan eminente su ciencia, sólo pudo ser excedida, y lo fue de su rara piedad. A la edad de doce años hizo voto de virginidad. Y aunque después un Príncipe Alemán, solicitando con ardor la mano de Helena, le ofreció conseguir de su Santidad dispensación en el voto, aun asistido de los ruegos de sus parientes, no pudo rendir su constancia. Para cortar de un golpe las esperanzas de otros muchos pretendientes importunos, quiso entrarse Religiosa Benedictina;

pero estorbada por su padre, hizo lo que pudo, que fue revalidar la promesa de virginidad, añadiendo los otros votos Religiosos, en calidad de oblata de la Religión de S. Benito, en manos del Abad del Monasterio de S. Jorge. A este sacrificio de su libertad se siguió una vida tan ejemplar dentro de la casa paterna, que pudiera ser envidiada de la más austera Religiosa. Era tanto su amor al recogimiento, y tanto su pudor de parecer en público, que aunque, rindiéndose al precepto de su padre, se dejaba ver algunas veces, era con tanta pena, que solía decir, que aquella obediencia le había de costar la vida. En efecto esta fue bien corta, pues pasó a [380] otra mejor a los 38 años de edad, con igual regocijo de los Ángeles, que llanto de los hombres, dejando muchas obras, que podrán hacer eterna su fama. Son muchos los Autores que hicieron el Panegírico de esta rara mujer; entre quienes Gregorio Leti en sus *Raguallos Históricos* le da los epítetos de *Heroína de las Letras,* y de *Monstruo de las Ciencias,* llamándola juntamente *Ángel en la hermosura, y en el candor.*

§. XIX

133. La Alemania, en cuyo helado suelo tiene más vigor Apolo para influir en los espíritus, que para derretir los carámbanos, nos presenta también una centella del Sol en una mujer de su País.

134. Esta fue la famosa *Ana María Schurmán,* gloria de una, y otra Germania, superior, e inferior; porque aunque nació en Colonia, sus padres, y abuelos fueron de los Países Bajos. No se conoció hasta ahora capacidad más universal en uno, ni en otro sexo. Todas las Ciencias, y todas las Artes reconocieron con igual obediencia el imperio de su espíritu, sin que alguna hiciese la menor resistencia, cuando esta Heroína se empeñaba en su conquista. A los seis años de edad cortaba con tijeras en papel, sin patrón alguno, preciosas, y delicadas figuras. A los ocho, en pocos días aprendió a hacer dibujos de flores, que fueron estimados. A los diez, no le costó más que tres horas de trabajo el saber bordar con primor. Pero sus talentos para ejercicios más altos estaban entretanto escondidos, hasta que a los doce años se descubrieron

con esta ocasión. Estudiaban dentro de casa unos hermanitos suyos, y se notó, que varias veces al tomarles la lección, donde les faltaba la memoria, les apuntaba la niña, sin que hubiese precedido de su parte otro estudio más que el oírlos cuando estaban pasando la lección, como de paso. Esta seña, junta con las demás que daba de una habilidad enteramente extraordinaria, determinaron a su padre a permitir que la niña siguiese por la carrera de los estudios el pendiente de su inclinación. Pero no fue carrera, sino vuelo [381] aquel acelerado movimiento, conque la Schurmán discurrió por todos los anchísimos espacios de la erudición sagrada, y profana; arribando en fin a la posesión de casi todas las ciencias humanas, juntamente con la sagrada Teología, y grande inteligencia de la Escritura. Supo perfectamente las lenguas Alemana, Holandesa, Inglesa, Francesa, Italiana, Latina, Griega, Hebrea, Siriaca, Caldea, Arábiga, y Etiópica: era dotada también del numen poético, y compuso muy discretas obras en verso. En las Artes liberales logró igual aplauso que en las Ciencias, y en los idiomas. Comprehendió científicamente la Música, y manejaba varios instrumentos con destreza. Fue excelente en la Pintura, en la Escultura, y en el Arte de grabar a cincel. Cuéntase que habiendo hecho su retrato propio en cera al espejo, unas perlas, que servían de adorno a la imagen, salieron tan naturales, que nadie creyó que fuesen de cera, hasta hacer la experiencia de picarlas con un alfiler. Sus cartas se hicieron estimar, y desear, no sólo por la hermosura del estilo, mas también por el primor de la letra, que cuantos la vieron juzgaron inimitable, de modo que cualquiera rasgo de su pluma era buscado como alhaja rara de gabinete. Apenas hubo hombre grande en su tiempo, que no le diese testimonios de su estimación, y solicitase su comercio literario. La ilustre Reina de Polonia Luisa María Gonzaga, en su tránsito a aquel Reino, después de desposada en París por Procurador con el Rey Ladislao, se dignó de visitar a la Schurmán en su propia casa. Nunca quiso casarse, aunque solicitada de muchos con ardor, y con ventajosos partidos, especialmente de Mons. Catec, Pensionario de Holanda, y famoso Poeta, que había hecho algunos versos en elogio suyo, cuando Ana María no tenía más de catorce años. En fin, esta mujer, merecedora de ser inmortal, murió en el de 1678 al 71 de su edad.

§. XX

135. Omito otras muchas doctas mujeres, que ennoblecieron a Alemania, y otros Países Europeos, [382] por concluir con un ejemplo reciente de la Asia, para prueba de que no está la gloria literaria de las mujeres encarcelada en la Europa.

136. Este será de la bella, discreta, y generosa *Sitti Maani,* Mujer del famoso Viajero Pedro de la Valle, Caballero Romano. Nació Maani en la Mesopotamia, porque aquella feliz Provincia, en cuyos términos creen algunos Expositores que estuvo plantado el Paraíso, tuviese la dicha de ser Patria de dos Raqueles; pues es cierto, que Harán, donde nació la querida esposa de Jacob, era Lugar de la Mesopotamia. Habiendo hecho resplandecer desde muy jóvenes años, no menos la nobleza de su genio, y la viveza de su entendimiento, que la hermosura de su semblante, estas noticias excitaron en la curiosidad de Pedro de la Valle el deseo de lograr su vista, y tras de las noticias, las experiencias encendieron en su amor las ansias de tenerla por esposa. Efectuado el matrimonio, no sólo dejó Maani el rito Caldeo que seguía, por abrazar el Romano, pero redujo a sus padres a lo mismo. Parece increíble lo que esta amable Asiana adelantó en pocos años (porque fueron pocos los que vivió); pues no sólo adquirió todos los conocimientos, de que son capaces aquellas Regiones, que miran hoy como forasteras las Ciencias; pero llegó a entender doce diferentes idiomas. Aún fue más crecido el número, como también la perfección de sus virtudes morales; entre las cuales, como más extraña en su sexo, brilló más la fortaleza, habiendo asistido armada en dos, o tres encuentros a la defensa de su marido. Esta mujer, de muchos modos peregrina, por sus prendas, y por sus viajes, en uno de ellos, cerca de Ormuz, rindió la vida a una fiebre, verdaderamente maligna, a los veinte y tres años de edad. Así murió, con dolor de cuantos la conocían, esta nueva Raquel, tan semejante a la antigua, que parece que la naturaleza, y la fortuna estudiosamente formaron el paralelo. Entrambas naturales de Mesopotamia. Entrambas bellas por extremo. Entrambas casadas con hombres muy merecedores; pero forasteros. Entrambas iguales [383] en la resolución de dejar el rito patrio por seguir la Religión del esposo. Entrambas conformes en llevar parte

de la vida peregrinando, siguiendo los pasos de sus consortes. Y al fin entrambas murieron en la flor de su edad, y en el camino. Pero en el trance fatal parece que fue muy desemejante el esposo de la una al de la otra, por haber excedido mucho Pedro de la Valle al Patriarca Jacob en la fineza. Este sepultó a su Raquel en el mismo camino donde murió; cuando parece que correspondía al grande mérito de su esposa tener con su cadáver la atención que tuvo con el propio, el cual encargó fuertemente a su hijo Josef condujese al sepulcro de sus mayores, que estaba en Hebrón. Este cuidado, que se echa menos en aquel amante Patriarca (bien que se debe discurrir, que hubo razón poderosa, o misteriosa, o natural para omitirle), sobresalió con los realces más finos en Pedro de la Valle; porque después de bien aromatizado el cadáver de su adorada Maani, depositado en costosa urna, le condujo consigo cuatro años enteros que discurrió por la Asia, llevando siempre puesta la vista en sus cenizas, como el corazón, y la memoria en sus virtudes; hasta que volviendo a Roma, colocó aquellos despojos de la parca en el sepulcro de sus mayores los Señores de la Valle, que le tienen en la Capilla de S. Pablo de la Iglesia de Santa María de *Ara-Coeli,* con tan ostentosos funerales, que apenas se vieron más magníficos, pronunciando el mismo Pedro de la Valle la Oración Fúnebre, en que dijeron mucho más sus ojos que sus labios, hasta que cesaron del todo los labios, porque lo dijesen todo los ojos. Fue el caso, que anudada la garganta de la congoja, fue preciso dejar la Oración imperfecta; y cuanto estaba prevenido en elocuentes cláusulas, se derritió en lágrimas tiernas: voces propias del dolor, cuyos ecos reciprocó el numeroso concurso en sus gemidos.

NOTA. Sitti *es título de honor entre los Persianos que equivale a Señora.* [384]

§. XXI

137. Hemos omitido en este catálogo de mujeres eruditas muchas modernas, porque no saliese muy dilatado; y todas las antiguas, porque se encuentran en infinitos libros. Baste saber (y esto parece más que todo) que casi todas las mujeres, que se han dedicado a las

letras, lograron en ellas considerables ventajas; siendo así que entre los hombres apenas de ciento que siguen los estudios, salen tres, o cuatro verdaderamente sabios.

138. Pero porque esta reflexión podía poner a las mujeres en paraje de considerarse muy superiores en capacidad a los hombres, es justo ocurrir a su presunción, advirtiendo que esa desigualdad en el logro de los estudios nace de que no se ponen a ellos, sino aquellas mujeres en quienes, o los que cuidan de su educación, o ellas en sí mismas, reconocieron particulares disposiciones para la consecución de las ciencias; pero en los hombres no hay esta elección: los padres, en atención a adelantar su fortuna, sin consideración alguna de su genio, o de su rudeza, los destinan a la carrera literaria; y siendo los más de los hombres de habilidad corta, es preciso que salgan pocos aventajados en literatura.

139. Mi voto, pues, es, que no hay desigualdad en las capacidades de uno y otro sexo. Pero si las mujeres para rebatir a importunos despreciadores de su aptitud para las Ciencias, y Artes quisieren pasar de la defensiva a la ofensiva, pretendiendo por juego de disputa superioridad respecto de los hombres, pueden usar de los argumentos propuestos arriba, donde de las mismas máximas físicas, conque se pretende rebajar la capacidad de las mujeres, mostramos que con más verisimilitud se infiere ser la suya superior a la nuestra.

140. A que les añadiremos la autoridad de Aristóteles, el cual en varias partes enseña, que en todas especies de animales, incluyendo expresamente a la humana, las hembras son más astutas, e ingeniosas que los másculos: [385] señaladamente en el *lib. 9. de Histor. Animal. c. I,* donde pronuncia así la sentencia: *In omnibus verò, quorum procreatio est, foeminam, & marem simili ferè modo natura distinxit moribus, quibus mas differt à foemina, quod praecipuè tum in homine, tum etiam in iis, quae magnitudine praestent, & quadrupedes viviparae sint, percipitur: sunt enim foeminae moribus mollioribus, mitescunt celeriùs, & malum faciliùs patiuntur, discunt etiam, imitanturque ingeniosiùs.*

141. Esta autoridad de Aristóteles, que a las mujeres concede, no sólo la ventaja de docilidad, y blandura de genio, mas también el exceso de ingenio sobre los hombres, podrá hacer gran fuerza a

tantos adoradores de este Filósofo, que le llaman el genio penetrante de la naturaleza, y término de la humana inteligencia. Pero yo a las mujeres les prevengo, que no les está bien dar mucha fe a Aristóteles; porque si en el lugar citado las ennoblece con la superioridad en la perspicacia, poco más abajo las envilece con el aumento en la malicia: *Verum malitiosores, astutiores, insidiores foeminae sunt.* Y aunque algo después les concede el noble atributo de la misericordia, con preferencia a los hombres, luego las mancha con los borrones de la envidia, la maledicencia, la mordacidad, y otros: *Ita quod mulier misericors magis, & ad lacrymas propensior, quam vir est: invida iter magis, & querula, & maledicentior, & mordacior.* No sé, pues, que quieran las mujeres aceptar con estas pensiones la ventaja de ingenio que las concede el Filósofo. No obstante se puede discurrir, que cuando quien estaba tan mal con ellas, asentó la baza de ser más ingeniosas, no debieron de ser ligeros los fundamentos.

§. XXII

142. Aquí ocurre, y es razón decir algo de la aptitud de las mujeres para aquellas artes más elevadas que las en que comúnmente se ejercitan, como la Pintura, y la Escultura. Poquísimas mujeres se dedicaron a estas artes; pero de esas pocas salieron algunas excelentes Artífices. De la admirable Ana María Schurmán ya se dijo [386] arriba cómo fue eminente en Pintura, Escultura, y Grabadura.

143. En Italia fueron Pintoras celebradas las tres hermanas *Sophonisba, Lucía,* y *Europa de Angosciola*: a la primera de las cuales trajo a su servicio Isabela, Reina de España, mujer de Felipe II, y era tan grande su reputación, que el Papa Pío IV solicitó un retrato de aquella Reina de mano de Sophonisba.

144. *Irene de Spilimberg,* Veneciana, fue tan primorosa en el mismo Arte, que se equivocaban frecuentemente sus pinturas con las del Ticiano, cuya contemporánea fue. Arrebatola el hado a los veinte y siete años de su edad, con dolor universal, y aun con lágrimas de su propio competidor.

145. *Teresa de Pó* logra en Nápoles hoy (si es que aún vive) alta

estimación en la Pintura; y se pueden ver preciosos lienzos suyos en el gabinete de la Excelentísima Señora Marquesa de Villena, que le hizo trabajar siendo Virreina de Nápoles.

146. Aun en la Estatuaria produjo la Italia mujeres famosas. *Propercia de Rosi* fue generalmente aplaudida por sus hermosos diseños, y bien labradas estatuas de mármol. Pero más que esta, y más que todas la insigne *Labinia Fontana.* En Francia sólo tengo noticia de una Pintora, pero de primer orden. Esta fue *Isabela Sophia de Cherón,* conocida por el nombre de *Madama Le-Hai*: la cual, sobre las prendas de más que mediana Poetisa, y Música, fue en el arte de pintar perfectísima, y tan celebrada por ella, que el Delfín, hijo de Luis el Grande, hizo que le pintase a él, y a sus hijos. Lo mismo hizo Casimiro V, Rey de Polonia, que residió en París, después de su voluntaria abdicación de aquella Corona: lo mismo muchos de los primeros Señores de Francia, que se dignaban de ir a la casa de Isabela, como lo hizo muchas veces el Príncipe de Condé para este efecto. El Emperador Josef la quiso llevar a Viena, señalándole una pensión crecida; y no pudiendo reducirla, le envió los modelos de su semblante, y de todos los demás de la Familia Imperial, para que sobre ellos [387] formase los retratos. Siendo extremada, así en el diseño, como en el colorido su exactitud, no era menor la facilidad; pues seguía cualquiera conversación, sin dar treguas al pincel. Pero las acciones cristianas, y generosas de su piadoso espíritu la hicieron más estimable que los rasgos de su mano. Y murió como vivió el año de 1711.

147. Adonde se ve mejor la igualdad de las mujeres con los hombres en la aptitud para las artes nobles, es en la Música (como facultad indiferente a uno y otro sexo), pues las que se aplican a ella, tantas ventajas logran respectivamente al tiempo que estudian, como nosotros; ni hallan más dificultad los Maestros de este Arte en enseñar a niñas que a niños. Yo conocí una de esta profesión, que antes de llegar a quince años era Compositora. De intento, en la mención que se ha hecho de tantas mujeres ilustres, no se tocó en las excelsas prendas de nuestra esclarecida Reina la Señora Doña Isabel Farnesio, ya porque no se atrevió a entrar en este sagrado con tan grosera pluma mi respeto, ya porque otra más bien cortada entre los timbres de su Regia Casa, tiró algunos rasgos a delinear los

resplandores de la Persona.

§. XXIII

148. Veo ahora, que se me replica contra todo lo que llevo dicho, de este modo. Si las mujeres son iguales a los hombres en la aptitud para las artes, para las ciencias, para el gobierno político, y económico, ¿por qué Dios estableció el dominio, y superioridad del hombre, respecto de la mujer, en aquella sentencia del cap. 3 del Génesis *Sub viri potestate eris*? Pues es de creer, que diese el gobierno a aquel sexo, en quien reconoció mayor capacidad.

149. Respondo lo primero, que el sentido específico de este Texto aún no se sabe con certeza, por la variación de las versiones. Los Setenta leyeron: *Ad virum conversio tua.* Aquila: *Ad virum societas tua.* Symmacho: *Ad virum appetitus, vel impetus tuus.* Y el doctísimo Benedicto Pereira [388] dice, que traduciendo el original Hebreo palabra por palabra, sale la sentencia de este modo: *Ad virum desiderium, vel concupiscencia tua.*

150. Lo segundo respondo, que se pudiera decir, que la sujeción política de la mujer fue absolutamente pena del pecado, y así en el estado de la inocencia no la habría. El Texto por lo menos no lo contradice; antes bien parece que habiendo de obedecer la mujer al varón en el estado de la inocencia, debiera Dios intimarle la sujeción luego que la formó. Siendo esto así, no se infiere que la preferencia se le dio al hombre por exceder a la mujer en entendimiento, sino porque la mujer le dio la primera ocasión al delito.

151. Lo tercero digo, que tampoco se infiere superioridad de talento en el varón, aunque desde su origen le diese Dios superioridad gubernativa de la mujer. La razón es, porque aunque sean iguales los talentos, es preciso que uno de los dos sea primera cabeza para el gobierno de casa, y familia; lo demás sería confusión, y desorden. Entre las especies probables de gobierno tienen los Filósofos Morales, siguiendo a Aristóteles, por la ínfima, o menos perfecta la que se llama Timocracia, en que todos los individuos de la República mandan igualmente, o tienen igual voto. Pero entre

marido, y mujer, no sólo sería imperfecto este modo de mandar en cuanto al gobierno económico, sino imposible; porque en la multitud del Pueblo, cuando haya diversidad de dictámenes, se puede decidir la dificultad por pluralidad de votos; lo que entre marido, y mujer no puede suceder, porque están uno a uno: y así, en caso de oponerse en el dictamen, no se puede determinar si no es uno de los dos superior. ¿Pero por qué habiendo de ser superior el uno, siendo iguales los talentos, quiso Dios que lo fuese el hombre? Pueden discurrirse varios motivos en el exceso de otras prendas, como en la constancia, o en la fortaleza; porque estas virtudes convienen para tomar las resoluciones convenientes, y mantenerlas después de tomadas, atropellando en uno, [389] y otro los estorbos de temores, o vanos, o ligeros: pero es mejor decir, que en las divinas resoluciones ignoramos por la mayor parte los motivos.

§. XXIV

152. Concluyo este Discurso, satisfaciendo a un reparo que se podrá formar sobre el asunto; y es, que persuadir al género humano la igualdad de ambos sexos en las prendas intelectuales, no parece que trae utilidad alguna al Público, antes bien le ocasionará algún daño, por cuanto fomenta en las mujeres su presunción, y orgullo.

153. Pudiera ocurrir a este escrúpulo sólo con decir, que en cualquiera materia que se ofrezca al discurso, es utilidad bastante conocer la verdad, y desviar el error. El recto conocimiento de las cosas por sí mismo es estimable, aun sin respecto a otro fin alguno criado. Las verdades tienen su valor intrínseco; y el caudal, o riqueza del entendimiento, no consta de otras monedas. Unas son más preciosas que otras, pero ninguna inútil. Ni la verdad, que hemos probado, puede por sí inducir vanidad, y presunción en las mujeres. Si ellas son verdaderamente en las perfecciones de la alma iguales con nosotros, no habrá vicio alguno en que lo conozcan, y entiendan así. Santo Tomás, hablando de la vanagloria, dice, que este pecado no se incurre, por conocer cada uno, y aprobar el bien, o perfección que tiene: *Quod autem aliquis bonum suum cognoscat, & approbet, non est peccatum* {(a) *2. 2. quaest. 132. art. I.*}. Y en otra

parte, hablando de la presunción, dice, que este vicio siempre se funda en algún error del entendimiento: *Praesumptio autem est motus appetitivus, quia importat quamdam spem inordinatam, habet autem se conformiter intellectui falso* {(b) *Quaest. 22. art. 2.*}. Luego el conocer las mujeres lo que son, como no lleguen a pensar de sus prendas más [390] de lo que deben, no podrá hacerlas vanagloriosas, o presumidas; antes, si se mira bien el desengaño a que se ordena este capítulo, no añade presunción a las mujeres, y se la quita a los hombres.

154. Pero mucho más pretendo, y es, que la máxima que hemos establecido, no sólo no puede ocasionar en lo moral daño alguno, sino que puede traer mucho provecho. Considérese a cuantos hombres la imaginada superioridad de talentos los hace osados para emprender sobre el otro sexo criminales conquistas. En cualquiera lid la confianza, o desconfianza de la fuerza propia, hace mucho para ganar, o perder la batalla. El hombre en fe de la ventaja en el discurso, propone con valentía; la mujer, juzgándose inferior, escucha con respeto. ¿Quién puede negar aquí una gran disposición para que él venza, y ella se rinda?

155. Sepan, pues, las mujeres, que no son en el conocimiento inferiores a los hombres: con eso entrarán confiadamente a rebatir sus sofismas, donde se disfrazan con capa de razón las sinrazones. Si a la mujer la persuaden, que el hombre, respecto de ella, es un oráculo, a la más indigna propuesta prestará atento el oído, y reverenciará como verdad infalible la falsedad más notoria. Bien se sabe a qué torpezas han reducido los Herejes, que llamamos Molinistas, a muchas mujeres antecedentemente muy virtuosas. ¿De qué nació la perversión, sino de haber imaginado en ellos unos hombres de superiores luces, y de haber desconfiado con demasía del propio entendimiento, cuando les estaba representando bien claramente la falsedad de aquellos venenosos dogmas?

156. Otra consideración hay que hacer muy importante en esta materia. Es cierto que cualquiera cede más fácilmente a aquel en quien reconoce alguna notable ventaja. Un hombre sirve sin violencia a otro hombre, que es más noble que él; pero con suma repugnancia, si son iguales en nacimiento. Lo propio sucede en nuestro caso. Si la mujer está en el error de que el hombre es de

sexo [391] mucho más noble, y que ella por el suyo es un animalejo imperfecto, y de bajo precio, no tendrá por oprobio el rendírsele; y llegándose a esto la lisonja del obsequio, reputará por gloria lo que es ignominia. Conozca, pues, la mujer su dignidad, como clamaba S. León al hombre. Sepa que no hay ventaja alguna de parte de nuestro sexo; y así, que siempre será oprobio, y vileza suya conceder al hombre el dominio de su cuerpo, salvo cuando le autorice la santidad del matrimonio.

157. Aún no he dicho toda la utilidad que en lo moral traerá el sacar a los hombres, y mujeres de este error en que están, de la desigualdad de los sexos. Firmemente creo que este error es causa de mancharse con adulterios infinitos tálamos. Parece que me enredo en una extraña paradoja; pero no es sino una verdad constante: Atención.

158. Pasados pocos meses, después que con el vínculo del matrimonio se ligaron las almas de dos consortes, pierde la mujer aquella estimación que antes lograba por alhaja recién poseída. Pasa el hombre de la ternura a la tibieza, y la tibieza muchas veces viene a parar en desprecio, y desestimación positiva. Cuando el marido llega a este vicioso extremo, empieza a triunfar, y a insultar a la esposa en fe de las ventajas que imagina en la superioridad de su sexo. Instruido de aquellas sentencias, que la mujer que más alcanza, alcanza lo que un niño de catorce años: que no hay que buscar en ellas seso, ni prudencia, y otras de este jaez, todo lo que observa en la suya trata con sumo desprecio. En este estado cuanto la pobre mujer discurre es un delirio, cuanto dice un despropósito, cuanto obra un yerro. El atractivo de la hermosura, si es que la tiene, ya no sirve de nada, porque le rebajó el precio la seguridad de la posesión. Ese es un hechizo que ya está deshecho. Sólo se acuerda el marido de que la mujer es un animal imperfecto; y si se descuida, a la más linda le echará en la cara, que es un vaso de inmundicia.

159. En este estado de abatimiento está la infeliz mujer, [392] cuando empieza a mirarla, como suelen decir, con buenos ojos un galán. A la que está aburrida de ver a todas horas un semblante ceñudo, es natural que le parezca demasiadamente bien un rostro apacible. Esto basta, para facilitar la conversación. En ella no oye

cosa que no la lisonjee el gusto. Antes no escuchaba sino desprecios; aquí no se le habla sino de adoraciones. Antes era tratada como menos que mujer; ahora se ve elevada a la esfera de deidad. Antes se le decía que era una tonta; ahora escucha que tiene un entendimiento divino. En la boca del marido era toda imperfecciones; en la del galán es toda gracias. Aquel la señoreaba como tirano dueño; éste se le ofrece como rendido esclavo. Y aunque el enamorado, si fuera marido, hiciera lo mismo que el otro, como eso no lo previene la triste casada, halla entre los dos la distinción que hay entre un Ángel, y un bruto. Ve en el marido un corazón lleno de espinas; en el galán coronado de flores. Allí se le presenta una cama de hierro; aquí de oro. Allí la esclavitud; aquí el imperio. Allí la mazmorra; aquí el solio.

160. En esta situación ¿qué hará la mujer más valiente? ¿Cómo resistirá dos impulsos dirigidos a un mismo fin, uno que la impele, otro que la atrae? Si el Cielo no la detiene con mano poderosa, segura es la caída. Y si cae, ¿quién puede negar que su propio marido la despeña? Si él no la tratara con vilipendio, no le hiciera fuerza el amante con la lisonja. El mal tratamiento del uno, da valor al rendimiento del otro. Todo este mal viene muchísimas veces de aquel concepto bajo que los hombres casados tienen hecho del otro sexo. Déjense de esas erradas máximas, y lograrán las mujeres más fieles. Estímenlas, pues Dios los manda amarlas: y desprecio, y amor no entiendo cómo se pueden acomodar juntos en un corazón, respecto del mismo objeto. [393]

Adiciones a este tratado

1. Núm. 2. Lo que dijimos en este lugar de la infeliz felicidad que Mahoma prometía a sus Mahometanas, se lee en algunos Autores, de quienes dedujimos aquella especie; pero habiendo después examinado con reflexión todo el Alcorán, no hallamos en él tal cosa. Lo que notamos únicamente es, que hablando en varios capítulos de la felicidad de la otra vida, sólo pinta la que pertenece a los varones, introduciendo muchas veces la extravagante y torpe ficción de que para cada uno de sus Mahometanos ha de criar Dios una

hermosísima doncella, con quienes se deleite eternamente en el Paraíso. De aquí se infiere, que se divorciarán para siempre de las esposas que tuvieron en este mundo. Ni para estas, ni para las demás mujeres señala gloria alguna; lo que no se puede atribuir sino a una crasísima inadvertencia de aquel falso Profeta; pues no es creíble, ni a su designio de pervertir el mundo convenía, que de intento excluyese de las delicias del Paraíso, y condenase a unos rabiosos celos aquel sexo, a quien era bastantemente inclinado, y que podía favorecer, o dañar a sus intentos.

2. Núm. 3. Al ejemplar de la Irlandesa Madama Duglás es dignísimo de agregarse el de la Marquesa de Gange, honestísima, y hermosísima Francesa. A esta señora propusieron sucesivamente sus torpes deseos dos cuñados suyos. Rebatiólos vigorosamente, aunque el uno, hombre extremamente astuto, y que dominaba enteramente al Marqués, marido de la señora, la amenazó eficazmente con la cruel venganza de irritarle contra ella, introduciendo en su ánimo sospechas contra su fidelidad. Rebatidos, y despreciados repetidas veces; sin embargo de esta [394] amenaza, uno, y otro, se puso la amenaza en ejecución; y el crédulo marido consintió en que sus dos hermanos quitasen la vida a la inocente Marquesa; lo que ejecutaron con bárbara crueldad, forzándola primero a tomar un vaso de veneno, y después, por desconfiar de la actividad de la ponzoña, dándola algunas heridas, aunque sobrevivió al veneno, y a las heridas diez y nueve días, conque hubo lugar para que la Justicia, mediante su declaración, junta a varios testimonios del homicidio ejecutado por los dos cuñados, se enterase, y enterase al Público de toda la historia. Fue lástima segunda, que los tres delincuentes huyendo del Reino, se sustrajeron al castigo merecido. Sucedió esta tragedia el año de 1667, y la refiere Gayot de Pitaval en el tom. 5. *de las Causas célebres.*

3. Núm. 11. lin. 6. Adonde lees: *Siendo cierto que produce más mujeres que hombres,* enmienda así: *Si es cierta la común opinión de que produce más mujeres que hombres.* En el Tom. 5, Disc. 5, núm. 1, hallarás la razón de esta enmienda.

4. Núm. 44. No puedo menos de añadir al Catálogo de las mujeres fuertes una, que lo fue extremadamente, no sólo en la fortaleza del ánimo, mas también en la del cuerpo, añadiéndose la

gloriosa circunstancia de haber usado de una, y otra para defensa de su castidad. Refiere el caso Jacobo Tollio en una de sus Cartas Itinerarias. Una Paisana, natural de Bohemia, estando trabajando en el campo, fue solicitada por un licencioso Soldado a satisfacer sus torpes deseos. Negándose ella constantemente, el Soldado tentó lograr con la violencia lo que no alcanzaba con el ruego. El infeliz no sabía con quien se tomaba. La rústica Heroína, cogiéndole por medio del cuerpo, como si tomára un perrito de falda, le condujo a la Ciudad (de Praga), donde le entregó a su Capitán para que castigase su insolencia. ¡Mujer por cierto más digna de un bastón, que de una rueca! Pero no faltó a acción tan heroica premio muy honrado, pues para memoria del hecho se le erigió estatua, la cual se conserva en el Gabinete del Archiduque [395] Leopoldo, que fue Gobernador en Flandes.

5. Núm. 59. La insolencia, y mala fe de algunos impugnadores de mis Escritos, ha llegado al mas alto punto a que puede subir. Habiendo yo dado en el número citado noticia del libro que Lucrecia Marinela escribió en elogio de su sexo, salió algún tiempo después al público un impreso, cuyo Autor resueltamente negaba, que existiese, o hubiese jamás existido tal libro en el mundo. A los ojos se viene, que no podía tener otro fundamento esta proposición negativa, que el antojo de proferirla. Era menester para asegurar esto, que tuviese un Índice Alfabético, o noticia universal de cuantos libros hay, y hubo en el mundo, cuyo Índice no hay, ni hombre alguno es capaz de adquirir tal noticia. Pero mas hay en el caso. Salió después en defensa mía otro Escrito, cuyo Autor (que ignoro quién fuese) certificaba la existencia del libro de Lucrecia Marinela con una prueba tan concluyente, como citar el cajón, el estante, y el número de la Biblioteca Real, donde se halla dicho libro. En efecto ello es así, que en la Biblioteca Real está el libro de que hablamos, y yo le vi en ella el año de 26, cuando estaba concluyendo la impresión del primer Tomo, yendo en compañía del P. Fr. Ángel Nuño, Conventual entonces, y ahora también, del Monasterio de S. Martín de Madrid, a quien cito por testigo, porque le vio como yo, y aun fue quien me lo puso en la mano, habiéndole notado antes que yo por el rótulo. Si mal no me acuerdo, estaba en el estante 118, orden 2. Una prueba tan demostrativa no estorbó

que saliese después otro Escrito, negando de nuevo el libro de Lucrecia Marinela. Lo más gracioso es, que se hacía cargo de la cita estampada en el otro impreso; pero pasaba adelante, como despreciándola, aunque sin decir que por sí, ni por tercera persona había buscado, y no hallado el libro en la Regia Biblioteca. Por el contexto se conocía, que el Autor de este último Escrito no residía en Madrid; por consiguiente no podía examinar si el libro se hallaba en el lugar señalado. Si habitase en la Corte, temo de su [396] mucha veracidad, que diría que el libro no parecía en la Biblioteca, y no faltarían quienes se lo creyesen, como no han faltado para otras imposturas de igual, y aun mayor tamaño. ¡Desgracia grande es de la República Literaria, que no se aplique castigo proporcionado a los que insolentemente abusan del beneficio de la prensa, y de la credulidad del Vulgo!

6. Aunque sobra lo alegado para desvanecer tan antojadiza impugnación, añadimos, que del libro de Lucrecia Marinela dan noticia Moreri, V. *Marinela,* con la circunstancia de haberse impreso en Venecia el año de 1601. Bayle en su Diccionario Crítico, también V. *Marinela.* El P. Juan de Cartagena, *tom. 3, lib. 15, hom. 2.* Y Alfonso Lasor en su Diccionario Geográfico, *tom. 1, pág. 294.* (de la edición de Padua de 1713) habla de Lucrecia Marinela como Escritora, aunque no nombra en particular el libro que cuestionamos.

7. Núm. 75. En este número, y en el siguiente cité tres Autores, de los cuales dos confirman mi sentir de la igualdad del entendimiento de las mujeres con el de los hombres; y otro se avanza más que yo, pues concede a las mujeres ventaja en la agilidad de percibir, y discurrir. No tenía entonces en conocimiento de más Autores que favoreciesen mi opinión. Después vi, o adquirí noticia de otros. Tales son el P. Buffier, Jesuita Francés, en el libro intitulado: *Examen des prejugez vulgaires,* que consta de cinco Diálogos, y el segundo es todo destinado a probar la igualdad del entendimiento de los dos sexos. Los Jesuitas Autores de las Memorias de Trevoux; los cuales, año de 1704, *tomo. 3. art. 110,* llaman preocupación mal fundada la vulgar opinión de que los hombres exceden en entendimiento a las mujeres: D. Juan de Espinosa, Ministro celebrado en tiempo de Carlos V, y Felipe II, en

su *Gynoecepoenos,* o Diálogo en alabanza de las mujeres: Henrico Frawenlob, Autor Alemán, que floreció a los principios del siglo decimocuarto: Monsieur Frelin en un libro escrito de intento al asunto, cuyo título es: [397] *La igualdad de los dos sexos,* y que fue impreso en París el año de 1673: Un Inglés anónimo, citado en la República de las Letras, *tom. 22. pág. 468.* Este también pretendió el exceso de las mujeres, pues inscribió su libro: *Defensa del bello sexo: o la Mujer, obra principal de la creación.* Jacobo del Pozo, citado en el Diccionario Crítico de Bayle, que tampoco se contentó con la igualdad, pues intituló el Tratado, que escribió sobre esta materia: *La mujer mejor que el hombre.* El mismo rumbo siguió Jerónimo Ruscelli, Autor Italiano, conocido por otros muchos escritos. La propuesta del que compuso al asunto presente es: *Que la mujer es con grandes ventajas más noble, y más digna que el hombre.* El Autor del Teofrasto moderno concede a las mujeres igualdad en entender, y superioridad en explicarse; añadiendo, que para el logro de sus empeños en el amor, y en la venganza, son mucho más sutiles que los hombres. Finalmente Plutarco en el libro de *Virtutibus mulierum* claramente está por la igualdad de los dos sexos.

8. Advierto, que no suscribo a los Autores que dan ventajas al entendimiento de las mujeres, salvo que se limiten precisamente a la prenda de la prontitud, y agilidad.

9. Núm. 117. Parécenos no inútil añadir a las Francesas ilustres por su ingenio, y literatura otras dos de la misma Nación. La primera Catalina Descartes, sobrina del famoso Renato Descartes, por la cual se dijo, que la herencia del ingenio de aquel Filósofo había caído en hembra. Fue tan excelente Poetisa, que el discretísimo Jesuita Dominico Bohuours insertó muchas Poesías suyas en la Colección que hizo de versos escogidos.

10. La segunda fue Madama de la Faiette, de quien Monsieur de Segrais en el primer tomo de sus Obras diversas, pág. mihi 40, refiere una cosa en supremo grado admirable. Copiaré sus palabras: «Tres meses (dice) después que Madama de la Faiette empezó a aprender el Latín, sabía más que Monsieur Menage, y que el Padre Rapin, [398] que fueron sus Maestros. Haciéndola explicar un Poeta, discordaron los dos en la inteligencia de un pasaje, dándosela cada uno diferente; y no queriendo ceder ninguno, Madama de la

Faiette les dijo: Ni uno ni otro lo entendéis. En efecto, ella dio la verdadera explicación del pasaje, y ambos convinieron en que tenía razón.» Esta Señora floreció por los años de 1660. El nombre de la Faiette no es de apellido, sino de título: llamábase *María Madalena de la Verne,* y su título Condesa de la Faiette. Por prodigioso que se nos represente el suceso de aprender perfectamente el Latín en tres meses, hay bastante motivo para no negarle enteramente el asenso. Esta señora era muy conocida en París. Mons. Segrais fue contemporáneo a ella: habitaba en el mismo Pueblo, y en el mismo Pueblo escribió esto. ¿Es creíble que escribiese una cosa, que siendo falsa, millares de testigos le habían de dar en rostro con la mentira?

11. Núm. 145. En el Real Palacio de S. Ildefonso me mostraron un lienzo de la mano de Teresa de Pó, digno de los créditos de esta gran Pintora.

O. S. C. S. R. E.

Índice alfabético de las cosas notables

El primer número denota el Discurso; y el segundo el Número marginal

A

Abderitas. El absurdo concepto que hicieron de la risa de Demócrito, Discurso I, nº 9.
Aceronia. Dama de Agripina. Su astucia causa de su muerte, Discurso IV, nº 35.
Agathocles. Su fortuna, Discurso III, nº 5.
Agesilao. Excelente dicho suyo, Disc. IV, nº 38.
Aglao Psophidio. El más feliz hombre que en su tiempo había en el mundo, Discurso III, nº 4.
Agripina. Su desmesurada ambición, Discurso IV, nº 8. Su arte, y actividad, Discurso XVI, nº 35.
Agua. Señas por donde se conoce la que es buena para beber, Discurso VI, nº 43. y siguientes.
Alcoba donde se duerme, qué precauciones han de observar con ella, Disc. VI, nº 38.
Alexandro VI. Pontífice. Repetidos errores de los Astrólogos en la predicción de su muerte, Disc. VIII, nº 12.
Alexandro Magno. Efecto que hacía en su ánimo el Músico Timoteo, Disc. XIV, nº 21.
Almarico, Hereje. Sus errores, y condenación, Disc. XVI, nº 12. y siguientes.
Almas. No son entitativamente desiguales, Disc. XVI, nº 78.
Amalasunta. Cuántas lenguas sabía, Disc. XV, nº 4. Su admirable prudencia, Discurso XVI, nº 35.
Amazonas, Disc. XVI, nº 45. y sig. [400]

Ambicioso. Sus inquietudes, y fatigas, Discurso II, nº 8.
Amiclas, Barquero. Cotejo de su fortuna con la de César, y Pompeyo, Disc. III, nº 35. y sig.
Ana Bolena. Lo que dijo estando para ser ajusticiada, Discurso IV, nº 8.
Anca Megareb, ave portentosa, y fabulosa de los Arabes, Discurso I, nº 21.
Angosuola (Sophonisba, Lucía, y Europa), tres hermanas, excelentes Pintoras, Discurso XVI. número 143.
Años Climatericos, Disc. XI. por todo él.
Anteo, Rey de la Scytia. Su aborrecimiento a la Música, Disc. II, nº 15.
Antiguos. No fueron mejores, ni más sinceros que los hombres de este tiempo, Discurso IV, nº 2. y sig.
Apicio. Su glotonería, y fin desastrado, Discurso III, nº 24.
Apolodoro. Su continuo, y raro tormento, Disc. II, nº 5.
Apólogo del hombre, y el león, Disc. XVI, nº 58.
Arcades. Lo que fingían de su antigüedad, Disc. I, nº 21.
Archidamo, Rey de Esparta. Discreta respuesta suya a Filipo, Rey de Macedonia, Disc. III, nº 17.
Archigenes, Médico. Su extraña adherencia a las reglas de su arte, Disc. V, nº 16.
Aretaphila. Su rara generosidad, valor, y conducta, Disc. XVI, nº 51.
Argantonio Gaditano. Cuántos años vivió, Disc. XII, nº 4.
Aristóteles. Semejante a los Emperadores Otomanos, Disc. I, nº 10. Su maledicencia respecto de las mujeres, y su viciosa propensión a ellas, Disc. XVI, nº 15. Desgráciase con Alejandro, Disc. XVI, nº 85.
Arria. Su constancia, generosidad, y valor, Disc. XVI, nº 43.
Artemisa. Su prudencia, y espíritu varonil, Discurso XVI, nº 35.
Asclepíades, Médico. Su modo de curar, Disc. V, nº 16.
Ascletarion, Astrólogo. Cómo se verificó el pronóstico que hizo de su muerte, y de la del Emperador [401] Domiciano, Disc. VIII, nº 14.
Aspasia. Dos mujeres de este nombre, ambas de admirable capacidad, Disc. XVI, nº 35.

Astrólogo, uno de Alemania. Ridículo éxito de sus precauciones Astrológicas, Disc. VIII, nº 26.
Asturias es País saludable, Disc. VI, nº 31.
Athenais. Su rara fortuna, Disc. VIII, nº 13.
Avaro. Su trabajo, y pesada vida, Disc. II, nº 10.
Augusto. Su carácter político, cotejado con el de Tiberio, Disc. IV, nº 13.
Aviñon. Su territorio cómo mudó de temple, Discurso VIII. n. 39.
Axioma. El de contraria contrariis curantur falso, o inútil, Disc. V, nº 27.

B

Balia, Isla del mar de la India, Rara superstición de sus naturales, Disc. I, nº 20.
Ballivio (Jorge). Su doctrina Médica. Discurso V, nº 22.
Beocios. Sin razón tenidos en la antigüedad por rudos, Disc. XVI, nº 98.
Bezoar, piedra. Su virtud antidotal es fabulosa, Disc. V, nº 48.
Blanca de Rosi. Su valor, y rara lealtad a su esposo, Disc. XVI, nº 44.
Boccacio (Juan). Escribió contra mujeres la Sátira Labyrinto del amor, para ocultar su torpe propensión a ellas, Disc. XVI, nº 3.
Bonna, paisana de la Valtelina. Hazañas de esta mujer, Disc. XVI, nº 44.
Borneo, Isla de la India. Reinan en ella las mujeres, Disc. XVI, nº 39.
Bosuet (Jacobo Benigno). Su elogio, Disc. I, nº 24. y Disc. XV, nº 7.
Bucca (Dorotea), docta Italiana, Disc. XVI, nº 126.
Bula de Sixto V contra los Astrólogos, Disc. VIII, nº 44.

C

Caba. No fue culpada en la pérdida de España. Discurso XVI, nº 8.
Cabras. Se alimentan de venenos, Disc. VI, nº 4.

Cafres. Los parientes del muerto se cortan el dedo pequeño, Disc. I, nº 16. [402]
Calentura. Muchas veces es conveniente, Disc. V, nº 35.
Calicut. Torpísima costumbre de esta Región, Disc. I, nº 17.
Caspianos. Hacían morir de hambre a sus propios padres cuando llegaban a edad mayor, Disc. I nº 15.
Camino. El del Cielo, en qué sentido se dice arduo, Disc. II, nº 37. y sig.
Ceylán. Corruptela horrible en los matrimonios que se contraen en esta Isla, Discurso I, nº 17. En ella adoraban el diente de un Elefante, Discurso I, nº 20.
César. Dicho suyo. Disc. III, nº 46.
Cereti (Laura), docta Italiana, Disc. XVI, nº 128.
Chederles. Héroe imaginario, que veneran los Turcos, y prodigios que refieren de él, Disc. I, nº 21.
Cheron (Isabela Sofía), Pintora excelente, Poetisa, y Música, Disc. XVI, nº 146.
Chiapa, Provincia de la Nueva España. Raro pozo que hay en ella, Disc. III, nº 30.
Chymica, Disc. V, nº 19.
Cibo (Catalina de), Duquesa de Camerino, mujer docta, Disc. XVI, nº 130.
Cineas, Filósofo. Bello discurso suyo contra la ambición de Pyrrho, Disc. III, nº 16.
Cisneros, Cardenal. Su elogio, Disc. IV, nº 48.
Claudio, Emperador. Cómo formaban los Astrólogos la predicción de su muerte, Disc. VIII, nº 11.
Clenardo (Nicolás) particularidad de su genio, Disc. III, nº 46.
Clima. Sólo la experiencia puede enseñar cuál es saludable, y cuál nocivo, Disc. VI, nº 34.
Climatéricos (Años), son fábula, Disc. XI. por todo él.
Codornices. Si se alimentan de veneno, Disc. VI, nº 4.
Cometas. No tienen significación fatal alguna, Disc. X. por todo él. Algunos fueron tenidos por faustos, ibi, nº 8. En qué altura se aparecen, ibi, nº 9. y 10, nº 13. y siguientes.
Corazón humano con tres ventrículos, dónde se vio, Disc. III, nº 29.

Cornaro. Vide Luis.
Corndro (Lucrecia Helena) Veneciana, de rarísimas [403] prendas, Disc. XVI, nº 132.
Cromuél (Thomas) ejecutóse en él la tirana máxima, que él había sugerido a Henrico VIII. Disc. IV, nº 41.
Catalina de Medicis. Su prudencia, Disc. XVI, nº 36.
Catón, enemigo de la lengua Griega, Disc. XV, nº 4.
Cervatón (Doña Ana de) docta Española, Discurso XVI, nº 109.
Clelia, Romana. Su ardimiento, y valor, Disc. XVI, nº 43.
Cleopatra. Cuántas lenguas sabía, Disc. XV, nº 4.

D

Damo, hija de Pitágoras. Su constancia en guardar secreto, Discurso XVI, nº 50.
Decanos. En idioma Astrológico, qué cosa sean, Disc. XI, nº 9.
Delfines. Excelencia de su instinto, Disc. XVI, nº 95.
Demetrio Falereo. Bella sentencia suya, Disc. XVI, nº 31.
Demócrito. Alabado por Hipócrates como el hombre más sabio del mundo, Disc. I, nº 8. y sig. Cuánto tiempo vivió, Disc. VII, nº 4.
Días críticos. No hay certeza alguna en sus períodos, Disc. XI, nº 14.
Dioses. Número infinito de ellos, que adoraban los Romanos, y otros Gentiles, Disc. I, nº 18.
Disputa. Su ejercicio útil a la salud, Disc. VII, nº 19.
Dormitorio. Vide Alcoba.
Dripetina, Princesa de raro valor, Disc. XVI, nº 34.
Drusos. Nación donde sólo estudian las mujeres, Disc. XVI, nº 63.
Duglás (Madama Irlandesa) acusada falsamente de crimen de lesa majestad por Guillermo Leout, por no haber querido condescender con su apetito, Disc. XVI, nº 3.

E

Eclipses. Son vanos los pronósticos que se forman por ellos, Disc. IX. por todo él.
Ekleston (Madama de), lo mucho que vivió, Disc. XII, nº 8.

Enfermedades. Unas vienen de nuevo al mundo, y [404] otras se extinguen, Disc. XII, nº 18.
Epicharis, mujer ordinaria. Su valor, y constancia en guardar secreto, Disc. XVI, nº 53.
Epicuro. Su doctrina física, Discurso I, nº 3.
Epponina. Su constancia, y generosidad, Disc. XVI, nº 43.
Enrique, Rey de Dinamarca. Efecto raro que hizo en él la Música, Disc. XIV, nº 21.
Esclavo, adorado de los Indios en el Cabo de Honduras, Disc. I, nº 20.
Espejo Ustorio del señor Villete. Con él se probó que la Luna no calienta, Disc. IX, nº 6.
Eurípides (Poeta Griego), maldiciente de las mujeres en sus Tragedias, y amantísimo de ellas en su particular, Disc. XVI, nº 3.
Eusebio Cesariense, que murió en la Herejía Arriana, fue venerado de la Iglesia de Limoges como Santo mucho tiempo, Disc. I, nº 13.

F

Federico, Conde de Cillei. Su robustez, y desorden de vida en la edad nonagenaria, Disc. XII, nº 16.
Felices. Quiénes lo son, Disc. III, nº 45.
Fénix. Ni le hay, ni le hubo, Disc. XII, nº 35.
Fermosa, Isla. Ejercen en ella el ministerio del Sacerdocio las mujeres, Disc. XVI, nº 39.
Ferreyra (Doña Bernarda), discreta, y sabia Portuguesa, Disc. XVI, nº 113.
Fevre (Ana le), docta Francesa, Disc. XVI, nº 124.
Fidele (Lasandra), docta Veneciana, Disc. XVI, nº 129.
Fontana (Cavinia), Estatuaria excelente, Disc. XVI, nº 146.
Fortuna. Verdadera inteligencia del movimiento de su rueda, Disc. III, nº 2. Templo de la Fortuna, que hizo Nerón, ibi, nº 10.
Francisco de Francia, Pintor de Bolonia. Sentimiento que le ocasionó la muerte, Disc. III, nº 32. [405]

G

Gabriel Alvarez de Toledo es impugnado, Disc. XIII, nº 40. y siguient.
Galeno. El gran séquito que logró injustamente, Disc. V, nº 17.
Galicia. En ella viven mucho los hombres, Disc. XII, nº 7. Dominó a Portugal en tiempo de los Suevos, Disc. XV, nº 37. Su idioma uno mismo con el Portugués, Disc. XV, nº 27. Causa de esta identidad, ibi, nº 34. y sig.
Gasendo (Pedro). Dase alguna razón de su doctrina, Disc. XIII, nº 32. Es impugnado, ibi, nº 35. En qué reformó la doctrina de Epicuro, Disc. I, nº 3.
Gaurico (Lucas), Astrólogo. Sus predicciones, Disc. VIII, nº 15.
Germanos. Tenían por lícito el hurto, Disc. VIII, nº 15.
Gigantes. Los que se refieren de enorme magnitud son fabulosos, Disc. XII, nº 27. y sig.
Giges, Rey de Lydia. La pregunta que hizo al Oráculo de Delfos, y la respuesta que tuvo, Disc. III, nº 4.
Guardia (Antonia de la), Francesa de singular hermosura, y discreción, D. XVI, nº 121.
Guillén de Porceleto. El único Francés a quien perdonaron los Sicilianos en sus famosas Vísperas; y por qué, Disc. IV, nº 29.
Guido Aretino, Monje Benito, inventor del sistema Músico moderno, Disc. XIV, nº 7.
Gurnai (María de), llamada la Sirena de Francia, mujer discretísima, Disc. XVI, nº 119.

H

Habert (Susana), docta Francesa, Disc. XVI, nº 118.
Hacheta (Juana), grande hazaña suya, y premio de ella, Disc. XVI, nº 47.
Hai (Madama), vide Cherón.
Helmoncio, Médico, Disc. V, nº 18.
Hereges. Su doctrina no está acompañada de la virtud, Disc. I nº 24.
Herulos. Mataban a enfermos, y viejos, Disc. I, nº 15.

Hevelio (Juan), célebre Astrónomo. Descubrió [406] muchas Estrellas antes ignoradas, Disc. VIII, nº 43.
Hippócrates. Qué concepto hizo de Demócrito, Disc. I, nº 9. y 10.
Homero. Duda de preferencia entre él, y Virgilio, Disc. XVI, nº 124.
Huesos. Algunos de enorme magnitud, que se cree ser de Gigantes, no lo son, Disc. XII, nº 27. y sig.
Humedad del cerebro. No estorba la prontitud, y perspicacia del discurso, Disc. XVI, nº 90. y sig.

I y J

Jacobo Benigno Bosuet, Azote de los Hereges, Disc. I, nº 24.
Jagos. Comen todos los cadáveres, Disc. I, nº 16.
Ideas de Platón, renovadas por el Padre Malebranche, Disc. XIII, nº 21.
Jacquelina (María), Vide María.
Idioma. En qué consiste su excelencia, Disc. XV, nº 11. Cotejo del Francés, y Castellano, Disc. XV. Portugués, y Gallego uno mismo, Disc. XV, nº 27. Causa de esta identidad, n. 34. y sig. No son subdialecto de la lengua Castellana, sino dialecto inmediato a la Latina, ibi, nº 28.
Jeyodes. No maldicen al demonio, Disc. I, nº 19.
Jeroboan. Su impía política hizo daño a la posteridad, Disc. IV, nº 40.
Infelices. Quiénes lo son, Disc. III, nº 51. y 52.
Joya (Doña Isabel), sabia Española, Disc. XIV, nº 10.
Jolanda Bailli. Llegó a ver 288 descendientes suyos, Disc. XII, nº 21.
Irlanda. Cómo mudó de temple, Disc. VIII, nº 39.
Isaac Aarón. Contra él se volvieron sus crueles máximas, Disc. IV, nº 41.
Isabela de Inglaterra. Sus vicios, y virtudes, Disc. XVI, nº 36.
Islas, e Isleños. Viven más por lo común, que los habitadores del Continente, Disc. VI, nº 31.
Juan XXIII. Papa. Sentencia suya, Disc. I, nº 2.
Juan Hevelio. Vide Hevelio.

Juan de Outeyro. Su larga vida, Disc. XII, nº 6.
Juan de los tiempos. Es fabulosa su larga edad, Disc. XII, nº 12. [407]
Junio Valente. Sus grandes fuerzas, Disc. XII, nº 14.
Jurieu, Protestante, que se metió a Profeta, Disc. I, nº 24.
Justo Lipsio. Cuál era su diversión, Disc. III, nº 15.

L

Lacedemonios. En su gobierno político tenían mucha parte las mujeres, Disc. XVI, nº 38.
Ladislao IV. Rey de Hungría. Por qué fue vencido, y muerto por los Turcos, Disc. IV, nº 39.
Ladrones. Adorado por Mártir, Disc. I, nº 13.
Lapones. Gran amor de esta gente a su patria, Disc. III, nº 48.
Lascivo. Sus inquietudes, y fatigas, Disc. II, nº 11. y siguient.
Lengua Castellana, cotéjase con la Francesa, Disc. XV. casi por todo. Copiosa, y suficiente para todos asuntos, Disc. XV, nº 19. y 20.
Lesio (Leonardo). Su dieta, Disc. VI, nº 21.
Leout (Guillermo), acusa a Madama Duglás por no haber querido condescender con su apetito, Disc. XVI, nº 3.
Libros médicos. La inutilidad de muchos, Disc. V, nº 6. y siguiente. Escritos en idioma Francés, cuáles: muy útiles, Disc. XV, nº 5. y sig.
Lino asbestino, o incombustible, Disc. XII, nº 35.
Livia, mujer de Augusto. Su sagacidad, Disc. XVI, nº 35.
Lucrecia Marinela, docta Veneciana. Libro que escribió, Disc. XVI, nº 59.
Lucas Gaurico, Astrólogo. Sus predicciones, Disc. VII, nº 15.
Luis Cornaro. Su dieta, y lo que vivió, Disc. VI, nº 21.
Luis XI. Rey de Francia. Chiste gracioso suyo con un Astrólogo, y un Carbonero, Disc. VIII, nº 24.
Luna. No calienta, Disc. IX, nº 6.

M

Maani, mujer de Pedro la Valle, de muchos modos peregrina,

Disc. XVI, nº 136.
Macazar, Isla del Mar de la India. Bárbara costumbre [408] de sus habitadores, Disc. III, nº 33.
Machiavelo. Máxima fundamental de su política, D. IV, nº 1. Vivió pobre, y desdichado, ibi, nº 37.
Macoco (Rey de), en su Palacio se matan, y comen doscientos hombres cada día, Disc. I, nº 16.
Madagascar. Raras habitaciones las de esta Isla, Disc. III, nº 26.
Madrid. No es cierto que su clima sea bueno, Disc. VI, nº 32.
Mahoma. Singular astucia suya, Disc. I, nº 11. Negó a las mujeres la entrada en el Paraíso, Disc. XVI, nº 2.
Mahomet Alibeg, Mayordomo del Rey de Persia. Su prodigiosa historia, Disc. VI, nº 21.
Mahometo Segundo. Fiera crueldad suya, Disc. III, nº 30.
Malabar. En esta Región las mujeres se casan con cuantos maridos quieren, Disc. I nº 17.
Manjares. Ninguno es absolutamente nocivo, Disc. VI, nº 3.
Marchina (Marta), Napolitana de superior ingenio, Disc. XVI, nº 44.
Margarita de Dinamarca. Sus hazañas, Disc. XVI, nº 44.
María Estrada. Su raro valor, Disc. XVI, nº 44.
María Jacquelina. Libros que compuso, Disc. XVI, nº 123.
María de Médicis. Pronóstico que hizo un Astrólogo de su muerte, Discurso VIII, nº 16.
Marinela. Vide Lucrecia.
Marulla. Mujer valiente, Disc. XVI, nº 44.
Matrimonio. Incomodidades que ocasiona a las mujeres, Disc. II. y sig.
Medicina. Sus tres estados, Disc. V, nº 2. Su imperfección, e incertidumbre, ibi, nº 4. y sig. por todo el Discurso. Historia de la Medicina, ibi, nº 14. y sig.
Médico. El que se arregla por algún sistema filosófico para la curación, es mal Médico, Disc. V, nº 68. El que receta mucho, yerra mucho, ibi. Es imposible que cure bien el que pronostica mal, Disc. V, nº 70. No puede saber en particular qué régimen conviene a cada individuo, [409] Disc. VI, nº 1.

Meroc. Isla donde reinan las mujeres, Disc. XVI, nº 38.
Milón. Crotoniano. Sus fuerzas, Disc. XII, nº 13.
Mingrelia. Cómo se castiga el adulterio en esta Nación, Disc. I, nº 17.
Mitrídates. Rey de Ponto. Cuántas lenguas hablaba, Disc. XV, nº 4.
Molosos. Adoraban una encina, donde daba respuestas el demonio con nombre de Apolo, Discurso I, nº 1.
Modos músicos de los antiguos, Disc. XIV, nº 2.
Monja de México, Discurso XVI, nº 115.
Montemart (María Magdalena de), Monja Benedictina, prodigio de sabiduría, Disc. XVI, nº 122.
Monomotapa. Mujeres guerreras de este Imperio, Disc. XVI, nº 46.
Morella (Juliana). Catalana de prodigiosa capacidad, y erudición, Disc. XVI, nº 114.
Moscovia. Las mujeres de esta Región son muy fieles a sus maridos, Disc. XVI, nº 21.
Mujer. No es animal imperfecto, Disc. XVI, nº 10. Dónde hay la costumbre de quemarse vivas, cuando mueren sus maridos, Disc. I, nº 16.
Mulo del Duque de Mantua. Visto su horóscopo, le pronosticaron los Astrólogos Dignidades Eclesiásticas, Disc. VIII, nº 18.
Muñiz (D. Alonso) Presbítero. Siendo de edad de 107 años, todos los días dice Misa, Disc. XII, nº 5.
Música antigua. Cómo era, Disc. XIV, nº 1. y 2.

N

Nerón. Su carácter, y congojosa vida, Disc. II, nº 14.
Nicias. Capitán de los Atenienses. Su desgracia por haber temido un Eclipse, Disc. IX, nº 3.
Nogarola (Isotta), Italiana doctísima, Disc. XVI, nº 127.
Nueva Zembla. Barcos muy particulares, que usan sus naturales, Disc. III, nº 26.
Numa Pompilio. Cómo engañó a los Romanos, Disc. I, nº 11.
Número septenario. Su vana observación, [410] Discurs. XI, nº 3.

y siguient.

O

Olas del Mar. Es falso que en la progresión de diez en diez sean más fuertes, Disc. XI, nº 18.
Onduras. En el cabo de Onduras adoran los Indios un Esclavo, Disc. I, nº 20.
Opinión. Su valor se ha de computar por la razón, no por el número de los que la siguen, Disc. I, nº 1.
Orangzeb, Emperador del Mogol. De cien años de edad capitaneaba sus Tropas, Disc. XII, nº 16.
Organización. Cuál es la que conduce para las operaciones racionales, Disc. XVI, nº 80. No es diferente en cuanto a los instrumentos del discurso en las mujeres, y en los hombres, ibi.
Othón (Antonio), Duque de Urbino. Bárbara crueldad suya, Disc. III, nº 30.

P

País. En todos hay ficciones, Disc. I, nº 22.
Paracelso. Su nuevo rumbo en la Medicina, Disc. V, nº 18.
Park (Thomas). Su larguísima edad, Disc. XII, nº 8.
Pegú. Los de esta región más culto dan al demonio que a Dios, Discurso I, nº 19.
Pericles, Capitán de los Atenienses. Discretamente quitó el miedo a sus soldados, consternados por un eclypse. Disc. IX, nº 5.
Perilo. Su tragedia, Disc. IV, nº 41.
Perro. Qué Naciones le tenían por Rey, Disc. I, nº 15.
Perrin, Capitán de Ginebra. Su tragedia, Discurso IV, nº 41.
Perú. Quimérica nobleza, que los del Perú atribuyen a sus Reyes, Disc. I, nº 21.
Persas. Coronaron un Rey antes de nacer, Disc. XVI, nº 40.
Peste. La que padecieron los Galos en Delfos de qué principio nació, Disc. VI, nº 38.
Petronio Arbitro. Su caída, y muerte, Disc. IV, nº 37.

Peces. Es probable que dan alimento más sano que las carnes, Disc. VI, nº 10. [411]
Phile. Su exquisita prudencia, Disc. XVI, nº 35.
Philósofos antiguos. No profesaban en su interior la misma religión que el Pueblo, Disc. I, nº 23.
Phocion. Qué juicio hacía de los aplausos populares. Disc. I, nº 2. Aguda respuesta suya a Demóstenes, ibi, nº 8. Su injusta muerte, ibi.
Pinés. Historia rara de la población de esta Isla, Disc. XII, nº 25.
Pío V. Lo que decía de la razón de estado, Disc. IV, nº 44. Su admirable gobierno, ibi, nº 45.
Philipo, Rey de Macedonia. Su fortuna, y motivo de su muerte, Disc. IV, nº 9.
Pyrrho. Su indiscreta ambición, Disc. III, nº 16.
Pita (María), Gallega. Hazaña grande suya, y premio de ella, Disc. XVI, nº 44.
Pythágoras. Fue admirable Músico, Disc. XIV, nº 21.
Pobreza. Cómo la pintó Aristófanes, Disc. III, nº 38.
Poesía. Defectos de la que hoy se usa en España, Disc. XVI, nº 45. y sig. Cómo debe ser la que se hace para canciones sagradas, ibi, nº 48. y siguient.
Política. Se divide en alta, y baja, Disc. IV, nº 12. y sig.
Polos. Cómo en el Cielo sólo hay dos: otros dos hay solamente en la esfera del entendimiento, Disc. I, nº 5.
Pompeyo. Por muy recatado no logró el Imperio, Disc. IV, nº 33.
Pomponio Leto. Su nimio escrúpulo en orden a la pureza de la lengua Latina, Disc. XV, nº 4.
Poncella de Francia. Sus hazañas, Disc. XVI, nº 44.
Porcia. Su valor, y constancia en guardar secreto, Disc. XVI, nº 48.
Postél (Guillermo). Cuánto vivió, Disc. VII, nº 7.
Príncipes malos. Trabajo conque viven, Disc. II, nº 17.
Propagación prodigiosa después del Diluvio, Disc. XII, nº 23. La de la Isla de Pinés, ibi, nº 25.
Pueblo. Su opinión no es de momento alguno, Disc. I. por todo. En qué se parece a la Luna, Discurso I, nº 2.
Purgantes. Todos dañan algo, Disc. V, nº 37. y sig. [412] Su

ineficacia, ibi, nº 45. Los blandos más sospechosos, ibi, nº 46.

R

Ratón. El de la India, singularísima astucia conque se defiende, y venga del dragón, Discurso II, nº 40.
Razón de estado. Su vanidad, Disc. IV, nº 43. y 44.
Religión, y estado Religioso. Paralelo de él con el matrimonial, Disc. II.
Remedios. Siendo muchos, siempre dañan, Disc. V, nº 53.
Respuesta. La que dio Archidamo, Rey de Esparta, a Filipo de Macedonia, Disc. III, nº 17. La de un Inglés a un Francés, Disc. IV, nº 38.
Resurrección. En la universal no serán convertidas las mujeres en hombres, Disc. XVI, nº 16.
Riverio (Lázaro). Inutilidad de sus observaciones Médicas, Disc. V, nº 60.
Roberto Dudley, Conde de Leycestre. Político malvado, y feliz, Disc. IV, nº 10.
Ruiseñor. Su canto puesto en solfa, Disc. XIV, nº 26.
Rosi (Propercia de). Primorosa en el diseño, y en la estatuaria, Disc. XVI, nº 146.

S

Sabuco (Doña Oliva), sabia Española, Disc. XVI, nº 112.
Sangre. El juicio que se forma de su calidad por su color, es muy falible, Disc. V, nº 36.
Sangría. Remedio muy dudoso, y arriesgado, Disc. V, nº 29. y sig.
Santorio. Su Sistema Médico, Disc. V, nº 20.
Savonarola (Jerónimo), tenido en Florencia por Santo, y dotado de espíritu profético. Fue quemado de orden del Papa, Disc. I, nº 12. Elogio funeral que le dio Flaminio. ibi.
Schurmán (Ana María), mujer de portentoso ingenio, y doctrina, Discurso XVI, nº 134.
Scuderi (Magdalena), Francesa de extremada discreción, Disc. XVI, nº 120.

Seyano. Su calidad, Disc. IV, nº 37. [413]
Semillas. No las crió Dios actualmente todas al principio del mundo, Disc. XIII, nº 41. y sig. Semillas invisibles, ibi, nº 45.
Semíramis. Su capacidad, y valor, Disc. XVI, nº 35.
Sertorio. Cómo engañó a los Españoles, Disc. I, nº 11.
Sian. En este Reino adoran un elefante blanco, Disc. I, nº 20.
Sicilianos. Sus Vísperas, y extraordinario furor contra los Franceses, Disc. IV, nº 29.
Sigea (Luisa), docta Española, Disc. XVI, nº 111.
Sila. Su felicidad, Disc. IV, nº 9.
Sinapio (Miguel Luis), Médico Húngaro, declarado contra Hippócrates, Disc. V, nº 22.
Sistema cartesiano. Se explica, e impugna, Disc. XIII, nº 1. y sig. En qué se distingue, y opone al de Gasendo, ibi. 32.
Sixto V. Papa. Su elogio, Disc. IV, nº 47.
Sotillo. Sus grandes fuerzas, Disc. XII, nº 13.
Spilimberg (Irene), Pintora Veneciana, que compitió al Ticiano, Disc. XVI, nº 144.

T

Takenio (Othon), Su sistema Médico, Disc. V, nº 19.
Tanquelino, venerado en Amberes como Santo, siendo hombre perversísimo, Discurso I, nº 12.
Tartaria. En la Meridional adoran a un hombre, a quien tienen por eterno, Disc. I, nº 20.
Temperamento. Ninguno hay perfectamente parecido a otro, Disc. VI, nº 4. y sig. Discúrrese cuál es más apto para las operaciones intelectuales, Disc. XVI, nº 84. y sig.
Templo. El de la Virtud estaba en Roma contiguo al del Honor, Disc. II, nº 31. El de la Fortuna de piedras transparentes, Disc. III, nº 10.
Thomas Park. Vide Park.
Thoembaros. Adoraban a un perro, Disc. I, nº 15.
Theología. Cuántas especies de ella había entre los antiguos, Disc. I, nº 23.

Tiberio. Sus aflicciones. Disc. II, nº 16. Su carácter político cotejado con el de Augusto, Disc. IV, nº 13.
Tonos. Su variación no varía [414] la expresión de los afectos, Disc. XIV, nº 39. y sig.
Tulipán. Está perfectamente delineado en su semilla, Disc. XIII, nº 45.

V

Valle (Pedro de), Caballero Romano. Su gran amor a su esposa, Disc. XVI, nº 136.
Vaux (Ana de) militó mucho tiempo en traje de hombre, Disc. XVI, nº 44.
Vesalio (Andrés). Fatal yerro suyo, Disc. V, nº 26.
Vergüenza. Prenda excelente de las mujeres, y el buen efecto que produce en ellas, Disc. XVI, nº 27. y sig.
Vieyra (P. Antonio de), Jesuita. Su elogio, Discurso XVI, nº 115.
Vieta (Francisco). Su raro embeleso, y tolerancia en el estudio, Disc. VII, nº 8.
Virgilio. Duda de preferencia entre él, y Homero, Disc. XVI, nº 124.
Virginia. Sus habitadores adoran todo lo que temen, Disc. V, nº 36.
Viron (Mariscal de). Murió al golpe de una bala de artillería, por haber sido nimiamente crédulo a un pronóstico de un Adivino, Disc. VIII, nº 20.
Votos Religiosos. Son fáciles de observar, Disc. II.
Vulgo. Semejante al elemento de la tierra, Disc. I, nº 5.

Z

Zacuto Lusitano. Dio preferencia al sexo femenino sobre el masculino, Disc. XVI, nº 18.
Zeylán. En ninguna parte de la tierra viven los hombres tanto como en esta Isla, Disc. VI, nº 31. Disc. XII, nº 8.
Zoquero (Fr. Francisco). Sus grandes fuerzas, Disc. XII, nº 14.

F I N.

BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO (Casdemiro, Orense, 8 de octubre de 1676 - Oviedo, 26 de septiembre de 1764) fue un ensayista y polígrafo español.

Nació en el seno de una familia hidalga del muy antiguo linaje de Feijoo, en el pazo de Casdemiro, parroquia de Santa María de Melias. Sus padres fueron D. Antonio Feijoo Montenegro y Sanjurjo y Da. María de Puga Sandoval Novoa y Feijoo. Cursó sus estudios primarios en el Real Colegio de San Esteban de Rivas de Sil. En 1690 ingresó en la Orden Benedictina, por lo cual debió renunciar a

los derechos que le correspondían al mayorazgo de su casa.

Estudió en Salamanca y ganó por oposición una cátedra de Teología en la Universidad de Oviedo, en donde residió desde 1709 hasta el fin de sus días, si bien se había ordenado sacerdote en el monasterio de San Juan de Samos (Lugo). Desde muy joven perteneció a la orden de San Benito de Nursia o benedictina y había dado clases en Galicia, en León y en Salamanca. Feijoo es considerado el primer ensayista de la literatura española y uno de los más famosos miembros (junto con Mayans) de la que es considerada la Primera Ilustración Española (desde 1737 hasta poco después de la muerte de Fernando VI), tras una primera etapa de pre-ilustración representada por los *novatores*: un grupo constituido fundamentalmente por médicos y cuyas obras se reimprimieron sin pausa a lo largo de todo el siglo XVIII.

Hasta 1725, Feijoo no comenzó a publicar sus obras, casi todas ellas colecciones de opúsculos polémicos que llamó discursos (de discurrir, esto es, disertar libremente), verdaderos ensayos si la libertad de su pensamiento hubiera sido absoluta. Su obra en este género está integrada, por una parte, por los ocho volúmenes (118 discursos), más uno adicional (suplemento) de su *Teatro crítico universal*, publicados entre 1727 y 1739 (el título teatro ha de entenderse con la acepción, hoy olvidada, de «panorama» o visión general de conjunto), y, por otra, por los cinco de las *Cartas eruditas y curiosas* (166 ensayos, más cortos), publicadas entre 1742 y 1760. A estas obras hay que agregar también un tomo extra de *Adiciones* que fue publicado en 1783 y su copiosa correspondencia privada, que continúa inédita hasta el día de hoy.

Feijoo fue un hombre versado en letras, pero que parece citar muchas veces de segunda mano. Por otro lado, algunos de sus discursos, como el del «Anfibio de Liérganes», son una muestra palpable de los límites de su pensamiento y su capacidad intelectual; en él admite como verosímil la existencia de un ser mitad hombre y mitad pez.

Los temas sobre los que versan estas disertaciones son muy diversos, pero todos se hallan presididos por el vigoroso afán patriótico de acabar con toda superstición y su empeño en divulgar toda suerte de novedades científicas para erradicar lo que él

llamaba «errores comunes», lo que hizo con toda dureza y determinación, como Christian Thomasius en Alemania, o Thomas Browne en Inglaterra. Se denominaba a sí mismo «ciudadano libre de la república de las letras», si bien sometía todos sus juicios a la ortodoxia católica, y poseía una incurable curiosidad, a la par que un estilo muy llano y atractivo, libre de los juegos de ingenio y las oscuridades postbarrocas, que abominaba, si bien se le deslizan frecuentemente los galicismos. Se mantenía al tanto de todas las novedades europeas en ciencias experimentales y humanas y las divulgaba en sus ensayos, pero rara vez se propuso teorizar reformas concretas en línea con su implícito progresismo. En cuestión de estética fue singularmente moderno (véase por ejemplo su artículo «El nosequé») y adelanta posturas que defenderá el Romanticismo, pero critica sin piedad las supersticiones que contradicen la razón, la experiencia empírica y la observación rigurosa y documentada.

Sus discursos suscitaron una auténtica tempestad de rechazos, protestas e impugnaciones, sobre todo entre los frailes tomistas y escolásticos. Las más importantes fueron las de Ignacio de Armesto Osorio, autor de un *Teatro anticrítico* (1735) en dos volúmenes, fray Francisco de Soto Marne, que publicó en su contra dos volúmenes de *Reflexiones crítico-apologéticas* en 1748; Salvador José Mañer, quien publicó un *Antiteatro crítico* (1729); Diego de Torres Villarroel y otros muchos. Le defendieron el doctor Martín Martínez y los padres Isla y Martín Sarmiento y el mismo rey Fernando VI, quien, por un real decreto de 1750, prohibió que se le atacara.

El padre Feijoo publicó asimismo otras obras menores: *Apología del escepticismo médico* (1725), *Satisfacción al Escrupuloso* (1727), *Respuesta al discurso fisiológico-médico* (1727), *Ilustración apologética* (1729), *Suplemento del Teatro Crítico* (1740) y *Justa repulsa de inicuas acusaciones*, como nota curiosa en el 4.º tomo de sus *Cartas Eruditas y Curiosas*, la #20 trata sobre el tratado de Augustin Calmet sobre vampiros.

Está enterrado en la iglesia de Santa María de la Corte.